

«REBOSANTE DE MAGIA», LEIGH BARDUGO,
AUTORA DE *SOMBRA Y HUESO*

CASSANDRA CLARE

EL CABALLERO MUERTE



CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Mapas

Prólogo

Capítulo uno

Marcel

Capítulo dos

Laurent

Capítulo tres

Lin

Capítulo cuatro

Lin

Capítulo cinco

Jerrod

Capítulo seis

Antonetta

Capítulo siete

Elsabet

Capítulo ocho

Antonetta

Capítulo nueve

Lin

Capítulo diez

Jerrod

Capítulo once

Elsabet

Capítulo doce

Sila

Capítulo trece

Jerrod

Capítulo catorce

Kaleb

Capítulo quince

Elsabet

Capítulo dieciséis

Jerrod

Capítulo diecisiete

Mariam

Capítulo dieciocho

Anjelica

Capítulo diecinueve

Lin

Capítulo veinte

Lin

Capítulo veintiuno

Elsabet

Capítulo veintidós

Elsabet

Capítulo veintitrés

Aron

Capítulo veinticuatro

Delfina

Capítulo veinticinco

Elsabet

Capítulo veintiséis

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

EL CABALLERO MUERTE

CASSANDRA CLARE



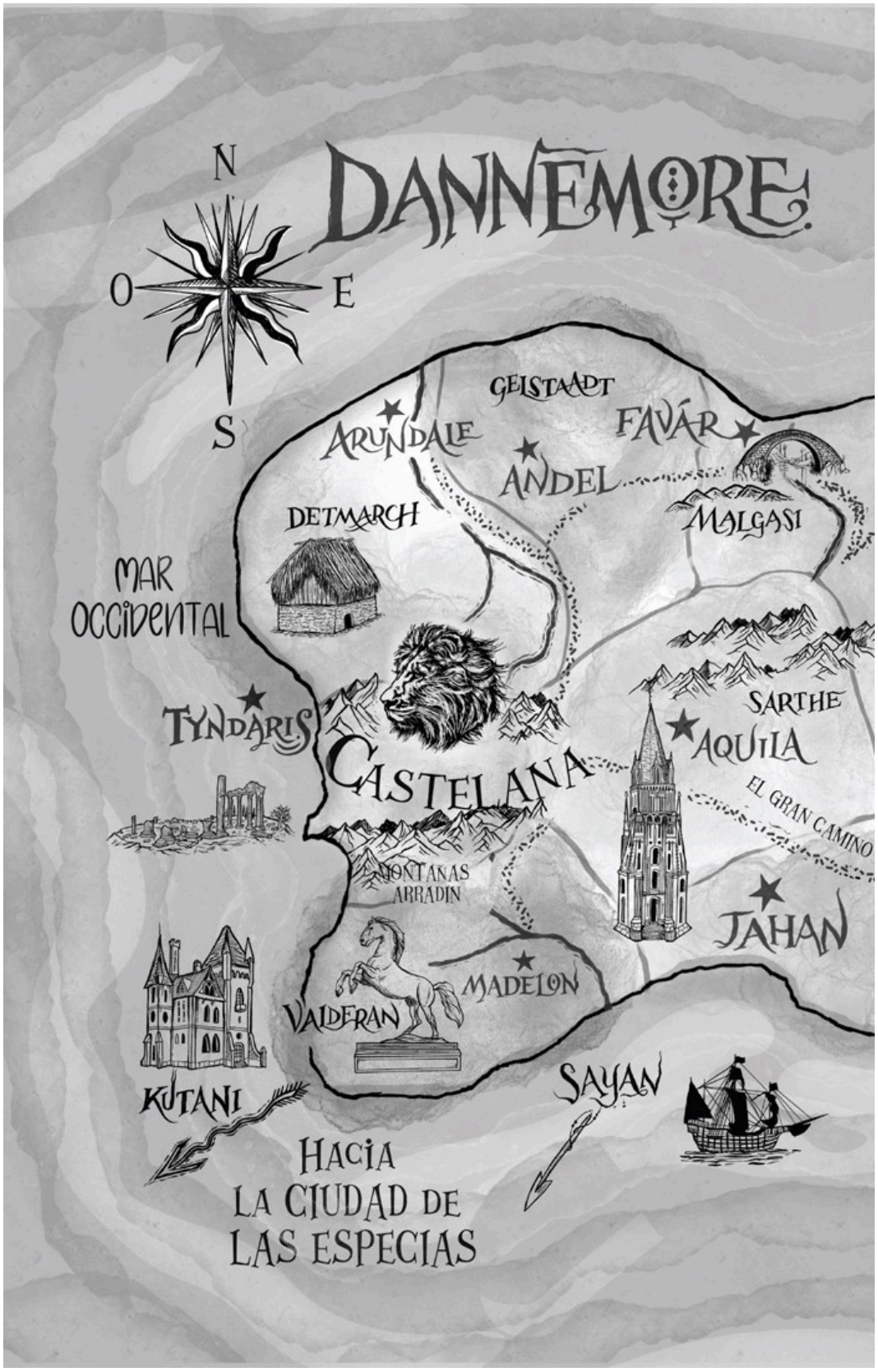
Para mi abuela Isabel

Tú dejarás las cosas que más amas en el mundo. Esa flecha es la primera que el arco del exilio ha de clavarte. Tú probarás el gusto a sal del pan ajeno, y la dureza del camino que baja y sube la escalera ajena.

EL PARAÍSO
Dante


EL ORFANATO
PLAZA ESCARLATA
LA MADRIGUERA
LA MANSIÓN NEGRA
EL LABERINTO
EL SAULT
MERCADO DE LA CARNE
EL ARRECIFE
TYNDARIS
RUTA MAGNA
RUTA
DE LAS CANTANTES
RÍO DEL
DISTRITO DEL TEMPLO
MUELLES REALES
CALLE
CALLES DE PLATA
EL TRUCO
PALACIO DE MARIVENT


LA ARENA
CASTELANA
LA COLINA DEL POETA
BARRIO DE LOS ACADÉMICOS
LA ACADEMIA
El CADALSO
RUTA MAGNA
MAGNA
RUTA MAGNA
EL PASO ESTRECHO
MIEDO
PLAZA VALGRAN
LA CONVOCAT
LA JUSTICIA
CAMINO YULAN
Barrio de la Fuente
PUERTA NORTE DEL PALACIO
TEMPLO MAYOR
LA COLINA


DANNEMORE
N
O
E
S
GEISTAADT
ARUNDALE
FAVÁR
ANDEL
DETMARCH
MALGASI
MAR
OCCIDENTAL
TYNDARIS
CASTELANA
SARTHE
AQUILA
EL GRAN CAMINO
MONTAÑAS
ARRADIN
JAHAN
MADELON
VALDERAN
KUTANI
SAYAN
HACIA
LA CIUDAD DE
LAS ESPECIAS


MAR
FRACTURADO
ZIPANGU
HANSE
JIQAL
HALDHEIM
GEUMJOSEON
GEUMSEUONG
MAR
HANHAI
SHENZHOU
SHANGAN
EL CAMINO SUROESTE
MARAKAND
INDRAPRASTHA
TAPROBANA
HIND
MAR
LAKSHAD
LEYENDA
CAMINO
RIO
CIUDAD
ABC
PAIS

Prólogo

A Artal Gremont, heredero del fuero del té de Castelana, nunca le había gustado mucho el océano. Era la fuente de su riqueza, sin duda. Los millones de coronas en té y café que portaban los esbeltos barcos, surcando los mares hasta el puerto de Castelana, habían hecho a su familia más rica que los dioses. En teoría, apreciaba las ventajas que le ofrecía el mar; en la práctica, lo encontraba plano, monótono y aburrido.

Claro que a Gremont le resultaban aburridas la mayoría de las cosas. La gente solía ser aburrida y bastante limitada de pensamiento. La mayor parte de las fiestas eran aburridas. Ser el hijo del titular de un fuero en Castelana, con dinero, pero sin poder real, también había sido aburrido. Y cuando había intentado hacer la vida más interesante, lo habían exiliado; sus padres lo mandaron a supervisar el negocio del té en tierras extranjeras. Eso había sido extraordinariamente aburrido.

Pero ahora las cosas empezaban a ponerse interesantes. Con la muerte de su padre, él había heredado el fuero del té y lo habían reclamado en Castelana, lo que ponía fin a su exilio. Había reservado un pasaje en el primer barco que salía del puerto de Taprobana; uno

de los galeones de Laurent Aden que, en ese momento, portaba un cargamento de madera de teca a Castelana. El barco contaba con seis diminutos camarotes, cerca de la popa, aunque los amplios aposentos del capitán acaparaban todas las ventanas. El camarote de Gremont era poco más que un armario con una litera empotrada en la pared y una mesa atornillada al suelo, para que no se deslizara con el cabeceo del barco.

Aburrido, aburrido, aburrido. Gremont iba ansioso de un lado a otro de su camarote. No había nada que hacer en el maldito barco, y su ansiedad crecía por momentos. Cuando se ponía así, a menudo debía hacer algo para conseguir sentirse mejor. Era una necesidad, como la que otros hombres tenían de comida o agua.

Pero Laurent Aden gobernaba el barco con mano firme y tenía poca paciencia para los caprichos de Artal. La semana anterior, tras dejar el puerto de Favár, habían descubierto a una joven polizona, y, al menos, Artal había podido divertirse un poco con ella antes de que Laurent se enterara e hiciera que la sacaran de inmediato de su camarote. La conversación había subido un poco de tono, y a Artal se le había dejado bien claro que si volvía a hacer algo semejante durante su estancia en el *Rosa Negra*, lo desembarcarían sin ningún miramiento en el siguiente puerto, tuviera fuero o no.

No sabía qué había sido de la chica, ni le importaba. Le había manchado de sangre su chaqueta favorita, y eso le había molestado. Aunque no tanto como le estaba molestando, en ese instante, estar atrapado en su camarote.

Laurent le había prohibido merodear por el barco, pero a la mierda Laurent. Gremont abrió la puerta de su camarote y salió al estrecho pasillo que recorría el barco de punta a punta. Cogió un fanal que colgaba de un clavo de la pared. Pensó que sería mejor caminar con paso decidido, y así atravesar el barco hacia la escalera que llevaba

a la cubierta superior. Un paso decidido hacía que la gente creyera que tenías un propósito importante.

Pasó la cocina del barco, donde el cocinero dormitaba en una silla, con un cubo de madera lleno de patatas a medio pelar a sus pies. Gracias a los dioses, solo les quedaban unos pocos días de viaje. Gremont estaba harto de la carne en salazón, las patatas cocidas y el sebo.

Arriba, en la cubierta, el cielo era claro. La luna colgaba cerca del horizonte y creaba un sendero blanco que se extendía por el agua. Los cabos de las velas yacían en ordenadas espirales, como serpientes dormidas.

Algunos habrían admirado las vistas; las estrellas dispersas por el cielo, brillantes como tachuelas; el agua, que semejaba cristal pulido. Gremont se limitó a mirarlo con desdén. El mar era una barrera entre él y Castelana, entre él y la recuperación de todo lo que había perdido con el exilio.

El crujido de una tabla de la cubierta lo alertó de que no estaba solo. Se volvió y, por un segundo, no vio nada; luego, apareció ella, una sombra saliendo de las sombras. (La primera vez que la había visto hacer eso casi se había desplomado del susto, pero ya estaba más acostumbrado a su tipo de magia). Llevaba su atuendo de asesina; completamente cubierta por una suave tela negra. La dejaba sin rostro, algo que a Gremont le resultaba inquietante, a pesar de que sabía muy bien el aspecto que tenía bajo el disfraz.

—He venido a felicitaros por vuestro inminente matrimonio, Artal —dijo ella con una voz grave y ronca.

Si él no hubiera sabido que se trataba de una mujer, dudaba que hubiera podido adivinarlo.

—Supongo que no tiene sentido que os pregunte cómo habéis llegado hasta aquí desde el continente —replicó él, sarcástico—.

Volando en un murciélago, ¿no?

Ella lanzó una risita.

—Parecéis muy amargado, para ser un hombre a punto de contraer un matrimonio sumamente ventajoso.

Él bufó.

—Sabéis que aspiraba a algo más que a Antonetta Alleyne.

—Lo sé, aspirabais a alguien como Anjelica de Kutani. Pero su familia nunca os habría aceptado; ella es de la realeza, y la sangre real solo se mezcla con sangre real.

—Supongo que vos lo sabréis bien.

Ella rio con desdén y se encaramó ágilmente a la barandilla del barco. Se mantuvo en equilibrio con facilidad, aunque pensar en la larga caída hasta el agua le provocó náuseas a Gremont.

—No estéis amargado, Gremont. Espero que no os estén entrando dudas sobre nuestro acuerdo.

Gremont sintió un pequeño escalofrío en la espalda. Aunque había crecido creyendo que todo lo que no fuera la magia más básica había desaparecido con la Fractura, sabía que ella podía hacer magia. La primera vez que le había demostrado su error lo había dejado impresionado. Aún tenía la cicatriz en el dorso de la mano: una mancha brillante de piel quemada con forma de estrella de mar. Incluso ahora la temía, aunque le molestaba que ella se diera cuenta.

—No —contestó—, no me están entrando dudas.

—Bien. —Lo miró, sin rostro ni ojos, una sombra oscura contra el enorme azul del cielo nocturno y el mar—. Espero que estéis hecho de mejor pasta que vuestro padre. Él también nos aseguró que teníamos su lealtad, pero, al final, planeaba traicionarnos.

—Siempre fue débil —murmuró Gremont. Su padre no había movido ni un dedo para salvarlo del exilio, y Gremont nunca lo había

olvidado ni se lo perdonó. Su madre era igual de débil, pero siempre se esperaba menos de una mujer, y, al menos, ella lo adoraba sin reservas—. No necesitáis recordarme que si no se hubieran movido ciertos hilos, yo no estaría regresando tan pronto de mi exilio. Sé muy bien a quién debo lealtad.

—Me alegra oírlo —contestó ella—, ya que acaba de surgir una nueva oportunidad. Una ocasión para que mostréis vuestra inteligencia. Al parecer, vuestra querida prometida, Antonetta, del fuero de la seda, posee cierta información. Hay alguien más a quien necesitamos en nuestro bando, y ella sabe cómo encontrarlo.

—¿Antonetta? ¿En serio? No se me hubiera ocurrido pensar que esa cabeza hueca que tiene contuviera algún tipo de información.

—Hasta un reloj parado acierta dos veces al día. De todas formas, una vez que estéis casado, os concedo permiso para sacarle la verdad. Usando el método que prefiráis.

—¿De verdad? ¿El método que prefiera? —Gremont sonrió—. No os decepcionaré, mi señora.

—Intentad no dejaros llevar en exceso, Artal. De momento, *Lior*ada Alleyne nos teme más a nosotros que a la Casa Aurelian, pero si esa correlación cambia, podría complicarnos mucho todos nuestros planes. Vuestro matrimonio con Antonetta es una carta más que podemos jugar para amenazar a nuestra querida *Lior*ada. Así que mantened viva a la chica, ¿de acuerdo? Hacedlo por mí.

—Por supuesto —respondió Gremont—. De todas formas, será mucho más divertido mantenerla con vida. Mi propio juguete. Veremos cómo resulta ser cuando le desgarremos la seda.

La figura oscura rio por lo bajo.

—¡Qué bien veros feliz, Artal! Pero recordad: a muchos en la Colina les gustaría vernos fracasar. Muchos aún son leales a la Casa

Aurelian. No olvidéis llevar puesto vuestro amuleto. Es más poderoso de lo que creéis.

—Por supuesto. —Artal bajó la vista al colgante que ella le había dado en Taprobana antes de que se embarcara—. Sería un estúpido si menospreciara su protección. Y no os habríais acercado a mí, si yo fuera un estúpido.

Ella no dijo nada. Un poco ofendido, Artal alzó la vista, preguntándose el porqué de su silencio, y vio que ya no estaba. Corrió hasta la barandilla y se inclinó sobre ella, pero solo divisó oscuridad; el agua abajo y la estela blanca que la luna dibujaba sobre el mar, señalando el camino a Castelana.

Capítulo uno

En el Hayloft, Kel y Conor estaban practicando con las espadas.

Hacía tiempo que no tenían ocasión de entrenar y ambos estaban un poco oxidados. Aun así, los movimientos regresaban, como siempre. Los músculos tenían su propia memoria, solía decir Jolivet. Kel había empezado la mañana sintiéndose rígido, con el cuerpo medio dormido y las articulaciones protestando por los estiramientos. Pero, en ese momento, tras una hora de ejercicio en el mismo lugar donde habían entrenado desde que eran niños, se sentía flexible, con los músculos rápidos y en forma.

La hoja de su espada roma golpeó la de Conor con un tintineo metálico. Kel aprovechó su ventaja, pero, esta vez, Conor se apartó de un salto y subió a una de las balas de paja que, desperdigadas por la sala, servían para crear desniveles para la práctica. Alzó la mano izquierda, pidiendo un receso.

Kel dejó caer el brazo que sostenía la espada y rotó los hombros para aliviar la tensión.

Conor se pasó una mano por el pelo oscuro y sudoroso, con el ceño fruncido.

—Tenemos que practicar más a menudo —dijo—. Apenas recuerdo lo que tengo que hacer con la espada. Me he pasado demasiadas madrugadas en mi escritorio, sin ejercitar otra cosa que la mano derecha. Me he vuelto un flan después de tantos meses inactivo, Kellian.

—Yo no diría un flan —objetó Kel.

Conor estaba tan esbelto y en forma como siempre. A pesar de estar muy ocupado, seguía nadando y montando su caballo, Asti, casi a diario. Además, ¿no había estado la reina, justo el otro día, preocupándose por lo delgado que estaba? Si tenía algún problema, probablemente se debiera a acostarse muy tarde y a la falta de sueño.

Aunque Kel no sería quien se lo dijera. Conor estaba dispuesto a escuchar de Kel cosas que no toleraría de nadie más, pero el tema de su gran cambio, que había comenzado hacía tres meses, con su nueva y extraña implicación en las tareas reales de gobierno, estaba fuera de cuestión, incluso para su Guardián de Espadas. Kel suponía que todo ese asunto era para él como una especie de penitencia, pero no pasaba de ser una suposición. Tenía que serlo. Conor no quería hablar del tema, y Kel no le presionaba.

—Claro que podemos entrenar más a menudo, si te apetece —le contestó—. Puedes unirte a mis prácticas con Jolivet. Me ofrezco —añadió— para ayudar con todas las actividades que te eviten ser un flan.

Alzó la espada, indicando el fin del receso. Conor rio y saltó desde la bala de heno, mientras lanzaba un golpe lateral con la espada. Kel respondió con un tajo descendente, y las espadas chocaron con el agradable sonido del acero contra el acero. Kel retrocedió ágil, poniéndose a salvo, mientras Conor avanzaba hacia él.

Habían practicado juntos la lucha con espada durante tanto tiempo que conocían sus respectivos estilos. Conor tendía a ser demasiado temerario; Kel, demasiado precavido. Se sentían lo suficiente cómodos para tener una conversación mientras bloqueaban, redoblaban, atacaban y fintaban.

—¿Estás preparado? —preguntó Kel—. Va a ser la primera reunión de la Cámara de la Esfera desde... hace casi cuatro meses.

Había estado a punto de decir «desde antes de la matanza en la Galería Brillante». Aunque Conor estaba dispuesto a hablar del ataque a Palacio y del asesinato de la princesita de Sarthe, no le gustaba que se lo recordaran. Aún tenía pesadillas con lo sucedido, y se despertaba gritando; Kel, que dormía en la misma habitación que el príncipe, se quedaba despierto cuando eso sucedía, tenso y esperando a que la respiración de Conor se normalizara. A que volviera a dormirse.

Bloqueo, respuesta. Conor lo evitó ágilmente echándose hacia atrás, con el rostro inexpresivo.

—Una panda de cobardes —dijo, refiriéndose a los poseedores de los fueros, las once familias más poderosas de Castelana—. La mitad de ellos parecen convencidos de que los asesinarán a todos en cuanto pongan un pie en Marivent. —Lo cierto, pensó Kel, era que la última vez que habían acudido a Marivent para asistir a un banquete casi los habían asesinado a todos—. Por supuesto, no van a admitir que el problema es ese. Dirán que están muy ocupados o que tienen alguna enfermedad rara. Pero Mayesh ha esparcido rumores de que tengo algo importante que anunciar, así que, en esta ocasión, la curiosidad los traerá aquí.

A pesar de los miedos de la aristocracia, Conor se había mantenido firme en su decisión de reinstaurar cuanto antes las reuniones mensuales de la Cámara de la Esfera. Había ido a visitar,

uno a uno, a los que se oponían, para hacerles ver que no podían esconderse como ratas, sino que debían presentar un frente unido y firme. Siempre iba a haber espías, sobre todo en ese momento, con Castelana exprimida como una uva en una prensa por las exigencias de Sarthe. Si los espías regresaban a sus países con la información de que la clase dirigente de Castelana estaba aterrorizada, al final sería peor para todos en la ciudad.

—¡Y es todo un anuncio! —exclamó Kel.

Conor intentó un golpe vertical; Kel defendió con un *parry quarte*. Conor lo miró fijamente.

—Estás preocupado —afirmó—. ¿Piensas que no estoy haciendo lo correcto?

—No —contestó Kel—. Pero puede que los nobles sí lo piensen. La última vez que les dijiste que ibas a casarte para resolver los problemas de la nación, la cosa acabó mal.

Mal era una forma suave de decirlo. Mal había sido la matanza de la Galería Brillante, que era la causa de las pesadillas de Conor. Y la razón por la que Kel no solo evitara hacer preguntas, sino de que también guardara secretos. Muchos más secretos de los que nunca habría querido guardar.

—Bueno, la decisión no ha sido solo mía. También de Jolivet y de Mayesh. Y de mi madre. En cuanto a mi padre... Bueno, de ahí no se sacarán respuestas.

De eso no cabía duda. El día posterior a la matanza, el rey había entrado en la Torre Norte. No había vuelto a salir. Le llevaban la comida allí; no salía, no hablaba, no respondía cuando se dirigían a él. Mayesh había dicho que era una especie de trastorno —catatonia, lo había llamado—, y había añadido que, igual que una enfermedad, curaría con el tiempo.

Aun así, el alcance del retiro del rey se había mantenido en secreto. Además de Kel, solo Conor, Mayesh, Jolivet y la reina sabían que no hablaba, que «las órdenes del rey» que salían de la Torre Norte eran, en realidad, las órdenes de Conor, preparadas con el consejo de Mayesh y Jolivet.

—Sí —dijo Kel—, es una vergüenza. Has logrado evitar la guerra con Sarthe todo este tiempo gracias a una diplomacia extraordinaria. —Noches en vela trabajando, cartas cuidadosamente elaboradas, disculpas que no admitían ninguna culpa, acuerdos sin cesiones—. Pero no te lo reconocerán. No las familias.

—Quizá no —dijo Conor—, pero el que tiene experiencia con el chantaje soy yo. —Su sonrisa era como un cuchillo—. A Sarthe no le importa la muerte de la princesa. Le importa el poder que eso le da para realizar sus demandas. Y una vez que un chantajista te tiene en sus garras, no te suelta fácilmente. Sigue volviendo, siempre quiere más, por mucho que le des. Sarthe no se irá un buen día, como hizo Prosper Beck.

Prosper Beck. A veces, a Kel le costaba creer que el criminal con el que una vez había negociado para salvaguardar la seguridad y la cordura de Conor, se hubiera ido de Castelana sin más. En un principio, había sido la existencia de Beck lo que lo había empujado al mundo de las sombras del Rey Trapero. Beck se había presentado como un rival para Andreyen, y este había empleado a Kel para tratar de averiguar quién de la Colina le estaba financiando las empresas criminales. Beck le había parecido una versión más cruel y peligrosa del propio Rey Trapero, alguien a quien no detenía el peculiar código de honor de Andreyen. Alguien impredecible, capaz de cualquier cosa.

Conor seguía hablando de Sarthe; Kel se obligó a volver al presente.

—Lo único que detendrá a los sarthianos es que le demostremos que somos demasiado fuertes para que nos acosen. Si nos aseguramos dinero y buques de guerra por medio de este matrimonio, Sarthe se dará cuenta de que es demasiado peligroso intentar chuparnos la sangre. —Los ojos grises le relampaguearon—. Lo que me recuerda, hablando de matrimonio, que Artal Gremont debe de estar al llegar. Así que tendremos que prepararnos para lo que, seguramente, será una interminable muestra de triunfo por parte de lady Alleyne mientras prepara la boda de su hija.

Kel intentó bloquear el ataque de Conor, pero reaccionó un segundo tarde, y Conor le dio un toque con la punta de la espada como diciendo «céntrate».

—Pues sí —contestó Kel, seco—, esto será la culminación de sus planes para Antonetta. Me pregunto en qué ocupará su tiempo cuando se haya secado la tinta del certificado de matrimonio.

—Supongo que hará todo lo posible para inmiscuirse en los asuntos del fuero del té de Gremont además de los del suyo —dijo Conor—. Tendré que vigilarlos a ambos. Tanto poder concentrado en una sola familia suele resultar problemático. Al menos, Antonetta no es ambiciosa —añadió—, aunque puede que su madre la empuje a causar problemas.

«No es ambiciosa». Eso era lo que todo el mundo pensaba de Antonetta; solo Kel sabía que se equivocaban. La recordó diciéndole que quería controlar el fuero de la seda, y en otra ocasión le había contado que a su madre no le parecía correcto que una mujer soltera controlara un fuero. Pero si se casaba con Gremont, cada uno de ellos controlaría su fuero por su cuenta hasta que llegara el momento de que una nueva generación los heredara. Que estuviera dispuesta a casarse con un patán como Gremont para controlar el fuero más valioso de Castelana decía bastante de su ambición.

—Pero, claro —añadió Conor; la punta de su espada surgió por debajo de la de Kel y le rozó ligeramente el hombro. Kel se quedó inmóvil, reconociendo que había perdido el punto—, a menudo recuerdo lo que dijo el viejo Gremont antes de morir. Nadie es realmente de fiar.

Kel casi cerró los ojos al recordar las palabras del anciano. Había estado allí cuando Gremont falleció, el único a su lado mientras atravesaba la puerta gris, y este ni siquiera lo había reconocido. Había creído que era Conor.

«No confiéis en nadie —había dicho—. Ni madre, ni consejero, ni amigo. No confiéis en nadie de la Colina. Solo en vuestros propios ojos y oídos, porque, de lo contrario, la Serpiente Gris vendrá a por vos también».

Las palabras iban dirigidas a Conor. Fue el consejo que Kel le había transmitido, en los terribles días que siguieron a la matanza, en los que Conor no dormía y se dedicaba a ir de arriba abajo en sus aposentos. Cuando Kel le pasó el mensaje, Conor había esbozado un amago de sonrisa.

—Un consejo bastante bueno —había dicho—, pero ya lo conocía. No confío en nadie, solo en ti, pero, claro, tú eres mis ojos y mis oídos, ¿no? No mi consejero, o mi amigo, ni siquiera mi hermano. Eres, más bien, una parte de mí. Y ahora voy a necesitarte aún más. No solo para protegerme, también para observar y escuchar. Para que me cuentes lo que ves y lo que oyes.

Y Kel no había dicho nada. No podía decirle a Conor que también le estaba mintiendo, aunque fuera por su propio bien. No pudo decírselo en aquel momento. Ni tampoco en este. Guardó silencio y fue prudente, intentando convencerse de que todo era por el bien de Conor. Que Conor sabría la verdad algún día y le perdonaría su traición.

—Ah, qué bien que estés aquí —dijo Antonetta Alleyne, luchando por incorporarse entre la enorme montaña de cojines que llenaban su elegante cama dorada—. ¿Alguien, aparte de Magali, te ha visto entrar?

Lin Caster negó con la cabeza. Había tenido una breve refriega con Magali, la sirvienta, en el vestíbulo principal; esta se había empeñado en cogerle el abrigo y el zurrón, y Lin se había negado a soltarlos. Había tenido lugar un forcejeo silencioso bajo la atenta mirada de lo que a Lin le habían parecido, al menos, dos docenas de retratos de los antepasados Alleyne.

Lin aún no había logrado acostumbrarse al interior de la Casa Alleyne. No era grandiosa y vacía, como había sido en su día la Casa Roverge, sino que estaba atiborrada de cosas: pinturas de paisajes, enormes centros de mesa de plata desbordados de flores de seda, relojes dorados y bustos de mármol de antiguos poetas y dramaturgos. Cada centímetro de mobiliario que podía ser dorado, lo era, y si no podía, estaba recubierto de lazos blancos, como una novia virginal.

La doncella, finalmente, había desistido de hacerse con las pertenencias de Lin y la había conducido por una escalera dorada hasta un largo pasillo alfombrado con seda anudada. Mientras Lin subía por la escalera, había pasado ante una docena de espejos enmarcados en plata, que le devolvían su reflejo; el pelo rojo peinado en apretadas trenzas a ambos lados de la cabeza, el sencillo vestido gris de ashkar, el gastado zurrón de cuero en las manos. Ella era, con toda seguridad, lo más sencillo y menos adornado de toda la casa.

No pudo evitar recordar la primera vez que Antonetta la había hecho llamar. Le había sorprendido recibir la petición, dado el altísimo estatus de la familia Alleyne, pero Antonetta se había mostrado firme; deseaba que Lin la visitara semanalmente, con absoluta discreción, y las visitas debían ser a una hora y día concretos. No había dicho por qué, pero hablando con Kel en la Mansión Negra, Lin supo que era el horario de la partida de cartas semanal de lady Alleyne con las damas de la Colina, lo que significaba que, probablemente, la madre de Antonetta no estaría en casa.

A Lin le había gustado Antonetta desde su primer encuentro, lo que no era de extrañar, pues Antonetta la había colado en Palacio bajo la atenta vigilancia de la Guardia del Castillo, y durante sus reuniones semanales ese aprecio había ido a más.

Antonetta era amable, aunque algo dispersa. A Lin le parecía como una gacela en medio de los lobos de la Colina. En realidad, no tenía mucha necesidad de cuidados médicos. Normalmente, pasaban un par de horas juntas, charlando y tomando uno de los tés medicinales de Lin. En opinión de esta, Antonetta le pagaba por su compañía, no por sus servicios como médica.

En esta ocasión, encontró a Antonetta medio perdida entre una avalancha de telas; sedas y satenes de todos los colores del arcoíris colgaban de los percheros y hasta de las barras de las cortinas. Había papeles por todas partes: menús, invitaciones, listas de cosas que hacían falta. La propia Antonetta estaba apoyada contra un montón de almohadones de seda que formaban una especie de barrera entre ella y la cabecera de la cama, tallada con la forma de una bonita rosa dorada de apariencia bastante incómoda.

En todo caso, la habitación de Antonetta tenía una decoración menos recargada que la del resto de la casa. Las paredes estaban

pintadas de un rosa pálido, como el interior de una concha marina; las flores de seda seguían desbordándose en los jarrones, y los sofás, de brazos enrollados, que estaban tapizados con telas que mostraban pastorcillas y caseríos. Aun así, había menos flores de seda y ningún busto de mármol.

Antonetta despidió a la sirvienta con un breve «Déjanos, Magali», y le hizo un gesto a Lin para que cerrara la puerta con llave antes de acercarse a la cama. El pelo de Antonetta, suelto, era una cascada de rizos dorados casi del mismo color que las sábanas de seda. Llevaba una bata azul pálido con encaje en las mangas, y su expresión era pesarosa.

—¿Tienes algo para el dolor de cabeza que provoca planear una fiesta de compromiso que desearías que no se celebrara? —preguntó.

Lin se sentó en la cama a los pies de Antonetta y empezó a buscar dentro de su zurrón un extracto de corteza de sauce. No pudo evitar sonreír al ver el título del libro encuadernado en cuero que yacía a su lado sobre el cobertor: *El frío corazón del rey solitario*.

—¿Sigue siendo la semana próxima? —preguntó Lin, compasiva—. Parece que está llegando muy rápido. Y él ni siquiera ha desembarcado aún en Castelana, ¿no?

—Su barco atraca en cinco días —respondió Antonetta sin entusiasmo. Miró a Lin esperanzada—. Quizá podría contraer una enfermedad misteriosa, algo que me impida verlo. Al menos, durante un mes o dos.

Lin entregó a Antonetta el pequeño saquito de tintura de corteza de sauce.

—Eso solo retrasaría las cosas —contestó—. Ojalá que... —Dejó la frase inacabada.

Ya sabía que el hombre al que Antonetta estaba comprometida, Artal Gremont, no solo era mucho mayor que ella, sino que tenía una reputación nefasta. Kel había insinuado hechos tan desagradables que la familia Gremont se había visto obligada a enviarlo a tierras extranjeras, y dado el tipo de desmanes que la nobleza de Castelana solía cometer, los de Artal debían de haber sido realmente abominables.

A Lin también le preocupaba lo resignada que Antonetta parecía ante la situación. Era algo que su madre había planeado; Antonetta no tenía ni voz ni voto, e insistía en que no había nada que pudiera hacer para que su madre cambiara de opinión. Lin sabía que lo que Antonetta habría deseado era permanecer soltera y hacerse cargo del fuero de la seda, igual que había hecho su madre. Pero, por lo visto, *Lior*ada Alleyne no confiaba en su hija. Le había dicho que, a menos que accediera a casarse y continuar con el linaje de los Alleyne, dejaría el fuero y todo el poder que este conllevaba a un primo lejano, y la desheredaría completamente. Así que las esperanzas de Antonetta parecían centrarse en la posibilidad de que Gremont estuviera tan poco entusiasmado como ella con ese matrimonio y la dejara en paz, permitiéndole vivir la vida de una rica dama de la Colina sin demasiadas interferencias.

—Espero que ya tenga una amante, o se haga pronto con una —dijo Antonetta—. Si estuviera muy unido a ella, apenas me molestaría a mí. —Miró a Lin—. ¿Crees que es posible?

—Desgraciadamente, no tengo experiencia en convencer al propio marido para que tenga una amante —respondió Lin con una sonrisa irónica—. Toma esto y póntelo bajo la lengua.

—Eres muy exigente —se quejó Antonetta—. Al menos, después de la boda, todavía podré verte. No puedo imaginar qué tipo de hombre no dejaría que su mujer viera a una médica.

—Supongo que el tipo de hombre que planea hacerle daño —aventuró Lin con cautela.

Había tratado a muchas de esas mujeres, de las que aseguraban que sus heridas se debían a su propia torpeza, aunque eran muy conscientes de que Lin sabía la verdad.

Antonetta bufó.

—Gremont no me pondrá la mano encima si quiere quedarse en Castelana —aseguró—. Agredir a una mujer noble está penado con el exilio, aunque el atacante sea su marido.

Ojalá las plebeyas de Castelana tuvieran la misma protección, pensó Lin, pero apartó esa idea. Mejor que estuvieran protegidas algunas mujeres que ninguna.

Con la esperanza de cambiar de tema, Lin señaló el libro que estaba abierto en la cama.

—¿Está bien? —preguntó—. Parece una de esas historias de los cuentacuentos.

—Es sobre el príncipe Conor —indicó Antonetta con una sonrisa de medio lado—. La mayoría de estas historias lo son, ya sabes.

Lin sintió que se ponía roja. Siempre le pasaba cuando alguien mencionaba al príncipe de Castelana; le resultaba muy incómodo. Empezó a rebuscar en su zurrón.

—No lo serán todas.

—Oh, sí —replicó Antonetta—. *Los siete esqueletos de las siete novias del príncipe*, *El príncipe con el corazón de hielo y la corona de oro*, *El príncipe vestido de seda y la dama vestida de harapos*, *Las crueles leyes del príncipe consentido*...

—Esos títulos parecen muy largos —observó Lin.

Antonetta se encogió de hombros.

—A todo el mundo le gusta un príncipe, especialmente cuando está soltero. —Se examinó las uñas de forma perezosa—. Aunque no

seguirá así por mucho tiempo.

Lin no pudo evitar alzar la vista al escucharla.

—¿Qué quieres decir?

—Conor se va a comprometer de nuevo —anunció Antonetta, observando atentamente la expresión de Lin—. Todo está organizado. Va a casarse con Anjelica de Kutani.

A Lin le pareció que los oídos le zumbaban. No pudo evitar pensar en la última vez que había visto al príncipe, en su carruaje, fuera del Sault. En las últimas palabras que él le había dicho: «Entonces, estoy condenado a pensar solo en ti. En ti, que me consideras una persona despreciable. Un monstruo vanidoso que no es capaz de dejar de presumir, y con ello, te ha causado pesar».

Lin no había tenido la oportunidad de volver a pensar en esas palabras. Ni mucho menos de decirle que no lo consideraba un monstruo. Aquella noche había ocurrido... la masacre. La matanza en la Galería Brillante. La Gran Traición. Había todo tipo de nombres para el ataque a Marivent de aquella noche, la noche que Lin había proclamado ser la Diosa Renacida y los barcos de Roverge habían ardido en el puerto. Cuando se despertó al día siguiente, había visto banderas negras ondeando en los parapetos de Marivent, había oído las campanas fúnebres sonar por toda la ciudad, y había pensado que, de alguna manera, aquello tenía que ver con ella, con su crimen, con su gran mentira.

«Soy la Diosa Renacida».

Pero, por supuesto, no era así. Mayesh había ido a su casa, con rostro cadavérico, como si hubiera envejecido diez años en una sola noche. La había mirado y le había dicho, con la voz cansada por la tensión: «Un baño de sangre en Palacio. Y ahora esto». Ni siquiera había parecido enfadado. Solo muy cansado.

Ella le había preparado *karak* y le había obligado a contarle lo sucedido: el ataque, la muerte de la princesita de Sarthe, lo que eso significaría para Castelana... Y todo el tiempo había estado reprimiéndose para no preguntar: «¿Le han herido? ¿Está herido? ¿El príncipe está bien?».

No tenía ningún derecho a preguntar. Ni tampoco tenía ningún derecho a estar preocupada por Kel, aunque lo había estado. Había ocultado las manos bajo la mesa, para que no se viera que estaban temblando, hasta que Mayesh había terminado el relato.

—No podemos permitirnos una guerra —había dicho él, y Lin se había dado cuenta de que no se refería a Castelana, sino a ellos, a los ashkar—. Si Castelana recibe un ataque desde fuera, se creará un fervor por purificar lo que hay dentro. Empezarán a preguntarse: «¿Quiénes son estos ashkar, que habitan entre nosotros, pero no son como nosotros? ¿A quién serán leales?».

—No lo harán. Has hecho mucho, *zai*. Has logrado mucho, incluso en estos últimos veinte años...

Él la había mirado con una expresión dura.

—¿Dices eso como mi nieta Lin o como la Diosa Renacida?

Ella tragó saliva.

—Puedo explicártelo...

—No —había negado él—. No sé qué esperas sacar de todo esto, pero no me lo digas. Es mejor que no lo sepa.

Entonces ella se había dado cuenta de que, aunque él y el Maharam se detestaran, estaban de acuerdo en algo: Lin Caster no era la Diosa Renacida, y nada bueno saldría de decir que lo era.

—Lin —llamó Antonetta, ansiosa—, ¿en qué piensas? —Se acercó a ella—. ¿Acaso las noticias sobre Conor... te perturban?

—Una vez traté a un hombre que tenía un punzón clavado en la cabeza —explicó Lin—, no me perturbo fácilmente.

—Bien, porque me gustaría pedirte algo desagradable...

—¿Cómo de desagradable?

—Me gustaría pedirte que vengas a mi fiesta de compromiso...

—¡Oh, no! —exclamó Lin, apartándose—. No más fiestas en la Colina. La última...

—He oído que bailaste muy bien —comentó Antonetta. Lin la miró molesta, pero la expresión de Antonetta era de sorpresa e inocencia —. Necesito a alguien allí que sea comprensivo, Lin. Por favor. Alguien que esté de mi lado.

—¿Qué hay de Kellian? —preguntó Lin—. ¿No asistirá?

Fue el turno de Antonetta de apartar la mirada.

—Bueno, sí, pero estará pendiente del príncipe. A Conor le gusta tener a sus amigos alrededor en todas las fiestas.

«Por supuesto», pensó Lin. Conor estaría en la fiesta de compromiso. Una pequeña parte de ella se encogió ante la idea de verlo, pero una parte más grande le susurró: «Ve, ve y enfréntate a él. Pronto te enfrentarás al Exilarca y al Sanhedrin. No debes estar pensando en el príncipe de Castelana cuando lo hagas. Lo verás por última vez y acabarás con ese asunto».

—Por favor —insistió Antonetta—. Te prestaré cualquiera de mis vestidos. El que quieras. Estarás absolutamente deslumbrante.

«Y será más fácil acabar con todo este asunto del príncipe si llevas como armadura un espectacular vestido», pensó Lin.

—Bueno, si de verdad me necesitas, Ana —dijo con sonrisa reacia —, claro que iré.

«Todo lo que es bueno proviene de los dioses. Todo lo que es malo proviene de los hombres».

Kel no pudo evitar observar las palabras que, formadas por teselas doradas, destacaban en el interior del techo abovedado de la Cámara de la Esfera. Parecían cargadas de un siniestro significado que no habían tenido tres meses atrás, la última vez que los titulares de los Grandes Fueros de Castelana se habían reunido en ese lugar.

No estaba totalmente seguro de por qué, pero, al final, el anuncio de Conor había ido bastante mejor de lo que Kel había esperado. En un primer momento, se habían alzado voces de protesta después de que Conor anunciara su compromiso. Kel pudo oír retazos de conversaciones; alguna objeción: «Para empezar, ya fue un matrimonio lo que nos llevó a esto», y quejas por no haber sido consultados. Conor permaneció sentado pacientemente (la paciencia, como un abrigo nuevo, le caía de una forma extraña sobre los hombros) hasta que el ruido cesó, y entonces habló.

—Nuestro nuevo socio conoce la situación con Sarthe. Ha ofrecido una dote de cien mil coronas y el uso de su flota en caso de guerra. Tiene diez mil buques de guerra. Sarthe no posee ninguno; para conseguir alguno deberá rogar, pedirlos prestados, o robarlos, y si decide hacer algo de esto, encontrará nuestro puerto lleno de barcos listos para mandarlos al infierno.

Entrecerró los ojos hasta que parecieron dos hendiduras plateadas, y Kel no pudo evitar pensar en todo el cuidado que había puesto en la preparación de esa situación. Noches insomnes decidiendo si esa era la opción correcta. Consultas con Mayesh, horas encerrado en la Torre Norte con el consejero, el legado y aquellos mapas, infinitos mapas marcados con tachuelas. Cada una, un ejército. Y por cada tachuela de Castelana, había diez de Sarthe.

Al final, no había cabido ninguna duda.

Cazalet fue quien habló primero. Como debía ser, pensó Kel; las otras familias tomaban ejemplo de él.

—Una decisión admirable —dijo—, y tomada, sin duda, pensando en el beneficio de Castelana.

Si se había estado fraguando alguna protesta, esta no llegó a cuajar. Ciprian Cabrol parecía realmente complacido.

—Una propuesta brillante —dijo—. Sarthe no puede combatir contra esta alianza de fuerzas. Ni se atreverá a intentarlo.

Hasta lady Alleyne lo había aceptado de buena gana. Después de todo, Antonetta estaba comprometida; *Lior*ada ya no tenía esperanzas de casarla con Conor. Había abandonado el sueño de que su hija llegara a formar parte de la realeza y aceptado que, probablemente, solo sería rica, muy rica.

Kel había tenido la ligera esperanza de ver a Antonetta en la reunión, pero no estaba. Casi no la había visto desde que se había anunciado su compromiso, solo una semana después de los asesinatos en la Galería Brillante. Ella no había ido a Palacio para nada, y cuando habían coincidido en la Casa Cabrol una noche, ella se había limitado a lucir una gran sonrisa y decir que la boda requería muchísimos preparativos. Estaba mucho más ocupada de lo que había imaginado, ¿creía él que sería un problema tener rosas rosas en el altar? Porque esas eran sus favoritas, pero en el lenguaje castelaní de las flores, sugerían inconstancia en los afectos.

Kel había conseguido alejarse justo antes de decir nada indebido. Aún podía recordar a Antonetta, unos meses atrás, suplicándole que hiciera algo por impedir ese matrimonio, pero en aquella ocasión él llevaba su talismán. Ella había creído que hablaba con Conor. Eso significaba que Kel no tenía por qué saber que ella, en un principio, no había deseado ese matrimonio; no podía mencionarlo sin traicionar sus votos de Guardián de Espadas.

De pronto, notó que necesitaba salir de la Cámara de la Esfera y respirar aire fresco. Con la reunión concluida, varios de los titulares

de los fueros se agolpaban alrededor de Conor reclamando su atención. Entre todos aquellos hombres, Kel solo podía ver el destello brillante de su capa de terciopelo rojo y el fulgor del rubí en su corona.

Un movimiento cerca de la puerta llamó su atención. Se trataba del legado Jolivet, jefe de la Guardia Real. El pelo parecía habérsele encanecido más desde el día de la Galería Brillante y su perfil resultaba todavía más anguloso y semejante al de un halcón. No había dicho gran cosa durante la reunión, aunque había estado completamente involucrado en cada decisión que el príncipe había tomado en los últimos meses.

En los caóticos días que siguieron al asesinato de la princesa sarthiana, junto con su guardaespaldas y sus embajadores, Marivent había aguardado, ansioso, noticias de Sarthe. Para mostrar buena fe, Jolivet había sugerido enviar inmediatamente un mensaje a Sarthe explicando lo sucedido. Había remarcado que debía hacerse contando toda la verdad; el relato de lo ocurrido pronto se extendería como la pólvora, y el rey de Aquila descubriría cualquier mentira. La única falsedad no se había hallado en las palabras, sino en fingir que había sido el propio rey quien había escrito el mensaje. Conor lo había hecho y había firmado con el nombre de su padre.

Cuando llegó la respuesta, fue breve y fría. Desde su palacio en Aquila, el rey Leandro d'Eon escribió que Sarthe había mandado a su princesa de buena fe. La calamidad que le había acaecido en Marivent era responsabilidad de Castelana. Para evitar la guerra, debían pagar como acto de desagravio.

Dio una cifra de un millón de coronas. Hasta la expresión de Mayesh había cambiado ante tal número.

—No puede hablar en serio —había dicho—. Se podría vender Castelana entera y no recaudar esa cifra. Ningún país, excepto quizá

Kutani, podría entregar esa cantidad y sobrevivir.

—D'Eon está diciendo que quiere la guerra —había dicho Conor cansado—. Nos ofrece una salida, pero no es una oferta real.

—Ni una solución real —había añadido Jolivet. Había mirado a todos los que estaban en la sala, con su eterna expresión imperturbable—. No pagaremos. Encontraremos otra vía.

Y así lo habían hecho, aunque Jolivet no parecía muy entusiasmado con el aparente éxito del plan. Hizo un gesto con la cabeza a Kel, indicándole que lo siguiera, y salió de la sala.

Kel se escabulló entre la multitud. Fuera de la Torre de la Estrella, se encontró con un mediodía caluroso y brillante. Una bruma colgaba sobre la ciudad y se extendía bajo la Colina, convirtiendo el océano en una distante mancha verde.

Encontró a Jolivet apostado a la sombra del muro que rodeaba el jardín de la reina. Mostraba una expresión inescrutable, junto con su Anillo del León y el cordón de oro en su uniforme.

—Supongo que llevaréis la noticia de esta reunión a la mansión —dijo Jolivet en voz baja cuando Kel se le acercó.

—No veo motivo para ocultarlo —contestó Kel—. La ciudad lo sabrá pronto, y el Rey Trapero antes que cualquier otro.

Jolivet gruñó y cruzó los brazos.

—Supongo que vos y vuestros amigos no habéis hecho más avances.

Kel reprimió una réplica enfadada. De toda la gente de Castelana, sin duda él no habría elegido al legado Jolivet para ser el único fuera de la Mansión Negra que supiera su secreto. Pero no había podido elegir. Jolivet casi lo había obligado a aliarse con el Rey Trapero, con la esperanza de encontrar al que había organizado los asesinatos de la Galería Brillante.

Kel pertenecía a Palacio; era propiedad de Palacio. Si Jolivet le ordenaba hacer algo, hubiera sido una pequeña insurrección no hacerlo. Podría haber acudido a Conor, pero en su fuero interno estaba de acuerdo con el legado. Quien hubiera realizado el ataque a la galería tenía un objetivo más importante que los visitantes sarthianos.

Kel había seguido a uno de los asesinos hasta el exterior de la galería, y lo había acorralado en el tejado. Recordaba bien lo que la persona vestida de negro, con la cara y el cuerpo completamente cubiertos —por lo que su identidad resultaba imposible de suponer —, le había susurrado mientras él permanecía, incrédulo, con la espada en la mano.

«Estáis contemplando la antesala de la historia, Guardián de Espadas. Pues este es el inicio de la caída de la Casa Aurelian».

Conor era el único hijo de un rey que, a su vez, era el único superviviente de tres hermanos. Si el linaje Aurelian iba a caer, eso implicaba la muerte de Conor. Y Kel había jurado impedir dicha muerte. Incluso si eso significaba seguir las órdenes de Jolivet de mantener en secreto sus actividades. O unir fuerzas con el Rey Trapero, el principal criminal de Castelana, el Caballero Muerte.

—El avance es lento —repuso Kel—. Estamos persiguiendo fantasmas. Nadie parece saber nada sobre los atacantes. Unos treinta hombres murieron aquella noche, pero no ha habido rumores sobre nadie desaparecido. Y el Rey Trapero tiene acceso a muchos rumores.

Jolivet gruñó de nuevo.

—Las cosas no suceden sin previo aviso —dijo Jolivet—. Pero ese aviso puede tener una forma distinta de la que os esperáis. Cualquier cosa inusual o extraña en la ciudad debe tenerse en cuenta. —Miró hacia la puerta de la torre; Ciprian Cabrol, Joss

Falconet y Lupin Montfaucon habían salido y se dirigían hacia ellos por el sendero de grava, cuchicheando.

—Cabrol —murmuró Jolivet con su voz grave—, ¿qué pensáis de él?

Kel dudó un momento antes de responder, y observó a los tres hombres mientras se acercaban lentamente. Recortados contra la blanca silueta de las torres de Marivent, parecían pájaros de plumaje brillante. Montfaucon iba elegantemente vestido, como siempre, con pantalones y un jubón de un amarillo brillante similar al de un mirlo dorado. Joss llevaba un traje color escarlata, adornado con un bordado de serpientes cobrizas. A su lado, Cabrol era el más sobrio de los tres, con un atuendo gris oscuro, aunque su túnica tenía un forro azul martinete que se vislumbraba cuando las mangas se movían al gesticular.

—Es difícil confiar en él —contestó Kel en voz baja—, después de ver cómo ganó el fuero del tinte.

Hasta hacía tres meses, el fuero del tinte de Castelana había pertenecido a la familia Roverge, cuyo hijo, Charlon, había sido uno de los amigos íntimos de Conor, junto con Joss y Lupin. La noche de la matanza de la Galería Brillante, toda la flota Roverge había ardido en el puerto, llevándose consigo la fortuna de la familia. En cuestión de días, habían dejado la Colina solo con unas pocas pertenencias; el resto de lo que poseían iba a ser vendido para pagar sus enormes deudas. El fuero pertenecía a la corona y al Consejo, y le fue entregado a una familia elegida por Cazalet (y aprobada por el rey, en teoría, aunque, en realidad, por Conor): los Cabrol, unos prominentes mercaderes de tinte de la ciudad.

Era una familia de tres miembros: Ciprian, el hijo mayor; Beatris, su hermana, y la anciana madre, a la que nadie había visto mucho desde el traspaso de poderes. Ciprian era arrogante y apuesto, y

parecía no haber tenido dudas de que le entregarían las riendas de uno de los fueros más rentables de Castelana.

Y quizá hubiera tenido una razón para esa seguridad. Tras hablar con Lin sobre la flota destruida, Kel había acorralado a Mayesh en la Torre Norte.

—Todos sabemos que la familia Cabrol hizo arder las embarcaciones de los Roverge, ¿verdad?

—Oh, sí —había contestado Mayesh. Estaba estudiando un mapa de Sarthe cubierto de tachuelas de diferentes colores, aunque Kel no pudo entender cuál era el código—. Es un secreto a voces, Kellian.

—¿Y no se va a hacer nada?

—La familia Roverge tenía muchos enemigos. —Mayesh movió una tachuela—. Amenazaban e intimidaban a cualquiera que considerasen un rival; la familia Cabrol solo fue su víctima más reciente, y la primera en vengarse. Probablemente, su comportamiento los habría llevado al Truco si se hubiera tratado de cualquier otra familia. Muchos en la Colina y entre los gremios de mercaderes consideran que Benedict se lo había buscado. —Miró a Kel con curiosidad—. ¿Cómo creíais que cambiaban de manos los fueros?

—No así —había respondido Kel. Había pensado en el puerto en la noche del incendio, en el mar lleno de tinte, en las olas que rompían en una espuma amarilla y escarlata, turquesa y violeta. Luego, durante días, el humo había flotado sobre Castelana, convirtiendo las puestas de sol en cuadros de rojo vino y dorado. Un estandarte de la victoria para los Cabrol—. Puede que ahora tengan el poder, pero la forma en la que lo consiguieron acabará importando. Siempre es así, a largo plazo.

Mayesh había sonreído levemente al escucharlo.

—Una observación muy astuta, Kel. Habéis identificado una razón por la que los nobles no están constantemente estallando los barcos de los unos y los otros para adueñarse de los fueros.

—¿Hay otra razón?

—La dinamita es cara —había contestado Mayesh, riendo entre dientes, y había vuelto a su mapa.

—¡Anjuman! —llamó Joss. Exhibía su fácil y perezosa sonrisa habitual—. Supongo que ya habías oído la gran noticia de Conor, ¿no? No me extraña que parecieras medio dormido durante la reunión. No era nada nuevo para ti.

Kel tomó nota de que tenía que ajustar su expresión facial de «escucho relajado pero con interés». Resultaba evidente que la actual no había transmitido lo que quería transmitir.

—Ya la sabía, sí. No ha sido una decisión fácil para Conor. Ha estado dándole muchas vueltas.

—Sin duda —dijo Montfaucon con una risita. El amarillo de su traje era casi demasiado brillante en contraste con su piel oscura—. Logró escapar por los pelos de los grilletes del matrimonio una vez. Y ahora vuelve voluntariamente a la prisión.

—Conor no suele hacer las cosas sin motivo —observó Joss—. Diría que está volviendo a esa prisión con paso firme y un propósito claro. —Se volvió hacia Jolivet—. ¿Estáis de acuerdo, legado?

Jolivet murmuró algo sobre la necesidad de pasar revista a sus tropas y se escabulló.

Cabrol lo observó irse con una ceja levantada.

—Un tipo encantador —comentó irónico. Su color era poco común: ojos oscuros y cabello del color de las tejas rojas de Castelana—. Los soldados suelen ser buena compañía en las tabernas, pero diría que el legado es una excepción.

—Los soldados pueden ser una buena compañía cuando no están de servicio —repuso Kel, preguntándose por qué estaba a punto de defender a Jolivet, pero incapaz de evitarlo—. Aunque supongo que Jolivet nunca está fuera de servicio.

Ahora fue Kel quien recibió la ceja levantada de Cabrol.

—Supongo que es cierto. Desde luego, no puede dudarse de su lealtad a la ciudad o a la corona. O de la de Conor —añadió—. Es evidente que se casa por el bien de Castelana. Y se asegurará de ganarse la gratitud del pueblo por ello. Incluso de los que vivimos en la Colina.

Su voz era suave y su tono ligero. Kel no se lo creyó ni por un segundo.

—Gratitud. —Con un gesto de la mano, Montfaucon desdeñó el concepto como si fuera aburrido—. Escucha, Anjuman, esta noche doy una pequeña fiesta en el Caravel. El licor y los relojes de arena van de mi cuenta. Trae a nuestro joven príncipe contigo. Necesita un poco de diversión.

—Desde luego, y no tiene mucho tiempo para ello —repuso Joss, riendo—. Además ha estado dejándose la piel desde... —Se interrumpió, un poco incómodo, lo que era raro en Joss. Pocas veces se sentía incómodo—. Bueno, en los últimos meses. Merece divertirse un poco.

—Le diré lo de esta noche, Lupin —aseguró Kel.

Se dio cuenta de que no podía recordar la última vez que Conor había ido a las casas de placer del distrito del Templo... con sus amigos o sin ellos.

Montfaucon le señaló con un dedo enguantado en blanco.

—Dile que es importante —puntualizó—. Hay alguien a quien quiero que conozca.

Joss, que había recobrado la compostura, le dio unas palmaditas en la espalda a Montfaucon.

—Montfaucon está encandilado con un nuevo amante —dijo—. Y ha sido muy reservado al respecto. No nos ha dicho ni su nombre.

Montfaucon se encogió de hombros, aunque se lo veía muy ufano.

—Ya te lo he explicado, responde al nombre de Arena. La Serpiente Gris.

Cabrol rio y dijo algo sobre la imposibilidad de que Montfaucon, en la cumbre de la pasión, fuera a llamar a su amante «la Serpiente Gris», pero Kel apenas lo oyó. Demasiado sorprendido para hablar, se quedó parado en el sitio, inmóvil, con la vista perdida en el pasado.

Marcel

En la calle Áncora del Laberinto, casi pegado a los muros del Sault, se alza un templo sobre cuya entrada delantera hay una cornisa de esqueletos danzantes. En otro tiempo, estuvo de moda adorar a Anibal, el dios de la muerte, y el templo había sido dedicado a este propósito mucho tiempo atrás, cuando la zona del actual Laberinto, ahora plagado de crímenes, no era más que un pantano con chozas. Un millón de devotos vestidos de negro habían desgastado los amplios escalones de la entrada con sus idas y venidas a lo largo de los años, incluso cuando el culto al dios de la muerte cayó en desgracia y quienes lo rezaban comenzaron a ser vistos con recelo.

Finalmente, cuando los fieles dejaron de acudir con regularidad, el Hierofante, sumo sacerdote de la ciudad, puso un candado en las puertas, tapió las ventanas y declaró el templo cerrado para los ciudadanos de Castelana. Sin embargo, el lugar no está en ruinas; el miedo a Anibal y a su ira ha mantenido a los vándalos alejados.

Marcel Sandoz, borracho profesional y adicto al jugo de amapola, suele dormitar en los escalones del viejo templo. La superstición hace que casi nadie lo moleste, ni siquiera en las primeras horas de la noche. Perdido en sus vívidos sueños causados por la amapola, se

está imaginando en un prado rodeado de chicas risueñas con vestidos de seda brillante cuando oye acercarse a los forasteros.

Abre los ojos, parpadeando bajo la luz tenue. Quizá el ruido formara parte de su sueño, o tal vez ha oído a los Shomrim llamándose sobre los muros del Sault. Pero el fuerte dolor de cabeza y el hedor frío de la piedra bajo su cuerpo pronto apartan esa idea. Esto es la realidad, y los pasos se oyen cada vez más fuertes.

Sube a gatas los últimos escalones hasta el pórtico, donde se esconde tras una columna de mármol astillado. Supone que serán Vigilantes. Siempre lo echaban en cuanto encontraba un lugar cómodo para dormir. Pero cuando tres individuos sombríos ascienden los escalones del templo, un escalofrío le recorre la espina dorsal. No llevan el uniforme de los Vigilantes, en rojo y amarillo. Van totalmente vestidos de negro, como si quisieran desaparecer en la noche.

Uno de los individuos, un hombre cuya cabeza afeitada brilla a la luz de la luna, habla en un idioma que no es suave como el castelaní, sino lleno de consonantes duras y gruñidos. «Qué raro», piensa Marcel. Los viajeros de Malgasi son poco frecuentes. Es un reino enigmático, al este de Sarthe, sobre el cual circulan rumores oscuros.

—Cza vayuslam. Vaino sedanto anla.

El más delgado de los tres individuos, una mujer, le responde con voz fría.

—Bagomer, recuerda lo que te he dicho. Tienes que practicar el castelaní.

—Solo estaba diciendo, mi señora —responde el hombre calvo, con mucho acento—, que el templo está abandonado. Nadie nos molestará aquí.

—Es bastante sombrío, ¿verdad? —dice ella, en un tono complacido.

Ahora, Marcel puede ver lo que viste: un traje ajustado enteramente negro, ceñido como la piel de una serpiente, como si la hubieran pintado con aceite negro. Una capucha le cubre el pelo, pero el rostro que mira desde la oscuridad es tan pálido y huesudo como los cráneos de los esqueletos danzantes que están sobre ellos.

—Janos —ordena ella al segundo hombre, al que una cicatriz le surca el rostro—, lleva un mensaje a Artal Gremont. Dile que la princesa de Malgasi, heredera al trono de Belmany, ha llegado a su ciudad. Eso debería hacerlo venir corriendo.

Mientras Janos asiente y se pierde en la noche, Marcel siente que un miedo terrible se apodera de él. ¿La princesa de Malgasi? Si hay algo que sabe bien, tras haber vivido toda su vida en Castelana, es que ningún ciudadano sensato quiere entrometerse en los asuntos de la realeza. Jamás.

Bocabajo, empieza a arrastrarse por el pórtico como una serpiente. Desgraciadamente para él, su pie desnudo y sucio choca con una botella vacía tirada sobre un montón de basura. La botella rueda por el mármol con un sonido chirriante.

Marcel se pone en pie como puede; quiere correr, pero sus pesadas piernas no le obedecen. Ve que los dos individuos en la escalinata dirigen la vista hacia él. Ve el rostro de la mujer, la princesa de Malgasi, contraerse en una mueca de desagrado.

Una mano enorme e invisible parece agarrarlo y ponerlo en pie. Se debate, pero en vano. Lo lanzan de espaldas, el mármol roto de los escalones se le clava en la columna. Mientras mira hacia arriba, aterrorizado, la figura de la princesa de Malgasi se cierne sobre él, con una sonrisa cruel que le retuerce el rostro de depredador.

—Mira esto, Bagomer —dice—. Un pequeño ratón castelaní.

El hombre que está detrás de ella, en los escalones, gruñe de nuevo.

—Deshazte de él —dice—, antes de que alguien lo vea.

Marcel tiene sangre en la boca. La escupe mientras trata de alzarse sobre los codos.

—No me hagáis daño, por favor. Por favor. Me voy. No les diré nada a los Vigilantes...

—No —dice la princesa, con una mirada casi soñadora—, no lo harás.

Lo último que Marcel ve podría haber sido una imagen sacada de uno de sus sueños de jugo de amapola, todo color, fuego y peligro. La princesa extranjera alza la mano, con la palma hacia afuera, y del centro le surge un rayo de llamas; dorado, rojo y con tonos de bronce en los bordes.

«Magia», piensa Marcel, y casi ni tiene tiempo de asombrarse de su belleza y su extrañeza antes de quedar reducido a cenizas.

Capítulo dos

—Te lo repito —dijo Jerrod—, usa el borde de los pies, no la punta de los dedos. Estás gateando, no bailando.

Kel miró hacia abajo para lanzarle a Jerrod una mirada furiosa y, al instante, se sintió un poco mareado. Nunca se había dado cuenta, antes de empezar su entrenamiento de gateador, de aprender a corretear arriba y abajo por las paredes con el mínimo apoyo para los pies y las manos, de lo mucho que le impresionaban las alturas.

Nunca se lo había planteado hasta que Jerrod comenzó a trabajar para el Rey Trapero y se ofreció para enseñar sus habilidades de gateador a cualquiera de su nuevo equipo: Kel, Merren Asper y Kang Ji-An.

Solo Kel había aceptado la oferta, lo cual resultaba irónico. A simple vista, Kel tenía menos razones que sus amigos para confiar en Jerrod Belmerci, quien, cuando trabajaba para Prosper Beck, le había tendido una emboscada en un callejón. Sin embargo, ellos habían dejado atrás sus diferencias, y habían sido Merren y Ji-An quienes, al principio, se habían mostrado distantes con Jerrod. Su lealtad a Andreyen era lo más importante, y Beck había sido una

amenaza para el Rey Trapero, hasta que abandonó repentinamente Castelana y dejó a Jerrod sin trabajo.

Había sido el propio Andreyen quien había disipado sus dudas, y les había asegurado que Jerrod sería más un recurso valioso que un inconveniente. Incluso había mandado construir un muro de escalada, hecho de granito liso con hendiduras irregulares, que se instaló en el solárium. Jerrod había sugerido construir el muro sobre el río interior, argumentando que los cocodrilos darían a Kel un incentivo adicional para no caer, pero Andreyen rechazó esa idea: «Esos cocodrilos son caros —había dicho— y comerse a Kel seguramente les causaría una indigestión».

—Y no mires hacia abajo —le advirtió Jerrod en ese momento—. Ya te lo he dicho antes: nunca mires hacia abajo. Y tampoco hacia los lados. Ni hacia arriba —añadió—. No busques los puntos de apoyo con la vista. Siéntelos.

Mirando al frente con determinación, Kel ajustó su posición. Había llegado a la Mansión Negra y, como Andreyen se hallaba en una reunión a puerta cerrada, Jerrod le había sugerido que practicaran un poco de escalada. Kel, aún inquieto por la reunión en la Cámara de la Esfera y con las palabras «la Serpiente Gris» resonándole en la cabeza, había aceptado, aunque ya estaba comenzando a arrepentirse.

El gateo requería toda su concentración, así que había esperado que lo calmara. Cuando era un niño en el orfanato, trepando rocas con Cas, había soñado con ser algún día un gateador. Parecía lo máximo a lo que un huérfano castelaní podía aspirar; quizá no al dominio sobre su propia vida, pero sí, al menos, sobre los vertiginosos picos de la ciudad, con sus techos inclinados, sus torres, sus arcos y sus altas ventanas.

Falló un apoyo con el pie, resbaló un poco y maldijo. Una cosa era sentir un agarre con los dedos bien cubiertos de tiza y otra muy diferente intentar encajar el zapato en una pared vertical.

—¡Inclínate hacia la pared! —gritó Jerrod, exasperado—. Visualízala como si estuviera debajo de ti... Oh, hola —añadió en un tono completamente diferente—. ¿La reunión ha terminado, supongo?

Kel no pudo evitarlo, miró hacia abajo. El suelo del solárium pareció desenfocarse debajo de él, y resbaló hasta la mitad de la pared antes de ser capaz de detener su caída con unos torpes arañazos en la superficie casi lisa. Vergonzoso.

Saltó lo que le quedaba, y aterrizó casi encima de Jerrod, que no le hizo ni caso. Este estaba mirando al Rey Trapero, que acababa de entrar en la habitación, flanqueado por Ji-An y Merren. La joven llevaba su habitual atuendo de chaqueta de seda y pantalones, bordados con peonías. Tenía la melena negra recogida en lo alto de la cabeza, sujeta por una pinza de cobre. A su lado, Merren parecía el estudiante que era, con ropa negra desteñida; el pelo rubio le brillaba tanto como el de Antonetta Alleyne.

Kel apartó el pensamiento de Antonetta. Notó que Jerrod no parecía mirar tanto a Andreyen como a Merren, aunque este, como de costumbre, no se percataba.

—¿Qué pasa si caes desde arriba? —preguntó Merren, echando la cabeza hacia atrás para contemplar toda la extensión de la pared de escalada—. ¿Hay alguna forma especial en la que los gateadores aprendan a caer para no romperse las piernas?

—No —contestó Jerrod—. Se habría roto las piernas. Por eso intento enseñarle a no caer.

—Intentad no romperlo mientras nos sea útil —dijo Andreyen. Los ojos verdes del Rey Trapero brillaron en las sombras del solárium—.

Supongo que estás aquí para hablarnos de la reunión de la Cámara de la Esfera, ¿verdad, Kellian?

Kel intentó limpiarse la tiza de los dedos. Ji-An miraba a Jerrod con desconfianza, como siempre hacía. Este llevaba tres meses trabajando para el Rey Trapero, recopilando información por toda Castelana, hasta en lo más profundo del Laberinto, pero Ji-An seguía sin fiarse de él.

A Jerrod no parecía importarle, aunque era difícil saber cuándo algo le molestaba. Llevaba un cuarto de la cara cubierta por una máscara de acero batido. Como estando con Kel y los otros se dejaba la cabeza al descubierto, resultaba más fácil ver las finas cicatrices que se desenrollaban como hilos desde detrás de la máscara, y le marcaban las sienes y los pómulos. Kel se preguntaba a menudo qué podría haber hecho una herida como la que Jerrod Belmerci ocultaba.

—Sí —contestó Kel, después de deshacerse de todo el yeso que pudo. Aún sentía los dedos desagradablemente ásperos—. Pero hay otra cosa que debo decirte...

Las palabras «la Serpiente Gris» estaban a punto de salirle de la boca, pero Andreyen alzó una mano.

—En orden, por favor —pidió—. La reunión, de principio a fin.

Kel suspiró para sí, pero hizo lo que le pedía. Mientras todos tomaban asiento en los bancos de piedra que rodeaban el estanque ornamental, explicó lo sucedido en la reunión de la Cámara de la Esfera: los nerviosos asistentes, el anuncio de Conor, las reacciones de las familias de los fueros...

—¿Vuestro príncipe está otra vez comprometido? —Jerrod alzó las cejas—. Supongo que nadie mencionó lo bien que le salió el plan la última vez.

—Lo cierto es que Montfaucon lo hizo, puesto que no tiene ningún tacto —repuso Kel—. Pero la situación es diferente. Ahora se trata de evitar la guerra, y tanto la reina como Bensimon están de acuerdo en que es lo mejor. Si hubo alguien que no se sintió realmente aliviado, lo disimuló muy bien.

—Seguro que nadie tuvo que disimular. Nadie se beneficia con la guerra —apuntó Merren.

—Eso no es cierto —objetó Andreyen—. Siempre hay alguien que se beneficia con una guerra. —Se reclinó—. En todo caso, Kutani es el país más rico del mundo. Tendrán oro más que suficiente para pagar cualquier precio que Sarthe esté pidiendo como desagravio, o para un ejército que contenga el ataque, si fuera el caso. Me impresiona que Bensimon y la reina hayan sido capaces de lograr tal alianza.

—Conor se ha encargado de una gran parte de la negociación —comentó Kel, y cuando todo el mundo lo miró incrédulo, añadió a la defensiva—. Os lo he dicho. Ha cambiado.

Ji-An había sacado una baraja de cartas del bolsillo. Las extendió sobre la mesa de piedra cercana al estanque.

—He visto a Anjelica de Kutani —dijo, para sorpresa de Kel—. En la corte de Geumjoseon. Era una visita oficial. Es... hermosa. —Miró hacia las cartas, luego puso el león sobre la niña llorosa—. Tan hermosa que es casi excesivo. El príncipe Hui estaba loco por casarse con ella. Creo que habría hecho cualquier cosa. Su padre se lo prohibió. Dijo que semejante belleza solo causaría problemas.

—Curioso —comentó Andreyen, apoyando la barbilla sobre el pomo del bastón—. Anjelica de Kutani podría elegir a cualquier pretendiente. Entonces ¿por qué nuestro príncipe, con todos sus problemas?

Kel sintió que se tensaba. Esa observación era muy semejante a las preguntas que él también se hacía; Conor no había compartido los detalles del acuerdo, y él no se los había preguntado.

—No sé qué le está ofreciendo Castelana a Kutani —respondió—. Debe de ser algo que creen que no pueden conseguir en ninguna otra parte.

—A pesar del príncipe, Castelana sigue siendo un valioso aliado —señaló Ji-An—. Sobre todo para un país como Kutani, que depende del comercio.

—Malgasi se enfadará —apuntó Merren. Le había caído una hoja entre los rizos. Se movió para quitársela y los ojos de Jerrod siguieron el movimiento—. ¿No querían que Aurelian se casara con su princesa? Ahora va a comprometerse otra vez, y, de nuevo, no será con Elsabet Belmany.

Kel extendió las manos.

—Oficialmente, Bensimon os diría que el matrimonio entre Conor y una princesa de Malgasi dejaría a Sarthe entre dos países aliados. Quizá se sentirían amenazados, hasta podría ser que quisieran ir a la guerra.

—¿Y extraoficialmente? —preguntó Ji-An, cruzando la princesa de espadas con la viuda negra.

—¿Extraoficialmente? Conor desprecia a los Belmany. No solo porque no son limpios en los tratos, sino especialmente por la forma en la que han atormentado y masacrado a sus ashkar.

—Interesante —murmuró Andreyen—. Hay por ahí muy pocos miembros de la realeza que se preocupen por los ashkar. Parece que Mayesh está haciendo un buen trabajo.

—Imaginaos a Conor Aurelian teniendo reparos morales —comentó Merren—. Siempre lo había considerado una persona *desreparada*.

—No creo que exista esa palabra —apuntó Kel—. Además, es una cuestión práctica, no solo moral. La familia real de Malgasi no solo es desagradable por todo eso, sino que sus súbditos parecen haberse dado cuenta. Fuentes de Jolivet le cuentan que podría estallar una revolución en cualquier momento.

—Como antimonárquico, estoy técnicamente a favor de la revolución —indicó Merren.

Kel sonrió, pero no podía olvidar al rey Markus susurrándole al embajador de Malgasi: «¡Enjaularíais a mi hijo como me enjaulasteis a mí!». Había una energía oscura entre las cortes de Malgasi y Castelana, una historia de sangre y secretos, encerrada en la mente del silencioso rey.

—¿Qué hay de nuestro amigo el legado? —preguntó Andreyen. Había un cierto tono tenso en su voz; el Rey Trapero entendía que el acuerdo con Jolivet era necesario, pero el legado representaba una cara de la ley y Andreyen la cara opuesta. Nunca consideraría al legado como un amigo—. Supongo que estaba en la reunión. ¿Tiene alguna información para nosotros, o alguna directriz?

Kel negó con la cabeza.

—Está impaciente —informó—. El Escuadrón de la Flecha ha interrogado a todo aquel que ha podido encontrar en la ciudad que tuviera algo contra Sarthe. No han sacado nada.

—¿Así que se apoya en ti? —El tono incómodo seguía en la voz de Andreyen—. ¿No le preocupa que si se apoya demasiado, puedas romperte?

Kel no pudo evitar recordar lo que Andreyen le había dicho en otra ocasión, estando solos: «Me temo que no seáis capaz de lidiar con todos vuestros conflictos interiores. Ser un Guardián de Espadas, y ahora esto».

Kel se limitó a encogerse de hombros.

—Jolivet parece pensar que, a estas alturas, deberíamos saber más de lo que sabemos...

—Vaya, piensa que es fácil, ¿eh? —intervino Ji-An—. Que nosotros le hagamos el trabajo, ¿no? —Sacudió la cabeza—. En Castelana nadie habla. Ni con la Colina, ni tampoco con nosotros. No hay pistas...

—Bueno —dijo Kel—. Respecto a eso. Montfaucon va a dar una pequeña fiesta en el Caravel esta noche. —Merren lo miró; su hermana, Alys Asper, poseía y dirigía el Caravel.

—¿Y? —preguntó Jerrod—. ¿Vamos a ir todos a ahogar nuestras penas con la nobleza disoluta?

—Dudo que sea tan divertido como piensas —repuso Kel—. En cualquier caso, Montfaucon nos ha invitado expresamente para presentar a su nuevo amante, alguien a quien llaman la Serpiente Gris.

—La Serpiente Gris —murmuró Andreyen—. ¿Las últimas palabras de Gremont?

Kel asintió.

—Entonces ¿crees que la Serpiente Gris es una persona? ¿No una metáfora? ¿No el barquero con cabeza de serpiente de los cuentos? —preguntó Andreyen.

—El Guía Oscuro —añadió Merren—. Conduce a las almas al mundo subterráneo en su bote.

—Gremont habló con mucha urgencia —contestó Kel—. Me he preguntado una y otra vez por qué emplearía su último aliento en recordarme una fábula. Pero quizá no era una fábula. Lo que significa que, esta noche, voy a ir al Caravel.

—¿E irás con el príncipe? —preguntó Jerrod—. ¿O haciéndote pasar por él?

—Ni una cosa ni la otra —contestó Kel, escueto. Siempre intentaba decir lo menos posible sobre el príncipe. No estaba allí para contar cosas de Palacio, e incluso aunque Conor nunca lo supiera, incluso si aquello no importara, mantenerlo fuera de la conversación todo lo posible le parecía menos traición—. Iré como Kel Anjuman. Si la Serpiente Gris es una persona, entonces lo seguiré, veré qué hace.

—No me gusta que Alys esté cerca de todo esto —comentó Merren, frunciendo el ceño—. Debería decirle...

—¿Decirle qué? —preguntó Jerrod—. ¿Que crees que lord Montfaucon podría conocer a alguien implicado en el ataque a Marivent? Decirle eso la pondrá más en peligro que no decirle nada.

Merren apretó la mandíbula.

—Aun así, quiero estar allí esta noche.

—Y estarás —dijo Andreyen—. Y vosotros —añadió, dirigiéndose a Jerrod y Ji-An— iréis con él.

—¿Tenemos que ir disfrazados? Odio los disfraces —se quejó Merren.

—No —respondió Andreyen—. No será necesario. Os quedaréis fuera del Caravel...

—Merren podría ser un cortesano. Es suficientemente atractivo —apuntó Jerrod, con tono casual.

—Acabo de decir que no necesita llevar disfraz; presta atención, Jerrod —replicó Andreyen, con un ligero tono divertido—. Los tres os quedaréis con el carruaje, donde Kel pueda avisaros por si os necesita. Ji-An puede conducir.

—No estoy de acuerdo —repuso Jerrod.

Ji-An le echó una torva mirada.

—Bueno, si cambiáis de idea y decidís que necesitáis disfraces para esta noche —dijo Kel—, puede que tenga un sombrero de

pirata que guardé de la última fiesta temática de la reina. Jerrod, si lo necesitas, dímelo.

Jerrod lo miró sombrío.

—Kel —intervino Merren—, en la reunión de la Cámara de la Esfera..., ¿hubo alguna mención sobre la fecha de llegada de Artal Gremont?

Kel negó con la cabeza.

—Sigue a la deriva. Literalmente, quiero decir, no en sentido figurado.

—Está apurándolo mucho, ¿no? —opinó Merren—, si planea casarse con tu amiga Antonetta a final de mes.

—Merren. —Kel intentó mirar directamente a su amigo, pero esquivaba claramente sus ojos—. ¿Sigues con la idea de vengarte matando a Gremont?

Merren parpadeó rápido.

—No tengo nada parecido a un plan concreto. Prefiero improvisar.

Jerrod pareció preocupado.

—Merren, Artal Gremont tiene contactos muy importantes. Está a punto de ser poseedor de un fuero, que es lo más cercano a ser de la realeza, sin serlo.

—Ah, sí —contestó Merren, con una amargura insólita en él—, destruye a mi familia y lo recompensan con un fuero. ¿No podían habérselo dado a otro Gremont?

—Parece ser que su madre se lo cedió precisamente para traerlo del exilio —informó Andreyen.

—Sea como sea —dijo Jerrod—, Merren, asesinándolo correrías un gran peligro. —Miró a Kel—. Díselo, ¿quieres?

—Creo que Merren es una persona cauta —contestó Kel—. Y Gremont no se merece otra cosa.

—Gracias —respondió Merren, con expresión agradecida.

—¿Es eso lo que piensas realmente? —inquirió Jerrod, molesto—. ¿O simplemente quieres ver muerto al futuro marido de Antonetta Alleyne?

Kel forzó una sonrisa.

—¿Por qué tiene que ser una cosa o la otra? —Se volvió hacia Merren—. Haz lo que creas que debes hacer —dijo—. Aunque sería mejor que yo no supiera los detalles.

Ji-An enarcó una ceja.

—¿Porque entonces tendrías que ocultárselo a Antonetta Alleyne, y eso te molesta?

—¿Por qué iba a molestarme? —replicó Kel, sintiéndose cansado —. Oculto cosas a todo el mundo.

Cruzar la puerta era siempre una prueba, pensó Lin. No una prueba para ella, sino una prueba para el Sault y su actitud hacia ella: la Diosa Renacida que no esperaban, y a la que, en el fondo, muchos de ellos no habían deseado realmente.

Ese día había dos guardias en la puerta: su viejo amigo Mez y Adar Gamel, uno de los Shomrim más jóvenes. Acababa de cumplir los dieciocho, la edad en la que podía empezar con sus deberes como guardia, y seguía siendo desgarbado como un potrillo. No le gustaba Lin y no se molestaba en disimularlo.

—Saludos, Diosa —dijo cuando ella pasó, dándole un tono de burla a la palabra.

Mez sonrió a Lin, claramente avergonzado por el tono de su compañero.

—Lin —saludó—. ¿Vienes de visitar a un paciente? ¿Va todo bien?

—Muy bien, Mez.

—El Maharam quiere verte. Dijo que te lo hiciéramos saber cuando volvieras.

Se encogió de hombros como si se disculpara por no tener ni idea del motivo de la llamada. Lin no dudó de que fuera así. Sonrió a Mez y, sin prestar atención a la mirada despectiva de Adar, cruzó las puertas del Sault en dirección al Etse Kebeth. No se apresuró, pues no quería mostrar ninguna señal de preocupación. Pero tenía un nudo en el estómago.

Aún recordaba la noche que había sucedido; su anuncio, los barcos ardiendo en el puerto como estrellas estallando. Esa noche nadie había dudado de ella, excepto su abuelo, pero, con el paso de los días, las cosas habían ido cambiando en la ciudad amurallada.

Mez y Adar parecían ser el ejemplo de la división de opiniones en el Sault. Algunos sí que la creían la Diosa o pensaban que, al menos, debían darle la oportunidad de demostrarlo. Otros decían que, claramente, estaba mintiendo. No se lo decían a la cara, pero las habladurías corrían por las calles como veneno. ¿Qué otro milagro había llevado a cabo desde el primero? ¿Y por qué, de entre todas las mujeres ashkar, la Diosa iba a elegir a Lin Caster para su regreso?

Mientras cruzaba el Kathot, vio a Arelle Dorin sentada en un banco de piedra, rodeada de otras jóvenes. Lin se mantuvo a distancia. La última vez que se había encontrado a Arelle sola en la calle, la chica, a la que Lin conocía de toda la vida, la había mirado con frialdad y le había dicho: «El Sanhedrin llegará pronto. Disfruta esto mientras puedas».

Tenía razón, pensó Lin. No en que estuviera disfrutando, sino en que el Sanhedrin llegaría. Era algo en lo que intentaba no pensar. Tenía el tiempo que tenía, y acceso al Shulamat mientras durara. No podía ocuparse del futuro.

Mientras tanto, Lin ocupaba un espacio intermedio: ni completamente la Diosa Renacida, ni completamente su antiguo yo. Se le permitía el acceso al Shulamat, a los libros y las herramientas que necesitara para su estudio. Iba y venía sin que nadie le dijera nada. Seguía viendo a sus pacientes, pues ¿no había sido la Diosa una sanadora? Tenía sus defensores: Chana, Mariam, Mez. Un día, había abierto la puerta de su casa en el Sault y se había encontrado un cuenco de plata en el umbral. Tenía inscritas las palabras de un hechizo destinado a ahuyentar a los shedin y los lilin, espíritus malignos que enfermaban a bebés y se llevaban a la gente anciana de sus camas. No sabía si lo habían puesto allí para protegerla a ella o para proteger a otros de ella.

En cualquier caso, no estaba teniendo efecto para prevenir los sueños que llevaban meses acosándola. Extraños sueños en los que aparecía la propia Diosa, y llamas que se alzaban y rodeaban Aram; y otras veces, los sueños que tenían aún menos sentido: un hombre lanzando un libro al mar, un hombre de Malgasi que encontraba algo dorado y peligroso dentro de una cueva. Y, la noche anterior, había soñado con una mujer de pelo oscuro a la que le salía fuego de las manos y un hombre que se convertía en cenizas frente a una columna de mármol blanco.

El Shulamat estaba tranquilo a mediodía, tumbado bajo el sol como un gato dormido. Lin atravesó el polvoriento interior de piedra lavada, y cruzó el portón de celosía dorada tras el cual se encontraban los libros. Libros que había sostenido en sus manos, sintiendo su peso, la textura de sus encuadernaciones. Cuero suave, a veces; o plata pesada, tallada e inscrita; o tela rígida, cuyas piedras preciosas, adheridas con cola, empezaban a desprenderse. Tres meses atrás, ni siquiera habría podido imaginarse tocando aquellos libros. Pero, cuando lo hizo, todo valió la pena; el

resentimiento y la hostilidad, y el daño que pudiera haber hecho a su propia alma con sus mentiras.

(Y allí estaba el volumen más preciado, el que había recuperado después de que el Maharam se lo confiscara: *Las obras de Qasmuna*, tan raro y prohibido que lo mantenía envuelto en terciopelo negro. Se lo había dado el príncipe personalmente, y ella no podía evitar ver su cara cada vez que pasaba las páginas).

Recorrió los pasillos, salpicados de motas de polvo que brillaban bajo la melosa luz del sol, hasta salir al jardín cerrado de detrás del Shulamat. Allí el aire olía dulce, pues la madreselva trepaba por las paredes de piedra, y el suelo estaba cubierto de altramuz azul y crocos amarillos. Los árboles de granadas y de dátiles que bordeaban los senderos estaban cargados de fruta.

Divisó al Maharam, de pie bajo la sombra de un platanero. No llevaba su bastón y parecía absorto en esparcir semillas para un bullicioso grupo de colibríes. Algunos se alejaron dando saltitos al acercarse Lin, pero el Maharam no levantó la vista. En su lugar, silbó, y un colibrí de cabeza roja brillante se le acercó hasta casi posarse sobre su zapatilla.

Lin no lo saludó, se limitó a quedarse quieta pacientemente (algo que le resultó fácil, ya que la falda se le había enganchado en un puntiagudo cactus sahja), aguardando a que él le hablara. Finalmente, lo hizo.

—¿Alguna vez te has preguntado por el propósito de este jardín?

«Hasta hace tres meses, no se me permitía estar en este jardín», pero su respuesta fue otra.

—¿Debe un jardín tener un propósito, más allá de ser un refugio de paz?

El Maharam buscó en los bolsillos de sus voluminosos ropajes y extrajo otro puñado de semillas.

—Cuando el primer Exilarca, Judah Makabi, huyó de Aram, no solo llevó consigo a su gente, sino también las semillas y los frutos de las plantas que allí crecían, para que ninguna de ellas se extinguiera. Todo lo que crece en este jardín creció una vez en Aram. La jacobinia y la anémona blanca cubrían las montañas; y las rosas y los tulipanes, los valles. Los preservamos todos, plantándolos cuando podemos, para poderlos llevar de vuelta a Aram cuando sea restaurado. —Sus ojos oscuros la estudiaron—. Tu tarea, por supuesto.

Lin oyó un bufido tras ella. Se volvió y vio a Oren Kandel pasar junto a ellos por el sendero. Evidentemente, lo había visto a menudo desde que había asumido su nuevo papel, o lo que fuera. El Maharam lo había nombrado cuidador del Shulamat, así que Oren estaba siempre allí, mirándola fijamente desde las sombras. En ese momento, se alejaba con paso rígido, cargando un saco de arpillera sobre el hombro.

—No le prestes atención —aconsejó el Maharam—. Se debe tener paciencia con aquellos que aún no están listos para su regreso.

—Algunos aceptan los cambios con más facilidad que otros —repuso Lin, con el mismo tono neutro que había usado el Maharam.

No tenía sentido señalar que si el propio Maharam no fuera tan obviamente escéptico, las cosas serían diferentes para ella en el Sault. Él lo sabía; y además, ella no le culpaba del todo.

No se equivocaba al dudar.

—El Sanhedrin va a venir —informó el Maharam de forma abrupta —. Dentro de una semana.

Lin contuvo la respiración. De pronto, todo en el jardín le pareció demasiado vivo: el brillo de las flores; las oscuras sombras, precisas y de bordes afilados, que se proyectaban sobre la tierra polvorienta. Incluso el aroma del jazmín le resultó empalagoso.

—Pensé que habíais dicho que tardaría varios meses... —Se interrumpió a sí misma, pero, de todas formas, el Maharam pareció molestarse. Demasiado tarde.

—Siguen su propio juicio. Quizá se hayan tomado un interés especial en ti.

—Qué halagador.

—Una semana —repitió el Maharam—. Eso quiere decir que no están tan cerca como para que me sea imposible enviarles un mensaje y decirles que no vengan. Si, tal vez, hubieras cambiado de opinión sobre la prueba.

«¿Por qué iba yo a hacer eso?», estuvo a punto de decir Lin, pero no podía negar que se le había acelerado el corazón ante esa sugerencia. No tener que presentarse ante el Exilarca y su corte, no tener que mentir al Sanhedrin... Esta vez no tenía un milagro a mano; el conocimiento irrepetible de que una flota de barcos iba a arder, la coincidencia temporal...

Solo se tenía a sí misma y lo que había aprendido. Sabía que no sería suficiente.

Y, sin embargo... El Maharam la miraba con amabilidad. La mirada del anciano que presidía bodas, bendecía bebés y alimentaba a los gorriones y los colibríes con sus propias manos. Si le pedía que le dijera al Sanhedrin que no viniera, que se había equivocado sobre quién era, entonces, él seguiría siendo amable.

Pero el resto del Sault —sus amigos, sus vecinos y sus pacientes— la consideraría una mentirosa. Se libraría del exilio, pero se vería rechazada. Los que habían dudado se reafirmarían, pero eso no le preocupaba tanto como saber que a aquellos que habían creído se les rompería el corazón.

Y también estaba Mariam. Mariam, que aún no estaba curada. Pero una semana no era tan poco; en una semana había tiempo...

Un colibrí se había posado en el hombro del Maharam. Pio con suavidad.

—Hazme saber lo que decidas, Linnet —dijo el Maharam—. La elección es solo tuya, te lo aseguro.

«Pues claro que lo es», pensó Lin. El Maharam era demasiado astuto para querer cargar con el peso de la decisión, y de sus consecuencias.

—Muchas gracias, Maharam —respondió Lin, que por fin había soltado la falda del cactus. Uno de sus dedos, pinchado, había empezado a sangrar; una pequeña gota de sangre surgió en su piel, brillante como los anillos del príncipe—. Lo pensaré con detenimiento.

Kel llegó solo al Caravel, montado en Asti. Había dejado a Conor en la Torre de la Estrella, acompañado de Lilibet y Mayesh, finalizando los preparativos para la llegada de la princesa de Kutani.

—Supongo que Montfaucon se enfadará porque no he ido —había dicho Conor, aunque no parecía importarle mucho—, pero esto es más importante.

Kel se sintió extrañamente abandonado mientras descendía la Colina. En muchos aspectos, era mejor tener a un Conor que pusiera sus responsabilidades por delante de sus placeres. Y, sin embargo, Kel lo echaba de menos, sobre todo ante la perspectiva de una noche con los nobles de la Colina. Conor era el único de ese grupo que realmente le agradaba, con excepción, a veces, de Falconet.

Kel se propuso firmemente disfrutar de la noche, clara y luminosa. Las estrellas eran una red plateada lanzada al cielo; el aire, inmóvil y tan traslúcido que podía distinguir el oscuro perfil del orfanato, su primer hogar, encaramado en el acantilado sobre el océano.

Encontró el Caravel iluminado, con las ventanas y las puertas abiertas de par en par, por las que salían a la calle sonidos de júbilo. Los viandantes lo miraron, curiosos, mientras Kel dejaba a Asti con los lacayos y entraba al local. Sin duda, se preguntarían quién era: ¿un noble?, ¿tal vez incluso el titular de un fuero? O quizá hubieran notado sus colores marakandíes: pantalones de terciopelo verde, camisa de seda de color verde celadón, y chaleco estampado y adornado con gemas verdes, que no eran verdaderas esmeraldas, sino vidrio coloreado. Falso como su nombre o su vínculo con Palacio.

El interior del Caravel estaba decorado con los colores de la Casa Montfaucon, que eran plata y violeta. Los cortesanos vestían versiones de la librea de Montfaucon, y sus párpados estaban coloreados de lavanda metálica. Se movían entre los invitados con bandejas de licor y comida, dejando tras de sí las colas de sus bufandas plateadas. Montfaucon, vestido con seda muaré de color púrpura, se desplazaba por la multitud, claramente en su elemento; saludando a algunos, ignorando a otros. Dado que la lista de invitados era suya, Kel solo podía suponer que Montfaucon había invitado a esos últimos con el propósito de despreciarlos, lo cual, ciertamente, parecía ser algo que disfrutaría.

Kel dejó vagar la mirada por la multitud y no vio más que rostros conocidos, salvo por algunos cortesanos. Se dio cuenta de que hacía mucho que no visitaba el Caravel. Casi cuatro meses. El ambiente del lugar ya le resultaba extraño, de una manera que no podía expresar. En el escenario, un grupo de obreros martilleaba una especie de estructura de madera que Kel no lograba identificar.

Recorrió la vista por la sala y reconoció rostros familiares de la Colina; la mayoría ya parecía haber disfrutado largamente del vino que corría en abundancia. No vio a Ji-An ni a Jerrod por ningún lado,

pero sí a Merren, conversando con Alys en un sofá rojo. Kel hizo lo posible por no mirarlos demasiado, lo que le resultó más fácil cuando Ciprian Cabrol y Joss Falconet se le acercaron. Ambos llevaban copas de plata con un licor blanquecino. Joss vestía terciopelo negro; Ciprian, un gris modesto que no le favorecía.

—¿Qué están construyendo en el escenario? —preguntó Kel, esforzándose por sonar calmado y despreocupado.

—Quizá quiera mostrar a esa Serpiente Gris en algún tipo de escenario fantástico —aventuró Joss—. Montfaucon siempre ha tenido un toque teatral.

—¿Es realmente su debut? —preguntó Kel—. ¿Montfaucon ni siquiera lo ha llevado antes a una partida de cartas?

Ciprian negó con la cabeza.

—Montfaucon nunca había sido tan reservado con un amante.

Resultaba extraño, pensaba Kel, que Ciprian hablara de todos ellos con tanta familiaridad, como si su casa siempre se hubiera hallado en la Colina.

Joss tomó un sorbo de su copa, sus ojos oscuros parecían pensativos.

—Al parecer, era un luchador del Arena, antes de que lo prohibieran. Mató a tantos en combate que empezaron a llamarlo la Serpiente Gris, porque enviaba almas al inframundo.

Ciprian frunció el ceño.

—Disculpad, debo rescatar a mi hermana Beatris de las garras de Esteve. Siempre la acorrala y le habla de caballos.

—Para Esteve, ese es el lenguaje del amor —señaló Kel.

Ciprian puso cara de asco y se internó entre la multitud.

Joss esbozó una sonrisa.

—Prefiero a estos nuevos comerciantes de tintes antes que a los antiguos. Son más divertidos.

Kel alzó una ceja.

—¿Qué? ¿No echas de menos a Charlon?

—He tenido penetrantes heridas en las piernas a las que he echado de menos más que a Charlon —respondió Joss con franqueza—. Y los Cabrol parecen haberse instalado sin problemas. Es de admirar la falta de escrúpulos.

Kel miró a Ciprian, que tenía un brazo alrededor del hombro de su hermana, ataviada completamente de blanco y amarillo, como una margarita, y fulminaba a Esteve con la mirada. Detrás de ellos, alguien había empezado a tocar un laúd desafinado. La sala estaba abarrotada, el ruido de la construcción en el escenario era ensordecedor.

Kel vio un destello de cabello rojo entre la multitud y, por un momento, pensó ¿Lin? Pero, por supuesto, no era ella. Era Sila, vestida únicamente con unos pañuelos violetas y plateados, ingeniosamente anudados. Parecía un dibujo de un espíritu marino, arrastrando la espuma de las olas. Llamó a Kel curvando el dedo y ladeando la cabeza.

—Veo que tienes que irte —dijo Joss—, lo cual es una pena. Pensaba preguntarte cuándo llegará la princesa de Kutani.

—En un par de semanas, creo. Ya está en camino, pero es una larga travesía por mar. —Kel dudó. No quería dejarse distraer por Sila, pero tampoco podía insistir mucho con Falconet sobre el asunto de la Serpiente Gris. Levantaría sospechas. Y menos aún quería embarcarse en una conversación sobre el compromiso de Conor.

—Si me disculpas.

Falconet echó una mirada a Sila y sonrió cómplice.

—Por supuesto, ¿quién soy yo para interponerme en el camino del amor juvenil?

Kel le dio una palmada en el hombro a Falconet y se abrió paso entre la multitud. ¿Amor juvenil? Lo suyo con Sila siempre había sido una compraventa, por supuesto, aunque, en la Colina, el amor y los negocios eran prácticamente lo mismo. No tenía sentido molestarse con Falconet por eso.

Llegó hasta ella, pasando junto a Gasquet, que estaba despatarrado en un lujoso sillón, con un joven apuesto sentado en el reposabrazos. Kel se preguntó si Montfaucon habría invitado a todos los miembros de las familias de los fueros; sin duda, no podía esperar la asistencia de lady Alleyne o lady Gremont. Lady Gremont era mayor y respetable, y lady Alleyne solo tenía amantes ricos. Ambas se habrían sentido obligadas a parecer escandalizadas por el desenfreno del Caravel, aunque Kel habría apostado que las dos habían presenciado cosas mucho más escandalosas en sus vidas.

Sila le rodeó la muñeca desnuda con el pulgar y el índice, y Kel se sorprendió al darse cuenta de que había olvidado quitarse los guantes. Ella lo miró con sus ojos pintados de plata y violeta. Había usado el maquillaje sabiamente, creando la ilusión de una máscara brillante.

—Ven —indicó ella—. Quiero hablar contigo.

Él dejó que lo guiara fuera de la estancia. Mientras salían, Kel alcanzó a ver a Montfaucon, que parecía haberse metido en la conversación entre Esteve y Beatris. Sin embargo, no había nadie con él que pudiera parecer un exgladiador llamado la Serpiente Gris. ¿Dónde lo estaba escondiendo Montfaucon?

—Estás distraído —dijo Sila. Una ligera nota de dureza cortaba la dulzura de su voz—. Y ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te vi.

Lo había llevado a una de las alcobas revestidas de terciopelo en el corazón del Caravel. Ninguna era mayor que un armario, pero

estaban lujosamente tapizadas, con paredes suaves y una butaca llena de almohadones. Montfaucon solía bromear sobre estas habitaciones, diciendo que eran para clientes a los que les faltaba el dinero o el interés para llevar a una cortesana a las habitaciones superiores.

Sila corrió la ligera cortina sobre la entrada de la alcoba y se volvió hacia Kel. Los cirios violetas proyectaban una luz rojiza que intensificaba las sombras.

—Te he echado de menos —dijo, cogiéndole las manos y colocándolas en su cintura—. ¿Tú me has echado de menos?

Los dedos enguantados de Kel se deslizaban sobre el tejido de los pañuelos. Era extraño, tocarla y a la vez no tocarla. Podía sentir la forma del cuerpo, pero no su textura. Dejó que sus manos viajaran, cuero contra seda, mientras el cuerpo de la chica se curvaba bajo su tacto. Cuando la besó, ella ya se estaba inclinando hacia él.

Kel solía ser capaz de perderse en un beso, en una caricia. En el placer, que lo envolvía desdibujando los bordes del pensamiento y la memoria. Sin embargo, le sorprendió lo distante que le resultaba esa sensación en ese momento. Era consciente del tacto de Sila, de su sabor, pero también de que le apretaba una de las botas y de que tenía un nudo en el cuello.

Sus pensamientos se dispersaron, siguiendo caminos distintos: ¿se estaba perdiendo la oportunidad de ver a la Serpiente Gris? ¿Estarían Ji-An y Jerrod fuera con el carruaje, como habían pactado? ¿Debería haber dejado a Merren solo, cuyo deber era estar con ellos? Por supuesto, tenía a su hermana, pero...

Sila se apartó, mirándolo fijamente. La pintura plateada formaba medias lunas en sus párpados caídos.

—Algo no va bien, Kel, te conozco. No pienses que no te conozco. Fui tu primera chica.

—Y siempre lo serás —aseguró Kel.

Todavía tenía las manos en su cintura. Igualmente podría haber estado sosteniendo un tronco. La soltó y se apartó.

—¿Esto se debe al príncipe? —preguntó ella, mientras se pasaba los dedos teñidos de lila por el pelo rojo—. Sabía que aquella noche no tenía que haberme ido con él, que compartíais habitación, pero...

Kel tardó un segundo en recordar a qué se refería. La mañana posterior a la fiesta de Roverge; Sila escabulléndose de la cama de Conor al amanecer.

Se encogió de hombros.

—Tomas tus propias decisiones. No me debes ninguna explicación.

—Me gustas —repuso ella—. Con la mayoría de los clientes, no es más que una transacción. Una inversión. Pero tú... —Dejó escapar un suspiro—. Supongo que no me creerás, pero el príncipe no... no quería de mí lo que la mayoría de los hombres o las mujeres. Solo me pidió que estuviera allí y me quedara en silencio. Ni siquiera me dijo gran cosa. Solo quería dormir, y lo observé hacerlo hasta que me quedé dormida yo también.

Kel suspiró.

—Sila, ¿no te das cuenta?, eso es lo que me resulta raro. Son cosas íntimas de Conor. A él no le gustaría que yo lo supiera.

—Me llamó por un nombre que no era el mío —contó Sila.

Parte de la pintura metálica del rostro se había corrido; unas lágrimas plateadas parecían temblarle en los ojos.

Kel alzó una mano.

—No quiero saberlo. —Eso no era verdad del todo, pero ya había hecho demasiadas cosas a espaldas de Conor en los últimos meses. No quería sumar una más.

Sila frunció el ceño.

—Antes te entendía.

Kel estuvo a punto de decir: «Antes yo también me entendía». Iba a hacerlo, cuando una mano apartó la cortina de la alcoba y se encontró frente a frente con Antonetta Alleyne.

Estaba muy pálida, casi como si se hubiera empolvado el rostro como lo hacían algunas damas ancianas de la Colina. Pero las mejillas se le tiñeron de un color brillante cuando vio a Kel con Sila.

—Ay, dioses, qué vergüenza, lo siento.

Sila pasó la mano por el chaleco de Kel.

—Podríais uniros a nosotros, demoselle.

Antonetta soltó una risa tímida; solo Kel vio el destello de sus ojos.

—¡Por favor! —exclamó—. ¡Qué escandalo! Tendré que contárselo a Magali. ¡Seguro que se desmaya! —Hizo un gesto vago hacia ellos —. Por favor, seguid —murmuró, y desapareció de la alcoba.

Kel soltó una palabrota y, con suavidad, apartó la mano de Sila de su chaleco. Su preocupación por la Serpiente Gris desapareció momentáneamente, y salió disparado detrás de Antonetta.

La alcanzó en el estrecho pasillo revestido de madera que llevaba a las salas principales. Cuando la llamó, en voz baja, ella no se volvió. Corrió y se colocó delante de ella, impidiéndole seguir.

—Ana —dijo—, escúchame...

Con un exagerado gesto de infinita paciencia, Antonetta se cruzó de brazos y lo miró fijamente. Kel no pudo evitar devolverle la mirada. No había estado tan cerca de ella desde la horrible noche en la Galería Brillante. No iba vestida con los colores de Montfaucon; vestía seda escarlata como una muestra de rebelión, y llevaba cintas de un rojo oscuro entreveradas en la espesa y rizada melena dorada.

—Antonetta —insistió él. Estaba lo suficientemente cerca para oler su perfume, para ver el eterno medallón colgándole del cuello. El medallón que contenía el anillo de hierba que él le había dado

cuando eran niños. Oyó la sangre latirle en las sienes—. No creía que fueras a venir esta noche.

—Ahora soy una mujer comprometida, Kel Anjuman —explicó ella con ligereza—. Tengo más libertad. No tengo que preocuparme por el menosprecio social, solo por el de mi futuro marido..., y él no está aquí.

—Eso no será siempre así —repuso Kel.

Apenas recordaba a Artal Gremont; solo lo había visto de pequeño, antes de que lo desterraran de Castelana. Artal era, en aquel entonces, un hombre corpulento, de manos grandes y toscas. Cuando Kel se imaginó esas manos sobre Antonetta —acariciándole el nacimiento del pecho, la curva de la cintura, los dedos gruesos hundiéndose en su piel cubierta de seda—, sintió náuseas. Aunque si le estropeaba la alfombra, Alys se la haría pagar.

—Ya lo sé —replicó Antonetta, con voz firme—. En cuanto ponga un pie en la Colina, me enteraré. Créeme. Hasta entonces... —Miró alrededor—. Puedo ver un poco de mundo...

—Esto no es el mundo. —Kel seguía contemplándola; no podía dejar de hacerlo. Era como no ser capaz de parar de comer estando hambriento. Por supuesto, había gente que moría por eso—. Este es un lugar de...

—¿Deseo? —propuso ella, con ligereza.

Kel negó con la cabeza.

—Soledad.

Ella apartó la mirada.

—Antonetta. —Dio un paso en dirección a ella—. No nos enfademos. No tienes que casarte con Gremont...

—Sí —contradijo ella y, para sorpresa de Kel, pareció enfadada. Estaba acostumbrado a verla riendo, o despectiva, o incluso altanera. Pero verla enfadada era algo nuevo—. Sí que tengo que

hacerlo. Sabes cómo son las cosas para Conor. Debe casarse con quien le impongan. No es diferente para mí. Dos fueros se unirán. Él poseerá el fuero del té y yo el de la seda, y juntos controlaremos ambos. Eso es todo lo que le importa a mi madre.

—Conor podría cambiarlo —dijo él—. Podría liberarte...

Ella llevaba guantes de seda blanca. Se apretaba las manos con fuerza, dos palomas blancas atrapadas.

—No mendigaré su ayuda.

«Pero sí que se la pediste. Sé que sí». Aunque no era a Conor a quien se la había pedido. Había sido a Kel, que llevaba su talismán, y fingía ser Conor. Como era su deber. Y le había contestado como creía que lo hubiera hecho Conor, porque contestarle como si fuera él mismo no era una opción.

Pero Conor había cambiado desde entonces.

—Entonces se lo pediré yo por ti.

La mirada que ella le echó estaba cargada de ferocidad.

—Ni se te ocurra —amenazó, furiosa—. ¿Quiero casarme con Gremont? No. Si me libro de casarme con él, ¿el próximo hombre que mi madre elija será igual de malo? Muy probablemente. —El vocerío aumentó en la sala principal, algún tipo de ovación que casi ahogaba la voz de Antonetta—. El fuero de la seda debería ser mío por derecho. Si la única forma de que mi madre me lo entregue es casándome, él me servirá igual que cualquier otro.

—No es un buen hombre —insistió Kel—. Por eso lo exiliaron. —Quería contarle cuál había sido el crimen de Gremont, pero había jurado a Merren que no hablaría de lo que le había pasado a su hermana.

—Eso ya lo sé. Pensaba que, al menos tú —añadió en voz baja—, no me considerabas una completa idiota.

Lo invadió un sentimiento parecido a la desesperación. La tenía tan cerca que veía cómo le latía el pulso en la garganta, cómo el medallón subía y bajaba con sus rápidas respiraciones y, sin embargo, nunca la había sentido más distante.

—Tú finges ser tonta —dijo él—, es tu armadura.

Ella alzó la cabeza ante esas palabras y lo miró, sus ojos azules eran tan oscuros que parecían negros bajo la luz tenue.

—Todos tenemos una armadura —replicó—. Como si tú no la tuvieras, Kel Anjuman.

Él se atragantó con las palabras que no podía decir: «Soy la armadura del príncipe. No puedo tener una propia».

—Antonetta...

Ella dio un paso atrás.

—No eres mi padre, ni mi hermano, ni mi amante —argumentó ella—. Aquí no tienes ningún derecho.

Y, sin más, pasó junto a él con un crujido de seda y se fue. De vuelta a la sala principal, donde no debían verlo siguiéndola.

Por un momento, Kel se quedó paralizado donde aún podía oler el rastro de su perfume. Donde aún podía imaginársela con él, a un palmo de distancia.

Pero tenía un deber con sus amigos. Un deber con su príncipe y su ciudad. No podía perder el tiempo lamentándose en un burdel como un estudiante enamorado, dispuesto a escribir interminables páginas de poesía sobre sus delicados sentimientos.

Kel subió la escalera del Caravel de muy mal humor. Ojalá no hubiera pensado en la palabra *enamorado*. Se enorgullecía de no haberlo estado nunca, y su situación con Antonetta no podía cambiar eso. «Aquí no tienes ningún derecho», había dicho ella, y tenía toda la razón. No tenía ningún derecho sobre ella, ni la

posibilidad de ser algo más que un amigo...; uno con el que su esposo, probablemente, no estaría muy entusiasmado.

No podía amarla, por lo tanto, no la amaba. Eso se dijo cuando llegó a la puerta de la biblioteca. Oía voces airadas que provenían del interior. Una parecía la de Montfaucon. En otras circunstancias, Kel se hubiera retirado discretamente, pero esa no era una opción ahora. Lo que necesitaba saber era más importante que los buenos modales.

Kel abrió la puerta con cuidado. Las lámparas no estaban encendidas; la luz de la ciudad que se colaba por las ventanas era la única iluminación. Convertía a Montfaucon y el hombre con el que discutía en siluetas, como figuras de papel hábilmente recortadas.

—Raimon —estaba diciendo Montfaucon—, no estás siendo razonable...

Raimon bufó. Era una cabeza más alto que Montfaucon, de complexión sólida, con mechones blancos en el cortísimo pelo oscuro. La luz de la luna resaltaba las líneas de su rostro, una severa maraña de arrugas. Kel se quedó sorprendido; parecía mucho mayor que Montfaucon.

—¿Soy un payaso para ti? ¿Es eso? —preguntaba. Tenía el acento del pueblo bajo castelaní, la gente del puerto o el Laberinto—. No voy a subirme a un jodido escenario y pegarme con gente para que se diviertan esos estirados de mierda a los que llamas amigos.

—No tiene nada que ver con considerarte un payaso. —La voz de Montfaucon era un ronroneo tranquilizador—. Quiero que vean lo hábil que eres. Que vean a la Serpiente Gris en toda su gloria.

—Yo ya no soy ese hombre.

—Sigues siendo un luchador —repuso Montfaucon—, y quiero que te admiren.

—Tú deseas que te admiren a ti —repuso Raimon.

Kel, en el umbral, agachó la cabeza para ocultar una sonrisa. Ninguno de ellos lo había visto aún. Desde luego, Raimon parecía conocer bien a Montfaucon. Kel se preguntó cuánto tiempo haría que se conocían. Lo que lo llevó a pensar en la matanza de la Galería Brillante. Su sonrisa se desvaneció.

—Me voy —gruñó Raimon—. Nunca quise formar parte de esto, Lupin. Tú mismo me lo dijiste, los asuntos de la ciudad y los de la Colina deben permanecer separados.

Se volvió y pasó junto a Kel en el umbral, como si su presencia allí fuera completamente irrelevante. Mientras se alejaba por el pasillo, Kel alcanzó a verle un tatuaje oscuro en el cuello, por encima de la camisa; la forma de un gancho en tinta negra.

Así que no era un tatuaje, sino una marca. La marca del Truco que señalaba a un criminal convicto.

Montfaucon se volvió hacia Kel, con mirada feroz.

—¿A ti qué te pasa, Anjuman? ¿Qué hacías ahí parado como un idiota, observando lo que, claramente, era una conversación privada?

Kel estaba demasiado absorto para contestar. Una marca del Truco, entonces, ¿Raimon era un convicto? Eso era interesante. Resultaba difícil encontrar empleo cuando llevabas una marca de prisionero. Muchos de esos hombres y mujeres tenían que recurrir al trabajo de mercenario para poder poner comida en la mesa.

Con un sonido de disgusto, Montfaucon apartó a Kel con brusquedad, salió al pasillo y se apresuró escalera abajo. Kel aguardó unos instantes antes de ir tras él. Dudaba que Montfaucon se tomara bien que lo siguiera en un momento así.

Encontró la sala principal del Caravel envuelta en el caos. Raimon no estaba allí, y Montfaucon se hallaba en el escenario discutiendo

con un hombre corpulento, desnudo de cintura para arriba, que sostenía lo que parecía ser una máscara de oso bajo el brazo.

—Me da igual si se ha largado —estaba diciendo el hombre—, o si no hay nadie con quien luchar. Me tienen que pagar igualmente...

—¡Yo lucharé contigo! —gritó algún borracho, ¿Ciprian?, de entre la multitud. La gente se amontonaba; Kel echó un rápido vistazo, pero no vio a Antonetta. Bien. Probablemente, ella sería la única en darse cuenta si se marchaba—. ¡Dejadme subir al escenario!

—No pienso luchar con aficionados —advirtió el hombre de la máscara de oso, claramente indignado.

Pero la multitud ya había empezado a rugir: «¡Pelea! ¡Pelea! ¡Pelea!», lo cual era un problema para el hombre oso, pero una suerte para Kel. Se abrió paso entre la distraída multitud hacia Merren, que estaba en la esquina, hablando con una cortesana llamada Audeta sobre la composición química del perfume. Audeta tenía aspecto de estar pensando en huir.

—Merren —susurró Kel, asiendo a su amigo por la parte trasera del abrigo—, nos vamos.

—¡Oh, gracias a los dioses! —exclamó Audeta—. Kel, ¿por qué está Montfaucon intentando que alguien luche con ese oso?

—Tendrás que preguntárselo a él —murmuró Kel, y arrastró a Merren entre la multitud.

Fuera, el lacayo quería saber si debía ir a buscar a Asti, pero Kel ya estaba empujando a Merren a cruzar la calle hacia donde el carruaje negro de ruedas escarlatas aguardaba, con Ji-An encaramada en el pescante. Le hizo señas a Kel mientras la puerta del carruaje se abría y Jerrod asomaba la cabeza.

—¡Alguien acaba de largarse en el carruaje de Montfaucon! —le soltó—, ¡así que muévete, cabrón holgazán! ¡Vamos!

Contando con que el lacayo achacara su comportamiento a «las cosas raras que hacen los ricos» y no le diera más vueltas, Kel cruzó la calle como una flecha y saltó al interior del carruaje justo cuando las ruedas empezaban a girar. Partieron rápidamente y se adentraron en la noche castelaní.

Laurent

Desde tiempos inmemoriales, ha habido cuevas por toda la costa rocosa de Castelana. Por lo general, los historiadores coinciden en que han estado allí desde las batallas navales de la Fractura, y que lo que explica en parte su enorme tamaño es la posterior extracción de cristal de la Fractura de la roca, lo que dejó la pared costera llena de agujeros como un queso de Detmarch.

Cada pocos años, algún cruzado emprendedor entre los mercaderes de Castelana decide que es hora de despejar las cuevas de contrabandistas y sus botines de una vez por todas. Estos intentos rara vez tienen éxito. Los piratas y corsarios llevan allí tanto tiempo como las propias cuevas, y cualquier funcionario de Castelana que haya podido estar interesado en limpiar las cuevas hace tiempo habrá sido sobornado para hacer la vista gorda. El negocio legal del comercio está demasiado entrelazado con su primo ilegal, el contrabando, para ser separado de él. Luego, por supuesto, están las supersticiones que rodean las cuevas como la niebla marina: que sus profundidades están embrujadas por las almas de los hechiceros muertos, que enfermarían y matarían a cualquiera que las perturbe. Es una historia conveniente para los

contrabandistas, que quieren que los dejen en paz y repiten alegremente las historias de fantasmas vengativos a cualquiera del Laberinto que los quiera escuchar.

La cueva que Laurent Aden ha escogido para atracar su barco, el *Rosa Negra*, es una de la más grandes que hay. Amplia y hueca como el interior de un tambor, está tenuemente iluminada por vetas de brillante cristal de la Fractura que serpentean a través de la roca. Los altos mástiles del galeón se pierden entre las sombras; el barco se mece en silencio sobre las aguas negras. Si uno fuera supersticioso, se podría imaginar a los fantasmas de los hechiceros y reyes muertos entre las estalactitas del techo. Pero Laurent Aden no es supersticioso, y sabe perfectamente que las sombras fugaces son solo murciélagos.

Varias generaciones atrás, se construyó un gran muelle de madera en la parte curva de la cueva para facilitar la carga y descarga de las mercancías ilegales, y la ida y venida de los tripulantes. Aden, que no está dispuesto a alejarse de su barco, ha extendido una alfombra marakandí en una parte del muelle y ha puesto sobre ella dos sillas y una pequeña mesa. La mesa sostiene una botella de vino, ya abierta, y dos copas alargadas.

Acaba de acomodarse en una de las sillas cuando oye sonidos de chapoteo provenientes del pequeño bote que está entrando en la cueva y amarrando cerca. Las botas resuenan en el muelle mientras el recién llegado camina hacia él; cuando la gran sombra de su visitante lo cubre, Aden alza la vista y finge sorpresa al reconocer a la figura familiar: las botas de cuero pulido, el abrigo de almirante con botones de latón (sin duda, robado a algún auténtico almirante), los penetrantes ojos de mirada firme.

—Prosper Beck —saluda Aden—, no estaba seguro de que vinierais.

Beck emite un leve sonido de irritación.

—¿Por qué no iba a venir?

—Oí que habíais dejado Castelana.

—Ya veo. —Beck se apoya en el respaldo de la otra silla con los brazos cruzados—. Se han exagerado mucho los rumores sobre mi partida.

—¿Ah, sí? Habéis estado ausente de vuestra base habitual, y vuestros asistentes habituales, Bron, Kaspar, Jerrod Belmerci..., parecen estar trabajando para otros.

Beck se encoge de hombros.

—Volverán cuando se los llame. Todos saben que mi ausencia no es permanente.

Resulta evidente que no va a aportar más información.

—En ese caso, os alegrará saber que he guardado vuestros bienes. Treinta y seis ballestas, ocultas bajo un pedido de madera de teca para la Casa Raspail. —Alza la botella—. ¿Brindamos para celebrar el cierre del trato?

Beck sonríe de medio lado.

—Lástima que no pueda quedarme. El deber me llama.

Aden se encoge de hombros y toma un trago directamente de la botella. Hace una mueca. Amargo.

—Muy bien. Pero hay algo que deberíais saber.

Beck ha empezado a alejarse, pero se detiene y se vuelve para mirar a Aden con interés.

—¿El qué?

«Es agradable volver a oír castelaní», piensa Aden. El idioma de su tierra natal. A veces pasa meses sin oírlo.

—Sé —dice, eligiendo las palabras con cuidado— que habéis invertido mucho en la fortuna de Castelana. He pensado que os interesaría saber que en el tiempo que llevamos aquí atracados, mis

hombres y yo hemos visto soldados extranjeros entrando y saliendo de las cuevas. Uno se esperaría ver piratas, todo tipo de rufianes, en realidad, pero no soldados. —Da otro trago a la botella—. Pensé que deberíais saberlo.

Beck entrecierra los ojos claros.

—¿Soldados extranjeros? ¿No castelaníes?

—No. Yo diría que malgasis.

Un destello de sorpresa cruza el rostro de Beck, normalmente impasible.

—¿Soldados de Malgasi? ¿Estáis seguro?

—No, seguro no, pero es lo que me parece.

—Interesante. Muy interesante —murmura Beck con una voz tan baja que Aden adivina que no habla con él—. Pero... dejemos eso. Mandaré a mis hombres a recoger la mercancía esta noche. Si puedo preguntar, ¿cuánto tiempo planeáis quedaros en Castelana? ¿O vuestros negocios aquí han concluido?

Aden sonríe mirando la botella de vino.

—No han concluido. No, puede que me quede por aquí un tiempo.

Por primera vez, Beck sonríe.

—Supongo que vuestro deseo de permanecer por aquí no tendrá nada que ver con cierta princesa de Kutani, ¿verdad?

Aden sabe cómo disimular cuando lo pillan con la guardia baja. Se finge absorto en el estudio de la etiqueta de la botella, aunque no habría sabido decir qué información contiene.

—Estoy aquí por negocios —dice, tras unos segundos, con cierta dejadez—. Nada que deba molestaros.

—Hmm. —Sin más, Beck se vuelve y se aleja por el estrecho muelle.

Aden masculla para sí y se inclina para alcanzar la botella, pero se detiene cuando Beck se vuelve para mirarlo de nuevo.

—Artal Gremont. —La cueva amplifica las palabras de Beck, haciéndolas resonar como si estuvieran en el interior de un templo —. Lo habéis traído a Castelana. En vuestro barco.

Aden asiente con un gruñido.

—Para bien o para mal, sí. Se escabulló por la ciudad en cuanto llegamos.

—¿Y qué impresión os dio?

El tono de Beck es estudiadamente neutro. Aden duda solo un momento, antes de responder con frialdad.

—Acepté a Gremont a bordo porque estaba dispuesto a pagar generosamente por un pasaje a Castelana. Y lo lamenté de inmediato. El hombre es un cerdo sin ninguna cualidad que lo salve. De hecho, llamarle cerdo es un insulto a esos animales. Si estabais pensando en hacer negocios con él, no os lo recomiendo. —Golpea los dedos sobre el brazo de la silla, recordando a la polizona a bordo del *Rosa Negra*, lo que Gremont le había hecho. Y que, si Laurent no hubiera llegado a tiempo, Gremont podría haberla matado—. Le gusta hacer daño a la gente. A la que es más débil que él. No es... un hombre cuidadoso.

Beck se queda inmóvil durante un largo instante, la luz del cristal de la Fractura sobre él parece envolverlo en un halo.

—Gracias —dice finalmente, asintiendo con la cabeza—, por el consejo.

Aden se sumerge en sus pensamientos mientras Beck se aleja hacia el bote cercano y sube en él. Oye el sonido de las voces bajas que conversan, amortiguadas por el golpeteo del agua. Coge otra vez la botella y bebe un segundo trago del líquido. Sigue siendo amargo.

Capítulo tres

Cuando empezó la Segunda Guardia y se apagaron las lámparas del Kathot para la noche, Lin salió de su casa y atravesó el Sault en dirección a la Casa de las Mujeres.

Encontró a Chana Dorin esperándola en la cocina con una taza de *karak*. Chana se había puesto crema en las manos, porque la artritis le había hinchado las articulaciones de los dedos hasta dejárselas como nudos de madera. Ya había oído que el Maharam había querido ver a Lin esa tarde, y le pidió que le hiciera un resumen del encuentro.

—Ese viejo loco —refunfuñó, una vez que Lin le hubo contado la conversación del jardín—. ¿De verdad te dijo que tuvieras paciencia con los que no estaban preparados para la Shekinah? Como si yo no me hubiera pasado los últimos tres meses pidiéndote que tuvieras paciencia con él.

Lin esbozó una ligera sonrisa. Era cierto. Tal vez el Maharam fuera el hombre más poderoso del Sault, pero estaba claro que, para Chana, respecto al anuncio de Lin, se estaba comportando como un niño presumido.

—Me ofreció pedirle al Sanhedrin que no viniera a examinarme. Creo que intentaba ser amable.

Chana resopló.

—No me parece amable decirle al Sanhedrin que mentiste respecto a ser la Diosa Renacida. Tú no eres una mentirosa. —Miró fijamente a Lin—. Pocos saben todo el bien que le has hecho ya a Mariam, y creo que aún puedes hacer mucho más a nuestra gente. Hay una razón por la que te alzaste en ese momento en el Tevath y proclamaste tu poder. No dejes que el miedo te quite esa razón.

La convicción en la voz de Chana le llegó a Lin al corazón. ¿Qué diría Chana si le contara que se había alzado entonces porque sabía que los barcos en el puerto arderían justo a la medianoche? ¿Que, de hecho, se había enterado del plan para quemarlos en la casa del Rey Trapero, un hombre de muy poca moralidad? Ayudaba el hecho de que las leyes que él violaba no fueran las leyes ashkar, pero aun así habría muchas preguntas si se descubría que Lin estaba visitando regularmente la Mansión Negra.

Y había sido allí donde se había enterado del plan de Ciprian Cabrol para quemar los barcos de Roverge. Ese incendio era la única razón por la que muchos en el Sault habían creído sus palabras, a pesar de las dudas. «Cuando la Diosa regrese, lo hará entre llamas». Fue lo bastante parecido, y ¿de qué otra forma lo habría sabido?

Sabía que no podía contarle a Chana la verdad, y eso le pesaba. La confianza de Chana le pesaba como un yugo al cuello. Como el medallón de Mayesh. Aunque lo de Mayesh era un asunto completamente diferente.

—Tengo que ver a Mariam —dijo, y se inclinó para besarle la mejilla a la anciana. Chana olía a especias de *karak* y fuertes hierbas medicinales.

Cuando Lin volvió a incorporarse, Chana la cogió de la manga del vestido.

—El Maharam es solo un hombre —señaló—. No es la Diosa, ni siquiera el Exilarca. Tiene miedo de que la vida que siempre ha conocido cambie, y tú representas ese cambio. Todo lo que siempre le ha ayudado a sentirse importante dejará de hacerlo.

—Pero si cree en la Diosa, también debe creer en el futuro que trae consigo —argumentó Lin—. En Aram, le rendirían honores por haberla servido.

La sonrisa de Chana era triste.

—Él solo ha cantado nuestras canciones en una tierra extraña —explicó—. Quizá tema sentir Aram como algo ajeno. Los cánticos de un lugar lejano quizá no sean una música que él pueda imaginar.

Un lugar lejano. Las palabras le resonaron a Lin en la cabeza mientras avanzaba por el pasillo hacia la habitación de Mariam. Era tarde y las lámparas apenas iluminaban ya, pero siempre sabría orientarse en el Etse Kebeth, incluso en la oscuridad.

Aram tendría que ser más que una tierra lejana en el corazón de los ashkar. Se suponía que era el hogar perfecto imaginado, muy diferente del montón de escombros inhabitable que era en ese momento.

Aun así, cuando Lin intentaba imaginar Aram, lo único que le acudía a la mente eran visiones de colinas verdes y ovejitas. Una tierra de cuento, no una real. Nunca había imaginado de verdad dejar las calles de Castelana. En ese sentido, quizá no fuera tan diferente del Maharam.

Antes de entrar en la habitación de Mariam, Lin se sacó el broche del bolsillo y se lo prendió en la manga, cerca del pulso de la muñeca. La piedra Arkhe de su interior brilló, pero era el brillo sin vida de una luz reflejada. No hubo un resplandor procedente de la

propia piedra. Lin apartó la vista de ella, como si esa oscuridad simbolizara su fracaso.

Encontró a Mariam en la cama, leyendo un grueso tomo lleno de láminas de moda. Mariam se incorporó cuando Lin entró; su rostro delgado se iluminó y las mantas se le deslizaron de los hombros. Llevaba un grueso camisón de pana fina a pesar del calor de la noche.

—¡Lin! Te he echado de menos.

Lin sintió una oleada de culpa. Sabía que debería visitar a Mariam más a menudo, pero entre sus estudios de magia, sus frecuentes viajes a la Mansión Negra y sus responsabilidades como Diosa Renacida, a menudo sentía que vivía tres vidas a la vez.

Mariam debió de notar algo en su expresión.

—No, no te sientas mal. No lo decía como reproche.

Dejó el libro a un lado y le hizo un gesto a Lin para que se sentara con ella en la cama.

—Ven. Quiero que me cuentes todo lo que has estado haciendo.

Lin se acomodó sobre la colcha desgastada, con las piernas recogidas bajo ella. Las dos habían pasado horas de su adolescencia así, compartiendo rumores, fantasías e ilusiones. Historias que habían oído o inventado. Lugares a los que deseaban viajar; conversaciones sobre si alguna vez querían casarse y, de ser así, con quién. Si, en caso de que la magia realmente funcionara, preferirían volar o volverse invisibles. Pero ¿qué podría contarle a Mariam ahora? «Como sabes, he estado intentando aprender magia por mí misma con los libros del Shulamat, pero me sigo dando contra la misma pared una y otra vez». O: «Estoy aterrada por lo que sucederá cuando venga el Exilarca». O: «La mayor parte de mi trabajo la hago en la Mansión Negra del Rey Trapero, pero finjo estar visitando pacientes».

—Estuve en la Casa Alleyne —dijo en su lugar—. Con Antonetta.

A Mariam se le abrieron los ojos como platos.

—¿Estuviste en la Colina? ¿Hay alguna noticia sobre el compromiso del príncipe? En la ciudad no se habla de otra cosa.

Lin lamentó no haber aceptado el té que le había ofrecido Chana. Tenía la boca seca.

—Antonetta no habló de eso. A decir verdad... —Se inclinó confidencialmente—. Estuvimos comentando otra boda. El prometido de Antonetta llegará pronto a Castelana.

Mariam hizo una mueca de desagrado.

—¿Aún piensa casarse con el sapo?

—Ay, sí. Y su madre está organizando una fiesta de compromiso para agasajar al sapo. Y... Antonetta me ha pedido que asista.

—Creía que habías jurado no volver a ninguna otra fiesta en la Colina.

—Lo sé, pero... —Lin alzó las manos—. Es que no puedo dejar a Antonetta enfrentarse a todo eso ella sola. No estoy segura de que tenga a nadie en su vida que lo entienda.

—Eres una buena amiga —dijo Mariam—, y tengo motivos para saberlo.

—No estoy segura de ser amiga de Antonetta —murmuró Lin—. Soy su médica. Aunque estoy bastante segura de que mantiene nuestras citas porque desea charlar, no porque le pase nada.

—Yo diría que eso te convierte en su amiga —insistió Mariam—, pero no soy una experta en semejantes diferencias. Lo que sí soy, sin embargo, es una experta en el campo de la moda. —Los ojos le brillaron en su rostro delgado—. ¿Qué vas a llevar a tu segunda fiesta con la nobleza de Castelana?

—Oh, aarrgg, me da igual qué llevar —contestó Lin—. No tengo interés en impresionar a ninguno de esos fantoches vanidosos de la

Colina.

—Pero ahora eres la Diosa —apuntó Mariam—. Representas a los ashkar y a la gente del Sault. No puedes ir vestida con un saco.

—Es mi abuelo el que representa a los ashkar y a la gente del Sault.

—Mayesh representa lo que somos —matizó Mariam—. Tú representas lo que podemos ser. Nuestra fuerza.

Los ojos le brillaban, y Lin no pudo evitar pensar en el pasado de Mariam, lo que le había ocurrido en Malgasi, cómo habían destruido a su familia y a su comunidad, por el único crimen de ser ashkar. Lo mucho que significaba para ella sentir que la gente del Sault estaba protegida. A salvo.

—De acuerdo —dijo Lin—. Te dejaré que me vistas como a una muñeca. Sé que eso es lo que quieres.

—Por supuesto —afirmó Mariam.

—Pero primero... —Lin levantó la mano—. Antes de que nos despistemos hablando de encajes y puntillas, es la hora otra vez, Mari.

—¿Ahora? —Mariam se tiró de las mangas de la bata de dormir—. ¿Otra vez lo mismo?

—Intentaré hacerlo rápido. No te duele, ¿verdad?

Mariam negó con la cabeza.

—No. Y siempre me siento mejor después. Pero es... raro. —Levantó la barbilla como desafiando su propia enfermedad—. Estoy lista.

—Estírate —indicó Lin, y Mariam lo hizo, con los brazos rectos a los lados.

Miraba a Lin con confianza mientras esta le colocaba una mano sobre el corazón. Estaba tan delgada que Lin le notaba los huesos

de la caja torácica. Sentía el pulso de Mariam en los dedos, un ritmo constante.

«Mira hacia tu interior». Eso era lo que todos los libros decían; ese era el primer paso. Buscar en ella misma; encontrar la fuerza inherente en cada alma.

Pero no era suficiente. Los antiguos hechiceros habían aumentado sus capacidades con el uso de Arkhes, Piedras-Fuente, que eran capaces de almacenar poder, como el agua en un pantano. Cuando era necesaria una gran magia, podían recurrir a ese poder almacenado, en vez de exprimir sus almas hasta la destrucción.

Lin era afortunada de tener una Piedra-Fuente, la Arkhe, en el broche de la muñeca. Pero a pesar de su acceso a los libros del Shulamat, a pesar de todos sus estudios, había sido incapaz de averiguar cómo almacenar poder en la piedra. Se suponía que debía brillar como una lámpara, imbuida de energía, pero permanecía muerta y blanca como el ojo de un pescado.

A veces, cuando usaba su propia energía para hacer la modesta magia que conocía, podía sentir la piedra activarse, como si estuviera buscando algo; ¿una fuente de poder? ¿Otra piedra igual? Hubo un tiempo en el que el mundo estaba lleno de ellas; en ese momento, por lo que ella sabía, la suya era la única que existía. Casi se sentía como si le estuviera fallando a la piedra de su broche, condenándola a una existencia solitaria sin poder ni compañía.

«No pienses en tus fracasos —se dijo—. Piensa en Mariam. Piensa en las palabras que usarías para describir a Mariam. Sumérgete en ese mar de palabras, como la Diosa se sumergió en un mar de estrellas.

»Mariam. Amiga. Hermana. Leal. Promesa.

»Sana».

Lentamente, la visión de Lin se difuminó. Las sombras de la habitación se hicieron más espesas y los puntos de luz, la única vela de Mariam en la palmatoria de plata junto a la cama y la débil iluminación que se colaba a través de las cortinas de la ventana, se hicieron más brillantes y difusos. Los talismanes de salud y vida que Mariam llevaba en las muñecas y el cuello empezaron a brillar como puntos de fuego azul.

Lin ralentizó la respiración, dejando que su concentración en Mariam se agudizara. Repitió para sí las palabras de Qasmuna, memorizadas de su posesión más preciada: el libro que el príncipe le había regalado. Formaban una suave letanía.

«La Palabra es la suma de la voluntad humana. La Magia no puede existir sin la Palabra, porque no puede existir sin la voluntad».

Por supuesto, la Palabra se había perdido hacía mucho; se había borrado de la memoria del mundo después de la Fractura. Pero la voluntad y la capacidad de decisión... Esas seguían existiendo, y Lin centró las suyas en Mariam. En un segundo, su visión cambió. Vio palabras escritas ante ella, como si las hubieran garabateado en un cuadro. Palabras como *enfermedad*, *dolor* y *veneno*.

Se inclinó hacia delante con la mente, usando toda su voluntad para borrar esas palabras. Para reemplazarlas con otras: *curar*, *sanar* y *remedio*.

El cuerpo de Mariam se arqueó mientras a Lin le salía humo de entre los dedos. Parecía surgir del interior de Mariam, de su corazón, y ascender en espirales por el aire. Una sustancia oscura, acre y difusa, que Lin llamaba humo porque no podía pensar en otra palabra para describirlo. Mariam exhaló mientras el humo la abandonaba.

Y todo terminó. El mundo regresó a lo que era, un lugar de luz y sombra normales. Lin retiró la mano del pecho de Mariam; tenía la

palma enrojecida, como si la hubiera mantenido sobre el fuego, por haber usado su propia energía vital para sanar a Mariam. Sabía por experiencia que le dolería durante horas.

—Agg. —Mariam se incorporó, con el fino pelo castaño enmarcándole la cara.

Tenía mejor color y se movía con más facilidad. Pero su expresión era de resignación.

—Odio saber que eso estaba dentro de mí.

—No lo veas así. —Lin se lo había explicado más veces. Lo que ella extraía era la enfermedad de Mariam. No tenía esa forma en su interior; tomaba ese aspecto oscuro y sombrío cuando se le obligaba a salir fuera—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor. —Mariam le cogió la mano. La sostuvo con fuerza; Lin se obligó a no reaccionar al dolor mientras la palma le ardía—. No pretendo quejarme. Sé que lo que estás haciendo por mí es... Es un milagro, Lin. Habría muerto hace meses si no fuera por ti.

—El milagro tiene que mejorar. —Lin notó la dureza de su propia voz; no podía evitarlo. Como mucho era medio milagro, pensó, si es que algo así era posible. Tenía que sacar el humo de los pulmones de Lin cada quince días, o volvería a enfermar gravemente. No tenía suficiente poder en su interior para hacer más, no sin acabar con su propia vida—. Tengo que asegurarme de que tú estés bien del todo y puedas arreglártelas sin mis intervenciones.

Mariam sonrió.

—Bueno, eso es verdad. Si el príncipe va a casarse otra vez, tendrán una gran necesidad de mis servicios para hacer vestidos. ¡Piensa en las fiestas y los desfiles! Así que si pudieras hacer que el milagro tuviera lugar en la próxima, mmm, quincena o así, me iría muy bien.

—No estoy muy segura de que los milagros funcionen así —repuso Lin, pero estaba sonriendo, porque Mariam siempre la hacía sonreír.

Mariam creía en ella no por los motivos de Chana, que ansiaba que el regreso de la Diosa sucediera con ella en vida, sino porque siempre había creído en Lin. Si Lin había dicho que era la Diosa, entonces tenía que ser verdad, porque era Lin quien lo decía. Y la fe de Mariam no era una carga para Lin; no era algo que tenía que sobrellevar. Más bien, era algo que la llevaba a ella.

Ji-An conducía como si el propio Caballero Muerte la persiguiera, mientras Jerrod, Merren y Kel, apretujados en el interior del carruaje, eran lanzados de un lado a otro, chocando entre ellos una y otra vez. Kel estaba bastante seguro de que Merren iba rezando, aunque a quién, no lo sabía.

Raimon parecía haberse apropiado del carruaje de Montfaucon, notó Kel; una calesa de color azul acero tirada por una pareja de caballos castaños. Era mucho más ligero que el suyo, pero ya habían llegado al tráfico de la ciudad. Incluso si Raimon hubiera ordenado al cochero ir a toda velocidad, las calles abarrotadas lo habrían impedido. Ji-An aminoró, y se colocó detrás del carruaje de Montfaucon, por suerte para los caballos de Andreyen.

Merren y Kel se levantaron del suelo del carruaje. Merren se lamentó de sus golpes mientras Kel miraba por la ventanilla. Una baja luna roja colgaba sobre la ciudad, tiñendo las calles de un color cereza pálido. El Mercado Roto se encontraba en pleno apogeo, y la Ruta Magna estaba cubierta de puestos, con sus antorchas de nafta ardiendo mientras los compradores recorrían la amplia avenida, buscando ofertas.

Habían reducido la velocidad a un ritmo muy lento, y Kel bajó la ventanilla, intentando ver a su objetivo. El carruaje azul acero se había detenido a un lado del camino. Mientras Merren exigía saber qué estaba pasando, Kel se dio cuenta de que se había parado ante uno de los cuentacuentos.

Una mano salió del carruaje de Montfaucon, y una lluvia de talentos de plata brilló a luz de las antorchas de nafta. Kel oyó risas masculinas y el chasquido de un látigo, y luego los caballos castaños volvieron a moverse. Kel apenas tuvo tiempo de aferrarse al marco de la ventana antes de que su propio carruaje volviera a balancearse sobre los adoquines, zigzagueando sin parar para evitar peatones mientras mantenía la calesa a la vista.

—Si Ji-An atropella a algún peatón, ¿creéis que podrán seguir la pista hasta dar con nosotros? —se preguntó Merren.

Entraron a toda velocidad en la Ruta Taur, que atravesaba las Calles Plateadas. El ruido de la Ruta Magna se desvaneció; allí, entre los tranquilos hogares de los maestros de gremio y los comerciantes, apenas había transeúntes. La calesa redujo la marcha, y Ji-An mantuvo un ritmo pausado para no alertar a Raimon.

Ruta Taur significaba «calle de las torres», y, efectivamente, las casas, altas y estrechas, lucían torres ornamentales en los bordes de los tejados. Estaban construidas en fila, con las paredes laterales pegadas unas a otras, sin espacio entre ellas.

El carruaje de Montfaucon se había detenido frente a una de las casas de la fila. Raimon bajó con rapidez tras intercambiar lo que parecían ser palabras airadas con el cochero. En cuanto la portezuela se cerró, la calesa se alejó apresuradamente.

Su propio carruaje se hallaba solo un poco detrás, y Kel se esperó a que Raimon se volviera para mirarlos. Pero este no giró la cabeza;

solo subió por las escaleras frontales, abrió con una llave la puerta principal y la cerró de golpe tras él.

—No era necesario que nos apresuráramos —protestó Merren mientras se levantaba del suelo una vez más—. Solo estaba volviendo a casa de mal humor.

—Podría no haber sido así —señaló Kel, aunque él también tendría magulladuras al día siguiente.

Ji-An repicó en la ventanilla con el látigo, presumiblemente para hacerlos callar. Guio el carruaje del Rey Trapero en silencio y torció en una esquina hacia una calle oscura con casas más pequeñas. En la esquina había una tienda que vendía ollas y sartenes de cobre.

Hubo un destello de movimiento; Ji-An había saltado del pescante. La puerta del carruaje se abrió, y Merren y Kel cayeron sobre los adoquines. Jerrod, de alguna manera, había recuperado su asiento y pudo descender los escalones del carruaje con relativa dignidad. Kel se estiró, ya aliviado de no verse lanzado por el interior del carruaje como una pelota de goma.

—Gracias —dijo a Ji-An—. Llevaba mucho tiempo esperando que alguien me rompiera las piernas en múltiples partes.

—Me alegra haber hecho realidad tu sueño. —Por alguna razón, Ji-An no tenía ni un pelo fuera de sitio. Parecía tan impecable como siempre, e incluso un poco ufana, con el cuello de su ajustada chaqueta negra levantado alrededor de su barbilla afilada.

Merren se sentó en la acera y puso la cabeza entre las rodillas.

—¿Así es como se conducen los carruajes en Chosun? —preguntó con voz débil.

—Así es como se conducen en Castelana —replicó Ji-An—. Levántate, Merren.

—Déjalo descansar —intervino Jerrod—. Kel y yo gatearemos un poco. Veamos qué podemos observar por las ventanas. —Se crujió

los nudillos, sonriendo en dirección a Kel—. Ji-An, Merren y tú estad alerta. Si Raimon intenta salir de su casa o sucede algo sospechoso, silbad como un sinsonte.

—Soy un chico de ciudad —se quejó Merren—, no sé cómo suenan los sinsontes.

—Suenan como quieran sonar —contestó Jerrod, mientras miraba a la otra calle a la que también daba la tienda, por donde había llegado—. ¿Kel, estás listo?

Kel no estaba listo, pero parecía haber llegado el momento de poner en práctica sus lecciones.

—Merren, Ji-An, intentad no llamar la atención ni hacer nada extraño que pueda atraer miradas.

Kel y Jerrod se deslizaron por la esquina, de vuelta a la Ruta Taur. Todo estaba como antes, salvo que ya salía la luz de las lámparas por las ventanas superiores de la casa de Raimon, iluminando débilmente el pavimento.

—Ahora —dijo Jerrod—, como practicamos.

Comenzó a trepar por la fachada de la casa. Kel lo siguió, hundiendo los dedos en los huecos entre los ladrillos. A medida que la calle iba quedando bajo ellos, intentó recordar todas las instrucciones que Jerrod le había dado en la Mansión Negra: «No esperes colgarte solo de los dedos; eso te matará. Deja que el cuerpo se apoye en la pared. Todo depende de cómo distribuyas el peso. Puedes mantener el equilibrio sobre un solo clavo si te equilibras correctamente. Y no te comportes como un idiota».

Kel acababa de darse cuenta de que Jerrod se parecía bastante a Jolivet, al menos en lo referente a la técnica didáctica.

Kel notaba ásperos los ladrillos de cal y arena bajo los dedos. Se apoyó en ellos, imaginando que la pared yacía plana en el suelo y él se arrastraba sobre ella, con la gravedad tirando de su cuerpo hacia

la fachada de la casa. Pasó una ventana, sin luz, y echó un vistazo al interior; podía ver las formas de los muebles, y una chimenea apagada a lo largo de una pared. Pasó varias ventanas más, aunque no había nada interesante que observar: una cocina con ollas de cobre, un tepidarium con paredes de azulejos.

—Aquí —oyó susurrar a Jerrod.

Estaba en equilibrio en una barandilla de hierro un poco por encima de él; era muy pequeña, y justo lo bastante ancha para que ambos pudieran estar de pie, pero no lo suficiente para que Kel no sintiera un ligero mareo al mirar hacia la calle bajo ellos. Al parecer, había olvidado su última lección: «No mires abajo».

No tardó en ver por qué se había detenido Jerrod. Estaban justo a la altura de una ventana de la que salía luz; Jerrod observaba el interior con expresión impasible. Kel, en equilibrio a su lado, miró por el cristal.

Dentro había un dormitorio, decorado en rojo. Raimon se había quitado la ropa de fiesta e iba de arriba abajo vestido solo con unos sencillos pantalones de algodón atados con un cordón. Sobre los hombros, la espalda y las piernas se veían cicatrices rosadas y blancas, la marca de su anterior vida como luchador profesional. Y en el cuello, más clara, ya que Kel estaba más cerca que antes, la marca del Truco. Mientras lo observaban, el hombre se detuvo, se frotó la frente tristemente, y siguió andando.

—¿Y ahora qué? —le susurró Kel a Jerrod.

Jerrod se encogió de hombros, una maniobra complicada estando aferrado a la fachada del edificio.

—Ahora entramos.

Kel dudó.

—A mí me conoce. Al menos, sabe que estuve en la fiesta.

—Seremos muy sutiles —dijo Jerrod—. Soy un gateador. Soy un experto en moverme en completo silencio. No se enterará de que estamos aquí hasta que le caigamos encima.

—De acuerdo —contestó Kel—. Vamos, entonces.

Jerrod observó cauteloso el alféizar bajo sus pies y retiró uno con cuidado. Cerró un ojo, como calculando la distancia, luego le dio una patada al cristal de la ventana, que se rompió con un sonido lo suficientemente fuerte como para despertar a todo el vecindario.

—¿En completo silencio? —murmuró Kel.

Raimon se había vuelto alarmado hacia el sonido.

—A veces, el método directo es el mejor —gruñó Jerrod, y se lanzó hacia el interior del dormitorio.

Kel siguió a Jerrod, haciendo todo lo posible por no desgarrarse la ropa ni cortarse las manos con los fragmentos de cristal que quedaban en el marco. Rodó sobre el suelo, se levantó rápidamente y descubrió que Raimon había salido corriendo.

Kel intercambió una mirada de sorpresa con Jerrod. Raimon había sido un luchador despiadado en el Arena, lo suficientemente feroz para ganarse como apodo un sinónimo de la muerte. Entonces ¿por qué había huido? ¿No sería más lógico que se hubiera quedado a luchar para defender su propio hogar?

Pero no había tiempo para preguntas. Kel corrió tras Raimon, con Jerrod pisándole los talones.

La casa era alta pero estrecha, y pronto quedó claro que Raimon no tenía adónde ir salvo hacia arriba o hacia abajo; por suerte, Kel lo oyó haciendo ruido por abajo. Sonaba como si estuviera bajando la escalera de caracol de dos en dos. Kel y Jerrod lo siguieron a toda velocidad. Eran más jóvenes y ligeros, pero el exgladiador era sorprendentemente rápido para su tamaño, y no lograron alcanzarlo mientras descendían en espiral por los escalones.

Irrumpieron en la sala de visitas de la planta baja, un espacio amplio con una chimenea que ocupaba gran parte de una de las paredes. Unas sillas doradas de aspecto incómodo se hallaban dispuestas como si estuvieran listas para recibir invitados, aunque se veían cubiertas de polvo, como si no se hubieran usado en mucho tiempo, o quizá nunca.

Sobre la chimenea colgaba un conjunto maltrecho de armas, del tipo que solían usarse en las luchas del Arena: un hacha de mano, una espada larga y un mangual de aspecto siniestro.

Raimon se hallaba en el centro de la habitación, con una lanza de bronce en la mano. Por la forma en que se movía y sostenía el arma, Kel supo que sabía cómo usarla.

—¡Alto! —Kel levantó las manos. Jerrod, a su lado, respiraba entrecortadamente—. Solo queremos hablar.

Raimon sonrió con desdén.

—¿Creéis que no sé...? —Se detuvo, mirándolos fijamente.

Kel se dio cuenta de que estaba viendo por primera vez a los que habían irrumpido en su casa. Su mirada pasó de Jerrod a Kel y a Jerrod de nuevo, y una curiosa expresión le cruzó el rostro. Una que sorprendió a Kel.

Alivio.

«¿Quién creía que éramos?»

Claramente, Raimon se había esperado un ataque. No se había sorprendido, aunque sí aterrorizado. Pero eso había cambiado...

Soltó una risa ronca y alzó la lanza.

—¡Idiotas! —exclamó—. Sois unos idiotas. ¿Tenéis idea de lo que habéis hecho?

—Diría que lo tenemos bastante claro —respondió Jerrod con calma, aunque se había inclinado hacia delante, apoyándose en las puntas de los pies, listo para lanzarse contra Raimon.

Este echó el brazo hacia atrás. Una sombra se alzó tras él. Kel notó que abría los ojos como platos cuando algo plateado brilló en la garganta de Raimon.

Una cadena metálica. Le rodeó el cuello, tirando de él hacia atrás y derribándolo. Cayó pesadamente, y dejó caer la lanza al suelo. Tras él, se alzó Ji-An, sujetando la cadena.

Le colocó una bota sobre el pecho a Raimon, y miró a Kel y a Jerrod.

—¿A qué esperáis? —preguntó. Raimon hizo un ruido; Ji-An le soltó una pequeña patada—. Venid aquí y ayudadme a atarlo. Realmente no sé cómo lográis hacer nada vosotros dos solos.

—De verdad que lo sentimos —se disculpó Merren.

Raimon lo miró con rabia. El hombretón estaba atado a una de sus sillas doradas con la cadena metálica de Ji-An. Esta había demostrado ser una maestra en hacer nudos, lo que no sorprendió a nadie, y había enlazado la cadena de tal manera que los esfuerzos de Raimon solo apretaban más sus ataduras. Al darse cuenta, Raimon se había quedado completamente inmóvil. No estaba amordazado; Kel no vio sentido en ello, ya que querían que hablara; pero se había mantenido en silencio desde que lo habían reducido.

Someterlo no había sido fácil. Raimon tenía un ojo morado y el labio inferior se le estaba hinchando rápidamente. Kel tenía los nudillos amoratados y Jerrod cojeaba un poco.

—No, no lo sentimos —corrigió Jerrod a Merren—. Para nada.

—Hemos entrado en su casa a la fuerza —protestó Merren—. Podría haberse caído por las escaleras y haber muerto.

—Es verdad —coincidió Raimon.

—Bueno —replicó Ji-An—, eso habría sido culpa vuestra.

—De verdad lo sentimos —aseguró Merren a Raimon.

Raimon dirigió su mirada hacia los demás.

—¿Quiénes sois? —exigió saber—. Vosotros dos. —Señaló a Kel y a Merren—. Os vi en el Caravel. Pensé que erais nobles. Pero los nobles no hacen su propio trabajo sucio, ¿verdad?

—A veces sí —respondió Kel—. Pero ese no es el tema. Te he visto el rostro antes. Cuando entramos, has tenido miedo, luego, al vernos bien, te has sentido aliviado.

—Claro que me he sentido aliviado —contestó Raimon—. Debéis admitirlo, no dais tanto miedo.

—En tu lugar, yo no seguiría por ese camino —advirtió Ji-An, mientras hacía girar un cuchillo delgado que se había sacado de la bota.

—Déjame adivinar —repuso Raimon—. Esta es una de las trampas de Lupin. Quiere que me llevéis de vuelta al Caravel...

—Esto no tiene nada que ver con Montfaucon —interrumpió Kel. Estaba empezando a hartarse—. Lo que necesitamos o queremos es información. Dánosla, y estaremos encantados de dejarte en paz.

—¿Y si no lo hago? —gruñó Raimon.

En ese momento, era totalmente la Serpiente Gris. Una furia contenida le ardía en los ojos, y Kel pudo ver cómo en otros tiempos pudo haber dominado el Arena.

Merren se había apartado de Kel. Cruzó la habitación hacia una mesa baja y se puso a hacer algo con una botella de cristal de color verde lima.

—Si no lo haces —respondió Kel lentamente, sabiendo que podía estar equivocándose—, puede que deba informar al legado Jolivet de que estuviste involucrado en la masacre de la Galería Brillante.

Raimon parpadeó despacio, mirándolo. Se mantenía impasible, pero sus manos se aferraban a los brazos de la silla con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto completamente blancos.

—¡Que os den! No soy un asesino. No sé quién te ha contado esas tonterías, pero te han mentido.

—¿Pensaste que nadie investigaría lo ocurrido? —Kel era consciente de que sus amigos lo estaban mirando, y esperaba que estuvieran dispuestos a seguirle la corriente con cualquier cosa que dijera—. ¿Una princesa de Sarthe y dos embajadores fueron asesinados en el recinto de Palacio, junto a varios de nuestros hombres, y creíste que nadie lo investigaría?

—Si lo hubiera pensado, y no digo que lo haya hecho, habría creído que lo investigarían los Vigilantes —murmuró Raimon—. A mí no me parecéis Vigilantes.

—No lo somos —confirmó Kel—. Somos una unidad de élite, encargada de descubrir quién cometió las atrocidades en la Galería Brillante. A diferencia de los Vigilantes, podemos movernos en sociedad sin ser detectados, recogiendo pistas.

Jerrod hizo ruido, como si tosiera. Ji-An puso los ojos en blanco, solo Merren pareció imperturbable ante esa sarta de mentiras. Este había vuelto al lado de Kel con un vaso de cristal de Detmarch en el que había servido vino tinto. Le ofreció el vaso a Raimon, que hizo un gesto hacia sus manos atadas. Merren le sostuvo el vaso en los labios para que bebiera. Soltarle la lengua con vino, pensó Kel; no era mala idea.

Raimon se acabó la bebida en dos tragos y se reclinó en la silla, con las mejillas coloradas. Asintió hacia Merren, un breve reconocimiento, aunque no un agradecimiento.

—Unidad de élite o no —dijo señalando a Kel y los demás con la barbilla—, esto os viene grande.

—No necesitas preocuparte por eso —respondió Jerrod—. Queremos saber quién es el responsable de la masacre. El viejo Gremont murió pronunciando tu nombre. La Serpiente Gris.

Raimon soltó una carcajada.

—La Serpiente Gris murió hace mucho, cuando lo expulsaron del Arena. Demasiado viejo para luchar, decían. —Entrecerró los ojos pálidos—. Ahora soy solo un exluchador tratando de sobrevivir.

—Tienes una casa sorprendentemente cara —intervino Kel—, llena de cosas lujosas, para ser un viejo luchador que solo intenta salir adelante.

—Me las arreglo —replicó Raimon.

—Creo —indicó Merren— que te está haciendo una pregunta. ¿Cómo conseguiste el dinero para pagar una mansión en la Ruta Taur?

—¿Y tú qué crees, idiota? —replicó Raimon—. Ningún ciudadano respetable quiere contratar a alguien que ha estado en el Truco y luchó en el Arena. A veces se puede encontrar trabajo pegando a borrachos en el Laberinto, pero no pagan mucho. ¿Sabéis quién paga bien? La nobleza. Y gastan mucho oro para encontrar a alguien que se ensucie las manos por ellos. Solo he usado lo que tenía: contactos con mercenarios que podían hacer el trabajo. Exluchadores, exprisioneros. Nadie se preocupa por ellos. Alguien tenía que hacerlo.

—Eres todo un benefactor —murmuró Jerrod entre dientes.

—Así que tenías cierta reputación —dijo Kel, esforzándose por mantener la voz calmada—. Y alguien acudió a ti y te preguntó si conocías a alguien que pudiera llevar a cabo la masacre de la Galería Brillante.

Raimon se inclinó hacia delante en la silla, los músculos se le tensaron contra las cuerdas.

—¡No se suponía que tenía que ser una masacre! —exclamó con voz ronca—. ¡Me engañaron! ¡Mentirosos! ¡Me mintieron!

—¿Quién coj..., eeh, quién te engañó? —preguntó Merren.

Kel vio a Jerrod esconder una sonrisa. Los marineros soltaban palabrotas, y los nobles las soltaban como marineros. La clase media, los maestros de gremio entre ellos, eran bastante más pudorosos.

—Se suponía que solo iba a ser un escarmiento —explicó Raimon, con la vista baja—. Eso era todo. Solo para mostrarle a la mocosa de Sarthe que no queríamos que su gente anduviera por aquí como si fueran los dueños del lugar, llenando nuestro puerto de basura. Se suponía que regresarían a Sarthe con el rabo entre las piernas. Vinieron a mí, me pidieron que reuniera a algunos de mis viejos amigos del Truco, gente que vive escondida, evitando a los Vigilantes. Sabían que estarían lo suficientemente desesperados para querer el trabajo. Es difícil encontrar quien te contrate cuando has sido oficialmente exiliado.

Raimon estaba casi sin aliento, las palabras le salían atropelladas de la boca. Kel no se atrevió a interrumpirlo; era como si Raimon hubiera olvidado dónde estaba o con quién hablaba. Como si hubiera estado desesperado por soltar toda esta información a alguien.

—Mis amigos hicieron lo que se suponía que debían hacer —continuó Raimon—. Se disfrazaron, entraron en la galería, blandieron las espadas. Gritaron un poco. Les dijeron..., nos dijeron a todos... —Trató de encontrar las palabras—. Que habría una forma de salir.

—¿Una forma de salir de la galería? —preguntó Kel, sorprendido —. Pero una vez que las puertas principales están bloqueadas, no hay otra entrada.

—Por eso lucharon como lo hicieron —explicó Raimon con voz ronca—. Estaban atrapados. Querían salir.

«No te creo». La furia empezó a crecer dentro de Kel, una ira que era como chispas encendiéndosele en las venas, erizándole la piel.

—Mentira —espetó—. La princesa de Sarthe. Solo tenía doce años, y la asesinaron. La clavaron a una pared con una saeta de ballesta. ¿Qué tiene que ver eso con escapar?

—Ninguno de mis hombres habría hecho eso...

—En cualquier caso, ¿quién contrata a un grupo de criminales para amedrentar a una niña? ¿Quién iba a gastarse el dinero en costear y planear semejante cosa?

Raimon intentó encogerse de hombros.

—La gente quiere todo tipo de cosas —dijo—. Y muchos nobles odian Sarthe. Yo no hago preguntas.

—Entonces eres un imbécil —acusó Jerrod, para sorpresa de Kel —. Un imbécil que hizo que mataran a sus amigos. ¿Por qué ibas a confiar en un noble, sin hacer preguntas? —Entrecerró los ojos—. ¿Fue Montfaucon quien te contrató?

Raimon soltó una risa ronca.

—A Lupin no puede interesarle menos la política —contestó—. Él es mi protección. Después de que sucediera todo, de que mi gente fuera asesinada, me di cuenta de... de que yo era el cabo suelto. Sabía lo que había pasado. Nadie que supiera lo ocurrido debía sobrevivir. Necesitaba estar cerca de alguien con poder. Lupin se me había acercado antes. Le gusta escandalizar a sus amigos, ¿y qué podría ser más escandaloso que un luchador marcado? Se habría asociado con un cocodrilo si pensara que eso haría la fiesta más brillante.

A Kel le pareció una observación totalmente correcta sobre Montfaucon.

—Bien —respondió—. Entonces, Lupin Montfaucon no tuvo nada que ver con el plan. Pero había otros que lo conocían. Gremont me advirtió sobre ti en la fiesta, justo después de que uno de tus

mercenarios le atravesara con una espada. Dijo que irías a por el príncipe. ¿Eso llegó a ser parte del plan en algún momento?

Raimon parecía horrorizado.

—¿Hacer daño a los Aurelian? No. Gremont formaba parte del grupo que me contrató, pero comenzó a repensárselo. Creía que el plan era peligroso. Todos los otros temían que cediera y delatara a los demás. Sabía de mí, sabía que yo había proporcionado a los mercenarios. Debe de haber pensado que yo estaba detrás de la matanza. Estúpido viejo.

—No tan estúpido —replicó Jerrod—. Nos llevó hasta ti. Quizá se dio cuenta en sus últimos momentos de que eras el único que hablaría.

Raimon soltó un bufido.

—O simplemente —repuso irónico— sabía que no os atreveríais a atar a un miembro de los fueros a una silla y torturarlo para sacarle información.

No le faltaba razón, pensó Kel.

—Pero ¿quién te contrató? ¿Qué familia de los fueros sabía de esto, además de los Gremont? Tendrías un contacto. Alguien te dijo que Gremont estaba poniéndose nervioso. Alguien que te pagó.

Raimon inclinó la cabeza.

—Una mujer —dijo—. Se hacía llamar Magali...

La ventana frontal estalló. Los trozos de cristal salieron volando, fragmentando la iluminación, formando un caleidoscopio de reflejos del fuego. El cuerpo de Raimon se sacudió cuando una saeta plateada le atravesó el pecho, y lo clavó a la silla. El emplumado, tres plumas negras, temblaba tras el impacto.

Kel sintió una punzada aguda bajo la oreja, como la picadura de un tábano. Oyó maldecir a Ji-An y a Merren, preguntando si todos estaban bien, si alguien había resultado herido, pero apenas

registraba las palabras. Ya estaba corriendo hacia la puerta principal, con la mano en el cuello. Recordaba ese emplumado. Coincidía con el de la saeta que había matado a Luisa.

Salió disparado de la casa y miró alrededor. Era evidente que el tiro procedía del otro lado de la calle, probablemente del tejado. Sin vacilar, confiando en que su cuerpo respondería al entrenamiento de Jerrod, corrió hacia la casa más cercana.

Apartó la mano del cuello cubierta de sangre y maldijo para sí. Probablemente un fragmento de cristal de la ventana le había cortado la piel. No había nada que pudiera hacer al respecto en ese momento; se limpió la mano en los pantalones y comenzó a escalar la fachada de la casa.

Era rápido, muy rápido para alguien que no llevaba mucho tiempo gateando. Pero, al parecer, no tan rápido como el asesino. Alcanzó el tejado, una amplia extensión de tejas negras, y subió a él. Estaba vacío. No había señales de movimiento, y tuvo la frustrante certeza de que ya había perdido a su objetivo.

Alguien se tiró contra él por detrás y lo envió a estrellarse contra las duras tejas. Le faltó el aliento, y solo pudo boquear mientras una sombra oscura se cernía sobre él, ocultando la luna.

Una sombra muy familiar. Sin duda, era la misma persona que había encontrado en el tejado de la Galería Brillante, aquel al que llamaba para sí el Asesino Oscuro. Casi había olvidado lo inquietante que resultaba; cómo, al estar completamente cubierto de tela negra ceñida, parecía carecer de rostro, ser inhumano, un vacío donde debería haber una identidad.

Kel recuperó por fin el aliento. Empezó a incorporarse, pero al Asesino Oscuro no pareció gustarle. Kel se encontró con un pie sobre el pecho, oprimiéndolo contra el suelo.

Y, cuando el asesino habló, fue con el mismo sonido gutural que no revelaba nada de la persona, hombre o mujer, joven o mayor.

—Deja de seguirme, *Királar*.

Tirado de espaldas, Kel maldijo la noche, sus decisiones y al asesino que parecía haberle cogido una manía personal.

—No te he seguido hasta aquí —replicó—. Tú me has seguido a mí.

—¿Sí? —El Asesino Oscuro sonó casi divertido—. ¿Tu príncipe sabe dónde estás, Guardián de Espadas? ¿No deberías estar a su lado?

Eso le dolió, más que el pie en el pecho.

—No necesito estar pegado a él para protegerlo —repuso Kel entre dientes—. Ni tú necesitas fingir que te preocupas por su suerte. —Recordó las últimas palabras que el Asesino Oscuro le había dicho en el tejado de la Galería Brillante, con su voz gutural: «Estáis contemplando la antesala de la historia, Guardián de Espadas. Pues este es el inicio de la caída de la Casa Aurelian».

—Oh, me preocupo mucho por su suerte —ronroneó el asesino—, y por la tuya, pues ambas están conectadas. Tú eres su escudo, su armadura indestructible. Tú mueres para que él pueda vivir para siempre.

Kel miró más allá del Asesino Oscuro, a las estrellas esparcidas por el cielo como un bordado reluciente. «Eres mi armadura indestructible. Y no morirás». Era lo que Conor siempre le decía al final de su letanía; mientras lo repetía para sí, oyó la voz de Conor, cargada de seguridad.

El asesino soltó una risa siseante.

—Has estado intentando averiguar quién tuvo la responsabilidad de la masacre en Palacio.

Kel lo miró fijamente, en silencio. Había algo, pensó, en la forma en que hablaba el asesino; las palabras no tenían acento, pero

sonaban extrañamente formales, como si el castelaní no fuera su lengua materna.

—Supongo —dijo Kel— que ahora viene la parte en la que me dices que debo dejar de investigar o me matarás.

—Podría matarte igualmente —respondió el asesino con amabilidad—. De hecho, eres afortunado al tener una utilidad para mí, Guardián de Espadas, o ya estarías muerto.

—¿Una utilidad? —repitió Kel, pero en cuestión de un segundo el Asesino Oscuro salió corriendo a toda velocidad y cruzó el tejado como una exhalación.

Kel se incorporó a tiempo de ver a su agresor saltar al tejado de la casa vecina y, desde allí, a la siguiente. Cuando, por fin, logró ponerse de pie, ya había perdido de vista al Asesino Oscuro, confundido con el cielo nocturno.

Lin

La mujer en la cama tiene la expresión vacía y macilenta que precede a la muerte.

Lin la conoce bien. Cuando se es médica, la muerte camina a tu lado, solícita y curiosa. Se aprende a reconocer las señales de su llegada mucho antes de que lo haga el paciente: la primera mancha de sangre en un pañuelo blanco, la tos persistente que se mantiene hasta el verano, el leve amarilleo de los ojos.

Lin le toma el pulso a domna Delores, que es ligero y rápido, y le escucha el pecho con el auscultador, pero ya lo sabe. Lo sabe por las manchas rojas en las mejillas de la mujer, por la tensión de la piel sobre los huesos, las ojeras. Tuberculosis en su última etapa. Pronto morirá.

De su maletín, Lin extrae el único medicamento que aún la puede ayudar: granos de morfílico para aliviar el dolor. Mientras comienza a explicar cómo disolver los granos en agua, domna Delores le coloca una mano sobre la de ella. Los dedos de la enferma son frágiles como cañas huecas.

—Decidme, doctora, ¿sois ashkar? —pregunta.

Pillada por sorpresa, Lin duda un segundo. Sin duda su ropa, limpia, sencilla y gris, lo hace evidente. Y seguro que la mujer sabe qué tipo de médico le han recomendado.

—Lo soy —responde Lin.

No dice más. Cualquier ashkar conoce esta vacilación, el espacio entre declarar la propia identidad y la reacción que provoca. ¿Será enfado, rechazo, curiosidad?

Los ojos de domna Delores se llenan de lágrimas.

—Yo también lo fui, hace mucho tiempo.

Un largo silencio. Lin mira una segunda vez el pequeño y soleado apartamento de la mujer moribunda. Está limpio, pero es sencillo y diminuto; hay una única mesa pequeña y solo una silla. Ni rastro de libros, música, color. Para Lin, la habitación parece proclamar la soledad, una vida sin adornos ni compañía.

—¿Elegisteis abandonar el Sault?

—No. Me exiliaron.

Lin contiene una exclamación de asombro.

—Oh, lo siento mucho.

No se le ocurre nada más que decir, pero no importa. Una energía febril parece apoderarse de domna Delores; las palabras le salen en tropel: una historia de amor y castigo. Una chica ashkar, un chico castelaní. Ella se había enamorado, y cuando se descubrió, fue exiliada por el Maharam, no Davit Benezar, el actual líder del Sault, sino el anterior a él. Un hombre al que Lin no había llegado a conocer.

Sorprendentemente, el chico se había quedado con ella, y Delores se había casado con él. El chico trabajaba en el astillero, y habían vivido siempre con los muros del Sault a la vista. Cada vez que Delores había visto la puerta y a los guardias, había sentido la pérdida como una puñalada en el corazón. Su hermana, su madre y

su padre, sus amistades. Todas esas personas aún vivas y en la misma ciudad que ella, pero ninguna dispuesta a saltarse la ley para hablarle. Delores incluso había intentado acercarse a su hermana una vez en el mercado, pero esta había huido de ella como si tuviera la peste.

Tiempo después, su marido murió en un accidente en el Arsenal, y Delores se quedó completamente sola. Nunca había hecho amistades en Castelana. Los otros habían mantenido la distancia, incómodos por su procedencia ashkar. Gracias a su habilidad como costurera, había encontrado trabajo en un puesto del mercado, cosiendo botones para viudos y bordando escudos familiares en la ropa blanca de comerciantes enriquecidos.

La vida la había dejado atrás en silencio; una cosa solitaria y aislada. En las noches ventosas, solía ir a una casa de té cerca del Sault a escuchar la música que se escapaba por encima de los muros, los cánticos de la noche sagrada en los que el Maharam planteaba preguntas y los hombres y mujeres del Sault respondían: «¿Qué es la vida? Es un puente estrecho. ¿Por qué regresará la Diosa? Para sanar el mundo».

—Si me dais sus nombres, tal vez podría deciros algo de vuestra familia —le propone Lin con suavidad—. Es muy probable que los conozca, o que mi abuelo los conozca.

Pero Delores (Lin sabe que ese nombre castelaní significa «pena» y no puede evitar preguntarse con qué nombre habría nacido su paciente) solo niega con la cabeza, aferrando con fuerza la mano de Lin.

—No —responde—. No. Ya es demasiado tarde para todo eso. Habladme del Sault. ¿Todavía florecen los almendros en el Kathot?

Así que Lin deja a un lado los granos de morfílico y opta por un tratamiento distinto, uno que reconfortará a su paciente más que el

té o el pan. Sí, dice, los almendros todavía florecen en la plaza principal, dentro de la ciudad amurallada. El Shulamat brilla dorado bajo el sol, el Jardín de los Médicos crece verde y vigoroso, y los niños siguen desafiándose unos a otros a trepar los muros, como siempre han hecho, para acudir después a Lin con las rodillas despellejadas y una mirada avergonzada. Y, por supuesto, en los días sagrados hay pan de miel y vino especiado, y música por la noche cuando los vagones de los comerciantes regresan de los Caminos Dorados...

Delores cierra los ojos con una ligera sonrisa en el rostro demacrado, y Lin deja que su voz se apague lentamente. La próxima vez que vuelva, se promete a sí misma, le traerá a su paciente un pan de miel, o un pan trenzado con pasas. No se puede borrar la amargura del exilio con la dulzura del azúcar, lo sabe, pero es mejor que nada.

Capítulo cuatro

—Sería difícil —dijo Kel, metiendo la cuchara de cerámica en la sopa de fideos— considerar esta noche como un éxito indiscutible.

—¿Quizá un éxito discutible? —sugirió Merren.

Se encontraban en el puesto de fideos favorito de Jerrod, en el Camino Yulan, el corazón de Castelana. Después de descender del tejado frente a la casa de Raimon, Kel se había encontrado a los demás esperándolo impacientes en el carruaje. Los trozos de cristal roto cubrían la calle frente a la casa donde Raimon yacía muerto, y todos estaban ansiosos por salir de allí lo antes posible. En cuanto Kel subió en el carruaje, Ji-An arrancó a gran velocidad; esta vez, nadie se quejó de su conducción.

Finalmente, hicieron una parada en un aljibe público, donde Ji-An se apoyó contra el carruaje mientras los demás se lavaban la sangre en el agua tibia. Merren se frotó con muy poca maña las manchas secas de color escarlata que tenía en las manos, hasta que Jerrod, en silencio, rasgó una tira de su propia camisa y la utilizó para limpiar las manos de Merren.

Kel frunció el ceño mientras se exploraba la herida del cuello con los dedos. Era más larga de lo que había creído, y aunque

superficial, le había empapado el trozo de tela que le rodeaba el cuello. Parecía haber dejado de sangrar, pero no le gustaba. Una marca que tendría que explicar en Marivent resultaba incómoda, cuando menos.

—¿Quién crees que ha matado a Raimon? —preguntó Merren. Bajó la voz—. ¿No han sido los Vigilantes?

Jerrod soltó un bufido.

—No. Esos derriban la puerta y te arrestan; no te disparan a través de una ventana. Alguien quiso callar a Raimon antes de que nos hablara.

Ji-An se tiró de la trenza, pensativa.

—Lo que podría significar que alguien nos siguió desde el Caravel. ¿Encontraste a alguien en el tejado, Kellian?

—Ese fue un gateo estupendo, por cierto —señaló Jerrod—. Subir y bajar de esa pared tan rápido... Debe de ser todo ese entrenamiento de Guardián de Espadas. La mayoría de mi grupo no podría haberlo hecho.

—Cállate, Jerrod. Quiero saber si Kel se encontró con el asesino en el tejado —dijo Ji-An.

Su mirada hacia Kel decía: «Lo viste, ¿verdad?».

Kel pensó en la figura de negro, recortada contra los tejados curvados de la Ruta Taur; sin rostro, casi sin voz.

—No hablemos aquí —respondió—. Estamos expuestos en la calle, dada la maestría del atacante con una ballesta y su habilidad para dar con nosotros.

—Sé adónde podemos ir a hablar —dijo Jerrod—. Al Camino Yulan.

—¡Maravilloso! —exclamó Merren—. Me encantan los fideos. Aunque voy a necesitar mi mano de vuelta, Jerrod.

Impasible, Jerrod le soltó a Merren la mano, ya impecable.

En los últimos tres meses, habían estado en la Casa de Fideos Yu-Shuang a menudo; Jerrod aún disfrutaba reuniéndose con colegas e informantes allí, y a Ji-An y a Merren les gustaba la comida. Igual que a Kel, que se dio cuenta, en cuanto entró, de que tenía hambre. El aroma a ajo y cerdo asado flotaba en el aire como una nube fragante.

El personal conocía a Jerrod, y una vez que todos hubieron pedido, le hicieron señas para que se dirigiese hacia el compartimiento en la parte trasera en el que solía reunirse. Ji-An había llegado última, porque se había parado en el camino para arreglarse un cordón roto de la bota. En ese momento, hacía una mueca a Merren, que acababa de comentar que la noche había sido un éxito discutible.

—¿Qué parte podría considerarse un éxito? —inquirió Ji-An, lamiendo su cuchara. Tenía un gusto incorregible por los dulces y estaba comiendo un pudin de natillas de huevo, espolvoreado con azúcar—. ¿La parte donde nuestro único testigo de la matanza de la galería fue asesinado mientras lo interrogábamos? ¿O la parte donde tuvimos que huir antes de que llegaran los Vigilantes? —Sonaba resentida, aunque no con Merren; Ji-An no era de las que disfrutaban rehuyendo la confrontación.

—Mientras lo interrogábamos, no antes de interrogarlo —matizó Merren. Los acontecimientos de la noche no parecían haberle estropeado el apetito. Estaba en su segundo plato de empanadillas de verduras, decoradas con ligeras manchas carmín de aceite caliente. Se lamió el pulgar y dijo—: Nos enteramos de algunas cosas útiles.

—Hay algo que tengo que contaros —dijo Kel.

—¿Nos vas a arrestar a todos en nombre del Escuadrón de la Flecha? —preguntó Jerrod.

—¿Qué...? No, por supuesto que no. ¿Esperabas que dijera eso?

—Cada vez que te veo —afirmó Jerrod—, me encuentro esperando el golpe de gracia.

—Jerrod, tienes una personalidad desconfiada —bromeó Kel—. Es sobre el asesino que mató a Raimon.

Les contó lo que sabía; no solo lo que había ocurrido esa noche, sino también la primera vez que vio al Asesino Oscuro, en el tejado de la Galería Brillante. Y que había visto que las saetas de la ballesta eran iguales, con un característico emplumado gris y negro.

—¿Por qué no nos has explicado antes —inquirió Ji-An— lo que pasó durante la matanza de la galería?

Kel se encogió de hombros, incómodo.

—No me gustó que me hablara como si me conociera. Como lo ha hecho esta noche. Me he sentido... implicado, supongo.

—Estás implicado —afirmó Ji-An—. Pero eso no es lo mismo que ser responsable.

—Sentí como si tuviera que saber quién es —confesó Kel, apretando su copa de vino de arroz—. O, al menos, tener una idea. Pero no lo sé.

—Lin —dijo Merren, con voz cálida, y por un momento, Kel pensó que Merren había perdido la cabeza y había decidido que el Asesino Oscuro era Lin.

Entonces se dio cuenta de que, en realidad, estaba saludando a Lin Caster, que acababa de llegar, vestida con su túnica gris de médica, y el brillante pelo recogido en una coleta baja. Sobre el hombro llevaba su zurrón de médica.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Kel—. No es que no me alegre de verte.

—La he llamado yo —explicó Ji-An, y Kel se dio cuenta de que, en realidad, la joven no se había parado a arreglarse ningún cordón

roto de la bota—. No me gusta esa herida que tienes en el cuello. Parece como si alguien hubiera intentado cortarte la garganta.

Kel se tocó la herida del cuello y frunció el ceño.

—Eso ha sido... considerado —dijo.

—No es que me importes tú —repuso Ji-An—. Es que no quiero que levantes sospechas en Palacio.

—Claro —respondió Kel muy serio, mientras se movía en el asiento para hacerle sitio a Lin, quien se sentó a su lado y comenzó a examinarle el cuello.

—Es una herida muy limpia —dijo ella—. No está mal, pero la causó algo muy afilado.

—Cristal —ofreció Merren.

Con sus ojos verdes, Lin dirigió una mirada preocupada a Kel, pero no preguntó qué había sucedido.

—Está justo encima de la arteria. Un poco más profundo y... —dijo.

—Me habría desangrado —concluyó Kel—, de una manera bastante dramática, en un tejado. Una sorpresa desagradable para los dueños de la casa.

—¡Tonterías! —exclamó Jerrod—. Nunca habrías logrado subir al tejado estando tan débil.

Ji-An no le prestó atención.

—Alguien que pueda seguirnos como lo ha hecho esa persona, sin que nos demos cuenta, es muy bueno en lo que hace. No me gusta —dijo, mientras se daba golpecitos en los dientes con las uñas.

Lin, que había ordenado a Kel quedarse quieto y no hablar, había sacado una pomada de su bolsa y se la estaba extendiendo por el corte del cuello con la punta de los dedos. Picaba como un nido de avispas.

—En breve dejará de dolerte —aseguró Lin—. Y fíjate..., el corte ya se está cerrando. Para cuando vuelvas a Palacio, solo parecerá un rasguño. —Estaba inclinada muy cerca de él, y despedía un agradable olor a jabón y hojas molidas.

Kel estaba seguro de que apestaba a canalones y sudor. Cerró los ojos para esperar que el picor se desvaneciera mientras los otros ponían a Lin al corriente de sus últimas actividades.

—¿Montfaucon quería que su amante peleara con un luchador que iba vestido de oso? —preguntó Lin en cierto momento—. ¿Por qué?

Nadie pareció tener una respuesta para eso, y la conversación siguió adelante.

—Siento oír lo de la muerte de ese hombre —dijo Lin, tras haber cerrado el tarro de crema y haberlo guardado.

—¿Raimon? Yo no lloraría por él —replicó Jerrod—. Estoy casi seguro de que sabía más de lo que dijo sobre el ataque a la galería.

—No sé si lo sabía —intervino Kel—. Sonaba realmente enfadado con los que lo habían engañado a él y a sus amigos. Lo que nos lleva a preguntarnos: ¿quién los contrató?

Ji-An apartó su cuenco vacío.

—Repasemos lo que sabemos. A Raimon le pagaron para reclutar a un grupo de criminales a los que había conocido durante sus años en el Truco. La mayoría ya estaban libres, pero con órdenes de exilio, que es por lo que nadie los echó en falta. Ya estaban escondidos. Los criminales creían que su cometido era asustar a la princesa de Sarthe, no matarla.

—Eso dijo él —murmuró Merren—. La pobre niña.

—Pensé que odiabas a la realeza. —Jerrod parecía confundido.

—Tampoco quiero que los asesinen —protestó Merren.

Jerrod meneó la cabeza.

—De verdad que no entiendo tus principios.

—Basta. —Ji-An les hizo un gesto para que guardaran silencio—. Estos criminales, esta banda del Truco, no sabían que se trataba de una misión suicida. Pensaban que iban a escapar.

—Eso es —convino Kel—. Lo que quiere decir que no tenían especial interés en castigar a Sarthe; lo hicieron por dinero, a petición de un grupo cuyas motivaciones aún no conocemos. El anciano Gremont formaba parte de este grupo, pero antes de morir se arrepintió. Los mercenarios no eran tanto la parte culpable, sino herramientas en manos de la parte culpable.

—Bueno, conseguimos un nombre, aunque no un apellido —dijo Merren. Se había acabado las empanadillas y miraba tristemente su plato vacío—. Magali.

—Hay una Magali que trabaja para las Alleyne —apuntó Lin—. Recuerdo haberme fijado en el nombre. Es poco común.

—No tanto —replicó Kel, cortante—. No hay ninguna razón para que se trate de la sirvienta de Antonetta.

Lin alzó una ceja ante su vehemencia.

—Y, sin embargo —intervino Jerrod, con los ojos oscuros pensativos—, hay..., había... una Magali que solía frecuentar el Laberinto para pedir dinero a algunos de los prestamistas menos escrupulosos. Era aficionada al juego. Aunque era más un problema que una afición. Apuestas en los juegos del Arena. No le importaba quién estuviera luchando: cocodrilos, humanos, jirafas... Ella hacía su apuesta.

—¿Hay luchas de jirafas en el Arena? —preguntó Merren, con los ojos muy abiertos—. Me encantan las jirafas. Siempre parecen sorprendidas de estar tan arriba.

—Calla, Merren —dijo Ji-An, mientras se volvía hacia Jerrod—. ¿Por qué no lo has mencionado antes?

Jerrod se encogió de hombros.

—Como Kel ha dicho, hay más de una Magali en la ciudad. Hacía mucho tiempo que no pensaba en esta, pero lo que ha dicho Lin me la ha recordado, porque esta Magali se jactaba de tener un trabajo en la Colina. Nunca me lo acabé de creer, pero parece que estaba diciendo la verdad.

—Suponiendo que sea la misma Magali —apuntó Kel, tenso.

—¿Significa eso que las Alleyne son nuestras malhechoras? —planteó Ji-An—. ¿Puesto que Magali es su sirvienta?

—Es demasiado pronto para decidir eso —opinó Lin—. Dudo mucho que las Alleyne tengan mucha idea de lo que hace Magali en su tiempo libre. Antonetta no, desde luego.

Sonrió de forma tranquilizadora a Kel, lo que hizo que este apartara la mirada rápidamente.

—No me había dado cuenta de que todos fuéramos tan grandes admiradores de las Alleyne —comentó Ji-An—. Uno de nosotros va a tener que hablar con la tal Magali...

—Primero tengo que hablar con el legado —avisó Kel, y todos lo miraron sorprendidos.

Conocían el papel de Jolivet en la investigación, pero Kel rara vez lo mencionaba y, desde luego, nunca lo había sacado a colación como motivo para retrasar algo.

—Supongo —aventuró Jerrod— que si empezamos a rondar tan cerca de una de las familias de los fueros, el legado tendrá que saberlo.

—Las Alleyne sí que parecen poco dignas de confianza —apuntó Merren—. Están aliándose con los Gremont.

Kel no dijo nada. No se fiaba de su voz en ese momento.

—Os aseguro —intervino Lin— que demoselle Antonetta no ha elegido casarse con Artal Gremont.

Kel pudo oír la voz de Antonetta, suave, en su cabeza: «¿Quiero casarme con Gremont? No. Si me libro de casarme con él, ¿el próximo hombre que mi madre elija será igual de malo? Muy probablemente».

«Muy probablemente no, Ana», pensó él en ese instante. No estaba seguro de que hubiera alguien peor, y se sintió desgarrado y con náuseas. Si él fuera cualquier otro, podría ofrecer a Antonetta otra opción. Aunque suponía que era el colmo de la presunción creer que ella querría casarse con él, por muy desesperada que estuviera.

Lin le echó una mirada antes de volverse hacia Merren.

—Me resulta curioso que Raimon estuviera dispuesto a contaros tanto de forma voluntaria. ¿Le pusiste algo en el vino, Merren?

Este se puso rojo.

—Por supuesto —admitió, y Kel recordó a Merren trasteando con la botella. Se sintió un poco molesto consigo mismo; debería haberlo sabido, igual que Lin—. Una mezcla de mi invención. Obliga, bueno, inclina a uno a decir la verdad.

—Eso ha sido muy astuto —alabó Jerrod, y sonrió a Merren.

Kel se había dado cuenta de que tenía una forma de sonreír que parecía destinada solo a Merren; desde luego no le sonreía así a nadie más.

Ji-An se estiró y bostezó. De hecho, todos estaban exhaustos, así que recogieron sus cosas y cambiaron el calor especiado del puesto de fideos por la húmeda noche exterior. Kel se ofreció a acompañar a Lin hasta las puertas del Sault; de todos modos, tenía que regresar al Caravel para recuperar a Asti, y sabía que Lin evitaría más fácilmente problemas con los Vigilantes si la acompañaba.

En cuanto al Asesino Oscuro, Jerrod y Ji-An estuvieron de acuerdo en que alguien con habilidades como esas tenía que ser conocido en

el submundo criminal; Jerrod, que parecía molesto por no saber aún de quién se trataba, prometió buscar respuestas entre sus contactos.

—Saber gatear es una cosa —dijo—, pero apuntar así es otra. Dispararon a Raimon al corazón desde un tejado al otro lado de la calle. No muchos pueden hacer eso.

Parecía casi admirado.

—Recuerda —dijo Kel— que estamos tratando de atrapar a esta persona antes de que mate otra vez, no queremos contratarla, Jerrod.

Jerrod sonrió, con la luz de la luna destellándole en la máscara.

—A ti te atrapamos y luego te contratamos.

—No me contratasteis vosotros; lo hizo Andreyen. Y no creo que el asesino fuera un buen aliado.

—Te lo estás tomando de forma personal porque ha intentado matarte —replicó Jerrod con una sonrisa.

—No —indicó Kel, pensativo—. No lo hizo. Y eso es lo raro. Podría haberme matado fácilmente. Pero dijo que le resultaba útil.

—Bueno, eso es preocupante —bromeó Ji-An—. Intenta no serle demasiado útil, si puedes.

Kel sonrió de medio lado.

—Haré todo lo posible.

Era la Tercera Guardia y la luna ya se había puesto. Las calles de Castelana estaban oscuras y lo más silenciosas que llegarían a estarlo. No se encontraban desiertas, mientras Kel acompañaba a Lin a su casa entre las sombras que arrojaban las farolas de las sinuosas calles, pero los que deambulaban por ellas a semejante hora parecían saber que debían ser silenciosos.

El vendedor ambulante que empujaba su carrito no silbaba; las criadas que iban camino a encender los fuegos matutinos en las casas nobles donde trabajaban, no charlaban entre ellas. Incluso Kel, cuando hablaba, lo hacía en voz baja.

—Supongo —dijo— que no debería preguntar cómo es.

—Depende de a qué te refieras —respondió Lin, un poco divertida.

No era propio de Kel ser tan indirecto.

—Ser la Diosa —aclaró él—. Lo estaba pensando en el puesto de fideos. Te hemos llamado sin más para que me curaras, y, sin embargo, ya no eres simplemente la sanadora que siempre has sido, ¿verdad?

—No, sí lo soy —repuso ella—. Soy esa persona. Solo que también soy... algo más.

Había tratado de explicárselo a Kel y a los demás en la Mansión Negra, el día después de que todo sucediera. Había sido sincera con lo que les contó: en su desesperación por poder consultar los libros del Shulamat para curar a su amiga, había afirmado ser la Diosa cuyo regreso estaba profetizado en la mitología del pueblo ashkar. Sería algo temporal, les había dicho, y no debían tenerlo en cuenta al tratar con ella, pues era algo que solo importaba a los ashkar, y ellos no lo eran.

Ninguno había parecido darle mayor importancia, excepto Andreyen, que la había bombardeado a preguntas, la mayoría sobre los libros que ambos deseaban. Pero allí estaba Kel, curioso de repente.

—¿Mayesh te ha dicho algo al respecto? —preguntó ella.

Caminaban hacia el oeste por la Ruta Magna, y a lo lejos Lin podía ver el puerto, o más bien, el abrupto final de la ciudad que marcaba el lugar donde comenzaba el mar. El horizonte era una única franja azul, océano y cielo unidos. De niña, había deseado poder saltar

desde los muros del Sault hacia ese azul, a esa vasta extensión que parecía prometer una libertad inimaginable. Y también se había preguntado: ¿estaría la Diosa, de algún modo, al otro lado de esa luz? ¿En su propia extensión ilimitada, pero de oscuridad, separada del mundo que Lin conocía?

—Yo le pregunté —admitió Kel—. Y me dejó claro que no tenía ninguna intención de hablar de eso conmigo. —Parecía un poco avergonzado—. ¿Hice mal?

Era interesante que Kel se avergonzara tan fácilmente; Lin no podía imaginar al príncipe cohibido o inseguro de sí mismo. Dos chicos, criados en la misma habitación, uno junto al otro, tan parecidos físicamente y, sin embargo, tan distintos.

Se preguntó qué pasaría si le preguntara a Kel por Conor. ¿Estaba el príncipe contento con su compromiso, con la inminente alianza con Kutani? ¿Conocía a la princesa? ¿Habían intercambiado cartas, retratos? Sintió un leve dolor al pensarlo, al imaginar a Conor admirando a la famosa y hermosa princesa. Tal vez estuviera esperando ansiosamente su llegada. Quizá contara las horas, los minutos.

Se obligó a apartar esos pensamientos, aunque no a apartar completamente los del príncipe. Kel había dicho que el príncipe Conor había cambiado; esa frase se negaba a abandonarla. ¿En qué sentido había cambiado?

Pero el príncipe era un tema del que a Kel no le gustaba hablar. Lo veía como una especie de traición; ya se sentía lo suficiente dividido al tener que ocultar sus actividades en la ciudad a Conor. Príncipe Conor, se recordó a sí misma. Kel podía llamarlo por su nombre de pila, pero, para ella, estaba fuera de lugar hacerlo.

El príncipe no era el único tema que Kel Saren evitaba. Lin no había pasado por alto cómo su amable consideración se convertía en

tensión cada vez que se mencionaba a Antonetta Alleyne. Cuando se había sugerido que las Alleyne podrían estar implicadas en el complot de la Galería Brillante, Kel había puesto una expresión fría y seria, lo que en él equivalía a un ataque de ira. Se preguntó qué diría si le contara que veía a Antonetta con frecuencia, que a veces incluso hablaban de él, y que Antonetta se ponía tan nerviosa al mencionarlo a él como él al oír su nombre.

Pero ¿de qué serviría? Un Guardián de Espadas no podía casarse, y Antonetta estaba comprometida con Artal Gremont. Lin pensó que Kel y ella se parecían en eso: ambos vivían entre muros, tanto reales como imaginarios, limitados por las expectativas y los planes de otros. Y en cuanto a qué rostros veían cuando cerraban los ojos por la noche, eso se lo guardaban cada uno para sí mismos.

—No —dijo—. No, no hiciste mal, aunque te podría haber dicho que Mayesh te enviaría a la porra si le preguntaras por eso.

Kel se apartó de la frente el oscuro cabello rizado; tenía pequeños rasguños, probablemente de cristal, en la sien izquierda, y cortes y desgarrones en la ropa elegante.

—No sería la primera vez que el consejero me echa de su despacho por hacer preguntas indebidas.

Lin rio. A Kel se le daba bien eso, hacerla reír.

—Todo ese asunto..., supongo que me resulta difícil hablar de ello —confesó ella mientras pasaban ante una tienda de velas. Habían dejado velas encendidas en el escaparate por la noche, una publicidad para los productos del comerciante; gruesos velones blancos y velas trenzadas multicolores ardían suavemente detrás del cristal—. No porque esté prohibido o porque me sienta avergonzada, sino...

—Porque aunque estás fingiendo ser algo que no eres, sigues sintiendo que tienes una responsabilidad.

Lin asintió.

—Camino por el Sault, y puedo decir que los demás me ven a mí..., pero también están viendo a alguien más en mi lugar.

—Sí. Tú detrás de los muros del Sault, yo detrás de los de Marivent..., y aquí estamos, por supuesto; una lástima. Estaba disfrutando de nuestra conversación.

Como si los hubiera conjurado al nombrarlos, los muros del Sault se alzaron ante ellos. No estaban lo suficientemente cerca para que Lin viera quién custodiaba la puerta, pero las antorchas ardían en sus soportes a ambos lados, como siempre. Bajo su luz, los ojos de Kel parecían muy grises. Recordó que él había dicho alguna vez que habían sido de otro color, antes de que cambiaran para parecerse a los de Conor. No pudo evitar preguntarse de qué color habrían sido originalmente.

—Siempre me he preguntado qué pone sobre la puerta del Sault —dijo Kel—. He visto las palabras antes, estoy seguro de ello. Pero no puedo recordar dónde.

—En el medallón de mi abuelo, quizá —contestó Lin—. El que lleva como consejero. Están en nuestra Lengua Antigua.

—Pensaba que todos los ashkar hablaban el mismo idioma.

—Así es, aunque los acentos y los dialectos pueden variar. —Lin estaba pensando en sus padres, en los fragmentos de shenzaní, malgasi e hindí que se incorporaron a la jerga mercantil casi incomprensible de los rhadanitas. Ella nunca lo había aprendido, ni tampoco el lenguaje escrito de signos y símbolos que solo los rhadanitas podían leer. Siempre había sido Josit quien se había interesado por todo eso—. Pero hay una diferencia entre el idioma que hablamos a diario y las palabras de las plegarias y las canciones. Palabras como *Sanhedrin* o *Shekinah* están en la Lengua Antigua. Sobre la puerta está escrita nuestra Gran Plegaria: *Oqodemshe, thān*

Ashkar, Mayyam khaf, anokham miwwod. «Escucha, oh, ashkar, Ella es Una, Ella regresará».

—Entonces, la Gran Plegaria habla de la Diosa. Pero ¿qué significa «Ella es Una»?

—Significa que no creemos en varios dioses, como lo hacéis vosotros —explicó Lin—. Creemos solo en uno. Es lo que nos define, esa fe. Por eso las palabras de la Gran Plegaria son una protección. Se graban en amuletos que se llevan sobre la piel, se tejen en la ropa, se tatúan. En los tiempos en que los ashkar debían ocultar su identidad, a menudo se escribían en tiras de papel ingeniosamente escondidas dentro de una pluma, un pendiente o el talón de una bota. Mientras lleves contigo la Gran Plegaria, Ella te protegerá. Y tú nunca olvidarás que eres ashkar.

Kel se quedó en silencio por un momento. Su rostro estaba serio bajo la luz de las antorchas.

—No sabía nada de esto —dijo finalmente—. Llevo prácticamente toda la vida conociendo a Mayesh, y aun así no lo sabía.

—Se supone que no debemos contarles estos secretos a los *malbushim*. En estos últimos meses he llegado a conocer mejor a mi abuelo, y a entender que, aunque hable por los ashkar en Marivent, no habla de nosotros en Marivent.

—No —admitió Kel—. Bensimon es un hombre muy interesante. No creo que haya muchas personas por las que baje la guardia.

—Creo que, en eso, soy como él —comentó Lin—. Pero contigo, con Merren, Ji-An, incluso con Andreyen y Jerrod... no les importa si me hago llamar Diosa o Reina del Puerto o... Princesa de las Patatas. —Kel sonrió—. Y también saben quién eres tú —añadió—, Guardián de Espadas.

—Eso es cierto —admitió Kel—. Ahora, si me disculpas, debo rescatar a mi caballo de un burdel. Nunca pensé que diría algo así

en voz alta. Y, por los dioses, no le digas nada de esto a Mayesh —añadió, dispuesto ya a irse—. Me cortaría la cabeza y jugaría a los bolos con ella en el jardín de Palacio.

Cuando Kel regresó a Marivent, el sol comenzaba a salir por el Paso Estrecho. Después de llevar a Asti a los establos y frotarla con unos puñados de heno (estaba bastante resentida de que la hubieran dejado en el Caravel, y bufó cuando intentó darle una manzana), descubrió una nota de Jolivet dentro del comedero, que simplemente decía: «Espero un informe completo mañana».

Kel rompió la nota en pedacitos, los tiró y se dirigió a los aposentos que compartía con Conor.

Ya estaba ensayando la versión de la noche que planeaba compartir con Conor. La mantendría lo más cercana posible a la realidad. No solo era lo más seguro, sino que también aliviaba la parte de su conciencia que le escocía como una herida cuando tenía que mentir.

Le hablaría de Montfaucon, pensó mientras entraba a las habitaciones, y del luchador vestido de oso, y del interés de Esteve por Beatris Cabrol. Que había hablado con Sila. O mejor no la mencionaría. Que Conor no se hubiera acostado con ella era sorprendente, pero había sido la noche de aquella desgraciada fiesta en casa de los Roverge, ¿no?, y Conor había estado triste todo el tiempo. Y también pensó que realmente tampoco era asunto suyo.

La habitación estaba fría, porque el fuego en la chimenea ya se había consumido, y también oscura. La única iluminación era la luz del amanecer que se filtraba a través de las ventanas como leche azul pálido. Conor se hallaba ante su escritorio, como solía estar aquellos días, pero cuando Kel se acercó, quitándose los guantes,

vio que el príncipe estaba dormido, con la mejilla sobre un montón de papeles, como si hubiera apoyado la cabeza solo por un momento y se hubiera quedado dormido al instante.

Kel vaciló. En el sueño, el rostro de Conor estaba libre de tensión y preocupación, y tenía el mismo aspecto de cuando eran niños. Ni inocente ni malvado, sino curioso y expectante. Como si hubiera mucho que esperar. Kel todavía podía recordar lo que había pensado la primera vez que había visto al príncipe: «Quiero ser como él. Quiero ir por el mundo como si se inclinara ante mis sueños y deseos. Quiero que parezca que puedo tocar las estrellas con la mano y cogerlas para jugar con ellas».

Pero ya había aprendido. El mundo no se inclinaba ante nadie. No importaba lo poderoso que fueras, siempre había fuerzas más poderosas de lo que tú nunca serías. Y eso era cierto tanto en la ciudad como en la Colina.

Colocó una mano en el hombro de Conor y notó que comenzaba a despertar.

—Soy yo, Con —dijo—. Has estado trabajando demasiado.

Conor se incorporó, frotándose los ojos.

—Las obligaciones de un príncipe nunca se acaban.

«Eso no es lo que solías pensar». Pero Kel no lo dijo en voz alta. Simplemente, le pasó un brazo por la espalda.

—Ven —le dijo—. Te acompaño a la cama.

Lin

—Vamos —dice Lin, como si intentara convencer a una niña pequeña —. Enséñame la muñeca.

—No es nada —responde la chica sentada frente a ella. Sila, así se llama—. No necesito ningún tratamiento. Ni sanguijuelas ni cosas por el estilo. Mejorará por sí sola.

Lin sonríe.

—No uso sanguijuelas; pregúntales a las otras chicas.

Sila suspira dramáticamente. Es una chica bonita; con el cabello rojo, un par de tonos más claro que el de Lin; ojos oscuros, y una boca de expresión desdeñosa, teñida de rojo. Lleva un batín de seda con mangas largas y acampanadas, y, al girar la cabeza, Lin le ve marcas oscuras de moratones en la garganta.

Nota que se le borra la sonrisa y se obliga a poner una expresión de neutralidad profesional.

—No te dolerá —dice.

Con otro suspiro, Sila se sube la manga derecha, dejando al descubierto un brazo largo y delgado. Un brazo delicado, hecho para gestos lánguidos, estropeado ahora por un feo brazalete de carne amoratada e hinchada alrededor de la muñeca.

Lin le coge la mano y la oye contener la respiración mientras le examina la muñeca con todo el cuidado que puede. Al menos, no está rota. Solo un mal esguince, como si alguien la hubiera agarrado por la muñeca cuando intentaba irse, y se la hubiera retorcido con fuerza...

—¿Cuándo te ha pasado esto? —inquiere Lin, con la rabia por dentro.

—Hoy mismo. —Parece cierto; los moratones se ven recientes.

—¿Quién te lo ha hecho? Debes decírselo a domna Asper. No lo tolerará.

—Alys no tiene elección. —Sila parece sombría—. No cuando se trata de nobles, como el príncipe y sus amigos...

A Lin le parece que la sangre se le detiene en las venas. De repente, siente náuseas y oye los latidos de su propio corazón resonándole en las sienes.

—¿El príncipe Conor te ha hecho esto?

—No... Oh, no —dice Sila, visiblemente consternada—. Bebe y se vuelve ridículo como todos ellos, pero no es cruel. Lleva casi diez años viniendo aquí con su primo, y nunca han dado ningún motivo de queja.

Lin deja escapar un suspiro de alivio. Aún siente un nudo en el pecho, pero se le ha aflojado un poco. Sabe que el príncipe Conor frecuenta el Caravel; Kel se lo ha contado. Ambos lo hacen. Es más seguro, le explicó Kel, que tener aventuras con los chicos y chicas de la Colina, lo que podría llevar a situaciones incómodas. De esta manera, con la transacción clara desde el principio, es más fácil.

Aun así, diez años. No puede evitar pensar en Conor a esa edad, cuando era todo piernas y brazos larguiruchos, con grandes ojos grises bajo una espesa melena oscura y rizada. Kel le había contado

sin tapujos que la primera vez que había visitado el Caravel estaba aterrorizado; se pregunta si Conor también lo habría estado.

—Entonces ¿quién ha sido? —inquiere Lin, mientras saca un rollo de vendas de su zurrón—. ¿Quién te ha hecho esto?

—Artal Gremont —responde Sila, tras una larga pausa. Revelar secretos no le debe de resultar fácil; por lo general, su trabajo consiste en guardarlos—. Alys lo sabe. Se lo he dicho.

—¿Artal Gremont? —repite Lin, incrédula—. Ni siquiera sabía que ya estaba en Castelana. Antonetta no me lo ha dicho.

Sila suelta un bufido.

—En cuanto desembarcó en la ciudad, se vino directo al distrito del Templo. Lo único que parece querer hacer es deambular borracho de un dormitorio a otro. Ninguna de las chicas lo aguanta. Y Alys lo mira como si lo despreciara, pero solo cuando él no la ve. Dice que tenemos que tratarlo bien... Tiene aliados poderosos.

—Él mismo es poderoso. —Lin comienza a vendarle la muñeca a Sila—. Está a punto de tomar el control del fuero del té. Y de casarse con el fuero de la seda.

Sila pone los ojos en blanco.

—Dijo algo sobre necesitar divertirse todo lo que pudiera antes de que las cadenas del matrimonio lo atrapen. Pero es el tipo de hombre que ve a cortesanas a escondidas de su esposa. Creo que solo estaba quejándose para dar pena.

—¡Agg! —exclama Lin—. Alys no te obligará a verlo otra vez, ¿verdad?

—No. Pero no puede impedirle la entrada al Caravel. Hay otras chicas, las que se dedican a los hombres que disfrutan infligiendo dolor. Supongo que las verá a ellas. Pero tendrán que fingir que odian realmente lo que les esté haciendo; si no, no lo disfrutará. Quiere causar sufrimiento.

«¿Y este es el hombre con el que Antonetta está prometida?», piensa Lin. ¿Debería advertir a Antonetta? ¿Serviría de algo si lo hiciera? Antonetta parecía tan ajena a ese mundo del Caravel... ¿Lo entendería siquiera? Su determinación de casarse con Gremont, independientemente de lo horrible que este sea, parece inquebrantable.

Y el matrimonio es algo diferente para los de la Colina. Lo que Gremont no duda en hacerle a una chica indefensa en el distrito del Templo, quizá no se sienta cómodo haciéndoselo a la heredera de la fortuna del fuero de la seda.

Ha terminado de vendarle la muñeca a Sila; mientras se inclina para guardar sus cosas, esta le habla, con una voz insegura.

—Conoces a Kel Anjuman, ¿no?

Lin se endereza en la silla.

—¿Te lo ha dicho Alys?

Sila asiente.

—Lo veía con mucha frecuencia —explica—. Era uno de mis clientes más habituales. Luego dejó de venir..., pero también dejó de hacerlo el príncipe, y he pensado que tal vez simplemente va a donde va Conor.

A Lin se le hace raro oír a alguien llamar a Conor por su nombre de un modo tan informal, pero ese pensamiento no le dura mucho; se ha quedado quieta al oír que no ha estado acudiendo el Caravel. Quizá todo lo que Kel ha dicho sobre él sea cierto. Quizá haya cambiado.

—La última vez que vi a Kel, dejó claro que nuestros intercambios habían terminado —cuenta Sila —. Es una pena. Había esperado, quizá...

—Imagino que es difícil tener esperanzas cuando el objeto de tu afecto es alguien de la Colina —comenta Lin.

—Oh, afecto. —Sila rechaza esa idea con un gesto de la mano sana—. Le tengo mucho cariño, pero nunca he imaginado casarme ni nada por el estilo. Pero sí he pensado que podría querer a una amante..., una oficial. El sueño de toda cortesana es convertirse en amante. Se consigue una casa en las Calles Plateadas, un carruaje y un poco de dinero para ahorrar. Independencia. Es una vida decente si el hombre es amable.

—Y Kel es amable —confirma Lin, mientras recoge su zurrón—. Pero encontrarás a otro cliente amable. Estoy segura.

Sila solo sonríe con debilidad; Lin sabe que sus palabras probablemente no le aporten mucho consuelo. Sila y ella pertenecen a mundos distintos, pero como médica y cortesana comparten el mismo conocimiento: que, en Castelana, la bondad es rara como el oro, y la verdadera bondad, aún más rara que el mismísimo cristal de la Fractura.

Capítulo cinco

—Es negro —dijo Lin

Mariam negó con la cabeza.

—Es azul oscuro.

Lin miró enfadada el vestido colgado en el perchero de la pared de Mariam.

—Es negro. Color que a los ashkar no nos está permitido llevar fuera del Sault, Mari.

—Es azul marino —insistió Mariam, obstinada—. Se supone que es el color del mar.

—Humm. —Lin pasó la mano por la tela del vestido. La seda era suave y densa; podía notar el peso de su calidad, de su lujo. Minúsculas cuentas de azabache caían por la parte delantera, como un reguero de estrellas. El escote era lo suficientemente recatado, pero la espalda parecía peligrosamente baja—. ¿Lo has hecho en dos días?

—Lo he ajustado a tus medidas en dos días —corrigió Mariam—. Me llevó dos semanas hacerlo. Estaba destinado para demoselle Mirela Gasquet, pero su madre decidió que enseñaba demasiado.

Lin volvió a mirar la espalda.

—Si enseña demasiado para una hija de la nobleza, definitivamente enseña demasiado para mí.

Mariam puso los ojos en blanco.

—Es la moda. Al menos pruébatelo.

Era inútil discutir con Mariam cuando se ponía así. Lin se quedó en ropa interior y se introdujo en el pesado vestido, aguardando con paciencia a que Mariam le abrochara todos los corchetes.

—Encantador —dijo Mariam al acabar—. Oh, Lin. Es tan bonito.

Lin se miró en el espejo. Tenía que admitir que Mariam era un genio confeccionando vestidos. El satén oscuro se le ajustaba como un guante. Las cuentas, que brillaban y captaban la luz, parecían iluminar las partes más sensuales de su cuerpo; la curva de las caderas, la cintura, el ascenso de los senos. Cuando giró, casi dejó escapar un gritito; la espalda del vestido estaba cortada casi hasta la cintura, y dejaba al descubierto una extensión de piel pálida como la luna.

—Me siento prácticamente desnuda —dijo Lin, impresionada.

—Por eso llevarás este chal —repuso Mariam, sacando un suave chal negro con un dibujo de flores plateadas.

De alguna manera, parecía combinar perfectamente con el vestido. Lin lo cogió y se lo echó sobre los hombros, haciendo que Mariam suspirara.

—Lo cierto es que el vestido queda mejor sin el chal —dijo—, pero si de verdad crees que lo necesitas...

—Lo necesito —afirmó Lin, firme—. Oh, y zapatos.

—Demoselle Mirela me encargó un par a juego. Están por aquí, creo —informó Mariam, rechazando con un gesto la ayuda que Lin le ofrecía, mientras rebuscaba en una pila de sobrantes de tela. Suspiró de nuevo y se incorporó con dos zapatillas de seda en las

manos—. Me encantaría poder ir contigo. Ver cómo todo el mundo te admira con ese vestido.

Mientras Mariam le daba las zapatillas (claramente negras, como el vestido), Lin sintió una oleada de culpabilidad. Para ella, ir a esa fiesta era una obligación, y una que temía. (De nuevo, una vocecita en la cabeza le recordó que el príncipe estaría allí, que lo vería, que él probablemente la habría olvidado). Pero para Mariam, hubiera sido como un premio, una oportunidad de ver la belleza deslumbrante de la Colina.

Y la traición, pensó Lin, recordando a la princesita de Sarthe. La crueldad. Mariam era la bondad personificada, una presa fácil para los lobos de las casas de los fueros.

—Eres demasiado buena para la gente de la Colina, Mari —dijo Lin.

Esta la miró como si fuera a protestar, pero se contuvo. Arrugó un trozo de falda entre los dedos y respondió.

—Tampoco importa mucho. Quiero decir, no podría ir... y, además, hay otra cosa que me gustaría hacer esta noche.

Lin terminó de enfundar los pies en las zapatillas.

—¿El qué?

—Los libros que has estado leyendo —respondió Mariam—. Esos sobre... —bajó la voz— magia... Quiero leerlos yo también.

—¿En serio? —le preguntó Lin sorprendida.

Mariam nunca había mostrado ningún interés en este aspecto de los estudios de Lin.

—Te agradezco mucho todo lo que has hecho por mí, Lin. —Esta iba a protestar, pero Mariam la acalló con un gesto—. Pero... siento como si no tuviera ningún control sobre mi destino. —Sus ojos negros buscaron el rostro de Lin—. ¿Lo entiendes?

—Entiendo ese sentimiento —afirmó Lin—. Solo que la mayoría de los libros están... —«En la Mansión Negra», estuvo a punto de decir; nunca se había sentido segura del todo teniéndolos en su casa desde que el Maharam había irrumpido en ella para confiscarle sus preciosos tomos. Había tenido que devolvérselos después del Tevath, pero el recuerdo aún le escocía.

—No me importa que estén prohibidos —aseguró Mariam—. Lin, la única decisión que está en mis manos es confiar en ti para que me salves la vida. Y lo hago, confío en ti por completo, pero seguro que no nos ayuda a ninguna que yo sepa tan poco. Quiero entender lo que haces. Lo que sucede en mi interior.

Lin sintió un nudo en la garganta.

—Mari...

Llamaron suavemente a la puerta; un segundo después, Chana asomaba la cabeza en la habitación, con los ojos brillantes bajo el pañuelo que se la cubría.

—Oren Kandel está fuera —anunció sin más preámbulo—. Lin, tiene un mensaje para ti del Maharam. Dice que no puede esperar.

Las manos de Lin volaron a su corpiño.

—No puedo ver al Maharam vestida así.

Chana negó con la cabeza.

—Ha dicho que sin tardanza, cariño. Mejor ver al Maharam con ese vestido, que tenerlo esperando. Solo envuélvete bien con eso. —Señaló el chal con un gesto.

Lin se volvió hacia Mariam, que parecía ansiosa.

—Mari —dijo, lentamente—. Ese té extranjero que estabas buscando... Tengo un poco en la mesa de la cocina. Es solo de un sabor, pero está bueno.

Mariam murmuró un silencioso «gracias» a Lin mientras Chana le hacía apresurarse fuera de la habitación y por el pasillo. Lin apenas

tuvo tiempo para envolverse mejor en el chal antes de llegar a la calle, donde Oren la esperaba.

Sus ojos oscuros parecían brillar de hostilidad mientras la observaba acercarse.

—El Maharam ha pedido que os lleve inmediatamente al Shulamat, Diosa.

Oren recorrió a Lin con la mirada, desde la cabeza descubierta hasta los pies con las zapatillas, y ella lo sintió como un rastrillo arañándole la piel. Sintió el ansia y el desprecio en esa mirada. Como si se estuviera muriendo de hambre y la única comida que pudiera encontrar fuera algo que detestaba.

Lin se cruzó de brazos.

—¿Y de qué va todo esto?

El esbozó una sonrisita.

—El Maharam os lo explicará.

No tenía sentido discutir. Oren tenía la sartén por el mango y claramente disfrutaba de su incomodidad. Lin resistió el impulso de envolverse aún más con el chal y lo siguió sin añadir nada.

Se pusieron en marcha bajo el crepúsculo azul. Era el momento posterior a la puesta de sol, cuando el cielo aún no estaba oscuro, pero las sombras habían empezado a espesarse en las esquinas y bajo los árboles. El aire era suave como el terciopelo, y llevaba un rastro de sal tan marcado que parecía que podía saborearse.

Mientras caminaban, la cabeza de Lin iba a toda velocidad. ¿Sería el Sanhedrin? Pero el Maharam había dicho que aún tardarían, al menos, cinco días más, y además, el Sanhedrin era toda una caravana de dignatarios. Las puertas habrían estado completamente abiertas para ellos, y el Consejo de Ancianos del Sault reunido para recibirlos. No era la clase de acontecimiento que pasaba desapercibido.

¿Habría decidido el Maharam que era hora de dejar de hacer insinuaciones y exigirle que admitiera que no era la Diosa Renacida? Se preguntó si habría hablado con Mayesh. Los dos hombres se detestaban y ya habían tenido enfrentamientos por ella, pero, seguramente, el Maharam no tomaría medidas contra Lin sin el conocimiento de Mayesh. Su abuelo era demasiado importante para eso. Y Mayesh le habría advertido; a pesar de la distancia entre ellos, le habría advertido.

Seguía enfadado con ella, lo había estado desde el Tevath, pero también le había guardado el secreto. No había dicho a nadie que dudaba que fuera la Diosa, aunque ella sabía que así era. Eso tenía que valer para algo.

Habían llegado al Kathot, la plaza principal del Sault. La higuera en flor y los almendros en su centro proyectaban grandes sombras sobre los adoquines, y las polillas esfinge revoloteaban en la penumbra. Los mosaicos azules de la cúpula del Shulamat brillaban bajo la luz menguante del cielo.

Mientras alzaba sus pesadas faldas para subir los escalones, pensó en el orgullo, mezclado con resentimiento, que siempre había sentido al contemplar el templo. Orgullo por la belleza de la arquitectura, y por la sabiduría y la historia de su pueblo. Habían huido de Aram sin nada y construido mucho; habían portado su sabiduría, sus tradiciones, como si fueran bienes preciosos, pasándolos de generación en generación como reliquias.

Sin embargo, esas mismas tradiciones, a ella le habían impedido acceder al conocimiento que deseaba. «No habría afirmado ser la Diosa —pensó— si hubiera tenido otra opción».

Alzó la barbilla y enderezó la espalda. Rodeó a Oren y entró en el Shulamat delante de él. La Diosa no seguía a un hombre como Oren Kandel.

Avanzó por el pasillo central del Shulamat hasta la tarima donde se hallaba sentado el Maharam Benezar, con Oren apresurándose tras ella. El Maharam estaba en su asiento habitual, con su báculo en el regazo. A su lado se hallaba un extraño.

El extraño observaba a Lin mientras se acercaba por el pasillo. Parecía mayor que ella, pero seguía siendo un hombre joven, quizá de unos veintinueve o treinta años. Tenía el pelo del color del bronce; un dorado oscuro y apagado. Su piel, probablemente blanca antaño, estaba muy bronceada. Era claramente ashkar; enrolladas a las muñecas y subiéndole por los antebrazos, llevaba las delgadas tiras de cuero que caracterizaban a los comerciantes rhadanitas. También lucía sus marcas: tatuajes en tinta negra escritos en su clave pictográfica, en los brazos, las manos y el cuello, donde los cordones de la camisa estaban desabrochados. Vestía de manera sencilla, con prendas de lino manchadas de polvo, propias de un viajero, y unas botas gruesas de cuero marrón.

Lin desvió la mirada del desconocido, que se mantenía impasible, su postura rígida como un mástil, al Maharam. Oía a Oren detrás de ella, respirando ruidosamente. Un destello de terror la atravesó, afilado y ardiente como el corte de una navaja. Había pensado únicamente en el Sanhedrin, pero este era un viajero que llegaba con noticias. Noticias de los Caminos Dorados. Noticias para ella.

—Josit —susurró—. ¿Le ha pasado algo a mi hermano?

El extraño miró a Benezar.

—¿Tiene un hermano?

La confusión apagó la angustia de Lin. Antes de que pudiera repetir el nombre de Josit, el Maharam habló.

—Lin, este es Amon Aron Benjudah. Nuestro Exilarca. —Sus ojos hundidos se clavaron en ella—. Ha venido a examinar a la Diosa Renacida.

El corazón de Lin dio un vuelco en una mezcla de alivio y sorpresa. ¿Este era el Exilarca? Había visto imágenes de exilarcas, claro... Hombres con ricos ropajes, que llevaban medallones de plata. Pero allí estaba aquel extraño, vestido con lino desgastado y un chaleco de ante, arremangado, con una bota medio desatada. Su pelo de color bronce era fuerte y alborotado, tenía las mejillas sin afeitar. Nada en él revelaba su alta posición. Amon, ella lo sabía, era el nombre que usaba ceremonialmente, pero la gente normal se refería a él por su nombre de nacimiento, Aron.

—¿Ahora? —Lin mantuvo la voz baja, esperando que no le temblara—. La prueba no va a poder ser ahora. No he tenido tiempo de prepararme.

—¿Es necesaria una preparación? ¿La Diosa no debería ser simplemente... la Diosa? —La voz de Aron sorprendió a Lin. Era profunda, llena de matices y musical. La voz de un descendiente de Judah Makabi, el protector de la Diosa, que se había marchado con su gente al exilio.

Lin hizo lo que pudo para permanecer impasible al hablar.

—Está escrito en el *Libro de Makabi* que cuando la Diosa acabe de regresar, puede que ni ella se reconozca a sí misma.

—Así es —afirmó Aron, seco—. Es agradable ver que conocéis vuestros libros sagrados, Lin Caster. —Miró detrás de ella, entrecerrando los ojos—. Dejadnos, Kandel.

Oren lanzó una mirada suplicante al Maharam, que le respondió con una mirada serena.

—Haced lo que os dice el Exilarca.

Mientras Oren se alejaba cabizbajo, Aron Benjudah descendió de la tarima, acabando con las esperanzas de Lin de que fuera bajo de estatura. No lo era. Le superaba, al menos, por una cabeza. La recorrió con su mirada ámbar, y se fijó en sus zapatillas de seda y la

elegancia del vestido de satén. Pero esa mirada no tenía ni el ansia ni la furia que había tenido la de Oren. Era fría, calculadora; la sopesaba y la evaluaba.

—¿Hay algún tipo de festividad en el Sault esta noche? ¿Una de la que no estoy al corriente? —preguntó, mirando fijamente a Lin.

Lin alzó la barbilla. No tenía sentido mentir.

—Una festividad, sí. Pero no en el Sault. En la Colina.

—¿En la Colina? ¿Donde viven los nobles de vuestra ciudad?

—¿Sabéis que su abuelo es Mayesh Bensimon? —intervino el Maharam—. ¿El consejero del rey?

—Conozco bien a Mayesh —contestó el Exilarca, para sorpresa de Lin.

—Él espera que ella siga sus pasos en la política —explicó el Maharam—. Le gusta que le acompañe de vez en cuando a la Colina. Presentársela a los que están cerca del trono. —Su tono era seco.

—Interesante —repuso Aron—. Mayesh siempre ha tenido una perspectiva algo heterodoxa. A menos que haya cambiado. Hace diecisiete años que le vi por última vez.

—No, no ha cambiado —aseguró Lin. Aunque su mente pensaba a toda prisa. ¿Cómo había conocido su abuelo al Exilarca hacía diecisiete años?

—Ahora está en Palacio —gruñó el Maharam—. Estoy seguro de que deseará veros, Aron.

—Todo a su tiempo —contestó Aron—. Tengo otros asuntos que atender en el Sault.

—Muchos asuntos judiciales aguardan vuestro veredicto —indicó el Maharam.

Era una tradición que el Sanhedrin y el Exilarca, su líder, se ocuparan de casos que se les presentaban para que aplicaran la ley. A menudo eran disputas sobre propiedades o costumbres; cualquier

asunto que el Consejo de Ancianos considerara que escapaba a su capacidad de decisión.

—Sin duda —repuso el Exilarca, pero resultaba evidente que tenía la cabeza en otra parte. Se aproximó a Lin, mirándola como si ella fuera un caballo en venta en el Mercado de la Carne—. Maharam —dijo, sin apartar la vista de Lin—. Sabéis que debo hacerlo.

—Sí —contestó el Maharam, con las espesas cejas fruncidas.

La atención del Exilarca seguía en Lin, que reprimía el deseo de apretar los puños.

No iba a mostrar su ansiedad, se dijo cuando él se le acercó más. No iba a dejar que la intimidara. Tenía experiencia con los príncipes. Solo eran hombres, como cualquier otro hombre.

—Lin Caster —dijo Aron—. Soy vuestro Exilarca, vuestro *gadol hador*. Miradme.

Ella alzó el rostro, renuente. Él solo estaba a unos centímetros de ella. Así de cerca, podía verle el color de los ojos: arena del desierto, como si los hubieran teñido los áridos paisajes por los que había pasado en sus viajes.

La sala estaba en completo silencio. Lin podía oírse respirar cuando los ojos de ambos se encontraron. No creía que la hubieran mirado jamás tan fijamente. Aron parecía estar diseccionándola con los ojos, como si pudiera abrir la concha que ella era a pura fuerza de voluntad, y examinar cada componente de su ser en busca de las verdades y mentiras que contenía.

El corazón de Lin pareció latir con una especie de miedo enfermizo que le susurraba: «Él sí es quien dice ser. El Exilarca, el descendiente de Judah el León. Está buscando en mí algún signo de que soy quien digo ser, la Diosa Renacida, la destinada a reunirse con él. Supongo que se espera alguna chispa de divinidad, alguna

llama que se enciende cuando el Exilarca mira a la Diosa por primera vez. Está esperando sentir algo».

A Lin le pareció evidente que él no sentía nada.

Aron se apartó y rompió el contacto visual. Lin quería apartar la vista, pero se obligó a mantenerla al frente, con el corazón desbocado.

La voz de Aron fue inexpresiva.

—Bueno, no sois la primera desde la Fractura que ha reivindicado ser la Diosa Renacida. Ni siquiera sois la primera este año. He aprendido a templar mis expectativas. Y lo mismo puede decirse del Sanhedrin, razón por la cual eligieron, finalmente, no acompañarme aquí. Si pasáis la primera de las pruebas, los convocaré.

De lo contrario, solo les representaría una pérdida de tiempo. Aron no lo dijo, pero estaba claro que lo pensaba. Lin sintió un conato de enfado antes de decirse a sí misma que estaba siendo ridícula. Él hacía bien en ser cauto. Ella lo sabía mejor que nadie.

—¿La primera prueba? —repitió—. ¿Cuántas habrá?

—Ocupémonos de la primera, por ahora —respondió el Maharam —. Si, finalmente, no va bien, no habrá más. Se os notificará cuando vaya a tener lugar.

Lin hizo una pequeña reverencia. Era un gesto de cortesía castelaní, no una costumbre ashkar, pero no parecía importar mucho.

—Agradecería que se me avisara con antelación —replicó—, pues debo ocuparme, ante todo, del cuidado de mis pacientes.

—¿Ante todo? —El Exilarca alzó las cejas—. ¿Por encima de vuestro deber para con vuestra gente?

Lin apretó la mandíbula.

—Son vidas humanas, Exilarca —contestó—. Y como la propia Diosa dijo, el pueblo ashkar defiende la vida por encima de todo lo

demás. Incluso del deber.

«No dejaré que un solo paciente muera para complaceros —pensó —. Sin importar lo que me cueste».

El Exilarca se limitó a entrecerrar los ojos, como si adivinara lo que Lin estaba pensando. Sin otra palabra, le dio la espalda. Desde la tarima, el Maharam hizo un gesto a Lin; podía irse. Se había acabado.

Mientras salía del Shulamat, se detuvo en lo alto de los escalones para recuperar el aliento. ¿Había estado conteniendo la respiración? No estaba segura; el corazón le latía desbocado. En lo único que podía pensar era en que debía hacer todo lo que pudiera por Mariam antes de que tuviera lugar la primera prueba. Parecía que después sería demasiado tarde.

—Creo que esta noche voy a beber hasta perder el sentido —anunció Montfaucon.

Kel lo miró sin mucho interés. Iba apretujado en uno de los carruajes más pequeños de Palacio con Conor, Falconet, Montfaucon y Ciprian Cabrol, de camino a la Casa Alleyne para celebrar el compromiso de Antonetta. Aunque Kel no encontraba mucho que celebrar.

—Así que una noche normal para ti —bromeó Falconet con sequedad.

Iba vestido con sus mejores galas, como todos ellos. En el caso de Falconet, esto significaba una camisa de seda de color marfil con unas mangas acuchilladas que dejaban ver terciopelo azul hielo debajo, y guantes con un volante de encaje de color marfil en las muñecas. Montfaucon vestía de riguroso luto negro, y Cabrol, su habitual lino.

—Lloro por mi gran amor, Raimon —dijo Montfaucon con tono solemne—. De haber sabido que cuando lo vi en el Caravel sería la última vez...

—¿No le habrías animado a luchar en público contra un hombre disfrazado de oso? —intervino Ciprian.

Conor se estiró y bostezó.

—Ciprian, déjalo en paz. Montfaucon, te enamoras cada dos semanas.

Eso era cierto. Kel sospechaba que Montfaucon no estaba tanto lamentando la muerte de Raimon, como intentando exprimir al máximo el drama de la situación. Un asesinato era algo emocionante, incluso para los cínicos habitantes de la Colina. Según Montfaucon, los Vigilantes habían estado investigando la muerte de Raimon, en gran parte bajo la suposición de que había sido asesinado por algún antiguo enemigo de sus días en el Arena.

Aunque dudaba de la sinceridad de Montfaucon, Kel aún no podía mirarlo cuando hablaba de Raimon. Mientras Montfaucon lanzaba una explicación de por qué Raimon era diferente de cualquier otro amante que hubiera tenido, Kel miró a Conor, que estaba sentado en la esquina del carruaje. Llevaba un manto de plumas de cisne negro con puntas doradas. Los anillos le brillaban en los dedos; la corona era un fino aro dorado del que colgaba un diamante que le destellaba sobre la frente. Había sombras alrededor de sus ojos, pero Kel no podría haber dicho si era kohl o cansancio.

—Soy demasiado sensible —continuó Montfaucon—. Ese es el problema. Siento profundamente el dolor de los demás. Me preocupa nuestra querida Antonetta, forzada a casarse con Artal Gremont.

—¿No crees que el exilio pueda haberlo mejorado? —preguntó Kel.

Él mismo lo dudaba, pero se preguntaba si Montfaucon sabría algo que él no.

—No por lo que he oído —contestó Montfaucon, serio.

Antes de que Kel pudiera preguntar exactamente qué había oído, Falconet se volvió hacia Conor con su habitual sonrisa deslumbrante.

—Es culpa tuya, ¿sabes? —dijo.

Conor levantó las cejas negras.

—¿Cómo es eso? —preguntó Kel.

Falconet sonrió.

—Si nuestro príncipe no hubiera dejado claro que nunca iba a dar a lady Alleyne lo que quería y casarse con Antonetta, tal vez ella no habría elegido esta alianza en particular para su hija.

Conor lo miró con frialdad.

—He optado por hacer una alianza que beneficiará a toda nuestra nación, no a lady Alleyne.

—Estoy seguro de que lady Alleyne acabará encontrando la forma de beneficiarse también —aportó Cabrol—. Me parece una mujer de lo más práctica.

—Práctica es una forma de decirlo —opinó Montfaucon—. Es el tipo de persona capaz de sonreírte y apuñalarte en el pecho al mismo tiempo. Es fría como el hielo.

—Una buena cualidad —opinó Cabrol— para la cabeza de una familia de los fueros. ¿Su hija es como ella?

—No —contestó Kel, seco—, no lo es.

Todos lo miraron, incluso Conor. Por suerte, Kel se salvó de tener que dar más explicaciones porque en ese momento llegaron a la mansión Alleyne.

Una doble fila de sirvientes portando antorchas en soportes de oro flanqueaba el camino que dirigía a la entrada principal. Dentro, se les guio hasta el salón de baile de las Alleyne, que había sido

profusamente decorado con más oro aún; lámparas de araña, jarrones inmensos con ramos de flores de seda, montones de platos y cálices brillantes con bordes de diamantes. Un escenario en un lado de la sala se encontraba medio escondido tras unas ondeantes cortinas de seda de color marfil, bordadas con diseños de café y hojas de té.

«La unión de los fueros de la seda y el té. Encantador».

A su lado, una estatua de Turan, dios del amor, sostenía una bandeja con copas de vino verde de Hanse. Por un momento, el bullicioso salón lleno de nobles parloteando pareció desaparecer para Kel; olvidó la razón por la que estaba allí, recordando solo una escena, muchos años atrás. El baile de presentación en sociedad de Antonetta, la primera vez que la vio tal y como su madre y la Colina deseaban que fuera: con diamantes brillándole en las orejas, resplandeciendo en oro y seda. Una sonrisa tensa como el filo de un cuchillo. Junto a esa estatua de Turan, ella lo había mirado con ojos inertes y le había dicho: «Sé que mi madre ha hablado contigo. Tenía razón. No somos de la misma clase. Una cosa es jugar por el suelo de niños, pero ya somos demasiado mayores para cerrar los ojos a la realidad».

—Ahí está —dijo Conor, al lado de Kel. Las plumas de su capa se alzaban a su alrededor como hilillos de humo negro—. Artal Gremont. Tal como lo recuerdo. —Entrecerró los ojos—. Ligeramente repulsivo.

—¿Solo ligeramente? —intervino Falconet, con un tono de sombría diversión.

Kel siguió sus miradas y vio a lady Alleyne junto a una mesa de banquete cargada de pasteles, vestida con un traje que también parecía un postre; encaje de color crema y seda, un ajustado corsé, el pelo recogido en un moño alto decorado con granates. Reía con

un hombre al que Kel reconoció de inmediato, aunque hacía muchos años que no veía a Artal Gremont.

Había sido un joven corpulento y seguía siendo grande, con hombros como tablones de madera y un cuello grueso. Aunque Kel estaba seguro de que Artal nunca había estado cerca de un campo de batalla, su vestimenta tenía un ligero aire militar, con trenzados dorados y un cuello rígido y erguido cuyas puntas le presionaban la papada. Los años que lo separaban del joven que había sido cuando dejó Castelana lo hacían parecer un retrato cuyas pinceladas se hubieran desdibujado, perdiendo la nitidez.

Cabrol no dijo nada; nunca había conocido a Gremont y miraba alrededor de la habitación, claramente aburrido. Montfaucon también tenía la mirada en otro lugar.

—Sancia Vasey está particularmente encantadora esta noche —dijo Montfaucon.

Sancia, situada cerca de un arreglo de violetas de seda que combinaba con su vestido, miró a Conor y los demás, y les guiñó el ojo. Sus párpados estaban pintados de color plateado; el guiño brilló como la hoja de un cuchillo bajo la luz de las velas.

—Veo que ya has superado lo de Raimon, Montfaucon —observó Conor en un tono seco.

—Es lo que él hubiera querido para ambos —repuso Montfaucon, y se retiró en una nube de amarillo.

Tras unos segundos, Falconet lo siguió, y se dirigió hacia un grupo de jóvenes nobles que jugaban a los dados en el alféizar de una gran ventana.

Kel se volvió, con la intención de hacer un comentario irónico a Conor, pero las palabras se le quedaron en los labios. Gremont se acercaba a ellos, con una amplia sonrisa. A esa distancia, Kel pudo

ver una gruesa cadena alrededor de un cuello aún más grueso, un ostentoso medallón con un rubí parpadeante.

—Conor —saludó Gremont con voz enérgica mientras Conor lo miraba con un disgusto seco y casi invisible—. Monseigneur, mejor dicho. —Soltó una risita—. Excusadme. La última vez que os vi, teníais diez años y acababais de caeros en la fuente del jardín de la reina.

—Espero que estuviera borracho —repuso Conor con amabilidad —. Solía estarlo en aquellos días.

Gremont, desconcertado, soltó otra risita

—La juventud es la época del desenfreno.

—Algunos seguimos siendo jóvenes —respondió Conor—. El tiempo es un amo cruel, ¿no es cierto, Gremont? Y lleváis bastante tiempo alejado de Castelana.

—Mi querida ciudad —replicó Gremont— me ha recibido espléndidamente.

—Debe de ser agradable —intervino Kel— haber solucionado el asunto que os había mantenido alejado tanto tiempo.

Gremont agitó una mano con desdén.

—Travesuras de juventud, como ha dicho el príncipe. Nunca entendí a qué vino tanto alboroto. —Se inclinó hacia ellos en tono conspirador—. He estado preguntando dónde puede ir uno a divertirse en estos días. ¿Sigue abierta la Perla en el Laberinto? Era un establecimiento... interesante.

—Oh, no —contestó Cabrol—. Ahora el lugar de moda es el Caravel.

Gremont esbozó una sonrisa desagradable.

—Me gusta el Caravel. Tal vez podamos visitarlo juntos algún día. Antes de que las puertas de la prisión del matrimonio se cierren sobre mí. —Rio en voz alta; Kel apretó los puños. De algún modo,

estaba seguro de que Gremont sabía a la perfección quién era la dueña del Caravel y disfrutaba especialmente con la idea de molestarla con su presencia—. Y a vos, monseigneur —añadió Gremont, mirando a Conor—, enhorabuena por vuestro inminente matrimonio. La fama de la belleza de Anjelica Iruvai ha llegado hasta Taprobana y Favár.

—No creo que yo sea muy popular en Malgasi ahora mismo —comentó Conor, con ligereza.

—Oh, los malgasis admiran la estrategia, monseigneur, y aliarse con Kutani es un golpe maestro. Además, las noticias del momento dicen que Elsabet Belmany está considerando casarse con Floris de Gelstaadt.

Conor y Kel intercambiaron una mirada. No hacía mucho que el embajador malgasi había exigido furioso que Conor se casara con Elsabet, la heredera al trono de Malgasi.

—Qué interesante —comentó Kel—. Entre su gran estatura y la feroz belleza de ella, seguro que tendrán una camada de hijos absolutamente aterradores.

Conor ocultó una sonrisa. Desde el otro lado del salón, resonó la voz de lady Alleyne.

—¡Artal! ¡Artal!, ¿puedes venir un momento? —llamó.

Gremont pareció dubitativo. Estaba claro que habría preferido quedarse cerca de Conor, quien le dedicó una sonrisa tensa.

—Adelante —le dijo—. Yo debo ir al otro lado de la sala para interesarme por la salud de sieur Marchbolt.

Gremont frunció el ceño, desconcertado.

—¿No estaba muerto?

—Por eso mismo hay que ser especialmente considerado —respondió Conor, alejándose.

Privado de la compañía real, Gremont esbozó una sonrisa forzada hacia Kel y Cabrol.

—Os recuerdo —dijo, dirigiéndose a Kel—. El primo extranjero del príncipe. Anjan o algo así. Y vos —hizo una leve inclinación de cabeza hacia Cabrol—, el nuevo titular del fuero de los tintes, si no me equivoco.

—Correcto —contestó Ciprian—. Espero que no estuvierais demasiado encariñado con el anterior.

Gremont soltó una risotada.

—En absoluto —contestó—, pero confío en que me disculpéis. Mi futura suegra requiere mi presencia.

—Bueno —comentó Ciprian, irónico, mientras Gremont cruzaba la sala para reunirse con lady Alleyne, quien agitaba el abanico con irritación por la tardanza—, parece encantador. Me imagino que la dulce Antonetta no estará encantada de cargar con un esposo que considera el matrimonio una prisión.

Esposo. Kel sintió náuseas, pero antes de que pudiera responder, el lamento inhumano de un cisne moribundo resonó por todo el salón. Todos se volvieron hacia el escenario, de donde había surgido el ruido.

Kel se quedó mirando, atónito. Las cortinas se habían corrido, revelando a tres músicos de pie sobre el escenario. Uno sostenía una viola, otro un cornetín y el tercero un *lior*, que estaba afinando y era el responsable del terrible chirrido. Al darse cuenta de que todas las miradas estaban fijas en ellos, el músico casi dejó caer el instrumento, pero esa no era la razón por la que Kel los miraba atónito.

Lo hacía porque los tres músicos, vestidos con las libreas de Alleyne, eran Jerrod, Merren y Ji-An.

Jerrod

Dos días antes de que lo obliguen a fingir ser un músico en la fiesta de compromiso de Antonetta Alleyne, Jerrod está dándole media corona a uno de sus criminales informantes en la Casa de Fideos Yu-Shuang, en el Camino Yulan.

Jerrod mira con ojos cansados cómo el hombrecillo se escabulle por la puerta. No es uno de los informantes habituales del Rey Trapero, pero le ha contado que el conocido corsario Laurent Aden está escondido en una cueva marina en la costa. Esto es, en opinión de Jerrod, una información medianamente interesante. No urgente, pero sí algo que Andreyen querría saber, si no lo sabe ya. El Rey Trapero ha trabajado con Aden en el pasado, y por lo que Jerrod sabe, podría encontrarlo útil en el presente.

A Jerrod le gusta estar aquí, en su rincón habitual en la Casa de Fideos Yu-Shuang, durante cuatro horas todos los domingos por la tarde. Nunca sabe exactamente quién puede aparecer, pero el Rey Trapero paga bien por la información que no considera una pérdida de tiempo. Reunir estos informes y juzgar su utilidad es la tarea de Jerrod. Ji-An espantaba a todo el mundo, y a Merren le interesaban demasiado las historias personales y tenía a los informantes

hablando durante horas. Jerrod sonríe con ligereza al pensar en Merren, luego se sobresalta cuando alguien se desliza inesperadamente en su rincón y se sienta frente a él.

Jerrod odia las sorpresas. Merren es malo para su concentración.

—Jerrod —saluda el recién llegado—. Ha pasado mucho tiempo.

Jerrod observa fijamente al gran hombre marcado de viruela que tiene frente a sí, y se le cae el alma a los pies. Sabe lo que significa.

—Kaspar —dice—. Creía que habrías dejado la ciudad tras apuñalar al primo del príncipe.

A Kaspar no le hace ninguna gracia.

—He estado un tiempo en Jahan, esperando a que las cosas se calmaran, pero ya he vuelto. —Desliza un papel arrugado por la mesa—. Un mensaje para ti.

Jerrod despliega el papel. Reconoce la letra apretada, la escritura de alguien que claramente trata de disimular su caligrafía: «Puede que te necesite pronto. Estate preparado, y dile a Maeva, Bron y los demás que estén listos también». Sigue una firma, en letras mayúsculas: «PROSPER BECK».

Capítulo seis

Lin ya estaba de mal humor.

En cuanto el carruaje que Antonetta había mandado a recogerla se detuvo ante la Casa Alleyne, unos lacayos con antorchas lo habían rodeado, todos vestidos de rosa y dorado. Habían sido tan solícitos para ayudarla a salir del carruaje e iluminarle el camino hasta la fiesta que, abrumada, se había dejado el chal de Mariam, sin duda metido por el respaldo del asiento trasero del carruaje.

No se había dado cuenta de ello hasta que hubo entrado en el salón de baile y vio cómo los ojos de los nobles que abarrotaban el lugar se volvían hacia ella. Aquellas miradas eran mitad de deseo, mitad de elucubración, como las miradas de unos buitres preguntándose si un trozo de carroña está lo suficiente muerto para comérselo.

Reconoció solo a unos pocos: Joss Falconet, de rasgos afilados y atractivo, estaba hablando con Lupin Montfaucon y una joven vestida de púrpura. Montfaucon parecía molesto. Lady Alleyne, la madre de Antonetta, reía con un hombre de cuello grueso que llevaba un ostentoso medallón en una cadena. Lin entornó los ojos; aquel medallón era muy interesante. Verdaderamente muy

interesante, pero, en ese momento, el hombre se volvió, y ya no pudo seguir mirándolo.

Mientras tanto, había tres personas a las que Lin no había visto. El príncipe. Kel. Y, sorprendentemente, Antonetta.

Ya que había sido Antonetta la que le había pedido que viniera, Lin pensó que lo más razonable sería buscarla. Alzó la cabeza y avanzó por el salón de baile, consciente a cada movimiento de que tenía la mayor parte de la espalda al descubierto.

Había atravesado la mitad del salón cuando vio a Kel, apoyado contra un escenario de madera. En ese escenario estaban Merren, Ji-An y Jerrod, que sujetaban torpemente unos instrumentos. Lin no pudo evitar detenerse para mirarlos, pero acababa de hacerlo cuando oyó susurrar su nombre.

—Lin. Lin. Soy yo.

Se volvió, buscando entre la multitud. No había cerca nadie que conociera. Joss Falconet, con los oscuros ojos brillantes, le guiñó el ojo, pero estaba demasiado lejos y, además, la voz era femenina.

—Lin. Detrás de la cortina.

Lin se volvió.

—¿Antonetta?

Frente a ella, una pesada cortina de color marfil, ante la pared, se movía como si el viento la agitase. Lin echó un rápido vistazo alrededor para comprobar que nadie la observaba antes de meterse detrás de la cortina.

Se sintió un poco ridícula, pero había más espacio detrás de la cortina de lo que había imaginado. Colgaba tiesa, apartada de la pared, y creaba un estrecho túnel entre el pesado tejido y el empapelado de seda estampado. En medio del túnel se hallaba Antonetta, de espalda a la pared. Llevaba un vestido de seda color rosa intenso, tan ceñido que hacía que Lin se sintiera francamente

modesta en comparación. Una red de diamantes le apartaba el pelo de la cara, y alrededor del cuello lucía una gargantilla de rubíes, de la que colgaban cadenas doradas que se conectaban a un cinturón de oro que le rodeaba la cintura, encerrándole el torso en una especie de jaula brillante.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Lin, acercándose con cautela. Estaba segura de que las zapatillas se le veían por debajo de la cortina—. ¡Es tu fiesta de compromiso!

—Bueno, pues no quiero estar en ella —contestó Antonetta, rebelde—. Le odio, Lin. —Esta no tuvo que preguntar a quién se refería—. Gremont es horrible. Le ha pegado a Magali, que se ha ido a llorar a algún sitio, flirtea con mi madre y le dio una patada a Puggles.

—¿Puggles?

—El gato del establo en Marivent. —Antonetta sacudió la cabeza, haciendo que los diamantes de su pelo brillaran como gotas de lluvia.

—Aun así, no puedes esconderte aquí toda la noche —señaló Lin.

—Lo sé. Mi madre ya está buscándome. Picoteando como un pájaro en busca de una lombriz deliciosa. —Antonetta parecía triste —. Si tengo que casarme con Gremont, pues tengo que casarme con Gremont. Pero esperar que finja que eso me hace feliz, es demasiado. Y delante de... de todo el mundo.

«¿Todo el mundo?», pensó Lin. Estaba segura de que Antonetta había estado a punto de decir un nombre en concreto antes de darse cuenta.

—Me habla como si fuera una niña pequeña —siguió Antonetta—. Y no sabes cómo me mira... ¡puaj! —Se estremeció—. Me ha traído este collar de Taprobana y ha insistido en que me lo pusiera. Parece una garganta cortada, ¿no crees?

—Creo —contestó Lin— que si no quieres casarte con él, debes decírselo a tu madre ya.

Antonetta dejó escapar un suspiro.

—No va a cambiar de idea. Él ya le ha prometido que le dará al menos una docena de sus plantaciones de té para que las dedique a la producción de seda. Eso significa miles de coronas extra en los cofres del fuero de la seda. No puedo imaginar qué podría ofrecer algún otro que fuera comparable.

«Lady Alleyne está vendiendo a su hija», pensó Lin con desprecio.

—Pero seguro que si ella supiera lo desgraciada que te sientes, cambiaría de planes...

—No lo haría. Además, puede que al principio el plan fuera suyo, pero yo también tengo mis planes. —Por un momento, los ojos de Antonetta brillaron como los de un gato—. Aunque Gremont está intentando cambiar las reglas del juego.

Lin estaba desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Nada. —Antonetta sacudió la cabeza—. ¿Llevas algo que pueda calmarme?

—Oh... No he traído el zurrón. Y, la verdad, no te recomendaría nada más fuerte que un vaso de vino. Quédate aquí; te traeré uno.

Volver a la fiesta fue más fácil de lo que había sido escabullirse tras la cortina. Vigilando desde su escondite, Lin vio que todo el mundo estaba pendiente de los músicos en el escenario. Aprovechó esta distracción para salir de nuevo a la fiesta y avanzar hacia un sirviente que portaba una bandeja de delicadas copas, medio llenas de un pálido líquido rojizo.

Acababa de coger una, cuando oyó una voz a su espalda.

—Qué bien volveros a encontrar.

Se volvió y se encontró con un joven que le resultaba conocido. Pelo rojo oscuro, ojos negros. Un gesto amargo en la boca.

—Ciprian Cabrol —recordó Lin.

Era a Ciprian al que había oído hablar del plan para hacer volar la flota de Roverge en el puerto; gracias a él pudo convencer al Sault de que ella era, de hecho, la Diosa, pues ¿no había anunciado el fuego, la explosión? ¿No había parecido que las llamas obedecían a su voluntad?

Aunque tampoco había ninguna razón para que él lo supiera.

—¡Qué interesante! —exclamó él—. Cuando os conocí, no me di cuenta de quién erais... la nieta de Bensimon. No hicisteis ninguna mención de ello.

—En ese momento no me pareció relevante. Y teniendo en cuenta dónde nos encontrábamos... —En la mansión del Rey Trapero. Él buscando pólvora; ella, magia ilegal.

—Cierto —convino él—. Un secreto que ambos debemos guardar.

—Supongo que, al menos, debería felicitaros —dijo ella—. Ahora detentáis el fuero del tinte. Tenéis lo que queríais.

La miró entrecerrando los ojos, y Lin se dio cuenta de que, aunque lo disimulaba bien, estaba bastante borracho.

—Lo que quería, sí —afirmó—, pero no como lo quería. Siempre pensé que vivir en la Colina supondría tener libertad, pero es una especie de prisión. Una vez que te ponen sus garras encima, ya nunca dejan de apretar.

Ella parpadeó.

—¿Quiénes? ¿Las familias de los fueros?

Pero Cabrol no contestó. Sacudió la cabeza como para aclarársela y volvió a meterse entre el gentío, moviéndose cuidadosamente.

«Qué extraño», pensó Lin, y se volvió con la intención de regresar junto a Antonetta detrás de la cortina. Pero no había mirado tras

ella; se chocó con alguien y derramó el contenido de la copa de vino por toda la pechera de una elegante camisa de seda.

Se llevó una mano a la boca.

—Oh, lo siento mucho... Yo...

—Qué forma tan interesante de saludar a vuestro príncipe, Lin Caster —dijo una voz horriblemente familiar.

Cualquier palabra que ella hubiera pensado para continuar su disculpa se le quedó dentro. Levantó la vista hasta un par de fríos ojos grises, con el corazón latiéndole desbocado.

Era el príncipe Conor.

Más tarde, Kel recordaría haberse apresurado hacia el escenario del salón de baile de las Alleyne, presa del pánico; en realidad, había hecho lo posible por fingir que paseaba por la sala, sin llamar la atención. De camino, incluso cogió una copa de vino verde de la estatua de Turan, admiró unos cuantos cortinajes, y luego se acercó hasta el borde del escenario.

—Merren —susurró—. Merren. ¿Qué estáis haciendo?

Merren dio un respingo. Resultó evidente que no había visto a Kel acercarse; había estado demasiado concentrado en tocar su *lior*. Al menos, ya no hacía ruidos horribles. Como resultado, la nobleza allí congregada había perdido el interés en lo que fuera que estuviera sucediendo en el escenario, y había vuelto a sus copas y sus diversiones.

Merren se arrodilló, fingiendo estar ocupado con el instrumento. Kel vio a Ji-An y Jerrod mirarlo de reojo; este llevaba una túnica de lino dorado con una capucha que escondía un poco su máscara plateada. Ji-An, con chaqueta y pantalones de seda rosa, volvió a examinar su violín con diligencia.

Merren mantuvo la mirada en el *lior* mientras respondía.

—¿Y si te dijera que estamos intentando ganar unas coronas extra?

—¿Tan mal paga Andreyen? —rio Kel—. No te creería, y lo sabes.

—Queríamos echar un vistazo a la misteriosa Magali —confesó Merren—. Asegurarnos de que es la misma persona que Jerrod conoce del Laberinto. Como hay una Magali que trabaja para las Alleyne, tenía sentido que estuviera aquí esta noche. —Miró hacia la multitud—. ¿La has visto?

Kel lo miró, sarcástico.

—¿No se supone que la gente del Rey Trapero debe conocer bien la Colina?

—Andreyen no nos ha pedido que viniéramos —explicó Merren, mientras el pálido cabello dorado le caía sobre la cara. Se lo apartó —. Es una misión de búsqueda, eso es todo.

—Bueno, pues no la he visto —aclaró Kel—. Allí donde va Antonetta, Magali suele seguirla, pero tampoco he visto a Antonetta. ¿Sabes a quién sí he visto? A Artal Gremont.

Merren siguió sin mirar a Kel, pero su *lior* dejó escapar un tañido agonizante.

—No me va a reconocer —aseguró—. Ha pasado demasiado tiempo. De todos modos, creo que solo me ha visto una vez, por la ventanilla de un carruaje.

—Aun así, estar en el mismo sitio que él, ¿estás seguro de...?

—Si estás buscando a demoselle Alleyne —lo interrumpió Jerrod—, la encontrarás detrás de la cortina.

Señaló hacia una fruncida cortina de seda de color marfil que colgaba contra una pared cercana; Kel supuso que escondía una salida del salón de baile. Frunció el ceño.

—¿Estás seguro?

—Totalmente. Lleva allí un buen rato —contestó Jerrod, aunque no miraba a Kel, sino hacia la cabeza inclinada de Merren.

Kel pensó en seguir hablándole, pero vio que no tenía sentido. Ya llevaba demasiado tiempo en el escenario; pronto atraería miradas curiosas. Además, Jerrod era muy testarudo, y Kel no iba a ser capaz de convencer a los tres para abortar su misión en ese momento.

Por otra parte, Kel se admitió a sí mismo mientras se alejaba que su interés por Antonetta era más fuerte que su sospecha de que Jerrod, Ji-An y Merren estaban metiéndose en un lío. Dejó su copa de vino aún llena en una mesa de bronce dorado y, después de echar un rápido vistazo alrededor para comprobar que nadie lo observaba, se metió detrás de la cortina fruncida.

Al principio no la vio; la cortina era gruesa y la luz tenue, pero captó su perfume. Lavanda y miel. Se adentró en el túnel entre la cortina y la pared, y allí estaba, volviéndose para mirarlo, con expresión sorprendida.

—¡Oh! —exclamó ella, manteniendo la voz baja—, he pensado que eras Lin. —Frunció el ceño—. ¿Qué estás haciendo aquí detrás?

Por un instante, Kel no pudo ni hablar. El aspecto de Antonetta pareció cortarlo como un cuchillo. Llevaba el rosa profundo de la familia Alleyne en un vestido muy ceñido, que le sostenía el cuerpo como las manos de un amante. Sobre el pelo, una red de oro brillante hilada con diamantes, y las pupilas se le habían transformado en diamantes gracias a las gotas de la amapola. En el cuello llevaba una gargantilla de oro engastado con rubíes y unas cadenas de oro, que caían hasta el cinturón que le rodeaba la cintura. A Kel le pareció que las cadenas estaban destinadas a seguir el contorno de los pechos, que le sobresalían por encima del escote de su vestido de seda. No pudo evitar imaginarla desnuda, emergiendo de su baño solo con la gargantilla de rubíes, como la

diosa Cerra emergiendo del mar para seducir a Aigon, dios de las aguas.

—He dicho —susurró Antonetta— que ¿qué estás haciendo aquí detrás? ¿Te ha dicho Lin dónde estaba?

—Ni siquiera la he visto —contestó Kel, contento de que la luz fuera tan tenue en aquel espacio. Esperaba que le ocultara la expresión—. Y podría preguntarte lo mismo. Estoy seguro de que deberías estar en la fiesta en un lugar más... visible.

Ella lo miró enrabiada.

—Déjame adivinar —siguió él—. Te has resignado a casarte con Gremont. Pero ahora que está aquí, has tenido que enfrentarte a lo horrible que es en realidad. Desafortunadamente, no puedes pasarte el resto de tu vida marital escondida tras esta cortina.

—No estés tan seguro. Es una cortina muy bonita.

—Antonetta...

—Sssh. —Se llevó un dedo a los labios, pintados de carmín rosado —. Habla bajo.

Kel bajó la voz, lo que la hizo inclinarse más para oírlo. Él aspiró la miel con lavanda.

—Ana, dices que tienes que casarte con Gremont. Dices que no tienes otra opción. Pero te conozco —dijo con una fuerza casi salvaje —. Llevas diez años mintiendo con tus sonrisas. Con cada respiración. ¿Qué te impide estar fingiendo ahora? ¿Por qué te escondes? Nunca te has escondido de nada.

Por un momento, sus ojos con pupilas de diamante parecieron brillar.

—Qué cruel puedes ser, Kel Anjuman.

—No como Gremont.

—¿De verdad quieres saberlo? —Susurró las palabras entre dientes—. ¿Aunque no haya nada, nada, que puedas hacer al

respecto?

—Sí —contestó Kel—. Dímelo.

—Gremont ha insistido en que —explicó Antonetta—, como uno de los términos del compromiso, le será concedido el derecho a la Primera Noche. Que haya testigos de la consumación de nuestro matrimonio.

Kel no dijo nada, solo apoyó una mano en la pared para sostenerse.

—Los once tendrán que estar mirándonos —añadió—. Los otros titulares de los fueros.

—Eso es una salvajada —dijo con una boca que le pareció llena de ácido—. No tiene derecho a pedir eso.

—Tiene todo el derecho —susurró ella, y él no pudo evitar recordar sus palabras en el Caravel: «No eres mi padre, ni mi hermano, ni mi amante. No tienes ningún derecho sobre mí». Quizá ese fuera el motivo por el que le estaba diciendo eso. Porque no había nada que él pudiera hacer, nada que pudiera decirle a nadie.

—Nadie ha invocado esa ley en más de cien años, pero sigue siendo la ley —explicó ella. Kel le había oído diferentes tonos de voz a lo largo de los años. La había oído feliz, decepcionada, enfadada y fingidamente estúpida, pero nunca la había oído tan... neutra—. Tras el matrimonio, yo le perteneceré, y podrá disponer de mí como desee.

—Ana, ¿y si te hace daño? —preguntó Kel, dando voz, por fin, a su miedo más profundo—. Le gusta hacer daño...

Antonetta alzó el rostro para mirarlo fijamente. El brillo de sus ojos... ¿era por las lágrimas? ¿O quizá no eran más que las gotas de amapola?

—No me pondrá las manos encima con violencia. Conoces las leyes. Podría llevarlo ante la justicia. Se arriesga a que lo exilien de

nuevo —añadió—. No, no creo que me cause daño físico.

—Hay otro tipo de daños —dijo Kel—. Desea humillarte y controlarte...

—Soy consciente de eso. —Lo miró fijamente con sus fríos ojos azules—. Puedo soportarlo. Y, además, ¿qué podrías hacer tú al respecto, Kel?

Fue como tener un cuchillo bañado en ácido hundiéndosele en el costado. Pensó que quizá hasta había llegado a hacer una mueca de dolor.

«Matarlo», pensó Kel. Deslizarse en su dormitorio en la oscuridad de la noche y cortarle el cuello, para que brillara de color escarlata brillante, como la gargantilla de rubíes de Antonetta. Ella no sabía que él era un Guardián de Espadas; ella no sabía lo que podía hacer. De lo que era capaz.

Pero no podía decírselo. Solo aguantarle la mirada, cansada, como si no pudiera imaginar un mundo en el cual él pudiera serle de alguna ayuda.

No recordaba haberla dejado. Solo que en un momento estaba con ella tras la cortina, y al siguiente estaba de vuelta en el salón de baile, con los sonidos de la fiesta clavándosele en los oídos como puñales. Vio a Conor, como un pájaro de plumaje negro en su capa de cisne, enfrascado en una conversación con una esbelta y preciosa chica con una cascada de pelo rojo. Como en una nube, Kel se dio cuenta de que la chica era Lin. No había sabido que ella estaría allí esa noche y, a juzgar por su expresión, Conor tampoco.

Había más personas moviéndose por la habitación, bailando, como muñecos a los que les hubieran dado cuerda. Cruzó entre ellos de camino al escenario, donde tocaban los tres supuestos músicos, con un sonido irregular, aunque no tan horrible como se había esperado.

Merren se fijó en él mientras se les acercaba y debió de ver algo en su expresión, porque cuando Kel llegó al borde del escenario, ya estaba arrodillado, aún con el *lior* en la mano, y una pregunta en la mirada que le dirigía.

—Olvida cualquier cosa que Jerrod o yo podamos haberte dicho sobre los peligros de asesinar a Gremont —dijo Kel, con voz baja, aunque sorprendentemente firme—. Adelante, mátalo.

Merren no pareció sorprenderse. Sin embargo, sí que pareció aliviado.

—Me alegra mucho que me digas eso. —Suspiró—. Verás, es que ya le he envenenado el vino.

Lin se quedó paralizada. La fiesta parecía desvanecerse a su alrededor, como si ella se estuviera alejando, oyendo los ruidos en la distancia. Era una nebulosa de sonidos murmurantes y color, y en el medio de esa niebla, se hallaba ella sola con el príncipe Conor, cuya pechera de seda acababa de manchar con vino.

—Veo —dijo él— que he sido ungido por la Diosa. ¿Esto forma parte de alguna ceremonia o es solo un comentario sobre mi personalidad?

Su voz. Se le había olvidado su voz. Que era áspera y dulce al mismo tiempo, igual que el roce de la lengua de un gato. Llevaba una capa de plumas negras, ajustada al cuello con un broche de plata con la forma de un lirio. Parecía sacada de alguna historia de los cuentacuentos, una prenda que parecía estar encantada. Su pelo era del mismo negro azabache que las plumas y le caía en ondas sobre la frente. Su cara era más delgada de lo que ella recordaba, y la dominaban los ojos, fieramente grises y rodeados de pestañas negras como el carbón.

Lo recordaba guapo, pero no tan guapo. Intimidante, pero no tan intimidante.

De alguna manera, recuperó la voz.

—Qué suerte —respondió— que vayáis tan incrustado de joyas, seguramente nadie notará la mancha.

De hecho, la camisa era negra; la mancha era simplemente un tono más oscuro, y no una decoloración rojiza, y la humedad hacía que se le pegara a la piel. Sin una palabra, se acercó a ella, le cogió el vaso vacío de la mano, y lo puso en una pequeña mesa cercana.

Los colores y sonidos de la sala comenzaron a volver hacia ella. La música había empezado, una melodía dulcemente discordante. Los músicos parecían un poco faltos de práctica, pero la multitud de asistentes empezaron a juntarse en parejas y las risas se alzaron a medida que el baile comenzaba.

Esperaba que el príncipe le diera la espalda y se alejara. Pero, en vez de eso, alzó una mano.

—Bailad conmigo —dijo.

—Pero... todo el mundo nos verá.

Él pareció impacientarse.

—¿Y? Sois la nieta de mi consejero. Nadie dirá nada. Supondrán que tenemos asuntos que tratar.

Aun así, ella se resistió.

—¿Ah, sí? ¿Tenemos asuntos que tratar?

Él no contestó, simplemente se mantuvo igual, con la mano extendida. Lin se dio cuenta de que si no se la cogía, la gente sí que los miraría. No se rechazaba un baile con el príncipe de Castelana.

Ella extendió su propia mano. Inmediatamente quedó envuelta en la de él. La cogía con cuidado, con los dedos largos, de un frío chispeante por los anillos. Él la acercó y empezaron a bailar. Lin no

conocía los pasos, pero el príncipe...; «Conor, te pidió que lo llamaras Conor»; claramente sí.

—Relájate —le murmuró él—, sé que bailas bien.

Lin sintió que el rubor se le extendía por todo el rostro. La última vez que había bailado, allí en la Colina, ella había sido la única bailarina. Había danzado la historia de la diosa Adassa, con Conor observándola, el calor de su mirada como si la marcara a fuego. Recordó que esa mirada la había hecho arder, bailar más salvajemente, como si pudiera mostrarle su rebelión, su furia, con cada movimiento del cuerpo.

¿Dónde se había quedado toda esa valentía? Ella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. A su alrededor, las parejas giraban y se movía al son de la música.

—Lo sentí mucho —dijo ella— al enterarme de la tragedia de la Galería Brillante. La princesita...

—A la que yo traté con crueldad. Lo sé. No hace falta que lo digas. Ya lo dicen en la ciudad, por las calles. Hay historias de los cuentacuentos sobre ello. «El príncipe con las manos manchadas de sangre», ese tipo de cosas. —Alzó la mano izquierda, donde los anillos brillaban como pequeñas manchas escarlata—. Quizá ellos se dan cuenta, igual que tú, de que soy una persona corrompida.

Sus propias palabras, arrojadas contra ella.

«Creo que sois una persona corrompida. Supongo que no es culpa vuestra».

Cómo había lamentado lo que dijo y cómo había esperado que él lo olvidara igual que, seguramente, la habría olvidado a ella. Pero la frialdad de su voz era como ella se imaginaba que debía de ser la sensación de la nieve en Detmarch. Su abuelo se la había descrito una vez, diciendo que respirar el aire en invierno era como tragar aceite de hojas de menta. Un frío que quemaba.

«Me odia», pensó Lin, desanimada, y casi tropezó, porque el siguiente paso del baile la pilló desprevenida. Pero Conor la estabilizó, poniéndole la mano libre en la cintura, sus largos dedos curvándose y rozándole la piel desnuda de la espalda.

Oyó cómo él tragaba aire. Esos dedos eran como varitas de fuego contra su piel. Pensó que nunca había sentido nada tan intenso.

«Excepto cuando te besó. Cuando te morías por él. Cuando le hubieras dejado hacerte lo que quisiera».

Apartó rápidamente ese pensamiento.

—Estáis enfadado —le dijo—. Pero no importa lo que yo piense sobre la princesita. Lo importante es si vos pensáis que la tratasteis con crueldad.

Los labios de él se curvaron en una pequeña mueca. ¿Desprecio? ¿Diversión?

—Hablas como lo haría Mayesh —repuso él—. Y esto es lo que le respondería. No me puedo permitir el lujo de la introspección. Lo que importa es lo que el Consejo de los Fueros piense de mí, lo que la gente de Castelana piense de mí, y lo que nuestros enemigos del extranjero piensen de mí. Lo que pronto descubriréis sobre ser una dirigente, Diosa, es que no sois más que un recipiente para las esperanzas y miedos de vuestro pueblo, sus sueños y sus angustias. Lo que queráis vos no importa.

—¿Para eso me habéis pedido que bailáramos? —preguntó Lin mientras él los hacía girar de nuevo. Era consciente de las otras parejas alrededor. A algunas las reconoció, como la formada por Antonetta y su futuro marido, rígidos el uno junto a la otra (al parecer, Antonetta finalmente había salido de detrás de la cortina) o Lupin Montfaucon con una chica de vestido púrpura. A la mayoría no —. ¿Para compartir vuestras ideas sobre el liderazgo?

—Te he pedido que bailáramos porque tenía curiosidad —contestó Conor. No sonaba curioso; sonaba desapasionado, como si nada de lo que ella pudiera decir significara demasiado—. Si te pidiera ayuda, ¿me ayudarías?

La mirada de Lin voló hacia el rostro de él. Allí no pudo desentrañar nada.

—¿Que si yo...? —La voz se le quebró. Tal como habían quedado las cosas, ella nunca hubiera imaginado que él podría querer su ayuda de nuevo—. ¿Necesitáis un médico?

—Yo no —contestó Conor, escueto.

La agarró con más fuerza por la cintura, aunque Lin dudó que se hubiera dado cuenta. Podía notar que a Conor le temblaban los músculos, como si estuviera febril. Como si le matara tener que pedirle ayuda, pensó, cuando era tan evidente que la odiaba. Debía de estar ahogándose con esas palabras.

Pero ¿qué podía haberlo llevado a eso? En su desconcierto, Lin olvidó el disimulo al mirarlo, y lo hizo abiertamente. Miró la corona que le rodeaba la frente, las ojeras, los pómulos. Las plumas del cuello de la capa le rozaban la mandíbula como besos de amante.

—Los médicos no deben desoír a quien los necesita —afirmó Lin, lentamente—. Pero ahora tengo otras responsabilidades, y no debo hacer nada que mi príncipe me prohíba hacer.

—Pero yo soy tu... —empezó Conor, pero se detuvo—. Ah. Te refieres a vuestro Exilarca. Mayesh me dijo que llegaría pronto para comprobar tu afirmación de ser una deidad. —Lin hizo una pequeña mueca. Esas palabras contenían algo peor que desprecio. Un desdén frío—. Y si él determina que tu alegación es falsa, ¿qué pasa entonces?

—No creo que estéis preocupado por mí, ¿verdad?

Ante eso, él sonrió; una salvaje sonrisa de lobo.

—No por ti. Por él, quizá. ¿Alguien le ha avisado de que destrozas a los príncipes hasta reducirlos a trocitos?

—Si eso es lo que pensáis de mí, ¿por qué pedís mi ayuda?

—Buena pregunta —repuso él. Se acercó aún más, dejando los labios cerca de su oreja. Ella respiró su aroma. Piel, cuero, musgo—. Tú sabes —susurró— que no tengo que pedirla.

Lin contuvo el aliento. La molestia en la boca del estómago se estaba convirtiendo en dolor.

—Si vos...

La música se detuvo. Conor la soltó de inmediato y dio un paso atrás; ella sintió la piel fría allí donde él la había tocado.

—Deberíais iros —dijo él.

A pesar de todo, Lin lo miró con el ceño fruncido. No pudo evitarlo.

—No he venido por vos —repuso—. Antonetta me invitó...

—Sea como sea. Creo que vuestro abuelo os aguarda en la puerta. —Le hizo una pequeña reverencia—. Diosa —dijo, y se alejó, adentrándose en la multitud.

Lin miró hacia la puerta, sin acabar de creérselo del todo, pero allí estaba. Mayesh se hallaba cerca de la entrada del salón de baile, con los brazos cruzados y la mirada fija en ella. No parecía contento.

—¿Qué quieres decir con que ya lo has envenenado? —preguntó Kel.

Merren observó ceñudo su *lior*, como exprimiéndose el cerebro para averiguar qué podría estarle pasando.

—Lo que he dicho. Espera al brindis nupcial. He envenenado la copa del novio.

—Merren —siseó Ji-An—. ¡Te necesitamos aquí! ¡Tocando!

—Pensaba que no habías hecho planes... —empezó Kel, pero Merren ya estaba en pie, tocando, y retrocedía hacia el centro del escenario.

Kel recibió una dura mirada de Jerrod antes de volverse y alejarse de allí.

Unas cuantas personas lo miraron con curiosidad, como preguntándose qué querría de los músicos, pero la mayoría estaban demasiado ocupadas con sus cosas para darse cuenta. Montfaucon y Falconet competían por impresionar a Sancia Vasey; Cabrol, con la espalda apoyada contra una pared empapelada de seda, sostenía una botella de vino en la mano; Beatris Cabrol bailaba con Alonse Esteve. Y Conor, Conor con su capa de plumas negras, bailaba con Lin. Kel aguzó la vista. Sus cuerpos estaban casi pegados mientras marcaban los pasos de baile, pero ninguno parecía contento. Aunque tampoco parecía que ninguno quisiera huir. Eran como dos personas unidas por una red invisible, algo que solo ellos podían ver. Que solo ellos podían sentir.

Kel no era el único contemplándolos. Y aunque conocía a Conor mejor que nadie, dudaba que fuera el único en percibir la tensión entre ellos. Lady Alleyne tenía la vista puesta en el príncipe y la boca apretada en un gesto de desagrado.

Y, entonces, al lado de lady Alleyne, Kel vio a Antonetta. Estaba junto a Artal Gremont mientras, en grupos de dos y tres, las familias nobles se acercaban a felicitarlos.

Kel pensó en todo: esa «primera noche», el veneno, la jaula de oro que encerraba a Antonetta..., y sintió una imperiosa necesidad de vomitar. Salió a toda velocidad a un largo balcón que recorría toda la longitud del salón de baile. Aspiró grandes bocanadas de aire fresco antes de apoyarse en la baranda. La cabeza le palpitaba como si hubiera bebido demasiado vino. El balcón apenas se elevaba del

suelo. Desde allí, tenía una panorámica de las escarpadas montañas que se alzaban entre Castelana y Sarthe, y la oscura grieta del Paso Estrecho, la única vía que las conectaba.

—¿Kellian?

Era la voz de Conor. Kel la distinguía sin tener que volverse; era la voz que mejor conocía en todo el mundo, aparte de la suya propia.

Conor se le unió en la baranda de piedra.

—Me preguntaba adónde habrías ido —dijo—. ¿Cansado del espectáculo?

—Ha sido más que insoportable —contestó Kel—. Los años no parecen haber mejorado a Artal Gremont.

—No —convino Conor. Apoyó las manos en la baranda. Los anillos brillaron a la luz de la luna. Su perfil era delicado y anguloso; su postura, todo tensión contenida. Algo le estaba incomodando. ¿El baile con Lin? Kel se planteó preguntárselo, pero algo en la expresión de Conor lo disuadió—. ¿Has oído hablar del Exilarca?

«Interesante».

—Sí. El príncipe del pueblo ashkar. Siempre es príncipe, nunca rey, por lo que sé, ya que no puede suplantar a su Diosa.

—Eso es. Recuerdo haber visto grabados de los exilarcas en los libros de historia. Ancianos con grandes medallones. Parecidos a Mayesh. —Conor alzó la vista hacia las estrellas—. Una velada extraña —comentó—. El matrimonio en la Colina es un deporte de riesgo, ¿no crees?

—Y para ti no lo es menos —contestó Kel.

Conor rio sin alegría.

—Pero yo voy a casarme con la mujer más bella del mundo. ¿No lo has oído? Nadie debería tener un motivo para compadecerme. Y el oro llenará los cofres de Castelana, y habrá paz y todo irá bien...

Kel no podía soportar la amargura en la voz de Conor.

—¿Y seguirás despertándote cada noche gritando? —preguntó.

—Quizá —respondió Conor—. Pero tras mi matrimonio, tú no estarás allí para oírlo.

Antes de que Kel pudiera contestar, oyó pasos detrás de ellos, unos pasos deliberadamente sonoros. Botas sobre piedra. Alguien quería asegurarse de que lo oyeran acercarse. Se volvió, esperando a Falconet o a alguno de los otros, pero a quien vio fue a Jolivet.

Con la inclemente luz de la luna, el rostro del legado parecía más envejecido que nunca. Su pelo había sido negro cuando Kel había llegado a Marivent; pero ya estaba blanco casi por completo. No iba de uniforme, pero sí con los colores de Palacio: un jubón rojo, pantalones negros y el Anillo del León brillándole en la mano.

—¿Ya le habéis preguntado sobre la princesa?

Kel tardó un momento en darse cuenta de que Jolivet se estaba dirigiendo a Conor.

Este frunció el ceño.

—No, hablábamos de otros asuntos.

Jolivet lo miró con desaprobación.

—Esto es importante. Por vuestra seguridad, monseigneur. —Se volvió hacia Kel—. La princesa Anjelica llega en tres días...

—¿Tres días? —Kel se quedó perplejo.

¿Por qué Conor no le había dicho que llegaría tan pronto?

—Sí. Hemos mantenido en secreto la fecha de su llegada, por razones que estoy a punto de explicaros. —Jolivet hizo una pausa—. ¿Habéis oído hablar del corsario Laurent Aden?

Kel asintió. Todo el mundo conocía a Aden. Había sido un pirata hasta que empezó a trabajar exclusivamente para la corte de Kutani. Solo se había hecho un nombre en los últimos cinco años, pero sus hazañas ya eran legendarias en la ciudad. No tanto en la Colina, donde los corsarios que no estaban al servicio de Castelana, y los

daños económicos que causaban a sus arcas, solían despreciarse. Pero Kel podía recordar, siendo un crío en el orfanato, haber soñado con ser pirata con su amigo Cas, robando a los ricos para dárselo a los pobres.

—Se supone que es una especie de astuto embaucador, ¿no? Se cuenta que en una ocasión se disfrazó de capitán de un navío mercante de forma tan convincente que fue capaz de desembarcar toda la mercancía antes de que el primer oficial se diera cuenta. Y para entonces ya era demasiado tarde. Aden había huido.

—Solo con que la mitad de lo que se cuenta sobre él sea cierto —comentó Conor—, ya sería el corsario más astuto desde los días del Imperio.

—Sin duda —reconoció Kel—, pero ¿qué tiene eso que ver con la llegada de la princesa?

—¿Recuerdas que a mi prometida se la considera la mujer más bella del mundo? —preguntó Conor, en un tono desenfadado—. Bueno, pues parece que los piratas no son inmunes a sus encantos.

—Esto está empezando a sonar como las historias de los cuentacuentos —dijo Kel—. ¿La ha raptado y se la ha llevado en su galeón?

—No —contestó Jolivet—, pero le gustaría. Parece que en algún momento se enamoró de ella, y desde entonces ha sido su obsesión. Nos ha llegado información de Kutani diciéndonos que Aden esperaba interceptar el barco de la princesa a la entrada en el puerto, aquí, en Castelana, y llevársela con él.

—¿En serio? —repuso Kel, un poco escéptico—. ¿Por qué intentar hacerse con ella a su llegada a Castelana? ¿Por qué no atacar en su hábitat natural, el mar?

—La embarcación de la princesa estará protegida por buques de guerra kutanis durante la travesía —respondió Jolivet—. Pero, claro,

por tradición, a los buques de guerra les está prohibido entrar en nuestro puerto. Puede que Aden considere que la princesa estará menos protegida al acercarse a los Muelles Reales.

—Pero podemos arreglarlo para que no sea así —señaló Kel—. Podemos poner soldados...

—Y así se hará —aseguró Jolivet—. También tendremos navíos en el mar, protegiendo la entrada del puerto. Y, sin embargo, si Aden consigue colarse de alguna forma, habrá violencia. Nada que no podamos manejar, pero...

—Conor debe estar protegido —completó Kel—. Lo entiendo.

Jolivet asintió.

—Castelana necesita a su Guardián de Espadas, Kel.

Conor sacudió la cabeza, impaciente.

—Debería ser yo —protestó—. ¿Qué fue lo que me dijiste cuando Luisa llegó? ¿Que no debía empezar un compromiso con una mentira?

—En ese caso —replicó Kel— era Sarthe quien mentía. Quizá todos hayamos aprendido algo de todo ello. —Le puso una mano en el brazo a Conor y las suaves plumas de la capa del príncipe le cosquillearon en la palma—. Iré. Soy tu escudo, Con.

La puerta del balcón se abrió de nuevo, y Conor miró irritado hacia allí.

—¿Es que todo el mundo en esta fiesta planea venirse aquí con nosotros? —murmuró mientras Sancia Vasey aparecía en el hueco de la puerta. Sonreía, con el pelo cobrizo desarreglado.

—Aquí estáis, Conor —dijo en un fingido tono de regañina—. ¿No habíais prometido bailar conmigo esta noche?

El rostro de Conor cambió inmediatamente, como si se hubiera puesto una máscara para el Baile del Solsticio. No quedó nada real

en su expresión: ni duda, ni enfado, ni cansancio. Su lugar solo lo ocupó una especie de amabilidad superficial.

—Así es —contestó—, y como dicen, un príncipe siempre cumple sus promesas.

—¿De verdad dicen eso? —Sancia lanzó una risita cuando Conor se acercó a ella—. Pensé que un príncipe nunca cumplía sus promesas.

Juntos, Sancia y Conor entraron al salón de baile, lo que dejó a Kel solo en el balcón con Jolivet. Kel lo miró con el ceño fruncido.

—¿A qué ha venido eso?

—No estoy seguro de a qué os referís.

—¿Por qué os molestáis en hacer que Conor me pregunte si escoltaré a Anjelica Iruvai? Soy un Guardián de Espadas. Podéis darme órdenes, simplemente. No importa lo que yo quiera hacer.

—Eso no era por vos. Era por Conor. Pensaba que resultaba evidente —repuso Jolivet—. Y, además, necesitaba hablar con vos... no, no sobre la princesa. —Desdeñó la pregunta de Kel con un gesto impaciente—. Sobre Magali Berthe. Deseabais interrogarla. —Miró hacia la puerta, como para asegurarse de que nadie los escuchaba —. Estará en el Arena de Ellsday. Eso os dará la oportunidad de interrogarla lejos de la vigilancia de lady Alleyne.

—Sí, Jerrod había dicho que siempre estaba pidiendo dinero prestado para apostar en los juegos del Arena —dijo Kel.

—Entonces, todavía es más importante interrogarla. Si tiene deudas y está desesperada, será más susceptible a la influencia de otros.

—Pero no hablará conmigo de eso —indicó Kel.

—Qué suerte que seáis un excelente actor —dijo Jolivet—. Haced lo que podáis para encandilarla. Nos jugamos mucho.

Desde dentro, llegó el clamor de unos vítores. Las líneas en las comisuras de la boca de Jolivet parecieron hacerse más profundas.

—Ah —dijo—. El brindis nupcial.

«Espera al brindis nupcial».

Con la voz de Merren sonándole en la cabeza, Kel pasó a toda prisa al lado de Jolivet y entró como una flecha al salón de baile. La multitud se había agolpado en un apretado grupo que rodeaba las mesas del banquete. Kel se abrió paso entre los nobles. Usó los codos con prodigalidad, lo que le valió varios gruñidos y murmullos. El olor de la lana y la seda húmeda de sudor y perfume era abrumador. Por encima de las cabezas del gentío, podía ver el escenario, donde Merren seguía con Ji-An y Jerrod, con los instrumentos colgando en las manos, olvidados.

Por fin, llegó al frente. Pudo ver a Conor, con Falconet y Montfaucon, aplaudiendo de forma apática. La mayoría de los nobles sostenían vasos vacíos; se les rellenarían justo después del brindis.

Ante una mesa de banquete, se hallaba Antonetta, junto a Gremont y su madre. El encantador rostro de Antonetta estaba fijo en un rictus de muñeca: los labios curvados en una sonrisa pintada, la mirada vacía. Artal le ponía una gran mano posesiva sobre la espalda. En la otra mano, sostenía el cáliz nupcial ceremonial, con su borde tachonado de esmeraldas, mientras que el cáliz a juego de Antonetta estaba tachonado de rubíes.

«He envenenado la copa del novio».

Kel no se movió mientras Gremont alzaba el cáliz y hablaba con voz estentórea.

—Espero que todos os unáis a mí en el brindis por la alianza entre la Casa Gremont y la Casa Alleyne. Que nos traiga salud y riqueza a todos, especialmente riqueza.

Un aplauso aún más estruendoso se elevó entre los asistentes. Con un guiño malicioso a su entregada audiencia, Gremont se bebió su vino, apurando la copa hasta el fondo.

Lin cruzó la sala para ir con su abuelo, que la esperaba con el ceño fruncido; el gran medallón circular que le colgaba al pecho parecía un ojo enorme, brillante y vigilante.

Pero le sonrió cuando ella se aproximó, y le puso una mano paternal en el hombro. Lin no se dejó engañar. Mayesh estaba furioso.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió él.

—Antonetta Alleyne me pidió que viniera —respondió—. Como su médica personal. La ley permite a los médicos de los ashkar salir por la noche; lo sabes.

—¿También les permite llevar los colores que les apetezca? —espetó Mayesh.

—Mi vestido es azul marino —respondió Lin, con frialdad—. El color del mar.

Su abuelo resopló.

—Antonetta Alleyne se las arreglará sin ti —dijo—. Vamos.

Lin lo siguió. Mientras dejaban el salón de baile, lanzó una sola mirada hacia atrás, buscando a Antonetta; la vio junto a su madre y Artal Gremont, con expresión vacía. Lin no pudo localizar a Conor entre la multitud, ni a Kel. Quizá estuvieran juntos.

Fuera, la luna había salido. Estaba alta y llena, y arrojaba una luz brillante sobre la ciudad, y sobre el carruaje real que los aguardaba fuera de la mansión. Mientras Mayesh la apresuraba entre las hileras de criados con antorchas, le habló con frialdad.

—Si estás aquí en calidad de médica de Antonetta, ¿dónde está tu zurrón?

Lin no dijo nada. Se preguntaba si su abuelo señalaría que, para los estándares de los ashkar, ella iba medio desnuda. También se preguntó si le daría un pisotón a su abuelo, en caso de que le comentara algo.

Llegaron al carruaje, y un conductor vestido con la librea Aurelian le sostuvo la puerta abierta a Lin. Ella le dio las gracias a pesar de su conexión con la realeza. No era culpa suya que el heredero al trono fuera un cabrón.

Una vez dentro del carruaje, se sentó frente a Mayesh con la cabeza alta, mientras traqueteaban en su descenso de la Colina. La dura luz de la luna que se derramaba por la ventanilla iluminaba la cara del hombre, más arrugada de lo que ella recordaba.

—Tú —dijo este, y consiguió que la palabra sonara como un insulto— tienes la tendencia de cuidar de otra gente sin considerar las consecuencias que tendrá para ti. Antonetta no puede protegerte de las leyes que rigen nuestro toque de queda. Solo yo puedo hacerlo.

Lin alzó una ceja.

—¿Me estás amenazando con dejarme para los Vigilantes?

Él no hizo caso de la pregunta.

—Debiste haberme contado que planeabas venir esta noche a la Colina. Si hubiera pasado algo, me habría enterado cuando ya estuvieras en el Truco.

Lin no respondió.

—Normalmente no eres tan imprudente —insistió él—. He oído que te reuniste con Benjudah esta tarde. ¿Te asustaste? Quizá estés preocupada por lo que sucederá cuando no superes la primera prueba.

Lin rio.

—¿Ni siquiera vas a tener la amabilidad de decir «si no superas»?

—No sería amable fingir.

El carruaje se inclinaba a medida que la pendiente se volvía más pronunciada. Lin se agarró a los cojines del asiento para evitar irse hacia delante.

—Supongo que me convertiré en objeto de compasión. Una chica loca y patética que creyó que podía ser la Diosa del pueblo ashkar.

—¿De verdad? —Mayesh le lanzó una dura mirada—. ¿Crees que eso es todo lo que pasará? ¿Crees que te dejarán seguir ejerciendo la medicina?

—Estoy preparada para eso —contestó Lin con calma. Pero sintió que se le encogía el estómago. Nunca había considerado esa posibilidad; y se prohibió a sí misma hacerlo tras oír las palabras de Mayesh.

—Hay castigos peores. ¿Y si te envían al exilio?

El carruaje se niveló a medida que la Colina daba paso a las calles de la ciudad. Aunque era tarde, aún estaban llenas de peatones; muchos, sin duda, de camino al Mercado Roto, que se extendía a lo largo de la Ruta Magna. A través de la ventanilla, Lin vio el parpadeo de la luz de los faroles y el resplandor verde oscuro del río del Miedo.

—El Exilarca me dijo que no soy la primera mujer que dice ser la Diosa. Si cada una de las otras chicas hubiera sufrido el exilio como castigo, seguramente esas noticias habrían llegado a nuestros oídos.

—Quizá no todas esas chicas tenían abuelos que habían conocido al Exilarca cuando era un niño.

Lin lo miró suspicaz.

—Mencionó eso —dijo—. Y no me pareció que tuviera un buen recuerdo de ti.

—Estoy seguro de que no lo tiene.

Habían llegado a la Ruta Magna. El carruaje aminoró hasta una suave marcha; a ambos lados se veían los puestos del Mercado Roto, vendiendo artículos que una vez habían estado enteros y necesitaban reparación. Lin vio una muñeca de porcelana con la cara destrozada apoyada en un cojín desgarrado; su único ojo pareció seguirla. Sobre ellos, la luna intacta contemplaba los objetos estropeados que la humanidad creaba.

Lin suspiró.

—¿Qué le hiciste para que no le agrades?

Mayesh se quedó un momento en silencio... Lo suficiente para que Lin se preguntara si no le iba a contestar. Pero sí lo hizo.

—Hace años, Aron Benjudah era amigo del hijo del Maharam, Asher.

Lin lo miró fijamente. Todo el mundo conocía la historia de Asher Benezar, que había estudiado magia prohibida cuando todavía era un chico de quince años y lo habían exiliado por ello. No se sabía qué había sido de él, y el Maharam nunca pronunciaba su nombre. Era una historia que había adquirido el carácter de mito, como algo sacado del *Libro de Makabi*, un hecho de hacía mucho tiempo. A Lin no se le había ocurrido que Asher pudiera haber tenido amigos que siguieran vivos y aún fueran jóvenes.

—Desde el punto de vista de Aron —siguió Mayesh—, no hice lo suficiente para impedir que el Maharam exiliara a su hijo.

—Pero tú hablaste en favor de Asher —protestó Lin, olvidándose, con la sorpresa, de estar enfadada—. Discutiste con el Consejo. Todos hemos oído esa historia. Le dijiste al Maharam que el exilio era un castigo demasiado cruel. Por eso... —«Por eso ya no sois amigos», estuvo a punto de decir, pero se contuvo a tiempo; parecían palabras muy crueles.

—En aquel momento, Aron era solo un niño de once años —explicó su abuelo—. Le dolió mucho la pérdida de su amigo. Se aferró a la idea de que yo podría haber hecho que las cosas fueran diferentes, si lo hubiera intentado con más ahínco. —No estaba hablando solo de Asher, pensó Lin—. Intenté estar a su lado todo lo que pude, dadas las circunstancias, pero él era el hijo del Exilarca. Nunca se quedan mucho tiempo en ningún sitio, y tras el exilio de Asher, se fueron.

—¿Crees que me juzgará de una forma diferente porque esté resentido contigo? —preguntó Lin.

—Me gustaría pensar que no. Solo lo conocí de niño; espero que se haya convertido en un hombre justo. Pero he pensado que debías saber lo sucedido.

—No voy a cambiar de rumbo, *Zai* —afirmó Lin, empleando el viejo nombre infantil para *abuelo*. Estaba cansada, y se acercaban a los muros del Sault; pudo ver las puertas y las antorchas perennemente encendidas—. Me alegro de que estuvieras al lado de Asher Benezar en aquel momento. Ojalá hubieras intentado estar a mi lado y el de Josit hace mucho tiempo.

—Bueno —repuso él, con un aspecto tan cansado como el de ella —. Lo intento ahora.

Antonetta

A altas horas de la noche de su fiesta de compromiso, después de que todos los invitados se hayan ido, Antonetta sale al jardín trasero de la mansión Alleyne. Es aquí, con el césped y las flores creciendo en setos desordenados y espesos, donde solía jugar con Kel y los demás cuando eran niños. Por meticulosa que sea en su hogar, *Lior*ada Alleyne nunca ha prestado mucha atención a su vasto jardín, y la maraña de árboles y flores proporcionaba excelentes escondites para juegos de bandidos y prisioneros.

El cielo ya comienza a clarear por el este, anunciando el amanecer. El aire huele a hierba mojada y flores blancas. Antonetta recorre el camino de grava que la lleva hasta una pequeña gruta debajo de una cornisa de roca. Allí solían jugar en días calurosos, ya que un pequeño riachuelo atraviesa la hierba y el lugar siempre está húmedo y fresco. Antonetta todavía va allí a veces, para estar sola..., pero esta noche, ya hay alguien allí.

Se detiene, desconcertada, con una mano levantada para sujetar una rama sobre su cabeza.

—¿Conor?

Ve el destello de sus ojos en la penumbra cuando él la mira. Ha lanzado su capa de plumas de cisne negro al suelo y se ha sentado encima, con la espalda apoyada en la piedra de la gruta.

Lleva la ropa arrugada, la camisa le apesta a vino derramado, el kohl oscuro que le rodea los ojos está difuminado, y le dibuja falsas ojeras.

Aun así, es hermoso, el desarreglo solo realza el aire de canalla despreocupado que siempre cultiva. Durante años, Antonetta ha sentido una especie de envidia por su belleza, de que a él le importe tan poco. Conor Aurelian tendría igualmente todo el poder que posee, y toda la adoración, aunque fuera tan insípido como el agua. Para un príncipe, ser guapo es como una tira más de cuentas en un vestido ya profusamente bordado. Es cuestión de grado, no de necesidad, en un mundo donde la apariencia de Antonetta predice su futuro por completo.

—Mis disculpas —dice, incorporándose—. Tenía intención de estar aquí solo un rato. He debido de perder la noción del tiempo.

Antonetta se agacha bajo la rama que sostiene. Se ha quitado la gargantilla de rubíes que Gremont le ha regalado, pero aún lleva el vestido de seda; de pronto siente que su atuendo está fuera de lugar y envidia aún más a Conor por eso. Aun así, tener la oportunidad de hablar con él a solas...

—Eres el príncipe, monseigneur —dice—. Si quisieras quedarte aquí toda la noche, yo no sería quién para prohibírtelo.

—Supongo que no —contesta él.

No parece muy contento con esa idea. De hecho, parece desgraciado. Sujeta una pluma de la capa entre dos dedos, y la gira de un lado al otro. Mientras él mira la pluma, ella capta, por un instante, su parecido con Kel, algo que siempre siente como el corte de una daga sobre la piel. Kel, que es hermoso de una manera tan

diferente, cálido donde Conor es frío y distante. Kel, que miente porque tiene que hacerlo, no porque le dé placer.

Conor suelta la pluma, que flota suavemente en el aire.

—Supongo que no necesito preguntarte por qué estás aquí. Podría compadecerte por tu matrimonio con Gremont, pero imagino que ninguno de los dos esperábamos poder casarnos por amor.

«Te he visto bailando con Lin —quiere decir ella—. He visto cómo la mirabas, y cómo te miraba ella. Te debe de resultar terrible no conseguir lo que quieres».

—Se rumorea —dice en su lugar— que la princesa de Kutani es la mujer más bella del mundo; no creo que nadie diga nunca nada parecido sobre Artal.

Para su sorpresa, Conor se echa a reír. En ese momento, ella no ve ni a Kel ni al Conor adulto; ve al niño que conoció una vez, que nunca quería ser el rey bandido o el capitán del barco pirata y que siempre se alegraba de que los demás cogieran esos papeles.

—Tienes razón —admite Conor—. No tiene ni el físico ni la personalidad para ser recomendable. ¿Tiene alguna cualidad que esté pasando por alto?

Antonetta se sienta en la hierba; no demasiado lejos de Conor, pero tampoco al lado.

—Creo que ya sabes que no. Estoy segura de que ya te ha hablado acerca de su demanda de la Primera Noche.

Conor asiente.

—Tenía la vaga esperanza de que el resto de la Colina lo rechazara por ello —dice Antonetta.

—Me temo que sobrestimas mucho la moralidad de la Colina. Algunos están horrorizados, sí; la mayoría considera que no es asunto suyo, ni su problema. Y unos pocos de los peores están entusiasmados. De hecho, Esteve dijo algo sobre la importancia de

vigilar a los caballos durante el acto del apareamiento para asegurarse de la pureza de la sangre.

Antonetta cree que va a vomitar. Pero se le pasa tras unos segundos. A fin de cuentas, ha conocido a gente que hace y piensa cosas mucho peores.

Conor se vuelve hacia ella.

—Ana, ¿quieres que intervenga? Entiendo que Gremont lo ha puesto como condición del matrimonio, pero no será tu única oportunidad de casarte. Las familias de los fueros verían con malos ojos que interfiriese, pero ya miran con malos ojos la mitad de lo que hago, así que...

Ella ve que habla en serio. Lo suficientemente en serio para que ella no pueda darle una respuesta real, no ahora.

—¿Por qué estás siendo tan amable conmigo? —le pregunta.

Él parpadea.

—Somos amigos. Siempre lo hemos sido.

—Pero eso no es exactamente cierto, ¿no crees?

Él se recuesta despacio. Sus botas han arrancado unas cuantas plumas de cisne del tejido de la capa (Antonetta no cree que pueda volver a usarla) y le flotan alrededor de los pies y las piernas, como el humo en una corriente de aire.

—¿Qué quieres decir?

—Yo tenía quince años —explica Antonetta—. Tú fuiste quien le dijo a mi madre que ya era hora de que yo dejara de pasar todo el tiempo contigo, Kel y Joss. Que si esperaba que yo tuviera un futuro en la Colina, ella debía hacer lo que era correcto y prohibirme ir a Marivent hasta que aprendiera a ser una dama como es debido. Cuando le pregunté a mi madre si tú me echarías de menos, se rio y dijo que no habías dado la menor indicación de que fuera a ser así.

—Arranca puñados de hierba del suelo; el penetrante aroma de vegetación rota la asalta.

Cuando Conor habla, la voz le suena extraña.

—¿Y eso ha estado fastidiándote todo este tiempo?

—No intentes hacer que suene como una niñería. Me cambió la vida por completo. Yo tenía amigos, una vida feliz; y de repente, no tenía ni lo uno ni lo otro. De repente, mi madre creyó tener razón en todo lo que siempre había desaprobado de mí.

—Antonetta. —Conor se aparta el pelo de los ojos; es un gesto habitual, que él y Kel comparten. O quizá es que Kel lo ha aprendido de Conor; con ellos es difícil saber dónde se origina nada—. Si lo hubiera sabido... —Sacude la cabeza—. Gestioné la situación con torpeza. Tenía quince años y era un idiota. Solo puedo asegurarte que cuando fui a hablar con tu madre, mi intención era protegerte.

—¿De qué?

Conor suspira.

—Charlon. No dejaba de hablar de ti. Empecé a darme cuenta de que mientras crecíamos juntos, Kel, Joss y yo habíamos llegado a considerarte una amiga y nuestra igual, pero Charlon pensaba en ti como en una propiedad. No había forma de apartarlo de ti sin que se enfadara... y con una rabia que habría descargado en ti. No había forma de vigilarlo constantemente. Eso fue lo que pensé.

—Podría haberme cuidado sola.

—Ahora lo sé. Pero entonces, no. Lo siento, Antonetta. Debería haber sido a Charlon al que alejara. No sabía cómo..., pero eso no es excusa.

«Lo siento, Antonetta». Ella lo contempla. Nunca imaginó que él diría esas palabras, que fuera capaz de decirlas. Le parece que todo a su alrededor está cambiando. Lleva tanto tiempo tan enfadada con

él, y ha hecho tantas cosas a causa de ese enfado. Aún no las lamenta, pero se teme que lo hará.

—Así que tomaste esa decisión por mí —dice—. Ya no necesitas tomar más decisiones por mí. Yo me encargo de Gremont.

Él asiente levemente. Ya hay luz suficiente para que ella pueda verle el color de los ojos: grises, como nubes de tormenta. Como los de Kel.

—¿Cuál es tu plan? Porque siempre has sido una persona de planes, Antonetta.

Ella baja la vista a la hierba arrancada que tiene en la mano.

—Algo que quizá no sepas —comienza ella, despacio— es que parte del contrato de matrimonio es un acuerdo que dice que, un año después de la boda, mi madre me pasará el fuero de la seda. Mi recompensa por hacer todo lo que ella desea.

—¿El fuero de la seda merece tantos sacrificios?

«Una pregunta que solo un príncipe podría hacer».

—Mi independencia merece tantos sacrificios.

—Pero seguirías casada con Gremont...

—Conoces a ese hombre. —Antonetta hunde la punta de su zapatilla de satén en la tierra mojada—. Es de los que tienen muchos enemigos. En la Colina y en la ciudad. ¿Quién sabe lo que podría pasar? Y, por ley, si algo le ocurriera, bueno... Ambos fueros pasarían a mí, ¿no es así?

Conor alza sus oscuras cejas.

—No, no es así. Nadie puede tener dos fueros. Tendrías que ceder uno a otra persona.

Antonetta sonríe.

—Sí. Eso pensaba.

—Y yo tendría que aprobar ese traspaso de poder —añade Conor. Los ojos le brillan cuando la mira, con una especie de diversión

contenida—. Por supuesto.

—Realmente no creo que eso supusiera un gran problema —dice Antonetta, también sonriendo—, monseigneur.

Capítulo siete

A pesar de lo tarde que se había acostado, Lin se levantó pronto a la mañana siguiente, se puso un sencillo vestido gris y se prendió el broche de plata en la manga.

El Exilarca estaba allí, en el Sault. Había sido capaz de no pensar en ello durante la fiesta, pero se había despertado con la idea presionándola, un peso opresivo en el pecho. «El Exilarca está aquí. No tengo mucho tiempo para ayudar a Mariam».

Puesto que la mayoría de sus libros de saberes y magia se hallaban en la Mansión Negra, se dispuso a cruzar la ciudad. Normalmente, le encantaban las mañanas de Castelana. El calor aún no apretaba, y la brisa era fresca y agradable. Pájaros coloridos piaban en los balcones de hierro forjado de casas cuya pintura brillante se había vuelto pastel por el aire salado. El Mercado Roto se había disuelto en las sombras, y las tiendas a lo largo de la Ruta Magna mostraban las maravillas de sus mercancías: pesadas sedas, porcelanas traslúcidas, hermosos bordados, esculturas de jade y marfil con formas de dioses extranjeros. Aunque quizá, para los ashkar, todos los dioses fueran extranjeros.

Pero, esa mañana, cuando llegó a la Mansión Negra, la encontró revolucionada. Fue primero al laboratorio a recoger sus libros, y lo encontró vacío; al escuchar gritos, se dirigió a la Gran Sala, donde encontró al Rey Trapero sentado tranquilamente en una silla, con su bastón de endrino sobre el regazo. Para sorpresa de Lin, Merren estaba hecho una furia, despotricando y tirándose frenéticamente del alborotado pelo rubio.

Kel también estaba allí, algo que Lin no esperaba. Se apoyaba contra una pared, al igual que Ji-An, que parecía aburrida como de costumbre. Jerrod se encontraba indeciso en medio de la habitación, como si deseara desesperadamente acercarse a Merren, pero no se atreviera.

—¡Debería haber muerto! —gritaba Merren—. ¡No entiendo cómo no murió! ¡Había acónito suficiente para matar a un caballo!

Lin miró a los demás, sorprendida, pero todos parecían saber de qué se estaba hablando.

—¿Quién debería haber muerto?

—Gremont —contestó Jerrod, mientras Merren le daba una patada a una silla cercana—. Intentamos envenenarlo en la fiesta de la pasada noche.

Lin miró acusadora a Kel, pensando en su paseo antes de la fiesta.

—No me dijisteis que ese fuera el plan.

—No lo supe hasta que llegué allí —contestó él, como ofendido.

—Tú me dijiste que lo matara —protestó Merren—. Ayer por la noche.

—Y tú me dijiste que ya lo habías envenenado, en cualquier caso —señaló Kel—. Además, lo mío fue un arrebato.

—Asesinar al poseedor de un fuero es un asunto grave —observó Andreyen—, como ya hemos acordado con anterioridad.

—Asesinar a cualquiera es un asunto grave —apostilló Lin—. No entiendo... Sé que es detestable, pero ¿qué le ha hecho a Merren?

Hubo un momento de horrible silencio. La ira se desvaneció del rostro de Merren. Se dejó caer pesadamente sobre un sillón. De pronto parecía muy joven; Lin se lo imaginó de pequeño con una mata de rizos rubios, las manitas cubiertas de manchas de disolventes alquímicos, la voz elevándose emocionada mientras describía algún nuevo experimento.

Ji-An suspiró.

—Esto es ridículo —dijo, y, volviéndose hacia Lin, le contó la historia del pasado de Merren: cómo Gremont había violado a Alys, su hermana, y cómo encarceló a su padre. La historia era terrible, y Lin sintió que el estómago se le encogía.

«Oh, Antonetta», pensó.

—Merren —dijo cuando Ji-An terminó—, lo siento mucho.

Merren se limitó a asentir. Parecía exhausto. Jerrod se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Creo que sé por qué el veneno no funcionó —anunció Lin.

Los ojos de Merren se abrieron desmesurados y Kel lanzó un silbido. Solo Andreyen parecía no estar sorprendido.

—Lleva un amuleto protector —siguió Lin—, un poco como el talismán de Kel; magia poderosa antigua. Se lo vi en el cuello anoche.

—¿Aquel horrible collar? —Ji-An hizo una mueca—. Bueno, puedo dispararle una flecha si el veneno no va a funcionar...

—No —repuso Merren, con una voz inusualmente fría, que hizo que Jerrod lo mirara preocupado—. Quiero que muera a mis manos, no a las de otro.

—Ni siquiera estoy segura de que una flecha funcionara —dijo Lin —. El amuleto no es una protección contra el veneno. Es una

protección contra el peligro. Cualquier cosa que pueda amenazarlo. Y es de una época en la que los amuletos eran mucho más poderosos de lo que son ahora. La flecha podría romperse antes de llegar a alcanzarle.

—Si Conor tuviera un talismán como ese —dijo Kel, con un peculiar tono de voz—, puede que no necesitase un Guardián de Espadas.

—Me parecería muy interesante saber dónde lo consiguió Gremont —intervino Jerrod—. Muy interesante. —Bajó la vista hacia Merren—. Pues solo hay una cosa que hacer. Debemos robar ese amuleto...

—Deteneos. —La voz de Andreyen, cortante como el acero, entró en la conversación. Se hizo el silencio en la habitación—. Todos vosotros. Cesad en esta locura inmediatamente. —Se puso de pie. A veces, Lin olvidaba lo alto que era. Alto y desgarbado como una sombra al amanecer—. Los amuletos pueden ser poderosos y complejos. Antaño, hubo algunos tan poderosos que cualquier acción que se llevara a cabo contra su poseedor se volvía contra el atacante multiplicada por siete. —Se volvió hacia Merren—. Confías en mí, ¿no?

Merren asintió. Andreyen sabía mucho de amuletos, pensó Lin, aunque eso realmente no la sorprendía; siempre le había fascinado la magia. Por eso se había acercado a ella en un principio.

La voz de Andreyen se suavizó.

—Investigaré este asunto del amuleto. Sobre todo, su origen. La venta de algo así sería ilegal. Si lo compró, debería ser capaz de rastrear su origen. Mientras tanto, volved a centraros en el tema de la Galería Brillante.

Kel descruzó los brazos.

—¿Piensas que Artal Gremont puede estar implicado en la masacre? Me encantaría verlo balanceándose en la horca del Truco,

pero estaba en el exilio cuando ocurrió.

El Rey Trapero esbozó su amplia y perturbadora sonrisa.

—Y ahora ha vuelto, precisamente porque a su padre lo asesinaron esa noche. Su exilio llegó a su fin al recibir su herencia. Siempre hay que fijarse en quién se beneficia de un crimen, cuando se busca al culpable.

Hubo un breve silencio. Merren parecía decepcionado, pero Lin sabía que no se atrevería a contradecir a Andreyen, a quien adoraba como a una especie de figura paterna, aunque en realidad Andreyen no era mucho mayor que ninguno de ellos.

—Bien —dijo Jerrod—, entonces, ya tenemos nuestro siguiente paso en la investigación. El legado le dijo a Kel que Magali Berthe estará en las peleas de cocodrilos del Arena en Ellsday. Podemos encontrarla allí.

—¿Y hacer qué? ¿Interrogarla? —preguntó Lin.

—Hablar con ella. Hablará conmigo. Soy de la Colina; me conoce desde hace años —dijo Kel—. Si hay algún cambio en el plan para Ellsday, házmelo saber por los canales habituales. —Sonrió de medio lado—. Lamentablemente, debo irme. Tengo que recoger a una princesa en dos días, y hay muchos preparativos que atender.

Dos días después, Kel, vestido como Conor, y con la corona y el talismán, rodaba por la Ruta Magna en el carruaje descubierto de palacio. El gran camino que unía el Paso Estrecho con el puerto estaba atestado de ciudadanos de Castelana, que se habían echado a las calles en masa para celebrar la llegada de la nueva princesa.

Casi parecía que hubieran olvidado que, tres meses atrás, había habido una princesa diferente, una que apenas había vivido una semana en la ciudad antes de que la asesinaran. La memoria

colectiva era de corto alcance cuando existía una excusa para la celebración, pensó Kel, mientras recordaba inclinar la cabeza gentilmente de vez en cuando para agradecer la presencia del gentío. Lo vitoreaban cuando pasaba el carruaje, agitando los crisantemos dorados que había repartido esa mañana la Guardia del Castillo.

Aunque sostenían con fuerza los verdes tallos, no arrojarían las flores hasta que la propia princesa apareciera. A ella era a la que ansiaban ver. ¿Sería hermosa? ¿Maravillosa? ¿Un orgullo para la ciudad? En esa ocasión, el Príncipe de la Corona quedaría eclipsado. Kel no sentía más que alivio ante tal hecho.

La reina Lilibet se había quedado en Palacio para acabar los preparativos ante la llegada de Anjelica Iruvai. Jolivet también se había quedado, lo que le resultó raro a Kel. Normalmente, el legado habría estado presente en un momento como ese. Se preguntó si tendría algo que ver con la investigación de la Galería Brillante.

Sintió un dolor de cabeza incipiente, una presión que empezaba a formarse tras los ojos. No debería estar pensando en la investigación. En ese momento era Conor, haciendo lo que haría Conor en esa situación. Tenía que estar alerta no solo del peligro, sino también de la autenticidad de su representación. Se lo debía a Conor y a su juramento.

A medida que se aproximaban hacia la curva del puerto y torcían hacia los Muelles Reales, Kel vio que estos también se habían preparado para la llegada de la princesa. La madera había recibido una capa de pintura dorada, y había rosas entrelazadas por encima y por debajo de todas las vigas, flores que se habían pintado, de nuevo de dorado, el color de la Casa Aurelian. Kel pensó que todo el conjunto se parecía a un plato de cena dorado, a la deriva sobre un mantel azul.

Se hizo el silencio cuando el carruaje se acercó y Kel desmontó. Lilibet y Jolivet habían discutido esa mañana; la reina quería que el príncipe se encontrara con la princesa a solas, sin soldados ni consejeros que estropearan el ambiente, mientras que el legado había señalado que estaban enviando al Guardián de Espadas precisamente porque existía un posible peligro, y tener guardias presentes era de sentido común. Al final, habían llegado a un acuerdo. Los miembros montados del Escuadrón de la Flecha formaban una media luna escarlata detrás del brigadier Benaset, sentado en el corcel blanco de Jolivet, aunque no se acercarían al muelle.

Desde allí, Kel podía ver la curva de la costa, a lo largo del puerto que llamaban el Arrecife. Los muelles comerciales se habían cerrado por el día, y multitud de espectadores se amontonaban en las plataformas de madera, mirando hacia el mar, con los brazos llenos de flores. Las tabernas del Arrecife habían abierto sus puertas de par en par, y el sonido de música festiva flotaba sobre el agua. Solo los barcos blindados amarrados frente a Tyndaris servían de indicación de que Castelana estaba preparada para un ataque.

Alguien entre la multitud gritó. Un punto había aparecido en el horizonte, y crecía rápidamente mientras el viento constante lo llevaba hacia el puerto. Era un día claro, de esos en los que el cielo y el mar se encontraban sin costuras en el horizonte. El gran barco de Kutani podía verse en todo su esplendor, mientras entraba en el puerto como una reina viuda cruzando una pista de baile. Sus velas, de color rojo anaranjado, hicieron pensar a Kel en especias: azafrán y cúrcuma derramados.

Mientras el gran barco se acercaba a la orilla, Kel estiró el cuello para verlo. El alma del niño que en un tiempo, con su mejor amigo Cas, había querido ser pirata, voló ante la visión: madera y latón

pulidos y brillantes, grandes velas, la proa tallada en la forma de un mangle pintado de colores vivos. Hombres y mujeres abarrotaban las cubiertas.

El enorme barco se detuvo antes de llegar al muelle. Un murmullo de incertidumbre se levantó en el Escuadrón de la Flecha. Kel se quedó de pie, sintiéndose como un idiota, mientras el barco de Kutani flotaba justo frente a la costa.

Tras unos momentos, un pequeño bote dow fue puesto en el agua. Remó suavemente hasta el muelle, donde desembarcó un solo hombre, de estatura media, con la cabeza perfectamente afeitada y rasgos delgados y atractivos. Su túnica y pantalones eran de lino blanco; sobre ellos llevaba un manto abierto de color zumaque, entretejido con oro. El intenso color resaltaba su piel morena. La luz del sol brilló en sus anteojos dorados mientras hacía una reverencia a Kel, según la costumbre de Kutani; Kel se inclinó en respuesta.

—Soy Kurame Iruvai —dijo el hombre—. Este muelle es demasiado pequeño.

—¿Sois el hermano de Anjelica? —Kel se dio cuenta, tarde, de la importancia del manto de color púrpura rojiza y de los brazaletes de oro en las muñecas, tachonados con piedras de sangre escarlatas. Y el parecido de Kurame; por supuesto que se parecía a su hermana —. Entonces sois de la Guardia de Sangre.

Kurame asintió con la cabeza.

—Lo soy. Pero este muelle sigue siendo demasiado pequeño. Mi hermana no puede desembarcar aquí.

—¿No puede? —Kel estaba francamente asombrado—. Parecía de tamaño normal en su retrato. No ningún tipo de giganta.

Una sonrisa rozó la comisura de la boca de Kurame.

—Ya veréis a qué me refiero, si el problema puede rectificarse. Si no —añadió pensativo—, quizá debamos volver a Kutani.

Kel se volvió para dirigirse al Escuadrón de la Flecha y les habló con su mejor versión del tono imperativo de Conor.

—Necesitamos mover el muelle. Ahora.

Se escucharon algunas protestas entre dientes, pero ese muelle se había diseñado para ser móvil. Kel se retiró a la orilla mientras el Escuadrón de la Flecha se metía en el agua, maldiciendo furiosamente mientras las olas salpicaban y arruinaban sus pantalones escarlatas y dorados. Tirando de las cuerdas con un gran esfuerzo, el muelle se remolcó a un lado, dejando un camino despejado desde el agua hasta la tierra.

Mientras tanto, Kurame había regresado al bote dow, donde parecía estar leyendo un libro. Benaset, que había permanecido a caballo, le echó una mirada asesina. Kurame lo ignoró con una indiferencia verdaderamente magnífica. Kel, que empezaba a sudar en su pesada ropa, pensó si podría considerar a Kurame como su héroe particular.

Cuando el muelle se hubo reubicado, la embarcación se acercó. Se bajó una pasarela enorme, que el Escuadrón de la Flecha miró con franca sorpresa ante la extensión de la brillante madera. Dos largas filas de cortesanos de Kutani se alinearon a ambos lados de la pasarela. Cada uno llevaba una rama con las flores escarlata del árbol de fuego. Las mujeres vestían sencillos vestidos de algodón con magníficos estampados y ricos bordes decorativos de hilos de oro y plata; los hombres llevaban lino blanco, con bandas de tela más colorida en las muñecas y los tobillos.

El pequeño bote de Kurame había sido remolcado a la orilla; él desembarcó y se dirigió hacia Kel. Otros dos guardias de sangre, ambos atractivos jóvenes que guardaban cierto parecido con Kurame, descendieron por la pasarela, con las cabezas altas y las brillantes espadas a la cintura. Al igual que su hermano, llevaban

brazaletes dorados que indicaban su rango. Al llegar al final de la pasarela, hicieron una reverencia a Kel y se apartaron, uno a la derecha y el otro a la izquierda. De alguna manera, a Kel le recordaron a una doble fila de sacerdotes de Lutan haciéndose a un lado para permitir a la gente de a pie contemplar la sagrada llama del Templo.

Echó la cabeza hacia atrás cuando notó movimiento en lo alto de la pasarela. Algo entró en su campo de visión, algo tan inmenso que por un momento bloqueó el sol. Bajando por la pasarela de madera, había un elefante, enorme y gris, con grandes ojos oscuros de pestañas como las de una chica. Una gualdrapa de brocado ámbar le cubría los costados; los colmillos estaban pintados de plata, y guirnaldas de campanillas de plata tintineantes le adornaban la cabeza y los tobillos. Kel se quedó boquiabierto. Oyó reír a Kurame, encantado.

—Os lo dije —se burló.

Cuando la bestia se acercó, Kel vio que, sujeto con correas a su lomo, había un palanquín tejido con tiras de madera de mangle. En el interior del palanquín iba sentada la princesa Anjelica, con la espalda tan recta como una flecha.

Ella también llevaba un vestido ceñido, pero el suyo era de brocado dorado, y sobre sus delgados hombros colgaba una capa traslúcida de sef marakandí dorado y escarlata, creando el efecto de unas alas de libélula. Su nube de rizos negros estaba recogida en una red brillante. Ella miró a Kel desde su posición elevada, y él captó la mirada fugaz de sus ojos oscuros.

Contuvo el aliento; no pudo evitarlo. Era hermosa de una manera casi dolorosa. Kel había visto retratos suyos, por supuesto, y había oído todas las historias sobre su encanto. Era famosa por ello... y con razón, al parecer.

Pero Kel siempre había pensado en la belleza como algo que admirar y disfrutar. No se había dado cuenta de que había un tipo de belleza que dolía contemplar. Que causaba un nudo en la garganta, como escuchar una música profundamente dulce y triste.

«Y ella parece triste —pensó—. No, ansiosa».

Miraba alrededor, como esperando algo. Se podía ver su tensión.

«Ella también se teme un ataque de su pretendiente rechazado».

Pero no había barcos en el horizonte, ni señal de ninguna embarcación entre el puerto y Tyndaris más grande que una barca pesquera. La princesa se puso en pie e hizo una reverencia, no a Kel, sino al pueblo de Castelana que se había reunido para verla. Se elevó un gran clamor. Vitoreando, lanzaron sus flores al aire, una mullida nube de azafrán. Entonces, ella soltó una exclamación; una palabra breve y aguda, que era claramente una orden, y el elefante comenzó a arrodillarse. Se agachó con gracia ante Kel, y extendió una pata delantera, ligeramente doblada.

—Desea que os unáis a ella —explicó Kurame, con una mano en el hombro de Kel—. Subid.

«Allá vamos», pensó Kel, y trepó por la robusta pata del elefante.

Lin estuvo leyendo durante varias horas en la Mansión Negra hasta que tuvo que salir a hacer su ronda. Ese día solo tenía unos pocos pacientes que visitar, pero con todo el gentío que estaría colapsando las calles de la ciudad, le inquietaba no llegar a tiempo. Se sorprendió al encontrar a Andreyen esperándola en la escalinata de entrada de la Mansión Negra. Estaba apoyado en su bastón, contemplando la plaza Escarlata y la ciudad más allá. Su expresión era especialmente indescifrable ese día, aunque nunca era fácil saber lo que estaba pensando el Rey Trapero.

—Estás preocupada —afirmó él—. ¿Es porque Benjudah ha llegado a la ciudad?

Ella le dirigió una mirada curiosa. Pocos *malbushim* sabían siquiera que los ashkar tenían un líder, y si lo sabían, como Conor, lo llamaban el Exilarca. Aunque, por otro lado, Andreyen conocía la existencia de los libros prohibidos en el Shulamat. Su búsqueda de conocimiento sobre magia lo había acercado mucho a su gente.

—Sí —contestó Lin. Era un alivio decir la verdad—. Su tarea es ponerme a prueba. Ver si soy la Diosa que afirmo ser. Cuando descubra que no lo soy...

—Tengo una sugerencia para ti —repuso Andreyen, sin dejar de contemplar la ciudad—. Supongo que estás intentando aprender todo lo que puedas antes de que, como predices, fracases en cual sea el reto que te plantee. —Se volvió hacia ella—. Puedes echar mano de la magia, Lin. Concéntrate no en qué puedes fingir para ir pasando esas pruebas, ni en el poco tiempo que crees que te queda. Concéntrate en pasar la prueba. Yo creo que puedes.

Lin se quedó demasiado sorprendida para responder y, de hecho, él tampoco parecía esperar ninguna respuesta, porque volvió a entrar en la Mansión Negra y cerró la puerta.

Había tenido razón sobre lo difícil que sería cruzar la ciudad. Era casi mediodía, y las multitudes abarrotaban las calles; Castelana entera había oído hablar de la belleza de la princesa extranjera y estaba ansiosa por celebrar su llegada. (A excepción de esas jóvenes que se lamentaban porque el Príncipe de la Corona pronto se casaría y dejaría de estar disponible para ellas; esas vagaban por las calles desconsoladas, con lazos rojos prendidos a las pecheras para simbolizar sus corazones rotos. Lin pensó que eran ridículas).

El jazmín blanco era la flor de Kutani. Cada balcón parecía lucir una maceta de la cual salían flores de jazmín blanco; cada puerta mostraba una guirnalda de esas flores. Su fuerte aroma, de un espeso dulzor, flotaba en el aire. Junto a los jazmines, se veían rosas amarillas, la flor de la Casa Aurelian, y coloridas banderas de seda de Castelana ondeaban en cada una de las ventanas.

Cuanto más se acercaba Lin a la Ruta Magna, más pobladas se volvían las calles. El pueblo castelaní se había vestido con los colores de la celebración: rojo brillante y dorado, por supuesto, así como verdes lima y sedas de un color frambuesa tan intenso que parecían comestibles. Las mujeres llevaban coronas de flores; los hombres lucían ramilletes en los ojales o en los bolsillos.

Lin se dio cuenta de que no vestía en absoluto para la ocasión. Pero, al fin y al cabo, era evidente que era ashkar; las miradas de la gente se posaban sobre ella y se apartaban, ignorándola, tal como ocurría habitualmente. No se esperaba que los ashkar celebrasen acontecimientos como las bodas reales. Después de todo, no eran realmente ciudadanos de Castelana.

Pronto se vio atrapada en medio de un grupo de estudiantes ebrios y bulliciosos, que la arrastraron durante varias calles antes de dejarla, sin ceremonias, cerca de la calle de las Mujeres Cantoras. Molesta, se sacudió la ropa y cruzó el distrito del Templo en dirección al barrio de la Fuente, donde vivía su primera paciente, Zofia Kovati.

La encontró de un humor excelente. Zofia había sido pirata en su juventud y todavía llevaba un parche negro en el ojo. Ese día vestía una chaqueta militar abotonada sobre un vestido de tafetán de corte anticuado con falda de vuelo.

—Esta noche habrá música en las calles —explicó Zofia en un tono levemente soñador, mientras Lin se arrodillaba para palpar la

hinchazón de los frágiles tobillos de la anciana—. Los Aurelian han sido listos al casar al Príncipe de la Corona con la chica de Kutani.

—Sí —afirmó Lin.

Listos y fríos. Conor no amaba a esa princesa, aunque quizá, si ella era tan hermosa como se decía, llegaría a amarla. El estómago amenazó con encogérsele de nuevo, pero ella no le hizo caso y cogió el auscultador.

—Yo estuve en Kutani, hace mucho tiempo —continuó Zofia, todavía con el mismo aire soñador—. En la Ciudad de las Especias. Las casas allí son como castillos. La arena, tan fina y suave que puedes dormir sobre ella como si fuera un colchón. Hasta los plebeyos van envueltos en seda y terciopelo, con aros de oro en las orejas y en los dedos. Los jardines son como un paraíso.

El murmullo de la voz de Zofia le llegaba a través del auscultador, junto con los sonidos de su corazón enfermo. Lin sabía que cuando el corazón comenzaba a morir, se acumulaba líquido alrededor del músculo, ralentizando aún más su función y haciendo que el cuerpo retuviera agua y sal. Un médico de Castelana sangraría los brazos y piernas hinchados de Zofia, como si la hinchazón fuera la causa de sus males y no un síntoma. Le diría a Zofia que podía curarse.

Lin sabía que no era así.

Guardó el auscultador y sacó la medicación de siempre: *Digitalis lantana*.

—Una pastilla con agua cada mañana —le indicó—. Y también te dejaré varios talismanes aquí, en la mesita de noche. Llévalos cerca de la piel.

Zofia sonrió con picardía.

—¿Puedo bailar? Esta noche habrá baile en las calles para celebrar el compromiso real.

—Por supuesto que puedes bailar. De hecho, te lo recomiendo. —Lin se colgó el zurrón al hombro—. Te receto luz de luna, música y un pretendiente joven y apuesto con el que bailar.

Zofia rio a carcajadas mientras Lin se despedía. Fuera hacía, si era posible, más calor que antes. Lin caminaba cerca de los edificios, buscando las sombras, mientras se dirigía al distrito del Templo. Los niños se reunían alrededor de las fuentes públicas, salpicándose con agua. Se nadaría en el río del Miedo y se venderían sorbetes helados en puestos que, como por arte de magia, aparecerían en cada esquina cuando el calor superase cierta temperatura.

Lin percibió movimiento a su derecha y volvió la cabeza justo cuando un carruaje aminoraba su marcha y se colocaba junto a ella a su paso. Pero no era cualquier carruaje. Era un carruaje de Marivent, lacado en rojo, con el blasón de un león dorado en el lateral. El cochero, sentado en el pescante, vestía el uniforme de Palacio; miraba fijamente hacia delante, con una expresión severa, como si no la viera.

La puerta del carruaje se abrió. El hombre que se inclinó hacia afuera tenía el cabello entrecano, el perfil de un halcón y una boca estrecha de expresión dura.

Lin se detuvo en seco. El carruaje paró por completo a su lado.

—Legado Jolivet —saludó Lin.

Miró de un lado a otro de la calle; había algunos peatones caminando hacia la Ruta Magna, pero evitaban deliberadamente mirar en dirección al carruaje. Los asuntos de Palacio eran asuntos de Palacio.

El legado inclinó la cabeza.

—Domna Caster.

—¿No deberíais estar con el príncipe en un día tan importante como este? —preguntó ella.

«Y peligroso», pensó. Mayesh siempre decía que, para la realeza, aparecer en público era una cuestión de riesgo y recompensa. Exponerse al público los ponía en peligro, pero esconderse de él era arriesgarse a su ira o desprecio.

Él alzó una ceja delgada.

—Kel Anjuman tiene la situación bajo control, os lo aseguro.

Ah. Cuando Kel había dicho que tenía que ir a buscar a una princesa, Lin había supuesto que iba a ir al puerto con Conor. No que iría en lugar de Conor; el Guardián de Espadas actuando no como protector, sino como príncipe.

—Subid. —Jolivet hizo un gesto impaciente, indicando que debía entrar en el carruaje—. Palacio solicita vuestra presencia.

—Queréis decir el príncipe —aventuró Lin.

Jolivet se limitó a mirarla con expresión impasible. Lin sabía que debería sentir miedo, pero algo dentro de ella se rebelaba. Era médica, estaba haciendo sus rondas. Tenía otros pacientes, personas que dependían de ella. A diferencia de cierto príncipe, que claramente no podía imaginar que tuviera responsabilidades más importantes que sus caprichos.

—Mayesh Bensimon es mi abuelo —le recordó ella—. No le gustará enterarse de que me estáis tratando así.

—Mayesh os diría que estáis portándoos como una necia al decir que no a Palacio, si es que eso es lo que estáis haciendo —aseguró Jolivet. El sello en su dedo brilló cuando hizo un gesto despectivo—. Creedme. Lo conozco bien.

Tenía razón. Lin apretó los dientes. Sentía la necesidad de dar una patada a las ruedas del carruaje y gritar, pero eso tampoco arreglaría nada.

Alzó la cabeza y sostuvo la mirada del legado.

—Supongo que sí —dijo—. Pero tengo que estar de vuelta en el Sault antes de que anochezca.

Él esbozó una leve sonrisa.

—Como deseéis, domna —repuso, y le tendió una mano callosa para ayudarla a subir al carruaje.

Elsabet

Una leve aura de abandono reina sobre el antiguo templo de Anibal en la calle del Áncora. En el interior, las esquinas de la cella, la gran cámara central, están cubiertas de un polvo espeso. Faltan azulejos en los ornamentados mosaicos del suelo, y enmarañadas telarañas cuelgan como espuma marina de los candelabros.

Sin embargo, la parte norte de la cella, donde se alza el altar, se ha barrido recientemente. Sobre el altar, rodeada de imponentes estatuas del dios de la muerte, hay una alta silla sacerdotal, y en la silla está sentada una mujer de largo cabello negro y rasgos afilados y aquilinos. Lleva un vestido escarlata, ajustado como un guante, como si la hubieran mojado en sangre. Es una princesa, y está muy lejos de su tierra natal.

Contempla inexpresiva a los dos hombres que se encuentran frente a ella. Uno es Artal Gremont, con un aspecto desagradablemente sudoroso. El otro se niega a que lo llamen por su nombre real; la princesa ha comenzado a referirse a él como Siete, ya que esa es la posición de su silla en el reloj de la Cámara de la Esfera.

—Entonces ¿el príncipe está decidido a sellar esta alianza con Kutani? —pregunta Elsabet Belmany—. ¿No se le puede hacer cambiar de opinión?

—Siempre lo he considerado falto de carácter —responde Siete, quien conoce mejor a Conor que Artal—, pero en esto se ha mostrado sorprendentemente firme. No ayuda que cuente con el respaldo de todos sus consejeros habituales: Bensimon, Jolivet...; todos están entusiasmados con este matrimonio.

—Claro que lo están —murmura Elsabet. Oportunistas sin carácter, todos ellos. Todo el mundo sabe que Castelana funciona con la avaricia como el cuerpo humano lo hace con la sangre y los humores. Cada persona que rodea al príncipe busca solo enriquecerse con oro; han olvidado las ofrendas más valiosas de la realeza: la nobleza, el orgullo firme, el gobierno férreo de la ley y el valor para liderar una nación en batalla—. Molesto —añade—, pero nada que no esperásemos. Es el Guardián de Espadas quien me preocupa ahora. Sigue siendo un obstáculo para nuestros planes.

Artal frunce el ceño.

—¿Ese que se supone que es primo del príncipe? No parece una gran amenaza. Podría contratar fácilmente a un mercenario para acabar con él.

—Es mejor luchador de lo que aparenta —replica Siete, mirando de reojo a Artal con desprecio—. Y, además, nuestra señora lo quiere vivo.

Elsabet se enorgullece de poder leer con facilidad a la mayoría de las personas. Para ella es evidente que Siete no soporta a Artal y apenas tolera su presencia. Oculta una sonrisa. Siete tiene un gran concepto de sí mismo, como todos los titulares de los fueros, y a Elsabet le divierte verlo incómodo.

—Quiero a Kellian Saren vivo —dice—. Pero también quiero que pierda el favor de Palacio.

—No es Palacio quien lo protege —responde Siete—, es el príncipe. Lo quiere como a un hermano. No permite que le hablen mal de él. Ya lo he intentado.

—Pero ¿con qué pruebas? —pregunta Elsabet—. Sin duda, el Guardián de Espadas le ha sido leal. Y si fallara en algo menor, el príncipe seguramente lo perdonaría.

Siete asiente con la cabeza, reconociendo la verdad de las palabras de Elsabet.

—Sin embargo —reflexiona ella—, un príncipe debe reaccionar ante la traición. Mientras que un amigo podría perdonar una deslealtad, un gobernante no puede tolerar un acto en su contra, porque es un ataque a su país.

—¿Os referís a que está trabajando con el Caballero Muerte? —pregunta Siete—. Y no con el conocimiento de Conor, hasta donde yo sé.

Elsabet observa una araña negra correr por el suelo de azulejos rotos.

—Eso no es suficiente. En Castelana, el Rey de la Ciudad y el Rey de la Colina han tenido durante mucho tiempo más relación de la que la mayoría de la gente sabe.

Artal y Siete intercambian una mirada sorprendida; está claro que no saben a qué se refiere ella. Ni tienen por qué; solamente son ricos, no de la realeza. Hay algunos secretos que ellos no necesitan saber.

—Pero trabajar con el Rey Trapero... Bueno, suena como si empezara a cansarse de su servidumbre. Nació para morir por otra persona, para darle su vida. Seguro que ya empieza a estar harto. Podemos aprovechar eso. Lo observaremos, lo vigilaremos.

Cometerá un error. —Se vuelve hacia Artal, que ha comenzado a mostrar una expresión de no entender nada. Al parecer, las maquinaciones complejas están fuera de su alcance—. Mientras tanto, Artal, ya sabéis cuál es vuestra tarea. Tenemos razones para creer que vuestra bonita prometida sabe dónde se encuentra Prosper Beck. Confiaré en vos para convencerla de que lo diga.

Artal sonríe.

—¡Maravilloso! —exclama—, lo disfrutaré mucho.

Capítulo ocho

Jolivet permaneció en silencio durante todo el trayecto hasta Marivent. El carruaje tomó caminos secundarios, evitando las calles principales, donde la celebración estaba en pleno apogeo. Lin podía oír el ruido y los gritos distantes, que se mezclaban como el rumor de una catarata invisible.

Puesto que él no le dirigió la mirada, Lin se sintió libre para contemplar al legado con curiosidad. De cerca, realmente parecía un ave rapaz, con la nariz curva, el mentón retraído y los ojos casi inmóviles. No era de extrañar que la gente de la ciudad lo llamase el Águila de Otoño, aunque nunca había sabido bien a qué caída se referían exactamente; ¿a la caída de los acantilados que delimitaban Marivent? ¿O a una caída más metafórica, la caída del Imperio, mucho tiempo atrás? Pues, en aquel entonces, también había legados, haciendo cumplir las leyes de los emperadores.

Jolivet pareció relajarse ligeramente cuando llegaron a Palacio. Las banderas de Kutani ondeaban en lo alto de la Puerta Norte, y dentro de los muros de Marivent, los sirvientes, vestidos de rojo, iban de un lado a otro, cargando macetas con flores de brillantes tonos coral, melocotón y mandarina. Entre los balcones colgaban alambres con

campanillas doradas; guirnaldas doradas adornaban las entradas. ¿Se había hecho todo eso aquella mañana? ¿O la noche anterior, mientras ella velaba a un paciente en el Sault?

El carruaje se detuvo en el patio del Castel Mitat. Jolivet ayudó a Lin a descender y se apresuró con ella hacia el interior del pequeño palacio. Parecía desierto, lo suficientemente tranquilo para que pudiera oír el suave carillón de las campanillas exteriores, flotando en el aire. Cuando llegaron a la puerta de los aposentos del príncipe, Jolivet llamó con los nudillos, y se oyó bullicio al otro lado. La puerta se abrió ligeramente y apareció una mujer con un gorro blanco. Lin la recordó; una de las ajetreadas sirvientas a las que había vislumbrado la noche que fue a Marivent para curar a Conor después de que lo azotaran despiadadamente.

Todo eso le parecía ya muy lejano.

Apretando con fuerza su zurrón de médica, Lin siguió a la sirvienta de gorro blanco a los aposentos del príncipe, mientras Jolivet permanecía fuera. La habitación en sí no parecía haber cambiado mucho. Estaban las mismas dos camas, las mismas mesas de mármol y los sofás de seda gastada, aunque se les había unido un pesado escritorio colocado contra una pared y cubierto por una montaña blanca de papeles con garabatos de tinta.

En medio de la habitación había un torbellino de actividad. Y en el centro de esa actividad se encontraba el príncipe Conor, casi completamente desnudo. A Lin se le cayó el zurrón. Afortunadamente, nadie pareció notarlo; le cayó al suelo con un suave golpe mientras ella observaba anonadada. Sabía, por supuesto, que los muy ricos tenían sirvientes para ayudarlos a vestirse, pero nunca se había detenido a pensar cómo se vería aquello en realidad... ni que quisiera decir, claro, que los vestirían estando sin ropa.

Tampoco era que el príncipe estuviera del todo desnudo. Llevaba ropa interior: pantalones cortos de lino fino, cortados en cruz para que quedaran ajustados. Revoloteando a su alrededor como aves ansiosas, había un grupo de sirvientes: un sastre, que llevaba hilo, aguja y un descosedor; otra, la mujer que había recibido a Lin en la puerta, que sacaba diversas prendas del armario para mostrárselas al príncipe en busca de su aprobación, y una tercera que sostenía una caja de terciopelo en la que descansaban una variedad de adornos brillantes.

En el ojo del huracán, el príncipe permanecía en calma, completamente ajeno a su falta de vestimenta. De hecho, parecía medio dormido, con los ojos entrecerrados, el cabello negro desordenado y aún húmedo del tepidarium. No pareció notar que Lin estaba allí. Nadie le prestaba atención. Y ella se dio cuenta, como si se viera desde fuera, de que él se había puesto allí para que ella lo mirara. Lo conocía lo suficiente para saberlo. Quería incomodarla. Sin duda, la imaginaba como una persona mojigata; y, de hecho, comparada con la gente de la Colina, lo era, con su vestido modesto, sus zapatos gastados y su cabello sencillo y sin recoger. Pero no dejaría que él viera su incomodidad. No apartó la mirada, sino que lo observó fijamente. Ya había visto la piel desnuda de Conor antes, cuando le había curado las heridas de látigo. Pero entonces había sido como médica, concentrada en sanar la carne lacerada. Esto era diferente. Él estaba perfecto, saludable, sin marcas. Su piel era de un tono marrón claro, brillante e intacta. Lin estaba acostumbrada a mirar los cuerpos humanos con desinterés. Tal vez se había forzado a olvidar lo hermosos que podían ser. Las líneas de su cuerpo fluían suavemente de una parte a otra: anchos hombros, una cintura que se estrechaba hacia unas caderas delgadas, músculos que se movían con suavidad y precisión bajo la piel.

Su piel parecía muy suave al tacto, de una textura fina como la seda, pero el cuerpo era duro y fibroso, sin duda moldeado por años de equitación y caza. Y esgrima. Kel había dicho que siempre estaba entrenando, y se podía ver los resultados. Los abdominales estaban tan claramente delineados como si los hubieran dibujado con tinta. También había heredado la belleza de su madre. Labios llenos, pómulos altos y dedos largos de poeta. Dedos que la habían tocado una vez, cuando «encontraron el borde del escote del vestido, donde sus pechos se alzaban presionados bajo la tela».

Como si pudiera leerle la mente, Conor desvió la mirada hacia ella por primera vez. Los ojos de ambos se encontraron, y Lin pudo notar que le ardían las mejillas mientras él curvaba la boca en una ligera sonrisa.

—Delfina —dijo él, su voz baja y lenta—, esa no. La negra, con los botones de plata.

La sirvienta del gorro blanco, Delfina, cambió hábilmente las prendas que tenía en las manos y colocó la camisa contra el príncipe. Él frunció el ceño al mirarse en el espejo de cuerpo entero que colgaba en el interior de la puerta del armario y negó con la cabeza. Del pelo mojado le goteó agua sobre las clavículas desnudas, mientras Delfina retiraba la prenda rechazada.

«Un cuerpo es solo un cuerpo», se recordó Lin con firmeza, mientras él se ponía unos pantalones grises de gamuza

—Quizá podríais elegir algo en dorado o bermellón —dijo ella, cruzándose de brazos—. Los colores de Kutani. Podría gustarles.

El grupo de sirvientes la miró alarmado, como si fuera una niña que hubiera metido un palo en la jaula de un tigre. La mirada de Conor fue hacia ella mientras se bajaba la camisa, cubriéndose (para su alivio, se dijo a sí misma) el torso desnudo.

—Oh —dijo él con tono desinteresado—. Ya estás aquí.

Era un tono calculado para hacerla sentir como una pequeña piedra que se le hubiera metido en el zapato.

—Bueno, ya que parece que me habéis traído aquí para ver cómo os visten —aventuró Lin—, he supuesto que querríais mi opinión sobre vuestra elección de atuendo.

—Créeme —dijo el príncipe Conor, dejando caer las manos a los lados—, no busco tu opinión sobre asuntos de moda.

Hubo un pequeño torbellino de movimiento mientras Delfina se ocupaba de los puños de la camisa. Cada uno tenía un encaje con hilo de oro. Le puso un chaleco de brocado dorado sobre la camisa. El encaje del cuello caía en cascada sobre el chaleco.

«Querías mi ayuda —estuvo a punto de decir Lin—. Me la pediste en la fiesta».

No dijo las palabras en voz alta. De alguna manera sabía, del mismo modo que sabía que él estaba haciendo todo lo posible por desconcertarla, que él no quería que lo mencionara.

El sastre se había avanzado para hacer unos pequeños ajustes en la caída de la camisa. Delfina le acercaba un par de botas, que a Lin le parecieron casi tan altas como ella.

—Le pedí a Jolivet que te trajera, mientras estabas haciendo tus rondas, para asegurarme de que llevaras tu zurrón de médica. Aunque veo que lo has dejado caer al suelo. Qué descuidada.

Lin lo miró muy mal, pero él examinaba con atención el joyero de terciopelo que se le mostraba. Después de dudar entre rubíes y zafiros, extendió una mano lánguida para que le colocaran los anillos en los dedos.

—Naturalmente, he supuesto que sería una cuestión urgente —replicó Lin—, no una elección entre rojo y azul.

Él abrió mucho los ojos fingiendo sentirse herido.

—La ropa suele ser una cuestión de urgencia. ¿Sabes qué sucedería si llevo naranja ante el embajador de Shenzan? Un incidente internacional.

—Sin duda —dijo Lin—. Hablando de necesidades políticas, ¿no hay otro sitio donde supuestamente deberíais estar?

Clinc. La sirvienta con el joyero de terciopelo había dejado caer un anillo. Hubo un revuelo para recuperarlo, durante el cual el príncipe observó a Lin fijamente por encima de las cabezas de los sirvientes arrodillados.

—Delfina, querida —dijo cuando esta se levantó con el anillo caído en la mano—. Alois, Iveta, dejadnos. Quiero hablar con mi médica a solas.

Delfina guardó el anillo en la caja, y el grupo de sirvientes se retiró en silencio. Cuando la puerta se cerró tras ellos, el príncipe se dejó caer sobre el diván más cercano, con las botas en la mano.

—Para el mundo —explicó mientras comenzaba a atarse una de las botas—, estoy en los muelles, recibiendo al barco de Kutani. De hecho, la mayor parte de Palacio está allí. Esto es lo más vacío que Marivent habrá estado en mucho tiempo. Por eso te he pedido que vinieras ahora.

No estaría diciendo que había enviado a Kel en su lugar para poder encontrarse con ella en el Palacio, ¿no? Desechó la idea como absurda.

—En la fiesta mencionasteis que necesitabais mi ayuda —le recordó ella—, y que no erais vos quien estaba enfermo. Creo que sería mejor que me dijerais qué es lo que realmente queréis. Puede que no esté dentro de mis posibilidades concedéroslo.

Tras haberse atado la segunda bota, Conor se puso en pie. No llevaba la corona, y los rizos negros le caían sobre la frente. Ella

recordó su capa de cisne, el modo en que las plumas le habían besado la piel.

—Tengo gran fe en tu poder.

—El Exilarca...

—Ah, sí —la interrumpió él—, tu príncipe preferido. —Su voz era ligera como las notas de una cancioncilla satírica—. Ya he pensado en eso. Así que voy a darte una orden real. Me ayudarás, y no se te permite decir nada sobre esto al Exilarca. Lo cual te exime de toda responsabilidad. Una buena solución, ¿no crees?

Lin sintió un zumbido en los oídos. Pudo oír la voz de Mayesh por encima del latido de su propio corazón: «Una orden real es una demanda formal hecha por el Linaje Real. El castigo por desobedecerla es la muerte».

Pero no lo haría, pensó. Conor no haría eso. Buscó en la expresión de él alguna señal de que bromeaba, pero no la encontró. Él le resultaba tan ilegible como un mensaje cifrado.

—¿Habláis en serio? —susurró ella.

Él no cambió de expresión, y Lin no se fijó en sus manos. Había cerrado los puños a los costados, con los nudillos blancos.

Los ojos grises eran fríos y distantes.

—No me has visto en los últimos tres meses. Me he vuelto una persona mucho más seria.

«De verdad está haciendo esto», pensó, incrédula. Pero ¿por qué había pensado que no lo haría? En el fondo, él siempre hacía lo que quería.

—Me estáis diciendo —repuso ella con voz seca—, que debo desafiar a uno de mis príncipes.

—Eso parece. Obviamente, preferiría que no fuera a mí. Ahora coge tus medicinas y te llevaré con tu paciente. No tenemos mucho tiempo.

En segundos, Kel se encontró sentado frente a Anjelica. Se aferró a los laterales del palanquín mientras el elefante se alzaba y ellos subían por los aires.

Hubo un montón de gritos cuando el Escuadrón de la Flecha intentó dar la vuelta para seguir al elefante, que ya había tomado el camino del puerto hacia la ciudad. El animal se movía a un paso lento y majestuoso, flanqueado por la Guardia de Sangre. El rugido de la multitud se elevó; los huecos entre los embarcaderos estaban llenos de flores que flotaban sobre la marea.

«Ahora soy Conor —pensó Kel—. Ahora soy el príncipe, y estoy saludando a mi prometida. Kel quizá desearía ser amable, pero Conor necesita ser distinguido. Distinguido y astuto. La amabilidad no es una parte de la política, y esto es una alianza política».

Al otro lado del palanquín, Anjelica Iruvai lo miraba con unos atentos ojos oscuros. Kel inclinó la cabeza.

—Sed bienvenida a Castelana —dijo—. Me alegra ver que habéis llegado sin problema.

—Sí, gracias, *ufalme*. —La palabra para *príncipe* en kutani.

Su voz era dulce y distante; de cerca era aún más hermosa. Llevaba sombra de ojos dorada que se extendía hasta los pómulos. Tenía unos brazos delgados, que lucían brazaletes de cobre y bronce, y plegaba las manos sobre el regazo. Kel, acostumbrado a leer el lenguaje corporal, podía ver que seguía tensa, aunque el puerto cada vez estuviera más lejos.

Él bajo un poco la voz.

—*Ayakemi*.

Princesa.

Un destello dorado. Ella lo miraba sorprendida; no se había esperado que supiera ninguna palabra en kutani. Era un lenguaje complejo, que había evolucionado de la lengua franca de los comerciantes de especias. De hecho, a Kel le había costado aprender lo poco que sabía.

—Alguien os ha enseñado cómo hablar bien —dijo ella—. Estoy asombrada.

Kel sonrió. Quizá ella lo estaba insultando, o a Conor; no le importaba. Nunca había visto a nadie tan hermoso, y estaba disfrutando de estar subido a un elefante con ella. Cuando enfilaron por la Ruta Magna y se aproximaron al numeroso gentío, él pensó: «No quedarán decepcionados. Es imposible que no la amen».

Qué diferencia con la llegada de la pobre Luisa, que había sido un escándalo. Una vergüenza. Muy distinto a ese momento.

—Estáis sonriendo —notó ella. Su castelaní era perfecto, sin acento—. ¿Qué os ha complacido?

La multitud que llenaba las calles rugía entusiasmada. Rugía y lanzaba rosas amarillas y crisantemos. Algunos cayeron dentro del palanquín, esparciendo sus pétalos amarillos.

—La gente de la ciudad os adora —contestó él—. Eso es bueno. Castelana estaba conteniendo el aliento, esperando ver a su futura reina. Están aliviados al ver que sois hermosa.

La expresión de Anjelica no cambió, se limitó a mirar, con una gravedad solemne, a la gente que se agolpaba en las calles. El aire estaba lleno de flores; muchas habían caído dentro de los balcones o se habían quedado enganchadas en las celosías.

—Eso no debería ser importante.

—Lo es, para ellos —observó Kel—. Vuestro elefante parece saber adónde se dirige. ¿Ya había visitado Castelana? ¿Un turista ávido, quizá?

—De hecho, ella es muy lista. Su nombre es Sedai. Me la regaló un príncipe de Hind. —Se inclinó para acariciar el lomo de Sedai—. Sigue a la Guardia de Sangre. Ellos saben bien el camino. En Kutani, sabéis, también tenemos mapas.

Estaban pasando ante las puertas cerradas del Sault. Kel pensó en la oración ashkar de Lin: «¿Cómo cantaremos las canciones de nuestra Señora en una tierra extranjera?». Anjelica también era una extranjera en Castelana, el lugar al que había llegado para reinar.

—*Ufalme*. —Anjelica sostenía una pequeña caja trenzada. Dentro había un surtido de frutos secos caramelizados. Cogió uno y se lo llevó a la boca, luego le ofreció la caja a él—. Hay quien dice que a Conor Darash Aurelian le acompaña la mala suerte —dijo, mirándolo bajo las largas pestañas—, que se alegró cuando la pequeña niña de Sarthe murió, pues Sarthe lo había avergonzado enviándosela.

Kel parpadeó. Lo que acababa de decir no era exactamente maleducado, pero era muy poco común que la realeza fuera tan directa. Mordió una nuez para darse un poco de tiempo extra.

Luego, se la tragó, antes de hablar.

—Luisa no murió a causa de la mala suerte. —¿Por qué no igualar su franqueza? —. Murió porque alguien deseaba provocar una guerra entre nosotros y Sarthe, algo que aún podría suceder. Lamento la muerte de la princesa, tanto por ella, como por la seguridad de Castelana.

Los ojos de ella estaban fijos en su rostro.

—Habéis hablado como un príncipe inteligente —observó—, pero no sois el príncipe, ¿cierto? —Ella lo observaba como si fuera un interesante acertijo que quisiera resolver—. Conor Aurelian no tolera las nueces. Le hacen vomitar. Pero vos no parecéis sufrir ninguna molestia.

Kel sintió la sorpresa como un golpe sordo. Ella le había ofrecido una nuez, y él no había recordado que debía rehusarla. ¿Cómo había podido, tras tantos años de entrenamiento, cometer un error tan grande?

«Me da miedo que no seáis capaz de lidiar con todos vuestros conflictos interiores. Ser un Guardián de Espadas, y ahora esto».

Nunca había fallado de una forma tan estrepitosa en su tarea.

—La alergia puede tardar un tiempo en mostrar sus efectos. Puede que esté bastante mal cuando lleguemos a Palacio. —Hizo un ruido que esperó que indicase que se le avecinaba un problema estomacal.

Ella sonrió ligeramente.

—Olvidáis vuestra propia magia —continuó ella—. Los que saben quién sois realmente, pueden veros tal como sois. No tiene sentido mentirme, Guardián de Espadas.

En el vestíbulo, Lin y el príncipe se unieron a Jolivet, que claramente conocía su misión; los precedió al bajar por la escalera curvada, hasta una estrecha puerta y por un segundo tramo de escalera, iluminada por faroles. No había ventanas, y la escalera desembocaba en un largo túnel de paredes de piedra. Unas lámparas dibujaban brillantes líneas en las paredes. Lin supuso que se hallaban bajo tierra. Recordó a Kel diciendo que la Colina estaba llena de pasadizos por debajo de Marivent.

Si Jolivet se sentía incómodo con el frío silencio de sus acompañantes, no lo mostró en absoluto. Sus botas repicaban contra el suelo de piedra mientras caminaban. La levita bordada del príncipe se le arremolinaba al alrededor con la ligera brisa que

soplaba en el túnel. Las lámparas de los muros iluminaban el bordado dorado de las muñecas, haciéndolo brillar.

Como grilletes, pensó Lin. Pero no era un prisionero. Ella sí. Quebrar una orden real era traición. Significaba el Truco, y el Truco significaba la muerte.

«El príncipe debe saber que nunca confiaré en él después de esto», pensó Lin.

Aunque él ya creía que ella no confiaba en él; que ni siquiera le gustaba. Ella se había negado a decirle que lo ayudaría, así que él había elegido obligarla a darle esa ayuda. Era un príncipe; ¿qué otra cosa podía esperarse de él? La rabia que sentía era amarga como una hierba venenosa; no solo estaba furiosa con Conor, también consigo misma.

A medida que avanzaban por el túnel, Lin vio varias puertas situadas bajo arcos a lo largo de la pared. Cuando llegaron a la correcta, Jolivet la abrió con una gran llave, que pareció llegar a su mano como por arte de magia.

Una vez más, se hallaban al pie de una escalera, esta vez de caracol. A medida que subían, pasaron varias ventanas de guillotina, y Lin empezó a darse cuenta de que se encontraban dentro de una de las torres de Marivent. La escalera terminó finalmente en una puerta metálica, tachonada con un dibujo de estrellas y constelaciones. La luz se colaba por las juntas de la puerta de metal, creando la extraña ilusión de que flotaba en el aire.

Jolivet llamó en una secuencia extraña: tres golpes, luego dos, luego tres nuevamente. La puerta fue abierta por un guardia del castillo, quien salió de la habitación para dejarlos pasar. El príncipe Conor entró primero, haciendo un gesto para que Lin lo siguiera. En el momento en que ella estuvo dentro, Jolivet cerró la puerta tras ellos.

Lin se encontró en una estancia brillantemente iluminada. Era amplia y circular, con el techo elevándose hacia la sombra en la punta de la torre. Había pequeñas ventanas en lo alto; los muebles eran de castaño de Valderan y brillaban con un cálido tono marrón a la luz de múltiples velas.

Un planetario de oro y plata, que mostraba la posición elíptica de los planetas, descansaba sobre un escritorio; las paredes estaban repletas de libros relacionados con la astronomía, las posiciones de las estrellas y sus historias. Un armario contenía un sextante y telescopios de varios tamaños, algunos hechos de ébano o con gemas engastadas. De las paredes colgaban volvelles y mapas astrales, dibujados con delicadeza, que mostraban la posición de las estrellas y las órbitas de los planetas. Por todas partes había papeles cubiertos de notas escritas con una letra apretada, oscura y casi indescifrable. Había algo que brillaba entre los papeles, y, por un momento, Lin pensó que eran gemas, diseminadas por la superficie del escritorio, pero una mirada más atenta le reveló que eran esquirlas de cristal roto. Extraño.

Cuando los ojos se le acostumbraron a la luz, vio a Conor cruzando la estancia hasta una silla de madera de respaldo alto, situada junto a la ventana. A Lin le había parecido vacía, pero al seguir con la mirada al príncipe Conor, se dio cuenta de que no estaban solos en la habitación. La silla estaba ocupada. Pero el hombre de la silla se mantenía tan inmóvil que ella no había percibido su presencia. No parecía moverse en absoluto, ni una sola contracción muscular, ni una respiración. A pesar de la cantidad de velas en la sala, él se hallaba entre las sombras.

El príncipe se había detenido ante la silla. Lin no pudo interpretar su expresión mientras observaba al hombre que estaba sentado ante él. Su rostro seguía siendo una máscara.

—Padre —llamó. Su voz era firme y queda—. He traído a una médica para veros.

Lin estaba demasiado sorprendida para moverse. ¿El paciente era su padre? ¿El rey?

¿Y por qué el rey estaba tan quieto, tan silencioso?

—Es la nieta de Bensimon —añadió Conor—, ya sabéis, de la que habla a menudo.

Seguía sin haber respuesta. El príncipe hizo un gesto a Lin para que se acercara. Esta se encontró a sí misma avanzando reticente hacia él, hasta quedar frente al rey en su gran silla tallada.

«El rey Markus Aurelian». Lin conocía su aspecto, por supuesto, y no solo porque su rostro estuviera en las monedas de media corona. Cuando ella era niña, el rey aún hacía apariciones públicas. Recordaba haberlo visto en la plaza Valerian; un hombre alto y rubio, de hombros anchos, que se parecía a su madre nórdica. Un hombre imponente, había dicho su padre.

Seguía siendo un hombre grande. Pero, de alguna forma, la piel parecía demasiado pegada a los huesos. El pelo era blanco como la nieve y largo; le llegaba a media espalda. Las venas se le traslucían en la piel; Lin podía ver su trazado, como una telaraña, en las sienes. Aunque se sentaba encorvado y con los hombros hundidos, como si estuviera medio paralizado, las manos, cubiertas por guantes negros, se aferraban a los brazos del sillón con una fuerza que Lin podía sentir en la boca de su propio estómago. Como si se agarrara con todas sus fuerzas, pero ¿quién podría mantener un agarre semejante durante tanto rato? Y, sin embargo, Lin estaba segura de que llevaba haciéndolo desde que habían entrado en la habitación.

Lo más extraño de todo era su mirada. No era totalmente inexpresiva, para nada; tenía los ojos muy abiertos y parecía mirar

fijamente más allá de Conor y de ella, como si viera algo horrible en la lejanía. Lin casi deseó volverse para mirar detrás de ella.

—No te molestes —dijo el príncipe con amargura—. Está mirando a la nada. Siempre lo hace. —Le pasó una mano ante el rostro, torciendo la boca—. Ahora lo sabes —dijo—. El rey de Castelana, mi padre, se ha vuelto un muñeco de cera babeante. Un corazón vacío. Toda su gran fuerza, desaparecida.

«Y, sin embargo, este es el hombre que os mandó azotar hasta haceros sangrar», pensó Lin. Pero sabía bien que no debía decirlo; su propia experiencia con su abuelo le había enseñado lo fácil que era odiar y amar a alguien al mismo tiempo. Especialmente a alguien de quien se esperaba que te amase.

—¿Quién más lo sabe? —prefirió preguntar—. ¿Lo de la enfermedad de vuestro padre?

—Se sabe que mi padre no está bien. Eso es lo que Kel te diría, si le preguntases. Casi nadie sabe más. Bensimon y Jolivet. Unos pocos guardias. Mi madre, la reina.

El rey se movió de repente, un gesto inquieto. Lin miró rápidamente a Conor, pero no parecía sorprendido. Se inclinó sobre su padre, y avanzó la mano como para coger la de él...

El brazo del rey se alzó con una velocidad increíble y sus dedos enguantados se cerraron en un puño. Lo lanzó hacia el príncipe como si quisiera romperle la mandíbula, pero Conor, claramente acostumbrado a esto, atrapó la muñeca de su padre y la sostuvo con fuerza.

—Padre —dijo—, soy yo. Vuestro hijo.

La vacua mirada del rey se deslizó hacia el príncipe Conor. Lin pudo ver la piel, de un rojo furioso, en el borde de los guantes, donde se le veían las muñecas. Recordó que, años atrás, las manos

se le habían quemado de forma horrible durante una ceremonia oficial; llevaba guantes desde entonces.

—*Ryura hini* —murmuró Conor suavemente, y Lin se dio cuenta de que reconocía esas palabras. Eran malgasi. Mariam se las había susurrado, años atrás, acariciándole el cabello mientras ella gritaba en medio de pesadillas. *Ryura hini*. *Ryura hini*. Cálmate. Cálmate.

El rey bajó el brazo despacio. Conor le soltó la muñeca y dio un paso atrás. El rey continuaba sin expresión; unas manchas de un rojo brillante ardían en las mejillas de Conor.

Lin pensó en los cristales rotos sobre el escritorio.

—¿Con...? —Estuvo a punto de preguntar: «¿Con qué frecuencia es violento?», pero cambió de opinión—. ¿Cuánto tiempo lleva así?

—Desde lo de la Galería Brillante —contestó el príncipe—. Esa noche, después de la matanza, mi padre salió del Cubo y entró en esta torre. No ha salido de aquí desde entonces. Apenas ha hablado. Ha estado... —hizo un gesto con la mano, y los anillos brillaron bajo la luz de las velas—... como ves. La mayor parte del tiempo.

—Pero creéis que os entiende. Le habéis hablado en malgasi.

—Ojalá lo supiera mejor. Pero sí. Vivió en esa corte cuando era muy joven. —El príncipe parecía impaciente; la tenue luz hacía que los ángulos de sus facciones se destacaran con frialdad. Los bordes de los pómulos parecían tallados a cuchillo—. No puedo dejar que Gasquet examine a mi padre; no sabe nada. Además, tampoco es de fiar. El mundo no puede saber que el rey está enfermo. Hemos estado al borde de la guerra con Sarthe durante estos últimos meses. Si ellos supieran...

—Pero seguro que las familias de los fueros han notado que no se ha comunicado con ellas, que no ha aparecido en las reuniones ni ha tratado con los embajadores.

—He falsificado todas sus cartas —admitió el príncipe sin inmutarse—. Con la ayuda de tu abuelo. Afortunadamente, no hemos tenido que lidiar con visitas de embajadores. Tras lo de la Galería Brillante, se han mantenido alejados por respeto. O por miedo. —Esbozó una sonrisa torcida—. Estaré a tu lado si deseas examinar al paciente. Si intenta levantarte la mano, lo detendré.

—He tratado a pacientes violentos antes. No tenéis que preocuparos.

Sus ojos grises la recorrieron antes de volverse nuevamente hacia el rey.

—Padre. Ahora, ella va a examinaros.

Aferrándose a la correa de su zurrón, Lin avanzó lentamente hacia el rey. Los ojos de este no se movieron para seguir su progreso, incluso cuando su sombra se proyectó sobre él. Conor estaba cerca, con los brazos cruzados, observándola mientras ella cogía su auscultador.

Respiró hondo y se inclinó para acercarse al rey. De él emanaba un leve aroma, como a papel viejo y hollín. De cerca, le pudo ver cierto parecido con el príncipe Conor. Sus ojos también eran grises, y tan claros como el agua del mar, aunque la piel de alrededor estaba surcada por finas arrugas.

Colocó el auscultador sobre el pecho del rey y escuchó. Era enervante tratar con un paciente que ni siquiera parecía saber que ella estaba allí, pero sus latidos eran constantes; la respiración, normal. El rey no tenía las glándulas inflamadas, ni la piel se amoratá cuando ella se la apretó con firmeza. No siguió con los ojos el movimiento de sus dedos, pero eso ya se lo había esperado. De nuevo parecía estar en otro lugar, y era difícil recordar que, solo momentos antes, había intentado atacar a su hijo.

—Parece estar bastante sano, al menos de cuerpo —dijo Lin, retrocediendo—. Supongo que come y duerme.

El príncipe Conor asintió.

—Hay un pequeño apartamento pasando por allí. —Indicó una puerta, casi invisible, en el panel de la pared. Lin notó que había unas marcas extrañas en la puerta. Negras, como si fueran de quemaduras. Quizá el resultado de algún antiguo experimento—. La reina se encarga de él, y le trae comida y agua. Otras veces lo hace Jolivet. No confío en nadie más.

—¿No podría ser simplemente la impresión por lo sucedido en la Galería Brillante lo que le está afectando a la mente? —preguntó Lin —. Lo he visto otras veces, en marineros que han sobrevivido a un naufragio, pero han visto a sus amigos ahogarse. La mente puede dañarse, igual que el cuerpo...

—No es eso —repuso el príncipe—. Te he hablado antes de su estancia en la Corte de Malgasi. Mi padre no volvió de allí solo. Se trajo con él a un hombre llamado Fausten. Un compañero pequeño y extraño. Mi padre y él se pasaban horas encerrados en esta torre, desentrañando los secretos de las estrellas, según ellos. En sus momentos más lúcidos, mi padre pregunta por él. Pero Fausten está muerto. Mi padre lo mandó ejecutar hace meses.

Lin no dijo nada. Sabía que había veces en las que era necesario dejar hablar a los pacientes y a sus familias; si se les daba tiempo, acababan contando lo que ella necesitaba saber. Esa parecía ser una de esas veces.

—Me preguntaba por qué querría ver a un hombre del que desconfiaba hasta el punto de encerrarlo en el Truco —siguió Conor, refiriéndose a la torre negra donde se retenía a los prisioneros de la corona antes de su ejecución—. Luego me di cuenta de que no

preguntaba por el propio Fausten, sino por algo que Fausten le daba.

El príncipe miró una vez más al caparazón inmóvil que era su padre, luego cruzó la habitación hasta el escritorio y volvió con una petaca de cristal en la que había unos centímetros de un líquido marrón oscuro. Se la tendió a Lin.

—Lo llama su medicina —explicó, haciendo una mueca—. Parece que Fausten le daba a mi padre este brebaje regularmente. Me lo dijo uno de los guardias. Pero no queda más. He registrado los aposentos de Fausten, pero parece que el brebaje desapareció con su creador.

—¿Y qué es?

—Eso es lo que me gustaría que descubrieras. Eres una médica ashkar; tienes conocimientos de hierbas y medicinas. Quiero saber qué es esto. Un medicamento, un veneno o... algo diferente.

«Merren diría que es la dosis la que hace el veneno», pensó Lin.

Recordar a Merren le trajo a la mente su laboratorio: mecanismos para destilar, para separar y concentrar ingredientes...

—¿Algo diferente? —repitió ella. Sus ojos se encontraron con los de él; de nuevo se fijó en lo mucho que se parecían a los de Kel, y, a la vez, lo diferentes que eran. El mismo tono, pero diferentes dibujos en el interior del iris. En el ojo izquierdo, Conor tenía una pequeña mancha blanca, como una estrella, cerca del aro oscuro de la pupila —. Si no es una medicina ni un veneno, ¿qué más puede ser?

—Eso podremos resolverlo cuando sepamos qué es la mezcla. — Le entregó la petaca.

Lin la cogió, y por un momento las puntas de sus dedos se rozaron. La fuerte descarga que eso le produjo la recorrió como si una flecha se le hubiera clavado en medio del pecho.

Apartó la mano de golpe. «Estúpida», pensó un segundo después; estúpida por dejar que él se diera cuenta de cuánto la desestabilizaba. Qué ridícula debía de encontrarla; y de hecho, la boca de él se había cerrado formando una línea dura e impenetrable.

—Házmelo saber tan pronto descubras algo —le dijo, mientras Lin se guardaba la petaca en el zurrón—. Puedes mandar un mensaje por medio de cualquier guardia del castillo que veas por la calle.

—Gracias —repuso Lin sin ningún énfasis—. Necesitaría un carruaje. Para que me lleve de vuelta a la ciudad.

—¿Ahora?

—Eso depende de vos —subrayó Lin—. Debo cumplir vuestros deseos, monseigneur. Lo habéis dejado muy claro.

Él sonrió. Fue un destello glacial, como un cuchillo en la oscuridad.

—Estás enfadada conmigo —señaló—. Bien.

Lin lo miró sorprendida.

—¿Bien?

—Te mantendrá alerta —contestó, y pasó junto a ella, de camino a pedirle a Jolivet que buscara un carruaje para sacarla de Marivent.

Por un momento, Lin se quedó sola en la torre con el rey. Era como estar sola con una estatua, pensó mientras se colgaba el zurrón del hombro. El silencio de él era inquietante, no se oía ni el crujido de una manga al moverse, o el roce de las botas contra el suelo.

Guardó la petaca en el zurrón y estaba a punto de salir cuando el rey tragó aire de un modo profundo y repentino. Ella se volvió, con el corazón en la boca.

—¿Su Alteza...?

Aún mirando más allá de ella, con las manos aferrando con fuerza los brazos de la silla, el rey habló con una voz baja y monocorde, áspera como el zumbido de una abeja.

—*Hollazekyer di niellem pu nag*. —Su mirada se posó en ella—. *Hollazekyer di niellem pu nag*. *Hollazekyer di niellem pu nag*. *Hollazekyer di niellem pu nag*.

—Su Alteza... —intentó ella de nuevo, pero era evidente que él ni la veía ni la oía. Repetía la misma frase una y otra vez, como si no pudiera controlar el flujo de palabras que le salía de la boca.

Incapaz de evitarlo, Lin huyó de allí.

Antonetta

Antonetta había descubierto el túnel cuando tenía quince años. En su tristeza y soledad tras el abandono de sus amigos, había comenzado a deambular por la mansión de noche. Como la mayoría de las casas de la Colina, la suya se había construido sobre cimientos antiguos. En el sótano descubrió, oculto tras un panel pintado, un túnel tallado en la piedra. Cuando alzó el farol, pudo ver que parecía alargarse kilómetros, y se ramificaba en pasillos más pequeños, como el coral que crece bajo el mar.

Casi se había perdido en la serpenteante red de caminos subterráneos antes de aprender a llevar tiza cuando bajaba allí. Había descubierto que muchos de los otros pasillos daban a puertas que ahora estaban selladas, pero el principal acabó llevándola a un edificio abandonado en el Laberinto. Nunca supo quién había creado los túneles, aunque tenía algunas sospechas. Quizá alguno de sus ancestros que quería ser capaz de huir de la Colina en caso de ataque, o que estuviera involucrado en el contrabando de productos ilegales. Era un secreto fascinante, uno que, en otro tiempo, habría compartido con Kel y los demás. Ahora se lo guarda para ella, y

desde que lo descubrió, ha usado el túnel a menudo. Ni su madre ni ningún sirviente se han dado cuenta nunca.

En los meses que lleva prometida a Artal, Antonetta ha empezado a visitar la puerta del túnel ansiosamente, como para asegurarse de que aún tiene una forma de escapar si lo necesita. El concepto de actividad sexual con Artal le repugna, y el añadido de la Primera Noche, con los nobles babosos como Esteve, Uzec y ese rastrero de Ciprian Cabrol observando, aún más.

Todavía recuerda a Artal de pie, frente a ella, con el aliento oliéndole a brandevino mientras le guiñaba un ojo y le decía: «No digas que no te he dejado opción. Si dejaras de ser tan terca y me arreglaras un encuentro con tu amigo Prosper Beck, podríamos hacer nuestra noche de bodas tan privada como quieras».

Antonetta le ha dicho una y otra vez que lo que pide es imposible, pero él no la ha creído. Aún no ha descubierto quién mueve los hilos de Artal, pero sabe que alguien lo hace. Por una parte, le gusta dar a entender que tiene amigos poderosos. Por otra, es demasiado tonto para haber ideado un plan tan astuto por su cuenta. Cuando a Artal le gusta lo que ve, lo coge, y eso parece ser el nivel máximo de complicación de sus planes.

Pero ¿quién puede estar detrás de Artal? ¿Qué titiritero lo mueve? Antonetta, sentada en el borde de un viejo aljibe, mira pensativa la puerta que oculta el túnel subterráneo. Y lo más importante, ¿cómo consiguieron ese nombre, Prosper Beck? ¿El nombre del hombre que le enseñó a luchar con la espada cuando no era más que una adolescente?

Sus pensamientos se dirigen a Kel, a la expresión en su rostro cuando le había contado el plan de la Primera Noche de Artal. Sorpresa mezclada con horror y asco. Le habría gustado tomárselo como una prueba de que ella le importaba, pero era Kel.

Probablemente, habría reaccionado igual ante la suerte de un extraño. La empatía es una cualidad hermosa, piensa moviendo los pies fastidiada, pero hace que sea difícil saber qué está pensando él.

«¿Cuánto me conoce?», se pregunta. Desde luego que él no podría imaginar hasta dónde pueden llegar su rabia y su odio; no cree que nadie pueda. Se ha entrenado a sí misma durante todos estos años para mantener escondidos esos sentimientos, para que no se muestren nunca en su cara, para estar siempre sonriente, como corresponde a una buena chica. Sonreirá durante toda la ceremonia nupcial con Artal, y luego, tras pasar el horror de la Primera Noche, sonreirá durante toda su venganza.

Capítulo nueve

Kel dejó salir el aire que retenía en una suave exhalación. La princesa de Kutani lo había pillado desprevenido, y eso no era algo que sucediera a menudo. Se sintió a la vez profundamente molesto y ligeramente impresionado, como si ella le hubiera ganado con un astuto movimiento en una partida de castillos.

—Habéis estado fingiendo que todo iba bien desde que nos encontramos en los muelles —dijo ella—. Pero si Palacio ha mandado al Guardián de Espadas en vez de al príncipe, deben de haber considerado que había un gran peligro. Si le pregunto al rey o a la reina, me temo que solo oiré mentiras. Pero vos lo sabéis. Decidme, ¿en qué tipo de peligro me encuentro?

—Sospecho que lo sabéis —contestó—. Laurent Aden.

Ella se puso roja. Kel no pudo decir si por enfado o por vergüenza.

—No he visto barcos en el puerto. Ni el galeón de Aden ni buques de guerra de Castelana.

Así que estaba preocupada. Había estado observando.

—Dejar los barcos de guerra a la vista hubiera alarmado a la población en un día en que Palacio quiere verla feliz. Pero, creedme, sí los había. Los acantilados que flanquean el puerto esconden redes

de cuevas y túneles. Los contrabandistas los usan, pero también nuestra marina... cuando es necesario.

—Aden podría emplear otros métodos para llegar a mí —señaló—. Es rico. Se puede permitir viajar de forma lujosa por los Caminos Dorados. Mientras esté vivo, me perseguirá.

—Castelana es una fortaleza —explicó Kel—. Solo hay dos formas de entrar: el puerto y el Paso Estrecho. Ambos estarán vigilados. Y Marivent es inexpugnable. Sé con seguridad que el pirata está vivo, y sé, con la misma certeza, que no puede llegar a vos.

Ella relajó los hombros.

—Si estáis seguro de que está vivo... Bien, de acuerdo. Hay algo más. Sé lo que sucederá cuando llegue a Marivent. Querrán mostrarme cada rincón de Palacio, cada retrato y cada escultura. Pero antes de que acceda a quedarme, necesito una cosa. Necesito hablar con el príncipe Conor. Honestamente y sin el rey ni la reina delante. ¿Podéis hacer que sea así?

«Antes de que acceda a quedarme». Kel no se había dado cuenta de que no se lo estaba garantizando. Dudó mientras pasaban bajo la Puerta Norte, con el palanquín de Sedai casi rozando el arco superior.

—Sí —dijo finalmente—. Si me ayudáis, sí que puedo.

Muchos de los que llegaban a Marivent se sentían intimidados por el tamaño del lugar, los muros de piedra blanca y las torres que proyectaban sus sombras sobre la ciudad y el puerto. Kel recordaba cómo se había sentido hacía tanto tiempo, cuando era niño, al pasar a caballo bajo la Puerta Norte junto a Jolivet.

Sin embargo, Anjelica no parecía intimidada; solo alerta. Se fijaba en todo mientras entraban en el patio de césped tras la puerta,

donde un grupo de cortesanos, con las manos adornadas con enredaderas en flor, había formado un círculo abierto. En el centro se hallaba la reina. Junto a ella estaba Mayesh, con su medallón brillando tenue como la luna detrás de las nubes. Kel no vio a Jolivet. Lilibet ya había comenzado a avanzar, sonriendo, cuando vio a Sedai. Una genuina expresión de sorpresa le cruzó el rostro; Kel no pudo evitar encontrarlo ligeramente divertido. La expresión de Mayesh, por supuesto, no cambió en absoluto cuando Sedai se detuvo y Anjelica se alzó. Kel reparó en que llevaba zapatillas de brocado y unas exquisitas cadenas de oro y plata le rodeaban los tobillos. Sin dirigirle ni una mirada, ella salió del palanquín e hizo un ruido parecido a un trino; Sedai movió la trompa hacia atrás y rodeó con ella la cintura de la princesa. Con un suave movimiento, levantó a Anjelica y la posó sobre la hierba.

Anjelica hizo una profunda reverencia a la reina. Kel no pudo oír el saludo; estaba ocupado descendiendo del lomo de la elefanta. Hizo una entrada mucho menos elegante que la de Anjelica, ya que Sedai no pareció dispuesta a ayudarlo. Por suerte, hizo un aterrizaje lo suficientemente seguro para mantener su dignidad.

El Escuadrón de la Flecha ya estaba atravesando las puertas, y formaron su propio círculo alrededor de los cortesanos y los guardias de sangre, que permanecían inmóviles junto a la cabeza de Sedai.

La reina miró a Kel por un momento antes de volver a centrar su atención en Anjelica.

—Bienvenida, *ayakemi* Anjelica. Un nombre hermoso —añadió, sonriendo, mientras cogía la mano de Anjelica entre las suyas. La reina parecía un lirio de agua, con un vestido de seda verde y blanco, que caía en pesados pliegues en los que podía admirarse la riqueza del material. Un collar de perlas le rodeaba el cuello y más

perlas, trabajadas con oro blanco, la frente—. Pero no de Kutani, ¿verdad?

—Me llamaron así por una compositora que mi madre adoraba. Anjelica Kjell, de Hanse.

—Encantador, encantador —dijo la reina, mientras le daba unas palmaditas en la mano y se la soltaba. Detrás de ella, Kel vio a Mayesh volverse para susurrar algo al oído de un guardia del castillo, que salió corriendo—. Me encantaría haceros un recorrido por el palacio y los jardines, querida —propuso Lilibet—. Recuerdo cuando vi Marivent por primera vez, siendo una niña y sabiendo que algún día sería reina de este lugar. Algo inolvidable. —Sonaba melancólica.

Anjelica sonrió.

—Eso suena maravilloso —contestó—. Quizá mañana. Hoy me gustaría hablar a solas con mi prometido.

La reina miró a Kel con dureza, como si le dijera en silencio: «¿Qué estáis haciendo?». Después de todo, ya se había decidido el plan de acción. Se suponía que Kel debía desaparecer mientras la reina guiaba a Anjelica por los jardines, lo que permitiría a Conor ocupar su lugar y reunirse con su prometida cuando regresara del recorrido.

—Pero todo ha sido planeado para vos, querida. Un recorrido por los jardines y luego una pequeña cena, solo diez platos...

La expresión agradable de Anjelica no cambió. Tampoco el tono de su voz, igualmente musical.

—Debo admitir que estoy cautivada por mi príncipe. Anhelo hablar a solas con él. —Miró fijamente a la reina—. Sé que lo entenderéis.

Lilibet parecía muy desconcertada. Se volvió con rigidez hacia Kel.

—Conor, querido —dijo en voz alta, como si Anjelica no estuviera allí—. La princesa...

Kel sonrió tan ampliamente que le dolió.

—Debe tener todo lo que desee. Por supuesto, la acompañaré a sus aposentos y hablaré con ella allí. Bensimon, ¿podéis precedernos?

—Realmente espero —dijo Mayesh— que tengáis una buena explicación a lo que acaba de suceder, Kellian.

Kel y el consejero caminaban unos metros por detrás de Anjelica, en dirección al Castel Pichon. Anjelica iba flanqueada por su Guardia de Sangre; Kurame parecía interesado en el trazado del palacio e iba señalándole torres y jardines a Anjelica a medida que pasaban ante ellos.

—Tengo una explicación —repuso Kel—, pero no puedo prometeros que la encontréis buena.

Mayesh le echó una mirada dura.

—Ha adivinado quién sois, ¿no es así? ¿O ya lo sabía?

—Lo sabía. Parece estar muy bien informada —contestó Kel.

Se preguntó si debía confesar su error con las nueces, pero decidió que no.

Mayesh dejó escapar un suspiro.

—Kutani es famoso por la calidad de su espionaje. Supongo que han sido diligentes en su investigación de Castelana tras los... eventos previos. ¿Qué quiere de vos?

—No quiere nada de mí —respondió Kel—. Quiere hablar con Conor. A solas.

—¿Eso es todo lo que demanda? ¿Encontrarse con Conor en el Castel Pichon?

Kel asintió.

—Sabe bien lo que quiere —comentó—. Si me hubiera negado a su petición, simplemente le habría dicho a Lilibet que sabía quién era

yo realmente y habría exigido hablar con Conor igualmente.

Estaban cruzando el amplio césped frente al Castel Pichon, donde los tallos verdes de la hierba se mezclaban con pequeñas flores blancas que habían aparecido tras una reciente lluvia.

Mayesh soltó un gruñido. Kel percibió que el consejero se había sorprendido, y no le gustaba que lo sorprendieran.

—En el puerto estaba nerviosa —añadió Kel—, cuando le dije que Aden podría aparecer. Pero no tiene miedo ni es frágil. Puede parecer una flor, pero yo he visto hierro en ella.

—Hay diferentes tipos de hierro. El hierro que une y fortalece. Y el del filo que corta. —El anciano miró a Kel de reojo—. ¿Cuál es ella?

—Aún no sabría decirlo. Pero Conor debe conocerla tal como es. —Miró a Mayesh—. Decidle que venga con la guardia baja.

Mayesh gruñó de nuevo y se volvió, atajando por el césped, en dirección al Castel Mitat.

Kel aceleró el paso para acercarse a Anjelica y sus hermanos. Los alcanzó cuando llegaban a la puerta principal del castillo, un edificio cuadrado de poca altura con pequeñas torres en cada esquina del tejado. Castel Pichon significaba «pequeño palacio», y tradicionalmente era la residencia de la realeza visitante. Luisa d'Eon de Sarthe se había hospedado allí durante su breve estancia en Marivent, antes de la sangrienta masacre que le había costado la vida. Y también la de su guardaespaldas, Vienne d'Este, quien había jurado protegerla y murió intentándolo.

Kel se obligó a apartar esos pensamientos. Saludó a los guardias del castillo apostados en la puerta roja del Pequeño Palacio y condujo a Anjelica y Kurame al interior. (Isam y Kito, sus otros dos hermanos, se habían quedado fuera para charlar con los guardias del castillo).

Un corto pasillo de azulejos daba a un par de enormes puertas talladas, y más allá de ellas se encontraban los aposentos que serían de Anjelica. Mientras entraba junto a ella y Kurame, Kel sintió una extraña sensación, como si se hubiera dormido y se despertara en un lugar extraño. No era Conor; ni siquiera era Kel Anjuman. Era un plebeyo. No tenía ningún derecho a entrar en los aposentos privados de la princesa de Kutani. Y, sin embargo, allí estaba.

Anjelica guardó silencio mientras recorría la estancia con la mirada. Kel vio, aliviado, que Lilibet había redecorado las habitaciones desde que Luisa las había ocupado. De hecho, no solo estaban redecoradas, sino sobrecargadas, justo como le gustaba a Lilibet. Las paredes estaban cubiertas con tapices de seda de color azafrán, y cada superficie había sido tapizada en seda o satén en tonos naranja, amarillo y rojo. Un enorme diván de terciopelo rojo oscuro se extendía a lo largo de una pared, y un lecho tallado gemía bajo el peso de los almohadones de brocado.

—*Deela tie, zia* —comentó Kurame—. Sin duda ha intentado hacerte sentir como en casa.

Anjelica suspiró.

—Ha sido muy amable por parte de la reina pensar en mí —admitió—, y me encanta mi tierra natal. Pero no necesito vivir dentro de la bandera nacional.

—Lilibet adora los conjuntos temáticos —explicó Kel—. Posiblemente, más que cualquier otra cosa.

Anjelica sacudió la cabeza.

—Habrá que cambiarlo todo.

—A Lilibet no le gustará —aventuró Kel.

—Yo cubriré los costes. Seguro que así lo aceptará.

«Probablemente, no», pensó Kel. Lilibet se lo tomaría como un insulto y un rechazo de su gusto, lo que, a decir verdad, así era.

Pero ya se había dado cuenta de que no serviría de nada decírselo a Anjelica; le creería, pero le daría igual. «La reina lo superará», le diría. Al fin y al cabo, eran sus habitaciones, podía hacer con ellas lo que quisiera, ¿o no?

Kel casi la envidió. Pensó que la libertad debía de ser eso: no tener que preocuparte de lo que los otros pensaran de ti. Y entonces vio que los ojos de ella miraban más allá de él y se dio cuenta de que Conor había entrado en la habitación.

Se había vestido para la ocasión. Una levita que le llegaba hasta los tobillos, forrada de seda brillante; un chaleco estampado y una camisa de samito blanco, entretejida con hilos de oro. Pesados anillos en los dedos, cada uno con una piedra de distinto color: verde veneno, azul mar, rojo sangre. Una fina corona de oro, trabajada con esmero, centelleaba con diminutos diamantes.

Por primera vez, miró a Anjelica. Y Kel sintió de inmediato que no debía estar en la habitación; había algo extraño en presenciar su primer encuentro. Los ojos grises de Conor se encontraron con los oscuros de la princesa, y Kel pudo ver el impacto de su belleza en él, como sin duda ocurría con cualquiera que la mirara.

Pero aquella sorpresa fue fugaz. Lo que vino después fue una mezcla de análisis, cálculo y una evaluación fría que igualaba la mirada de la propia Anjelica. Kel pensó que a Conor le resultaría extraño ver a alguien tan parecido a sí mismo. Alguien que también pertenecía a la realeza, que también se hallaba protegido por el privilegio y la belleza. Alguien que no estaba por encima ni por debajo de él, sino que era exactamente su igual. Quizá, para ella, la situación fuera la misma.

—Bienvenida, *ayakemi*. —Conor se inclinó en una reverencia que hizo que su levita volara a su alrededor como alas oscuras.

Anjelica inclinó la cabeza.

—*Mizuru*.

A Kel le llevó un momento recordar lo que significaba esa palabra kutani. No era príncipe, como lo había llamado en el puerto, sino prometido. Vio que Conor también había notado la elección de palabra, por el destello de interés en sus ojos.

«Debería dejarlos con su enfrentamiento», pensó Kel. De hecho, Kurame ya no estaba, había escapado con discreción en algún momento. Kel hizo ademán de seguirlo, pero Anjelica extendió la mano.

—Prefiero que el Guardián de Espadas se quede mientras hablamos —dijo, mirando a Conor.

—Kel puede saber todo lo que yo sepa —contestó Conor—. Pero hacerme de carabina no es su ocupación habitual. Y creo que dejasteis claro que queríais hablar conmigo a solas.

—Quiero hablar con vos sinceramente —repuso Anjelica. Se sentó sobre el lecho cercano, y cruzó las manos sobre el regazo—. Y sé lo que hace un Guardián de Espadas. Durante años, él habrá vivido con vos, dormido a vuestro lado, aprendido con vos, habrá llegado a hablar como vos habláis y soñar como vos soñáis. Si me mentís, él lo sabrá.

—¿Y creéis que os lo diría, si lo supiera? —preguntó Kel, con la voz cuidadosamente neutral.

Conor le guiñó un ojo.

—Creo que podría leerlo en vuestro rostro —respondió Anjelica.

«No creo que pudieras», pensó Kel, pero Conor asintió mirándolo, como diciendo en silencio: «Quédate».

Así pues, se quedaría. Kel se apoyó contra la pared mientras Conor volvía su atención a Anjelica.

—Debo ofreceros mis disculpas, princesa. Normalmente no rechazo la oportunidad de causar una buena primera impresión. Por

desgracia, no me ha sido posible recibiros en los Muelles Reales hoy.

Anjelica no se movió. Estaba muy quieta, de una manera que Kel rara vez había visto antes: la línea de su cuerpo completamente inmóvil, desde su columna recta hasta su precioso cuello.

—Había supuesto que no vinisteis por Laurent.

—Es bastante desafortunado que tuvierais que rechazar a un pirata —bromeó Conor—, y no, quizá, a alguien con una profesión menos peligrosa. Un jardinero, tal vez, o un cocinero.

—Una princesa tiene pocas oportunidades de conocer a jardineros y cocineros.

—Yo habría pensado que una princesa tiene pocas oportunidades de conocer a piratas.

Cuando Anjelica negó con la cabeza, la red dorada que le sostenía el cabello brilló como fuego.

—He visto muchos matrimonios reales. Algunos son buenos y otros son malos. Pero creo que lo más importante es que seamos sinceros el uno con el otro.

—Pensaba que hablábamos de piratas —repuso Conor con ligereza, y Kel le lanzó una mirada de advertencia. Anjelica aún era una desconocida; podría tomar fácilmente el humor de Conor, dirigido a todo lo que encontraba ridículo, como una burla hacia ella.

Pero si ella se molestó, estaba demasiado bien entrenada para dejarlo ver.

—Es relevante —replicó ella.

—Confío en que sí —dijo Conor—. Entonces, sinceridad entre la realeza. ¿Qué se os va a ocurrir después?

—Solo la verdad —respondió ella—. Soy una de las diez hijas del rey de Kutani. No la mayor, ni tampoco la más importante. Pero se me considera la más hermosa.

—Yo también soy el hijo más atractivo de mis padres —replicó Conor.

Anjelica pasó por alto sus palabras.

—Cuando eres una princesa que no es la primogénita ni la de mayor dote, aprendes a ser práctica sobre cada una de las ventajas y desventajas con las que cuentas. Pero había un hombre que frecuentaba nuestra corte. Alguien a quien veía a menudo en fiestas y actos sociales. Laurent Aden, el corsario. Él me cortejó con pasión.

Conor intercambió una rápida mirada con Kel, que se encogió de hombros. Para alguien que hablaba de pasión, la voz de Anjelica era fría y seca como un témpano de hielo.

—Creí que me amaba realmente —prosiguió—. Incluso cuando mis padres lo descubrieron y me prohibieron verlo, me agarré aún más fuerte a la creencia de que era sincero conmigo.

—Dejadme adivinar —intervino Conor—. ¿Solo estaba interesado en enriquecerse con vuestra dote? Los hombres que hacen del robo su modo de vida no suelen ser capaces de dejar de lado el instinto, ni siquiera en asuntos personales.

—Fue peor que eso —explicó Anjelica—. Uno de sus marineros lo traicionó y contó su plan a Palacio. Aden esperaba que yo le permitiera el acceso a Palacio; usaría ese acceso para robar los cofres reales antes de escapar en el *Rosa Negra*. Cuando se descubrió esto, huyó de la Ciudad de las Especias, pero antes de hacerlo se atrevió a venir a mí y rogarme que me escapara con él. Me negué. Le escupí en la cara. Dijo que yo le pertenecía, y que no dejaría de insistir. Desde entonces no me ha dejado en paz.

—Lo entiendo perfectamente —afirmó Conor—. Yo también he tenido piratas obsesionados conmigo.

Una sonrisa curvó la esquina de la boca de Anjelica, pero desapareció con rapidez.

—Os divertís mucho —dijo en tono grave—, *mizuru*.

—Espero divertir a los demás también —repuso Conor, no sin amabilidad—, aunque sé que puede que eso no ocurra. —Se sentó sobre el lecho, no lo suficientemente cerca de Anjelica para invadir su espacio, pero tampoco tan lejos como podría—. Consideráis que necesitáis advertirme —dijo—. Temíais que Aden estuviera en los muelles hoy, y teméis que aún pueda venir a por vos.

—Pensé que debíais saberlo. Puede que no me deje en paz.

—Hace tiempo que se nos hizo saber ese peligro —explicó Conor, sin asomo de humor—. Había barcos buscándolo hoy, pero no lo capturaron, ni siquiera lo avistaron.

Una extraña expresión cruzó el rostro de Anjelica.

—Es astuto. No creo que esto acabe aquí.

—Le he explicado que este Palacio es una fortaleza —intervino Kel —. Estará a salvo aquí.

—No es posible que temierais contarme esto —dijo Conor—. No podéis haber pensado que no lo sabría. Me dijeron que vuestra reputación había sido mancillada. Que por eso vuestros padres estaban dispuestos a permitir vuestro matrimonio conmigo.

«Ah», pensó Kel. Entonces esa era la razón: lo que Castelana tenía para ofrecer a Anjelica que nadie más tenía. La reputación de una princesa era tan importante como su dote; su alianza fallida con el corsario la habría hecho inapropiada para el matrimonio a los ojos de muchos miembros de la realeza.

También explicaba por qué Conor había sido reacio a contarle a Kel los detalles de la alianza. Hubiera revelado un secreto de Anjelica, no el suyo.

Anjelica se sonrojó.

—No os avergoncéis —dijo Conor, con suavidad—. Yo no me presento ante vos sin haber sido marcado por el escándalo.

Seguramente habréis oído que asesino a todas mis prometidas.

—Oh, sí —contestó Anjelica—, y que bebéis, apostáis y os veis con prostitutas también... Aunque también he oído que habéis cambiado en los últimos meses. Pero supongo que esto es solo el comportamiento normal de un príncipe.

—Tendréis cualquier cosa que requiráis, en cuanto a protección —ofreció Conor—, aunque seguro que eso ya os lo esperabais. No puedo evitar sentir que hay algo más que os preocupa. Algo que es, quizá, más difícil de pedir que la protección física.

Anjelica alzó los grandes ojos oscuros hacia él.

—Laurent se consideraba un gran romántico —explicó—. Hizo de todo para enamorarme. No le importó llenar el puerto con flores, sin duda pagadas con las ganancias de su piratería. Me colmó de joyas y poesía. Y durante todo ese tiempo, me estaba mintiendo.

«Puede que no fuera mentira que os amaba —pensó Kel—. De hecho, yo diría que era cierto».

—Cuando pienso ahora en las flores y en las declaraciones de amor, pienso en mentiras. Sé que esto que vamos a iniciar juntos, vos y yo, es una alianza de negocios. También sé que nos animarán a fingir que no es así. A hacer todo un espectáculo de lo mucho que nos adoramos, para regocijo del pueblo y de Palacio. Supongo que lo que estoy diciendo —remató Anjelica— es que no estoy interesada en fingir una emoción que no sentimos.

—Estoy empezando a ver por qué la mayoría de la gente no considera la sinceridad sin tapujos como un afrodisíaco —replicó Conor, seco—. ¿Estáis diciendo que, en público, debemos ignorarnos, o quizá mirarnos con disgusto? Porque, de hecho, eso podría convertirse en un problema de relaciones públicas.

—Podemos fingir para el público —contestó Anjelica—, pero no el uno con el otro. No necesitáis decirme cosas falsas, ni mostrar una

falsa pasión. —Lo miró fijamente—. Si todo esto os suena horrible, podéis mandarme de vuelta a Kutani.

Mantenía la cabeza alta, pero Kel pudo notar por su voz que estaba más nerviosa por la respuesta de Conor a esa cuestión de lo que aparentaba. Quizá esa fuera la primera grieta real que él veía en su armadura.

—No es horrible en absoluto —respondió Conor—. Hay un frío pragmatismo en todo esto que encuentro completamente encantador. Hablando de lo cual, está el tema de la fidelidad. ¿La esperáis?

Por primera vez, Anjelica pareció ligeramente incómoda.

—Yo cumpliré con mi deber para con vos —dijo a media voz— en cuanto a los herederos. No llevaré a ningún otro hombre a mi cama, pues entiendo que el linaje de los Aurelian deber ser protegido. Vos podéis hacer lo que gustéis antes de que nos casemos, siempre y cuando os comportéis con la mayor discreción. No quiero que se me vea como una estúpida que no se entera de las actividades amorosas de su prometido.

—La discreción será mi lema —prometió Conor, con calma—. Lo último que querría es causaros incomodidad cuando habéis sido tan sincera conmigo.

Ella le lanzó una rápida mirada escrutadora, pero ni siquiera Kel pudo ver nada en la expresión de Conor que indicara disgusto.

Este se puso en pie.

—Si eso es todo lo que deseabais hablar conmigo —dijo—, todo lo que puedo decir es que estoy de acuerdo con vos, y procederemos de acuerdo con ello. Ahora os dejo, si no tenéis objeción, pues imagino que estaréis cansada de vuestro viaje.

Anjelica inclinó la cabeza.

—Gracias.

Conor dio un par de pasos en dirección a la puerta, luego se detuvo y se volvió hacia ella.

—Hay —añadió— dos cosas más que creo que debería mencionar.

Ella alzó las cejas, interrogativa.

—Primero, tenéis un elefante —mencionó—. Me encantaría conocer a esta criatura. Nunca he visto un elefante.

Una sonrisa cruzó el rostro de Anjelica.

—Estoy segura de que Sedai estará encantada.

—Segundo —continuó—, siempre existe el peligro de que podáis enamoraros de mí. Soy muy atractivo.

Anjelica lo miró con gran seriedad.

—Os lo haré saber —repuso con gravedad— si tal cosa ocurre.

Conor se inclinó en una reverencia final y se dirigió a la puerta; Kel lo siguió, deteniéndose solo un momento en la entrada para mirar a Anjelica. Esta no se había movido del lecho; parecía un poco perdida, como si, habiéndose quitado de encima un gran secreto, no estuviera muy segura de qué vendría a continuación.

Fuera del castillo, el sol empezaba a ponerse. Kurame y los otros guardias de sangre se habían unido a los guardias de palacio en un juego de cartas sobre una mesa plegable. El aire estaba lleno del aroma de las flores nocturnas, que comenzaban a abrirse.

Junto a Kel, Conor respiró profundamente. Kel se volvió a mirarlo. Para su sorpresa, Conor también parecía haberse quitado un peso de encima, como si se hubiera librado de algo que temía. Lo cual era extraño; Kel no podía pensar en nada de lo que acababa de ocurrir que le quitara un peso a Conor.

—¿Ha ido todo como esperabas? —le preguntó, con verdadera curiosidad.

Conor echó hacia atrás la cabeza y contempló el cielo azul oscuro.

—Me gusta —informó, con tono complacido—. Es una chica fantástica, ¿no crees?

Lin

Por primera vez en mucho tiempo, Lin sueña.

El sueño es vívido. Está en un valle verde, contemplando a un hombre bien vestido, al estilo de unos siglos atrás, que camina hacia una casa situada al abrigo de una montaña. La puerta se abre cuando él se aproxima, y una mujer y unos niños corren hacia él con los brazos abiertos.

Pero cuando él va a abrazarlos, uno a uno estallan en llamas y arden. El hombre solloza, pero no parece ser capaz de detenerse. Cada miembro de su familia que él envuelve con sus brazos se convierte en una columna de fuego que llega hasta el cielo.

El hombre cae de rodillas entre las columnas, y sus manos prenden fuego a la hierba. Pronto la casa también está ardiendo, y los árboles y todo lo verde se convierte en cenizas. Lin grita de pena y horror, y el hombre se vuelve a mirarla, y no parece sorprendido de verla allí.

—*Hollazekyer di niellem pu nag* —dice él.

Lin se despierta con el corazón desbocado. Desde que posee la Piedra-Fuente ha tenido sueños extraños, aunque rara vez han sido tan claros. Realmente ha creído estar en el valle, viendo el fuego. Viendo cómo la vegetación se convertía en cenizas.

Se pone de lado; guarda la Piedra-Fuente en la mesilla de noche, donde siempre pueda tenerla a mano. La coge ahora y la hace girar en la mano.

—¿Qué intentas decirme? —susurra.

La piedra, en su engarce de plata, le pesa en la mano. Más que de costumbre, piensa... Aunque ¿quizá se lo está imaginando? Cierra la mano, y siente que la recorre una fuerte emoción. Se parece al miedo, un miedo que no viene de su interior. Como si en algún lugar de la noche se fraguara una tormenta. Pero nunca ha sentido esto mismo ante el advenimiento del rayo o el trueno. Es como si la piedra la avisara de una amenaza, de algo oscuro en la ciudad, algo que canta con una nota alta y discordante, como al golpear un cristal.

Algo antinatural y malévolo.

Intrigada y preocupada, Lin vuelve a dejar el broche en la mesilla. Cierra los ojos, las visiones de la Piedra-Fuente bailan en la oscuridad que precede al sueño.

Capítulo diez

Dos días después, Lin estaba sentada sobre un taburete de madera en el laboratorio de la Mansión Negra. Observaba con gran curiosidad a Merren, mientras este disponía las distintas herramientas que había preparado para examinar la sustancia que ella había traído de Marivent.

Con unos gruesos guantes que le protegían las manos, Merren alineó una serie de tarros de cristal en el borde de la mesa, cada uno de los cuales, le explicó, contenía un reactivo diferente. Había preparado también un alambique, con una llama debajo, para destilar.

Nada de ello era completamente diferente de las herramientas de la Casa de los Médicos, donde los ingredientes se pulverizaban, cortaban, destilaban, añejaban y purificaban para hacer medicinas. Merren, sin embargo, tenía otras palabras para lo que hacía y las cosas que usaba: alquimia, retortas, cucúrbita, alquitara. En la Casa de los Médicos, todo se hacía como se llevaba haciendo cientos de años. Merren parecía inventar su técnica a medida que avanzaba.

—Se te da muy bien todo esto —le dijo Lin. Merren alzó la vista y le sonrió, pero sus ojos azules estaban distantes, como si solo la

hubiera oído a medias—. Merren, ¿va todo bien?

Este inclinó la cabeza rubia e hizo una mueca mientras añadía una gota de la mezcla del vial a un frasco de líquido amarillo.

—Odio que Artal Gremont esté en Castelana y siga vivo. Se pasea por la Colina con su pinta de sapo y yo tengo las manos atadas. —No había pasado nada con el líquido amarillo; Merren procedió con el siguiente tarro—. No me gusta preguntarlo, pero ¿has sabido algo? ¿Sobre el amuleto?

Lin frunció el ceño. Se había pasado varias horas en el Shulamat, estudiando antiguas ilustraciones de amuletos y medallones protectores de tiempos pasados. Pero no le bastaba para sentirse una experta.

—Lo que él lleva es algo muy antiguo y poderoso —respondió—. El tipo de objeto que se le habría regalado a un emperador o un rey antes de la Fractura. Algunos de esos objetos han sobrevivido a través de los siglos, pero, seguramente, si la familia Gremont hubiera poseído tal objeto durante generaciones, alguien lo habría sabido.

—Interesante —comentó Merren. Lin no supo si este hablaba de lo que ella había dicho o de la sustancia azul a la que acababa de echarle un poco de líquido. Parecía estar burbujeando un poco—. Entonces ¿cómo lo consiguió Gremont? No parece el tipo de objeto que compraría en sus viajes.

—Me imagino que se lo dieron —aventuró Lin—. Pero ¿quién y por qué?

—Y lo más importante, ¿cómo se lo quitamos?

—No lo sé aún. Y, Merren, Andreyen tiene razón. Tratar de quitarle algo así a su dueño puede ser peligroso.

Merren parecía sombrío.

—Esta espera se me hace muy dura —explicó—. Sé que Kel también la odia. Lo tortura. Y es aún peor para mi hermana, tener a Gremont en la ciudad... Como cliente del Caravel, incluso.

Lin pensó en Sila, en el miedo y el disgusto en su rostro cuando hablaba de Gremont.

—No sé si ha olvidado por completo a Alys —continuó Merren lentamente—, o si causarle incomodidad le da placer. Pero ella no puede echarlo..., no sin perder a sus otros clientes de la Colina.

Otros clientes de la Colina. Lin no pudo evitar preguntarse si Conor sabía todo lo que Gremont había hecho años atrás. Kel tampoco lo había sabido hasta que Joss Falconet le había dado los detalles. No podía evitar desear que Conor no lo supiera, y tampoco le gustaba saberlo a ella.

Además, realmente no le gustaba pensar en Conor en el Caravel. Kel le había dicho que el príncipe había cambiado. Pero ¿alguien que hubiera cambiado le habría dado una orden real?

Se masajeó las sienes, sintiendo el comienzo de un dolor de cabeza.

—¿Dónde está Jerrod, por cierto?

Merren, añadiendo con el cuentagotas una gota de líquido a un tarro de algo que parecía agua azul, se sobresaltó un poco.

—No... No lo sé. Supongo que fuera, haciendo algún recado. ¿Por qué?

—Porque parece que le gusta estar donde sea que tú estés —contestó Lin, con una pequeña sonrisa—. Podrías romperle el corazón, lo sabes.

A Merren se le pusieron rojas las mejillas.

—Jerrod no piensa en mí en esos términos —replicó, mientras miraba la sustancia acuosa del frasco—. Ni creo que tenga ese tipo de... de sentimientos por nadie.

Se oyó un ruido en la puerta. Lin miró en esa dirección, pero allí no había nadie. Probablemente, no era más que la mansión que crujía, pensó, pero antes de que pudiera decir nada, Merren lanzó un grito.

La sustancia acuosa azul se había vuelto de un negro opaco y aceitoso.

—Raíz negra —dijo Merren—. El ingrediente principal de este preparado es la raíz negra.

Lin frunció el ceño.

—Nunca había oído hablar de ella.

—Es muy rara. —Merren parecía haber olvidado por completo la conversación sobre Jerrod. Hablaba el alquimista—. Tú eres médica, sabes el dicho. La dosis hace el veneno.

Lin asintió.

—Pero no es cierto para la raíz negra. Unos pocos granos ya enferman. Un trago de eso sería suficiente para matar a un buey.

—¿Y cuánto dirías que hay en esta medicina? —preguntó Lin, sorprendida.

—Una dosis mortal. —Merren observaba el frasco, que seguía burbujeando—. Esto es puro veneno.

Kel se estaba atando las botas cuando Conor entró en sus aposentos con una gastada copia de *El frío corazón del rey solitario* en las manos. (Previamente, se había quejado a Kel de que los detalles del libro sobre las verdaderas responsabilidades de la realeza no eran correctos ni por asomo, pero no había dejado de leerlo). Kel casi dio un brinco en el aire; creía que Conor tenía una reunión ese día. De hecho, había contado con ello.

—Muy buenas noticias —dijo Conor, mientras se dejaba caer en un diván y ponía el libro a un lado. Procedió a contar lo sucedido en el desayuno, durante el cual Anjelica había horrorizado a Lilibet al anunciarle que planeaba quitar todas las cortinas del Castel Pichon y reemplazarlas con telas de su propia elección—. Todas las cortinas, toda la ropa de cama —relató Conor con regocijo. Cuando Lilibet le había preguntado a Anjelica qué pensaba hacer con las telas viejas, esta le había dicho que las guardaría o haría que las entregasen a las familias pobres de la ciudad—. Mamá está furiosa —añadió Conor —. Estoy seguro de que se arrepiente de haber accedido a esta boda.

—Puede que nunca se esperara tener que sacrificar sus cortinas por el bien del reino —opinó Kel, pero Conor no estaba prestándole atención; acababa de reparar en las botas de Kel.

—¿Vas a montar? —preguntó.

Por un momento, Kel consideró mentir, luego descartó la idea.

—No, se me había ocurrido ir al Arena esta tarde. Sabes cómo está aquello de polvoriento. —Se señaló las botas—. Tú tienes la reunión esa de la Cámara de la Esfera, hoy; no me necesitarás. Vas a presentar a Anjelica a las familias. Estaría entorpeciendo.

—Lo estarías —concordó Conor—, si la reunión fuera a tener lugar. Pero se ha cancelado. Cazalet tiene la peste, o la gota, o algo así. — Se sentó erguido, sacándose el pelo de delante de los ojos—. ¿Qué hay en el Arena?

«Mierda, mierda, mierda».

—Peleas de cocodrilos —contestó Kel—. Creo. O podrían ser competiciones de poesía...

—Si es Ellsday, son las peleas. —Conor se puso en pie—. Excelente. Iré contigo. Hace siglos que no nos sentamos en el palco del Arena.

—No creo que debas llevar a Anjelica allí —comentó Kel. Las manos, que empezaban a sudarle, se le resbalaban en los cordones de las botas—. No creo que le gustase...

—No le importará. Ya la has oído... No espera que la lleve conmigo a todas partes. De hecho, ni siquiera lo desea. Estará feliz aquí, decorando sus aposentos. Lo que significa que tengo la tarde libre, gracias a los dioses... y a Cazalet. —Conor sonrió—. Además, ya he apostado cincuenta coronas a Muerte Verde. Joss hizo la apuesta por mí. Ahora podré recoger mis ganancias en persona.

No había forma de avisar a Ji-An, Jerrod y Merren. Kel tendría que improvisar cuando llegara allí. Suponía que era cierto lo que decían de los dioses: el hombre propone y los dioses disponen.

En la época del Imperio, el Arena había sido el centro de la ciudad. Los emperadores de Magna Callatis eran adictos a los deportes sangrientos, y a la gente también le encantaban, pues le habían enseñado que no había mayor gloria que luchar y morir por el emperador, ya fuera en un lejano campo de batalla, o en el polvoriento suelo del Arena, para su diversión.

En aquella época, había espectáculos violentos semanales, en los que los gladiadores luchaban, a veces entre ellos, a veces contra bestias salvajes. (Se decía que antes de la Fractura, podían obligar a un espadachín a luchar contra un fénix o un dragón; esas peleas no duraban mucho, ni el combatiente humano solía resultar vencedor). Tigres de Hind, lobos de Detmarch, grandes simios y leones de las Tierras Soleadas al sur... La multitud rugía mientras las bestias desmembraban a hombres y mujeres, y dejaban el suelo del Arena empapado de sangre.

El Imperio había acabado, pero igual que los caminos, los acueductos y el alcantarillado que mantenían la ciudad en funcionamiento, el Arena seguía en pie. Tras la caída del Imperio, los

gladiadores, que ya no eran esclavos, sino hombres libres, continuaron participando voluntariamente en las batallas del Arena, pues las recompensas, el oro y la fama, seguían siendo tentadores.

Había sido el tatarabuelo de Conor quien había promulgado la ley que prohibía a un hombre luchar contra otro a muerte por deporte. Había habido quejas por todas partes, pero los combates de animales siguieron, y el rey Marchal había traído acróbatas y bailarines, músicos y compañías de teatro, de todas las procedencias de las Carreteras Doradas para que actuaran en el Arena, sin costo alguno para los ciudadanos de Castelana. Eso había aplacado las quejas.

En los años posteriores, el Arena se había convertido en un gran nivelador. Cualquier ciudadano podía ir allí a entretenerse, fuera noble o mercader, maestro de gremio o mocoso de la calle. Toda Castelana sentía orgullo por poseer aquel lugar, aunque estaba gastado y mugriento por el tiempo. El exterior de la pista circular estaba recubierto de mármol, pero, por dentro, las piedras antiguas estaban agrietadas y desgastadas, y la pintura brillante, que una vez decoró las filas de asientos, se había ido desvaneciendo hasta convertirse en tonos pastel desgastados por el sol.

Kel y Conor entraron a través de una arcada, acompañados de los guardias del castillo. Hubo un débil vitoreo de la multitud cuando se dieron cuenta de que el príncipe estaba entre ellos. Se oyeron algunos comentarios lascivos y admirativos sobre Anjelica, junto con ofertas para invitar a los guardias a bebidas alcohólicas. Conor, vestido de lino blanco, como un emperador de antaño, sonrió como si no oyera sus comentarios, inclinando la cabeza con gracia. Kel y él habían ido muchas veces al Arena; una vez, Conor le había dicho que era bueno para el pueblo de Castelana ver a la familia real disfrutar con las mismas cosas que ellos.

Un conjunto de escalones de piedra llevaba al palco real, que había sido una vez el asiento del emperador, desde donde podía repartir muerte o misericordia a su antojo, pero ahora era simplemente una posición privilegiada para ver el espectáculo. Kel y Conor subieron entre su escolta de guardias; Kel con los ojos puestos en la multitud mientras pasaban.

Los vislumbró por el rabillo del ojo, Jerrod, Ji-An y Merren, sentados en la quinta fila. Captó la mirada furiosa de Ji-An, y sacudió la cabeza rápidamente. «No pude evitar que viniera».

Ji-An se volvió hacia Merren y Jerrod; empezaron a murmurar los tres. Kel maldijo por lo bajo mientras entraban en el palco real, adornado con guirnaldas de flores amarillas. Allí, los bancos de piedra estaban acolchados, y en una mesa baja y con incrustaciones reposaban copas, listas para el vino. Se sentó junto a Conor, escaneando el Arena. Las gradas estaban medio llenas; habían acudido familias enteras, con niños pequeños, que extendían mantas sobre los bancos de piedra.

Y, entonces, cerca de la primera fila, Kel la vio, Magali, su coronilla de cabello gris trenzado le era familiar incluso a esa distancia. Pero mientras estuviera con Conor, no podría alejarse para interrogarla. ¿Qué podía hacer?, se preguntó Kel.

Era un día caluroso, el sol brillaba como un diamante amarillo. Lin se hallaba de camino a casa tras visitar a sus pacientes (varios de los cuales había tenido que aplacar con disculpas por no haber podido visitarlos el día que Conor la había llevado a Palacio). Se mantenía en las partes más frescas de las calles, donde las higueras en flor y los almendros le daban sombra. El cielo estaba despejado sobre las murallas del Sault, del color del techelet, el antiguo tinte azul que

seguía usándose para dar color a los tapices sagrados y a las prendas de los sacerdotes como el Maharam.

Una vez dentro del Sault, Lin se dirigió hacia el Etse Kebeth, dispuesta a ver cómo se encontraba Mariam, pero se detuvo al borde del Kathot, entrecerrando los ojos ante el sol. Habían puesto una tarima, igual que en el día del Tevath, con la silla tallada del Maharam sobre ella. Pero la silla no estaba ocupada por el Maharam, sino por Aron Benjudah.

El Exilarca no tenía el mismo aspecto que cuando Lin lo había conocido en el Shulamat, polvoriento y sucio del viaje. Se parecía a las pinturas que había visto de Judah Makabi, el león, el primer dirigente del Sanhedrin, vestido con una túnica de azul techelet, y una espada colgada al costado. En el cuello, llevaba un pesado medallón de plata, parecido al de Mayesh, aunque este tenía piedras de un azul profundo, que hacían juego con la túnica.

Ante la tarima se habían reunido dos pequeños grupos, y Aron parecía escucharlos atentamente. Una fila con más ashkar se extendía desde la tarima hasta casi la escalinata del Shulamat. Lin había visto eso con el Sanhedrin; Aron escuchaba los casos y emitía veredictos, igual que el rey de Castelana hacía antes en el Convocat.

Al ver a Mariam al lado de un grupo de espectadores, Lin fue hasta ella y le dio un toque en el hombro. Mariam sonrió al verla. Tenía buen color, lo que estaba bien, pero los ojos parecían demasiado grandes para la cara. Lin tomó nota mental de preparar algo de té de genciana esa noche. Estimularía el apetito de Mariam.

—Nunca he visto tal multitud en un día de juicios —murmuró Lin —. ¿Está pasando algo interesante?

—Oh, cielos, no —contestó Mariam, con los ojos brillantes—. La familia Ohl tiene un árbol del que ha caído fruta en el jardín de Kep Chaiken. La discusión es sobre quién es el dueño de esa fruta.

—¿Qué fruta es?

—¿Y qué más da? —Mariam dio un codazo juguetón a Lin—. Todo el mundo está aquí para ver al Exilarca. Es guapísimo. Yo lo vería hasta si arbitrara una pelea de gatos.

Desconcertada, Lin se puso de puntillas para contemplar a Aron. La última vez que lo había visto, ella había estado demasiado aterrorizada para pensar en si era guapo o no. Supuso que era mucho más joven de lo que todo el mundo había esperado. Se había peinado, y el pelo le formaba un cuidado halo de bronce oscuro. Los planos de su rostro eran marcados, como el perfil de un rey en una moneda. Mandíbula cuadrada, ojos serios. Parecía cómodo emitiendo veredictos, gesticulando con fluidez mientras hablaba. Cuando las mangas de la túnica se le deslizaron hacia atrás, Lin pudo verle las marcas rhadanitas en los brazos.

—¿Qué pasa si la fruta cae en la calle? ¿O la roba una ardilla?

—Caos legal —contestó Mariam, solemne—. Pero ¿no crees que es guapo?

—Mi futuro está en sus manos, Mari —repuso Lin—. No he tenido tiempo de preguntarme si esas manos son atractivas.

En ese momento, Aron miró hacia ella. Lin se obligó a mantenerle la mirada, a pesar de estar pensando: «Todo el mundo aquí lo sabe. Saben que el Exilarca debe reconocer a la Diosa Renacida, pues el alma del Exilarca se pasa a través de la sangre, y el alma de la Diosa es eterna». Estarían todos mirándola a ella y a Aron, buscando algún signo visible de conexión entre ambos.

Apartó los ojos de él.

—¿Estás bien, Lin? —preguntó Mariam—. Pareces preocupada.

—Tuve un sueño hace dos noches. Una pesadilla. Muy vívida. —Lin le contó la esencia del sueño a Mariam, aunque no mencionó que las

palabras que le había oído al hombre del sueño eran las mismas que le había dicho el rey en la torre.

—¿Quemaba todo lo que tocaba? —repitió Mariam, curiosa, cuando Lin hubo acabado—. Creo que sé por qué has tenido ese sueño. Es una de las historias de ese libro tuyo. El que me prestaste.

Lin frunció el ceño.

—¿Qué historia?

—Ojalá tuviera el libro aquí. Era una de los Hechiceros-Reyes. —Mariam bajó la voz—. Los otros lo llamaban el rey Fénix, porque poseía el poder del fuego. Maldecía a sus enemigos para que todo lo que tocaran se incendiara. Todas las cosas extrañas que leemos se cuelan en nuestros sueños, Lin.

—Sí —respondió Lin, despacio—. De hecho, soñé también con algo que me dijo un paciente. Era malgasi, creo. *Hollazekyer di niellem pu nag*.

—Qué raro decir eso. —Mariam parecía sorprendida—. Es malgasi, sí. Significa: «Intentan impedir que me convierta en lo que soy».

Antes de que Lin pudiera responder, la interrumpió una conocida voz siseante.

—Diosa —dijo Oren Kandel, con el ceño fruncido—, perdón por interrumpiros. Hay una mujer enfadada en la puerta, buscándoos.

—¿Una mujer enfadada? ¿Tenéis su nombre? —«¿Una paciente?», se preguntó Lin.

—No. —Oren la miró altivo. Por supuesto que no tenía su nombre —. Creo que es de Geumjoseon.

«¿Ji-An?», pensó Lin. En ese momento no tenía pacientes de Geumjoseon, así que ¿quién más podría ser? Pero ¿no se suponía que ese día Ji-An estaría en el Arena con Kel y los demás?

¿Algo habría salido terriblemente mal? Se despidió con prisa de Mariam y salió casi corriendo del Kathot. Le dio la sensación de que

alguien la observaba mientras se iba. Aron Benjudah, seguro, pero cuando se volvió para mirar hacia atrás, él parecía muy enfrascado en su tarea y tan completamente ajeno a ella como si fuera una polilla.

—Aquí estamos —dijo Conor. Se encontraba reclinado sobre los cojines apilados en el banco del palco real, con un vaso de vino medio lleno en la mano—, como en los viejos tiempos. Antes de que me volviera, ya sabes, responsable.

Su tono era ligero, pero Kel se preguntó si habría una tristeza subyacente. Era difícil de decir con Conor. Siempre había tenido la habilidad de abstraerse de las realidades incómodas, gracias a la bebida, a las cortesanas, a los juegos de azar o al tiro con arco de interior. Desde que ya no se permitía tales retiradas estratégicas, las verdades incómodas parecían afectarle en los momentos más insospechados.

—Parece que te has aficionado a esas responsabilidades —comentó Kel. Intentaba obligarse a estar centrado en Conor, aunque no debería tener que obligarse. Conor debería ser el centro de todos sus pensamientos. Pero su mente continuaba volando hacia Merren, Ji-An y Jerrod, y sus planes interrumpidos—. Creo que mucho más de lo que imaginabas en un principio.

«En un principio». Kel sabía qué era lo que había provocado ese gran cambio en Conor, aunque nadie más lo supiera. Recordaba el momento, fuera de la galería llena de muertos, en el que Conor se había agarrado a él, como si necesitara a Kel para mantenerse en pie. Entonces le había susurrado, con cada palabra cargada de dolor: «Actué a sus espaldas por vanidad y orgullo, y ahora ese orgullo lo

ha pagado otra persona, con su sangre. Esto..., este desastre lo he provocado yo. Yo tengo que arreglarlo».

—Por necesidad —matizó Conor, mientras giraba el estrecho tallo de la copa de vino entre los largos dedos—. No por decisión. Me pregunto si el hecho de que sea una necesidad limita lo bien que puedo llegar a hacerlo.

—Con, todo el que asume la responsabilidad de reinar lo hace por algún tipo de necesidad.

Conor alzó la vista hacia Kel. Y sus ojos, delineados con kohl, parecían más grandes. Más que cuando era un niño, cuando Kel y él eran niños, y Kel soñaba con ver todo lo que habían visto aquellos ojos grises.

—La mayoría de la gente no escucharía mis quejas con tanta compasión, Kellian —dijo—. Después de todo, estoy lamentándome de las responsabilidades que conlleva el poder. Mira lo rápido que volvió Artal Gremont a Castelana en cuanto supo que podía hacerse con el poder del fuero.

Oír el nombre de Gremont le resultaba doloroso. Pero antes de que Kel pudiera decir nada, un fuerte chirrido surgió del centro de la pista. El sistema hidráulico y de poleas del Imperio aún funcionaba, mantenido por un equipo de ingenieros. Dos losas de tierra se apartaron, y dejaron al descubierto un ancho pozo con agua.

—Gremont es de los que ansía poder por los peores motivos —repuso Kel, con rabia—. Antonetta me contó sus planes de ejercer su derecho a la Primera Noche cuando se casen. Supongo que lo sabes...

—Lo sé —admitió Conor a media voz.

Kel se sentó de golpe en el banco junto a Conor.

—Entonces ¿por qué no lo impides?

—Piensas que un hombre como Gremont se enfadará conmigo si le digo que no —expuso Conor—, pero no entiendes cómo funciona su mente. Se enfadará con Antonetta. Se lo hará pagar a ella.

—Antonetta dijo que no cree que vaya a hacerle daño —dijo Kel, y al instante supo que había hablado de más.

Conor se limitó a alzar una ceja.

—No la herirá físicamente, es una noble de la Colina, y aún no están casados. Sería un estúpido si lo hiciera. Pero hay otras formas de hacer daño. Podría planear una vida de humillaciones y crueldades de la que podríamos no enterarnos. —Observó su copa de vino—. Mejor dejarle que haga su numerito de poder. ¿Entiendes? Lo que quiere no es poseer su cuerpo. Es poder y presumir de él ante los demás.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque entiendo a Artal —contestó Conor, hiriente, pero con el daño destinado a sí mismo.

—No entiendo cómo puedes soportar eso —replicó Kel.

Conor posó la copa.

—Créeme cuando te digo que ojalá no fuera necesario. —Sonó tan cansado que Kel se sintió dividido. Mitad furioso porque no se pudiera detener a Gremont, porque Conor no pudiera hacerlo, porque él mismo se sintiera impotente, con su amarga furia y su rabia asesina. Y mitad desesperado, porque esos sombríos cálculos eran los que Conor se veía obligado a hacer, sin tener elección.

Otro chirrido se extendió por todo el Arena. Unas rejas de hierro situadas en los extremos opuestos del campo se alzaron lentamente, y del espacio negro de su interior comenzó a salir una larga fila de cocodrilos, cada uno con una anilla de hierro alrededor del cuello escamoso. De cada anilla partía una cadena cuyo extremo sostenía un cuidador enmascarado. A medida que los cocodrilos luchadores

iban entrando en la pista, uno a uno, recibían vítores y gritos de admiración.

Kel y Conor contemplaron el desfile en silencio durante un rato; Conor con los ojos entrecerrados. A los animales se los exhibía para que el público los admirara, tras lo cual se hacían las apuestas y empezaban las peleas. Kel no tenía estómago para los deportes sangrientos, pero tenía que admitir que si no podía evitar ver alguna lucha entre animales, los que menos pena le causaban eran los terroríficos monstruos que acechaban en el puerto. Pensó en Fausten, su chillido al golpear el agua, el chapoteo y el silencio a continuación.

—A veces —dijo Conor rompiendo el silencio; parecía estar hablando mitad con Kel, mitad consigo mismo—, debemos olvidar que somos criaturas con sentimientos. Debemos coger nuestras emociones y enterrarlas, o hacerlas de piedra. Y esperar que, con suerte, nos funcione.

Kel no sabía bien qué contestar, pero en ese momento Benaset se acercó al palco y carraspeó educadamente.

—Monseigneur —le dijo a Conor—, hay alguien aquí que quiere veros.

Con un ceño de superioridad, el guardia del castillo miró a Lin desde el escalón superior, con lo que aumentaba la impresión de que se cernía sobre ella.

—Uno no puede presentarse sin más ante la realeza —dijo, señalando al palco engalanado de flores, varios metros por encima de ellos. Lin podía ver a Conor y a Kel, que parecían enfrascados en una conversación; ni la habían visto todavía—. Si queréis presentar un asunto a los pies del príncipe, hay maneras de...

Lin apretó los puños a los costados. Odiaba lo que estaba a punto de decir, de hacer, pero no parecía tener muchas más opciones. Cuando había salido del Sault, se había encontrado fuera a Ji-An, muy molesta. Le había rogado que...

Bueno. Eso no era cierto del todo. Ji-An nunca rogaba. Le había contado a Lin cómo se había frustrado el plan para que Kel interrogara a Magali en el Arena.

—El príncipe ha aparecido sin más —explicó Ji-An—. Sin ningún tipo de aviso o consideración por los planes de los demás.

—Parece su estilo, sí.

—Vas a tener que interrogar tú a Magali. —Ji-An había cogido a Lin por los hombros—. Eres la única a la que conoce, la única con la que quizá hable...

—Eso es ridículo. —Lin había negado con la cabeza—. A mí no me dirá nada. Pero... creo que puedo ayudar de otra manera.

Y así se encontró allí, a punto de mentir para conseguir llegar al palco real del Arena. Lin nunca había estado allí como espectadora. Casi se había ahogado en el polvo al llegar, por no hablar de la peste a cebolla frita y cuerpos sudados.

—¿No tenéis ninguna petición? —preguntó el guardia del castillo, mirando perplejo a Lin, que se había quedado en silencio un buen rato—. En ese caso, voy a tener que pediros que os apartéis, domna.

Lin cogió aire.

—Soy la nieta de Mayesh Bensimon, el consejero del trono —dijo y vio cómo la expresión del guardia cambiaba, tal y como ella sabía que sucedería—. Por favor, decidle al príncipe que estoy aquí.

El guardia del castillo parecía indeciso. Le lanzó una mirada, con más detenimiento, reparando en los colores ashkar, su sencillo pelo trenzado. Lin casi podía verle unos engranajes girándole en la cabeza. Era evidente que no le entusiasmaba la idea de interrumpir

al príncipe, pero tampoco deseaba arriesgarse a sufrir la ira de Mayesh por despachar a su nieta. Meneando la cabeza, le hizo un gesto a Lin para que lo siguiera.

En algún lugar más abajo del Arena, Jerrod, Ji-An y Merren la observaban mientras ella se apresuraba a seguir al guardia. Dejó que eso le diera fuerzas mientras se aproximaba al palco real. Podía ver a Kel y Conor sobre un gran banco cubierto de ricas telas, junto a una mesa dorada que sostenía una jarra y copas de vino. El embriagador aroma de las rosas Aurelian perfumaba el aire polvoriento.

—Monseigneur —dijo el guardia del castillo—, hay alguien aquí que quiere veros.

Lin se mantuvo todo lo calmada que pudo, mientras dos pares de ojos grises se posaban sobre ella. Los del príncipe entrecerrados; parecía mirarla dudoso, como si intentara recordar exactamente quién era. A su lado, Kel se había quedado inmóvil, pero fue la única sorpresa que mostró. A veces, Lin olvidaba lo buen actor que tenía que ser para hacer lo que hacía.

—Domna Caster —saludó Conor, inclinando la cabeza. El sol arrancó destellos de la delgada corona dorada que le ceñía la frente —, ¿a qué debemos esta agradable sorpresa?

—Monseigneur —respondió Lin, rápida—. Os traigo un mensaje de mi abuelo. Habría venido él mismo al Arena —añadió—, pero es un hombre mayor y el sol es demasiado fuerte para él.

Conor esbozó una encantadora sonrisa. Lin se preguntó si la ensayaría ante el espejo. Como una máscara pintada en un teatro, esa sonrisa, escondiendo lo desconocido.

—Bien, déjala pasar, Benaset. No se debe pasar por alto un mensaje del consejero.

Benaset dio un paso atrás, y Lin entró en el palco. Algo crujió bajo sus pies; bajó la vista y vio el suelo cubierto de pétalos secos. Conor contemplaba la marcha de Benaset, y su único movimiento fue el repiqueteo de los dedos contra el brazo de su silla. Kel miraba hacia la arena, pero Lin sabía que tenía la atención puesta en ella. Esperando para ver qué quería, qué iba a hacer.

—Sieur Kel Anjuman —dijo ella con el corazón desbocado—, por favor, excusadnos, pero este es un asunto de Estado, me temo. Debo hablar con el príncipe a solas.

Kel miró a Conor, que se encogió de hombros, como diciendo: «Esto no es cosa mía», y asintió. Kel se puso en pie.

—No hay problema, domna. Aprovecharé para apostar en la pelea de hoy. Tengo una corazonada con Muerte Verde.

Kel salió del palco, dedicándole una rápida media sonrisa de complicidad a Lin al pasar junto a ella. Fue una mirada de ánimo, una que decía que ambos estaban juntos en aquello, aunque él se estuviera yendo.

En cuanto Kel se fue, la actitud de Conor cambió por completo. Lin vio su tensión cuando se volvió hacia ella.

—Te dije cómo contactarme —le recordó—, a través de la Guardia del Castillo, no así...

—No podía esperar. Tenía que hablar con vos.

—¿Ha pasado algo? ¿Estás en peligro?

—¿Peligro? No, en absoluto —respondió ella y, para su sorpresa, la postura de él se relajó—. Pero tengo un mensaje. Sobre el paciente que me presentasteis. No quería que lo oyese nadie que no fuerais vos.

—Entonces, será mejor que me digas de qué se trata —indicó él, y le hizo gestos para que se sentara en el lugar que había ocupado Kel.

Lin dudó..., pero no podía negarse y, además, la idea era distraer al príncipe. Se sentó a su lado en el banco. Era un asiento confortable, acolchado, con terciopelo de gran grosor y brazos mullidos. La vista sobre el Arena era panorámica; Lin sentía que podía ver todo el lugar desplegado ante ella mientras una marea verde de cocodrilos, que ya habían concluido su desfile de exhibición, era devuelta, en estricta fila de a uno, a la oscuridad de los fosos inferiores.

La sensación de estar suspendida en el cielo, mirando al mundo abajo, era inevitable. Los antiguos emperadores se creían dioses; era fácil comprender por qué.

—Una vista excelente de un lugar muy abandonado —comentó el príncipe, y Lin se dio cuenta de que él había estado observándola mientras ella contemplaba todo aquello; pudo ver su propia fascinación reflejada en el rostro de él.

—Abandonado ahora —matizó ella—, pero se ve bien que fue magnífico en su tiempo.

—Nunca pensé que estuvieras particularmente interesada en la arquitectura del Imperio.

Era raro, pensó Lin. A pesar de la clara urgencia del mensaje que le traía, él no parecía interesado en escucharla, al menos no de inmediato.

—A todo el mundo le interesan las cosas bellas —repuso ella.

—Sí —contestó Conor tras un momento. Y usó un tono de voz tan raro que hizo que ella lo mirara. Pero él se había vuelto de lado para coger una botella del recipiente con hielo que había junto al asiento.

La posó en la mesa baja colocada ante ellos. La botella de vino era de un rojo brillante, y la condensación empezaba a precipitarse por los laterales. Cuando sirvió el líquido en las dos copas de cristal, este tenía casi el mismo color, brillante y profundo, que la sangre.

—¿Qué te parecería un poco de *rabarbaro*? —preguntó el príncipe, y deslizó hacia ella una copa llena de la sustancia de brillo escarlata. Lin la cogió enseguida. Sintió el cristal frío como el hielo en los dedos, un agradable frescor—. Está hecho de raíces de ruibarbo de Shenzan, al que los sarthianos añaden cardamomo y limón para atenuar el amargor.

Lin dudó un momento. Rara vez bebía alcohol; vino dulce en los festivales y bodas, nada más. Tomó un sorbo y casi se ahogó; el toque ácido del ruibarbo quedaba casi eclipsado por el fuego del alcohol.

—Sabe a medicina —dijo sin poder evitarlo.

Le sorprendió ver que el príncipe se reía. Él sostenía su propia copa entre los dedos, y el color rojo del líquido contrastaba con su atuendo de lino blanco. Lin pensó que no lo había visto antes vestido todo de blanco. Parecía un sacerdote disoluto.

—Supongo que sí. Cuando era más joven no me gustaba nada el sabor, no del *rabarbaro*, sino el de cualquier licor, pero uno se acostumbra. Y el efecto merece la pena.

Lin miró su copa, poco convencida. Estaba a punto de posarla cuando, abajo en las gradas, vio a Kel aproximarse a Magali. Rápidamente, tomó otro sorbo, se atragantó un poco, y se volvió hacia el príncipe, que la miraba divertido.

—Vuestro pa... —comenzó, se detuvo y se lamió el labio, que sabía a ruibarbo—. El paciente en el que ambos estamos interesados —se corrigió—. He examinado su medicina. Más de una vez. Quería estar segura.

—¿Segura de qué? —El príncipe había vaciado su copa. No pareció causarle ningún efecto. Se sirvió otra, con un movimiento casi inconsciente. Lin observó la salpicadura del líquido rojo contra el

cristal y se preguntó brevemente si Ji-An y Merren estarían viéndolos. ¿Se estarían preguntando qué demonios hacía ella?

—La droga tiene una base sedante, pero hay más ingredientes. Contiene raíz negra, que es un veneno. Y no es una dosis pequeña. Hay más que suficiente para ser mortal.

El príncipe se quedó quieto. Luego, se reclinó lentamente hacia atrás, con la copa en la mano. Su mirada estaba en la pista.

—Pero llevaba años tomando esa medicina —dijo Conor, finalmente—. Si Fausten hubiera querido matarlo, ¿no habría muerto hace ya mucho?

—No sé lo que estaba intentando hacer Fausten. O por qué el paciente sigue vivo. Solo sé esto. Y que claramente le ha afectado, pero si es porque le ha dañado o porque ha desarrollado una adicción, aún no puedo saberlo.

—¿Una adicción? ¿Como si esta sustancia fuera jugo de amapola? Pero los adictos se desesperan por conseguir la droga que toman. Harían cualquier cosa para conseguirla. Ese no es el caso de nuestro paciente.

—No lo es —concordó ella—. Pero no se sabe mucho sobre la raíz negra, ya que normalmente cualquier dosis es mortal. Si alguien sobrevive al tomarla, es difícil decir qué puede ocurrir.

Conor se quedó en silencio, retraído y pensativo. Lin tomó otro sorbo de *rabarbaro*; esta vez no se atragantó. Se le había empezado a extender una calidez desde el estómago que le producía un cosquilleo. El sol, además, era demasiado fuerte para su piel, y también para la del príncipe Conor. Le iluminaba la cara y le hacía brillar, como un hilo plateado, la cicatriz blanca de la sien. La corona parecía relucir entre los oscuros rizos de su pelo; era el tipo de cabello tan oscuro que podría absorber el calor del sol. Si se

introdujeran los dedos en él, se sentiría como hilos calentados por el sol en la palma, suaves como seda negra.

—¿Quizá el paciente ha desarrollado resistencia al veneno a lo largo de los años? —propuso el príncipe, finalmente—. ¿Quizá Fausten empezó con pequeñas dosis y las fue aumentando?

Lin parpadeó y posó su copa en la mesa. Para su horror, estaba vacía. De alguna manera, se había bebido todo el *rabarbaro*.

—Es posible. Es una planta común en las montañas de Malgasi; quizá Fausten oyera hablar de ella allí, y también sobre otros usos distintos a los que se le da en Castelana. Desafortunadamente, hay pocos libros sobre *florticultura* en el Shulamat.

El príncipe alzó una ceja.

—*¿Florticultura?*

—Floricultura —corrigió Lin, altiva—. He dicho floricultura. El estudio de...

—Las plantas y las flores. Lo sé. —El príncipe la miró de cerca—. ¿Estás borracha?

Lin frunció el ceño.

—No lo sé. Nunca he estado borracha.

El príncipe sonrió. No era la sonrisa de antes, la practicada. Era una sonrisa de verdad, sin rastro de falsedad.

—Soy una médica muy ocupada —sentenció—. No tengo tiempo de estar borracha.

—Gasquet también es médico, y se pasa el día borracho —señaló Conor.

—Sí, pero él es un médico muy muy malo. Por eso no dejáis de acudir a mí con las urgencias. Lo habéis hecho —contó con los dedos— tres veces, ya. Tres.

A él le brillaban los ojos. Había algo enternecedor en esa diversión no fingida. Aunque no tenía nada que ver con él personalmente, se

recordó Lin. Era lo que ella había dicho antes sobre el Arena: «A todo el mundo le gustan las cosas bonitas». Aunque era injusto que él fuera príncipe y también guapo. Como ser muy rico y muy afortunado; una persona debería ser solo una de las dos cosas.

—Tengo una idea —anunció él—. Hay un montón de textos sobre floricultura en la biblioteca de Palacio, debido a la obsesión de mi madre por los jardines.

—¿Habéis estado en la biblioteca de Palacio? —Lin no pudo ocultar su sorpresa.

—Las suposiciones que haces sobre mí son muy extrañas —observó él—. Aparentemente, piensas que soy analfabeto y no te da miedo decírmelo a la cara. Es... insólito.

—No, solo es que no creía que...

—¿Que supiera leer? Créeme, se me exige, y en varios idiomas. Disfruto leyendo. Podría mostrarte mis libros favoritos, pero quizá me dirías que son estúpidos.

Lin hizo un sonido de indignación.

—Mañana por la noche hay un banquete que puedo perderme, si debo hacerlo. Ven a Marivent. Te dejaré entrar en la biblioteca. Puedes ayudarme a buscar información sobre esa raíz de la que hablas.

Se oyó un fuerte chirrido. Se habían abierto las dos compuertas en el foso. De cada una, salió deslizándose un enorme cocodrilo, de los más grandes que habían desfilado en la pista antes. Al ser solo dos, se podían ver con mayor detalle; unas anillas elaboradamente trabajadas les rodeaban el cuello y de cada una salía una cadena. La piel les brillaba; tenían joyas incrustadas en algunas escamas, cada una de un símbolo de un combate ganado. Múltiples cicatrices blancas se veían a lo largo de los cuerpos, alrededor de los ojos y las mandíbulas.

Al otro extremo de las cadenas estaban sus cuidadores. Hombres enormes con hombros de remeros, que controlaban a sus bestias con una mezcla de fuerza y entrenamiento. Esos no eran cocodrilos del puerto de Castelana; habían sido criados como animales de lucha y, como tales, respondían a sus cuidadores. Aun así, no dejaba de ser un trabajo peligroso. Lin había tratado una vez a uno de esos cuidadores al que su bestia le había arrancado la pierna desde la rodilla de un mordisco.

Los cuidadores soltaron a los animales, que se lanzaron el uno a por el otro, chasqueando las mandíbulas. La acústica del Arena llevó el sonido hasta el público, que gritaba el nombre de su luchador preferido: «¡Cola Partida!», «¡Muerte Verde!». Aunque Lin dudaba mucho de que a los cocodrilos les importase.

Entre el ruido y el movimiento de la pelea, Lin captó otro movimiento. Era Kel, subiendo por los escalones del Arena, sin duda, después de su conversación con Magali. Lin debió de hacer un ruido de sorpresa (casi había olvidado que su propósito en el palco era distraer la atención del príncipe), y Conor la miró.

—¿Te incomoda? —le preguntó—. ¿Ver los cocodrilos?

—No me asustan, no. —El calor del alcohol le estaba bajando; se sentía algo mareada—. Es más bien que no me apetece ver a dos criaturas vivas, por muy brutales que sean, matándose.

—Es raro que uno mate al otro. —El príncipe Conor señaló hacia la pista del Arena—. ¿Ves ese círculo blanco de tiza en el suelo? Cada cocodrilo trata de sacar al otro del círculo. El que salga, pierde. Luchan por el territorio, igual que hacemos las personas. Matar no es el primer paso; antes viene el juego de sometimiento. Se trata de lo que puedas retener —añadió—, incluso cuando alguien intenta arrebatártelo.

—Pero sí se hacen daño —objetó Lin—. Se muerden y se cortan y sangran.

—Por supuesto. —Había una luz inusual en los ojos de Conor, mientras la miraba fijamente—. Me había olvidado de que puedes ser compasiva.

En el foso, los cocodrilos se movían en círculo uno ante el otro, con las cabezas bajas y gruñendo. Lin quiso decir: «Siempre soy compasiva, sano a la gente, soy médica». También quería decir: «Puedo verte las ojeras, oír la amargura en tu voz cuando hablas de tu padre. Sé que tienes pesadillas. Kel me lo dijo. Lamento tus heridas. ¿Cómo no iba a hacerlo?».

Pero en vez de eso, pensó: «Me ha impuesto una orden real», y sintió el sabor amargo del *rabarbaro* en la garganta.

—Bueno —dijo finalmente mientras se ponía en pie—, no con los príncipes. Solo con los cocodrilos. —Y se fue del palco sin mirar atrás.

Pasó junto a los guardias del castillo en la larga escalinata y oyó el rugir de la muchedumbre; las bestias, abajo en el foso, habían empezado a luchar.

«Bien hecho, Lin», pensó Kel mientras descendía por la escalinata del Arena. Fuera de la sombra del palco real, el Arena resultaba incluso más caluroso que antes, y estaba más lleno de gente. El aire era pesado y salado, como si el mar se hubiera fundido en el horizonte.

Lin había sido muy astuta al apartarlo así de Conor. Muy inteligente al usar su relación con Mayesh de ese modo. Aunque tendría que inventar algo que mantuviera a Conor distraído durante el siguiente cuarto de hora.

Era consciente de que en algún lugar del Arena, Ji-An y los otros lo observaban aproximarse al nivel inferior, donde Magali Berthe estaba sentada, sola.

Kel estaba acostumbrado a ver a Magali en la Colina, vestida con el rosa y plateado de la librea Alleyne. Pero, en ese momento, iba vestida como una mujer normal de Castelana, una tendera o la esposa de un tabernero; con un sencillo vestido de algodón marrón sobre una saya de lino. En su regazo descansaba un plato de cerámica con dulces: leche frita, pasteles de sésamo, galletas especiadas de Hanse. Estaba mirando fijamente a los cocodrilos que desfilaban por el suelo del Arena.

Kel se abrió paso entre un grupo de personas, algunas de las cuales se lo quedaron mirando, porque quizá lo reconocían como uno de los compañeros del príncipe, y se plantó frente a Magali. Ella mordisqueaba un macun, un tofe dulce y picante enrollado alrededor de un palillo, popular en los Caminos Dorados.

Kel se sentó a su lado en el banco de piedra.

—Domna Berthe —comenzó—. Un buen día para venir al Arena, ¿no os lo parece?

Sobresaltada, ella se volvió para mirarlo, casi dejando caer el macun. A la dura luz natural, él se dio cuenta de que era mayor de lo que había supuesto, más cerca de los sesenta que de los cincuenta, con severas líneas de preocupación marcadas alrededor de los ojos y la boca.

—Sieur Anjuman. —Inclinó la cabeza, pero él pudo ver claramente cómo se preguntaba: ¿qué demonios hace este aquí? Se suponía que los nobles no se paraban a charlar con los sirvientes, aunque él era un noble extranjero, ¿no? Marakandí de nacimiento, quizá un poco extraño en sus costumbres. Finalmente, con una voz un poco

resignada, añadió—: Se me permite acudir a los juegos, sieur. Hoy es mi día libre, y mi señora me ha dejado salir.

—Sois una sirviente leal a las Alleyne —comentó Kel con suavidad —. Sospecho que *Lior*ada, vuestra señora, confía mucho en vos.

Magali pareció hincharse como un pavo.

—Sí, es verdad; para todo.

—Habéis sido su mano derecha —dijo Kel, manteniendo la voz suave y amable—, ayudándola a criar a su hija, a mantener el hogar, a organizar las fiestas, a organizar la correspondencia.

Magali asentía, sorprendida y complacida al mismo tiempo.

—Y cuando más necesitó vuestra ayuda, domna Berthe, vos la ayudasteis a contratar mercenarios para asesinar a la princesita de Sarthe.

Magali se puso blanca. El plato de cerámica se le resbaló del regazo; Kel lo cogió antes de que se estrellara contra el suelo.

—Mi señora jamás... —empezó Magali, pero no parecía saber cómo continuar. Sus ojos recorrían el Arena. ¿Buscando sitios por dónde escapar, quizá?

—No huyáis —advirtió Kel con la misma voz calmada—. Será peor para vos si lo hacéis.

—¿Qué queréis de mí? —susurró ella.

En la distancia se oyó un rugido del gentío, indicando que por fin se había derramado sangre en el suelo del Arena.

—Solo la verdad. Saber qué pasó.

Magali negó con la cabeza.

—No podéis pedirme que traicione a mi señora.

—Entonces os diré lo que ya sé —repuso Kel, y cogió un trozo de loukum, del bol que, de alguna manera, ella aún seguía sosteniendo —. Vos frecuentáis estas peleas, aquí en el Arena. No puedo más que suponer que esto os puso en contacto con Raimon, también

conocido como la Serpiente Gris. Le ofrecisteis quinientas coronas a Raimon y su banda de mercenarios para atacar la Galería Brillante, específicamente a la princesa Luisa y su delegación de Sarthe. Algo salió mal... Raimon dice que se les había prometido que habría formas de escapar, pero no las hubo, y el resultado fue la masacre. —Se metió el loukum en la boca, saboreando el azúcar y las rosas—. ¿Negáis esto?

Magali tenía las mejillas tan rojas que parecían cubiertas de moratones.

—¿Quién lo sabe? —susurró.

—Solo unos pocos —respondió Kel—. La casa Aurelian no lo sabe, aún..., y si no queréis que se enteren, entonces tenéis que ayudarme. Raimon dijo que vos erais su contacto, pero supongo que estabais actuando de parte de vuestra señora. No puedo imaginar, si no, de dónde sacaríais tanto dinero. Y aunque sé que lady Alleyne esperaba que el príncipe se casara con Antonetta, no alcanzo a entender cómo pensó que atacar así al Linaje Real...

—¡No lo hizo! —exclamó Magali en un susurro—. Oh, esto es horrible. —Se retorció las manos huesudas—. Eso no fue lo que hizo. Nunca haría algo así.

—Pero es lo que sucedió.

—Mi señora es leal a la Casa Aurelian. Los sarthianos mandaron a esta..., a esta mocosa, la princesa, para humillarnos. Para humillar a Castelana y a su familia real. Mi señora solo pretendía devolverles la humillación. Puesto que nos mandaron a una niña pequeña, la idea era asustarla como se puede asustar a una cría. Se suponía que iba a ser una farsa.

—Es raro —replicó Kel— contratar mercenarios para hacer una cosa y que ellos hagan otra. Estaban allí para matar.

—Mi señora no dio las órdenes a los mercenarios. No estuvo detrás de lo que sucedió, sieur Anjuman. Había otros..., alguien que daba las órdenes, que exigía... —Magali había empezado a alzar la voz.

—¿Quién? —preguntó Kel—. ¿Quién daba las órdenes? ¿Quién estaba al mando de todo esto, si no era lady Alleyne?

Magali apretó los labios con fuerza.

—Sois consciente de que lo que hizo vuestra señora es traición —dijo Kel—, y que la colgarán por eso, aunque sea noble. Y entonces no podrá protegeros. Los muros del Truco se cernirán sobre las dos.

—No. —Magali parpadeó rápidamente, sacudiendo la cabeza—. Yo no soy una traidora...

—Entonces decidme —apremió Kel, en voz baja—. Si vuestra señora no ordenó la matanza, ¿quién lo hizo?

—Por favor —jadeó Magali—. Debéis creerme. Fue un día o dos después de los asesinatos de la Galería. Escuché a mi señora en su estudio. Discutía con alguien, diciendo: «¿Cómo pudo suceder esto? ¿Esto es lo que queríais desde el principio? ¿Toda esta muerte, toda esta destrucción?». Y una voz le respondía. Una voz oscura y ronca como yo no había oído en la vida. —Magali se estremeció—. Dijo: «Ahora estáis implicada. Si intentáis traicionarme, caeréis conmigo, y vuestra caída será peor que la mía».

«Una voz oscura y ronca». Kel pensó en la figura vestida de negro de la azotea, con la voz rasgada diciendo: «Sois afortunado por tener una utilidad para mí, Guardián de Espadas».

—¿Y no tenéis idea de con quién hablaba lady Alleyne?

—No. No. —Le empezaba a costar respirar—. Esa persona llegó enmascarada y encapuchada, toda de negro, y así se fue también, en un carruaje sin marcas, y mi señora se encerró en el estudio el resto del día. La oí llorar a través de la puerta. —Magali miró ansiosa

a Kel—. ¿Veis? No fue culpa suya. Encontrad a la persona que estaba amenazando a mi señora, y daréis con quien planeó la matanza.

—¿Una figura misteriosa, toda de negro, que se mueve en un carruaje sin marcar? —El tono de Kel hizo que Magali se encogiera —. Si voy con esta historia al legado Jolivet, se imaginará que os habéis inventado a esta persona, Magali, para distraer la atención de lady Alleyne y así librarla de la culpa. Si no tenéis más pruebas...

—Hay algo más. —Los ojos de Magali estaban enrojecidos—. Hace unos pocos días, mi señora recibió una carta. Se volvió loca de rabia tras leerla. Yo... puede que la recuperara de la basura. Quería saber qué era lo que le había molestado tanto.

—¿Qué decía?

—La obligaba a acudir a una reunión en la noche de Cereday. En Tyndaris. Para hablar sobre «un asunto de lealtad».

—¿Tyndaris? —Kel frunció el ceño. La gente solía evitar la isla sumergida, a excepción de los peregrinos decididos a visitar la Iglesia de las Mil Puertas, visible solo con la marea baja.

—Sí. —La voz de Magali era firme.

Kel sabía el aspecto que tenían las mentiras. La mujer no estaba mintiendo, de eso no tenía duda. Ni le pareció que tuviera más información.

Se puso en pie, con el sabor del loukum, excesivamente dulce y pegajoso, aún en el paladar.

—No le contéis a nadie esta conversación, domna Berthe. O me enteraré, y el legado también. ¿Lo entendéis?

Magali asintió; parecía haberse quedado sin fuerzas, como si no fuera capaz de hacer otra cosa más que asentir. Kel la dejó mirando hacia la pista con ojos inexpresivos, sin dar muestra alguna de estar enterándose de que los cocodrilos, ya sin cadenas, daban vueltas

uno alrededor del otro, chasqueando las mandíbulas de sus fauces cubiertas de sangre.

Kel se dirigió hacia los escalones que llevaban de vuelta al palco real, pensando en Magali, en el miedo en sus ojos mientras él le hablaba del Truco, la ley, el legado. Realmente nunca había usado antes su posición como Kel Anjuman para amenazar a nadie. Le sorprendió darse cuenta de que no le molestaba tanto hacerlo como había pensado.

Jerrod

A Jerrod no le gusta. No le gusta nada.

Desde que Kaspar se había colado en su rincón del puesto de fideos para contarle que Prosper Beck había vuelto, no había dejado de darle vueltas al tema. Siempre había sabido que Beck volvería y que, cuando eso sucediera, su antiguo jefe lo buscaría otra vez. Él era uno de los hombres de Beck; había hecho un juramento. Pero había infravalorado lo cómodo que llegaría a estar en su nueva vida en la Mansión Negra.

Cuando Jerrod se había unido al equipo de Andreyen, se había ordenado a sí mismo no establecer ningún tipo de relación. No hacer amigos, a pesar de que el ambiente era claramente amistoso. Había fallado estrepitosamente.

Supuso que, al principio, había pensado que la camaradería en la mansión era una pose, una fachada tan falsa como la del almacén en el que estaba ahora, con sus carteles en el exterior anunciando una sala de juego. Beck había tenido ese negocio de juegos de azar en el lugar, pero eso había sido hacía mucho tiempo. Ahora albergaba algo totalmente diferente a los juegos de azar.

Lo que Jerrod no se había esperado era lo realmente unido que estaba el grupo de la Mansión Negra. Había crecido rodeado de criminales; la mayoría se preocupaban solo de sí mismos, porque tenían que hacerlo así. Cuando los Vigilantes llegaban, huías, y no te parabas a mirar si tu cómplice corría contigo o no. De hecho, hasta podías considerar apuñalar a tu cómplice para que no te delatara en el Cadalso.

El grupo de Andreyen Morettus no era así en absoluto. Cuidaban los unos de los otros. Jerrod hasta temía que pudieran estar cuidando de él.

Y luego estaba Merren. Los demás, Kel, Ji-An, el propio Andreyen, bien podían tener reservas hacia Jerrod. No los culparía por ello. Pero Merren confiaba en él. Para ser un envenenador que trabajaba para un famoso criminal, Merren era sorprendentemente confiado en general, pero a Jerrod le gustaba pensar que...

Unos pasos en los escalones del almacén apartan a Jerrod de sus pensamientos. Ha estado esperando en el pasillo; ahora va hacia la entrada de la pequeña oficina y echa un vistazo dentro. El gran hombre sentado al escritorio lleva su habitual abrigo escarlata y plateado; de alguna forma lo hace parecer aún más imponente.

—Voy a traerlos —dice Jerrod.

Recibe un seco gesto de asentimiento, lo cual es muy propio de Beck. Jerrod vuelve al pasillo, donde ve que sus dos invitados acaban de llegar.

A uno lo conoce de nombre y de vista: Artal Gremont. A su lado, está la mujer malgasi. Jerrod no sabe su nombre, solo que es alguien importante en los círculos de poder en Malgasi y que está decidida a hablar con Beck. Tiene una oscura cabellera larga y la cara estrecha, y va vestida de terciopelo negro, sobriamente cortado. La cadena dorada que le brilla en el cuello es su única joya.

—El guardia de abajo nos ha hecho subir —dice Gremont, sin necesidad. No estarían aquí si Kaspar no les hubiera traído.

Jerrod hace señas a ambos de que pasen a la oficina y ellos pasan a su lado sin casi reconocer su presencia. Esto es lo más cerca que ha estado nunca de Artal Gremont, y le sorprende la náusea que le cierra el estómago. Jerrod nunca ha pensado mucho en la nobleza. Aunque actúan dentro de los límites de la ley, engañan, mienten y roban igual que cualquier otro. Su creencia de que, de alguna manera, ellos son mejores le parece lejana y ridícula. Pero Gremont es distinto; tan detestable que los otros nobles llegaron al punto de exiliarlo de Castelana. Y había hecho daño a Merren, la persona que menos se lo merece del mundo.

Jerrod entra en la oficina.

—... y sabéis que la ciudad necesita un líder —está diciendo la mujer. Tiene un fuerte acento malgasi, lo cual no es raro.

—Tenemos una monarquía, aquí en Castelana, que funciona bastante bien —contesta el hombre del escritorio—. Y un rey.

—Palacio está irremediablemente corrupto —afirma la mujer de forma cortante.

Todo en ella es cortante. Tiene ese aire de rapaz, lista para atacar; un ave de rapiña o una serpiente con la cabeza erguida.

—No voy a negároslo. —El hombre tras el escritorio entrelaza las manos sobre el regazo—. Pero aquí hay otro rey. El Rey de la Ciudad.

—Que hace lo que le ordena vuestro Palacio —suelta ella—. Más de lo que creéis.

«Interesante», piensa Jerrod.

—El juego está a punto de cambiar, Beck —dice Gremont, con voz untuosa—. Y sabéis bien lo que eso significa.

El hombre al que llama Beck se limita a encogerse de hombros.

—Os referís a una redistribución del poder —interviene Jerrod, rápidamente.

La mujer malgasi le echa una mirada.

—Eso es —asiente—. Las cosas van a cambiar, en la Colina y en la ciudad. Algunos caerán, otros ascenderán. Los días del Rey Trapero han pasado. Necesitamos a alguien independiente gobernando vuestras calles. Alguien con quien yo pueda colaborar. ¿Puedo colaborar con vos?

Jerrod siente que una leve sensación de alarma se le agarra a las entrañas y le acelera el pulso. Había esperado que la mujer quisiera hacer algún tipo de trato con Beck, quizá comprar algo ilegal. Armas o alguna cosa por el estilo. Esto..., el convencimiento implícito de que Beck se aliará con ella en contra de las fuerzas más poderosas de la ciudad, dispara todas sus alarmas.

La mujer le sostiene la mirada al hombre del escritorio y parece perforarlo con los ojos.

—Tengo que pensarlo —dice él, finalmente, y aparta la mirada de ella—. Dadme tiempo.

La boca de ella se curva un poco en las comisuras.

—Por supuesto —accede, y entonces parece dudar, como si acabara de ocurrírsele algo—. Solo por curiosidad, ¿por qué odiáis tanto a Conor Aurelian?

Jerrod intenta captar la atención del hombre del escritorio, pero es demasiado tarde. Este alza los imponentes hombros, en un gesto informal, antes de hablar.

—Es un corrupto. Todos los nobles lo son.

—Ah —responde la mujer, y es menos una palabra que un suspiro.

Un momento después hay un destello plateado, como si un pájaro metálico se hubiera lanzado al aire. El hombre tras el escritorio cae

hacia atrás, agarrándose la garganta, de donde ahora sobresale la empuñadura de un cuchillo.

Antes de que pueda pensarlo, la mano de Jerrod ha volado hacia la empuñadura de su propia daga. Antes de que pueda cogerla, siente que lo empujan hacia atrás y su espalda golpea dolorosamente el marco de la puerta. La mujer está sobre él, con la cara a escasos centímetros de la de Jerrod y un brillo en sus ojos rapaces. Nunca ha visto a nadie moverse tan rápido.

—Pequeño esbirro —dice, mientras le acaricia el pecho con dedos delgados y pálidos—. Estaos quieto. Voy a dejaros vivir, y este es el motivo: iréis a hablar con Prosper Beck, el real, y le diréis que Elsabet Belmany lo está buscando y no soporta a los estúpidos. Ni perdonaré con facilidad que haya intentado sacárseme de encima con un truco. —Sonríe, se ve un destello de dientes blancos en la sombra—. Beck volverá a oír hablar de mí y, la próxima vez, le soltaré a Gremont. A Gremont le encanta hacer daño, y es muy bueno en ello, ¿no es así, Artal?

Gremont asiente bajo la luz tenue, el rostro inexpresivo, y, en ese momento, Jerrod se da cuenta de lo controlado que está por la princesa de Malgasi. Se recuerda a sí mismo que tiene que decirle eso a Beck. Es exactamente el tipo de cosa que querrá saber.

Un momento después, sin un solo sonido, ella ya se ha ido, dejando a Jerrod solo en la habitación con Artal Gremont, que mira con una leve mueca de desdén el cadáver desplomado sobre la mesa. Esto, piensa Jerrod, es propio de la nobleza. Siempre están dispuestos a ordenar un derramamiento de sangre, pero no les gusta ver el estropicio.

—¿Ese... no era Beck? —pregunta Gremont.

Jerrod no ve motivo para mentir.

—No.

—Esto ha sido una estupidez —dice Gremont con un poco más de énfasis—, una estupidez por parte de vuestro jefe.

Jerrod esboza una media sonrisa peligrosa.

—Más os vale que no os crucéis nunca a mi jefe.

Los ojos de Gremont se oscurecen. No es que a Jerrod le preocupe. Su compañera le ha encargado a Jerrod que entregue un mensaje, y no apreciaría que Gremont interfiriese. Este también lo sabe; suelta una palabrota, le da la espalda y sale de la habitación como un niño de gran tamaño enfadado.

Jerrod ya ha dejado de pensar en él. Cruza la habitación, se inclina sobre el cadáver y ve el charco de sangre que se extiende lentamente por la mesa. Mira la cara del hombre muerto.

Bron. Había sido uno de los hombres de Beck durante mucho tiempo, casi tanto como él mismo. Recordaba a Bron aprendiendo a imitar pasablemente a Prosper Beck; qué decir y qué no, qué vestir, el acento adecuado. Un poco como el trabajo de Kel, había pensado Jerrod, cuando había averiguado en qué consistía realmente el trabajo de Kel, y más tarde se había preguntado si sería de ahí de donde Beck había sacado la idea.

Jerrod suspira.

—Que pases la puerta verde sin obstáculos, hermano.

Le toca ligeramente el hombro, y nota la tela áspera de la chaqueta de brocado de la cual Bron había estado tan orgulloso. Sintiéndose muy cansado, Jerrod se deja caer en la silla frente al hombre muerto. Se queda allí un buen rato.

Capítulo once

Las luces estaban bajas en los aposentos reales; era más de medianoche. Kel se encontraba sentado en la cama, con la espalda contra una pila de cojines y observaba a Conor trabajar.

Este parecía estar absorto en unos mapas; los miraba uno a uno e iba tomando notas con su pequeña y apretada letra. (Kel conocía la letra de Conor tan bien como la suya propia; en muchos aspectos, era la misma; más que enseñarle a escribir, le habían enseñado a imitar la escritura de Conor). Llevaba horas con aquello desde que habían vuelto del Arena, y solo paraba para estirarse o echarse agua en la cara.

—Deberías comer —dijo Kel, rompiendo el silencio—. Se te va a enfriar la comida que ha traído dom Valon.

Conor frunció el ceño al plato que se hallaba cerca de su codo.

—Ya está congelada.

—Pues llama a Delfina para que te traiga otra. —Kel balanceó las piernas en el borde de la cama—. Me ha sorprendido ver a Lin hoy en el Arena —siguió con cuidado—. Y ver que te reías con ella. Pensaba que no te caía especialmente bien.

«Al menos, eso es lo que quieres que piense. Pero yo sé bien lo difícil que es hacerte reír de verdad. Y lo raro que es que mires a alguien como miras a Lin».

Conor se encogió de hombros, sin alzar la vista.

—Es el mejor médico que conozco. Ambos somos buenas muestras de ello.

Kel dejó que esas palabras flotasen entre ellos durante un rato. Luego habló.

—Entonces, ¿has decidido...?

Conor posó la pluma.

—Pedirle que ayude a mi padre, sí. Le he pedido que elabore la medicina que Fausten le estaba dando.

«¡Vuestra medicina! —había gritado Fausten, solo unos momentos antes de que el rey lo empujara desde lo alto de los acantilados a la muerte que le esperaba abajo—. Solo yo puedo prepararla. Si me matáis, vuestra enfermedad empeorará. Sabéis lo que se avecina, mi señor, vos sabéis lo que se avecina, mi señor».

—¿Y piensas que esa es la mejor decisión? Fausten no era muy de fiar —comentó Kel.

—De fiar o no, mi padre estaba mejor mientras tomaba la pócima de Fausten. Ahora está peor. Y se nos acaba el tiempo. —Miró a Kel, de repente—. No espero volver a tener el padre que tuve una vez, Kel. Pero un padre que me hable y pueda razonar sería una gran mejora. Y no podemos esconderlo para siempre. Hace que los Aurelian parezcamos débiles.

Los recuerdos acudían clara y rápidamente esa noche. Kel recordó las palabras del Asesino Oscuro, la noche de la masacre de la Galería. «Estáis contemplando la antesala de la historia, Guardián de Espadas. Pues este es el inicio de la caída de la Casa Aurelian».

—Bueno —dijo Kel—, esta no es una espada de la que pueda protegerte. Pero haré todo lo que esté en mi mano.

Conor mordisqueaba el extremo de la pluma pensativo.

—Hazte pasar por mí en el banquete de mañana por la noche.

Kel se sintió oscuramente decepcionado; había esperado una acción más directa.

—¿Estás seguro? La última vez que ocupé tu lugar en un banquete, no salió muy bien.

Sin duda, era una forma suave de decirlo. Conor le lanzó una mirada irónica.

—Parece muy improbable que suceda dos veces seguidas, ¿no crees?

Kel no pudo evitar reír.

—¿Jolivet y Bensimon saben de este plan tuyo? ¿O la reina?

—Jolivet, sí. Los otros aún no. Si preguntan por qué no asisto, diles que estoy borracho o en el burdel. Pero no les digas que voy a encontrarme con Lin Caster para intentar ayudar a mi padre.

—No estoy seguro de que se crean lo del burdel —indicó Kel—. Has cambiado mucho tus hábitos.

—Diles que he recaído. O que he recaído y luego me he ido a buscar el perdón del Hierofante por mis pecados. —Conor hizo un gesto vago con la mano—. Algo se te ocurrirá.

—¿Y qué le digo a Anjelica? ¿Tu prometida?

—Ya le diré yo que no asistiré —respondió Conor, para sorpresa de Kel—. Puedo ser claro con ella. Es lo que quiere, lo cual es un alivio. Aunque no puedo decirle lo de mi padre —añadió, dándose golpecitos con la pluma en los dientes—. Eso sería ir demasiado lejos.

—Siento que tengas que llevarlo en secreto —se compadeció Kel. Sabía el peso que los secretos suponían.

Conor le sonrió, una de esas sonrisas realmente sinceras que tan poco prodigaba.

—Al menos, te lo puedo contar a ti —dijo—. Eres el único en el que puedo confiar.

Como un gladiador, antes famoso, que regresaba al Arena para mostrar que no había perdido ni una sola de sus habilidades, la reina Lilibet había volcado todo su talento para la preparación de eventos en el banquete de bienvenida de Anjelica.

La Galería Brillante permanecía cerrada, con las puertas tapiadas, desde la terrible noche, así que Lilibet había decidido sacar partido del tiempo caluroso y celebrar el banquete al aire libre, en el jardín de la reina, con sus setos y su estanque central de mosaicos negros, que reflejaban perfectamente los cambiantes colores de la luna. Esa noche estaba ligeramente teñida de azul, como el vino de Valdish.

En la entrada del jardín, en la quietud vibrante del crepúsculo, Kel, con Benaset tras él como guardián silencioso, esperaba a Anjelica. La nobleza ya había llegado. Solo Anjelica se retrasaba, aunque a nadie le sorprendía. Como nueva princesa, se esperaba que hiciera una entrada memorable.

Aunque la visión de Kel de la fiesta estaba parcialmente bloqueada por los árboles de fuego que Lilibet había hecho traer de Kutani para añadir a la decoración, podía oír las voces elevadas de los nobles y ver las luces bailando a través de las hojas, como el resplandor feérico que los marineros decían ver mar adentro, saltando y retozando sobre las olas nocturnas.

Era una noche calurosa, y el atuendo rojo fuego que Conor debía llevar era incómodo y pesado, con sus toques de terciopelo y brocado. Tenía, también, influencia kutani; dragones marítimos

dorados recorrían de arriba abajo las mangas y las solapas de la larga casaca escarlata, y cada ojo ocupado por un ópalo de fuego. En el cuello y en los tobillos llevaba collares de oro entretejido con intrincados nudos kutanis. Kel dio gracias a Aigon por las brisas nocturnas; si no fuera por ellas, estaría empapando de sudor todo el traje. No solo por el calor, también por los nervios.

Habían pasado muchos años desde que había sido presa del pánico cada vez que tenía que hacerse pasar por Conor. En sus primeros años de Guardián de Espadas, era lo que más había odiado, mucho más que la idea de estar en peligro. Cada imitación era como estar en la cuerda floja; siempre recordando que estaba representando un papel mientras también recordaba cada minúsculo detalle que le hacía ser la otra persona.

No estaba muy seguro de por qué esa noche se había vuelto a poner nervioso. Quizá porque la última vez que se había hecho pasar por Conor en un banquete, la novia había acabado clavada en la pared por una flecha, y él no había sido capaz de detener todo aquel horror. Quizá porque Anjelica le había engañado con tanta facilidad con el truco de la nuez. Se sonrió a sí mismo en la oscuridad. Sí, había sido un poco gracioso. Tal vez...

Pero Benaset ya le estaba dando golpecitos en un hombro, murmurándole que se irguiera y se presentara debidamente. Kel se volvió para ver a Anjelica, bajando por el sendero de Palacio, haciendo su entrada entre los setos con sus hermanos guardias de sangre a su lado.

Su vestido seguía, en las formas, la moda castelaní, con corpiño ajustado y falda plisada, bajo la cual se veían las sandalias de cuero oscuro. Pero el tejido no era parecido a nada que Kel hubiera visto antes; tenía el brillo del satén y parecía derramársele por el cuerpo, como si le hubieran pintado la oscura piel con una feroz e

intransigente llama líquida. En el cuello le relucía un collar de brillantes citrinos naranjas y las mismas piedras le adornaban las orejas. Llevaba las trenzas envueltas en cable dorado, y engarzadas a los cables, más gemas: granates de color canela, topacios imperiales, jades amarillos y ametrinas.

Su belleza era tan abrumadora como siempre. Le hizo pensar en la belleza de una espada, afilada, brillante y casi severa. El tipo de belleza que parecía poder cortar.

Ella lo saludó con un leve asentimiento cuando se acercó. Sus hermanos caminaban cerca de ella, murmurando con las cabezas juntas. Sus uniformes, en cinabrio y oro, parecían relucir en la noche oscura.

Kel le ofreció el brazo, rígido por los bordados y las joyas.

—Saludos, *ayakemi* —dijo.

—Y a vos, *ufalme* —respondió ella, cogiéndole el brazo.

—Conor os envía sus excusas —informó Kel, mientras descendían por el camino hacia el jardín de la reina, seguidos de Benaset y la Guardia de Sangre, a una prudente distancia de ellos— por no haber podido venir...

—No importa. —Su tono era de desinterés—. Pero ¿os hace esto a menudo, entonces? ¿Arreglar dos citas y mandaros a la que menos le interesa?

Kel la miró de reojo. ¿Estaba enfadada? Conor había insistido en que a ella no le importaría, y de hecho, si estaba enfadada, lo escondía perfectamente.

—No sé si me creeréis, pero no. Solo puedo aseguraros que no estaría ausente ahora, si no fuera necesario. Y no pienso en ello como algo que me hace —añadió—. Este es mi deber, mi trabajo.

—Pensaba que vuestro trabajo era detener las espadas. O dagas, o veneno, o cualquier cosa que pueda ser lanzada contra vuestro

príncipe.

—¿Os preocupa que estemos en peligro? —preguntó Kel—. ¿Por el último banquete que se dio aquí? La Guardia del Castillo está bien preparada...

—No. Solo un estúpido repite un ataque sorpresa, pues no es sorpresa la segunda vez. De cualquier forma, mi Guardia de Sangre me protegería.

Kel echó un vistazo a Kurame, que le guiñó un ojo en la oscuridad. Isam y Kito no parecían igual de divertidos; Kel sospechaba que estaban enfadados con Conor por lo que debía parecerles una falta de respeto hacia su hermana, y probablemente también enfadados con él por asociación. Kel era, como siempre, el conducto por el que pasaban y se transformaban los sentimientos sobre el príncipe, como uno de los procedimientos alquímicos de Merren.

Al final del sendero, el jardín de la reina se abría ante ellos. Una floritura del *lior* (que no tocaba Merren, afortunadamente) anunció su entrada. La Guardia de Sangre se disolvió en las sombras, aunque Kel sabía bien que seguirían cerca.

Apenas habían entrado en la parte arbolada cuando la fuente del centro del estanque centelleante comenzó a lanzar chorros de agua coloreada de rojo, naranja y dorado. Los invitados vitorearon y aplaudieron; Beatris Cabrol, al lado de su madre, dejó escapar un gritito de sorpresa, y Lilibet, sentada sobre una silla dorada bajo un dosel de brocado color cinabrio, sonrió. Iba vestida con su verde habitual; el vestido con un cuello dorado tan alto que le llegaba a la base de la barbilla.

Por todas partes se veían farolillos de papiro blanco roto, colgando de las ramas de los almendros cubiertos de flores blancas, flotando sobre el estanque cristalino como hojas de lirio. Los naranjos estaban cargados de fruta resplandeciente; cristales de color

anaranjado oscuro y naranjas de caramelo colgaban de las ramas. En cada una de las mesas dispersas por la hierba había jarrones de porcelana shenzaní, roja y amarilla, de los cuales salían flores nativas de Kutani: trompetero naranja y maranta; los pétalos amarillentos de la flor de cananga, que despedían un fuerte aroma a perfume, convergían con el olor de los árboles cítricos. Los cuencos de cristal contenían pastelillos y frutas confitadas, sobre los cuales gordas abejas amarillas, confundiendo la luz cristalina de los farolillos con el día, zumbaban y se daban un festín.

Si algo de todo eso impresionaba a Anjelica, su calmada expresión no lo mostró. Mantenía la espalda tan recta como una espada mientras pasaban entre las filas de nobles, que aplaudían educadamente, de camino al pabellón de mármol en el que se había instalado una única mesa, para ellos. A Kel le hizo pensar en un escenario, pero quizá eso no fuera tan sorprendente. Todo ese banquete era una actuación dedicada a la Colina.

Muchos de los nobles miraban abiertamente a Anjelica mientras pasaba. Todos habían oído que era bella, por supuesto, pero verla de cerca era otra cosa. Kel se preguntaba si sentirían lo mismo que él en el puerto, que era un tipo de belleza que dolía. Pero solo tenía una parte de la mente puesta en la pregunta. Podía ver a lady Alleyne, que se había colocado cerca de Lilibet, con Gremont a su lado. Pero no veía a Antonetta. Sin duda, estaría allí esa noche, ¿o no?

Pero incluso si estaba, pensó, mientras Anjelica y él subían los escalones del pabellón, esa noche él era Conor. No podría acercársele siendo él mismo.

Aunque ¿qué iba a hacer siendo él mismo? Ella ya le había dicho que no podía ayudarla.

Llegaron a la mesa para dos instalada bajo un dosel de organza dorada. Anjelica pareció dudar un momento antes de sentarse junto a Kel. Quizá ella también se sintiera incómoda por la actuación.

Kel se ocupó de formalidades; el cuenco lavamanos con pétalos de rosa flotando. Un sorbo del vino escarlata, amargo en la lengua. A su lado, Anjelica apoyó las manos en la mesa. Rodeándole las delgadas muñecas, unos brazaletes de coral y ámbar tintineaban como monedas. Kel era terriblemente consciente de que todas las miradas estaban sobre ellos, las miradas ávidas de los ansiosos por hacerse con algún cotilleo, algo que poder decir sobre la futura princesa de Castelana.

Kel se aclaró la garganta.

—Sabed —dijo a Anjelica— que tenemos este pabellón para nosotros solos, nos guste o no. La nobleza de Castelana es libre de mirarnos, pero os lo aseguro, no pueden oírnos. Si tenéis preguntas, ahora es un buen momento para plantearlas.

—No tengo preguntas —repuso ella—, pero sí quisiera pedirte un favor.

—¿A mí o al príncipe?

—A ti, *koya-mitimi*. ¿O es demasiado difícil ser el príncipe y tú al mismo tiempo?

—Estoy bastante acostumbrado a jugar a ser Conor. Nueces aparte.

Ella esbozó una ligera sonrisa.

—¿Y qué me dices de Kel Anjuman? ¿Estás acostumbrado a interpretarlo? Después de todo, tampoco es tu verdadero yo.

Kel se sintió como si le hubieran puesto una mano en el plexo solar y presionado con ella.

—Estoy acostumbrado a eso también, sí.

Si la neutralidad deliberada de su voz la sorprendió, Anjelica no reaccionó, se limitó a asentir.

—Tienes razón —concedió ella, aunque a él no le quedó muy claro en qué—. No hay motivo para echar a perder la velada. —Dejó la copa sobre la mesa—. Necesito ver a alguien sin que Palacio lo sepa, y necesito que tú me ayudes.

Incapaz de evitarlo, Kel se volvió por completo para mirarla. Ella le devolvió la mirada, desafiante. Ya no parecía tan distante y etérea. Kel podía sentir los nervios bajo el tono de mando, y la hacían parecer muy humana.

—¿Yo? —preguntó—. ¿Qué os hace pensar que yo soy a quien acudir si deseáis que los Aurelian no se enteren?

—Sabes de Aden —contestó ella. La voz le temblaba ligeramente —. El pirata. El problema que tuve con él.

—No estáis pensando en encontraros, precisamente, con él, ¿verdad?

—No. No. —Una expresión de indignación le cruzó el rostro—. Alguien que lo conoce. Alguien que me ha prometido conseguir que me deje en paz. Para siempre.

—Entonces ¿por qué debe ser un secreto? —Kel fijó una sonrisa en su cara. No podía parecer que estaban discutiendo; eso sería un escándalo—. Seguramente, los Aurelian desearán ayudaros a que os desembaracéis de esta molestia.

—Puede ser —admitió ella—, pero me mandarían a la ciudad rodeada de guardias en un carruaje real, y la persona con la que he quedado huiría. Nadie desea toda esa atención del Escuadrón de la Flecha.

—Pero ¿por qué me implicáis a mí? ¿Por qué no hacéis que vuestros hermanos os acompañen, sin más? Podéis decir que deseáis ver un poco la ciudad que un día gobernaréis.

—No conocen la ciudad en absoluto; ¡no tendría sentido que les pidiera que me la enseñaran! Necesito a alguien que conozca bien Castelana para que la excusa sea creíble, y preferiría que fueras tú y no el legado Jolivet. —Se inclinó hacia él. Eso agradaría a Lilibet, que seguro que estaba mirándolos expectante—. Los guardias de palacio son una panda de cotillas, si se parecen lo más mínimo a los de la Ciudad de las Especias. Necesito que crean que estoy de visita por la ciudad, una visita arreglada por el príncipe o la reina. Algo que no pongan en duda.

Kel dudó.

—Solo puedo decirte que esto es por el bien de todos..., especialmente del príncipe. Y tú, me parece, quizá seas el único aquí que antepone el interés de Conor a todo lo demás.

—¿Y si me niego?

Ella se reclinó en la silla.

—Entonces intentaré escabullirme de Marivent por mi cuenta y me adentraré sola en la ciudad.

—No podéis hacer eso...

—No puedes detenerme.

Kel quiso apretar la mandíbula. Ella tenía razón, por supuesto. Él no podía impedírselo, pero sabía por experiencia que entrar y salir de Marivent sin ser visto era difícil incluso para alguien que conociera bien el palacio. Los espías kutanis eran buenos, por supuesto, pero siempre había un elemento de azar... y que la atraparan sería desastroso para la alianza con Kutani.

Conor necesitaba esa alianza.

—Pensaré sobre lo que me habéis pedido —dijo Kel. Los nobles empezaban a moverse, poniéndose en pie. Pronto se acercarían a presentarse ante la princesa. Anjelica y él no tenían mucho más

tiempo para estar solos—, y os daré una respuesta en los próximos días. No actuéis antes de que os la dé.

—Entonces no esperes demasiado —replicó Anjelica con una dulce sonrisa. Se había vuelto para contemplar el jardín—. ¿Quién es esa chica que te mira?

Kel siguió su mirada. Era Antonetta. Había llegado al jardín sin que él se diera cuenta y permanecía a la sombra de un árbol de fuego, mirando hacia el pabellón. Iba vestida completamente de seda verde, como el tallo de una flor, con lazos de seda verde entreverados en el pelo.

Ella lo miró. Su expresión era difícil de descifrar. Podría parecer preocupada, pero ¿por qué iba a estar preocupada por Conor? Un momento después, Gremont estaba a su lado, acompañado de lady Alleyne. Ambos hablaban rápido con ella, y Kel adivinó fácilmente que la estaban regañando por haber llegado tarde.

Los nobles empezaron a llenar los escalones, listos para ser presentados a Anjelica, y Kel ya no pudo ver a Antonetta. El primero en acercarse a la mesa fue Cazalet, con su agradable sonrisa y sus ojos brillantes y penetrantes. Luego el sombrío Sardou, que ofreció a Kel un presente nupcial proveniente, ¡qué sorpresa!, de Malgasi, y tras él, Raspail, cuyo regalo era una talla de madera de Sedai. Debía de haberla hecho tallar a toda prisa, pensó Kel, pero Anjelica parecía complacida.

De hecho, parecía complacida de conocer a cada uno de ellos. Si realmente lo estaba o no, Kel no podía saberlo, pero la habían preparado muy bien en la Ciudad de las Especias. A cada noble le dijo algo agradable que le hizo sentir bienvenido, y lo acompañó de detalles personales: a Ciprian Cabrol le preguntó por un nuevo tipo de tinte, y se interesó por la salud de los múltiples hermanos y hermanas de Gasquet. En los momentos en que parecía quedarse en

blanco, Kel se inclinaba a susurrarle datos útiles sobre cada recién llegado.

—¿Quién es el hombre que va vestido todo de plateado? Parece que podría tener sangre kutani —murmuró Anjelica.

—¿Lupin Montfaucon? Del fuero textil. Algodón, lino. Aunque no le interesan.

—¿Qué le interesa?

—La bebida, los burdeles, las apuestas. Es un hedonista; su objetivo es el placer.

—Qué típico de esta ciudad —replicó Anjelica, pero cuando Montfaucon se acercó, ella mostró una amable curiosidad por su abrigo plateado.

Con Joss Falconet, charló sobre especias; a Esteve, aconsejada por Kel, le preguntó con solemnidad por su gran obsesión, los caballos de Valderan.

Lady Gremont llegó con Artal, que obsequió a Anjelica con un té creado especialmente para ella, o eso dijo él, y que pronto estaría a la venta en los establecimientos pertinentes de Castelana.

—Té Anjelique —anunció lady Gremont, que parecía estar encantada consigo misma.

—Parece que los retratos reales de la princesa no exageraban. La mayoría son demasiado halagadores, y se dejan las marcas de varicela o las narices abultadas. —Gremont rio de forma lasciva—. Debió de ser todo un placer para vos, Conor, llegar a los muelles y encontraros a una prometida más atractiva que sus retratos y no menos.

Lady Gremont, horrorizada, apartó de allí a Artal antes de que Kel o Anjelica pudieran contestar.

—Qué hombre tan desagradable —comentó Anjelica.

—No lo sabéis bien —respondió Kel.

Y llegó el turno de las Alleyne. Lady Alleyne subió rápidamente, en un remolino de seda color blanco lirio, con Antonetta a su lado, y permaneció solo lo suficiente para no ser grosera antes de descender los escalones e ir a hablar con la reina Lilibet. Pero Antonetta se quedó un momento, con las manos unidas al frente y los ojos fijos en Anjelica.

—Ahora lo veo —dijo, con los volantes del cuello temblando—. Durante mucho tiempo, pensé que Conor y yo nos casaríamos —Kel casi se atragantó—, pero vos sois muy hermosa, princesa. Veo que estáis destinada a ser la reina de Castelana.

Por primera vez esa noche, Anjelica pareció sorprendida.

—Oh, yo...

Pero lady Alleyne ya había llamado a su hija para que se uniera a ella. Antonetta se apresuró en un remolino de rizos rubios y satén verde. Anjelica le dedicó una mirada sorprendida a Kel.

—¿Estuvieron comprometidos? —susurró—. ¿Ella y el príncipe?

—No. Nunca —contestó Kel, brusco—. Su madre se pasó toda su niñez llenándole la cabeza de fantasías sobre Conor, eso es todo.

Anjelica le lanzó una larga y pensativa mirada.

—Ya veo. Entonces ¿ahora está libre para casarse?

—No. Está comprometida con Gremont. El tipo desagradable.

—Qué terrible para ella —murmuró—. ¿Es alguien en quien pueda confiar?

Kel observó a Antonetta, que estaba hablando con Joss Falconet, aparentemente admirando su capa de piel de zorro.

—¿Estáis buscando a alguien en quien confiar?

—Si la nobleza de aquí es como la de Kutani —respondió Anjelica —, es importante saber en quién se puede confiar.

Kel miró hacia el jardín iluminado, brillante con luz y sombra.

—Bueno —repuso—, si hay nobles en Kutani en los que podáis confiar, entonces no son muy parecidos a los de aquí.

Anjelica lo miró curiosa.

—Pintas un panorama muy sombrío.

—Pensadlo así —sugirió Kel—. Un día seréis reina, así que estarán ansiosos por agradaros, porque estar cerca del trono es estar cerca del poder. Y, en eso, al menos, podéis confiar.

La biblioteca de Marivent era, como Lin había imaginado, magnífica, pero no hacía sombra a la belleza del Shulamat. Eso la agradó más de lo que hubiera pensado.

Había estado a punto de recurrir a Mariam para conseguir un vestido decente que llevar a Marivent, pero en el último momento había cambiado de opinión. No la habían invitado a Palacio como miembro de la nobleza; estaba allí para hacer su trabajo, y en secreto, además. Se puso un sencillo vestido azul, que ya clareaba al gris en los puños y el dobladillo; se trenzó el pelo; llenó su zurrón de libros, y salió por las puertas del Sault hacia el carruaje real que la aguardaba en la calle.

Entraron en Palacio, no por la Puerta Norte, sino por una entrada lateral que ella no sabía que existía. El crepúsculo tendía su sombra azul oscuro sobre Marivent mientras ella se apresuraba tras Manish, el guardia del castillo que la había recogido en la ciudad. Las libélulas, diminutos destellos de fuego en la sombra, revoloteaban entre los matorrales que bordeaban los senderos de piedra blanca. En la distancia, Lin podía ver los acantilados, que descendían hacia la inquietante enormidad del mar. La línea del horizonte, entre el mar y el cielo, ya se estaba desdibujando; pronto desaparecería del todo.

La biblioteca resultó estar ubicada en el Castel Saberut, una masa rectangular de piedra gris oscuro con una encantadora torre redonda en el lado norte. Mientras se aproximaban, Lin oía, en la distancia, los sonidos de una fiesta; música y voces charlando a gritos. A través de los espesos árboles, vio el brillo de los farolillos colgados en las ramas más altas, como manzanas traslúcidas.

Manish la dejó a las puertas del castillo, tras indicarle que la biblioteca era muy fácil de encontrar, ocupaba toda la segunda planta. Lin se apresuró a subir los tramos de escalera en tinieblas y cruzó un arco para encontrarse en una extensa sala de techos altos, iluminada por la luz de una docena de quinqués. Luz y libros, tantos que deslumbraban, igual que la opulencia del Shulamat. Pero en el Shulamat, los libros estaban ordenados tras pantallas de malla dorada. Aquí, estaban en todas partes: apilados sobre grandes mesas; en los asientos de las sillas, y en montones sobre el suelo, algunos, más altos que ella. El desorden no la molestó. Le produjo una sensación de abundancia, como la visión de una mesa crujiendo bajo el peso de una multitud de platos. ¡Tantísimos libros!

—Están ordenados por países. —La voz de Conor, la dulce entonación tan familiar como el sonido del océano alejándose tras una ola. Lin se volvió y lo vio de pie bajo el arco de un umbral que, sospechó, daba a la torre que había visto desde fuera—. No es la manera más fácil de encontrar un libro. Creo que fue idea de mi tatarabuelo. Era bastante excéntrico.

Entró en la sala, y Lin se dio cuenta de que no llevaba corona. Iba vestido del modo más sencillo que Lin lo había visto nunca, todo de rojo oscuro, el color de la sangre y de Castelana. Llevaba un solo anillo, con una piedra lunar perlada del tamaño de una canica.

—No veo cómo podéis encontrar nada aquí —repuso Lin.

—Mira hacia abajo —indicó el príncipe, y cuando lo hizo, Lin vio que el suelo de mosaico, que le había parecido tener un mero dibujo de teselas ondeantes, era, de hecho, un mapa de Dannemore. Sobre las líneas que separaban los diferentes países, se habían colocado estanterías de libros. Valderan, Hanse, Marakand, Hind, Shenzhoun... Cruzó entre ellos, y luego volvió, incapaz de contener una sonrisa. Acababa de cruzar toda Dannemore, pensó, igual que Josit. Deseó poder decírselo; se habría reído.

Llegó a la parte del mapa que había sido Aram y que ya no era más que un desierto deshabitado. Allí no había estanterías, ni libros. Aram existía solo en la historia. Eso la hizo recuperar la sobriedad. Alzó la vista y se encontró a Conor observándola; no habría podido definir su expresión. Había una extraña suavidad en la línea de la boca, pero quizá él no la mirase a ella, sino más bien mirara a través de ella, a algo completamente distinto.

—¿Debo preguntar dónde se supone que estáis esta noche, Diosa?

—En casa —contestó Lin—. Estudiando, o quizá con mi amiga Mariam. Pero no hay nadie que me vigile tan de cerca.

—Me gusta cómo suena eso. No tener nadie que te vigile tan de cerca. —La luz amarilla de los quinqués se reflejaba en sus ojos grises—. Ven. He seleccionado algunos libros para que vayamos mirándolos.

Lo siguió por una puerta en arco hasta una sala circular, cuyas paredes estaban cubiertas de libros; de hecho, debían de estar en el interior de la torre, pues el techo se estrechaba hasta un punto cónico. Ahí, el desorden era mucho menor. Lin supuso que ese espacio se había concebido como sala de lectura. Había sillones acolchados diseminados aquí y allá, con vistas a las ventanas de guillotina. Y más quinqués iluminaban el lugar, y creaban una apacible sensación de calidez. En el centro de la sala se encontraba

una mesa redonda cargada de libros..., y no solo de libros. También había una botella de vino y una de agua, y platos de pasteles salados y dulces; mazapán cortado en forma de castillos y estrellas, *gibassié* espolvoreado con azúcar, mijo frito con romero y pimienta, rosquillas glaseadas e higos y queso en rodajas.

Por un momento, Lin se conmovió. La comida era un detalle muy considerado. Luego se dijo a sí misma que estaba siendo ridícula; ni que él se hubiera puesto a prepararle ese festín. Le habría dicho unas palabras a un sirviente, ese había sido todo su esfuerzo.

Se volvió a mirarlo. Mientras ella estaba abstraída pensando en la comida, él se había acercado a la ventana abierta. El azul del crepúsculo había dado paso a la oscuridad, aunque se veían luces en movimiento en el exterior y se oía el murmullo de las voces lejanas.

—Ahí —dijo él—, ahí es donde se supone que estoy yo esta noche.

Estaba apoyado en el alféizar de la ventana. Había una tensión latente en su postura, como si fuera un halcón a punto de alzar el vuelo. Ella no le veía la cara, solo los rizos de pelo negro. Se acercó un poco hasta que fue capaz de ver que él estaba mirando hacia el jardín, adornado con faroles de papel, que iluminaban un estallido de colores: amarillo jaspeado, rojo canela, naranja azafrán. Las mesas rebosaban de comida y flores; había un estanque cristalino, azul como la luna en lo alto, que parecía brillar desde el interior. Siluetas oscuras, hechas anónimas por la distancia, se movían entre los arbustos florecidos. La brisa era cálida y traía consigo el aroma del eucalipto y la lavanda.

—Un banquete de bienvenida para la princesa Anjelica —explicó él —. Jolivet no se arriesga. Si miras, verás a guardias del castillo apostados entre los árboles.

Lin se puso un mechón de pelo tras la oreja.

—¿Y creéis que no es necesario que estéis ahí?

Conor hizo un gesto inquieto. El anillo de piedra lunar de su dedo brilló; llevaba grabada la efigie de un león, con la cabeza hacia atrás y la melena ondeando. ¿Cómo era aquel dicho de marineros? «Castelana ruge, y el mundo tiembla».

—Debería estar ahí. Pero me encuentro en una situación en la que tengo que atender a varias necesidades a la vez. Kel puede ocuparse del banquete. Para mí es más importante encargarme de la situación de mi padre.

Lin no pudo evitar la siguiente pregunta.

—¿Y a vuestra prometida no le molesta la sustitución?

—Anjelica sabe que tengo un Guardián de Espadas. Y es difícil que Kel le desagrade a alguien.

—¿Consideráis que es fácil que vos le desagradéis a alguien?

—El encanto es una habilidad que cualquiera puede aprender, pero hay que esforzarse para ser encantador. Y ahora mismo tengo demasiadas cosas más en las que concentrarme. —Señaló los libros de la mesa central—. Me he tomado la libertad de reunir nuestros más completos volúmenes de *florticultura*, por si queréis echarles un vistazo.

—*Florticultura*... Oh. —Lin frunció el ceño, hizo un ruido impaciente y se dejó caer en una silla de respaldo alto cerca de la mesa. Desde el otro lado de la habitación, pudo sentir la diversión de Conor.

Los libros eran una selección heterogénea: diferentes tamaños, idiomas, fechas. Durante un rato, Lin se dejó llevar por la búsqueda, y solo recurrió a Conor, que se había sentado frente a ella y la observaba con la mirada entornada, cuando daba con algún idioma que no entendía.

—Este —indicó él, deslizándole sobre la mesa un pequeño libro. Ella miró el volumen, tan antiguo que la mayor parte de la tinta se

había difuminado hasta ser casi ilegible—. Mira este.

Lin cogió el libro con el ceño fruncido. Era pequeño, encuadernado en cuero resquebrajado, el tipo de objeto que se podría comprar en el Mercado de la Carne. El título estaba impreso en un oro deslucido, *El libro de las flores de Morwenna Aurelian*.

—¿Aurelian? —Lin alzó la vista—. ¿Quién escribió esto?

—Mi tatarabuela —contestó Conor, con los codos apoyados en la mesa de una forma muy poco principesca— y, en un sentido estricto, estaba incumpliendo varias leyes al hacerlo. Pero la realeza puede librarse de cosas que la gente normal no puede.

Lin le lanzó una torva mirada.

—Eso he oído.

Él sonrió y se metió un higo en la boca.

—A la reina Morwenna le fascinaban las plantas, sobre todo las que tenían ciertas propiedades. Tenía un jardín lleno de ellas. Deseaba saber la historia de cada planta, sus usos curativos y... mágicos. —Se reclinó en el asiento—. Este libro me ha sido útil en el pasado. Tiene una excelente sección sobre remedios para la resaca.

Lin puso los ojos en blanco, mientras mordía una pasta bañada en agua de rosas, y luego reprimía un suspiro de placer ante su sabor.

«Concéntrate en el libro», se dijo, aunque era consciente de que Conor la estaba observando mientras leía.

La reina Morwenna había escrito a mano el texto en un estilo muy antiguo y apenas legible. Lin encontró la raíz negra descrita casi al final del libro: «Presenta hermosas flores del color de la obsidiana, no tiene aroma, y sus brotes y hojas son tóxicas para animales y personas. La leyenda dice que, antes de la Fractura, la raíz negra se usaba para suprimir los efectos de la magia. Se sabía de Hechiceros-Reyes que la habían vertido de forma subrepticia en las copas de sus enemigos antes de un duelo, con la finalidad de mermar su poder».

Miró a Conor por encima del libro.

—Esto es interesante —comentó—. La raíz negra es un veneno, de eso no hay duda, pero también funciona para contener la magia. ¿Hay alguna posibilidad de que Fausten estuviera intentando deshacer el efecto de algún hechizo? —Frunció el ceño—. Pero no, seguro que esa no...

—Déjame verlo. —Conor extendió la mano para coger el libro. Al hacerlo, el encaje del puño se le apartó de la muñeca, y Lin vio la marca roja de una quemadura en la piel, una que no tenía cuando lo había visto sin camisa en sus aposentos.

Ella debió de haber mostrado algo en su expresión, porque él se bajó rápidamente la manga y cubrió la herida. Pero Lin lo miró directamente.

—Tenéis una quemadura en la muñeca.

Él se encogió de hombros.

—No es nada. Me cayó cera de una vela. —Pero no la miraba a los ojos.

—Dejadme verla.

Él dejó el libro de Morwenna frunciendo su característico ceño.

—Si insistes —respondió, y le ofreció el brazo.

Lin no había pensado bien lo que venía después. Pero, ante todo, era médica, y ya había tratado antes al príncipe Conor. Le sostuvo la mano y le giró el brazo para poder examinar el reverso del antebrazo, donde la piel era un poco más clara, casi tan pálida como la suya. Veía las venas azules recorriendo el interior de la piel como un mapa; las largas y delicadas líneas que le cruzaban la palma; las durezas en el pulgar y en las yemas de los dedos. La piel resultaba cálida al tacto.

Él se inclinó más cerca, y se miró la quemadura de la muñeca como lo estaba haciendo ella. La herida era de un color rojo pálido,

casi brillante, con una forma extraña. Lin pasó el dedo con cuidado sobre la piel, sintiendo la suavidad de la quemadura. Lo oyó contener el aliento y apartó la mano bruscamente.

—¿Os he hecho daño? —preguntó, preocupada.

—No. —Había algo ahogado en su voz que la hizo mirarlo.

Él la observaba, con ojos ardientes y plateados, y los dientes blancos clavados en el labio inferior. Su pelo era un estallido de suavidad alrededor del rostro, y ella tuvo tantas ganas de echárselo hacia atrás, que lo sintió como un dolor. Un dolor profundo en el estómago.

Lin intentó respirar. El aire entre ellos era denso y ardiente, como si la habitación estuviera llena de humo. Ella seguía cogiéndole la mano. Durante un momento realmente largo, ninguno de los dos se movió. Lin no podía dejar de mirarlo. Él, normalmente, estaba hablando, riéndose, gesticulando, frunciendo el ceño. Nunca lo había visto tan inmóvil. Nunca había reparado en que tenía una peca en la sien, o la forma en la que el color parecía cambiar y moverse en sus ojos, como lo hacía en la piedra lunar de su anillo.

Cuando él finalmente habló, su voz sonaba como si la hubieran arrastrado por la gravilla.

—Entonces ¿es muy grave, Diosa?

Lin se sintió mareada.

—¿Muy grave...?

—La quemadura.

—Se curará. —La tocó otra vez, con cuidado; vio oscurecerse el color de las pupilas de Conor—. Pero... qué raro que la cera de la vela, al derramarse, forme la silueta de una mano. Mirad, aquí está la palma, aquí los dedos...

Conor retiró la mano. Lin siguió sentada, sin moverse, intentando ocultar su ahogo. Quería tener de vuelta la mano de él en la suya,

sus ojos puestos en ella de nuevo. Pero no podía pensar en eso. En su lugar, se obligó a pensar en su sueño, en las marcas de quemaduras de las paredes en el interior de la torre del rey, y en lo que Mariam había dicho del rey maldito de antes de la Fractura.

—Vuestro padre os ha hecho esto, ¿no es así? —susurró—. Os ha quemado al tocaros con la mano.

Conor se estiró con fuerza la manga, escondiendo la quemadura.

—¿Por qué dices eso?

—En el Sault, tengo acceso a libros que hablan de la magia en la época previa a la Fractura.

—¡Qué ilegal! —Los ojos de Conor brillaban—. Y ahora no hay magia.

—Tenéis motivos para creer que eso no es exactamente así —susurró Lin—. Está la magia de los talismanes, como el que tiene Kel, que le permite ser vuestro Guardián de Espadas. Y está la magia en las curas que yo hago.

—Lo sé. —Sus ojos dijeron: «Me curaste las marcas de látigo de la espalda, las hiciste desaparecer. Debería haber sido imposible».

—Todos decimos que no hay magia cuando sabemos qué es lo que existe: la magia antigua. La magia pequeña. Lo que queremos decir al afirmar que la magia ha desaparecido es que no se pueden crear grandes hechizos nuevos. —Respiró hondo—. Y aun así, creo que la medicina de Fausten pretendía curar una enfermedad que era de naturaleza mágica. Que es de naturaleza mágica. Si seguimos teniendo magia curativa en nuestro mundo, ¿no es lógico que también exista su opuesta?

Conor se puso en pie. La sala se había quedado a oscuras a medida que la luna iba ascendiendo en el exterior, y él era solo una sombra contra otra más intensa.

«Me mandará al Truco —pensó Lin, mareada—, por haberme atrevido a mencionar la magia. Por sugerir que podría estar afectando al rey».

—En los momentos previos a su muerte —respondió Conor, en voz baja—, Fausten le gritó a mi padre que si él moría, la enfermedad de mi padre empeoraría. Dijo: «Sabéis lo que se avecina, mi señor». —Se pasó las manos por el pelo—. En ese caso, ¿por qué mi padre iba a querer matarlo? ¿Por qué iba a querer enfermar o morir?

—Quizá no quería depender de él —sugirió Lin, a media voz—. Puede ser muy duro sentir que necesitas totalmente a otra persona. Sobre todo si no confías en ella.

La mirada de Conor fue como un destello plateado, como un rayo sobre el océano. Entonces, metió la mano en la chaqueta. Cuando la sacó, Lin vio que sostenía algo ondulante y pálido, como las alas de un pájaro. Él lo lanzó sobre la mesa; no eran alas, sino largas tiras de pergamino, en las que había garabateadas filas de símbolos. Eran simples como los dibujos de un niño: una rueda, una brújula, una rosa, una moneda.

—Las notas de Fausten —explicó Conor—. Al menos eso es lo que creo que son. Las encontré en una caja de seguridad en su habitación. Parecen no tener sentido, pero para él era importante guardarlas en secreto. Quizá sea un código...

—Claro que tienen sentido, y no son un código. —Lin se acercó los papeles, con el corazón acelerado—. ¿Me permitís llevármelas? Os las devolveré en unos días, lo juro. Para entonces, sabré su significado.

—¿De verdad? ¿Sabes leerlas?

—No —contestó Lin—, pero conozco a alguien que sí. Y debería examinar a vuestro padre de nuevo. No puedo comprobar si hay

presencia de magia, por supuesto, pero quizá pueda descartar otros trastornos.

Él dudó.

—Supongo que debo confiar en ti.

Lin plegó los papeles cuidadosamente en un cuadrado y se los metió en el bolsillo.

—¿Por qué iba a mentiros? —preguntó—. ¿Qué ganaría yo con ello?

Por un momento, Conor pareció casi enfadado, pero la expresión se borró enseguida. Se pasó la mano por los ojos, como si estuviera agotado.

—Discúlpame —dijo—. Sí. Lo organizaré para que vuelvas a ver al rey, cuando sea seguro hacerlo. —Tenía los ojos de un gris muy oscuro—. Entiéndelo... No hay mucha gente en la que pueda confiar.

Por un momento, pareció muy joven, y Lin se preguntó si podría ver en él al niño que había sido hacía mucho tiempo, cuando Kel lo había conocido y había pensado: «Daría mi vida por proteger a esta persona». Quería levantarse, ir hacia él, pero en ese instante se oyó un ruido como el restallido de un látigo, y el cielo, fuera de la ventana, se iluminó con un intenso brillo.

Fuegos artificiales. Lin podía ver las chispas, naranjas oscuros, rojas y doradas, cayendo más allá de la ventana como una lluvia de fuego. Pensó en la gente de la ciudad, que estaría en las calles, admirando el espectáculo de luces que estallaba sobre Marivent.

Pensó que ella debería estar allí. Con la gente del Sault, mirando hacia el cielo; no en Palacio, bajo una orden real. Sintió el peso de una tristeza extraña sobre los hombros... Eso y la sombra de una sensación aún más extraña, la inquietante impresión de algo siniestro no muy lejos...

Conor miró hacia la ventana.

—El banquete está llegando a su fin —comentó—. Tengo que buscar a Kel. Ver cómo ha ido todo. Si los nobles se han comportado. —Sonaba cansado—. Preferiría quedarme aquí.

Pero Lin ya estaba de pie, cogiendo su zurrón.

—Debo irme —dijo ella. Se detuvo—. A menos, por supuesto, que necesitéis que me quede.

Vio cómo los ojos de él se entrecerraban. «Puede ser muy duro sentir que necesitas totalmente a otra persona».

—No, no te necesito —respondió él—. Vete, pues. Manish estará esperándote abajo, con el carruaje.

Él se volvió hacia la ventana mientras, afuera, el cielo se iluminaba de nuevo, esta vez con golpes de color aún más brillantes: azules y dorados oscuros que se volvían violetas por la luz de la luna teñida.

Lin se apresuró a dejar la biblioteca, y solo se detuvo una vez para mirar atrás. Podía verlo, su silueta recortada ante la ventana. Se sostenía el antebrazo herido con la mano derecha, con los dedos sobre el lugar donde la quemadura se escondía bajo la manga. Quizá aún le doliera.

Elsabet

Imaginad que sois ligera como un pájaro que vuela libre. Imaginad que planeáis sobre Marivent, con sus muros de un blanco salino y sus acantilados que caen hacia el océano, negro como la noche y orlado de espuma rizada. Debajo, tenéis un jardín iluminado, de cuyos árboles cuelgan faroles que parecen frutas luminosas. Mientras pasáis por encima del jardín, veis a los nobles abajo, vestidos con sus mejores galas, oro, seda y satén, que brillan a la luz de los faroles. Cómo los despreciáis. Gremont y Siete están sin duda allí abajo, también, adulando a la realeza; los odiáis por igual.

Os alzáis, con vuestra magia buscando impulso en las corrientes de aire, hasta que os posáis en la ventana de la biblioteca de Palacio. Dentro, el príncipe observa a una chica de pelo rojo leer un libro con la expresión de un hombre hambriento ante un plato de comida. Queréis deteneros y observar la escena, sobre todo a la chica, pero tenéis que ir a otro sitio. Esta noche, el Palacio está lleno. Esta noche es vuestra mejor oportunidad. No podéis desperdiciarla.

Remontáis vuestro vuelo, hacia la aguja gris de la Torre Norte. En la parte más alta de esa torre, hay una ventana, arqueada y

estrecha. Os dirigís hacia ella como una flecha.

En la oscura y silenciosa habitación de la torre, el rey se sienta inmóvil, con las manos enguantadas rígidas y aún sobre los brazos de la silla. Lleva así horas, días. Ya no come ni bebe. Solo mira fijamente hacia la oscuridad, con la mirada imperturbable, incluso cuando una forma oscura aparece en la ventana. Incluso cuando la ventana cede en sus goznes, y Elsabet se desliza dentro de la habitación.

Viste totalmente de negro, aunque lleva el rostro descubierto, pálido como una luna en la penumbra. Parece delgada y aguda como una aguja negra, con el pelo azabache recogido en una coleta. Bajo la fina piel del pecho, una piedra oscura brilla con un fuego interno que parece latir como un corazón. Una Arkhe.

Si el rey reconoce la piedra, o a ella, no lo demuestra. Continúa inmóvil mientras ella se acerca. El colgante que ella lleva irradia una luz que ilumina la habitación, el pétreo rostro del rey y sus ojos en sombra.

—Llevo toda la vida —dice Elsabet, acercándose un paso más— deseando mirar a la cara al hombre que casi llevó a mi país a la ruina.

El rey no responde. Es una estatua, hecha de carne y hueso, que apenas respira.

—¿Qué ves cuando me miras? —pregunta Elsabet—. ¿Ves a mi madre? Ella te recuerda bien. Un chico silencioso correteando por los grandes salones del palacio de Favár. ¿Quién habría pensado que un *pilcza* tan insignificante podría destruir la fuente de todo nuestro poder? —Da un fuerte manotazo sobre el escritorio cercano, haciendo que el astrolabio y otros instrumentos de adivinación celestial tiemblen—. ¿Estabas celoso? ¿Te distes cuenta de que tu sangre real no contenía magia, a diferencia de la nuestra?

¿Deseabas hacer especial a la Casa Aurelian, igual que la Casa Belmany es especial? Debiste creerte muy listo, llevándote a Fausten, el de la poca magia. Como si él pudiera protegerte de nuestra ira, de nuestra venganza. No. Nunca lo hizo. Siempre estuvo de nuestra parte, y en tu propia cara, dándote tu poción. Estabas desesperado por tomarla, nos dijo, para acallar el clamor en tu cabeza. El grito del fénix.

La mano del rey se mueve, apenas perceptible. Al instante, Elsabet está a su lado, mirándolo. ¿Ha sido un engaño de la luz? Sus ojos están tan inexpresivos como siempre.

—¿Qué pensabas que pasaría —susurra ella— al derramar la sangre vital de la propia magia? Destruiste un ser cuya naturaleza es la transformación. ¿No pensaste que eso te cambiaría? Nunca creímos que fueras tan necio como para tener un hijo propio. ¿De verdad que nunca te diste cuenta de que la magia que robaste corre ahora por tu sangre, y de que se la pasarías a él? ¿A tu niño, tu príncipe bonito? Quizá sí lo entendiste, un poco. Quizá por eso insististe en que tuviera un *Királar*. Un Guardián de Espadas.

Elsabet deja que su mente se detenga por un momento en el príncipe, el que está ahora en la biblioteca cercana, con el contenido de su corazón marcado en el rostro. Sabe que, al final, será suyo, pues eso es parte del gran plan; puede que carezca de voluntad, esclavizado por la magia, pero le pertenecerá y hará con él lo que le plazca. Ese pensamiento hace que una sensación de calidez le recorra las venas.

—La poción ha retrasado tu cambio —le susurra. Su madre le había dicho que Markus había sido atractivo en su juventud, aunque ella no puede ver ninguno de los rasgos de Conor en él—, pero cuando te sobrevenga, y sin duda lo hará, te encerraremos en una jaula y la hundiremos a tal profundidad en la tierra que nadie oirá

tus gritos. Y en cuanto a tu hijo, malcriado y aún sin formar como está, es una semilla de poder, una semilla que será plantada en suelo de Malgasi. En mí. —Sonríe, sin importarle ya si él percibe su presencia o no—. Después de eso, ya no nos será útil. Pero es una preciosidad; lo disfrutaré antes de deshacerme de él. Y en cuanto a tu ciudad, de la cual estás tan orgulloso, se convertirá en una segunda Favár. Limpia, tranquila, ordenada y bajo el poder de los Belmany. —Se acerca más al rey, tan cerca que le parece que puede oler el humo amargo—. Todo lo que tienes te será arrebatado. Todo lo que amas, destruido.

Despacio, muy despacio, el rey alza los pesados párpados. Y Elsabet da un paso atrás. Él vuelve a quedarse inmóvil, pero en sus ojos, ella ve fuego, el mismo fuego que arde en sus propios ojos cuando usa el poder de su Arkhe. Más dorado que una llama corriente; un fuego que se creía desaparecido del mundo tras la Fractura. Más aún, tras él, ella cree ver la sombra de unas alas, proyectada contra la pared.

Rápidamente, se lleva la mano a la Piedra-Fuente de su cuello. La cargó hace mucho, cuando la Casa Belmany tenía a su disposición lo que parecía ser una magia infinita. Ahora es una pálida sombra de ese antiguo poder, pero sigue siendo más de lo que la mayoría podrá tener jamás. Si hay otra Piedra-Fuente en Dannemore, ella lo desconoce.

Lentamente, la piedra invoca la magia que hay en la sangre de Elsabet, y esa sangre responde. A lo largo de los años, se ha ido debilitando, pero sigue siendo suficiente. Elsabet ha sido criada con un solo propósito: reclamar la magia perdida de su familia. Recuperar su poder. Ahora mira al rey, a sus ojos ardientes.

—Cuando vuelva a verte, estarás muy cambiado —le dice—. Y ya no falta mucho.

Salta por la ventana, y deja que la magia de la piedra la eleve en el aire y la lleve a través de la noche.

Capítulo doce

Durante el día, la Ruta Magna era una ancha avenida flanqueada por ricas tiendas para la clase alta de Castelana. Era una bella aristócrata, envuelta en rica seda, que jugueteaba con los diamantes que llevaba al cuello. Pero, por la noche, se deshacía de sus pieles y se revelaba como la impostora que era: la hija de un mercader, con joyas falsas y un brillo ambicioso en los ojos.

Kel y Conor cabalgaban juntos entre las luces del Mercado Roto, Conor sobre Asti y Kel sobre el hermano de Asti, un caballo mestizo de pelaje castaño llamado Matix. Conor llevaba la capucha subida, para ocultar su identidad ante el gentío. De vez en cuando, pasaban junto a una antorcha de nafta cuya luz repentina revelaba una parte del rostro de Conor, y Kel se preguntaba cómo era posible que no lo reconocieran, que no lo identificaran por la curva del pómulo o el destello de su sonrisa. Tenía el rostro más reconocible de Castelana, y aun así, era como si se hubiera vuelto invisible solo porque se había envuelto en una tosca capa de lino.

Era como si tuviera su propio tipo de amuleto, pensó Kel, mientras giraban hacia el distrito del Templo. Los que conocían bien a Kel, no

se dejaban engañar; los que esperaban ver al príncipe veían al príncipe. Era, sobre todo, un juego de expectativas.

Cuando llegaron al Caravel, desmontaron y les dieron las riendas de los caballos a los mozos. Mientras entraban, Conor se bajó la capucha, miró a Kel y sonrió.

A Kel no le engañó la facilidad de esa sonrisa. En teoría, iban al Caravel porque Falconet los había invitado a su celebración; había ganado una buena cantidad de dinero con un cargamento de especias que acababa de llegar. Tres meses atrás, ese habría sido el tipo de celebración que Conor no se perdería. Esa noche, Kel había tenido que persuadirlo y sacarlo casi a empujones, diciéndole que Falconet se pondría furioso si no asistían.

En realidad, a Kel le importaba poco si Joss se enfadaba o no; a él le preocupaba Conor. Cuando había vuelto del banquete, la noche anterior, había encontrado a Conor acostado en uno de los divanes de sus aposentos, extrañamente silencioso. No le había preguntado a Kel por los nobles, ni por Anjelica. Había estado con el brazo sujeto, como si lo tuviera herido, pero apartó bruscamente a Kel cuando este quiso vérselo. Y cuando le había preguntado sobre Lin, Conor se había limitado a darse la vuelta, como si no quisiera que Kel le viera la expresión. Era raro en Conor esconder así sus sentimientos, pero Kel ya sabía que cuando se trataba de Lin y Conor, todo era raro.

Luego Conor se había despertado en medio de la noche gritando en una mezcla de castelaní y malgasi. Kel reconoció algunas de las palabras. *Atma az dóta*. Fuego y sombra.

Había ido a sentarse junto a él en la cama, y Conor se había vuelto sobre su espalda, para mirar a Kel con grandes ojos grises, como los que tenía cuando era pequeño.

—Eres el único en el que confío —le dijo, y cuando se quedó dormido, lo hizo agarrado de la muñeca de Kel.

Bueno, ya era suficiente, pensó Kel. La fiesta de Joss era una excusa convincente para un tipo de celebración bien conocido. Uno que ofrecía la posibilidad de olvidar, aunque solo fuera por una noche. Había convencido a Conor, y allí estaban, en el centro de la bulliciosa sala central.

Allí se encontraban todos los que cabía esperar. Falconet, reclinado sobre un sofá cerca del fuego, con la espalda sobre el pecho desnudo de un apuesto joven rubio de Hanse. Estaba comiendo una manzana. Sonrió cuando vio a Kel y a Conor y la lanzó en dirección a Conor.

El brazo de Kel salió disparado; interceptó la manzana de inmediato. Conor le lanzó una mirada divertida.

Kel se encogió de hombros. «Soy el escudo del príncipe. Lo protejo de la fruta que le lanzan». Lo disimuló mordiendo la manzana mientras sonreía a Joss.

Montfaucon ya se había acercado a ellos, con Ciprian justo detrás.

—Conor —dijo—. ¿Qué demonios son estos cuadros de las paredes?

Y Conor sonrió.

—Malgasi me ha enviado un regalo de bodas —respondió—. Uno de sus más renombrados artistas ha pintado varios retratos míos.

—¿No se los habrás regalado al Caravel? —preguntó Kel—. ¿Sí?

—La reina no los quería en Palacio. —Conor se encogió de hombros.

En esta ocasión, Kel estaba de acuerdo con ella. Los retratos de Conor eran alarmantemente fidedignos, y lo mostraban en una variedad de actividades perturbadoras. Varios lo mostraban sobre los cuerpos de princesas asesinadas con gesto de satisfacción, mientras

que otros lo representaban en posiciones comprometedoras con un elefante que era, claramente, Sedai.

—Kellian. —Un ligero toque en el hombro. Se volvió y vio a Alys Asper tras él. Como siempre, era una presencia pulcra y elegante, con el cabello oscuro recogido en una intrincada trenza sobre la cabeza—. Sila está arriba, en la habitación ocre. Esperaba verte unos minutos.

Kel dudó.

—Sin reloj de arena —dijo Alys—. Creo que solo quiere hablar.

Era raro, pensó Kel, mientras se excusaba con Conor, que ya estaba inmerso en una partida de castillos con Montfaucon, y se dirigía a la escalera. Llevaba bastante tiempo sin visitar a Sila con intenciones amorosas, y tras su última conversación, había pensado que eso no era un problema. Quizá ella tuviera algo más que hablar con él, aunque no podía imaginarse qué.

La habitación ocre estaba en el segundo piso, con la puerta pintada de amarillo para distinguirla de las otras habitaciones del pasillo.

La llave no estaba echada, y Kel entró en la habitación, esperando ver a Sila artísticamente dispuesta sobre la cama de cobertor dorado, con el pelo cayéndole suelto, como ella sabía que a él le gustaba. Ya estaba preparándose para decirle «esta noche, no», y probablemente «ni nunca más», cuando se detuvo en seco.

No era Sila quien estaba allí sentada, con el pelo suelto, y una expresión a medias entre la determinación y el pánico.

Era Antonetta Alleyne.

Enseguida, Kel se volvió, cerró la puerta y echó el cerrojo. Luego se volvió hacia ella otra vez. Y la miró.

Antonetta. Ana. Se hallaba sentada en la cama con dosel, cubierta con un vestido de seda de color crema. Su piel parecía rosada por

contraste, o quizá solo fuera que tenía el tipo de piel que se ruborizaba fácilmente. Las mejillas se le volvieron de un rosa oscuro mientras le sostenía la mirada, casi desafiante.

—No culpes a Alys —pidió—. Le dije que mi visita era una sorpresa para ti. Que no te importaría que te gastara una pequeña broma.

—Ya veo —repuso Kel. Tenía dudas de que Alys se hubiera creído que aquello era simplemente una broma; lo más probable era que atribuyera el deseo de anonimato de Antonetta a su posición en la Colina. Y sin duda, había parte de eso—. Antonetta, si querías hablar conmigo, podrías haberme pedido que fuera a tu casa.

—¿Y que informen a mi madre de tu visita? —preguntó Antonetta —. No, gracias. Además, no quiero hablar contigo.

—No entiendo.

Ella se puso en pie. La luz se derramaba sobre ambos desde un quinqué dorado. La seda de su vestido se le pegaba a las caderas y seguía la línea de las largas piernas hasta las puntas de las zapatillas. Resultaba evidente que no llevaba ropa interior, nada bajo la seda, tan fina que parecía derretirse contra la piel. Kel pudo ver las curvas de las caderas, los muslos redondeados; el bajo vientre se le llenó de calor, y se ordenó a sí mismo no actuar como un idiota.

Antonetta alzó la barbilla. Llevaba el pelo suelto, que le caía en rizos alrededor del rostro. Tenía las mejillas sonrojadas.

—En unas semanas, estaré casada con Artal Gremont —explicó—. E insiste en la ceremonia de la Primera Noche; me lo hará pasar tan mal como le sea posible. Disfrutará con ello.

Kel obligó a sus manos a no cerrarse en puños.

—Ya sabes lo que pienso. Niégate a casarte con él, Ana.

—No puedo hacerlo. Y si eso es todo lo que tienes que decir, entonces esta va a ser una conversación corta.

—Pero él...

—Es asqueroso —afirmó Antonetta—. Ya lo sé. Pero puedo soportarlo. Puedo soportar mucho. —Inconscientemente, se había llevado la mano al cuello, para juguetear con el medallón—. Solo quiero tu ayuda.

Kel sabía que debía irse. Era una tortura, al menos para él, si no para ambos. Pero no podía dejar de mirarla, de desear estar en la misma habitación que ella. Estar aún más cerca.

—¿Ayudarte cómo?

El rubor de sus mejillas se intensificó.

—No quiero que Artal sea el primero. Quiero que lo seas tú.

Kel contuvo el aliento. Había fantaseado, de lo que se sentía algo avergonzado, con situaciones en las que Antonetta decía algo así, pero nunca se habría imaginado que realmente lo hiciera. Y, sin embargo, mientras la miraba, sin palabras, supo que ella hablaba en serio. Lo supo por el rubor que se le extendía por el rostro, por la forma en que se mordía los labios. Lo supo por la determinación de su mirada.

—No puedo —dijo con voz ronca—. No puedo ser tu penitencia por casarte con alguien a quien no soportas.

Ella apartó la mano del medallón.

—Pero si supieras por qué...

—Pues dímelo —pidió él—. Dime por qué. Si hay una razón, dámela, Ana, porque la necesito. Más de lo que nunca pensé que podría necesitarla.

Ella no contestó. Un momento después, él estaba en la puerta, con la mano en el cerrojo. Finalmente, desde detrás, ella habló.

—Tú eres mi primera opción, Kellian, pero no la única. Se lo puedo pedir a otros.

El zumbido en los oídos de Kel era atronador. Nunca había entendido a qué se refería la gente cuando decía que habían visto todo rojo, pero una niebla escarlata parecía pasarle ante los ojos. Oyó la agitada respiración de Antonetta detrás de él mientras sacaba la mano de la puerta y se volvía para mirarla.

Ella tenía la boca entreabierta y los ojos muy brillantes. Uno de los delgados tirantes de su vestido se le había resbalado del hombro, y dejaba al descubierto la piel pálida, la curva pronunciada de la clavícula. Imaginó besarla allí, en la zona entre el cuello y el hombro, y se preguntó cómo sabría. ¿Dulce y almendrado, como el mazapán, o intenso y salado, como sudor y perfume?

Cruzó la habitación hacia ella. Casi esperaba que se apartara, pero no, permaneció firme, solo alzó la cabeza para mirarlo. Tenía las pupilas en forma de corazón.

—Cuéntame, entonces —dijo él—. Qué quieres que haga.

—Quiero... —No creía que ella pudiera enrojecer más, pero al parecer, sí—. Ya te lo he dicho. Quiero que seas el primero.

—¿El primero en qué? —Se inclinó un poco hacia ella, pero conteniéndose—. Di las palabras, Antonetta. Dime exactamente lo que quieres que haga. O no lo haré.

—Mi primer... —Contuvo el aliento, con los ojos muy abiertos. Lo miró con dureza—. Tócame. Ponme las manos sobre el cuerpo. —Se había mordido el labio; lamió la marca que se había dejado y dijo—: Haz que me guste.

Él posó las manos en los hombros de ella. Su piel, caliente y desnuda, parecía satén; le recorrió el cuerpo con las palmas. Las deslizó por la seda que vestía, sobre la curva de los pechos. La seda era como agua, no le impedía sentir su cuerpo. Cuando los pezones se le endurecieron al contacto con sus palmas, él se los acarició con

movimientos circulares, jugueteando y tocando hasta que ella gimió y se pegó a él.

—Bésame —murmuró—, bésame como es debido.

Él sabía que debía contenerse. Besarla con delicadeza, cuidadosamente. Pero en cuanto hubo acercado su boca a la de ella, todo plan de ser cuidadoso saltó por los aires. Ella le respondió al beso con ganas, mientras le rodeaba el cuello con los brazos, y él se perdió, se perdió en el oscuro e intenso placer de besarla, en la suavidad de esos labios, en el cálido desliz de la lengua de ella en su boca. La cogió en brazos, alzándola del suelo, y la llevó hasta la cama.

Seguían besándose cuando se dejaron caer por completo sobre el colchón, las manos de ella agarrándole las solapas de la chaqueta para quitársela. Le sacó el bajo de la camisa de dentro de los pantalones y le deslizó las manos por el pecho desnudo, suspirando en su boca mientras lo exploraba con los dedos.

Él apartó la boca de la suya. Se apoyó en una mano para sostenerse por encima de ella.

—Antonetta —dijo entrecortadamente—. ¿Qué quieres ahora? Dímelo.

Ella abrió la boca, sorprendida. Tenía los labios rojos por los besos. Los besos de Kel.

—No lo sé —susurró—. No sé qué pedir. Solo... —Alzó una mano para acariciarle la mejilla, con los ojos oscuros de deseo—. No pares.

Él gimió y la besó de nuevo, de forma febril. Las manos de ella le acariciaron la espalda, y él se preguntó si notaría las cicatrices a través de la tela de su camisa. Pero estaba demasiado cegado para pensarlo mucho; le mordisqueó el labio inferior, haciéndola gemir, antes de bajar besándole el cuello. Le bastó un instante para bajarle

los tirantes del vestido, y dejar al descubierto sus hermosos pechos, altos y redondos, con los pezones rosados y erguidos.

Ella se había quedado inmóvil.

—¿Kel...? —murmuró.

Quería decirle que era increíble, bellísima, perfecta. Pero hablar parecía encontrarse más allá de sus posibilidades. Mientras toda la sangre del cuerpo parecía correrle hacia abajo, Kel cerró la boca en torno al pezón de ella, que dejó escapar un gritito y se arqueó hacia él, sin palabras. Le clavó los dedos en los costados, alzó las caderas, frotándose contra las de él, provocándole chispas de un placer cegador.

Cuando ella le rogó que no se detuviera, él sintió que algo se le expandía dentro del pecho. Una sensación de placer por el placer de ella, pensó, el orgullo de poder dárselo; de nuevo, algo que nunca había sentido antes. Y mientras deslizaba sus manos hacia abajo por el cuerpo de ella, rogó a cualquier dios disponible que lo que él había aprendido sobre el placer a lo largo de su vida no le fallara justo cuando cobraba importancia.

Le deslizó las manos por la curva del abdomen, y cogiendo la seda del vestido con los dedos, se lo subió hasta la cadera. La sintió arquearse y retorcerse bajo él, jadeando mientras la acariciaba alrededor del ombligo con la yema del dedo. Los músculos del abdomen se tensaron como resortes bajo sus manos, aleteándole contra las palmas.

—Kel —susurró ella, casi llorosa—, Kel... Kel...

Su nombre en esa boca, el sonido de su súplica, casi lo desarmó. Tenía tantas ganas de estar dentro de ella, que le dolía. Apartó ese pensamiento; era imposible. En su lugar, dejó que su mano vagara, más y más abajo, hasta encontrar la suavidad de la cara interna de aquellos muslos. La besó por su cuello; ella se tensó contra él

cuando le encontró su centro con los dedos. El calor que ella despedía allí, lo hizo gemir ronco; empezó a hacer círculos con los dedos, suave pero presionando muy poco a poco.

Ella se pegaba tensa contra su cuerpo, que se arqueaba sobre ella. Él le contempló el rostro con una fascinación tan intensa como cualquier placer que hubiera sentido antes, mientras ella se ruborizaba y palidecía, con la boca entreabierta, las pestañas que empezaban a aletear. Ella se apretó contra sus dedos, retorciéndose bajo él y agarrando tan fuerte las sábanas de la cama con las manos, que pensó que iba a rasgarlas.

De pronto, ella abrió mucho los ojos; sus miradas se encontraron. Él contuvo el aliento mientras ella se estremecía y lanzaba un gritito, con las piernas muy apretadas alrededor de la mano de Kel, quien pudo sentir cada espasmo que la sacudía. Por un momento, pensó que iba a perder el control, si seguía sintiendo, tan intensamente, las sacudidas de su placer.

Cuando el último estremecimiento la recorrió, se dejó ir contra él, sin fuerzas. Por un momento, solo la abrazó, maravillándose de la quietud que los rodeaba, del silencio. Aunque le dolía el cuerpo de deseo insatisfecho, pensó que podría quedarse así tendido toda la noche.

Entonces, ella se incorporó. Su pelo era una maraña de rizos dorados y gotas de sudor le perlaban la clavícula. Él sintió una urgencia abrumadora de lamer aquel cuello.

—Sé qué hay más que esto —dijo ella—. ¿Qué hay de ti?

Y se inclinó hacia él para besarlo. Cogido por sorpresa, él soltó un suave murmullo dentro de ese beso, acercándola más hacia sí. Mitad seda, mitad piel desnuda, ella se derretía contra él, mientras le pasaba la mano por el abdomen y la adentraba entre las piernas...

Él se incorporó, casi tirándola. Rodó por la cama, y se puso en pie, aunque le dolía todo el cuerpo de deseo. Apenas podía mirarla, con el vestido enrollado en los muslos, el pelo en cascada por los hombros, los labios enrojecidos de besarlo. Ella se llevó la mano a la boca.

—Pero, Kel —dijo—. Ya sé...

—¿Que no te he hecho el amor...?, ¿cómo lo has dicho?, ¿«como es debido»? Tienes razón. No puedo. No puedo ser tu Primera Noche, Antonetta. Gremont tiene derecho a que un médico compruebe si eres virgen. Y, probablemente, lo haga.

Ella palideció, como si Kel la hubiera abofeteado.

Antes de que él pudiera decir nada más, unos golpes sacudieron la puerta en las bisagras.

—Kel Anjuman. —Era la voz de Hadja—. El príncipe os está buscando.

Kel miró a Antonetta. Ella ya estaba alisándose el vestido.

—Mejor vete —dijo—, es Conor. Podría ser importante.

—Probablemente no lo sea —replicó Kel. El dolor del deseo por fin empezaba a abandonarlo, sustituido por un dolor muy diferente—. Antonetta..., siento no haber podido darte lo que querías.

Ella se puso en pie y cogió un chal de lino de la mesilla de noche de color amarillo dorado. Se envolvió con la tela para cubrirse el cuerpo.

—Te pedí placer y me lo has dado —repuso—. Nunca había sentido algo así antes. Y probablemente no vuelvo a sentirlo.

—Antonetta...

—Vete ya —insistió, mientras se volvía para recoger el resto de sus cosas. Su tono era tajante, final. La voz de su madre, ordenándole que se mantuviera alejado de ella.

Kel asintió. Cogió la chaqueta al salir de la habitación y se la puso cuando empezó a bajar la escalera. No era que quisiera ir al piso de abajo; él quería volver con Antonetta y rogarle... ¿rogarle qué? ¿Qué podía darle ella? ¿Qué podía darle él a ella, más bien? Ni siquiera su nombre real.

A mitad del descenso, oyó voces. Al reconocer una, se quedó helado, y se pegó contra la pared. Una náusea lo recorrió. Gremont. A Kel se le erizó el pelo de la nuca. Artal había dejado muy claro su intención de disfrutar de todos los burdeles del distrito del Templo, estuviera o no comprometido, pero eso no significaba que fuera a parecerle bien que Antonetta estuviera en uno. Se pondría furioso. Quizá hasta de forma peligrosa.

—Es un problema —estaba diciendo Gremont.

Kel se agachó, y miró a través de los barrotes de la barandilla. Pudo ver a Gremont, con sus hombros desgarbados enfundados en un estridente jubón, de pie en el siguiente rellano, con los brazos cruzados. Frente a él estaba Falconet, que parecía agobiado. El amuleto que colgaba del cuello de Gremont resultaba aún más feo bajo la luz brillante de la escalera. Kel no pudo evitar mirarlo fijamente; parecía algo demasiado pequeño para proteger a Gremont de la ira de tanta gente. Incluyéndose a él mismo.

—Es un problema que se resolverá solo, Artal —replicó Joss—. De verdad. No veo por qué tanta alarma.

Gremont hizo una mueca despectiva.

—Siempre buscando el lado bueno, ¿eh, Joss? El que soluciona los problemas, Joss Falconet. —Escupió al suelo, y casi dio en la bota de Falconet—. No te preocupes. Me encargaré yo mismo.

—En serio —dijo Joss—. ¿Qué hay de *Lior*ada?

Kel se pegó más a la barandilla. ¿Por qué sacaban a colación a la madre de Antonetta?

Pero antes de que Gremont pudiera contestar, una cortesana con un espeso recogido de pelo oscuro y brillantes toques de colorete en las mejillas (Audeta, pensó Kel) apareció en el rellano. Estaba haciendo pucheros.

—Artal —dijo lastimera—. Llevo siglos esperándote en la habitación caqui. Voy a darle la vuelta al reloj de arena, vengas o no.

«Bien —pensó Kel—. Llévatelo de aquí, Audeta».

Gremont entrecerró los ojos. Por un momento, a Kel le preocupó que fuera a gritarle a Audeta, o algo peor, pero enseguida lo vio encogerse de hombros y sonreír.

—Te veo luego, Falconet —se despidió, y siguió a Audeta escalera abajo.

En cuanto se hubo ido, Kel se puso en pie y corrió al piso de abajo. Pasó junto a Joss, en el rellano. Parecía pensativo, casi taciturno, mirando al infinito. Kel casi lo sobrepasó sin tener que saludar, pero Joss volvió en sí y pareció despertarse de un sueño.

Miró a Kel, con expresión ya no distante, sino irónica y divertida, como siempre.

—Conor te estaba buscando —dijo—. Nada importante, esperaba que te unieras a su partida de castillos con Montfaucon. —Sonrió—. Hadja ha dicho que estabas con Sila —añadió—. Pensé que te habías cansado de ella.

Kel murmuró alguna evasiva; le alegraba que Hadja estuviera mintiendo para proteger a Antonetta, pero estaba cansado de las pequeñas mentiras. Se sentía cansado de todo excepto de Antonetta; todavía la deseaba, deseaba volver con ella. Tras haberla besado, tocado, ¿cómo iba a ser capaz de volver a una vida en la cual no podía hacer ninguna de esas cosas?

Desde su posición, podía ver toda la gran sala, podía ver a Conor, despatarrado en un sofá, moviendo distraído una pieza sobre el

tablero de castillos. Podía ver al chico rubio sobre el que Joss había estado recostado, que ahora reía con Ciprian Cabrol. Todo seguía igual que siempre en el Caravel, pensó. Solo él había cambiado.

El Mercado Roto estaba en pleno apogeo cuando Lin llegó al Sault. Había estado fuera, en la Madriguera, hasta tarde, atendiendo a una mujer que estaba quedándose ciega poco a poco. No era mucho lo que la medicina podía hacer por ella. La mujer era costurera y décadas de coser con la inadecuada iluminación de una vela le habían dañado la vista de forma irreversible. Todo lo que Lin había podido hacer era rogarle que dejara de coser de noche, algo que sabía que era un consejo inútil. Domna Bondion tenía tres niños y apenas podía alimentarlos con los exiguos ingresos de su trabajo de costurera. Continuaría luchando hasta que se quedara ciega por completo.

La imposibilidad de ayudar había dejado a Lin en un estado de frustración que no se atenuó al llegar a casa. Mez estaba de guardia en la puerta del muro y le dijo que el Exilarca estaba en los jardines del Shulamat «respondiendo preguntas».

«Juzgando a la gente, más bien», pensó Lin, sombría.

—Sí, ¿y? —contestó brusca, lo que hizo que el pobre Mez le recordara que ella le había pedido que la avisara cuando el Exilarca volviera a hacer una aparición pública. Lin se disculpó antes de irse a toda prisa hacia el Shulamat, decidida a interceptar a Aron.

Era una noche cálida, y el aire estaba impregnado del aroma de las flores. Para su sorpresa, encontró al Exilarca sentado en un banco, con las piernas cruzadas, vestido con una sencilla túnica de lino azul. Estaba rodeado de niños; sus padres los habían frotado

hasta dejarlos tan limpios que casi relucían, y tenían las caras alzadas hacia Aron, con miradas atentas y serias.

Algunos habían sido sus pacientes; los había visto crecer a todos. Reconoció a Sania Dorin, la hermana más pequeña de Rahel, a la que le habían lavado las orejas con tanto ahínco que seguía teniéndolas rosas.

—No veo por qué las niñas no pueden ser Shomrim —decía con pasión—. Somos mejores trepando, y sí prestamos atención a las cosas.

Aron, que había levantado brevemente la vista al entrar Lin en el jardín, sonrió.

—No creo que esté oficialmente prohibido —contestó— o, al menos, no veo ninguna razón por la que debiera estarlo. Hablaré con el Maharam.

Un niño levantó la mano. Lin también lo conocía; el pequeño Kaleb Gorin, el primo de Mez.

—¿Por qué los rhadanitas solo van por la tierra y no por el mar? —preguntó—, ¿tienen miedo de ahogarse?

Aron miró a Lin en ese momento. Sus ojos de color bronce brillaron al hablar.

—Cuando la Diosa regrese, se dice que vendrá a Dannemore. Por este motivo, los ashkar nunca quieren irse demasiado lejos.

Kaleb pareció satisfecho con la respuesta, aunque hubo un leve murmullo entre el grupo. Finalmente, Dara Malke, una de las mayores, levantó la mano.

—Exilarca, ¿nos pasará algo malo a los ashkar aquí en Castelana, como sucedió en Malgasi?

Lin sintió la pregunta como una flecha en el corazón. Era tan injusto que los niños ashkar tuvieran que temer cosas así... Apenas podía recordar el día en que ella misma se había dado cuenta de que

ser ashkar era estar siempre en peligro, no tener ningún sitio seguro fuera del Sault, saber que los muros no te protegían por completo. Todo lo que recordaba era que había sido hacía mucho tiempo.

Aron se apoyó en las manos. Parecía tan tranquilo como siempre, pero había un fuego en su mirada que hizo que Lin sintiera que compartía su rabia.

—Lin Caster está aquí —dijo él—. Quizá ella pueda contestar mejor a esa pregunta.

A Lin casi se le salió el corazón por la boca. ¡Vaya! ¿Por qué le pasaba esa responsabilidad a ella? «Porque dices ser la Diosa, responsable de tu pueblo», contestó una vocecita en su cabeza.

Dieciséis pares de ojos jóvenes se posaron sobre ella, expectantes.

—En Malgasi, no tienen un consejero del trono como tenemos aquí, en Castelana —respondió Lin—. Y, por lo tanto, la reina y el rey de Malgasi se olvidaron de que los ashkar son personas igual que ellos. Pero no debéis preocuparos —añadió—. Aquí tenemos a Mayesh, que está a menudo en Palacio y puede hablar por nosotros. El rey no nos hará daño. No querría perder a su consejero, ni su reputación de ser un rey amable.

Hubo un largo silencio mientras los niños contemplaban pensativos a Lin. Finalmente, Kaleb levantó la mano otra vez y se volvió hacia Aron para dirigirle su pregunta.

—¿Por qué los barcos flotan si son tan pesados?

En el rostro de Aron se abrió una sonrisa. Lin no oyó su respuesta; se sentía demasiado ansiosa por la suya propia. No sabía si había tranquilizado a los niños o no. Aparentaban la misma mezcla de seriedad y risas de siempre, incluso mientras Aron se despedía de ellos y los mandaba de vuelta con sus padres en el Kathot.

—Buena respuesta —dijo, una vez que Lin y él se quedaron solos en el jardín.

Él se estiró, flexionando las largas manos. Tenían pecas en el dorso, y también se le veían pecas por el cuello abierto de la camisa. Un recordatorio de que, a diferencia del Maharam, él pasaba la mayor parte de su vida al aire libre, no en el interior de templos o tribunales.

—¿Os hacen mucho esa pregunta? ¿Sobre Malgasi? —preguntó Lin.

—En cada Sault, me preguntan alguna versión parecida, y no siempre los niños. En la mayoría de los Saults, no hay nadie como vuestro abuelo, un representante de nuestra gente que hable con los poderes más altos del territorio.

—¿Y qué soléis contestar?

—Hablo del hogar —respondió. Sonaba un poco tenso; la facilidad con la que les había hablado a los niños había desaparecido. Lin se dio cuenta de que nunca antes había estado sola con el Exilarca. Nunca se le había ocurrido que hasta podría ser torpe o tímido—. De que hay gente que tiene sus tierras, sus hogares, y nos mira con desconfianza porque no entienden que un pueblo no tenga un hogar. Los más egoístas dirán, con miedo: «Pero este pueblo no tiene hogar; seguro que querrá robarnos el nuestro». Y yo tengo que recordarles que esa gente está equivocada. Que sí que tenemos un hogar, cada uno en los demás. Construimos nuestros hogares en el interior, y no en el exterior; en eso nos diferenciamos.

Lin se quedó en silencio un momento. Podía oír el viento haciendo crujir las hojas.

—Es muy bonito —admitió ella—, pero no es una promesa, ¿no? No dice: «Estaréis seguros».

—Porque no puedo prometer que lo estén —repuso él—. Esa es vuestra tarea, Diosa.

—No solo mía —replicó Lin—. El destino del Exilarca es caminar junto a la Diosa. Ayudarla.

—Si pasa la prueba, sí. —Su mirada era pensativa—. ¿Para eso habéis venido? ¿Para hablarme de la prueba?

Lin negó con la cabeza.

—No. He venido porque..., bueno, sois rhadanita. ¿Sabéis leer su lenguaje?

Él pareció sorprendido. Antes de que pudiera decir nada, Lin sacó las notas de Fausten, muy arrugadas, de su chaqueta. Se las llevó a Aron al banco en el que se sentaba.

—Mis padres eran comerciantes en los Caminos Dorados —continuó Lin—. Creo que lo sabéis. Y mi hermano está ahora en los Caminos. Reconozco esto como el código de los comerciantes rhadanitas, pero no sé leerlo. Nunca he aprendido.

Aron frunció el ceño y cogió los papeles.

—¿De dónde los habéis sacado?

—De un viejo baúl con pertenencias de mis padres. Josit podría traducírmelo, pero está lejos. Tengo tan pocas cosas de mis padres... que esperaba... Bueno, que pudierais contarme lo que dice.

Él se quedó en silencio, mirando las páginas. Lin confió en que Fausten no hubiera escrito notas que dijeran cosas como: «Hoy he decidido envenenar al rey. Seguro que es una idea excelente». No tenía ni idea de cómo le explicaría eso a Aron Benjudah.

Finalmente, él levantó la vista; solo entonces Lin se dio cuenta de que estaba casi sobre él, mirándole la cabeza agachada mientras se retorcía las manos. No había pretendido acercarse tanto.

—¡No creo que vuestros padres escribieran esto! —exclamó, crispado—. Ni entiendo por qué creéis que debéis mentirme para

conseguir mi ayuda.

Lin se mordió los labios. «No le dejes ver que te asusta».

—Algunos de los secretos que sé no puedo contarlos, pues no me pertenecen.

—Sois una persona curiosa, Lin Caster —dijo, doblando el papel—. Me sorprendió vuestra respuesta a la pregunta de los niños. Benezar siempre me había dado a entender que no apreciabais mucho el trabajo de Mayesh.

—No hace mucho que he empezado a entender —explicó Lin— que a veces se nos elige para hacer cosas que no deseamos hacer, pero que, si no las hacemos, nadie más se encargará.

—Planteáis dos de las Tres Preguntas —dijo Aron, levantándose del banco. A la pálida luz de la luna, su cabello y ojos parecían decolorados a un dorado más ligero—. «Si no es ahora, ¿cuándo? Si no soy yo, ¿quién?» —La miró como evaluándola—. Sois un enigma. Las que he conocido antes que decían ser la Diosa, todas buscaban atención y validación. Vos no parecéis apreciar una, ni tener necesidad de la otra.

—Me remito a la Tercera Pregunta —insistió Lin—. «El mundo entero es un estrecho puente. ¿Cómo cruzarlo sin miedo?» —Alzó la vista hacia él; casi se había olvidado de lo alto que era—. No tengo una respuesta a eso. A menudo estoy asustada. Ahora mismo, vos me asustáis.

—¿Yo? —Su expresión era severa, fría. Distante—. Lin Caster. Os traduciré esos papeles con una condición. Me gustaría acompañaros a vuestras visitas médicas y observar vuestro trabajo.

Lin frunció el ceño. No le gustaba la idea de dejar que Aron la acompañara en sus visitas, pero no permitírselo solo lo haría desconfiar cuando ella no tenía nada que esconder. Y además necesitaba aquella traducción.

—¿Es una orden? —preguntó.

—Más bien un intercambio —contestó Aron—. Pero podéis considerarla una orden de vuestro Exilarca, si lo deseáis.

Al menos había un equilibrio, pensó Lin mientras abandonaba el jardín. Un equilibrio tenso y complicado, pero equilibrio al fin y al cabo. Estaba bajo las órdenes de dos príncipes diferentes.

Sila

—Sila —murmura Audeta—. Sila, ven aquí un momento.

Sila se acerca, dubitativa, a la otra chica. Le cae bien Audeta, siempre ha sido así, pero Audeta es tan temeraria que a veces se vuelve insensible a la ansiedad de los demás. Sila ha estado alerta toda la noche, desde que Artal Gremont llegó al Caravel con algunos de los otros nobles. Este ha estado con su risa habitual que es como un resoplido (a Sila le recuerda a un caballo cuando lo oye), y palmeándole la espalda a Joss Falconet. No ha dado ninguna señal de haber reparado en Sila, pero aun así prefiere no correr el riesgo de cruzarse con él; acaba de curarse su muñeca. Por eso, Sila se ha escabullido más allá de la oficina de Alys, donde se encuentra reunida con la chica rubia de la Colina.

Audeta descansa en el umbral de una puerta abierta, con una colorida bata de seda y fumando un cigarro. El cabello le cae suelto sobre los hombros. Le guiña el ojo a Sila mientras se acerca, y se aparta, dejando que Sila tenga una clara panorámica de la habitación, donde Artal Gremont está tendido sobre la cama, roncando y... completamente desnudo. No lleva ni una sola prenda, ni siquiera el estridente collar que normalmente usa.

Audeta lanza un aro de humo.

—Está drogado. Una de las pociones del hermano de Alys. No se despertará en unas cuantas horas.

—¿Qué vas a hacer con él? —susurra Sila. Sabe que es imposible que Artal se despierte, pero no puede evitarlo.

—No le pondremos ni un dedo encima, miedica. —Audeta sonríe —. Pero Alys dice que muy pronto él se dará cuenta de lo que hemos hecho, y lo hará de la forma más desagradable.

Capítulo trece

La noche siguiente, temprano, Kel se vistió de Kel Anjuman para acompañar a Anjelica a su encuentro.

Seguía sintiéndose reacio a ir; lo suficientemente reacio para estar maldiciendo por lo bajo mientras se vestía con las botas de cuero suave, una túnica de seda de color musgo, y una chaqueta de lino gris verdoso con una amplia capucha forrada. Pero Anjelica iría con o sin él, y si iba sola, el resultado podía ser desastroso. Aunque pensó que, probablemente, sería desastroso de cualquier manera, así que se metió una daga dentro de la bota. Luego añadió otra, oculta en la manga, por si acaso.

Al salir del Castel Mitat, encontró a Lilibet en el jardín del patio, paseando de arriba abajo. Esta lo miró animada cuando lo vio, pero un gesto de decepción le cruzó inmediatamente el rostro. Era un fenómeno que Kel había observado incontables veces. A primera vista, Lilibet lo confundía con su hijo; cuando se fijaba, se daba cuenta de quién era y la expresión le cambiaba.

La reina vestía de verde, como él. El color de Marakand. Su vestido era de terciopelo, del color de las esmeraldas, y una gargantilla de esmeraldas le rodeaba el cuello.

—¿Dónde está Conor? —preguntó la reina de forma abrupta.

—Con Mayesh —respondió Kel. Esperaba que no se fijara en el bulto de la daga bajo la manga ajustada. Lo último que quería era que ella mostrara curiosidad sobre su destino—. Están repasando las invitaciones para el Baile del Solsticio. Creo que hay algún problema con la redacción.

Las cejas pintadas de Lilibet se alzaron.

—No me han dicho nada... Bueno. No importa. —Le clavó su mirada oscura—. Quería preguntaros algo. ¿Qué pensáis de la princesa?

—¿De Anjelica? —Kel se quedó perplejo—. No me corresponde a mí tener ninguna opinión, mi señora.

Lilibet resopló.

—Y, sin embargo, habéis pasado más tiempo con ella que mi hijo. Os mandó al banquete en su lugar, ¿por qué? ¿La encuentra demasiado testaruda? —Dio una pequeña patada irritada al borde de un rosal que languidecía de calor—. Me pregunto si podrá llegar a ser una buena reina. Una reina debe ser capaz de transigir, y esa chica se niega a llegar a un acuerdo en ningún tema.

—Ella solo habló de vos en términos elogiosos, mi señora —mintió Kel.

—En ese caso, sus palabras no casan con sus acciones. Acabamos de tener un desencuentro por el asunto del elefante. Le he preguntado cuándo lo haría volver a Kutani. Ya sabéis que los elefantes son muy caros de mantener.

Kel emitió un sonido de asentimiento.

—Me ha contestado que el elefante no va a volver, sino que se quedará aquí indefinidamente. Que ahora Marivent era su hogar. Cuando he protestado, me ha dicho, en términos muy claros, que

cualquier decisión relacionada con esa criatura le corresponde a Conor, no a mí, y que Conor aprueba que el elefante se quede.

—Eso es cierto —admitió Kel—. Sí que aprueba que el elefante se quede. Puede que esté más entusiasmado con el elefante que con la princesa.

Lilibet emitió un sonido exasperado. Si Kel no hubiera estado tan ansioso por irse, habría encontrado divertido todo aquel asunto. Era raro que alguien consiguiese irritar tanto a Lilibet.

—¿Está molesto mi hijo de que su prometida sea tan cabezota?

—Creo que Conor considera que esta unión se hace por el bien de Castelana —respondió Kel, con seriedad—, que es, por supuesto, su mayor preocupación.

—Por supuesto —repitió Lilibet, pero en su tono había una nota de sarcasmo—. Entiendo que mi hijo está decidido a casarse por el bien de Castelana, como yo misma estaba decidida a hacer un matrimonio ventajoso para mi país. Esos eran mis sueños entonces. —Miró hacia la Torre Norte con ojos entrecerrados—. Pero los sueños son algo endeble. No se puede construir nada sobre ellos. —Se volvió hacia Kel—. ¿Dijisteis que Conor está con Mayesh? ¿Dónde se encuentran?

—En la armería. Falta muy poco para el Baile del Solsticio.

Pero Lilibet ya estaba yéndose, con las faldas arremolinándose decididas. Kel meneó la cabeza y se encaminó hacia la Puerta Oeste.

Empezaba a caer el crepúsculo, el tipo de crepúsculo en el cual el calor del día parecía atrapado bajo la sombra de la noche que se aproximaba. La hierba de los jardines de Palacio estaba seca y quebradiza bajo las botas de Kel mientras se dirigía hacia el lugar en el que había acordado encontrarse con Anjelica y Kurame.

La Puerta Oeste era una salida, apenas usada, y diseñada para pasar desapercibida entre las fortificaciones del castillo. El carruaje

gris de Anjelica ya estaba allí, en el interior de las murallas, cuando llegó Kel. Un único guardia parecía estar de servicio en la puerta —Benaset, que se hallaba apoyado contra la muralla del castillo— y saludó a Kel con interés.

—Su alteza de Kutani os está esperando —informó, mientras señalaba el carruaje con la cabeza—. Ha dicho algo sobre querer ver la ciudad de noche..., el Mercado Roto y todo eso. ¿Se os unirá el príncipe?

Kel sonrió a Benaset sin dificultad. Ser capaz de sonreír a pesar de los nervios era una de las cosas que había aprendido en Palacio; en ese momento, usó esa habilidad para convencer a Benaset de que no estaba ocurriendo nada interesante.

—Por desgracia, Conor tiene otras obligaciones —contestó—. Su Alteza necesitaba un guía y me pidió que yo le acompañara. —Bajó la voz hasta un tono confidencial—. Últimamente, el príncipe ha estado muy ocupado... Teme que ella se aburra.

Benaset sonrió.

—Las mujeres como esta probablemente se aburran con facilidad —admitió, y empujó la puerta para abrirla.

Kel se apresuró hacia el carruaje, donde Kurame ya estaba subido al pescante. Al saludar a Kel con un gesto de cabeza, el sol poniente destelló sobre los anteojos enjoyados que lucía.

La puerta del carruaje se abrió; Kel entró y se sentó frente a Anjelica. Un momento después, el carruaje empezó a moverse, dando botes sobre grandes baches mientras cruzaba la puerta para salir hacia la Colina.

—¿No has tenido problemas para escabullirte? —preguntó Anjelica. Estaba vestida más sencilla de lo que Kel la había visto nunca, de un negro sobrio, con el pelo recogido en trenzas desde la cabeza. No llevaba joyas, a excepción de una sortija de plata con

una piedra escarlata engastada—. ¿Y sabes adónde nos dirigimos? La cita es en la calle del Castillo...

«Está nerviosa», pensó Kel. Y esa idea mitigó un poco su propia tensión. Anjelica siempre parecía tan serena que a Kel no se le había ocurrido pensar que pudiera estar nerviosa. Eso quería decir que estaba más desesperada de lo que había dado a entender, y Kel sabía bastante sobre la desesperación..., mucho más de lo que ella podía suponer.

Miró por la ventanilla. Bajaban por la Colina, y la ciudad se extendía ante ellos, con sus límites suavizados por el crepúsculo. El calor parecía alzarse de ella, como un brillo trémulo en el aire.

—Sé dónde se halla la calle del Castillo —afirmó Kel—. Y no, no he tenido ningún problema para escabullirme. Ya he hecho antes cosas sin permiso de Palacio, ya sabéis.

—Supongo que sí. —Dio vueltas al anillo que llevaba en el dedo—. Pero casi te he chantajeado para que hicieras esto.

—Cuestiono vuestro empleo de «casi» —replicó Kel, pero sonrió un poco, para quitarle hierro al asunto—. Bonita sortija.

Ella dejó de girarla, y pareció sorprenderse.

—Es un regalo de Conor. Le dije que no tenía que regalarme nada, pero está claro que hace lo que quiere. Me ha regalado un bonito par de guantes, aunque es una prenda que nunca he necesitado ni he usado. También un tocado dorado para Sedai, y unos anteojos enjoyados para Kurame, y también para Kito e Isam, aunque ninguno de ellos usa anteojos.

—Esta es la primera vez que alguien se me queja porque Conor sea demasiado amable y considerado.

Habían llegado a la ciudad y pasaban por las estrechas calles bajo la Colina.

—Tú dirás eso —matizó Anjelica, despacio—, pero encuentro que Conor no es como lo pintan. Me habían dicho que era un vividor, que lo único que le interesaba eran los placeres, beber, apostar y acostarse con cualquiera que se le antojara. Que era irresponsable y estaba hasta el cuello de deudas. En su lugar, lo encuentro casi tristemente responsable. Casi siempre está en la biblioteca o encerrado con sus consejeros o su padre. Y, cuando lo veo por casualidad, cuando cree que nadie lo mira, parece tan... triste.

Kel también había visto esa tristeza, pero Conor siempre la atribuía al cansancio o la frustración. Qué extraño que Anjelica también la hubiera visto..., aunque se tomó un momento para dar gracias a los dioses de que ella no hubiera sospechado nada raro respecto al rey.

—Ha cambiado desde lo de la Galería Brillante —explicó Kel—. Y hay razones para ello.

—No me había dado cuenta de lo responsable que se siente de la muerte de la princesita.

Habían dejado la Ruta Magna e iban por la calle del Castillo, así nombrada por la vista que tenía de Marivent desde su serpenteante trazado. La calle del Castillo recordaba a un callejón del Laberinto; estrecha y antigua, con edificios de fachada de estuco que se apoyaban inseguros unos sobre otros. No era una zona rica, pero resultaba evidente que los que vivían allí se preocupaban por sus casas y sus negocios. Estaba limpia y ordenada, con coloridos letreros colgados sobre los animados bares y restaurantes.

Kel abrió la puerta del carruaje, y Anjelica y él descendieron. Era el vecindario donde se habían establecido los emigrantes de Kutani, y al igual que el Camino Yulan, contenía los aromas y colores de una tierra lejana. Mezclado con el olor del puerto cercano se captaba el

aroma picante de las especias: comino y cardamomo templados, pimienta picante y canela tostada.

La dirección que ella le había dado a Kel resultó ser una casa de té con una fachada de estuco pintada de un alegre color turquesa. El letrero que colgaba sobre la puerta anunciaba que se hallaban en Naali Canaali, que Kel estaba bastante seguro de que significaba «La luz dorada».

Kurame se quedó esperando en el carruaje mientras Kel y Anjelica se aproximaban; Anjelica se había cubierto la cabeza con un chal blanco que le escondía parcialmente el reconocible rostro. En el interior de la casa de té, una mujer joven con la tradicional geya negra y blanca de la Ciudad de las Especias los saludó, y luego los condujo a través de una sala con olor a *patoun*, donde nostálgicos marineros kutanis se agrupaban en mesas llenas de teteras y platos de crujiente pan ácimo con mantequilla. La mayoría parecían felices de estar allí, salvo por un hombre pálido, con un rostro marcado por múltiples cicatrices, que se sentaba solo, mirando su té como si lo hubiera insultado.

Anjelica mantenía la cabeza gacha, pero en realidad nadie se fijaba en ella o en Kel. Este deseó habérselo dicho, la mitad del disfraz era ser lo inesperado. Allí nadie esperaba ver a la princesa, nadie la buscaba, así que nadie la veía.

La joven los condujo afuera, a un pequeño jardín amurallado con un árbol de fuego en el centro. Estaba vacío a excepción de una mesa circular de piedra en la que había un servicio de té para tres personas; resultaba evidente que no esperaban a Kel, en más de un sentido, pues las dos personas sentadas a la mesa eran el Rey Trapero y Ji-An.

Kel se quedó parado. Era vagamente consciente de que la joven que los había acompañado al jardín había vuelto dentro; era aún

más consciente de que Ji-An lo miraba con los ojos muy abiertos. Andreyen, por supuesto, seguía impasible, con las manos pálidas apoyadas sobre el pomo de su bastón, como de costumbre. Su inquietante mirada verde recorrió a Kel con estudiada indiferencia.

A través del zumbido de sus oídos, Kel vio a Anjelica dar un paso hacia delante y quitarse el chal. Las largas trenzas le cayeron por la espalda.

—Saludos, *namimi keyami*. Soy Anjelica Iruvai. Conmigo va mi guardián, Kel Anjuman de Marakand.

Ji-An parecía ansiosa por decir algo, pero Andreyen la pisó.

—Bienvenida, *ayakemi* —dijo este con suavidad—. Y Kel Anjuman. El primo del príncipe. He oído hablar de vos. —Hizo un gesto hacia dos sitios libres a la mesa—. Venid. Acompañadnos.

Mientras Kel y Anjelica se sentaban, la joven de la geya blanca y negra volvió llevando una bandeja con un samovar. Kel agradeció el pequeño ritual del servicio de té, pues le dio tiempo a recuperar el aliento.

Era evidente que Anjelica no tenía ni idea de que él conocía al Rey Trapero; si no, nunca le habría pedido que la acompañase. Los espías de Kutani no habían llegado hasta ahí. Y Anjelica no tenía ningún motivo para ser especialmente leal a Kel; si descubría que conocía a Andreyen, y que lo conocía bien, podía verlo como una traición hacia Conor. Hasta podría contárselo, aunque entonces se estaría poniendo también ella en evidencia.

Aun así... Era evidente que Andreyen deseaba seguir fingiendo que no se conocían. Kel no podía estar más de acuerdo en que, de todas las posibilidades, esa parecía la más inteligente.

Tras servir el té en vasos azul oscuro, la joven los dejó solos en el patio. En el cielo, las últimas luces ya se habían apagado y las estrellas empezaban a aparecer. Kel cogió un vaso de té,

agradeciendo el calor en la mano. Era algo en lo que podía concentrarse para calmar su agitación.

—Me quedé muy sorprendido —comenzó Andreyen, dirigiéndose a Anjelica—, cuando recibí vuestro mensaje. No todos los días me llama la realeza.

Kel casi se atragantó con el té. Estaba muy dulce, y especiado con canela, clavo y cardamomo. Al mirar sobre el borde del vaso, vio a Ji-An gesticular con la boca hacia él, pero no pudo leerle los labios. Le lanzó una dura mirada: «Para».

—Dicen que en Castelana, tienen al Rey de la Colina y al Rey de la Ciudad —repuso Anjelica, con su voz musical—. Habría que ser muy tonto para interesarse solo por uno de ellos.

Andreyen alzó el vaso de té por ella.

—Sin embargo —dijo—, uno de ellos es vuestro suegro, mientras que yo soy solo un criminal corriente, bendecido con una suerte extraordinaria.

—Espero que esa suerte me ayude ahora. ¿Conocéis al pirata Laurent Aden?

Ji-An lanzó una mirada sorprendida a Kel, que le respondió con una insulsa sonrisa.

—Ah, sí —respondió Andreyen—. Un joven muy emprendedor, que está construyendo su propio imperio.

—Un imperio de piratería y robo —replicó Anjelica, tensa—. Es un hombre sin escrúpulos.

—Los escrúpulos pueden resultar caros —intervino Ji-An.

Anjelica pasó eso por alto.

—Me han dicho que si alguien puede llegar a él, es el Rey Trapero. Necesito enviarle un mensaje, con la esperanza de que se reúna conmigo.

—No estoy muy seguro —respondió Andreyen— de que a Palacio le parezca bien que os comuniquéis con un antiguo amante que se esconde en una cueva de nuestra costa.

Anjelica enrojeció.

—Amante no, pretendiente.

—No importa. —Andreyen hizo girar el bastón, pensativo—. Es un criminal. Los Aurelian encontrarían alarmante que una princesa se comunicara con él. Lo que importa a los que son como los Aurelian es la lealtad. Que vos planeéis en secreto... —La miró con amabilidad—. Olvidad a Aden. Olvidad cualquier forma de presionaros que pueda tener. Pronto seréis reina de Castelana. No puede tocaros.

—Aden nunca fue mi amante —explicó Anjelica, con voz temblorosa—. Pero hubo un tiempo en el que creí estar enamorada de él. Le escribí cartas..., el tipo de cartas que serían muy comprometedoras si llegan a caer en las manos equivocadas. Fue estúpido por mi parte, y ahora me amenaza con que, si no vuelvo con él, se las enviará a todos los nobles de la Colina. Sería un escándalo horrible, y los Aurelian se verán obligados a romper la alianza con mi familia. Pero mis padres nunca lo permitirán; no encontrarán nada mejor para mí que ser reina de Castelana. Por tanto, podría resultar en un conflicto entre nuestros países, peor del que ya tenéis con Sarthe. Pues no hay pago que pueda compensarlo.

El Rey Trapero no dijo nada. Kel se dio cuenta de que su rápido cerebro estaba funcionando a pleno rendimiento detrás de su insulsa expresión.

—Aden quiere causar problemas —aportó Kel—, el tipo de problemas que son malos para los Aurelian y para Castelana. Y

siempre se me ha dicho que vos os preocupáis por lo que le pase a Castelana.

Andreyen hizo un ruido de reflexión.

—Imaginad que os ayudo con esto, princesa. ¿Cuál sería vuestro plan? ¿Rogarle que os devuelva vuestras cartas? Los hombres como Aden no son conocidos por su compasión.

—Nada de rogar. Pretendo ofrecerle dinero... Una buena cantidad de oro a cambio de esas cartas.

—Y tras pagarle a él, ¿creéis que aún podréis pagar mi tarifa? Porque no será escasa.

Kel lanzó una dura mirada a Andreyen que este ignoró. ¿Era posible que no entendiera la importancia del asunto? ¿El peligro político para los Aurelian?

—Había esperado pagaros con información —contestó Anjelica—. Información sobre Prosper Beck.

Kel dio un respingo, sorprendido, y casi derramó su té. Fue consciente de que tanto Ji-An como el Rey Trapero lo miraban con una pregunta en los ojos: «¿Sabías que iba a decir esto?».

—¿Prosper Beck? —preguntó Kel, áspero—. ¿Y cómo podríais vos saber algo sobre Prosper Beck?

Anjelica lo miró sorprendida.

—¿Habéis oído hablar de Prosper Beck?

—Todo el mundo ha oído hablar de Prosper Beck —contestó Ji-An; no era cierto, pero quizá Anjelica no lo supiera—. Y todo el mundo sabe que se ha ido.

—Prosper Beck no se ha ido —replicó Anjelica, con calma—. Prosper Beck ha vuelto a Castelana. Se rumorea que está preparándose para una pelea. Quizá contra vos.

Los grandes ojos verdes de Andreyen se habían oscurecido.

—Si ahora mismo estáis mintiendo para saliros con la vuestra, princesa, permitidme aclararos algo. Ese no es un camino seguro por el que ir. No conmigo.

No había alzado la voz ni cambiado la expresión, y sin embargo, algo en su forma de hablar le recordó a Kel que Andreyen no era solo el hombre que se mostraba amable con Ji-An y Merren, y disfrutaba de su jardín cubierto. También era un hombre que había matado a gente y lo había hecho sin pensárselo dos veces.

—No estoy mintiendo —aseguró Anjelica. Se había llevado las manos al regazo; Kel vio que las entrelazaba con fuerza—. Hay un almacén, en el Camino del Arsenal en el Laberinto. Tiene una puerta cegada. Se supone que es para almacenar té, pero lo encontraréis lleno de baúles con armas.

—¿Cómo sabéis todo esto? —preguntó Kel—. ¿Espionaje kutani?

—El espionaje de mi país es excelente —admitió Anjelica—. Pero no diré nada más sobre el asunto hasta que vos —miró a Andreyen— hayáis contactado con Aden por mí.

Los ojos de Andreyen eran fragmentos de hielo verde. Ji-An se puso en pie. No había tocado su té especiado.

—Iré ahora al Arrecife. A ver ese almacén.

—Parece un trabajo trivial para una asesina de tanto talento —observó Anjelica.

—No creo que os haya presentado a mi socia —repuso Andreyen. Las palabras sonaban calmadas, pero él tenía el aire de un gato al acecho, con los ojos entrecerrados y la cola moviéndose de un lado a otro.

—Vos sois Kang Ji-An, ¿no es cierto? —preguntó Anjelica—. Por vuestra culpa, una familia entera en Geumseong está muerta.

Ji-An y Andreyen intercambiaron una mirada.

«Ten cuidado, Anjelica», pensó Kel. Sabía que intentaba dejar claro que era una fuerza para tener en cuenta; que sabía mucho más de lo que ellos pensaban. Pero existía la posibilidad de saber demasiado.

—¿Una familia entera, decís? —preguntó Ji-An, mientras se ponía los guantes. Flexionó los dedos—. Eso no parece un asesinato. Eso es una masacre.

—Pero lo hicisteis por la chica a la que amabais —señaló Anjelica —. Y es noble hacer cosas así por amor.

Ji-An se quedó mirándola fijamente; su rostro estaba muy pálido. El Rey Trapero se puso en pie.

—No es necesario seguir hablando —intervino—. Si vuestra historia sobre el almacén es cierta, *ayakemi*, os haré llegar noticias mías respecto a Aden. Hasta entonces, id con cuidado. Un hombre que chantajea por dinero es una cosa. Uno que chantajea por amor es mucho más peligroso.

Lin se sentó con las piernas cruzadas ante la pequeña mesa de la cocina, con sus libros y sus papeles extendidos ante ella. Esa tarde le había pedido a Mariam que le devolviera los libros, y comprobó, divertida, que tenía las notas de su amiga, garabateadas en los márgenes de los antiguos tomos en lápices de diferentes colores.

A Mariam, al parecer, le habían interesado principalmente las grandes hazañas de los Hechiceros-Reyes, que iban desde las increíblemente grandiosas (a un Hechicero-Rey le había molestado una montaña que le tapaba la vista del mar, así que había reubicado la cordillera entera en lo que sería Marakand), a las ligeramente ridículas (una Hechicera-Reina había hechizado a diez mil gatos para que asistieran a su boda). Pero Mariam también había tomado otras

notas más útiles. Había encontrado una sección en un libro que Lin había descartado casi de inmediato, que describía cómo las Piedras-Fuente se unían a sus poseedores. «El mago y la piedra deben viajar juntos a las cuevas de Sulemon, donde, tras pasar las Salas de Piedra Tallada, la gema debe purificarse en el Lugar del Agua Amarga antes de unirse al hechicero cuyo poder contendrá».

Quizá ahí radicase el problema, pensó Lin. Quizá lo que pasaba era que su piedra no se había unido a ella. Pero ¿cómo llevar a cabo tal unión? Probablemente, todos esos lugares se habrían perdido en la Fractura.

Una llamada a la puerta la sacó de sus sombríos pensamientos. Seguramente, sería Mayesh o Mariam, pensó, pero cuando abrió la puerta, se encontró a Aron Benjudah en el umbral. El exterior estaba oscuro, con la luna escondida tras las nubes. Pero, incluso en la penumbra, pudo ver que parecía cansado. Llevaba el atuendo de lino tosco de comerciante rhadanita, y se le marcaban las ojeras.

—¡Exilarca! —exclamó Lin—, no esperaba veros tan pronto.

—Me pedisteis que os hiciera un favor, y lo he hecho. —Sacó un trozo de papel doblado de la chaqueta—. Aquí está la traducción que me pedisteis.

Lin cogió el papel.

—Gracias.

Él la miró con una media sonrisa.

—¿No vais a leerlo?

Lin apretó los dientes. Había esperado que si no desdoblaba el papel inmediatamente, Aron entendería la indirecta y se iría, pero, al parecer, los Exilarcas no eran buenos captando las indirectas. Lentamente, desdobló el papel. Era, como había esperado, una lista de ingredientes, escrita en una pulcra y cuidadosa caligrafía. Al leer la lista, la invadió una sensación de alivio. No contenía nada de lo

que no hubiera oído hablar nunca, nada que fuera imposible de conseguir.

—Parece algún tipo de remedio —comentó Aron—, pero no uno ashkar. No soy sanador, pero... —señaló con el dedo en la página— sí que sé que la amapola amarilla es un sedante. En los Caminos Dorados, los sanadores se lo dan a los heridos, con la esperanza de que permanezcan inconscientes durante el tratamiento y así no sufrir el posible dolor. Pero es una droga torpe, y es fácil administrar demasiada. Los ashkar tenemos acceso a sedantes mejores que este.

«Una droga torpe». Tenía razón, pero ¿qué iba a decirle ella, más allá de que no tenía intención de darle a nadie tal medicina? Pero eso, por supuesto, no era cierto.

—¿Puedo haceros una pregunta? —inquirió, en su lugar.

—Sois una aspirante a Diosa —repuso él, seco—. Preguntad lo que queráis.

—¿Habéis oído hablar de algo llamado el Lugar del Agua Amarga?

El efecto de sus palabras la sorprendió. Él abrió mucho los ojos y dio un paso atrás, casi como si lo hubiera empujado.

—¿Quién os ha dicho que me preguntéis eso? —inquirió en un tono brusco—. ¿Ha sido Mayesh?

—Por supuesto que no —contestó Lin—. El nombre aparece en un libro que saqué del Shulamat. En una historia de los Hechiceros-Reyes. Pero creía que sería solo una leyenda. —Lo miró fijamente—. No algo real.

Él pareció relajarse ligeramente.

—No hay nada que no os produzca curiosidad, ¿no? —protestó—. Sí, ese lugar existió, en el pasado. Se halla en la frontera de lo que una vez fue Aram, en lo profundo de la tierra.

—¿Fue destruido en la Fractura?

Él se encogió de hombros.

—En aquellos días se destruyeron muchas cosas. Muchas se perdieron y se escondieron otras muchas, pero algunas permanecen escondidas por un buen motivo.

—Habláis en acertijos —se quejó ella.

Él ya estaba volviéndose para irse, pero se detuvo en el escalón más bajo y miró hacia atrás.

—Pues resolvedme —dijo, y se fue, perdiéndose en las sombras.

—El Rey Trapero no es para nada como pensaba que sería —comentó Anjelica mientras el carruaje traqueteaba alejándose de la calle del Castillo. Iba sentada frente a Kel, con las manos entrelazadas en el regazo como una jovencita. Tenía los ojos brillantes y las mejillas arreboladas. Había sido una reunión emocionante, supuso Kel, si se miraba desde cierta perspectiva. Pero él no la había encontrado emocionante; se había pasado la mayor parte del tiempo con ganas de vomitar.

—Prosper Beck —dijo Kel, seco—. ¿Cómo sabéis tanto de él?

Ella negó con la cabeza.

—Te estoy agradecida por tu ayuda, Guardián de Espadas. Pero no puedo decírtelo.

—Me lo debéis —replicó él—. Debisteis haberme contado que planeabais sobornar a Andreyen Morettus usando de cebo a Prosper Beck. ¿Estáis loca? Meteros en medio de los tejemanejes de los criminales violentos...

—No creía que supierais quién es Prosper Beck —contestó Anjelica, ofendida. Recorrían la sinuosa Ruta Magna, de vuelta a la Colina.

—Un Guardián de Espadas ha de saber muchas cosas. —Técnicamente era cierto, pensó Kel, y esperó que no sonara muy pomposo—. Y vos estáis jugando con hombres muy peligrosos. Aden entre ellos.

—Estoy haciendo lo que tengo que hacer. —En la penumbra del carruaje, él notó que lo miraba—. Pero debería haberte contado más. Ponerte sobre aviso. Perdóname. Me equivoqué.

A su pesar, Kel se ablandó. Una disculpa de la realeza no era algo muy común, como él sabía bien. Aunque seguía preguntándose de dónde había sacado la información sobre Prosper Beck. El espionaje kutani era famoso, y quizá eso fuese todo, pero aun así le molestaba... Sobre todo porque sabía perfectamente bien que si le preguntaba a ella, no se lo diría. Su amistad, si se podía llamar así, no llegaba hasta ese punto.

Anjelica miró por la ventanilla.

—¿Hay algún evento? ¿Un festival?

Kel no necesitaba mirar; podía ver la luz de las antorchas de nafta iluminar el interior del carruaje.

—Es el Mercado Roto. Aquí se puede vender cualquier cosa mientras sea imperfecta o necesite una reparación.

—Pero ¿por qué iba a querer alguien cosas rotas?

—Alguna gente disfruta reparándolas —explicó Kel—. En Zipangu, reparan la cerámica rota con oro fundido, de forma que el objeto roto es más hermoso cuando se reconstruye. Y supongo que algunos desean asegurarse de que nada se estropea para siempre sin posibilidad de reparación.

—Yo preferiría que no se rompiese para empezar —repuso Anjelica, tras una larga pausa. Se inclinó hacia él—. El Rey Trapero ¿es como pensabas que sería? —preguntó—. Tú eres el que creció en Castelana, oyendo historias y leyendas del Caballero Muerte.

—Es exactamente como me lo esperaba —contestó Kel, con simpatía—. Solo que ni llegó volando con alas de urraca ni se disolvió entre las sombras al acabar la reunión. No —añadió, mientras rodaban saliendo del Mercado Roto—, la que me ha sorprendido habéis sido vos.

Ella esbozó una ligera sonrisa.

—Me gusta saber cosas. Y se hace muy aburrido ser una de las diez hijas en un palacio.

—Ya veo. Hay que dedicarse al espionaje para entretenerse —bromeó Kel. La miró directamente—. Lo he conocido, ¿sabéis? A Prosper Beck.

Una expresión de auténtico asombro cruzó el rostro de Anjelica, justo cuando el carruaje se detenía, tambaleándose ligeramente al quedar sobre un bache. La puerta se abrió, y allí estaba Kurame, listo para ayudar a su hermana a bajar del carruaje. Sus anteojos enjoyados brillaban como caparazones de escarabajos arcoíris, y Kel no pudo evitar encontrarlo divertido, sabiendo que eran un regalo de Conor.

Entraron a Marivent por la poterna, los tres en silencio. Mientras pasaban ante Benaset, quien se inclinó con cortesía al verlos, Kel se preguntó si debería escoltar a Anjelica hasta sus aposentos. Sería lo más correcto, pero nada de lo que había pasado esa noche había sido normal, y quizá ella prefiriese quedarse sola con su hermano.

Al final, sus cavilaciones resultaron irrelevantes. Cuando atravesaban la arcada que daba al jardín del Castel Mitat, Kel vio a Conor, sentado solo en el borde de la fuente de azulejos. Por encima de él había un reloj de sol oscurecido, con un verso de una vieja canción grabado en la superficie: «Ah, cuánto creía yo saber del amor, y cuán poco sé».

Conor levantó la vista cuando se acercaron y sonrió al ver a Kel.

—Me preguntaba adónde habríais ido —dijo—. Mi mejor amigo y mi prometida.

«Y Kurame», pensó Kel, pero cuando miró alrededor, Kurame había desaparecido, escabulléndose entre las sombras de la noche, como la Guardia de Sangre parecía haber sido entrenada.

Conor dejó escapar un suspiro.

—Me sentía tan solo que pensé en ahogarme en esta fuente, pero el agua está llena de ranas.

—Kellian deseaba mostrarme el famoso Mercado Roto —explicó Anjelica, mientras se sentaba en el borde de la fuente junto a Conor —. Tu ciudad es encantadora de noche. También hemos visto el Jardín Nocturno —añadió—. Tu madre tiene un excelente gusto en flores.

—Me encanta oír eso —repuso Conor—, puesto que ella cree que no aprecias su gusto en nada. No te preocupes; yo tampoco.

Anjelica rio. Parecía una risa auténtica, espontánea, brillante como la plata.

—He visto antes a Lilibet, Con —informó Kel—. Parecía molesta porque Mayesh y tú estuvierais organizando el Baile del Solsticio sin ella.

—Sí, ya lo sé. —Conor bostezó y estiró su cuerpo esbelto. Tenía el pelo hecho un desastre, como si hubiera estado durmiendo otra vez sobre el escritorio. Kel sintió el habitual pinchazo que sabía que era una mezcla de amor y remordimiento. Por lo mucho que quería proteger a Conor. Por los secretos que estaba guardando.

Prestó escasa atención a la conversación mientras Conor le hablaba a Anjelica del Baile del Solsticio, una celebración anual del reinado Aurelian. Tendría lugar en breve y Conor pensaba que Anjelica debería participar en las actividades.

Kel se preguntó si lo mejor sería irse, desaparecer como había hecho Kurame. Dejar a Conor solo con Anjelica. Parecían llevarse bien; ¿no sería mejor favorecer eso?

—Es un baile de disfraces, ¿no? —preguntó Anjelica—. Todo el mundo va disfrazado.

—Y con un tema cada año —asintió Conor—. El año pasado fueron las estrellas y los planetas. ¿El anterior...?

Se volvió hacia Kel, con la pregunta en los ojos.

—Fue historias de los dioses —contestó Kel—. Montfaucon acudió disfrazado de Aigon, dios del mar, y estropeó todas las alfombras.

Conor miró a Anjelica.

—Mi madre ya ha elegido la comida y la decoración. Pero creo que podría ser adecuado que eligieras el tema de este año, mi señora.

Anjelica juntó las palmas, encantada.

—Bestias —respondió al instante—. Cada persona debe disfrazarse del animal con el que cree que guarda mayor parecido.

—¿Mayor parecido? Pensaba que las máscaras servían para ocultar la identidad —repuso Kel.

—Al contrario, la elección del disfraz revela mucho —comentó Anjelica. Su expresión permaneció igual, pero a Kel le pareció percibir la sonrisa en su tono—. Kellian, tú podrías ser un camaleón, la criatura que se disfraza tan bien de otros. Y tú, mi señor —miró a Conor—, serías un león, pues eres Castelana.

—¿Y tú, *ayakemi*? —preguntó Conor.

—Tendrás que esperar para verlo. —Sonriendo, Anjelica se puso de pie. Kel se quedó parado cuando ella se inclinó y besó a Conor en la mejilla—. Es bonito —dijo— que me ofrezcas esta tarea.

Se volvió y se alejó caminando hacia el Castel Pichon. Había salido una luna teñida de azul, y su chal blanco pálido brillaba bajo su luz.

Mientras Kel la miraba, vio a Kurame emerger de la oscuridad, como una sombra fluida, para unirse a su hermana.

—Siéntate conmigo —pidió Conor, interrumpiendo los pensamientos de Kel. Se había tumbado en el extremo ancho de la fuente y miraba hacia el cielo—. Me encuentro en un estado de ánimo extrañamente bueno. Bebamos juntos y contemos las estrellas.

Kel hizo lo que Conor le pedía. Se recostó sobre las manos, se tumbó sobre las baldosas, y miró al cielo. La luna parecía estar jugando con las nubes, saliendo y ocultándose sin dejarse ver nunca por completo.

—¿Hay alguna razón para este buen humor? —preguntó Kel.

Conor plegó los brazos bajo la cabeza. Un día, pensó Kel, un día Conor y él serían capaces de hacer eso otra vez, tumbarse juntos bajo las mismas estrellas que veían siendo niños, sin la distancia que se había creado entre ellos, sin ese espacio que no podía definir o nombrar.

—Me siento como se deben de sentir los marineros —contestó Conor— cuando han estado en el mar mucho tiempo y por fin vuelven a ver tierra.

Kel miró a su príncipe. Conor no parecía estar mirando al cielo en absoluto, sino tener la mirada perdida.

—La otra noche, ¿encontraste lo que estabas buscando en la biblioteca? —preguntó Kel.

—Lo cierto es que sí —respondió Conor—. Realmente creo que sí.

Lin durmió mal esa noche y tuvo sueños extraños. Aunque no soñó con el hombre que quemaba todo lo que tocaba, sí que soñó con

colinas y valles quemados, un suelo carbonizado por el calor abrasador.

Se despertó más tarde de lo habitual y se puso un sencillo vestido de batista gris con la intención de ir a visitar el Etse Kebeth. No podía evitar sentir que había estado descuidando a Mariam, a quien ya le correspondía otra sesión de curas. Entre el asunto de la medicina del rey y su propia preocupación por la prueba que se avecinaba, se temía no haber sido lo suficiente diligente en su vigilancia del estado de Mariam. ¿Y acaso no era la salud de Mariam el motivo de todo aquello?

Se ató un delantal blanco para protegerse de la suciedad, y salió del dormitorio, aún cepillándose el pelo. También tenía que comer algo, aunque quizá pudiera convencer a Chana para que la dejara saquear la cocina del Etse Kebeth...

—Buenos días, Linnet.

Lin casi soltó un grito. Su abuelo estaba sentado a la mesa de la cocina; una delgada línea de humo se elevaba de la pipa que fumaba. Ella lo miró con ojos entrecerrados. ¿Cómo había entrado? Sin duda, ya era un poco mayor para iniciar una nueva carrera como allanador de moradas.

—*¡Zai!* —exclamó, con las cejas acusadoramente levantadas—. ¡Casi me matas del susto! ¿Cómo has entrado?

Él no respondió, lo cual no la sorprendió demasiado. Sin sus ropas de consejero, con una túnica normal y unos pantalones, parecía mayor, pero los ojos que la miraban bajo las pobladas cejas eran tan brillantes y perceptivos como siempre.

—Tengo un mensaje para ti —dijo—, del príncipe Conor.

Puso un papel doblado sobre la mesa. Lin no le preguntó si lo había leído; por supuesto que lo había hecho.

—¿Te ha pedido el príncipe que me lo entregaras? —le preguntó, mientras lo cogía. No pudo evitar recordar lo que el príncipe le había dicho: no se puede confiar en todos los mensajeros. ¿Habría confiado en el consejero?

—No —respondió simplemente Mayesh.

Lin sabía que podía seguir preguntándole, pero también sabía que no conseguiría nada. Desdobló el papel y leyó el mensaje, escrito con una letra ridículamente elegante.

«El Palacio estará casi vacío este jueves. Venid a la plaza Valerian a mediodía. Un carruaje os llevará desde la plaza hasta Marivent. Ya sabéis por qué se os requiere aquí».

El príncipe había firmado con una ristra de iniciales. Sin duda, su nombre real completo, fuera cual fuera. Lin alzó la vista del papel y se encontró a Mayesh exhalando una densa nube de humo de *patoun*.

—Dentro de tres días, en la plaza principal, el Hierofante de Aigon dará su bendición al príncipe Conor y su prometida, Anjelica Iruvai de Kutani.

«Ah».

Lin sabía que la ceremonia estaba por llegar, como lo sabía toda Castelana. Era parte del desarrollo de los festivales, procesiones y protocolos rituales que precedían al matrimonio real. Lo que no sabía era que iba a ser tan pronto.

Se preguntó por qué el príncipe Conor querría verla en la plaza. Tenía sentido llevarla a Palacio cuando iba a estar prácticamente vacío, con todo el mundo en la ciudad. Pero ¿no era más fácil mandar un carruaje al Sault?

—¿Por qué Conor va a llevarte a Palacio? —preguntó Mayesh, calmado—. ¿Qué espera que hagas allí?

—O sea, que has leído la nota —replicó Lin, acusadora.

—En cualquier caso, has confirmado mis sospechas —afirmó—. No soy estúpido, Lin, y veo todo lo que pasa en Marivent. Sé que Conor te llevó a la biblioteca la noche del banquete. ¿Por qué? ¿Qué quiere decir ese «ya sabéis por qué se os requiere»?

Lin vaciló. No se le ocurría ninguna mentira que él no pudiera comprobar con facilidad. Su abuelo sabía demasiado sobre Palacio y sobre la familia real. Más de lo que sabían ellos mismos.

Respiró hondo. El príncipe le había dicho que no hablara de eso con nadie. Pero no había manera de ocultarle nada a su abuelo; insistiría e insistiría, igual que un perro con un hueso enterrado en un jardín.

—No puedo decirlo —confesó—. El príncipe me ha impuesto una orden real.

Mayesh la miró sorprendido, con la pipa a medio camino de la boca.

—No hablas en serio.

—No mentiría sobre algo así —replicó Lin.

—Entonces, tiene que ver con su padre. —Mayesh se puso en pie de golpe. Caminó hacia la ventana, contemplando la modesta vista del Sault, la calle adoquinada que se alejaba hacia las puertas.

—No puedo decírtelo —insistió Lin, sintiéndose desgraciada—. No es que no quiera. Tengo preguntas y puede que tú conozcas las respuestas. Pero no puedo.

—No me gusta esto. —La pipa de Mayesh se consumía entre sus dedos; parecía haber olvidado que la sostenía—. Desde que lo conociste, cuando Kel estaba herido, Conor ha cambiado mucho, lo sabes, ¿no?

—Eso he oído —replicó Lin, seca—. Sobre todo de Kel.

—No se equivoca. Y, sin embargo, ¿cuánto puede cambiar realmente un hombre cuando solo se le ha criado para ser una clase

de persona? —La pipa de Mayesh se había apagado; la dejó sobre la mesa con un gesto impaciente—. En el pasado, sus planes han acabado en desastre. No quiero que te arrastre con él a ningún desastre.

—Solo puedo contarte esto, *Zai*. —Lin no podía evitar hacerse preguntas. La preocupación en la voz de su abuelo parecía real. Pero eso no significaba que su preocupación fuera por ella, o solo por ella. Quizá también estuviera preocupado por Castelana, por la alianza con Kutani, por los nobles de la Colina y lo que pensaban de su príncipe.

Lin suspiró.

—Puedo decirte que Con... el príncipe Conor no me ha pedido que haga nada que yo no hubiera estado dispuesta a hacer igualmente, aunque no me hubiera puesto bajo una orden real.

—Recuerda lo que dicen nuestros sabios: «Vive según las leyes, no mueras por ellas». Debes poner por delante tu seguridad, Lin. —Cuando ella no contestó, él dejó escapar un suspiro irritado y añadió —: Entonces ¿para qué se molestó en ponerte bajo una orden real?

—Piensa que él me desagrada —respondió Lin, y vio que su abuelo alzaba una ceja—: No creo que sepa cómo actuar ante eso. Nunca ha estado con gente que no tuviera, al menos, que fingir apreciarle. No tiene ni idea de cómo pedir a alguien que le ayude solo por ayudarle..., no por querer obtener de él algo a cambio.

Una expresión irónica cruzó por el rostro de Mayesh.

—Veo que conoces a nuestro príncipe mejor de lo que pensaba. Quizá mejor de lo que se conoce él mismo. —Cogió la nota de la mesa—. Te cita en la plaza Valerian durante la bendición —observó —. Muy bien. Ve y lleva a Mariam contigo. Disfrutará con toda esa pompa y circunstancia. Por ella, me aseguraré —añadió, volviendo a doblar la nota— de que tengáis un buen sitio.

Jerrod

Jerrod:

He pensado en tu advertencia, y he decidido que tienes razón.

Aunque parecía conveniente mantener cerca a cierta persona, ahora parece que el peligro supera el posible beneficio. Por favor, lee atentamente la siguiente lista de instrucciones y, a continuación, haz lo que debas. Confío en que actúes con rapidez.

Beck

Capítulo catorce

—Andreyen no está contento contigo. Lo sabes, ¿no? —dijo Ji-An.

—¿De verdad? —Kel miró hacia el puerto—. ¿Te lo ha dicho?

Kel tenía que admitir que era una buena noche para navegar hasta Tyndaris, a pesar de su ánimo pesimista general. No había viento, ni olas en el puerto. La luna relucía de vez en cuando tras un grueso velo de nubes, permitiendo una oscuridad que escondía sus movimientos, mientras él, Merren, Jerrod y Ji-An se agrupaban al borde de un estrecho muelle.

Como Andreyen había prometido, allí los esperaba una pequeña barca. (Al parecer, mantenía una flota de embarcaciones pequeñas y rápidas con las que los productos procedentes del contrabando se transportaban desde los barcos anclados mar adentro hasta las cuevas de la costa, donde piratas como Laurent Aden merodeaban a la espera).

Ji-An lanzó a Kel una mirada molesta antes de subir al bote. Jerrod, Merren y él se apresuraron a seguirla.

La barca la manejaban dos rudos remeros cubiertos con gastados impermeables y con aspecto de preferir estar tomando cerveza en alguna de las tabernas iluminadas del Arrecife. Pero eran hombres

de Andreyen, y se comportaron educadamente mientras Kel y los demás se acomodaban en la barca, que luego alejaron de la orilla.

Navegaron en silencio, salvo por el rítmico golpeteo de los remos. La marea estaba baja, y la isla hundida de Tyndaris emergía del agua cerca de la desembocadura del puerto, coronada por las dentadas ruinas del templo, cuya silueta se destacaba contra el cielo nublado.

Merren y Jerrod iban sentados en la proa, con las cabezas juntas. Kel se preguntó de qué estarían hablando, pero no por mucho rato. Ji-An, con el ceño fruncido, se dejó caer en el asiento frente al suyo.

—¿No has oído lo que dije en la orilla? —preguntó, manteniendo la voz baja—. El Rey Trapero...

—No está contento conmigo, ya. —Kel suspiró—. Te he oído. La verdad es que esperaba tener la oportunidad de hablar con él esta noche. No sabía que no vendría con nosotros.

Ji-An se volvió para mirar a los remeros, pero ninguno parecía estar prestando atención a la conversación. Miró a Kel de nuevo.

—Bueno, ¿qué esperabas? Aparecer así ayer con la princesa de Kutani, sin avisarnos de lo que quería, o de que estarías con ella.

—No lo sabía. —Kel estiró las piernas. Iba todo vestido de negro, como el resto, y llevaba las dagas en las botas, los cuchillos en las muñecas y una espada colgada de la cintura—. Solo me dijo que tenía una reunión y necesitaba que la guiara por Castelana.

—Humm. —Esa noche, la luna tenía un leve tono verdoso; le daba un matiz inquietante a los ojos de Ji-An—. ¿Y por qué una princesa quiere contactar con un criminal? Es muy astuta, esa Anjelica Iruvai. No sé bien hasta qué punto deberías fiarte de ella.

—Lo tendré en cuenta —repuso Kel.

Vio que Merren miraba alrededor con cierto asombro; habían alcanzado las aguas profundas, donde anclaban los grandes buques.

Las enormes embarcaciones se alzaban sobre el agua, empequeñeciendo la diminuta barca. Era como si estuvieran en un valle oscuro con montañas rodeándolos por ambos lados.

Pero esas montañas estaban habitadas. Las luces brillaban en los barcos, y el sonido de las voces viajaba sobre las olas. Los remeros avanzaban pegados a los costados de las naves, y hacían todo lo posible para no ser vistos.

Había algo en la inmensidad de todo aquello que impactó a Kel y le hizo sentir una soledad peculiar. Había pasado toda su vida en una ciudad, un lugar donde rara vez se estaba a más de unos cuantos pasos de otro ser humano. Pero el mar era inconmensurable. Una vez que se dejaba el puerto, una enorme y vacía planicie de agua amarga se extendía hasta Kutani, tan hostil como un ardiente desierto.

—¿Tenía razón Anjelica sobre el cargamento de armas? ¿En el almacén? —preguntó Kel.

—Sí —contestó Ji-An, reticente—, sí que tenía razón. Supongo que Andreyen hará lo que ella le pidió y se comunicará con Aden. Probablemente ya lo haya hecho.

—Así que estaba en lo cierto sobre Prosper Beck. Ha vuelto.

Ji-An apretó los labios.

—Eso parece.

Casi sonaba cansada, de una forma que no era nada habitual en ella. Kel quería seguir haciéndole preguntas; qué pensaba Andreyen del regreso de Prosper Beck, qué podría querer Beck..., pero, en ese momento, la barca salió de entre los buques y vio Tyndaris, emergiendo del agua.

Desde la orilla, la isla hundida siempre parecía brillar, como un fragmento de cuarzo roto que despuntaba entre las olas. De cerca, Kel pudo ver que el brillo provenía de la Capilla de las Mil Puertas.

Las columnas del templo eran la única parte de Tyndaris que siempre sobresalía del agua, y los pilares de mármol blanco brillaban como hueso pulido. La mayoría de sus torres se habían roto, pero algunas aún elevaban sus agujas hacia la luna como dedos descarnados.

El resto de la isla, el suelo en la que se asentaba la capilla, era una masa de tierra mojada y ruinas desmoronadas, profusamente cubiertas de algas de un verde negruzco. Los percebes se aferraban a los costados de la isla; lo que Kel, desde lejos, había tomado por árboles, eran en realidad torres ramificadas de coral, de las que colgaban húmedos racimos de algas marinas.

Mientras se acercaban más a la isla, uno de los remeros murmuró algo; el otro hizo el signo de la Rueda de Aigon, un círculo en el centro del pecho, destinado a protegerse de la mala suerte. Kel no pudo culparlos; había algo de prohibido en un lugar que pasaba la mayor parte del tiempo hundido en una atmósfera distinta, donde los tiburones y los cocodrilos merodeaban entre las ruinas, y donde el sol no tocaba.

El bote se detuvo en el agua salobre a menos de un metro de tierra. Al parecer, no podían acercarse más sin encallar. Los remeros señalaron unos escalones de piedra tallados en la orilla escarpada de la isla; era, según explicaron, el único medio de acceso a la capilla.

—¿Cuánto tiempo tenemos hasta que suba la marea? —preguntó Kel, mientras salía de la barca. Pudo notar el frío del agua marina incluso a través del cuero de sus botas altas.

—Una hora, quizá —contestó el remero más viejo, un hombre cuyo pelo gris pálido sobresalía como paja bajo una gorra plana—. Tarda un rato en cubrir la isla, pero es mejor salir bastante antes de eso. Os esperaremos aquí tanto como podamos. Pero si nos vemos obligados —se encogió de hombros—, os dejaremos aquí.

Los cuatro permanecieron en silencio mientras avanzaban lentamente por el agua poco profunda hasta el pie de los escalones cubiertos de musgo. Kel sospechó que todos estaban imaginando lo mismo: cómo sería quedarse atrapado en Tyndaris mientras la marea subía hasta dejar a la vista solo las puntas más altas de las columnas del templo; flotar entre las ruinas, aguardando a que una muerte verde, por ahogamiento o cocodrilos, llegara a reclamarte.

Ji-An fue la que primero alcanzó los escalones. Subió con agilidad, con el arco en la mano y el carcaj colgándole de la espalda. Jerrod y Merren la siguieron, y Kel fue el último. Cuando puso el pie sobre el primer escalón, salieron huyendo diminutos cangrejos rosados.

La escalera serpenteaba a través de lo que, probablemente, habría sido un bosque, pero ya no era más que un camino escalonado bordeado por árboles muertos convertidos en madera desgastada tras años de sol y agua salada. Había que pisar con cuidado; no era solo que la piedra estuviera resbaladiza, sino que las grietas de los escalones albergaban pequeñas oquedades llenas de agua donde brillaban estrellas de mar y cangrejos ermitaños.

El mar iba quedando abajo mientras ellos ascendían. Kel encontró consuelo en la visión del bote, un pequeño punto brillante iluminado por un farol allá abajo, en el agua. El mar parecía suspirar, respirar y soplar sobre la isla como un ser vivo. Para cuando llegaron a la cumbre de la isla, su pequeño bote había desaparecido bajo un saliente de roca.

La vegetación cambiaba rápidamente de un escalón a otro. En ese momento, había posidonia y algunos arbustos resistentes, salpicados aquí y allí de pequeñas flores. Los escalones se convirtieron en un sendero bien definido, que cruzaba la parte superior de la isla hasta la Capilla de las Mil Puertas.

—¡Qué gracia! —exclamó Merren mientras se aproximaban. Fue la primera palabra que se oyó desde que habían puesto el pie en la isla —. En realidad no tiene ninguna puerta.

—Es difícil que haya puertas, si no hay paredes —observó Kel.

—Eso no es del todo exacto —apuntó Jerrod—. Hay una pared.

De hecho, un suelo rectangular de mármol, bordeado por columnas también de mármol, era casi todo lo que quedaba del lugar. El tejado que esas columnas habían sostenido había desaparecido hacía mucho tiempo y, salvo una pared, todo lo demás se había desmoronado. Probablemente, todo aquello hubiera estado vivamente pintado. En algunos sitios, aún quedaban restos de esos colores. Un mosaico bien preservado seguía decorando la única pared y mostraba a Aigon en toda su gloria, con el pelo y la barba azul verdosos, ondeando. Ante él se arrodillaba un hombre que le presentaba una espada; la señal de rendición. El hombre era un Hechicero-Rey; se sabía por el diseño de azulejos negros sobre su cabeza. Una piedra brillaba en la empuñadura de la espada, representada por un grupo de teselas doradas.

—Mira —señaló Ji-An, y Kel se dio cuenta de por qué era capaz de ver el mosaico con tanta claridad. Un pequeño farol de barco colgaba de un gancho en la pared sobre las ruinas del altar. Una llama ardía con fuerza en su interior, lo que significaba...

—Aquí ya hay alguien —dijo Kel en voz baja. Se escondió tras un grupo de pinos sin hojas, y los otros lo siguieron.

No debían de llevar más de diez minutos esperando cuando se oyó el ruido de pasos; unas botas sobre la piedra, y luego un leve ruido de voces. Un momento después, apareció lady Alleyne, pisando con fuerza sobre los matorrales hacia la parte del templo donde colgaba el farol, que servía como punto de encuentro.

*Lior*ada no estaba sola. Para sorpresa de Kel, a su lado había un hombretón vestido de negro, con un medallón brillante, como una fea lámpara, que le resplandecía en el cuello. Kel oyó cómo Jerrod sofocaba un grito de sorpresa.

—Gremont —susurró.

—Esto es completamente ridículo. —Lady Alleyne estaba furiosa. Iba envuelta en una capa de terciopelo de un color rojo oscuro, cuyo dobladillo estaba negro a causa de la tierra y el agua del mar. Llevaba la clara melena recogida con horquillas de rubí, y sus ojos podrían haber derretido el hielo—. Obligarnos a tener una reunión aquí, en este sitio ridículo... —Se miró con furia los zapatos, cubiertos de barro.

—Tendrá sus razones —replicó Gremont, con su voz áspera.

El sonido de la voz de Gremont hizo que a Kel se le revolviera el estómago. Oyó a Merren, a su lado, soltar aire entre los dientes. Kel no podía culparlo; a él mismo le dolían las manos por las ganas de estrangular a Gremont.

—Razones —repitió lady Alleyne con desprecio—. Lo que quiere es avergonzarme, eso es todo.

Los dos nobles habían llegado al templo, y Gremont dio un paso para ayudarla a subir los escalones irregulares. Aunque a Kel se le estaban clavando en la espalda unas ramas llenas de espinas, tuvo que admitir que veía perfectamente el suelo del templo, que se extendía ante ellos como un escenario iluminado.

Lady Alleyne miró las ruinas de la capilla que la rodeaban, con la cabeza alta y la boca curvada en una mueca de desprecio.

—¿Dónde estáis? —preguntó, elevando la voz para que se la oyese bien—. Me convocasteis aquí para vernos. Aquí estoy. ¡Mostraos!

Una sombra se deslizó desde lo alto de la única pared de la capilla. Kel pensó en un gato saltando, sigiloso y elegante. Y conocido. Antes incluso de que la sombra aterrizara en el centro del suelo de mármol, silenciosa como si las suelas de los zapatos estuvieran almohadilladas, Kel supo exactamente quién era.

El Asesino Oscuro. Que se enderezó con rapidez, como una marioneta de la que hubieran tirado de la cuerda para ponerla en pie. La tela negra que le cubría de la cabeza a los pies brillaba ligeramente bajo la luz de la luna, un oscuro brillo viscoso, como el brillo de la pólvora. Sin rostro, inmóvil, el asesino se plantó ante *Lior*ada Alleyne, que, a pesar de toda su pose ante Gremont, dio un involuntario paso atrás.

—Vaya, joder —murmuró Jerrod. Kel no sabía si estaba alarmado o impresionado. O quizá un poco envidioso.

—Ese es el asesino —musitó Kel—. El que mató a Raimon. Y a la princesa de Sarthe.

Gremont no había cambiado de expresión. Observó, con los gruesos brazos cruzados, cómo lady Alleyne volvía a revestirse de dignidad como si esta fuera su capa de terciopelo.

—Bien —dijo ella—, aquí estáis. ¿Qué queréis?

La voz del asesino era el mismo susurro grave que Kel recordaba.

—Puede que yo haya convocado esta reunión, Alleyne, pero fuisteis vos quien me forzó a hacerlo. El mensaje que me enviasteis...

—Lo mantengo. —La voz de lady Alleyne subió una octava—. Esto ha ido demasiado lejos. Acordamos que sería una broma pesada, una burla a los sarthianos, no el desastre que ocurrió en la Galería Brillante. Lo usasteis en nuestra contra, y ahora deseáis que nosotros hagamos cosas aún peores.

«Nosotros». Kel se tensó. ¿Quién sería «nosotros»?

—Puede que esta alianza empezara de una manera que no era la ideal, *Lior*ada —dijo Gremont, haciendo lo posible por sonar tranquilizador—. Y estoy seguro de que Su Alteza se siente profundamente apenada por ello. —Lanzó una mirada a la figura de negro. «Apenada. Su Alteza». Mujer, entonces, y de la realeza—. Pero pensad en todo lo que se os ofrece.

—¿Se me ofrece? —Lady Alleyne hizo una mueca—. Nunca habéis ofrecido nada a aquellos de nosotros que os ayudamos a llevar a cabo la pesadilla de la Galería Brillante, por mucho que de ninguna manera lo hubiéramos hecho de saber cuáles eran exactamente esos planes. Somos titulares de fueros, y nos tratáis como a vulgares criminales. —Dejó escapar un suspiro ofendido—. Mi propia casa, aunque mi hija no sabe nada de esto, los Gremont, los Cabrol, los demás, todos os hemos ayudado. Y todo lo que hemos recibido son vuestras amenazas de chantajearnos con contar nuestra implicación en lo que habéis hecho.

«Los Cabrol. Los Gremont. Las Alleyne». A Kel le daba vueltas la cabeza. Y había más, pero ¿quiénes?

La oscura figura se llevó las manos a las sienes, como si lady Alleyne le estuviera causando un dolor de cabeza. Con un movimiento rápido, se quitó la tela negra que le cubría toda la cabeza. Una cabellera negra como el ala de un cuervo le cayó por los hombros y un rostro pálido e intenso quedó a la vista.

No era un rostro hermoso, pero sí cautivador. Pómulos altos, cejas arqueadas, una boca delgada y bien formada. Ojos hundidos, negros como la noche. Era un rostro que Kel conocía de los retratos, aunque ninguno de ellos había captado la intensidad que ardía en aquellos ojos.

Elsabet Belmany, princesa de la Corona de Malgasi. Las palabras dichas hacía tiempo por el embajador de Malgasi resonaron de

nuevo en la memoria de Kel: «Quizá, príncipe Conor, en vez de que nuestra milek Elsabet viaje a Castelana, podríais venir vos a visitarnos a nosotros, ¿no? Elsabet podría ser vuestra guía por la ciudad».

No podía imaginarse a la mujer que estaba ante él como una especie de plácida guía turística. Parecía que se sentiría más a gusto destruyendo las torres y los puentes que mostrándolos como ejemplos interesantes de la arquitectura de Favár.

Elsabet emitió una risita, un sonido grave e intenso.

—En política no existe el chantaje, *Lior*ada. Solo las negociaciones. Y Artal está en lo cierto al señalar lo que se os ofrece. Los Aurelian llevan demasiado tiempo controlando a las familias de los fueros y pensando solo en su propio beneficio. Proponemos una división de poder mucho más equitativa.

—En cuanto hayáis quitado de en medio a los Aurelian —repuso *Lior*ada—. ¿Esa es vuestra propuesta?

—Uno de vuestros colegas conspiradores en lo de la Galería Brillante es alguien muy cercano al propio príncipe —dijo Elsabet, con un ligero toque del gutural acento malgasi. Kel sintió que se tensaba. Sabía que los otros estaban observándolo; pudo notar la mirada preocupada de Merren. Permaneció inmóvil—. Sabe mucho sobre los Aurelian. Os lo aseguro, el suyo es un linaje corrupto. Han dejado de ser buenos guardianes de esta ciudad. El rey está loco, el hijo es un haragán. La reina es extranjera; debería volver a su tierra.

—Pero vos pretendéis que el chico gobierne —señaló Artal.

—El pueblo de Castelana estará más dispuesto a aceptar el nuevo estado de cosas con un rostro familiar en el trono —explicó Elsabet. Se había llevado una mano al cuello, un gesto inconsciente, pero hizo que la mirada de Kel se fijara en esa parte de su cuerpo. Algo parecía brillar; ¿un collar, un colgante?—. Pronto nos desharemos del

anciano loco, y el atractivo príncipe sostendrá el Cetro del León. Pero el poder real lo manejaréis vosotros, las familias. Mirad lo que hicimos por los Cabrol, *Lior*ada. Estaban en el fango, humillados, y los elevamos con fuego. Podemos hacer lo mismo por vos.

—Por los que os seamos leales —matizó *Lior*ada—, a eso os referís.

Elsabet se encogió de hombros con elegancia.

—Malgasi y Castelana llevan demasiado tiempo enfrentados —repuso con voz seductora—. Ahora la Casa Belmany tiene la oportunidad de asegurarse de estar... en línea con el gobierno de Castelana.

Kel sintió esas palabras como dedos helados que le recorrieron la espalda.

—Y hay mucho que puede hacerse para ayudar a la embrutecida Castelana a recuperar su antigua gloria —añadió Elsabet—. Lo primero, se limpiará la ciudad de los asquerosos ashkar. Ya veréis...

—Creo que no estáis teniendo en cuenta la última novedad política —interrumpió lady Alleyne—. El príncipe se alía con Anjelica Iruvai. No creo que muchos se atrevan a atacar a Kutani.

—No les temo. —Elsabet levantó la barbilla, orgullosa, y la piedra de su cuello brilló. No era un colgante; Kel no vio ninguna cadena—. Cuando Malgasi controle a los Aurelian, ningún ejército se levantará contra nosotros.

—Tienen diez mil buques de guerra... —empezó lady Alleyne.

Elsabet estiró el brazo con fuerza. Por un segundo, Kel lo tomó por un gesto de exasperación, pero no lo era. La mujer se quedó completamente inmóvil, con los ojos medio cerrados, y los dedos enguantados extendidos.

«Manos cubiertas por guantes negros, cubiertas como las manos del rey».

Y en el cuello, la piedra le empezó a brillar. Como un fragmento de estrella, ardiendo con más brillo a medida que caía, su luz se intensificó hasta que Kel pudo ver que, efectivamente, no era un colgante ni un collar. La piedra estaba insertada bajo la piel de Elsabet y brillaba a través de ella, como una llama a través de la pantalla de una lámpara.

—Hay otros tipos de poder, Alleyne, además de los que se pueden comprar con oro. Otras armas, además de las espadas y la pólvora.

Elsabet extendió con fuerza los dedos. Una delgada columna de fuego cruzó el aire y golpeó el suelo del templo a los pies de lady Alleyne. El mármol se agrietó y se abrió.

Lady Alleyne chilló, mientras retrocedía. Artal la sostuvo por el brazo mientras Elsabet bajaba la mano en un rápido gesto envolvente. El fuego le ardió otra vez en la palma y salió despedido hacia el cielo como un penacho de brillo. Las llamas se extendieron y se dispersaron y, por un momento, Kel creyó verlas tomar la forma de un pájaro con las alas extendidas.

—¡Elsabet! —gritó Gremont—. Ya basta de...

Su grito se ahogó en un gruñido. Kel se volvió para mirarlo. Era fácil ver a Gremont bajo la intensa luz del fuego de Elsabet: estaba forcejeando, y sacudía las manos cerca del cuello. Había una sombra negra tras él, algo plateado destelló contra su cuello.

Lady Alleyne gritó.

Gremont cayó de rodillas, con las manos alrededor del cuello. La sangre le manaba entre los dedos, y se desmoronó en el suelo con un gorgoteo ahogado. Tras él se hallaba una figura en una capa negra, con el contorno de una máscara de plata brillando bajo la capucha, y una daga teñida de escarlata en la mano.

—Jerrod —susurró Merren. Parecía paralizado de horror.

Jerrod se volvió y desapareció entre las sombras mientras el cuerpo de Gremont se desplomaba desmadejado a los pies de lady Alleyne. Con un gritito de horror, *Lior*ada dio una débil patada al cuerpo inerte de Gremont, lo que lo hizo rodar hasta quedar bocarriba.

«Se suponía que era invulnerable», pensó Kel.

Pero Gremont había quedado completamente flácido, y la sangre se extendía a su alrededor formando un charco oscuro.

Lady Alleyne volvió a gritar. Esta vez se recogió las faldas y corrió, aumentando la velocidad justo cuando pasaba a escasos centímetros de donde Kel se escondía.

Elsabet lanzó un aullido. *Lior*ada se había ido, corriendo a toda prisa entre la maleza, pero los ojos de Elsabet estaban fijos en Kel, Ji-An y Merren; el brillo del fuego que ella había conjurado había iluminado su escondite, y con Elsabet mirando directamente hacia allí, era evidente que podía verlos a la perfección.

—*¡Podrot! ¡Siszokti!* —gritó.

—¡Vamos! —chilló Ji-An, mientras empujaba delante de ella a Merren, que se había quedado paralizado de la impresión—. ¡Corre!

Corrieron. Mientras cruzaban el templo, salieron más formas negras de entre las sombras. La guardia de Elsabet. Kel iba último, con la daga en la mano. Cuando se volvió para lanzarla, algo se le enganchó en el tobillo y casi lo hizo caer.

Era la mano de Gremont. Kel se agachó sobre una rodilla, y lo miró fijamente. Gremont tenía la cara ensangrentada y contraída en una mueca; estaba pálido como un fantasma y la sangre seguía saliéndole de la herida de la garganta mientras se ahogaba en los últimos estertores.

—Kel Saren —jadeó. Kel se quedó anonadado; parecía probable que no le hubieran cortado la tráquea si aún podía hablar. Se sintió

asqueado ante la idea de que Gremont supiera quién era él realmente. Pero claro que lo sabía, los de Malgasi se lo habrían dicho —. Ayudadme... —Una burbuja de sangre se le formó entre los labios—. Os daré lo que sea..., dinero..., más de lo que el príncipe pueda daros nunca...

Kel se inclinó, y por un momento creyó ver una chispa de alivio en los ojos de Gremont. Cerró la mano sobre el amuleto, que no le había sido de ninguna ayuda a Gremont, y tiró de él. El amuleto se soltó y él sujetó la joya ensangrentada en la mano.

—Ayudadme —jadeó Gremont de nuevo; la voz se le debilitaba, los ojos empezaban a moverse de un lado a otro y a nublarse—. Por favor...

—Merecéis esto y más —le espetó Kel, casi sorprendido del tono frío de su propia voz—. Pensasteis que podíais tratar a Antonetta como tratáis al resto de la gente. Pensasteis que no tenía a nadie que la protegiera. —Se puso en pie—. Os equivocasteis.

Gremont emitió un último sonido ahogado, que quizá fuera un sonido de protesta —aunque Kel nunca lo sabría—, y se quedó rígido, con los ojos vacíos vueltos hacia la noche.

Kel corrió. Corrió sobre el terreno desigual a toda velocidad, desesperado por alcanzar a los otros. Bajó la antigua escalera mientras puntos de luz estallaban en la oscuridad a su alrededor. Algo silbó en el aire y le pasó rozando la oreja izquierda; se clavó en el tronco de un pino enano, donde ardió como una estrella en miniatura.

—¡¿Qué está pasando?! —gritó Merren cuando Kel lo alcanzó; Jerrod y Ji-An estaban allí también, justo delante de ellos. Kel se metió el amuleto en el bolsillo y casi tropezó cuando una de sus botas aterrizó en un hueco lleno de agua.

—¡Hay gente que nos está lanzando flechas en llamas! —gritó Kel como respuesta.

Las botas le resbalaban sobre la piedra húmeda. Se giró hacia un lado, intentando recuperar el equilibrio. Ji-An tenía una flecha en la mano y luchaba por ajustarla en el arco mientras corría.

—¡Lo sé! —gritó Merren—. ¡Era una pregunta retórica!

—¡Callaos, los dos! —ordenó Ji-An, y lanzó la flecha.

Kel oyó el zumbido y un grito de dolor, y sintió una satisfacción tan feroz que lo sorprendió. Deseó haber aprendido arquería; la esgrima estaba muy bien, pero no era muy útil en la distancia.

Tropezando, sin dejar de correr y con Ji-An disparando flechas, bajaron hasta el final de la escalera, donde la marea ya lamía peligrosamente los últimos escalones. Jerrod estaba allí, con las botas metidas en el agua hasta la mitad. Había tirado el cuchillo, pero seguía teniendo las manos manchadas de sangre, y también la manga de la chaqueta. Miraba desesperado a Merren, que se volvió en la otra dirección.

—Jerrod, ¿en qué demonios estabas pensando? —preguntó Kel—. ¿Quién te ha dicho que mataras a Gremont? ¿Y, en nombre de los dioses, dónde está la barca?

—No tengo ni idea. —Jerrod se frotó la cara con la mano; se dejó una mancha roja—. Los cabrones se han largado...

Kel pasó a su lado y saltó al agua, que le llegaba por la rodilla, mientras miraba alrededor con desesperación. No había ni rastro de la barca ni de los remeros. Más arriba, la guardia de Malgasi se acercaba; Kel podía oírlos bajando los escalones como una avalancha. Oía el rápido zumbido de las flechas. Muchas se habían clavado en las retorcidas columnas de madera muerta del camino y ardían, empezando a chisporrotear a medida que la llama se encontraba con la madera mojada.

—¡Aquí! —gritó una voz conocida.

Kel se volvió y vio deslizarse hacia ellos una embarcación de recreo de colores brillantes; un bote estrecho, de costados altos y curvados y una popa afilada. Las velas ondeaban bajo la tenue brisa. En la proa del bote, agitando los brazos con frenesí hasta que el chal rosa pálido revoloteó como las alas de una mariposa en apuros, se hallaba Antonetta Alleyne.

—¡Rápido! —gritó—. ¡Kel! ¡Kel Anjuman! ¡Aquí!

Merren se quedó con la boca abierta.

—¿Qué demonios?

Jerrod y Ji-An también miraban interrogantes a Kel, que se había detenido en mitad de un movimiento.

—Está de nuestro lado —aseguró Kel, intentando sonar confiado y no como si no tuviera ni la más mínima idea de qué demonios estaba haciendo allí Antonetta, o por qué parecía haber navegado con unas de las embarcaciones de recreo de su madre hasta Tyndaris con el claro propósito de rescatarlo a él y a sus amigos—. Os lo juro...

Una flecha en llamas pasó a su lado, y cayó al agua, donde emitió un chispazo y se apagó.

—De acuerdo —dijo Jerrod—. Vámonos.

—¡Rápido! —Antonetta agitó los brazos más frenética aún.

Kel empezó a avanzar por el agua. Ya le llegaba por la rodilla, y le entorpecía los movimientos, pero hizo lo posible por avanzar en zigzag, para evitar las feroces flechas que seguían volando desde la isla tras ellos. Siseaban al alcanzar la superficie del mar, como cerillas tiradas al agua.

Fue entonces cuando lo oyó. El silbido de una flecha, al lado del oído. No tan cerca como para acertarle, pero demasiado cerca de

Merren. No hubo tiempo para gritar una advertencia; vio un borrón por el rabillo del ojo, y Merren cayó de medio lado.

Ji-An gritó.

Kel miró hacia Merren, que chapoteaba en el agua. Una mancha oscura se extendía por la superficie ondulada, y Kel tuvo el fugaz destello de un recuerdo muy antiguo: Conor echando absenta en el vino, y observando cómo el licor verde negruzco se extendía lentamente sobre la claridad del líquido.

—Merren —susurró mientras se dirigía hacia él, pero Jerrod fue más rápido.

Pasó como un rayo junto a Kel, cogió a Merren a toda velocidad y lo puso en pie. La flecha no le había dado en el torso, sino que le había abierto una brecha en el brazo. Lo que parecía una aterradora cantidad de sangre le empapaba la manga y cubría las manos de Jerrod.

Este rodeó a Merren con los brazos, lo arrastró hacia el barco y lo subió por un lado. Antonetta chilló mientras Merren, todavía sangrando, caía dentro de la embarcación y Jerrod saltaba dentro tras él. Kel llegó un segundo después, se agarró a la regala de la borda y trepó hasta caer dentro. Ji-An lo siguió, aterrizando con ligereza en la proa. Se dio la vuelta, arco en mano.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó; los hombres se apresuraron a ajustar los cabos. El bote partió a toda velocidad sobre las aguas, con Ji-An lanzando flechas hacia la isla incluso cuando ya se alejaban.

Kel no supo si Ji-An le había dado a alguien o no. Medio cegado por la furia y el pánico, se volvió y cogió a Antonetta por los hombros.

Ella había estado mirando alrededor, con los ojos muy abiertos, recorriendo con la vista desde Jerrod, que estaba arrodillado sobre

un Merren ensangrentado, a Ji-An. Ahogó un grito, sorprendida, cuando Kel, con el corazón desbocado, la agarró por los hombros. Este sabía que la estaba sujetando con fuerza, probablemente asustándola, pero su corazón no podía dejar de martillear aterrorizado.

—¿Cómo lo sabías? —La voz se le quebraba al hablar, como si no pudiera respirar—. ¿Y por qué..., tienes idea de lo peligroso que es lo que acabas de hacer? Ana, podían haberte matado...

—Kel. —Era Jerrod. Se había sacado la chaqueta y la presionaba contra el brazo ensangrentado de Merren. Le echó una fría mirada a Kel—. Nos ha salvado la vida. Para ya.

Ya habían llegado a la altura de los buques, que lanzaban sus sombras alargadas sobre el pequeño bote de las Alleyne, mientras navegaba entre ellos. Antonetta no intentó apartarse de Kel. Se quedó donde estaba, con el rostro pálido y fijo en lo que Kel supuso que sería una expresión de asombro.

—Mi madre —contestó, con una voz inquietantemente tranquila—. Estaba siguiendo a mi madre. Sabía que había planeado algo esta noche. Me temía que fuera alguna locura. Se pone..., bueno, ya sabes cómo se pone. —Alzó la vista hacia Kel, con los ojos azules muy abiertos—. La he seguido hasta Tyndaris, y he visto que estaba con Artal. No he sabido qué hacer. Si tenían una cita, no quería saberlo. He pensado que debía irme sin más, y entonces te he visto, corriendo. Y os estaban persiguiendo con flechas, y había esa luz brillante..., fuego... —Tomó aire—. Yo... podían haberte matado. Tenía que intentar ayudarte.

—¡Pero podrías haber muerto! —exclamó Kel.

Quería zarandearla de nuevo. Quería acercarla a él y abrazarla fuerte para poder sentir que le seguía latiendo el corazón.

—Nosotros podíamos haber muerto si ella no lo hubiera hecho —replicó Ji-An, que se hallaba rígida en la popa. Había dejado de lanzar flechas, pero mantenía la posición del arco, dispuesto, y oteaba el horizonte con la mirada.

—Mi madre... —comenzó Antonetta.

—La he visto huir —contestó Kel—. Pero Gremont está muerto.

Antonetta dio un respingo.

—¿Qué? Pero ¿cómo...?

—Yo lo he matado. —Era Jerrod, con su máscara de metal brillando a la luz que se proyectaba desde los buques—. Le he clavado una daga en el cuello, ¿de acuerdo? Ahora, Kel, ven aquí y ayúdame con Merren. Necesito algo para vendar esta herida. Y se ha golpeado la cabeza en una roca al caer. Va a necesitar un médico. —Sonaba más alterado de lo que Kel lo había oído nunca.

—Toma. —Antonetta, con los ojos cargados de preocupación, le pasó el chal de seda a Kel. Él sorteó un banco almohadillado con terciopelo para llegar adonde Merren reposaba, apoyado contra el casco. Jerrod estaba arrodillado a su lado, con las rodillas hundidas en varios centímetros de agua salada; le hablaba a Merren en voz baja, aunque Kel solo podía oírle repetir su nombre.

Merren parecía desorientado, con los ojos medio cerrados, y el pelo rubio pegado a la frente. Tenía un corte muy feo en el lado derecho de la frente, que ya empezaba a amoratarse e hincharse. La manga de la camisa estaba empapada de rojo y había más sangre mezclada con el agua del fondo de la barca.

Jerrod se encorvó de forma protectora sobre Merren, con el aire de un oso vigilando a su cría.

—Kel —murmuró Merren mientras este se arrodillaba a su lado.

—Ssh —dijo Kel, mientras le pasaba el chal de Antonetta a Jerrod —. Tienes que descansar.

Jerrod empezó a rasgar el frágil chal de seda en tiras, para poder vendar la herida del brazo de Merren. No miró a Kel.

—¿Qué demonios ha pasado, Jerrod? —susurró Kel—. Has matado a Gremont... ¿Cómo? Llevaba puesto el amuleto. —Sacó el pesado colgante enjoyado del bolsillo y lo mostró—. Se lo saqué cuando murió. Se suponía que debía protegerle.

Jerrod miró el colgante que destellaba, luego negó con la cabeza.

—Eso que tienes ahí es una falsificación —explicó. La eficiencia con la que le vendaba el brazo a Merren con las tiras desgarradas del chal hizo que Kel se preguntase cuántas veces habría hecho algo así antes. Sin duda, era fácil hacerse daño siendo un gateador.

—¿Cómo demonios sabes eso? —masculló Kel.

—Me lo dijeron.

—¿Quién? ¿El Rey Trapero? Pero ¿cómo iba a saber...?

—Alys Asper —contestó Jerrod, lacónico—. Cambiaron el amuleto real por este falso mientras Gremont estaba roncando en el Caravel.

Merren se removió al oír el nombre de su hermana. Jerrod le enseñó los dientes a Kel, que decidió que una retirada a tiempo podía ser la mejor muestra de valor. Al menos antes de que Jerrod le mordiera una pierna.

Se puso en pie, volvió a meterse el amuleto falso en el bolsillo, y vio que se acercaban a la orilla iluminada. Las Alleyne tenían su propio embarcadero cerca del Arrecife. Se aproximaron a él y Ji-An saltó fuera para ayudar a Kel y a Antonetta a amarrar el bote.

«Alys Asper. El amuleto lo cambiaron en el Caravel».

A Kel le daba vueltas la cabeza mientras observaba a Jerrod maniobrar cuidadosamente para sacar a Merren de la embarcación, con el brazo bueno del chico alrededor del hombro. Ni siquiera sabía que Jerrod conociera a Alys más allá de tratar con ella por ser la dueña del Caravel. Y, por supuesto, como la hermana de Merren.

¿Habría ido a hablar con Alys sobre Gremont? O más extraño aún, ¿habría sido ella la que había acudido a él?

—Coged mi carruaje —dijo Antonetta, señalando una berlina rosa y blanca detenida ante una taberna cuyo cartel la proclamaba la rosa desafortunada. Un conductor con la librea de Alleyne estaba medio dormido en el pescante, con la gorra echada hacia delante para ocultar el rostro—. Voy a tener muchos problemas con mi madre de cualquier modo, y tú debes llevar a tu amigo a ver a Lin lo antes posible.

—¿Estáis segura? —Jerrod miró a Antonetta más o menos como miraba a toda la nobleza; medio amargado, medio desdeñoso—. Probablemente os manchemos de sangre vuestros bonitos asientos blancos.

Antonetta parpadeó.

—Eso no me importa —contestó—. ¿Qué clase de persona crees que soy?

—Jerrod, cállate —ordenó Ji-An a toda prisa—. Demoselle Alleyne, gracias por prestarnos vuestro carruaje. Lo mandaremos de vuelta al Arrecife en cuanto hayamos terminado.

Jerrod le hizo una seca inclinación.

—Kel, ayúdame con Merren.

—Ya lo hago yo —dijo Ji-An antes de que Kel pudiera moverse, y un momento después tenía el otro brazo de Merren sobre el hombro. Echó una mirada a Kel y a Antonetta antes de que Jerrod y ella se dirigieran al carruaje. Había algo cómplice en su expresión.

Kel se volvió hacia Antonetta. Las tabernas del Arrecife estaban alegremente iluminadas, pero el bote Alleyne proyectaba una sombra sobre ellos. Aun así, distaban mucho de tener intimidad.

—Ana —dijo—. Lo siento. No he debido gritarte. Tenía que haberte dado las gracias. Nos has salvado la vida.

Ella lo agarró por la pechera de la chaqueta con sus pequeñas manos. La brisa fría que soplaba del mar los golpeaba; Antonetta estaba temblando. Kel quería envolverla en su capa más que nada en el mundo.

—¿Qué ha pasado, Kel? —susurró—. ¿Quién era esa gente? ¿Por qué te perseguían? Y la gente con la que estás...

—Antonetta. —Le dolía el pecho, mucho, como no le había dolido en años, desde aquella primera vez que ella le había dado la espalda, en su baile de presentación en sociedad, y él se había obligado a no demostrar nada, a no dar ninguna indicación de que le dolía.

«Antonetta, no puedo decírtelo. Quiero hacerlo, pero no puedo».

—No me preguntes —contestó—. Si me exiges una respuesta, te mentiré. Y sé mentir muy bien.

—Lo sé —susurró ella.

Le cogió la chaqueta con más fuerza; se puso de puntillas. El viento le desordenó el pelo, formando con él una suave nube alrededor de ambos. Los labios de ella rozaron los suyos, sin ser un beso, no exactamente. Fue demasiado ligero, demasiado breve, pero el calor de la boca de Antonetta en la suya pareció caer sobre él, como un peso en su corazón.

Ella le soltó la chaqueta y se apartó. Sin el calor de ella, el viento sobre su piel fue como un millar de diminutas espadas.

—Mejor vete ya con tus amigos —dijo ella, mientras se alejaba—. Se estarán preguntando qué te retiene.

Kaleb

Kaleb Gorin, de ocho años, persigue una pelota por las calles ya oscuras del Sault. Es su juguete preferido, se lo regaló por su cumpleaños su primo Mez, que es guardia de la puerta. Ser guardia de la puerta lo convierte en una de las personas más importantes del Sault. Esto, según su madre, convierte a Kaleb en una persona muy importante también, y esa es la razón por la que ella siempre le dice que debe esforzarse mucho para no meterse en problemas. Los Gorin tienen una reputación que mantener.

Desde luego, su madre no habría aprobado que él estuviera corriendo por las calles después de haber oscurecido, lanzando gritos mientras su pelota rebotaba en las paredes de las casas y los adultos salían por la ventana sacudiendo los puños en su dirección. Y habría aprobado aún menos que trepara por el muro del jardín del Shulamat porque la pelota se le había colado dentro. Kaleb pensó que seguramente no tendría importancia, ya que era muy poco probable que ella llegara a enterarse.

Es bastante fácil trepar el muro; la vieja piedra resquebrajada está llena de asideros para los pies y las manos. Ya está arriba cuando duda. Nunca se le había ocurrido que podría haber alguien en el

jardín; es tarde, ya ha salido la luna, y la mayoría de la gente ya se ha ido a casa tras la oración vespertina. Pero ahí están; dos personas sentadas juntas en un banco, rodeadas de flores y vegetación.

Las lámparas que cuelgan de los árboles los iluminan. Kaleb se queda helado al darse cuenta de quiénes son. Uno es el gran hombre rubio que respondía a las preguntas de los chicos el otro día. El Exilarca. Y la otra es la mujer que dice ser la Diosa. Lin Caster, que lleva un sencillo vestido gris y el brillante pelo de color fuego recogido en trenzas.

Kaleb conoce a Lin como médica desde hace mucho tiempo, pues se presenta en su casa cuando está enfermo y le obliga a tomar unos tés que huelen fatal. Pero, últimamente, se ha convertido en otra cosa, en el blanco de los cotilleos y las miradas de los adultos. Kaleb no entiende cómo puede ser la Diosa si la Diosa es una leyenda, un pilar de fuego y magia, y Lin es claramente una persona. Pero es el tipo de pregunta que puede hacer que te den una zurra, así que no la hace.

El Exilarca le da mucho más miedo. Su madre le ha dicho que Aron Benjudah es el más importante de todos los ashkar, más importante incluso que el Maharam, y que ha venido al Sault para asegurarse de que todo el mundo se porta bien. Si el Exilarca levantara la vista y viera a Kaleb ahora, seguro que le contaría su desobediencia al Maharam o, peor, a su madre.

Despacio, Kaleb se pega contra la parte superior del muro, como un lagarto que espera pasar desapercibido ante un ave de presa. Bajo él, Lin Caster se tira de una de las trenzas mientras habla.

—Oh, no lo sé. No creo que sea tan malo que la gente te tema, ¿no? Siempre y cuando signifique que no van a interferir con lo que necesitas hacer.

El Exilarca no la está mirando a ella, y Kaleb lo ve sonreír. Es una sonrisa auténtica, de esas que muestran cariño, además de diversión. Pero cuando el Exilarca se vuelve de nuevo hacia Lin, su rostro se muestra impasible.

—No estoy tan seguro —contesta—. ¿Te has preguntado alguna vez por qué los malgasi se volvieron contra sus ashkar?

Los malgasi. Kaleb conoce ese nombre, es una especie de palabrota, pero no está del todo seguro de quién es esa gente o de qué han hecho que fuera tan terrible.

Lin parece pensar un momento.

—No. Mariam me ha contado cómo era, pero no parecía haber ninguna razón para ese odio. Parecía más como si fueran... un nido de serpientes.

—Sabes que la reina allí es Iren Belmany —dice él—. Y la heredera al trono es su hija, Elsabet. Pero hubo un príncipe, un heredero antes de Elsabet. El príncipe Andras de la Casa Belmany.

—¿Y ya no es el heredero?

El Exilarca niega con la cabeza. Es muy rubio, su piel y su cabello se han vuelto del color del bronce con el sol. Kaleb piensa con envidia en todas las aventuras que debe de haber corrido.

—Cuando Andras era joven, se enamoró de una mujer ashkar. Estaba decidido a aprender todo lo posible sobre su pueblo, y ella estaba ansiosa por compartir su vida con él. Por supuesto, ella le habló de la Diosa y su promesa de volver. Con toda su inocencia, Andras le contó a su familia lo que pensaba que era una historia encantadora, pero ellos no se quedaron encantados. Se quedaron horrorizados.

Lin parece muy sorprendida.

—¿No se tomaron la historia como un relato folclórico inofensivo? Ellos tienen sus propios dioses, sus propias historias. No creen en las

nuestras.

—La Casa Belmany es poco común. Siempre han sido supersticiosos, siempre han castigado con dureza el uso de la magia. La magia ashkar estaba muy regulada en Malgasi. Se podría decir que creer está en su naturaleza. —El Exilarca se apoya en las manos, un gesto que lo hace tiernamente humano—. Decidieron que, aunque solo hubiera una mínima oportunidad de que esto fuera cierto, de que una mujer ashkar pudiera alzarse con el poder de la magia y desafiar su autoridad, debían hacer lo que pudieran para eliminar dicha posibilidad.

—Pero...

—Debes entender el poder de las leyendas, Lin. La Diosa es una diosa si su pueblo cree que lo es.

Kaleb se remueve un poco, incómodo. Sabe que su madre no cree que Lin sea realmente la Diosa Renacida. «No es más que una cosita insignificante, no impresiona nada», solía decir, incluso cuando Mez le recordaba que todos habían visto a Lin usar su poder para quemar los barcos del puerto. (Kaleb no lo había visto; esa noche lo habían mandado pronto a la cama, y aún estaba enfadado por ello).

El Exilarca continúa hablando.

—La corte de Belmany empezó a perseguir a los ashkar, y ya conoces el resto. Tu amiga Mariam es una de los que escaparon, pero la mayoría no lo hizo.

Kaleb se remueve de nuevo. No sabe bien a qué se refiere el Exilarca. Ha oído historias de soldados con cara de lobo, de largas filas de horcas donde los muertos colgaban como ropa tendida a secar. Siempre había pensado que no eran más que cuentos para asustar. Que no era reales, como los animales mágicos que habían desaparecido con la Fractura: los dragones, los fénix y los monstruos marinos.

—¿Qué le pasó al príncipe? —El rostro de Lin está teñido de auténtica preocupación—. ¿El que amaba a la chica ashkar?

—Se quitó la vida después de que los *vamberj* la matasen. Me temo que no es una historia feliz.

—Nunca pensé —dice Lin con voz queda— que esta destrucción tuviera su origen en el amor.

El Exilarca la mira y dice algo en voz baja, algo que hace que Kaleb se incline a un lado para poder oírlo. Al cambiar de posición, pierde el equilibrio y casi se cae del muro. Por un momento se siente mareado, y se agarra al muro de piedra con los dedos. En ese instante de mareo, oye a Lin gritar; mira hacia abajo y la ve cogiéndose el cuerpo con sus propios brazos, con los hombros rígidos por algo que parece dolor.

—Fuego —la oye susurrar Kaleb—. Veo a una mujer oscura, y fuego en el agua...

Aron Benjudah le pone una mano en el hombro. Y en ese momento, Kaleb ya no ve ante él las conocidas figuras del Exilarca y la médica; ve a una mujer envuelta en llamas, con los ojos como perlas opacas, y a su lado un gran cuervo, con las alas extendidas.

Un momento después la visión se desvanece y Kaleb parpadea aterrorizado, respirando entrecortadamente. Mira abajo con miedo, pero solo ve lo que vio al principio: al Exilarca y a Lin junto a él. El zumbido de los oídos le impide oír la conversación. Empieza a descender del muro, olvidándose de recuperar la pelota, olvidando todo lo que no sea huir de allí con rapidez.

La rareza de esa visión preocupa a Kaleb durante varias semanas. Los cuervos no son algo que él suela ver y son más bien ilustraciones que conoce por los libros de historia. Después de todo, en Castelana, el cuervo es un ave de mal agüero, pero para los ashkar el cuervo es el símbolo de Judah Makabi, que había protegido

a la Diosa en sus momentos más vulnerables y había guiado al pueblo ashkar hacia la libertad.

Capítulo quince

Como Kel había prometido a Merren, llamaron a Lin en cuanto llegaron a la Mansión Negra. Andreyen había estado esperándolos, encaramado a su taburete en la Gran Sala como un ave de presa vigilante. Entró en acción en cuanto aparecieron. Envió un mensajero a por Lin, ordenó que llevaran agua caliente, brandevino y vendas de lino a la habitación de Merren, y exigió a este, debilitado por la pérdida de sangre, que fuera a tumbarse inmediatamente.

Jerrod no permitió que nadie, ni siquiera Ji-An, ayudara a Merren a ir a su habitación, sino que se hizo cargo él, con el brazo bueno de Merren alrededor de su cuello. Andreyen los observó irse, con los ojos entrecerrados, antes de volverse hacia Kel y Ji-An.

—Vosotros dos, ¿alguno está herido? —masculló.

Ambos negaron.

Andreyen miró bien a Kel.

—Entonces esa sangre es de Merren, ¿no?

Kel no había reparado en su propio estado. Tenía grandes arañazos en las manos y en el cuello, y sin duda también en la cara, causados por las afiladas agujas de los pinos enanos. Tenía la ropa

rota y sucia; las botas embarradas y manchadas de algas, y la sangre de Merren le había dejado grandes manchas escarlata en la chaqueta y la camisa. El olor metálico de la sangre mezclado con el del salitre y las algas provocaba que la ropa le oliera como una de las peores colonias de Montfaucon.

Mientras se examinaba, un pequeño cangrejo ermitaño salió por el borde de su bota y cayó a la alfombra. Pareció mirar alrededor durante un momento antes de meterse debajo del sofá de brocado de Andreyen.

Andreyen puso los ojos en blanco.

—Id a lavaros —ordenó—. Los dos. Estáis goteando sobre las alfombras. Luego volved y contadme exactamente lo que ha pasado.

—Bueno, no es culpa nuestra —comentó Kel a Ji-An mientras hacían lo posible por adecentarse en el pequeño tepidarium de azulejos verdes—. Si envías a alguien a espiar a una isla sumergida, deberías esperar que vuelvan mojados.

—No le molesta el agua, ni el cangrejo —dijo Ji-An, que se había cambiado las botas mojadas y los pantalones por ropa limpia. Más allá de algunos arañazos de las agujas de pino como los de Kel, había salido relativamente ilesa—. Está molesto por lo de Merren. Y deberías estar contento de que te haya hablado mal. Eso significa que le caes bien.

—Pensé que habías dicho que estaba enfadado conmigo. —Kel también se había cambiado de ropa, en la pequeña habitación que se hallaba fuera del tepidarium, y se había puesto una túnica suelta de algodón y los pantalones que solía llevar durante los entrenamientos de gateador con Jerrod. Aún no sabía muy bien cómo iba a explicar el cambio de ropa cuando volviera a Palacio.

—Puedes estar enfadado con alguien y al mismo tiempo tenerle aprecio. —Ji-An se pasaba un cepillo por el pelo mojado. Suelto, le

caía casi hasta la cintura, negro como la noche y recto como una flecha—. Es solo que cree que deberías haberle avisado...

—Sobre Anjelica. Lo sé. —Kel le lanzó una mirada de reojo a Ji-An. Parecía relajada, aunque Ji-An parecía relajada de la misma forma en que lo estaban los tigres en una jaula; siempre parecía haber una parte de ella planeando lo que haría si fuera completamente libre—. ¿Estás segura de que es él el que está enfadado? ¿No tú?

Las pasadas del cepillo se hicieron más lentas.

—¿Por qué iba yo a estar enfadada?

—Porque Anjelica parecía saber mucho sobre ti. —Pensó en la princesa diciendo con su voz calmada: «Por vuestra culpa, una familia entera en Geumseong está muerta»—. ¿O se equivocaba?

Ji-An se enrollaba el pelo en su habitual moño bajo.

—No sobre el amor —contestó con sorprendente calma—. Amé a Na Ri. Era la hija de la Casa de Nam. Y ellos la mataron. —Sujetó el cabello con una horquilla de amatista y se volvió hacia Kel—. Juré que mataría a todos y cada uno de los que hubieran derramado su sangre, y lo hice.

«¿Cuántos?», quiso preguntar Kel, pero no lo hizo. No parecía la clase de pregunta que Ji-An querría contestar.

—¿Fue ahí cuando Andreyen te salvó la vida? —quiso saber Kel—. ¿Te sacó de Geumjoseon?

La oscura mirada de Ji-An seguía firme.

—No eres tan tonto como pareces. —Cogió la chaqueta, y se la echó por los hombros—. Vamos, querrá saber qué ha pasado en Tyndaris.

—Espera —dijo Kel—, ¿cómo de tonto parezco?

Pero Ji-An ya se dirigía hacia la Gran Sala. Kel la siguió, un poco arrepentido de lo que había preguntado. Había llegado a cogerle

cariño a Ji-An, con su aspereza y su instinto protector, su humor ácido y la gentileza que mantenía oculta.

De vuelta en la Gran Sala, el fuego ardía con fuerza y las llamas subían por la chimenea. Andreyen estaba en su silla, con los ojos entornados y el bastón en el regazo. Acarició la fina veta de la madera mientras Kel le explicaba lo que había pasado en la isla; lo que habían visto y averiguado, cómo habían herido a Merren y la intervención de Antonetta.

Cuando hubo acabado, Andreyen colocó las manos en la posición habitual, entrelazándolas sobre la cabeza de cuervo del pomo de su bastón.

—Bien —dijo, con los ojos brillando con un inquietante matiz verde—. Lo que me dices, y déjame que me asegure de haberlo entendido bien, es que la matanza de la Galería Brillante fue ideada por los malgasi, que engañaron a varias familias de los fueros para cooperar con ellos con la excusa de que era solo una broma política pesada.

—No solo los malgasi —matizó Kel—. La heredera al trono. La princesa. Elsabet.

—Que es también una asesina —completó Andreyen—. Y que practica una magia que no se había visto desde los tiempos de los Hechiceros-Reyes. Y tras lo de la Galería Brillante, los malgasi se han situado en una posición que les permite chantajear a las familias de los fueros que estuvieron implicadas, amenazándolas con revelar esa implicación. —Apoyó la barbilla sobre las manos entrelazadas—. Y puesto que harían cualquier cosa con tal de no renunciar a su poder, apoyarán a los malgasi en sus planes de destruir Castelana, en vez de contar la verdad y afrontar las consecuencias.

—Creen que cuando haya una nueva Castelana, ellos la dirigirán, junto con los malgasi —añadió Ji-An—. Los Aurelian quedarán como

cabezas visibles.

—Son bien necios si creen eso —afirmó Andreyen—, los malgasi se desharán de ellos como quien tira la basura, después de meter a sus ejércitos en Castelana.

La ansiedad zumbaba como una avispa en la cabeza de Kel.

—Eso no importa —repuso—, para cuando se den cuenta, será demasiado tarde.

Andreyen asintió.

—Sabemos de tres familias implicadas en la actual conspiración —resumió—. *Lior*ada Alleyne, pero no su hija. Los Cabrol, que ascendieron a su posición actual como poseedores de un fuero gracias a los malgasi, quienes les facilitaron la venganza, y que ahora deben servir a los malgasi en pago. El anciano Gremont era parte del plan original que llevó al baño de sangre de la galería. Lo mataron allí para silenciarlo sobre su implicación. Y Artal Gremont estaba colaborando con Elsabet Belmany, pero ahora está muerto. En cuanto a las otras familias que colaboran con los malgasi, aún no sabemos sus nombres. —Suspiró, y se incorporó—. Ahora, hay una pregunta a la que debemos responder.

—¿Qué haremos a continuación? —aventuró Ji-An.

—No. —El Rey Trapero miró a Kel—. ¿Kel va a decirle al legado Jolivet lo que hemos descubierto esta noche?

Kel se tensó. No se le había ocurrido hasta ese momento. Decírselo a Jolivet parecía imposible, y sin embargo...

—Debes decírselo. —Era Lin. Había aparecido en el umbral, con aspecto cansado; iba vestida con el sencillo vestido gris, y se había recogido el pelo en dos trenzas. No llevaba su zurrón de médica. Debía de haberlo dejado en la habitación de Merren.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó Andreyen, con las cejas levemente alzadas.

—Un momento. —Lin entró en la habitación y Kel reparó en su expresión por primera vez. Parecía un poco mareada, lo que le resultó extraño. Lin habría visto heridas mucho peores que la de Merren—. He tratado a Merren por la pérdida de sangre y el *shock*. Jerrod está con él de momento, pero se pondrá bien. Si queréis saber lo que he oído —miró a Kel, a Ji-An y a Andreyen—, os diré que ha sido lo suficiente para saber que los Aurelian están en peligro. El príncipe está en peligro. Debes contárselo al legado, Kel. Su deber es protegerlos.

—Conor es mi deber —replicó Kel—. Jolivet tiene preocupaciones más amplias.

—Jolivet no es muy sutil, Lin —sentenció Andreyen—. En cuanto lo sepa, todas las familias de los fueros implicadas serán arrestadas. Puede que acaben en el Truco. Y no se detendrá en los cabecillas. Podría suponer serios problemas para vuestra amiga Antonetta.

El zumbido de la ansiedad volvió a la cabeza de Kel, más alto que nunca. Lin intervino con rapidez.

—Sería un error culpar a Antonetta por lo que su madre ha hecho. —Lanzó una mirada a Kel—. Pero... ¿te importa más protegerla a ella que proteger a Conor?

—No es tan simple —opinó Ji-An—. La princesa de Malgasi dijo que uno de los conspiradores era alguien de la Colina, alguien cercano a Conor. Todo apunta a Jolivet.

—Pero, entonces, ¿por qué iba a pedirme que investigara? —Kel se frotó los ojos. Una locura. Aquello era una locura—. De acuerdo. Se lo ocultaré a Jolivet, pero no durante mucho tiempo. Los Cabrol están mucho menos establecidos que las Alleyne o los Gremont. Si presionamos a Cabrol, se vendrá abajo. Le sacaremos quiénes son los otros conspiradores.

—Pronto —dijo Lin.

—Pronto —aseguró Kel.

Ji-An echó una mirada curiosa a Lin.

—No me había dado cuenta —le dijo— de que le tenías tanta simpatía a la Casa Aurelian.

Lin estaba pálida.

—Es más que eso. Los malgasi eliminaron a los ashkar de su país. Los mataron o los exiliaron a todos. Si llegan al poder aquí, harán lo mismo.

—Eso es cierto —confirmó Kel—. La princesa lo dijo.

Andreyen se recostó en su silla.

—Quizá sea por eso por lo que los ashkar de Castelana necesitan una Diosa que los guíe. Quizá naciste precisamente para un momento así.

Lin le echó una larga y fría mirada.

—Hay un cangrejo ermitaño bajo tu silla —dijo finalmente.

El Rey Trapero soltó una maldición, aunque Kel no entendió las palabras exactas. Quedaron ahogadas por unas voces que venían del interior de la mansión.

—Es Merren —informó Ji-An—. Parece que ya se siente mejor.

Kel frunció el ceño.

—Ahora vuelvo.

Fue un alivio salir de la Gran Sala, alejarse de esa conversación sobre confianza y traición, sobre Jolivet, sobre el peligro que corría Conor. Había estado en la habitación de Merren en varias ocasiones; a veces para pedirle un libro, a veces solo para charlar. El espacio estaba atestado de libros y plantas, como el apartamento de Merren en el barrio de los Estudiantes. Compartía cierta estética oscura con el resto de la mansión, pero Merren había hecho lo posible para poner luz y color; colgar telas brillantes sobre los tapices oscuros, cubrir una sombría urna de piedra con una manta rosa («Siempre

me parece que está a punto de salir una serpiente de ahí», le había explicado a Kel cuando este le había preguntado por qué).

Merren se hallaba sentado en la cama, muy pálido. Llevaba una camisa holgada y desabotonada, y tenía el brazo envuelto en los familiares vendajes de Lin. La colcha arrugada se amontonaba a su alrededor. Ocultaba la cara entre las manos, con los dedos entremetidos en los rizos rubios.

En una silla cercana a la cama se encontraba Jerrod. Alzó la vista cuando Kel se acercó; pudo ver el destello plateado de su máscara. Había empezado a olvidar que Jerrod la llevaba; era simplemente una parte de él, y Kel ya no sentía que le ocultara la expresión. Podía leerla lo suficientemente bien. En ese momento, fue capaz de leer en su rostro algo cercano a la desesperación.

—Sabías perfectamente lo importante que era para mí vengarme de Gremont con mis propias manos —le reprochaba Merren sin alzar la vista. Tenía la voz ronca—. ¿Creíste que sería demasiado débil para hacerlo?

—No. No ha sido eso.

—Y apenas conoces a mi hermana. ¿Cómo iba a contarte que Gremont llevaba un amuleto falso? —Merren alzó la cara de entre las manos y vio a Kel. El dolor de su expresión era claro, y desconcertante. A menudo, Merren llevaba su propia máscara, como Jerrod, aunque la suya no fuera de metal, sino de afabilidad, de alegría, de sonrisa fácil.

—Debo irme —se excusó Kel, empezando a darse la vuelta.

—No. Tú también debes oír esto —dijo Jerrod—. Alys se acercó a mí. No yo a ella. Puesto que Gremont parecía divertirse yendo al Caravel, imponiéndole su presencia, ella había decidido volverlo en su contra. Mientras él dormía, hizo que Audeta le quitara el amuleto real y lo reemplazara por una réplica.

—¿Y lo sabías? —susurró Merren—. Cuando fuimos a Tyndaris, ¿sabías que Gremont estaría allí y que planeabas matarlo...?

—No. Simplemente sucedió. Surgió la oportunidad y la aproveché. Si no hubiera sido esta noche, lo hubiera hecho la siguiente vez que él fuera al Caravel. Eso era lo que Alys había planeado.

—Sigo sin entender por qué ella habló contigo —insistió Merren.

—Porque sabe que yo haría cualquier cosa... —Jerrod se interrumpió y se puso de pie—. Porque ella no quería que tú lo hicieras. No quería que su hermano viviera con las manos manchadas de sangre. Y mis manos —esbozó una sonrisa torcida— ya están bastante ensangrentadas.

Merren se dio un puñetazo en el muslo de pura frustración.

—Es mi hermana. Por supuesto que piensa que soy un crío. Pero tú no deberías pensarlo. No soy ni débil ni delicado.

—Nunca he dicho que fueras débil —gruñó Jerrod—. Pero sí sé que matar a alguien te cambia, y no quiero que tú cambies.

Merren le lanzó una mirada furiosa.

—No puedes decidir eso por mí.

Detrás de la máscara, los ojos de Jerrod relampaguearon. Kel, incómodo, sintió que debía decir algo.

—Merren, no creo que...

Pero Jerrod había dado dos pasos para acercarse y cogió a Merren por la pechera de la camisa. Se inclinó y lo besó; un beso feroz, ardiente, exigente, subiendo una mano a la nuca de Merren. Este se arqueó hacia atrás de forma involuntaria, clavando los dedos en el colchón.

Cuando Jerrod se apartó, Merren parecía mareado de un modo que no tenía que ver con la herida de la cabeza. Se llevó una mano a la boca. Alguna vez, Kel se había preguntado si algo así habría

pasado ya entre ellos; supo entonces que no. El aire de la habitación se notaba cargado como después de la caída de un rayo.

A Jerrod se le había bajado la capucha. Se pasó una mano temblorosa por el pelo cobrizo.

—¡Estoy harto! —exclamó—. Harto de todos vosotros. ¡Ahí os quedáis!

Salió de la habitación, casi empujando a Kel al pasar, y con la cabeza baja, como un luchador vencido saliendo del Arena.

Merren se incorporó en la cama, soltó un quejido y se llevó la mano al hombro.

—Ve tras él —pidió—. Kel...

—Merren...

—Que vayas.

Kel salió disparado al pasillo. Jerrod acababa de salir, pero parecía haberse evaporado. Los pasillos tenían esquinas y curvas, y Jerrod era un gateador. Sabía cómo desaparecer. Tras una rápida búsqueda, Kel se encontró en la Gran Sala, donde Ji-An y Lin, que habían estado enfrascadas en una conversación, se volvieron hacia él, sorprendidas. Andreyen, que no se había movido de la silla, no alzó la mirada, pero habló.

—Si estáis buscando a Jerrod, ya se ha ido.

—Dijo que no lo siguiéramos —indicó Lin—. Dijo que se enteraría si lo hacíamos y..., bueno, el resto no fue muy educado.

Kel soltó un suspiro.

—Menudo lío...

—Volverá —aseguró Ji-An.

—No lo creo —opinó Andreyen—. Supongo que no es raro que no quiera tener nada que ver con lo que nos espera ahora a nosotros.

—¿Qué nos espera? —preguntó Kel. Era lo que más había querido saber desde que habían llegado a la Mansión Negra.

—Un juego de castillos en un tablero nuevo —contestó Andreyen, mirando el fuego—. Jerrod nació en las calles de Castelana. Robar no le molesta, asesinar no le molesta, la violencia no le molesta. Pero ahora estamos entre dos países. Dos países listos para iniciar una guerra. —Andreyen hizo un gesto con sus largos dedos, como si estuviera ante un tablero que nadie más podía ver—. Es una tarea desagradecida y peligrosa. No os culparía si alguno de vosotros decidiera renunciar.

Nadie dijo nada ni se movió. La luz del fuego lanzaba extrañas sombras danzantes por toda la habitación. Andreyen miró fijamente a cada uno de ellos; finalmente, posó la mirada en Kel.

—De acuerdo, entonces —dijo—. Pronto será el Baile del Solsticio, ¿no? Y Ciprian Cabrol acudirá, ¿verdad?

Kel asintió.

—Es dentro de cuatro días.

—Excelente. —El Rey Trapero se inclinó hacia delante—. Esto es lo que debéis hacer...

Lin regresó preocupada de la Mansión Negra y se arrastró hasta la cama, exhausta. Aun así, no lograba dormirse. No paraba de darle vueltas y más vueltas a lo acontecido esa noche. Después de dejar la Mansión Negra, le había sorprendido encontrarse con que Andreyen la había seguido silenciosamente al exterior.

La plaza Escarlata estaba oscura y en silencio; el cielo de levante aún no mostraba señales del amanecer. Andreyen era una sombra a su lado, contemplando la ciudad.

—¿Te preocupa algo? —le había preguntado—. Ahora... pareces preocupada de una forma que no es habitual en ti.

Lin no había planeado contarle nada. No había planeado contarle nada a nadie. Le sorprendió notar que las palabras se le escapaban, como si hubiera tropezado con algo y hubiera dejado caer sin querer lo que llevaba en la mano.

—Esta noche, en el Sault, antes de que me llamarais —contestó—, estaba con el Exilarca, hablando, y he notado algo muy raro.

Andreyen había fruncido el ceño.

—¿Debido a él?

—No. De alguna forma sabía que estaba sintiendo algo externo al Sault. Que estaba pasando algo horrible. Como si una voz diera la alarma, y mientras oía esa alarma, vi fuego arder sobre el agua.

—Ah. —El Rey Trapero se pasó una mano por la frente—. Has sentido la magia que Elsabet Belmany hizo en Tyndaris.

—No ha sido la primera vez que tengo esa sensación; me pasa a menudo cuando me acabo de despertar de un sueño, pero ha sido mucho más intensa que otras veces. Más aterradora.

—Diría que Su Alteza lleva algún tiempo en Castelana. Haciendo planes. Trabajando con sus conspiradores. Tú tienes una Piedra-Fuente, y ahora sabemos que ella también. Es posible que, de alguna manera, ambas piedras se sientan la una a la otra.

Lin se había quedado helada.

—Entonces ¿ella sabe de mí?

—No lo creo —había contestado él, pero despacio, como si no estuviera seguro—. Tú la sentiste cuando ella usó la piedra, que debe de contener un gran poder para permitir la magia que hace ella. Tú solo has usado la tuya para la magia curativa... Y Elsabet Belmany se esperaría ese uso por parte de los ashkar. Incluso si ha sentido tu piedra, no le habrá parecido raro.

—¿Debería estar... buscando a Elsabet? ¿Intentando encontrar dónde se esconde?

—No —había contestado él sin dudar—. No sabe de tu existencia, y creo que es mejor que lo mantengamos así. Cuanto más tarde Elsabet Belmany en saber de Lin Caster, mejor.

Lin dio media vuelta en la cama. No podía evitar desear que la primera persona a la que había sentido usar la magia no hubiese sido Elsabet Belmany. Los malgasi seguían siendo, para ella, un símbolo de horror, de feroces asesinos con máscaras de lobo que colgaban a los niños ashkar de horcas improvisadas y lo consideraban una victoria sobre el mal. Al menos, suponía que, con lo que sabía, podía empezar a entender cómo los malgasi habían vuelto a su pueblo contra los ashkar con tanta rapidez y efectividad, a pesar de que estos habían vivido en paz en Favár durante generaciones. Habían usado su poder. No le cabía ninguna duda.

Cuando Lin por fin se durmió, cayó presa de unos horribles sueños en los que un captor cuyo rostro no podía ver le ataba los brazos y las piernas con largas tiras de tela de diferentes colores: una cuerda escarlata le ataba los tobillos, mientras una muñeca estaba atada con una tira azul y la otra con una negra. Gritaba mientras le tiraban de cada una de las extremidades en diferentes direcciones. «Calla —le decía su captor—. No te resistas y todo te será más fácil».

La voz era la de Conor.

A la mañana siguiente, Lin se levantó y encontró a Chana en su puerta, con el mensaje de que uno de los Shomrim se había herido en el muro al romperse una escalera. Lin dedicó un tiempo febril a cuidarlo durante la peor parte de su recuperación, mientras lo que se había roto volvía a unirse con la ayuda de la medicina y los amuletos.

Finalmente, volvió a casa dos días después, y allí se dio cuenta con horror de que ya era el día en el que se suponía que el Hierofante de la ciudad bendeciría el matrimonio entre Conor y su nueva prometida, y que ella tenía que estar allí para coger el carruaje de Marivent en la plaza Valerian. Se dirigió a la cocina para hacerse una tisana para la cabeza, mientras se preguntaba sombríamente si habría algo en el mundo que le apeteciera menos que contemplar cómo el Hierofante bendecía la unión entre Conor Aurelian y Anjelica Iruvai. Mayesh le había prometido un lugar con buenas vistas, lo cual parecía peor que uno con malas. Con suerte, el carruaje no llegaría mucho más tarde del mediodía.

Se vistió y fue al Etse Kebeth, donde se encontró a Mariam de puntillas ante el pequeño espejo, poniéndose lazos plateados en el pelo. En cuanto vio a Lin, la miró decepcionada.

—No irás vestida así, ¿verdad? —le preguntó.

Lin se miró el vestido de lino gris, perfectamente funcional. Tenía un agujero cerca del bajo, donde se le había caído un poco de preparación de raíz de bardana, pero ¿quién se fijaba en los bajos de un vestido?

—La bendición es un acontecimiento importante —indicó Mariam —. Todo el mundo vestirá de gala. ¿Y después no vas a Palacio?

—Solo a ver a un paciente —protestó Lin cuando Mariam, que llevaba un vestido azul de muselina estampada, con modernos fruncidos en las muñecas y el bajo, fue a su armario y empezó a revisarlo, tarareando.

—Bueno, el paciente se quedará asombrado de lo elegante que vas y de paso no avergonzarás a nuestra gente apareciendo en la plaza Valerian con aspecto de vendedora de trapos. —Mariam cogió un vestido de satén gris paloma y se lo tendió a Lin—. Ponte esto —ordenó—, te hará los ojos más grises.

—Como si alguien fuera a darse cuenta —murmuró Lin, pero fue a cambiarse.

En realidad, tenía que admitir que le alegraba que su abuelo le hubiera dicho que llevara a Mariam a la plaza. El regocijo de esta ante el esplendor del acto era simple y sin complicaciones, en un mundo en el que nada parecía ya simple y sin complicaciones.

—Sabes —comenzó Mariam mientras Lin luchaba con la resbaladiza tela gris— que lo que lleve la princesa Anjelica se pondrá de moda enseguida. ¿La viste a lomos de ese magnífico elefante?

Lin tuvo que admitir que no la había visto, aunque, por supuesto, no el porqué.

—Es absolutamente deslumbrante. Si quiere, marcará las tendencias de la moda para la próxima década, como poco. De hecho, probablemente ocurra, lo quiera ella o no.

Lin emitió un sonido de indiferencia y se unió a Mariam en el dormitorio. Dejó que le recogiera el pelo en una coleta baja con un cordón de seda azul, luego la apresuró para que salieran del Etse Kebeth, parándose solo para abrazar a Chana, que hervía hojas en la cocina.

Con el zurrón colgado al hombro, Lin caminó por la Ruta Magna con Mariam del brazo. Era un día brillante, el sol estaba alto en un cielo sin nubes. La plaza Valerian se hallaba abarrotada de gente, tal y como Lin había esperado, pero le sorprendió encontrarse con un ambiente muy sobrio. No había nada del tono alegre del Festival de la Independencia; nada de vendedores de comida y bebida, mezclándose entre la multitud, ni música ni bailes improvisados. Parecía un sentimiento público generalizado que esa era una ocasión solemne, como si hasta los niños, relucientes de limpios y bien vestidos, y cogidos de las manos de sus padres, sintieran que

estaban allí para ser testigos de un momento importante en la historia de la ciudad.

Delante del Templo, se había colocado una tarima de madera, casi un escenario. Estaba cubierto con tela de oro, y sobre él se erguía un dosel abovedado de terciopelo brillante que Mariam llamaba *luminància*, sostenido por dos columnas de mármol adornadas con flores. Gran parte de la Guardia del Castillo se hallaba dispuesta cerca de las escaleras del Templo (Lin reconoció a Benaset entre ellos) y la joven forzó la vista, tratando de distinguir si Mayesh se hallaba entre la multitud de Palacio.

—Pues yo creo que será bueno para Castelana tener a esta nueva princesa —opinó Mariam, y Lin se sintió culpable al darse cuenta de la poca atención que había estado prestándole a la charla de su amiga.

—¿En serio? —Lin se apoyó contra uno de los leones dorados de la plaza—. ¿Por qué?

—Los matrimonios, los nacimientos, todo eso son cosas felices. Le levantan el ánimo a la gente. —Mariam le sacó la lengua a Lin—. Pensaba que una médica sabría eso.

—La cerveza gratis también le levanta el ánimo a la gente —observó Lin—. Deberían estar repartiéndola, si quieren a todo el mundo de buen humor.

Mariam se echó a reír.

—No entiendes nada de espectáculos. —Miró pensativa hacia el Templo—. Ya sabes que, antes de la Fractura, un rey o una reina que fuera a contraer matrimonio podía cabalgar hasta el Templo a lomos de un dragón, o acompañado por un fénix. ¿Te imaginas un fuego así?

Lin pensó en la tierra carbonizada de su sueño.

—Una gloria así conlleva grandes peligros.

—¡Vaya! —exclamó Mariam—. Estás de mal humor, ¿no? Odias los espectáculos, las princesas y los fénix. ¿Algo más que deba añadir?

—Mariam...

—Te alegra que el príncipe se case, ¿no? —preguntó Mariam, pícara.

—Por supuesto —contestó Lin, entre dientes—. Ah, mira, ahí está Mayesh. Nos está saludando.

De hecho, su abuelo acababa de aparecer al pie del Templo y le hacía señas a Lin. Esta se abrió camino entre el gentío, tirando de Mariam, hasta llegar al perímetro que la Guardia del Castillo había establecido alrededor del Templo. Lin saludó con una inclinación de cabeza a Benaset, que, con expresión molesta, se hizo a un lado para dejarlas pasar.

El reloj de la Torre del Viento comenzaba a dar las doce cuando Lin y Mariam se reunieron con Mayesh. Lin echó un vistazo alrededor, pero no vio ningún carruaje real que pudiera estar buscándola. Oyó a Mariam charlando emocionada con su abuelo, que asentía con una expresión ligeramente divertida. Mariam siempre le había caído bien.

Antes de que Lin pudiera saludar a Mayesh, las altas puertas de mármol se abrieron, deslizándose por sus ranuras, arrastradas por los acólitos del Templo vestidos con túnicas blancas. La gran entrada al Templo se alzó ante ellas, negra como el interior de una tumba.

El Hierofante fue el primero en emerger de entre las sombras. Vestía con el verde grisáceo de los clérigos de Aigon, y una larga capa, tejida con un diseño de olas que se le deslizaban por la espalda. Llevaba la cabeza descubierta, dejando a la vista el pelo espeso y canoso. En una mano sostenía un báculo de plata rematado con un orbe de cristal de la Fractura. Dentro de la esfera,

el humo parecía moverse con remolinos blancos y grises, apareciendo y desapareciendo.

Comenzó a descender los escalones de mármol, con la barbilla alta, sin sonreír. La multitud estaba en un silencio casi total. Tras él, marchaban los miembros de las familias de los fueros, cada uno con un estandarte donde se representaba el sello de su Casa. Primero iba Ciprian Cabrol, sujetando el estandarte con la flor de rubia tintoria del fuero del tinte. Luego Gasquet y Montfaucon, Esteve y Uzec, Falconet y Cazalet. El estandarte de los Gremont, con su corona de hojas de té, lo portaba una anciana vestida de negro con el cabello gris acerado y una expresión más acerada todavía. Lady Gremont, supuso Lin. En cuanto a las Alleyne, un sirviente en librea portaba el estandarte de la seda. Lin se preguntó cuál sería la excusa de lady Alleyne para no asistir.

Tras las familias de los fueros, llegó el turno de la reina Lilibet, vestida toda de verde, como era habitual en ella, y el pelo en un recogido alto de esmeraldas. Era extraño verla sola en un acto así, sin el rey, incluso para alguien que sabía, como Lin, por qué este se hallaba ausente.

Todos, salvo el Hierofante, se colocaron a lo largo de la escalera, pero dejaron el centro libre para formar una especie de pasillo. Se hizo un silencio absoluto en la plaza, como si todas las respiraciones estuviesen contenidas; el único sonido fue el de las pisadas del Hierofante mientras ascendía al escenario y se volvía hacia el Templo.

Lin notó una mano en el hombro. Mayesh. Fue un toque tranquilizador, como si estuviera preocupado por ella; pero ¿por qué iba a estar preocupado? Se volvió hacia él con expresión desconcertada justo cuando ellos salían juntos por la puerta.

Conor y su futura esposa. No solo cogidos de la mano, sino con los hombros casi rozándose. Los murmullos se alzaron, rompiendo el silencio. «Qué hermoso».

Lin no sabía qué idea se había hecho de Anjelica Iruvai, o qué podía significar tener la fama de ser la mujer más bella del mundo. Se había imaginado la clase de curvas que parecían el estándar de lo deseable, del estilo de las de Antonetta. Labios y mejillas rojas, ojos grandes. Se estaba avergonzando de la pobreza de su imaginación. No había imaginado la elegancia y la ligereza de Anjelica. La forma en la que cada una de sus partes parecía encajar en un diseño conjunto, como uno de los exquisitos vestidos de Mariam.

Conor y ella iban vestidos de gala; él con jubón y pantalones de terciopelo gris oscuro, bordado con seda plateada, y ella con un vestido de un color violeta profundo con una cola que se extendía tras ella por los escalones.

Mariam suspiró lentamente.

—Púrpura de Tyndaris.

En la época del Imperio, el tinte púrpura profundo se extraía de las conchas de las criaturas marinas que habitaron en Tyndaris antes de que la isla se hundiera bajo las olas. En la actualidad se habían extinguido, y la única tela de ese color era propiedad de la Casa Aurelian. Cuando nacía un nuevo miembro de la familia real, se le cortaba un rollo de esa tela, para que la fuera usando durante el resto de su vida. Cuando Lilibet se había casado con Markus, le habían dado su propio rollo; era el turno de Anjelica de tener el suyo.

Al lado de Anjelica, el príncipe caminaba con la cabeza alta. Un cinturón de cuero para armas le rodeaba la esbelta cadera, y una espada ceremonial envainada le brillaba colgada al costado. Los rizos negros le caían sobre la banda dorada de la frente. Su expresión era

fija, velada. Parecía dispuesto, como si fuera a enfrentarse a una prueba.

Cuando alcanzaron el pie de la escalinata, crecieron los murmullos; qué bella era Anjelica, qué bueno sería aquello para la ciudad, qué niños tan guapos tendrían.

Con una punzada de dolor, Lin pensó que la belleza de Anjelica ya se había ganado a la gente, sin necesidad de un gesto ni de una palabra. La belleza tenía ese poder. Incluso en las historias de los cuentacuentos, en las que Conor era un asesino o un tirano o un rey solitario de corazón frío, era un asesino o tirano guapo. La belleza imbuía cada acción con una especie de encanto y la hacía fácil de perdonar.

Conor extendió una mano para ayudar a Anjelica a subir al escenario con él. Los dos quedaron frente al Hierofante. Lin los tenía tan cerca que no pudo evitar preguntarse si Conor podría verla, también, al lado de Mayesh. Pero si lo hizo, no dio muestras de ello.

—Oh, Lin —susurró Mariam—. Esto es tan emocionante.

De pronto, hubo un leve revuelo entre los guardias del castillo justo cuando el Hierofante empezaba a cantar las bendiciones de Aigon. La mano de Mayesh se retiró del hombro de Lin; ella miró y vio a Aron Benjudah, el Exilarca, hablando con uno de los guardias del castillo. Para su sorpresa, el guardia, que parecía escucharle atentamente, se hizo a un lado para dejar entrar a Aron en el área protegida.

Lin observó a Aron mientras se acercaba. No era ni el comerciante rhadanita, sucio del polvo de los caminos, ni el Exilarca de la vestimenta solemne que impartía justicia en el Kathot. Aron vestía una chaqueta negra de cuello alto, adornada con detalles plateados, y llevaba a la cintura una espada con un pomo de metal negro tallado con la forma de un cuervo, cuyas alas extendidas formaban

la cruz de la guardia. Engastada en el centro, había una piedra escarlata, roja como el sol poniente. Lin la reconoció de inmediato, cualquier ashkar lo habría hecho. Era el arma que la Diosa había entregado a Judah Makabi tras la caída de Aram. «Todos los Exilarcas desde ese día en adelante serán descendientes de Makabi, llevarán el nombre de Benjudah y portarán la Espada del Anochecer, el regalo de la Diosa».

La Espada del Anochecer. Lin nunca había pensado que la vería. Era una leyenda, como los fénix o los dragones. No pudo evitar mirarla, mientras Aron se paraba ante Mayesh. La espada había sido parte de la historia ashkar desde que estos existían. Una historia que se extendía no solo en el pasado, sino también hacia el futuro. Un relato en el que ella se había introducido sin pensar en las consecuencias.

Mayesh inclinó la cabeza, como si hubiera esperado encontrarse allí con el Exilarca.

—Aron —saludó Mayesh—, me alegro de verte.

—Pensé en felicitar al consejero del trono —repuso Aron, sin más que una ojeada a Lin. A Mariam, que lo observaba fascinada, ni la miró—. Esta inteligente alianza entre Kutani y Castelana, ¿cuánto de ella es obra tuya?

—Alguna parte —contestó Mayesh—. Como sabes, un consejero solo tiene la influencia que se ha ganado.

—Y tú has trabajado duro para ganarte la confianza de esta gente, de estos *malbushim* —espetó Aron—. Me parece recordar que me lo aconsejaste hace algunos años. Creo que no seguí tu consejo.

Mariam miró a Lin como diciendo: «¿Qué está pasando?». Lin se limitó a sacudir la cabeza ligeramente. No podría haber descrito la expresión de Aron. No era enfado exactamente, sino algo más frío y duro que eso.

—No —concordó Mayesh—, no lo hiciste.

—Pero entonces era muy joven —siguió Aron—, y con inclinación a creer en cosas como la lealtad y la honestidad.

—No te mentí —aseguró Mayesh, calmado.

Si estaba molesto, Lin no sabría decirlo; había algo en él que la hacía creer que se había esperado esta conversación. Aunque quizá no que pasara en ese preciso momento y lugar, por supuesto.

Lin alzó la vista y vio que el Hierofante aún estaba con los cánticos y que Anjelica y Conor tenían las cabezas inclinadas, y los ojos cerrados.

—Me dejaste creer una mentira —acusó Aron—. ¿Es eso mejor? Creí que el exilio de Asher había sido más allá de los mares. En algún sitio muy lejano. No sabía que permanecía aquí en Castelana, solo y pasando hambre. No sabía que podía haberlo ayudado antes de que fuera demasiado tarde.

—No podías haberlo ayudado. —El tono de Mayesh era plano como un camino desierto—. De haberlo intentado, te habrían exiliado a ti también. Y te necesitábamos. Eres príncipe de los ashkar. Tu responsabilidad no es con una sola persona, sino con todo tu pueblo.

Lin pudo ver cómo Aron enrojecía incluso bajo el bronceado.

—¿Es tu responsabilidad con vuestro pueblo la que tienes en cuenta cuando sugieres que tu nieta debería seguir tus pasos como consejero? ¿Realmente es que nadie más es apropiado para esa tarea, o simplemente deseas mantener el poder en manos de tu familia?

Entonces miró a Lin, y ella no supo decir si la furia que vio en su mirada estaba destinada a ella o a Mayesh, o a unas oportunidades perdidas hacía mucho tiempo.

—Lin no va a ser la próxima consejera —soltó Mariam, para sorpresa de Lin. Parecía casi tan enfadada como Aron; tenía los pequeños puños apretados—. Es la Diosa.

—Ah —contestó Aron, entrecerrando los ojos—. Una auténtica creyente. Bien, pronto sabremos cómo son las cosas realmente.

Y con una última mirada furibunda a Mayesh, se volvió y se alejó, abriéndose paso con brusquedad entre los guardias del castillo.

Sin pensarlo dos veces, Lin salió corriendo tras él, sumergiéndose en la multitud.

Elsabet

—Era un mensaje —dice Elsabet—. Dirigido a mí.

Está cansada, pero no lo dejará ver. Es por la mañana temprano; ese mismo día, más tarde, el Hierofante de la ciudad bendecirá el maldito matrimonio del príncipe; ¡para lo que va a servir! Elsabet está sentada en la silla del clérigo, con la espalda tiesa y los ojos fijos en el fuego que arde en el brasero dorado. Siempre hace frío en el viejo templo, así que Janos lo mantiene encendido.

Siete ha estado yendo de arriba abajo sobre las agrietadas losetas del suelo. Ahora se detiene y se vuelve para mirarla.

—¿Quién usaría la muerte de Artal como mensaje? —pregunta, con la voz inquieta—. Pensaba que nadie sabía que lo teníamos..., que estaba trabajando para ti.

Elsabet sonríe mirando el fuego. Las llamitas bailotean por el brasero como lenguas brillantes. Siempre le ha encantado el fuego. Está en su sangre amarlo, y en la sangre de su familia.

—Te estás preocupando por tu propio pellejo. —No le importa; es una de las cosas que le gustan de él. Su implacable egoísmo lo hace fácilmente predecible.

Siete inclina la cabeza oscura.

—Un poco —responde—. Me gusta cuando no me arrancan el pellejo del cuerpo a latigazos y lo exhiben en el exterior del Truco para dar ejemplo a los otros titulares de los fueros.

—Tranquilízate —aconseja ella—. Palacio sigue siendo ignorante de nuestras actividades. El mensaje era de Prosper Beck.

Un ceño fruncido.

—¿Beck? ¿No es el dueño de un montón de casas de juego en el Laberinto?

—No todas las personas importantes en esta ciudad son ciudadanos honrados, Siete. Había pensado que si podía atraer a Beck a nuestra causa, él podría desafiar al Rey Trapero por el dominio del submundo de la ciudad.

—¿El Rey Trapero...?

—Tiene demasiado poder. Lo llaman el Rey en la Ciudad. No quiero que haya un rey en Castelana al que no controlo. Pero Beck se ha mostrado... recalcitrante.

Siete gruñe.

—¿Querías reclutar a Beck para que reemplazara al Rey Trapero y se ha negado?

—Me ha faltado al respeto. Puse a su mensajero en su lugar. Y, al parecer, ahora Beck está enfadado.

A Elsabet no se le había ocurrido pensar que a Beck pudiera importarle la muerte de un empleado de bajo nivel; ella no se lo tomaría de forma personal si alguien asesinara a Janos o a Bagomer, pero no parece una buena idea decirle eso a Siete.

—El hombre que le cortó el cuello a Artal era uno de los de Beck. Lo reconocí. Una vez tuve la oportunidad de matarlo y fallé. No volverá a pasar.

—Esto no me gusta —protesta Siete—. No me gustan las complicaciones.

«A nadie le importa lo que a ti te gusta», piensa Elsabet.

En Malgasi, su madre, la reina, habría encerrado a cualquier noble menor por decirle qué políticas le gustaban o no. Los Aurelian sí que habían dejado que las cosas se descontrolasen en Castelana, con todos esos estúpidos titulares de los fueros creyéndose los reyes de sus pequeños feudos. Estaba ansiosa por demostrarles cómo gobernaba un auténtico monarca.

Y no solo un auténtico monarca, sino uno que reinaba como lo habían hecho los Hechiceros-Reyes de antaño. En cuanto les arrebate el poder a los Aurelian, le será posible reinar como lo habían hecho sus ancestros, con un poder radiante que forzaba a la lealtad. Ahora no le gusta pensar en las revueltas de la gente de Malgasi, en su traición, en su falta de dedicación al trono. Se dice que todo volverá a ser como antes. En cuanto la dinastía Belmany recupere su poder, Malgasi volverá a ser grande.

—Beck solo sabía lo de Artal —dice ella, entre labios apretados—. Lo llevé a una reunión. Eso es todo. No hace falta que te mueras del susto.

—Han asesinado a uno de los nuestros —replica Siete—. No es muy tranquilizador. Y Artal tenía su amuleto. Creía que iba a protegerlo.

—Al parecer, Beck pudo cambiar el amuleto real por uno falso. — Elsabet no está tan tranquila como aparenta, pero no quiere que Siete sepa lo mucho que le alarma que Beck la haya esquivado con tanta facilidad. Se había equivocado al confiar en que Artal no fuera un idiota. Ahora el amuleto, una de las posesiones más valiosas de su familia, se halla en las manos de alguien que no la quiere bien. Beck tendrá que ser eliminado; pero aún no. Primero, ella necesita afianzar más su posición—. Eres jugador, ¿verdad, Siete? No

deberías hacerle ascos a un pequeño riesgo cuando la recompensa es tan grande.

—Cometer traición no es un pequeño riesgo —replica Siete—. ¿Y podemos hacer esto sin Artal?

—Será necesario un cambio de planes. Vigilar más a *Lior*ada y a esa hija suya. Pero, sobre todo, necesitamos al Guardián de Espadas. Lo necesitamos fuera del juego y donde le podamos echar las manos encima. —Entrecierra los ojos mirando a Siete—. ¿Has descubierto si el príncipe sabe que el Guardián de Espadas ha estado organizando encuentros entre Anjelica Iruvai y el Rey Trapero?

Por primera vez en ese día, Siete sonríe.

—Conor no tiene ni idea —contesta—. Cuando se trata de Kel, tiene un punto ciego del tamaño del desierto de Jiqal.

—Eso podría ser todo lo que necesitamos de momento —dice Elsabet—. Vigila a Saren. Mantente preparado para reunir a las familias de los fueros, y al príncipe con ellas. Una vez le pongas todas las pruebas a sus pies ante toda la Colina, no tendrá más remedio que actuar.

Capítulo dieciséis

Alrededor de Lin, la gente alzaba un cántico a Aigon, un sonido como de abejas zumbándole en los oídos.

«¡Aigon, óyeme mientras rezo con el alma por esos hijos de la humanidad! ¡Concédeles felicidad, riquezas e hijos!»

—*¡Oshozo!* —gritó Lin—. ¡Esperad!

La palabra ashkarí flotó por encima del rítmico cántico. Lin vio movimiento entre la gente ante ella cuando Aron se volvió a mirarla. Un momento después, ella lo había alcanzado. Él se había detenido junto a los escalones de la Justicia, lejos de lo peor del gentío.

—¿Qué quieres?

—¿Que qué quiero? —Lin puso los brazos en jarras—. ¿No podías haber hablado con mi abuelo en el Sault? ¿Tenías que humillarlo delante de los *malbushim*?

—A mí no me pareció humillado.

—Eso no significa que no lo intentaras. —A Lin se le estaba escapando el pelo de las sujeciones; bajo la brisa, le sacudía la cara —. Debes saber que cualquier daño que le hagas a él se lo haces a todos nosotros, a los ashkar.

Aron la miró directamente.

—He intentado visitar a tu abuelo en su casa del Sault. Varias veces. Siempre está convenientemente fuera de casa.

—Sabes que eso no es excusa —repuso Lin, con frialdad—. ¿Por qué toda tu rabia se dirige contra Mayesh? ¿Por qué no contra el Maharam? Sabes que mi abuelo habló a favor de Asher Benezar. Sabes que hizo todo lo que pudo para evitar que lo exiliaran.

—Sí, todo lo que pudo. —La voz del Exilarca era mesurada, pero los ojos parecían arderle con el resplandor del sol sobre las arenas del desierto—. Eso cubre una amplia variedad de pecados, ¿no es cierto? —Se acercó más a Lin; era tan alto que ella casi quiso ponerse de puntillas para escucharlo. No lo hizo—. La verdad es que no me esperaba nada mejor del Maharam. Pero sí de tu abuelo. Confiaba en él.

—¿Y ya no confiáis en él? —Escrutó el rostro del Exilarca. Un rostro muy raro. Un rostro tranquilo, que no revelaba nada, y sin embargo, esos ojos, como cortes en una máscara de papel, que mostraban solo un destello de un mundo de otro modo invisible, un mundo de feroz emoción: furia, rebelión, justicia negada—. ¿No te crees que estuviera tratando de protegerte? Eras el hijo del Exilarca. ¿Qué podías haber hecho sin que te observaran? Si hubieras intentado ayudar a Asher, te habrían atrapado...

Él alzó una mano, como ordenándole a medias que se callara.

—Tu lealtad hacia tu abuelo es de esperar —comenzó—. Pero...

—¿Lealtad? —Lin vio que la amargura con la que había dicho esa palabra sorprendía a Aron—. ¿Yo, leal a Mayesh? Solía sentir lo mismo que tú. Solía odiarlo. Creía que me había abandonado por la realeza de la Colina.

Los ojos de bronce se entrecerraron.

—¿Y ahora?

—Ahora entiendo que estaba tratando de protegerme, a su manera, porque estaba intentando protegernos a todos. Mayesh siempre elegirá a los ashkar como pueblo por encima de cualquier individuo. Eso lo hace ser un buen consejero.

—Aunque no un buen abuelo —repuso Aron.

—Es nuestra voz en la Colina —insistió Lin a media voz—. Todos sabemos lo que pasó en Malgasi. Allí los ashkar no teníamos ninguna voz, y nos asesinaron o nos expulsaron. Creería que sobre todo al Exilarca le importaría...

—¿Crees que no me importa? —Se la quedó mirando, por un momento sin palabras.

En la distancia, Lin oía al Hierofante, pidiendo a Aigon que rodeara a Anjelica y Conor de aguas tranquilas, que bendijera su unión con la fuerza del mar y la fidelidad de las mareas.

¿Conor, fiel? Lin se mordió el interior del labio.

Se le pasó por la cabeza que Aron estaba a punto de chillarle. En vez de eso, le habló con voz neutra.

—No te entiendo, Lin Caster. Cuando te miro, veo que eres mucho más de lo que pareces ser. Te miró a los ojos y veo fuego en su interior, y pienso: ¿es ese el fuego de la Diosa? ¿El fuego que nací para ver? Pero a tu alrededor..., a tu alrededor solo veo oscuridad.

Lin no pudo evitar una mueca de dolor, justo cuando un carruaje rojo y dorado se detenía a su lado. Jolivet se inclinó por la ventana.

—Se suponía que teníais que esperar junto al Templo.

Lin alzó las cejas.

—No he recibido ningún mensaje con esas instrucciones.

Jolivet parecía como si le hubieran jugado una mala pasada.

—Entrad ya —dijo—. Tenemos poco tiempo.

Lin pensó que era raro que Jolivet le hablara tan abiertamente delante de Aron, un extraño; sin embargo, cuando se volvió para

despedirse de él, Aron ya no estaba. Se había fundido con la multitud como un fantasma; por mucho que lo buscó con la mirada, no consiguió verlo.

Pero ¿estaría él mirándola a ella? Lin no podía quitarse la sensación de tener una mirada clavada en ella; se volvió para mirar hacia el Templo y vio que junto a la princesa arrodillada, Conor se hallaba firme, con una mano sobre la empuñadura de la espada. No miraba al Hierofante, la miraba directamente a ella, e incluso a esa distancia, Lin pudo sentir el agudo filo de su mirada.

El fuerte sol bañaba la Colina mientras Kel se dirigía a casa de Antonetta a pie. Supuso que podría haber cogido prestado a Asti, pero eso era algo que sabía que tenía que hacer solo, sin siquiera el apoyo de las facilidades de Palacio.

Al acercarse a la mansión Alleyne, su pensamiento se fue hacia la plaza Valerian. Conor estaría allí en ese momento, recibiendo la bendición del Hierofante. Él también estaría solo. Claro que se encontraría rodeado por la Guardia del Castillo, por Mayesh, por las familias de los fueros (excepto Alleyne, porque *Lior*ada había pedido ser excusada, aduciendo enfermedad), pero, en opinión de Kel, si Conor aparecía en público sin él, estaba solo.

Podía sentir la presencia de Conor sin protección, como si fuera una herida aún por vendar.

Intentó distraerse con otros pensamientos. No era que tuviera escasez de problemas. En los días siguientes a lo ocurrido en Tyndaris, Kel había estado esperando con inquietud el momento en que la noticia de la muerte de Gremont se diera a conocer entre la nobleza de la Colina.

Eso no había ocurrido.

Comenzaban a circular rumores sobre su ausencia. Quizá Artal se hallaba en una juerga de tres días en el Laberinto (sugerencia de Falconet), o quizá se había hartado de la oferta de Castelana y se había ido a explorar los famosos burdeles de Valderan. Tal vez lo había tomado como rehén gentuza a la que debía dinero. Algunos creían que había tomado tanto jugo de amapola, ya fuera a propósito o por error, que se había olvidado de quién era y había iniciado una nueva vida.

Nadie parecía pensar que estaba muerto, lo que le resultaba extraño a Kel, que había visto cómo la vida se le había ido escapando; que había tenido el falso amuleto ensangrentado en la mano y luego se lo había dado a Andreyen para que lo guardara. Había esperado a que le invadiera el sentimiento de culpa, que lamentara la manera en la que había tratado a Gremont en sus últimos segundos de vida, pero nada de eso llegó. Solo deseaba haber sido él, y no Jerrod, quien hubiera asestado el golpe mortal.

Era cierto que lady Alleyne y Antonetta sabían la verdad de la situación, pero mencionarla no iba a reportar ninguna ventaja a ninguna de las dos. Kel no podía ni imaginarse la presión a la que debía estar sometida Antonetta, al tener que guardar un secreto así. Había tenido la esperanza de que ella lo buscara en el Castel Mitat, pero no lo había hecho; Kel le había enviado una nota, pero no había obtenido repuesta. Una parte de él sabía que era muy posible que lady Alleyne hubiera interceptado el mensaje y lo hubiera tirado, pero otra parte no dejaba de recordar el último contacto que había tenido con Antonetta en los muelles, la decepción en el rostro de la joven cuando él se había negado a contarle la verdad. Era como tener una canción en la cabeza, que sonaba una y otra vez, marcándole un surco en el cerebro.

No tenía una idea clara de lo que quería decirle, pero tenía que haber alguna manera de hacerle olvidar su decepción, de asegurarle que él seguía siendo el mismo Kel de siempre, alguien en quien podía confiar...

Acalló sus pensamientos. Había llegado.

Recordó la última vez que había estado en la Casa Alleyne, para la fiesta del compromiso.

«Un compromiso que ya nunca se convertirá en matrimonio, gracias a los dioses».

Aquel día había habido una fila de sirvientes con antorchas flanqueando el camino hasta la puerta principal. En ese momento, solo había un único guardia en librea, que dormitaba junto a la verja; reconoció a Kel y se llevó dos dedos a la visera de su gorra, indicándole que podía seguir hasta la puerta.

Kel no pudo evitar sentir que algo opresivo colgaba sobre la casa como telarañas. Había un silencio absoluto; no llegaba ningún sonido del interior. A pesar del calor, las ventanas estaban cerradas, y cuando alzó la mano y llamó, se imaginó el ruido resonando por todas las salas vacías. Sintió un temor penetrante. ¿Y si se habían marchado? Si habían recogido la casa y huido ante la insistencia de lady Alleyne, con la esperanza de escapar de las consecuencias de su acuerdo con los malgasi...

Pero la puerta se abrió. Kel se sorprendió al ver que era la propia lady Alleyne, y no Magali, la que se hallaba en el umbral. No pudo evitar fijarse en su apariencia. Siempre la había visto impecablemente arreglada, incluso llevaba rubíes en Tyndaris; pero en ese momento solo vestía un camisón negro y zapatillas de seda. Su larga melena le caía por la espalda, rubio salpicado de un color plata que él nunca antes le había visto. Sin sus pinturas y colores

habituales, sus rasgos parecían tensos y grises, con arrugas en el rostro.

Ella lo miró con algo muy parecido al desprecio.

—Tú —dijo—. Tienes mucho valor, para presentarte por aquí.

Kel se la quedó mirando. Sabía que lady Alleyne no le tenía mucho aprecio, pero nunca había sido directamente grosera. Por lo general, lo ignoraba o era fríamente cortés.

Intentó mirar más allá de ella, hacia el interior de la casa, pero ella se movió para bloquearlo. Llevó de nuevo la vista hacia lady Alleyne, hacia sus ojos ardientes.

—He venido a ver a demoselle Alleyne —dijo sin emoción—. Tengo un mensaje del príncipe Conor.

—Pues dámelo a mí.

Kel negó con la cabeza.

—El príncipe exige que se lo dé a la propia demoselle.

—Estás mintiendo —repuso lady Alleyne desapasionadamente.

Kel entrecerró los ojos.

—Entiendo que no os encontráis bien, lady Alleyne. Por esa razón, no llevaré noticias de vuestro arrebato al príncipe. Pero actúo bajo sus órdenes...

—¿De verdad? —murmuró lady Alleyne. Extendió una mano para apoyarse en el marco de la puerta—. Nunca he confiado en ti, Kel Anjuman. ¿Crees que logras ocultar tu falta de respeto, tu resentimiento? Nunca has sabido cuál es tu lugar. El príncipe, en su ciega bondad, te ha dado ideas muy por encima de tu posición. —Su mirada se posó en él—. Desde que te dije que te alejaras de mi hija...

—Y me alejé de vuestra hija —replicó Kel; hizo todo lo que pudo para mantener su intensa rabia fuera de su voz—. Me alejé de ella durante años. Destruisteis una amistad inocente entre dos niños. Le

hicisteis creer que la despreciaba. Nunca os ha importado en absoluto su felicidad...

Lady Alleyne había adquirido un tono grisáceo.

—Antonetta es lo único que me importa —siseó—. Llevo noches sin dormir, no duermo desde... —Kel casi se la imaginó diciendo: «Desde aquella noche en Tyndaris», pero acabó con—: desde la noche que Antonetta se marchó de nuestra casa.

Kel notó como si le pitaran los oídos.

—¿Antonetta no está aquí?

«Estúpido —pensó vagamente—, qué estúpido por llamarla Antonetta en vez de demoselle».

Pero lady Alleyne no pareció haberlo notado. Estaba rebuscando en el bolsillo de su bata; sacó un trozo arrugado de vellum y se lo entregó a Kel sin decir palabra.

«Mamá —leyó en la letra de Antonetta—, Gremont no hace más que humillarme en público. Es insoportable. Si pregunta, dile que estaré en casa de una amiga durante un tiempo. No deseo recibir visitas».

La mirada de lady Alleyne ardía de furia.

—Júralo —exigió—. Jura que no está escondiéndose en las habitaciones del Castel Mitat.

A Kel le daba vueltas la cabeza. Era evidente que Antonetta no le había dicho nada a su madre acerca de su propio viaje a Tyndaris, que no le había revelado a lady Alleyne que sabía de la muerte de Gremont.

—Lo juro —dijo él—. ¿Por qué iba a venir aquí si supiera dónde se halla? ¿Solo para ser insultado? Pero, claro, supongo que imagináis que los de mi condición disfrutan con ello.

Una expresión de auténtica preocupación cruzó el rostro de lady Alleyne; no tenía nada que ver con Kel. Ni siquiera estaba seguro de

que ella hubiera captado sus palabras más allá de entender que desconocía dónde se encontraba su hija.

—Entonces... ¿dónde está? —preguntó lady Alleyne—. ¿Con alguna otra amiga?

—No se me ocurre nadie —contestó él, mientras le tendía la nota de Antonetta. Se le retorció el estómago. ¿Tan poco sabía lady Alleyne sobre su hija que no se daba cuenta de que no había nadie en la Colina que Antonetta pudiera considerar un amigo?

—Pregúntale al príncipe —propuso lady Alleyne, mientras le cogía la nota bruscamente—. Si alguien puede descubrir dónde se ha escondido...

—No —replicó Kel. La rabia y el terror se le arremolinaban en el interior como un tornado creciente; no podía detenerlo, como no podía evitar decir lo que sabía que no debía decir—: ¿Para que Conor pueda arrastrarla de vuelta bajo vuestro pulgar? Obligasteis a vuestra hija a comprometerse con un hombre al que odia, un hombre que lo único que ha hecho ha sido humillarla con sus continuos paseos por los burdeles de la ciudad, y que planea humillarla aún más con la ceremonia de la Primera Noche.

Una mirada de sorpresa pasó por el rostro de *Lior*ada, pero estaba hecha de materia dura. El acero en las venas de Antonetta tenía sus raíces en su madre, incluso si en lady Alleyne esas raíces estaban retorcidas.

Levantó la barbilla, y su mirada de desprecio cubrió a Kel como agua sucia.

—Mi hija siempre tendrá lo mejor de la vida —replicó—. Ya me he encargado de eso. —Su voz se agrió—. No creo que tú puedas entenderlo. Vives de la sangre real. Nunca entenderás el significado de la responsabilidad o lo que es sacrificarse por otra persona.

—¿Sacrificarse? —le espetó Kel—. Siempre se me ha dado a entender que para que un sacrificio tenga sentido, debes ofrecer algo que te importe a ti. No sacrificar a tu hija en tu lugar.

Ella hizo una mueca de dolor ante sus palabras, y Kel sintió un placer salvaje al haberla herido. Un placer nacido del dolor de un chico de quince años al que acababan de decir que no tenía nada que ofrecer a la chica a la que amaba y que debía alejarse de ella por el bien de la propia chica.

Lady Alleyne apretó los labios.

—Mi hija regresará. Simplemente se está comportando como una tonta y una obstinada. Y, cuando vuelva, quiero que recuerdes que nada ha cambiado. Aléjate de ella, Anjuman.

Kel se permitió la sombra de una sonrisa.

—Si Artal Gremont desea que me mantenga alejado de su prometida, puede decírmelo él mismo. ¿O no?

Por un momento, una expresión de temor cruzó el rostro de lady Alleyne. Luego le cerró la puerta en la cara a Kel.

Mientras el carruaje rodaba suavemente subiendo la Colina hacia Marivent, Lin apretaba los puños sobre el regazo. Notaba el latido del corazón en las palmas de la mano. Sabía, claro, que no era realmente el latido lo que sentía. Las venas que portaban la sangre por todo el cuerpo solo se hallaban cerca de la superficie en ciertos puntos, como la muñeca o el cuello. Pero un cuerpo en apuros era como un espejo roto, que producía extraños reflejos; una herida en un costado del cuerpo podía notarse en el otro, o aún se podía sentir dolor en un miembro amputado. Las palabras de Aron se le habían metido bajo la piel como el veneno o la enfermedad.

Había aceptado que cuando Aron la miraba, no reconociera a la Diosa; que lo que veía fuera solo a una chica corriente, o quizá peor que corriente, tonta y mentirosa, desesperada por llamar la atención. Eso la hacía retorcerse por dentro.

Pero él acababa de decirle que veía fuego en su interior. Lin no podría decir si era el auténtico fuego de la Diosa, pero la idea la había asustado casi tanto como lo que Aron había dicho después. ¿La llama que él había visto podría ser algún residuo de la magia que Lin había estado haciendo? ¿Algún tipo de reflejo brillante de su Piedra-Fuente? Pero entonces...

«A tu alrededor solo veo oscuridad».

¿Qué oscuridad estaría viendo? Ni por un momento dudaba que Aron sí veía algo. Era el Exilarca, el León de Judah. Casi sin pensarlo, se metió la mano por la manga, hasta donde estaba enganchado el broche con la piedra. Se notaba fría al tacto, inerte y carente de magia.

Se mordisqueó el labio cuando entraron en el palacio por la Puerta Norte. La primera vez que había ido a Marivent fue como entrar en una historia de algún cuentacuentos. Pero ya comenzaba a conocer el lugar: el Castel Mitat y su patio en el centro, las torres en cada punto cardinal, el Pequeño Palacio entre los jardines, los senderos cercanos al borde del acantilado, donde el mar rompía muy abajo, enviando chorros de agua como un ejército invasor que escalaba las rocas.

El caos en su mente se había calmado para cuando el carruaje se detuvo ante la Torre Norte. Permitió que Jolivet la guiara escalera arriba. Sabía cómo dejar de lado lo que fuera que la preocupara para poder concentrarse en el paciente. Y en cuanto a su paciente principal, Mariam, lo único que importaba era sanarla antes de que el Exilarca y el Sanhedrin se lo impidieran.

Llegaron al piso. Se aseguró de llevar su zurrón y su libreta, y luego asintió mirando al jefe del Escuadrón de la Flecha.

—Sería mejor que entrara sola —dijo—. A ver al paciente.

—El paciente —repitió Jolivet. Consiguió que esas dos palabras sonaran inesperadamente sombrías. El legado era un hombre extraño, severo y gris, a parte del sello de color rojo sangre que llevaba en la mano derecha—. Podéis quedaros a solas con él, si queréis. Os deseo buena suerte. Estos últimos días ha estado de un humor salvaje.

Lin trató de imaginarse al silencioso rey, siempre con la vista clavada al frente, de un humor salvaje.

—Ya veo. Gracias por avisarme.

—Os esperaré en el rellano. —Jolivet no la miró mientras hacía girar la llave de la puerta de la habitación de la torre.

Lin tenía un nudo en el estómago por la tensión, pero nada podía hacer. Pasó ante Jolivet y entró en la habitación del rey; oyó cerrarse la puerta a su espalda con un inquietante clic.

A primera vista, nada parecía haber cambiado. Los objetos de la ciencia del astrónomo aún cubrían todas las superficies; astrolabios de bronce, mapas cosmológicos, octantes de oro y ébano, un torquetum de latón del tiempo del Imperio. Y, naturalmente, las marcas de quemaduras en las paredes, que ya había notado antes.

El rey se hallaba sentado, como lo había estado anteriormente, en una gran silla de madera junto a la ventaba. Mientras Lin se acercaba lentamente, recordando el aviso de Jolivet, notó algo extraño en la propia ventana: el cristal parecía estar curvado, como si tuviera alguna imperfección. Pero no recordaba ninguna imperfección...

Al acercase más, vio que el cristal no estaba curvado, sino arañado. Acanalado, de hecho; había estrechos surcos marcados

profundamente en el material transparente. Creaban la impresión de que la vista del exterior, del Palacio y del mar, era de un lugar que había sido dañado. Lin vio una fila de ornamentos de yeso con forma de edificios en miniatura (una cabaña, una granja, un templo pequeño) que montaban guardia en el borde del acantilado. El cristal dañado hacía que los pilares del templo se vieran rotos, y el Truco, que se alzaba en la distancia, parecía estar cubierto de pálidas cicatrices.

Si el rey, que miraba por la ventana, era consciente de algo de eso, no lo demostraba. Estaba sentado y quieto como una estatua, con una túnica gris y negra. No llevaba corona, pero los omnipresentes guantes negros estaban, como siempre, bien metidos en sus manos.

—Alteza —llamó Lin a media voz—. Soy vuestra médica. He venido a examinaros.

Se arrodilló ante él. Abrió el zurrón y sacó la lanceta, una cánula de caña hueca y una botellita de cristal. Ese método para sacar sangre era de su invención.

Los cirujanos de Castelana no le veían ninguna utilidad a extraer sangre a los pacientes, excepto para sangrarlos con sanguijuelas. No tenía sentido mirar la sangre; ¿qué les iba a decir? Los cirujanos eran unos tontos, pensó Lin mientras preparaba la cánula y la botella. La sangre era como una tablilla, un libro. Se podían leer secretos, si se sabía cómo hacerlo.

Lin colocó la punta de la lanceta sobre la muñeca del rey, por encima del cuero negro de los guantes. Lo notó estremecerse cuando el frío metal le tocó la piel; al alzar la vista, él la estaba mirando fijamente; no más allá de ella o a través de ella, sino a ella, directamente a los ojos.

—No creo que tengamos ninguna oportunidad, Fausten —dijo el rey con voz ronca—. Nunca nos permitirán escapar.

Lin se quedó muy quieta. Ya sabía que el rey no era incapaz de hablar, porque ya había hablado una vez antes en su presencia, pero esa era la ocasión que más calmado lo había oído. Aunque no supiera quién era ella.

—No soy Fausten. Soy Lin, Lin Caster. Vuestro hijo me trajo otra vez ante vos...

El rey meneó la cabeza.

—Les arrebaté su mayor tesoro. Eso que los hizo ser lo que son. Pero ellos lo habían robado. Nunca había sido de ellos para empezar. —Alzó la voz—. La Casa Belmany se construyó sobre la oscuridad, y a ella debe regresar.

Casa Belmany. Lin pensó en lo que los otros le habían dicho sobre Tyndaris. Sobre Malgasi. Fuego ardiendo en el mar.

—¿Qué les arrebatasteis? —preguntó en un susurro.

El rey recorrió la mirada por toda la habitación.

—Durante toda la noche lo oí gritar. Estaba enjaulado. Rogaba por la libertad, pero solo pude darle la muerte. Nunca lo habrían liberado. Era la fuente de todo su poder.

—Pero ¿qué era? ¿Era... una Piedra-Fuente? —Dejó la lanceta sobre el brazo de la silla, y se arremangó, lo que dejó a la vista el broche de plata enganchado por dentro, la Piedra-Fuente, negra y sin luz...

—*¡Atma!* —rugió el rey con la cabeza echada hacia atrás, los ojos ardientes y mostrando los dientes—. *¡Atma, sur az koval!*

Antes de que Lin pudiera detenerlo, el rey cogió la lanceta del brazo de la silla y se la clavó en la palma de la mano izquierda.

Lin lanzó un grito. El rey aflojó los dedos tan inesperadamente como cuando se había apoderado de la lanceta, y esta repicó contra

el suelo. Lin le cogió la mano herida; la sangre le salió por el borde del guante, le empapó la manga y salpicó a Lin, que sintió unos ardientes pinchazos y luego un dolor agudo en la muñeca.

Bajó la mirada. La Piedra-Fuente estaba brillando en su broche. Estaba caliente. Tan caliente que le abrasaba la piel a través de la manga.

Se alzó fuego a su alrededor. La sala estaba ardiendo; de repente, todos los papeles estaban en llamas; la silla del rey era una ardiente pira funeraria. Trató de ponerse de rodillas, pero el humo era demasiado espeso para respirarlo. Con un intenso dolor en el pecho, Lin intentó arrastrarse hacia la puerta, pero el humo le quemaba la garganta, y le dejaba sin aire en los pulmones. Se hizo un ovillo, tratando de tragar aire mientras la oscuridad la invadía y le cortaba la respiración.

Lin abrió los ojos con la sorpresa que acompaña despertarse repentinamente en un lugar desconocido. Estaba tendida sobre algo blando; por encima de ella se arqueaba un bajo techo de piedra. Una luz tenue llegaba de algún lugar cercano. Notaba como si tuviera lo pulmones vacíos; tragó aire mientras trataba de sentarse.

Inmediatamente, los recuerdos acudieron a su mente: recuerdos de un fuego y de una caída. Un descenso hacia un lugar oscuro, la hoja de un cuchillo y los barrotes de una jaula. Pero se dijo que eso no había sido real. Había estado inconsciente, soñando..., aunque la habitación de la torre sí que había estado ardiendo. De eso estaba segura. Y había perdido la consciencia, incapaz de respirar, de pensar. ¿Cómo había conseguido salir de allí?

Seguía en Palacio. La habitación era pequeña, con muros de piedra y una única ventana en lo alto. Las paredes estaban cubiertas

de mapas, de Dannemore y los Caminos Dorados, de Malgasi y Sarthe, recubiertos de constelaciones de tachuelas plateadas. También había un mapa de las estrellas, y varios artefactos de papel con partes que se podían girar: círculos y diales numerados. Se llamaban volvelles. Cartas troqueladas que podían dar vueltas y medían de todo, desde las distancias sobre el terreno hasta la órbita de la luna.

Rápidamente, se miró las manos y los brazos, para ver si se había quemado, pero tenía la piel intacta. Apartó la fina manta y se sentó. Al instante, la habitación pareció dar vueltas a su alrededor. Trató de agarrarse a algo, pero se le había nublado la vista. Clavó los dedos en el colchón...

—Estás bien. —Una voz y una presencia conocidas. Notó que le cubría las manos en un firme apretón—. Lin. Respira. Respira.

Tragó aire. No estaba sola, se dijo. Tampoco estaba soñando. Conor estaba con ella. Sintió su calidez, su presencia. Él le apartó el pelo del rostro.

—Mírame, cariño —dijo él—. ¿Puedes hacerlo?

Lin parpadeó. Él era una mancha; una mancha de seda plateada y terciopelo gris, de pelo negro y del brillo de su fina corona, como un resplandor en el agua. Lin le agarró la mano y miró por la habitación. Estaba llena de pesados muebles de otra época. Había varios escritorios, y un armario al que habían sacado los cajones, y cuyo contenido estaba tirado por el suelo; todo, desde guantes a tijeras y botellas de agua caliente de cerámica. Un libro con una elegante encuadernación de cuero yacía en el suelo, la cubierta estampada en oro, *Orel Valarati*.

—¿Dónde estoy? —susurró Lin.

—Es la habitación de Fausten, o solía serlo. —Conor ya no era una mancha.

Podía verlo con claridad. Aún vestía con el mismo elegante terciopelo gris que había llevado en la plaza, y sus bordados relucían como un fuego tenue bajo la luz débil. Sus ojos eran del mismo color plata, y parecían estar ardiendo; unas luces vigilantes en un rostro cuya piel se tensaba demasiado sobre los huesos. Nunca lo había visto así antes. No... asustado.

Cuando Conor habló, lo hizo con un inmenso control.

—Te he encontrado en el suelo de la torre. Estabas inconsciente. Te he traído aquí. Lin, ¿qué ha ocurrido?

—Vuestro padre —contestó ella con una voz ahogada—. El fuego; la habitación estaba ardiendo. ¿Está bien?

Intentó ponerse en pie, pero sentía mucho mareo. Se dejó caer sobre el colchón, con la cabeza a punto de estallarle.

—Lin. Para. —Se le había escapado el pelo de las trenzas y él se lo colocó de nuevo. La sensación fue increíblemente relajante—. No ha habido ningún fuego. Cuando entré, mi padre estaba sentado en su silla. Todo se encontraba como siempre, excepto tú... —Calló un instante—. Tengo que saberlo, Lin. ¿Te ha hecho daño?

—No —respondió Lin. Cuando negó con la cabeza, el pelo se le soltó sobre el cuello y los hombros, y pensó lo raro que resultaba aparecer ante el príncipe con el pelo suelto—. Nada de eso. El fuego quizá no existiera, pero incluso si ha sido una ilusión, la ha creado el rey.

—No es un mago, Lin. No es un Hechicero-Rey de los de antaño —explicó Conor, en un tono amable.

—Y, sin embargo, hay magia aquí. Esta no es una aflicción normal, como ya he dicho. Lo sé... —«Porque mi Piedra-Fuente quemaba». Pero no podía decir eso. «Porque el malgasi era un auténtico hechicero». Pero tampoco podía decirlo. Se mordisqueó el labio,

frustrada—. ¿Sabéis..., sabes lo que le pasó a tu padre de joven? ¿En la Corte de Malgasi? Se marchó...

—Huyó —la corrigió Conor—. Aunque nunca ha hablado del tiempo que pasó allí. —Enredó varios mechones de pelo de Lin en sus dedos. La observaba de medio lado, como si estuviera esperando que ella se apartara, pero Lin no se hubiera movido por nada del mundo—. ¿Por qué me preguntas sobre Malgasi? ¿Por Fausten?

—No es solo Fausten. Cuando tu padre está mal, habla de Malgasi. Es evidente que su mente está febril por algún tipo de herida del pasado, algún recuerdo del tiempo que pasó en Favár...

Conor frunció el ceño.

—Cuando te encontré —explicó—, estabas farfullando en malgasi. *Atma*, *atma*, *sur az koval*. No sabía que hablaras ese idioma.

—Y no lo hablo —repuso Lin—. ¿Qué significan esas palabras?

—El fuego, el fuego, la sangre y la jaula.

—La sangre y la jaula —repitió Lin—. ¿Qué le hicieron?

Su piedra le palpitó en la muñeca, como el contacto con la cabeza de una cerilla. Hizo una mueca.

Conor irguió la espalda.

—Sí que estás herida —le dijo, casi como acusándola—. Lin, si esto es magia, una maldición, es demasiado peligroso. Nunca debería haberte pedido que te involucraras.

—No lo sabías —contestó Lin—. Y no estoy herida..., Conor.

Pero él se había puesto en pie. Se pasó las manos por el pelo, casi descolocando la fina corona.

—Nunca debería haber dejado que vinieras aquí sola —continuó él —. Quería que estuvieras en la plaza. Quería que me vieras con Anjelica. Quería que estuvieras... —Estrelló la mano contra el

armario, y el contenido que quedaba repicó—. Nunca debería haberte pedido que solucionaras un problema que es mío y solo mío.

—No me lo pediste —replicó Lin, y aunque lo dijo suavemente, lo vio encogerse.

—Quieres decir que te di una orden real. —Apretaba el puño con tanta fuerza en el costado, que ella temió que el anillo le cortara la piel—. Bueno, la revoco. Ya no estás bajo ninguna orden real, Lin Caster. Te libero de eso y de cualquier otra obligación que puedas sentir que me...

Lin se levantó de la cama. Le preocupaba estar insegura sobre las piernas, pero, por suerte, mantuvo el equilibrio.

—¿Y qué hay de la obligación que tengo con mi paciente? Quiero ayudar a tu padre. Tratarlo. Eso es lo que hago.

—La única razón de que estés metida en esto es porque yo te lo ordené —insistió él. Cubrió los pocos pasos que los separaban, y le cogió el rostro entre las manos. Le acarició la mejilla con el pulgar, deshaciendo algo en el interior de Lin, como cuando Mariam descosía una serie de puntadas—. Cuando te encontré en el suelo, creí que estabas muerta —dijo con voz áspera—. Y me di cuenta de lo que eso significaría. Si estuvieras herida, aunque solo fuera un arañazo, por algo que yo te ordené hacer... —Cerró los ojos, como si no pudiera soportar la visión de algo—. Revoco mi orden, Lin. Y, por los dioses, si te pido que hagas algo que sabes que es estúpido o peligroso, dime que no. Recházame, como te gusta hacer.

—Entonces te rechazo ahora —replicó ella—. No por la revocación de la orden. Pero sí del tratamiento de tu padre. Me metiste en esto; ahora no puedes apartarme.

—Podría ordenarte que no te involucraras.

—Conor. —Le puso las manos sobre el pecho y notó que los músculos se le tensaban. Él la miró casi con incredulidad—. No todo

tienen que ser órdenes y exigencias. Te estoy pidiendo que confíes en mí.

—Ya confío en ti —respondió él.

—Entonces, confía en ti mismo. —Notaba los latidos del corazón de Conor bajo la mano derecha. Estaba acelerado, como si él hubiera estado corriendo. Lin quería apretar más la mano contra él, quería apretarse ella contra él, el dolor del deseo como un anzuelo clavado bajo la piel—. Lo estás intentando —le susurró—. Intentas ser un buen príncipe, y algún día un rey mejor. Creo que podrías ser un gran rey de Castelana. Debes creer eso de ti. No quieres obligarme con una orden. No te sale por instinto. Confía en ti mismo.

Conor la miraba con los ojos muy abiertos. Tan hermoso, pensó Lin; era tan hermoso que dolía, con el pelo negro y los huesos del rostro tan elegantes como una garza en vuelo.

—Nunca he confiado en mí mismo —confesó él—. Pero creo que si tú lo hicieras, podría.

Lin nunca supo qué locura se apoderó de ella en ese momento. Solo que sentía un fuerte dolor en el pecho, en los huesos, que no podía comprender ni explicar; solo que su cuerpo la impulsaba hacia arriba, a ponerse de puntillas, y con las manos apoyadas sobre los hombros de él, le rozó la mejilla con los labios, un beso rápido que ni siquiera era un beso.

Ella se echó hacia atrás y vio que a él se le habían oscurecido los ojos, el gris del iris casi tragado por el negro de la pupila. Conor le pasó las manos por el pelo, cogiendo los mechones, dejando que se le escaparan entre los dedos.

—Lin... —susurró—. No hagas eso.

Ella nunca lo había tenido tan cerca; podía ver los tonos más pálidos y más oscuros en sus ojos; la piel más clara de las sienes; la

base del cuello, donde no le tocaba el sol; el brillo de la fina corona entre los rizos. El latido del pulso en el cuello, tan rápido que era visible.

—Acabas de decirme —le susurró ella— que no acepte órdenes de ti.

A Conor, el aliento le silbó entre los dientes.

—Tú —dijo; entonces, la agarró y la atrajo hacia sí, con las manos de ella aún planas sobre su pecho, mientras le cubría la boca con la suya.

La fuerza del beso la hubiera empujado hacia atrás, pero él ya le había rodeado la cintura con las manos y la apretaba contra él, sujetándola. Lin le notó el sabor de miel y especias en la boca, del vino sacramental de la bendición. Cuando él le lamió el labio inferior, ella vio estrellas que estallaban bajo los párpados.

El férreo control que ella mantuvo siempre que estaba cerca de él fue soltándose. Le subió las manos por el pecho, y el placer de tocarlo así, incluso sin notarle la piel, fue tan intenso como un dolor. Le pasó las palmas sobre los hombros, le cogió los brazos, y notó los músculos bajo las manos.

Sin las manos en medio, ella se apretó más contra él, encajando cada parte contra su cuerpo. Conor gimió contra su boca al notarlo. La besó una y otra vez, con creciente intensidad; su lengua enredándose con la de ella, mientras ella le clavaba los dedos en el suave terciopelo de la chaqueta. Y, aun así, ella deseaba más.

Gente que se moría de sed, cuando le daban agua, a veces bebía hasta morir, incapaz de satisfacer una necesidad que había llegado a ser parte de ella. En ese momento, Lin pudo entenderlo, pudo entender que se puede tener algo e incluso así no tenerlo nunca lo suficiente. Él temblaba contra ella, temblores que tensaban aún más

sus músculos, obligándola a ser consciente de su calor contra ella, de su fuerza, de la presión de la mano de él sobre su cadera...

Conor se apartó de ella bruscamente. Fue como sentir una herida, y no una limpia; hueso y músculo arrancados. Ella se llevó la mano a la boca.

—Conor —susurró.

Él se apartó unos pasos, con las manos medio alzadas, como para alejarla. Le temblaba la voz.

—Será mejor que te vayas.

—No es culpa tuya —susurró ella—. Quería...

—Hoy he estado ante el Hierofante —replicó él—. Me ha unido a Anjelica delante de toda mi gente. Y ahora... —Sus palabras estaban cargadas de dolor—. Por favor. No te ordeno que te separes del rey. Te lo suplico; hazlo por mí. Vete.

Fue el «por favor» lo que la hizo reaccionar. Conor Aurelian no pedía, no decía «por favor» o «por mí». Conor Aurelian no rogaba. Pero en ese momento le estaba rogando.

Con manos temblorosas, Lin cogió su zurrón y salió corriendo de la habitación.

No se detuvo hasta que hubo salido de la torre y se hubo lanzado al interior del carruaje que la esperaba allí. Mientras este avanzaba por el patio, Lin se envolvió en sus propios brazos para detener los temblores, y fue entonces cuando lo vio. La Piedra-Fuente de su broche, que había sido un ojo muerto durante tanto tiempo, estaba brillando con un mínimo destello de luz en lo más profundo de su corazón.

Cuando Kel entró en las habitaciones que compartía con Conor, encontró algo raro. Tardó un momento en darse cuenta de lo que

era. Por primera vez en meses, la puerta del mueble bar estaba abierta, y una fila de botellas se alineaba sobre el escritorio de Conor, encima de los papeles.

Después de marcharse de la casa Alleyne, Kel había pasado varias horas vagando por la Colina, abriéndose camino a pisotones por la *garrigue*, el matorral enredado de lavanda, retama espinosa y romero que cubría las zonas altas de Castelana. Desde los puntos más elevados de la Colina, había vislumbrado la ciudad abajo. El punto que era el Sault, y hacia el este desde allí, la plaza Valerian, oscurecida por la densidad del gentío que se había reunido para contemplar la bendición del matrimonio.

De nuevo pensó en Conor, pero en esta ocasión sus pensamientos sobre Conor se mezclaron con los de Antonetta. ¿Podría pedirle a Conor que le ayudara a descubrir su paradero? Pero no había nada en su nota que indicara que no se había marchado voluntariamente, y ¿quién podría culparla? Los rumores por la Colina eran venenosos, y ella no podía decir la verdad de lo que sabía sin inculpar a su propia madre.

—¿Kel? —Era la voz de Conor. Cuando los ojos se le ajustaron a la luz tenue de la habitación, Kel vio al príncipe, en quien no se había fijado antes. Se hallaba sentado en el alféizar de la arqueada ventana oeste, aún con su atuendo ceremonial de terciopelo gris oscuro entreverado de hilos de plata. Tenía una botella en la mano —. ¿Kel, eres tú?

—Eso espero. —Kel cruzó la habitación, mirando las botellas sobre el escritorio al pasar. Licor rojo oscuro de sanguinaria procedente de Hanse, vino de jengibre amarillo pálido, elixir lila claro hecho de violetas. Parecía que a Conor le estaba costando elegir.

Más que verlo, Kel notó a Conor observándolo fijamente mientras él se acercaba y se subía al alféizar. Alzó las piernas para colocarse

de lado y poder estar de cara a él, cada uno en los extremos opuestos del arqueado espacio en la piedra. Notó el cristal frío de la ventana en un lado de la cara.

Ni podía contar el número de veces que habían estado sentados así, con la habitación a oscuras a un lado, y las luces de la ciudad, como una mancha reluciente a través del cristal, al otro. Kel ya veía claramente a Conor, vio que agarraba con fuerza el cuello de una botella verde, vio la mirada medio defensiva en sus ojos.

—Ya hacía tiempo que no le dabas a la absenta, Con —dijo Kel, con voz animada—. ¿Acaso la ceremonia de la bendición no fue como se esperaba?

Conor agachó la cabeza. Kel notó que el príncipe vibraba a una frecuencia extrañamente intensa, como una cuerda de violín demasiado tensada.

—Todo ha ido bien —contestó Conor—. Fui bendecido y atado, al igual que la princesa. No es la ceremonia lo que no para de darme vueltas por la cabeza.

«Bien —pensó Kel—. Al menos está dispuesto a admitir que algo le da vueltas por la cabeza».

—Entonces ¿es el Baile del Solsticio lo que te preocupa? No me lo digas. Tu disfraz no está listo, o te han enviado uno equivocado y tendrás que ir de erizo en vez de león.

—Sería un erizo muy noble —repuso Conor, con seriedad—. No, no es por el baile. Simplemente, he estado pensado a lo que me he atado hoy, y en todas las ataduras a las que me he sometido voluntariamente durante los últimos meses. Estoy atado por tratados, contratos, promesas explícitas e implícitas y por expectativas.

—¿Las expectativas de otros sobre ti o las que tú mismo te impones?

—Creo que ya no distingo la diferencia.

—Quizá no sea tan malo, ¿sabes? —aventuró Kel—. Todos los gobernantes están atados por esas obligaciones, y, sin embargo, se las apañan. No veo por qué tú vas a ser diferente.

—No puedo esperar que no sea tan malo —repuso Conor muy serio—. La esperanza es un peligro, lo sabes. La esperanza te puede animar durante un rato, pero cuando se convierte en decepción, la caída es mucho peor.

Se presionó la sien con el índice, como siempre hacía cuando estaba preocupado. Y, en ese momento, Kel quiso contárselo todo. Hablarle de la conspiración, de Malgasi, de lo que había visto en Tyndaris. Le podría hacer jurar que guardaría un silencio absoluto. Le podría decir que nadie era de fiar. Le podría explicar que había hecho lo que había hecho a instancias de Jolivet, y porque el Rey Trapero no era un enemigo. «Siempre ha habido un Rey en la Colina y un Rey en la Ciudad...».

Sus ojos debieron de mostrar algo. Tensión, ansiedad, lo que fuera, porque Conor estiró la espalda y sacudió la cabeza para aclarársela.

—No importa —dijo con una sonrisa encantadora—. Lamentablemente, creo que ya no estoy acostumbrado al licor fuerte. Quítame esta botella, Kel; no tiene sentido tener resaca en el Baile del Solsticio. Para eso ya está el día después de la fiesta. Y, ahora, me iría bien tu consejo sobre mi disfraz...

Jerrod

Jerrod solo se ha adentrado unas cuantas manzanas en el Laberinto cuando se da cuenta de que algo corretea por los tejados. Es evidente que la sombra en movimiento lo está siguiendo; se detiene cuando lo hace él, tuerce cuando él tuerce.

Por un momento, un frío dedo de inquietud le toca la columna. Conoce bien ese escalofrío de los nervios; ha crecido con él en las calles de Castelana.

Avanza sin cuidado hacia el centro de la calle Arsenal, pasa una serie de tenderetes destartalados donde se vende de todo, desde joyas falsas hasta sopa (un penique más barata si se lleva el cuenco), y luego mira arriba y a los lados. La silueta sigue allí, saltando por los tejados de los almacenes.

Jerrod tuerce una esquina repentinamente, que lo adentra más en el espacio entre el Laberinto y el Arrecife; allí puede oler el hedor a sal podrida del agua del océano que lame la orilla. El callejón es estrecho y sucio, flanqueado con pilas de cajas vacías y astilladas.

Fue en un callejón como ese donde Kel estuvo a punto de morir. A Jerrod no le gusta pensar demasiado en aquel momento. Recuerda lo enfadado que se puso Prosper Beck cuando regresó con la noticia

de que el pez que había caído en su red no era el correcto; no era el príncipe, sino su Guardián de Espadas. Beck había dado una patada a la pared con la bota.

«Se suponía que no había que hacer daño a Kel, Jerrod, deberías haberlo sabido».

Ahora alza la mirada hacia el trozo de cielo gris azulado que se ve entre los tejados.

—Ji-An —llama—, baja de ahí. Sé que eres tú, moviéndote sigilosa por ahí arriba.

Ella aterriza suavemente frente a él. Lleva una chaqueta de seda y unos pantalones de un color violeta tan oscuro que es casi negro. Recuerda haberla visto fugazmente en el tejado la noche en la que Kel casi murió, el parpadeo de una sombra contra un cielo aún más oscuro.

—Tengo una manera muy característica de moverme con sigilo —dice ella—. ¿Te preocupaba que pudiera ser ella? ¿La mujer malgasi?

—Tal vez durante un instante. Pero por mucho que yo le pueda desagradar, dudo estar en lo alto de su lista de prioridades. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Por qué me has estado siguiendo? ¿Tanto me echas de menos?

Ella sonríe con frialdad.

—Solo me preguntaba qué piensa hacer Prosper Beck con todas esas armas que ha metido en ese almacén. Estás trabajando para Beck, ¿no es cierto?

Jerrod apoya la espalda en una pila de cajas.

—Ya sabías que yo trabajaba para Beck cuando me dejaste entrar en la Mansión Negra.

—Dijiste que se había ido.

—Bueno —replica Jerrod—. Ha regresado.

Ji-An menea la cabeza con lentitud. No parece enfadada, lo que sorprende a Jerrod. Hubiera pensado que ella, de todos ellos, sería la menos dispuesta a perdonar.

—¿Cuánto tiempo has estado en contacto con él antes de decidirte a dejarnos? —pregunta ella—. Fuiste quien menos se sorprendió de lo que pasó en Tyndaris con la mujer malgasi. ¿Sabías de ella porque te lo había dicho Beck?

—No puedo decírtelo.

—¿Qué tiene Beck sobre ti? —inquiere ella—. Estabas de lo más bien con nosotros. Lo sé.

—Prosper Beck me salvó la vida. —Las nubes están cerrándose en lo alto, y el cielo se vuelve más gris—. Tengo una deuda con él. Como tú la tienes con Morettus.

La expresión de Ji-An se suaviza.

—¿Deberíamos preocuparnos por la información que piensas compartir con él?

—No. Beck no es vuestro enemigo. No sé para qué son las armas. Para vender, probablemente...

Ji-An entrecierra los ojos.

—¿Vendérselas a Malgasi?

—Claro que no. —«Ojalá pudiera explicártelo todo»—. Malgasi nos odia a todos, a cada uno de nosotros. Ellos son la amenaza. No Beck.

—Huuum. —Ji-An se mordisquea el labio—. ¿Qué es lo que no me estás contando?

—Te cuento todo lo que puedo —contesta Jerrod, y eso, al menos, es toda la verdad—. Por eso dejé la Mansión. Había demasiado que no podía deciros a ninguno de vosotros. No me importa mentir, pero no a la gente que...

Ahora ella sonríe.

—¿Te cae bien?

Jerrod cruza los brazos sobre el pecho.

—No te rías de mí.

—Merren te echa de menos, ¿sabes? —explica ella—. Ni siquiera le interesan ya los experimentos. Solo se queda sentado mirando fijamente sus alambiques. Deprimido. —Se examina las uñas—. Suspirando.

Jerrod la mira mal.

—¿Por qué me cuentas esto?

Ella se yergue, y lo mira con dureza.

—Quiero que me prometas por la vida de Merren que Beck no está almacenando esas armas para usarlas contra el Rey Trapero o ninguno de nosotros.

Jerrod asiente.

—Eso te lo puedo prometer.

La dura mirada se suaviza poco a poco y pasa a ser otra cosa. Evidentemente, no es una mirada de confianza, pero tampoco es de odio. Jerrod supone que tendrá que conformarse con lo que pueda.

—Ya me vale —dice Ji-An y, con el parpadeo de una sombra, desaparece en la oscuridad, justo un momento antes de que la lluvia comience a caer a cántaros.

Capítulo diecisiete

—¿Estás seguro de que te encuentras bien?

Lin miró ansiosa a Merren al otro lado de la mesa. Se hallaban en la Mansión Negra; Merren subido a un taburete con un alambique redondo de cristal en las manos. La longitud de la maltratada mesa se interponía entre ellos, pero Lin aún podía interpretar con claridad la expresión de Merren.

A él, a diferencia del Rey Trapero o de Ji-An, nunca se le había dado bien ocultar sus emociones. Bajo el pelo revuelto, su rostro mostraba por completo su infelicidad. Los ojos azules estaban bordeados de rojo. Lin se preguntó si se atrevería a mencionar el nombre de Jerrod; ya hacía días que se había marchado, y Lin seguía sin saber realmente cómo le había sentado a Merren.

Él alzó la mano para tocarse el hombro vendado.

—No te preocupes. Se me está curando muy bien.

La había malinterpretado deliberadamente, pensó Lin. Pero, claro, no podía culparle. Tampoco era que ella estuviera ansiosa o dispuesta a compartir sus confusos pensamientos sobre Conor, ni siquiera con Mariam.

—Bueno, no levantes nada muy pesado —recomendó Lin. Tocó uno de los paquetes de ingredientes, algunos del Jardín de los Médicos; otros, productos frescos del mercado de la mañana, que se alineaban en orden sobre la mesa—. ¿Cuánto crees que se tardará en formular el remedio alterado?

Merren miró pensativo. Con suerte, al menos ese nuevo proyecto le serviría de distracción, pensó Lin. Y eso servía para ambos. Porque por mucho que no quería pensar en Conor ni en lo que había significado su beso, le estaba resultado imposible no hacerlo. Esa mañana, cuando había salido hacia el mercado, había encontrado un grueso sobre en el escalón de la puerta, marcado con el sello real.

Una invitación al Baile del Solsticio. Se había quedado allí, mirándolo sin saber qué hacer, hasta que Mariam había aparecido. Lin le había pasado el sobre sin decir palabra, esperando que Mariam se sorprendiera. En vez de eso, esta solo había anunciado, muy alegremente, que había estado esperando que Lin recibiera esa invitación, y ya había comenzado un vestido la semana anterior al que solo le faltaban los toques finales.

—Argg —había soltado Lin, o algo parecido.

No podía enfadarse con Mariam por esa suposición; había tenido razón. Y ni siquiera estaba segura de poder enfadarse con Conor. La invitación era un gesto educado, y no podía estar segura de que fuera personal. Quizá fuera profesional, ¿político? Estaba escrita en un tono muy formal, y no llevaba su firma, a diferencia de la nota de él que le había entregado Mayesh.

Lo que significaba que Lin no estaba nada segura de si debía ir o no. Si era personal, seguramente debería quedarse en casa. Si era profesional...

—¡Lin! —gritó Merren; ella se sobresaltó, y se dio cuenta de que él la estaba mirando con una mezcla de diversión y exasperación—.

¿Adónde te has ido? —Señaló la pila de ingredientes sobre la mesa —. ¿Cuándo necesitas que esté listo el remedio?

—Ah. —Lin supo que se estaba sonrojando—. Lo antes posible.

—Humm. —Merren dejó el alambique sobre la mesa y cogió la receta que Lin le había escrito en su confusa caligrafía de médica—. Hacer un remedio no es tan diferente de hacer un veneno. Pero tengo una duda. —Se frotó el puente de la nariz, con lo que se dejó una leve mancha de ceniza—. La fórmula contiene una fuerte dosis de sedante, más de la que me gusta darle a alguien, y me gano la vida envenenando a gente. —Vaciló un instante—. Jerrod...

Lin arqueó una ceja.

—Jerrod trabajaba en el Laberinto —continuó Merren—. Conocía a muchos adictos a la amapola. Es posible sobrevivir a dosis muy altas de este tipo de cosas si estás acostumbrado, pero no sabría decir lo que te hace en la cabeza. Jerrod podría saberlo, pero...

«Se ha largado, y no parece querer que ninguno de nosotros lo sigamos».

Merren parecía desolado. Lin extendió el brazo sobre la mesa para darle unas palmaditas en la mano.

—Alguien más me expresó esa misma duda —comentó ella, recordando a Aron, con su pelo broncíneo brillando bajo la luz de la luna ante su puerta. La misma puerta bajo la que esa mañana había encontrado la invitación, con el sello real rojo reluciendo como una gota de sangre fresca sobre lino blanco.

—Entonces, quita la amapola amarilla —dijo ella, después de decidir varias cosas en el mismo momento—. Sustitúyela por dos granos de morfílico.

Merren se echó hacia atrás.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Gracias, Merren. —Cogió su zurrón—. Volveré a por el remedio...

—Mañana —concluyó él, mirándola con curiosidad—. ¿Qué es lo que te pone tan contenta?

—Si quieres saberlo, esta noche voy al Baile del Solsticio —respondió ella, después de pararse en la puerta antes de salir—. No te preocupes —añadió, cuando vio la expresión de sorpresa de Merren—. Me aseguraré de hacer caer la monarquía mientras estoy allí arriba en la Colina.

—No me des falsas esperanzas, Lin —dijo él mientras ella ya salía —. Hay un límite en la cantidad de decepción que un hombre puede soportar.

El solsticio de verano se había celebrado en Castelana desde que los Aurelian habían llegado al poder, porque su símbolo era el sol. Pero había sido Lilibet la que había añadido un baile de máscaras a la tradición. Estos eran muy populares en Marakand, porque permitían a los nobles una cierta capacidad de negar sus acciones de un modo plausible.

Era una noche fría, y amenazaba lluvia, pero, de todas formas, Lilibet había abierto las puertas de la antigua Armería. Ejércitos enteros podrían alterar sus planes por un tiempo inclemente, pero Lilibet no lo haría jamás.

En el interior, la sala de baile circular relucía con calidez. El suelo era una alfombra de teselas de oro. Reservados alargados se habían colocado en puntos regulares alrededor del círculo central, como los rayos del sol. Cada reservado contenía algún tesoro nuevo: una estatua de bronce a tamaño natural de Lotan con su carro de sol, una fuente de la que brotaba fuego en vez de agua, un árbol

pintado completamente de oro y de cuyas ramas colgaban manzanas doradas.

El techo era una cúpula de cristal. A través de él, Kel podía ver una espesa capa de nubes bajas, iluminadas por las lámparas de Palacio. La amenaza de lluvia había obligado a Lilibet a abandonar la idea de una alfombra dorada que conduciría a la gente hasta el umbral y luego hasta el interior del salón de baile. En su lugar, se habían esparcido pétalos de flores blancas y amarillas sobre la hierba y los escalones de piedra. Cuando los invitados llegaban, seguían el camino de flores, y el aroma de los pétalos aplastados se alzaba para mezclarse con el olor de las velas de jazmín en una embriagadora emulsión.

La propia Lilibet iba de un lado a otro, dirigiendo a dom Valon y su equipo mientras daban los últimos retoques a las mesas del banquete, que gemían bajo el peso. Todo era de los colores de la Casa Aurelian: cerdo rustido con limones, cordero asado con azafrán, arroz con cúrcuma, sorbetes helados de mango y fruta de la pasión, jugo azucarado de calamansí.

Conor había decidido portarse bien esa noche; estaba haciendo la ronda, y saludaba a los invitados con cumplidos extravagantes, lo que provocó que lady Alleyne anunciara, desde detrás de su máscara de tigre, que se estaba sonrojando. Llevaba un vestido a juego, de seda con rayas negras y doradas.

A pesar de la máscara que le cubría el rostro, todo decía que lady Alleyne estaba nerviosa. Kel, sentado en uno de los largos divanes colocados a intervalos a lo largo de la pared (Lilibet quería que los invitados estuvieran de pie, bailando y mezclándose), no pudo evitar darse cuenta de que su risa era un poco demasiado chillona, su flirteo un poco demasiado inconsistente. Kel dudaba que Conor lo viera, pero el príncipe no sabía lo que sabía él.

Lo cierto era que Kel no se había sentido tan incómodo en una reunión de los nobles de la Colina desde los ocho años, cuando aún todos le eran desconocidos. Había crecido sabiendo que no podía confiar en ninguno de ellos para que hicieran algo que no fuera en su propio interés, pero, ingenuamente, había supuesto que ese interés propio incluía la lealtad a la Casa Aurelian. Sin embargo, en ese momento, no solo le parecían desconocidos, sino una manada de animales salvajes, moviéndose en círculos, esperando a matar.

Se recordó que eso no se aplicaba a todos ellos, mientras Conor dejaba la compañía de lady Alleyne y cruzaba la sala para saludar a Esteve, que había llegado vestido de caballo, lo cual no resultaba nada sorprendente. El propio Conor vestía completamente de negro, incluso con anillos de ónice. Su antifaz, como había sugerido Anjelica, era una máscara dorada de león, los agujeros de los ojos rodeados de relucientes trocitos de topacio.

También Kel iba de negro, aunque su máscara era de color plata, muy sencilla, excepto por dos cuernos de carnero que se le enroscaban a la altura de la sien. Pensó en los nombres mencionados por Elsabet Belmany en Tyndaris: Alleyne, Gremont, Cabrol. ¿Y quiénes serían los otros conspiradores? ¿Había alguna familia a la que Malgasi se hubiera aproximado, pero hubiera permanecido firme? En el último momento, el viejo Gremont había lamentado su implicación, pero eso no era lo mismo.

Kel pensó que Cazalet era demasiado listo para arriesgar su nombre y su fortuna en un plan tan arriesgado. Y mientras que el joven Gremont sí había formado parte, ¿significaba eso que lady Gremont sabía algo de la conspiración? Su marido había hecho todo lo que había podido para avisar a Conor antes de morir...

—Si te estás preguntado si los rumores son ciertos, parecen serlo —dijo Falconet, mientras se deslizaba al lado de Kel en el sofá.

Llevaba la máscara de un dragón shenzan, con el cruel hocico muy curvado. Con él estaban Montfaucon y Ciprian Cabrol—. Artal Gremont ha huido en medio de la noche, dejando a Antonetta sin su nombre y su fortuna.

—Lady Alleyne está haciendo todo lo que puede para comportarse como si nada inadecuado hubiera pasado —comentó Montfaucon. Llevaba una máscara de pavo real y un traje de un material dorado que crujía como el papel de cera—. Mantiene que Gremont se ha ido a visitar a algún comerciante en Valderan, pero no lo veo claro.

—¿Crees que está guardando las apariencias? —dijo Kel. Se preguntó cuál sería el plan de lady Alleyne. Pero quizá solo estuviera esperando las órdenes de Elsabet para actuar. Los conspiradores de la Colina iban a tener que explicar la muerte de Gremont de alguna manera.

—Bueno, le hace quedar mal, ¿no es cierto? —aportó Cabrol. Llevaba terciopelo marrón arrugado y una máscara de hurón—. O, como mínimo, seamos sinceros, hace quedar mal a su hija. Si Gremont prefiere dejar atrás su herencia y escapar de Castelana a media noche en vez de casarse con Antonetta, debe de haberla encontrado muy poco satisfactoria, sin duda.

—Yo más bien creo que la encontró exactamente como se la esperaba —intervino Falconet—. Hermosa y estúpida. Si se había pensado que podía ser algo más que una decoración, dudo que hubiera hecho todo el esfuerzo para exigir su privilegio de la Primera Noche.

—No puedo decir que lamente no tener que ver eso —indicó Cabrol—. Y hablando de novias..., la hermosa Anjelica acaba de llegar.

Kel miró hacia un lado y vio a Anjelica junto a Conor, cerca de la entrada del salón de baile. Conor le cogía las manos y estaba

inclinado para hablar con ella en voz baja; una estampa del amor entre los jóvenes, pensó Kel sardónico.

—A Conor le debe de resultar extraño tener una esposa tan hermosa —comentó Montfaucon malicioso—. Está muy acostumbrado a ser el más guapo de todas las fiestas.

Anjelica vestía un disfraz de cisne, y su máscara estaba confeccionada con purpurina, pintura y satén, decorada con largas plumas claras y crecientes de diamantes. Llevaba el pelo hacia atrás, enroscado sobre la nuca y sujeto por horquillas de marfil talladas para que parecieran plumas. El vestido era sencillo: seda blanca y perlas cultivadas, muy ajustado al cuerpo. De la espalda le salían dos alas blancas, profusamente decoradas con plumas y diamantes, que lanzaban destellos brillantes.

Juntos, ella y Conor resultaban deslumbrantes. Pero todo era un disfraz, pensó Kel, y no solo por las máscaras. Estaban interpretando un papel mucho más complejo. El modo en que se inclinaban el uno hacia el otro; la forma en que Conor cogía la mano de Anjelica mientras la conducía a la pista de baile. Cada movimiento estaba estudiado, practicado y ejecutado para maximizar el efecto.

—Observa a lady Alleyne —dijo Falconet, divertido—. Parece que acabe de comerse un limón.

—Siempre había esperado casar a Antonetta con Conor —aportó Montfaucon—. Pero Conor tenía la vista puesta más arriba, y ahora Antonetta está sin ningún marido. Eso solo demuestra que la ambición es un vicio —añadió, pomposo.

Cabrol soltó un bufido de diversión.

—Estás borracho, Lupin. Y, por cierto, ¿dónde está Antonetta?

—Dudo que pudiera enfrentarse a tanta gente —respondió Falconet—. Demasiados susurros. Algunos incluso están diciendo

que ella misma ha acabado con Gremont, para evitarse la humillación de la Primera Noche.

—Y quién podría culparla, de ser así —murmuró Kel.

Montfaucon lo miró confundido.

—¿Crees que ha matado a Gremont?

—Claro que no —contestó Kel, con irritación—. Lo que yo creo es que probablemente está borracho en el Caravel, y lleva días así. Creo que todos esperan que la situación sea mucho más excitante de lo que es en realidad.

—Felicidades, Kel —se burló Joss—. Has ido directo a la definición de cotilleo. Además, nuestra Antonetta es un alma cándida. No tiene suficientes luces para ejecutar un plan de asesinato.

Kel notó que la rabia le retorcía el estómago. Antes de que pudiera responder, una mano le cayó sobre el hombro. Alzó la mirada y vio que Benaset, en una librea dorada para la ocasión, había aparecido a su lado.

—Si pudierais venir conmigo un momento, amirzah Anjuman —le pidió—. Ha comenzado a llover.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo? —preguntó Kel, totalmente desconcertado.

—Tendréis que preguntárselo a la reina —contestó Benaset, lanzándole una dura mirada.

Ah. Se dio cuenta de que era Conor quien quería hablar con él, y sí que vio que Anjelica estaba sola, en plena conversación con lady Gremont.

Con el acompañamiento de los silbidos y abucheos de los amigos de Conor, Kel se levantó y siguió a Benaset al interior de una de las alcobas. En esta había un árbol de metal, con un tronco de bronce brillante, y las hojas hechas con oro, latón y plata batidos. Bajo el árbol le esperaba Conor, que, con un gesto de la mano, indicó a

Benaset que se alejara. Tardó un largo rato en hablar, probablemente para asegurarse de que Benaset ya no pudiera oírle.

—Llevas el talismán encima, ¿verdad? —preguntó Conor finalmente.

—Sí —contestó Kel con lentitud—. Conor, ¿qué ha pasado? ¿Existe algún tipo de peligro?

Conor alzó las manos para deshacer los lazos que le sujetaban la máscara. Cuando se la quitó, su rostro pareció extrañamente desnudo, con leves marcas junto a los ojos, donde la máscara se le había clavado en la piel. Las manos le temblaban un poco.

—¿Cambias de máscara conmigo? Solo serán unos momentos.

—¿Por qué?

—No hay ningún peligro. —Conor miró directamente a Kel, y tras sus ojos, este pudo ver la luz que había visto cuando era un niño, la primera vez que había estado en Palacio. La primera vez que había sabido lo que era desear algo que nunca había sabido que deseaba —. Pero necesito que confíes en mí.

—Hay algo que lleva toda la noche fastidiándote. —Kel se soltó la máscara—. No sé lo que es, pero has estado preocupado desde que comenzó la fiesta.

Conor, sujetando la máscara por las cintas, sonrió con una expresión de dolor.

—Muy observador, mi querido Kel.

—Cuéntamelo —le animó Kel—. Dime qué es. Si no, no puedo ayudarte.

Conor lo miró a los ojos. Ojos grises, del mismo color que los de Kel, aunque no siempre habían sido iguales.

—No hay tiempo —contestó él—. Ahora no. No te voy a obligar a hacerlo, Kel, pero si confías en mí...

Kel le tendió la máscara. Las intercambiaron con rapidez; la pesada corona de oro y la enjoyada máscara de león cayeron con fuerza sobre la palma de Kel. Fueron seguidas por una docena de pequeños aros fríos: los anillos de ónice de Conor.

Este se ató las tiras de plata de su nueva máscara tras la cabeza.

—Te lo contaré —dijo con voz ronca—. Te lo juro, pero... ahora debo irme.

Kel no dijo nada, solo asintió. Conor se dio la vuelta y se alejó; Kel se quedó mirándolo.

Cuando Lin llegó a Marivent había comenzado a llover. Una llovizna suave que llevó al cochero a advertirle que pisara con cuidado y evitara el barro.

A Lin no le importaba. El mal tiempo solo hacía que el Palacio pareciera más mágico. Lámparas de pedrería relucían a través de una neblina que las suavizaba, como nubecillas de aire coloreado. El cochero le había dicho que siguiera el camino de flores para llegar al baile; los capullos estaban mojados y brillaban, y las gotitas de lluvia temblaban en sus pétalos. Los que chafó al caminar dejaron escapar el olor de las cosas verdes y brillantes, recubiertas de una dulce capa de jazmín y nardo.

Se apretó el grueso chal de terciopelo mientras avanzaba. Le resultaba extraño estar ahí. Los cuentacuentos tenían innumerables historias en las que aparecía una joven a la que invitaban a un baile de Palacio, fuera cual fuera el palacio de la historia. Marivent no la había encandilado cuando había hecho sus visitas secretas para curar a Kel y luego al rey. Habían sido expediciones apresuradas y furtivas, durante las cuales siempre había temido que la vieran. Ser

descubierta. Pero, en ese momento, se suponía que ella debía estar ahí.

Mariam le había jurado una y otra vez que su vestido iridiscente de color rosa (un color que le estaba prohibido, claro, pero Lin había aceptado que a nadie en la Colina le iba a importar) era la última moda. Que su pelo, una fuente de tirabuzones que caían sueltos, lucía exactamente como debía hacerlo. Y sí, cuando el carruaje había llegado a recogerla al Sault, el cochero la había mirado con sorpresa y admiración.

Esa seguridad la llevó casi hasta las puertas del salón de baile. La Armería era un gran edificio de piedra cerca de donde el césped verde de Marivent pasaba a ser el acantilado ante el mar. Una cúpula de cristal se alzaba en lo alto; las antorchas ardían a lo largo de ese último trozo del camino, chisporroteando bajo la llovizna. A través de las ventanas emplomadas de la Armería vio la parpadeante luz de las velas, y las siluetas de hombres y mujeres elegantemente vestidos, con el rostro oculto tras un conjunto de máscaras con la forma de diferentes animales: gatos y jabalís, zorros, pavos reales y fénix.

¡Oh, no! Con un sobresalto de alarma, Lin se dio cuenta de que no tenía máscara y que no había pensado cómo conseguir una. La invitación mencionaba que el Baile del Solsticio era de máscaras, pero ella lo había olvidado por completo.

Se miró con tristeza las manos vacías, como si, de repente, fuera a aparecer una máscara en ellas. Oyó risas a su espalda; algo se dio contra su hombro. Se giró y encontró a dos nobles borrachos detrás de ella; una mujer con una máscara de ratón gris decorada con corazones chisporroteantes, y un chico con un dómino a rayas blancas y negras.

—Lo siento mucho. —La mujer soltó una risita, y se apoyó en el brazo del chico (¿su hijo?, ¿su amante?), que la guiaba hacia el

salón de baile.

Lin notó que se le retorcía el estómago. La idea de entrar con la cara descubierta en el salón de baile no le atraía nada. La nobleza, las familias de los fueros, incluso el propio príncipe se la quedarían mirando, susurrando... Sabían quién era ella: la nieta de Mayesh, al parecer demasiado tonta para recordar las reglas de la etiqueta. ¡Oh, Diosa! ¿Por qué había ido allí?

Un instante después, estaba huyendo de la luz amarilla que se derramaba desde el salón de baile. Corrió sobre la hierba mojada hasta la gravilla del camino del acantilado. Podía ver el océano a la derecha, rompiendo verde y gris al pie del acantilado.

Un trueno retumbó en lo alto, el sonido de las oscuras nubes chocando a lo lejos, en el océano. La lluvia había pasado de llovizna a chaparrón. Los varios adornos que había visto desde la Torre Norte, unas estructuras temporales de madera y yeso pintadas de blanco que pretendían agradar y deleitar la vista, habían sido colocados a lo largo del sendero junto al borde del acantilado. La mayoría estaban abiertos al cielo. Lin se metió en el único que ofrecía refugio. Tenía la forma de un templo antiguo, con un anguloso techo de yeso sostenido por columnas acanaladas. A través de los espacios entre las columnas, podía ver la tormenta avanzando por el océano, retorciendo el agua en olas de cresta blanca.

Se apoyó en una columna y echó la cabeza hacia atrás. Por suerte, no era mármol, solo madera pintada para imitar la piedra. Sabía que se estaba estropeando el peinado que Mariam había rizado y sujetado con tanto esmero; sintió una punzada de culpa por eso, y otra por sus zapatillas, mojadas y manchadas de barro.

«Qué estúpida», pensó rabiosa. ¿Por qué se había atrevido a imaginar que quería ir a la Colina, exponerse al juicio de la nobleza y sus acompañantes?

Se irguió y se alisó el vestido con las manos, un satén intenso de un color tan semejante al de las rosas que casi esperaba que tuviera olor. Notó la tela fría y resbaladiza bajo sus manos. Del cuello le colgaba el *magal* de su madre, el círculo hueco sujeto por su fina cadena de oro.

Recordó a Mariam cerrándoselo. Su querida Mariam había estado tan encantada de que Lin asistiera al Baile del Solsticio, que casi había revoloteado por la estancia como un colibrí. Sonrió al recordarlo y se dijo que no fuera tan ridícula. Había ido hasta allí; iba vestida tan elegante como debía ir; no tenía nada de lo que avergonzarse, tanto si llevaba máscara como si no. ¡Y qué decepcionada estaría Mariam si descubría que Lin no había asistido a la fiesta, sino que simplemente se había ocultado en un pequeño templo!

Los truenos retumbaban en lo alto. Sobre el mar, los rayos iluminaban el horizonte, y convertían las olas en móviles montañas plateadas. La lluvia era un aguacero continuo que repicaba sobre el techo de yeso. Lin suspiró. Bueno, no se podía hacer nada; seguro que no sería la única invitada que llegaría al baile empapada.

Un movimiento le llamó la atención, y Lin trató de ver entre las columnas. Alguien bajaba por el sendero del acantilado. Extraño. ¿Quién saldría a pasear con un tiempo así?

Se estaba aproximando. Era un hombre, eso ya lo podía ver, un joven alto, que llevaba una máscara de carnero plateado.

Dio un paso atrás cuando el hombre entró en el templo. Se echó hacia atrás la capucha de su capa de terciopelo, y el agua saltó de la tela empapada, salpicando la piedra del suelo.

El templo estaba a oscuras, pero no tanto como para cegarla. Lin podía ver que el joven iba todo de negro, y los rizos empapados se le pegaban a la cabeza. La máscara de plata con los cuernos

retorcidos a ambos lados era brillante como una estrella. Le cubría medio rostro, pero ella lo reconoció de inmediato.

Era el príncipe Conor, y se alzaba ante ella con el pelo chorreando.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó él, brusco—. Benaset me ha informado de que has entrado por la Puerta Oeste. Como no llegabas a la fiesta, pensé que te habrías despeñado por los acantilados.

Inmediatamente, Lin se puso a la defensiva.

—Me he perdido.

Pudo ver cómo los ojos grises de Conor se abrían mucho detrás de la máscara.

—¿Que te has perdido? ¿Cómo has podido perderte? Hay un camino de flores que va directamente a la puerta de la Armería...

Lin cruzó los brazos sobre el pecho.

—Bueno, ¿y cómo iba a saber yo eso? No lo mencionasteis.

Él negó con la cabeza, y una cascada de gotitas de plata voló desde su cabeza mojada.

—No creía que tuviera que mencionar cada pequeño detalle...

Lin frunció el ceño, aunque dudaba que él pudiera verlo en la oscuridad del templo.

—No veo por qué habéis venido hasta aquí a buscarme si pensabais ser tan grosero.

—¡No estaba pensando en ser grosero, por los dioses! —Conor se pasó la mano por el rostro—. Es absolutamente increíble —dijo, a nadie en particular—. Me han gritado embajadores famosos. Diplomáticos furiosos me han lanzado tinteros y cerámica cara. He participado en más de una pelea a puñetazos con algún futuro monarca. Sin embargo, nunca nada de eso, nada, me ha enrabiado como lo haces tú.

—No debería haber venido. —Lin dejó caer los brazos—. Las chicas en las historias de los cuentacuentos siempre acaban triunfando en las fiestas reales a las que asisten, y todos se maravillan y las admiran, y eso nunca me va a pasar a mí. Siempre me sentiré rara e incómoda, y acabaré escondida en un templo...

—Así que estabas escondiéndote. No te habías perdido. —Bajo la exasperación en la voz de Conor, Lin podía notar la diversión, como una veta de cristal cruzando el granito.

—¿Acaso importa? Yo no pinto nada aquí.

—Lin. —Ella se volvió y vio a Conor mirándola; se dio cuenta de que no llevaba la corona—. Tu abuelo es el consejero del rey. Te he invitado personalmente. No eres una intrusa en Marivent.

—¿Por qué? —susurró Lin. Fuera del templo, la lluvia caía con fuerza suficiente para hacer saltar chispas doradas en la tierra endurecida—. ¿Por qué me has invitado?

Y, en ese momento, Lin supo que esa era la razón por la que había ido. Para hacerle esa pregunta. Para saber por qué él quería que ella estuviera allí.

—Lin. —Conor tenía la voz rasposa. Incluso con la máscara, Lin podía ver que la estaba mirando, fijamente, con la mirada yendo de sus ojos a sus labios, por su cuerpo, pesada como si la tocara con la mano. Notó el calor de su mirada mientras la recorría, como un puñado de chispas sobre la piel—. ¿De verdad me lo preguntas? Porque no voy a responderte a eso. Por mi bien, por el tuyo. Y por tantas otras cosas.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—Por favor —susurró, y vio el escalofrío que lo recorrió al oírla. También a ella se le aceleró el pulso—. No tengo miedo de la verdad.

—No. No le tienes miedo a nada. Y, sin duda, nunca me has tenido miedo a mí. —Alzó la mano lentamente, casi como si no pudiera creer lo que estaba haciendo, y le cubrió la mejilla, su piel fría sobre el rostro caliente de ella—. Pero hay algunas respuestas que, una vez dadas, no se pueden retirar. Nunca se pueden olvidar.

Ella le rodeó la muñeca con los dedos. Notó el golpeteo de su pulso contra las yemas. Se imaginó el corazón de Conor, frenético, como el suyo, bombeando su sangre.

—Dímelo —insistió ella—. O me iré.

—¿Por qué te he pedido que vinieras? —susurró él—. Porque no podía hacer otra cosa. Incluso mientras sellaba la invitación, estaba furioso conmigo mismo, por mi estupidez y egoísmo, y aun así, no pude evitarlo. —Le acarició la mejilla con los dedos, apenas un roce, pero la oleada de fuego que recorrió las venas de Lin fue mucho más caliente que la sangre, tanto como para hacerle separar los labios mientras todo el cuerpo le temblaba—. Te he pedido que vinieras porque cuando no estoy contigo, Lin Caster, siento como si me hubieran arrancado una parte de mí. Siento como si estuviera sangrando, insensible por el dolor de una herida que nadie puede ver excepto yo. Cuando estás conmigo..., solo entonces me siento completo.

Lin estaba inmóvil por fuera. Pero, por dentro, era como si algo se hubiera roto, un vial de uno de los venenos de Merren, de los que portaban una muerte dulce al inundar las venas de fuego. Y por primera vez comprendió las historias de los cuentacuentos, por qué la gente podía hacer cola semana tras semana para oír la lenta progresión de un cuento que les haría sentir tan solo la sombra de la sombra de eso...

—¿Lin? —susurró Conor, y ella pudo oír el temor en su voz, temor a cómo iba a reaccionar ella, temor a que se diera la vuelta y saliera

corriendo.

Ella cerró el poco espacio que los separaba. Sintió el calor de su cuerpo antes de ponerse de puntillas y besarlo. Por un instante, él se quedó paralizado, pero enseguida la cogió y la apretó contra sí. Le salió un ruido grave de la garganta. El sonido de un hombre que se ha estado agarrando a una cuerda por la punta de los dedos durante horas, y que finalmente se ha dejado ir, abandonándose a la caída.

Besarlo parecía tan natural como la lluvia, e igual de rebelde. Ella lo había besado con suavidad, pero él no le devolvió el beso así. Inclinó su boca sobre la de ella, y le separó los labios con un fuerte golpe de la lengua. Sabía a fruta y a vino. Él le acarició la lengua con la suya, y ella gimió. Se estiró hacia él, alzándose casi hasta la punta de los pies. Él le estiró el labio inferior entre los suyos y se lo acarició con la lengua, y ella se retorció contra él.

Conor tenía la ropa húmeda pegada a la piel. Lin lo podía notar al completo, notar su dureza. Conocía las razones fisiológicas, sabía los porqués y los cómos, pero no se había esperado el modo en que su cuerpo estaba respondiendo a ese deseo. Se le endurecieron los pezones bajo el corpiño. Una punzada caliente de anhelo le fue bajando desde el vientre. Se arqueó contra él, sin importarle nada excepto que él no parara de besarla.

La lluvia se había convertido en una cortina de agua, un repiqueteo continuo que los retenía en el interior; y que también aseguraba que nadie fuera a acercarse. Él bajó las manos desde su rostro a su cuerpo, y la rodeó por la cintura. Ella lo oyó maldecir, y luego notó que le había puesto las manos en el pelo, y tiraba de las horquillas que Mariam había colocado ahí con tanto esmero. Conor las alejó de sí a media que las soltaba; las lanzó como si las odiara; las tiró al suelo de piedra, donde repicaron como monedas. La

melena de Lin cayó en largas hondas, enredada por la compresión y el aire húmedo. Él hundió las manos entre los mechones con un gruñido animal y pasó los dedos entre ellos. La besó en la sien, en la mejilla, por todo el mentón, bajando por el cuello. Allí le besó el pulso acelerado, la prueba de la agitación de Lin. Le rozó la clavícula con los labios.

Entonces, pareció paralizarse. Le hundió el rostro en el pelo. Ella oía su entrecortada respiración. Parecía vacilar, como no hacía casi nunca, como si no pudiera decidir cómo continuar. Como si no pudiera imaginarse que ella quisiera que continuase.

Ella le cogió las manos y lo guio con firmeza. Se las colocó sobre el corpiño del vestido, donde se cerraba con los gafetes. Ninguna de sus acciones pasadas, ni siquiera declararse la Diosa Renacida ante todo el Sault, la había hecho sentirse tan osada como entonces. Apartó las manos, y oyó que él tragaba aire. Confió en que entendiera lo que ella no podía decirle en voz alta.

«Tócame. Quiero que lo hagas».

Los gafetes se fueron derritiendo bajo los dedos de él, y el corpiño fue abriéndose. Ya sin vacilar, él la volvió a besar mientras deslizaba la mano bajo el cuello de su camisola y le cubría el pecho con la palma. Ella notó los dedos calientes sobre su piel; con el pulgar, él le rodeó el pezón con clara experiencia, y la hizo tragar aire en su boca. Ella se arqueó bajo esa caricia, deseando más.

Lo notó sonreír. La hizo retroceder hasta que la espalda le chocó contra una columna. Lo oyó susurrar: «Lin, mi Lin», antes de inclinar la cabeza y atraparle el pezón entre los labios.

No estaba preparada para la flecha de deseo que la atravesó de parte a parte. Gimió, lo arañó para sacarle la túnica de los pantalones. Le deslizó sus dedos húmedos sobre la extensión desnuda del vientre, sobre la piel aterciopelada, tensa sobre los

duros músculos. El aire olía a relámpagos y ella lo deseaba más de lo que nunca había deseado nada.

Él alzó la cabeza de su pecho. Ella no pudo ver su expresión, pero oyó que la respiración se le había vuelto rasposa e irregular. Él la besó profundamente mientras la agarraba por la cintura. La elevó. Ella se agarró a sus hombros para estabilizarse. Él apretó su cuerpo contra el de ella. Lo notó temblar. Estaba usando su cuerpo para sujetarla en alto, mientras le metía la mano izquierda bajo las faldas, mientras la tocaba allí, en su mismo centro.

Solo ella se había tocado así, y nunca se había imaginado lo que sería que lo hiciera otra persona. Pero el placer era como un torbellino. Le barría todo pensamiento. Sin poder evitarlo, gimió contra su boca, mientras él la acariciaba, en círculos, y el placer comenzaba a tensarse dentro de ella, una espiral de intensidad, más y más tenso.

Aún agarrándose a su hombro con una mano, ella bajó la otra y le desabrochó los pantalones. No había luz para ver nada; lo hizo a ciegas, en la oscuridad, y notó que su miembro se liberaba, duro contra su palma. Duro y suave al mismo tiempo, la piel como seda caliente mientras comenzaba a acariciarlo, casi totalmente por instinto, aventurando lo que a él podría gustarle; la mano rodeándolo, subiendo y bajando...

—¡Ah..., dioses..., Lin! —jadeó él, y ella sintió un momento de triunfo, porque le había robado las palabras, lo había reducido a la incoherencia.

Él estrelló su boca contra la de ella, que alzó la cadera y lo guio hacia sí. Él estaba perdido, más allá de cualquier vacilación, y ella se alegró. Le apretó las piernas alrededor de la cintura mientras él la penetraba.

El tiempo pareció detenerse. Los relámpagos iluminaban el mar, y transformaban los ojos de Conor de gris a plata, rodeados por la plata más oscura de la máscara. Sintió dolor, pero no le importó. Él estaba totalmente dentro de ella, con los labios sobre su cuello. Ella oyó la respiración desesperada de él mientras se mantenía totalmente inmóvil, por ella, para no hacerle daño, y el esfuerzo hacía que lo recorrieran pequeños temblores y que las manos le temblaran mientras la agarraba por la cintura.

Ella hundió las manos en el cabello de él, entre los finos mechones rizados, tan negros como las alas de un cuervo, y saboreó la lluvia sobre su piel.

—Todo está bien —le susurró—. Ámame. Quiero que lo hagas.

El sonido con que le contestó apenas fue humano. Él se retrajo antes de deslizarse en su interior de nuevo, y ella notó que aún estaba tratando de contenerse, de ejercer control sobre sí mismo. Ella no iba a aceptarlo; apretó más las piernas alrededor de él y lo empujó más dentro de su cuerpo. Los ojos de Conor se volvieron negros; ella notó que lo había llevado más allá del límite, y se alegró. Se alegró por la forma en que la agarró de la cadera bruscamente, se alegró por el modo en que la penetró, y por la sensación de espiral que se tensaba y se tensaba en su interior hasta que estuvo segura de que algo se iba a romper en ella. Ningún libro que hubiera leído jamás la había preparado para eso, para ese placer abrumador y debilitante, que aumentaba con cada movimiento del cuerpo de él contra el de ella, y pudo comprender por qué la gente luchaba, moría y escribía poesía por eso. Y aumentó y aumentó hasta que el placer llegó a la cima y estalló, atravesándola como los rayos que caían sobre el mar.

Lo oyó tragar aire mientras los espasmos la recorrían. Un momento después, él le cubrió la boca con la suya mientras daba el

último embate. Lo notó romperse, sintió el instante en que él se hacía pedazos entre sus brazos, con sus febriles jadeos de placer reverberando entre los dos, y supo que, en ese momento, él era completamente suyo, que le pertenecía, en ese espacio entre ellos y alrededor.

La lluvia aminoró hasta ser un suave susurro, aunque Lin no supo cuándo. Le rodeó el cuello con los brazos mientras él se relajaba lentamente, sintiendo su cuerpo cálido y duro contra el de ella. Aún la sujetaba con cuidado, mientras su respiración se iba calmando. Estaba tan cerca, que ella no pudo evitarlo y le acarició suavemente, en el pelo, en las mejillas. Él le besó la palma de la mano perezosamente.

—Cariño —murmuró él, con una voz lenta y sensual—. Nunca..., nunca antes...

De repente, ella notó que se tensaba entre sus brazos, como una tabla de madera.

—Hay alguien ahí fuera. —Conor se apartó y la dejó deslizarse hasta el suelo; las piernas le temblaron cuando volvió a cargarlas con su peso. Lin se sacudió las faldas para devolverlas a su sitio mientras él miraba ansioso hacia la entrada del templo—. No deben vernos aquí —dijo, y ella oyó la ansiedad en su voz—. Yo regresaré primero a la fiesta, y luego me sigues tú.

Un pitido en los oídos le bloqueó a Lin su voz. Intentó recordar la sensación de un momento antes, de estar agarrada y segura, con él totalmente suyo. Pero ya no estaba ahí, y todo lo que se había hecho olvidar esa noche, todo a lo que había cerrado el paso, regresó corriendo como una ola en la playa del puerto.

Claro que a él le aterrorizaba que pudieran pillarlos. Podría perder a Anjelica, perder la alianza con Kutani. Ni siquiera podía culparlo. Y, sin embargo, cuando trató de imaginarse entrando en la Armería

después de lo ocurrido, fingiendo que no había pasado nada, y contemplándole danzar con la hermosa Anjelica Iruvai y riendo con sus amigos nobles, sin olvidar ni por un momento que esa era su vida y que ella no formaba parte, le entraron ganas de vomitar.

Se le retorció el estómago. Se dio cuenta de que estaba temblando, y no solo por el frío.

«Por la Diosa, ¿qué es lo que acabo de hacer?»

¿Qué clase de dolor se había expuesto a sentir? ¿Cómo podía haber sido tan estúpida?

—No —contestó, y su voz le sonó extraña—. Volved a la fiesta, monseigneur. No puedo quedarme.

Al instante, él se volvió hacia ella. Los rizos húmedos le colgaban ante los ojos cuando la miró.

—Lin...

—No. —Ella se apartó de él, que la miraba con incredulidad, inmóvil a medio movimiento, como si hubiera querido cogerla, para llevarla con él, de vuelta a la Armería, donde no tendría ningún tipo de problema en fingir que no la conocía, porque nada de lo que acababa de pasar era raro para él.

—No volváis a tocarme —susurró ella, y corrió ante él, saliendo del templo, hacia la lluvia plateada.

Mariam

—¿Quién está ahí?

Mariam se incorpora en la cama hasta sentarse, agarrando su colcha tejida a su alrededor. Ha estado teniendo el sueño muy ligero, con su descanso interrumpido por el fuerte retumbar del trueno y los intermitentes estallidos de los rayos. De pequeña le encantaban las tormentas, le encantaba subir a lo alto de los muros del Sault con Lin y observar las nubes mientras se iban acumulando en el horizonte y el viento las empujaba sobre el mar hacia la ciudad, como un ejército avanzando. Las sombras que proyectaban sobre el océano, que oscurecían las olas del azul al negro, y las agitaban formando picos con crestas de espuma plateada.

Ahora es diferente. Le cuesta dormir haga lo que haga, y da vueltas y vueltas, tratando de encontrar la posición menos dolorosa, en la que pueda respirar mejor. A menudo sueña que un gato negro ha entrado en su habitación, se ha hecho un ovillo sobre su pecho y la mira con ojos dorados que no parpadean, mientras ella se esfuerza por respirar bajo su peso. Ahora, el trueno es irritante, no un recuerdo del glorioso poder del cielo, sino una interrupción de su muy necesitado sueño.

Ahora, mientras los ojos se le acostumbran a la oscuridad, reconoce el origen del roce que la ha despertado.

—Lin —susurra.

Abre la cortina que cubre la ventana junto a su cama. La tormenta ha pasado, y la luz de la luna inunda la habitación. Puede ver a su amiga claramente. Está quieta, con las manos cogidas, justo en el interior de la puerta de la habitación de Mariam. Está empapada; el vestido de seda pesa por el agua de la lluvia, y la melena le cuelga por la espalda en colas desaliñadas. ¿Qué ha pasado? Mariam quiere preguntárselo. Se suponía que Lin iba a bailar bajo las estrellas toda la noche, y regresar al Sault con un excitante relato de *glamour* y maravillas.

Pero cuando Mariam la mira, la pregunta se le queda en la lengua. Lin, la persona más obstinada y decidida que Mariam conoce, parece que casi no puede mantenerse de una pieza.

Mariam extiende los brazos hacia ella.

—Ven aquí —le pide, y Lin se mete en la cama junto a ella, agradecida.

Está mojada y fría, pero Mariam la coge, igual que la cogió todos esos años atrás cuando era una niña huérfana con un abuelo que no la quería.

—¿Te ha hecho daño? —susurra Mariam—. ¿Te ha hecho daño, *khum lōq*?

—No, pero soy tan estúpida, Mariam —responde Lin también en un susurro—. Tan estúpida...

—Ssssh. —Mariam le acaricia el pelo húmedo, y vuelve a susurrar —: Sssh, mi hermanita, mi corazoncito. —Al otro lado de la ventana, la lluvia vuelve a caer como cortinas suaves, susurrando como la seda contra los cristales de la ventana.

Capítulo dieciocho

En cuanto Kel regresó a la parte principal del salón de baile, se le acercó un ansioso Ciprian Cabrol.

—Monseigneur. ¡Monseigneur! Tengo que hablar con vos.

Incluso detrás de la máscara de chacal, se podía ver que los ojos de Ciprian estaban inyectados en sangre por la ansiedad. Había cogido la manga de Kel entre dedos blancos por la presión.

«La manga de Conor», se recordó. En ese momento, él era Conor. Hubiera deseado tener un momento más para adaptarse, pero, al parecer, no iba a ser posible.

—Suéltame, Ciprian —dijo Kel amablemente, y Ciprian echó la mano hacia atrás—. Y sí. Hablemos. De hecho, me he estado preguntando cuándo ibas a acercarte.

—¿De verdad?

—Oh, sí —contestó Kel, con suavidad—. No debe haber demasiados secretos entre un hombre y su soberano, ¿no te parece? Y tú has estado guardando un montón de secretos, querido Ciprian. Por ejemplo, no tenía ni idea de que mantuvieras una relación tan amistosa con Elsabet Belmany.

Ciprian se echó atrás ligeramente. Con la cabeza agachada, estaba comenzando a parecer menos un feroz chacal y más un terrier preocupado.

—¿Qu... qué?

—La princesa malgasi —explicó Kel—. Es raro que una familia de mercaderes tenga una conexión tan íntima con una princesa extranjera, ¿no te parece?

—Yo... —Ciprian se ajustó la máscara, mirando alrededor mientras lo hacía.

Nadie parecía estar prestándoles una atención especial, más allá del tipo de mirada habitual que Conor recibía en cualquier encuentro como ese; una mezcla de admiración, curiosidad y deseo. Excepto por Beatris Cabrol, que miraba directamente a su hermano con una clara expresión de preocupación en el rostro.

Cuando Ciprian habló de nuevo, lo hizo en voz baja.

—No sé lo que estáis insinuando.

Kel solo vaciló durante una fracción de segundo. Sabía que eran asuntos peligrosos. Se hallaba en el borde, sobre el océano. Con cocodrilos abajo. No sentía miedo, solo estaba concentrado; esa agradable sensación de caminar con cuidado por la cuerda floja.

—No tengo por qué insinuar nada, Ciprian —dijo—. Sé perfectamente bien de lo que estoy hablando. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Hablemos en privado, de acuerdo. ¿Qué te parece en el Caravel? ¿Mañana al mediodía? Allí no nos molestarán.

Cabrol hizo una sacudida nerviosa con la cabeza.

—Sí, sí —masculló—. Mañana al mediodía. —Se irguió—. Monseigneur —añadió, y había un cierto tono de advertencia en su voz que hizo que Kel se volviera.

Anjelica se hallaba detrás de ellos, sonriendo. Tendió la mano a Kel.

—¿Bailas conmigo, mi señor? —preguntó ella.

Como hubiera hecho Conor, Kel despachó a Ciprian sin decir palabra y dejó que Anjelica lo arrastrase a la pista de baile. La música era animada; los músicos estaban ocultos tras una cortina de terciopelo, por lo que daba la sensación de que los sonidos de la viola y el *lior* eran un don divino.

Anjelica se movía con gracia al bailar. Las pálidas plumas de su máscara proporcionaban la ilusión, sin duda deliberada, de un lazo de novia. La notaba ligera y fuerte en sus brazos, y Kel supo que una nueva emoción se había añadido a la mezcla de sentimientos proyectados hacia Conor: la envidia.

—Ven —dijo ella—. Alejémonos de la reina.

Kel no se había fijado en Lilibet, que se hallaba con lady Gremont y tenía una copa de plata en la mano. No parecía estar observándolos, pero, de todas formas, Kel siguió a Anjelica por la habitación; los ojos de Lilibet atravesarían la ilusión de su amuleto inmediatamente, lo que solo podría traer problemas más adelante.

—Bien. —Anjelica alzó el rostro hacia él. Kel sabía que su sonrisa no iba dirigida a él, sino a todos los ojos que los miraban—. Debo admitir que estoy impresionada. Ni siquiera lo he visto marcharse. ¿Qué era tan urgente que se ha sentido obligado a huir de la celebración de su propia dinastía?

Ni Anjelica ni él, pensó Kel, tenían la necesidad de emplear el nombre de Conor. Él era el planeta alrededor del cual todos ellos orbitaban; solo podían referirse a él.

—No tengo ni idea, pero estoy seguro de que lo averiguaré más tarde. —La corona le tiraba del pelo; ansiaba recolocársela—. Y supongo que si se lo preguntas, también te lo dirá.

—Sin duda —murmuró Anjelica—. Cuando descubrí que el príncipe tenía un Guardián de Espadas, nunca pensé que pasaría tanto

tiempo con él. Pero hoy es una suerte, porque tengo un mensaje del Rey Trapero.

Kel se puso alerta al instante.

—¿Qué clase de mensaje?

—Me ha dicho que Laurent Aden estará aquí esta noche. En el Baile del Solsticio.

Kel la miró incrédulo.

—Pero ¡eso es una locura! Es un criminal buscado.

—Laurent disfruta con el riesgo. —Retorció el labio con delicadeza —. Supongo que la máscara ha sido una atracción demasiado fuerte. Pretende disfrazarse de embajador de Hanse. —Suspiró—. Estará absolutamente encantado de meterse entre un grupo de nobles que lo que más ansían es verlo colgando del patíbulo del Cadalso.

—Y entonces, ¿qué? —Kel apenas podía creer que estuviera tan tranquila—. ¿Le darás dinero a cambio de esa carta tuya que tiene? ¿Y así se acabará ese asunto?

—Se supone.

—¿Y de verdad confías en su palabra en esto? Ya te está chantajeando. ¿Puedes fiarte mucho de su sinceridad?

El enfado destelló en los ojos de Anjelica.

—Si tenías una idea mejor, podrías haberla propuesto cuando nos encontramos con el Rey Trapero.

—Solo lo digo porque me preocupa.

—Pero no soy yo quien te preocupa —replicó ella secamente—. Te preocupa la alianza de tu precioso príncipe. Kellian, debes entenderlo, lo que Laurent quiere es verme a mí. Cree que fue la voluntad de mis padres lo que nos separó. Tiene que oír de mí que no lo quiero, que no sufro por nuestra separación, que debe dejarme en paz por mi propio bien.

—¿Realmente cree que no soportas estar separada de él?

—La gente cree lo que quiere creer —respondió Anjelica. Sus finas manos le apretaron los hombros—. Aquí está —murmuró—. Mira... con la máscara de águila.

Anjelica se había tensado por completo, y apretaba los labios en una fina línea sin color. Con cuidado, Kel miró al otro lado del salón de baile.

Y allí estaba, justo en el límite con el espacio de baile, vestido en el amarillo y el negro de Hanse. Un hombre alto, rubio, oculto tras una máscara de águila con un pico cruelmente curvado.

«Está disfrazado de diplomático, pero no se mueve como tal. Se mueve estabilizándose, con pies planos, como un hombre acostumbrado a estar sobre la cubierta balanceante de un barco».

Por la sala se oían cada vez más susurros. Por un momento, con una punzada de alarma, Kel se preguntó si habrían reconocido a Aden.

«¿Y qué voy a hacer si eso pasa? ¿Ir a su puto rescate?»

Pero, un instante después, se dio cuenta de que se había equivocado por completo. Nadie estaba mirando al criminal que estaba entre ellos. Todos tenían los ojos clavados en Antonetta, que acababa de entrar en el salón.

Kel bendijo los años de práctica que le permitieron seguir bailando, seguir moviéndose sobre el suelo con Anjelica. Lo único que quería era cruzar la sala hasta Antonetta, y rodearla con los brazos. Escudarla con su cuerpo de las miradas mezquinas que iban en su dirección, y de los susurros afilados como espadas.

Pero en ese momento era Conor. Y Conor no correría a su lado. Conor la observaría, con una mezcla de interés y admiración, mientras ella se adentraba en el salón, con la cabeza bien alta.

Otra mujer se habría vestido con más sencillez, para que nadie comentara nada o la mirara, pero Antonetta se había cubierto de

fuego. Su vestido era de seda color rojizo; la falda con un corte en cada pliegue, de modo que cuando se movía, se entreveían destellos de sus elegantes piernas a través de la tela. Sobre los hombros llevaba una capa dorada, y su máscara era un zorro de rasgos astutos, de un brillante naranja con orejas de seda dorada. Alrededor del cuello brillaba su medallón con forma de corazón.

Detrás de Anjelica, Kel cerró la mano en un puño apretado. No era lo que Conor habría hecho, pero no podía evitarlo; necesitaba esa presión, ese dolor, para apartar la mirada de Antonetta.

Se fijó en que Anjelica lo estaba mirando con una expresión en la que se mezclaban la compasión y la pena. Le podía leer el pensamiento: «Oh, pobrecito. Tan encandilado y equivocado como Laurent».

—Ya veo. —Fue lo que dijo ella.

—Anjelica...

Se apartó de él.

—Será mejor que me vaya mientras todos están con los ojos clavados en demoselle Alleyne —murmuró, y él supo que tenía razón —. Además, creo que tienes que ocuparte de otra cosa, ¿no?

Kel notó que le daba unas suaves palmaditas en el hombro, y luego Anjelica se perdió entre la gente, con las perlas de sus horquillas reluciendo en su negra cabellera. Kel esperó durante un instante. Luego otro. Un tercero. Y luego ya estaba cruzando la sala, y la multitud se abría para darle paso entre murmullos que él apenas oía: «Monseigneur, no os había visto».

Y entonces ya estaba cerca de ella. A esa distancia, pudo ver que estaba pálida, aunque tenía los labios pintados de escarlata y las mejillas cubiertas de colorete. Cuando se volvió hacia él, y Kel estaba a punto de llamarla, alguien se interpuso entre ellos.

Lady Alleyne, con su máscara de tigre, que le daba un aspecto feroz y salvaje. Se acercó a su hija como un gato saltando sobre un ratón.

—¿Dónde has estado...?

Bajo la máscara y el colorete, Antonetta se sonrojó con violencia. Kel carraspeó.

—Mi querida *Lior*ada —comenzó, y nunca había dejado que la voz de Conor derramara tanto desprecio. Lento y agridulce, como miel rancia. La satisfacción que lo invadió cuando lady Alleyne pegó un bote para volverse hacia él, fue todo un placer—. Creo que mi madre esperaba poder hablar con vos.

Lady Alleyne miró a la reina, que estaba ocupada dirigiendo a un grupo de sirvientes para que volvieran a encender las velas del exterior, que se habían apagado con la lluvia. Lilibet parecía impaciente tras su máscara de ciervo dorado.

—Mi hija... —comenzó lady Alleyne cargada de tensión.

—Está encantadora esta noche. Debo saber sin falta quién os ha confeccionado ese traje, demoselle, ya que mi prometida aún no ha escogido quién confeccionará su vestido de novia, y el tiempo pasa rápido. —Le ofreció el brazo a Antonetta—. Venid, bailemos, y así me lo podréis explicar bien.

Para cualquier otra persona, habría sido una falta de etiqueta interrumpir la conversación de lady Alleyne con su hija, pero Conor no necesitaba pedir permiso para nada de lo que hacía. Era un privilegio del que Kel solo podía gozar ocasionalmente, como la corona prestada, pero se permitió disfrutar de él mientras conducía a Antonetta a la brillante pista de baile.

—Supongo que debería daros las gracias, monseigneur —dijo ella mientras él le pasaba el brazo por la cintura y comenzaba a guiarla

en el baile—. Por rescatarme de mi madre; la bestia más aterradora de todo el reino animal.

Tras la máscara, Kel veía los ojos de Antonetta, con las pupilas con forma de diamante debido a las gotas de amapola.

—Llevo tiempo queriendo hablar contigo, ortiguilla.

Ella lo miró sorprendida.

—Hace años que no me llamáis así.

Kel casi se equivocó en el paso de baile.

«Háblale como le hablaría Conor; no como le hablarías tú».

No debería tener que recordárselo.

—De todas formas, me sorprende que estéis dispuesto a que os vean conmigo —añadió ella—. Soy un veneno social. Artal Gremont ha huido de la ciudad para no casarse conmigo.

«Tú sabes que no es así, Antonetta».

—Si realmente le has hecho huir —repuso Kel arrastrando las palabras—, entonces nos has hecho un favor a todos.

Se movían entre los otros bailarines, y Kel vislumbró a Anjelica entre el gentío, fácil de localizar gracias a su espléndido vestido blanco. Estaba bailando con Laurent, y a ojos de Kel, estaban discutiendo.

Pensó que no tendría que quitarles ojo.

—No pretendo saber por qué Gremont se ha marchado de la Colina —continuó Kel—, pero sospecho que tiene más que ver con él mismo que contigo. Los susurros pueden haberte convertido en el escándalo del momento, pero pronto desaparecerán. Te encontraremos una pareja mejor de la que Gremont sería jamás.

Antonetta guardó silencio durante un momento.

—Estáis siendo muy amable conmigo, monseigneur. Debéis de ser muy feliz con vuestro nuevo compromiso. —Se le acercó más. Más de lo que el baile requería. Kel captó el olor de su pelo, de su piel:

rosas blancas y miel. Le hizo pensar en la habitación amarilla del Caravel, en el modo en que ella se había encajado entre sus brazos, y notó que se le aceleraba la sangre—. Entonces, dejadme que os compense el favor, con todo lo que tengo para daros.

Kel quiso preguntarle qué quería decir, pero no parecía capaz de recuperar el aliento. Ella le sonrió.

—Consejo —explicó ella.

—El consejo de alguien en quien confío siempre es bienvenido. —El enloquecido latido de su sangre fue ralentizándose.

Ella inclinó la cabeza a un lado, y su espesa melena le cayó sobre el hombro.

—Bueno, de hecho, se trata de una cuestión de confianza.

—¿Oh?

—Debéis tener cuidado, monseigneur —dijo Antonetta. Lanzó una rápida mirada por la sala y volvió a mirarlo—. Cuidado con lo que compartís con Kel.

Kel notó que se tensaba.

—¿Qué?

Los ojos azules de Antonetta estaban cargados de preocupación.

—Lo he visto con los miembros de la banda del Rey Trapero —dijo —. Parece conocerlos muy bien.

—Ya veo. —Kel hizo rodar a Antonetta bajo su brazo; cuando ella volvió, él añadió—: Kel hace muchas cosas por mí. A veces eso requiere que se reúna con gente desagradable. —Sonrió, y se temió que le hubiera salido una sonrisa forzada—. Yo mismo puedo ser desagradable algunas veces.

—Oh, estoy convencida de que Kel os ama —repuso Antonetta con tacto—. Pero nunca seréis iguales. Vos siempre tendréis poder sobre él. Puede que eso le moleste.

—No me cuestiono su lealtad —respondió Kel, en un tono que cortaba toda futura discusión. No estaba seguro de soportar oír lo que ella podía llegar a decir.

—He oído —continuó Antonetta, en un susurro conspiratorio— que el Rey Trapero tiene modos de manipular incluso a aquellos con motivos más puros. Kel parece conocer muy bien a la gente de Morettus, y confiar en ellos. Eso lo hace vulnerable a la manipulación. Y el Rey Trapero es un maestro de la manipulación. Podría poner a Kel en vuestra contra sin que él ni siquiera lo supiera.

Desde que era un niño, Kel no había estado nunca tan cerca de acabar con el engaño de ser Conor. Quería agarrar a Antonetta y preguntarle por qué estaba diciendo todas esas cosas.

«No soy Conor. No soy Kel Anjuman. Soy yo mismo, Kel Saren, y no soy el pelele de nadie».

—Haces que parezca tonto —dijo él.

—No es tonto, pero es sincero, y la sinceridad se puede explotar. Pensad en lo que ha pasado ya. Fue apuñalado cuando alguien lo confundió con vos. Trató de pagar vuestras deudas con Prosper Beck. —Se estremeció, y Kel estaba demasiado febril para decir si era un estremecimiento real o falso—. Cuando pienso en él tirado en ese callejón...

«Trató de pagar vuestras deudas con Prosper Beck». De repente, Kel sintió una horrible presión tras los ojos mientras una miríada de piezas diversas encajaba.

Kel sintió como si la tierra se estuviera hundiendo bajo sus pies, pero sabía que no podía mostrarlo. Le salvaron sus años de entrenamiento.

—Basta, Antonetta —dijo como si el tema le aburriera un poco—. Ya te he oído, y créeme que tendré en cuenta lo que me has dicho. Pero, querida —la miró directamente a las pupilas con forma de

diamante—, no debes repetir esas preocupaciones a nadie. Te lo exijo, bajo mi orden real. ¿Lo entiendes?

A Kel le pareció que, bajo la máscara de zorro, ella estaba sorprendida, pero se rehízo enseguida.

—Seré la discreción misma. —Apartó la mirada y frunció el ceño—. Mirad, ahí está Kel ahora. ¿Dónde habrá estado? Está empapado.

Casi sin pensar, Kel siguió su mirada. Tenía razón. Conor, empapado hasta los huesos y con la máscara de Kel, acababa de entrar sigilosamente en la sala.

Avanzaba pegado a la pared, con la cabeza gacha. Si Kel no hubiera sabido dónde buscarlo, no lo habría visto.

Conor siguió por la pared, fuera de la vista de la mayoría de los que bailaban, y desapareció por uno de los pasillos que se abrían desde el círculo central. Una rápida ojeada convenció a Kel de que nadie más se había fijado en la presencia de Conor.

—Será mejor que vaya tras él. —Kel le hizo una tensa reverencia a Antonetta antes de volverse para seguir a Conor. Le estallaba la cabeza; se sentía mareado y con ligeras náuseas.

¿Alguna vez había conocido realmente a Antonetta? Siempre había pensado que la joven tenía un rostro que mostraba al mundo y otro que le mostraba a él, pero ¿y si ninguno de los dos era el verdadero? ¿Y si había alguna otra verdad secreta que él nunca se había imaginado, demasiado deslumbrado por la idea de que él, solo él, conocía la verdad de Antonetta, para suponer que había estado tan ciego como los demás?

No era una idea agradable, y cargaba con la amargura que le producía mientras se metía en el pasillo detrás de Conor. Al fondo del corredor se hallaba una curiosa fuente; una pequeña gruta, hecha a mano, contenía una cascada, que salpicaba agua tintada de oro. Era evidente que alguien había estado haciendo un pícnic allí

antes; una bandeja con comida dejada a medias y una botella de vino se mantenía precariamente sobre el borde de la fuente.

Por un momento, Kel pensó que Conor había desaparecido; que se había esfumado de golpe como se rumoreaba que hacían de los Hechiceros-Reyes de antaño.

Entonces, miró hacia abajo.

Conor estaba sentado en el suelo. El borde de la capa y el cuero de las botas se veían negros de barro. Tenía el pelo y la camisa mojados por la lluvia. Mientras Kel lo miraba, Conor alzó la mano, en silencio, y se desató las cintas de la máscara. Se le cayó sobre el regazo.

Miró a Kel.

—¡Con! —exclamó Kel, mientras se dejaba caer de rodillas; no soportaba estar por encima de Conor, mirando hacia abajo. Cualquier resentimiento, cualquier rabia, había volado. Nunca había visto a Conor así antes. Tenías las pupilas dilatadas y negras, bordeadas de un fino anillo plateado. En su rostro, los huesos parecían que sobresalían demasiado bruscos debajo de la piel. Tenía sangre en el labio. Debía de habérselo mordido, aunque eso no casaba para nada con él—. Conor —susurró Kel—. ¿Qué ha pasado?

Conor cerró los ojos. Meneó la cabeza lentamente.

—Soy —comenzó a decir— un maldito idiota.

—Mírame. —Kel le cogió el rostro entre las manos. Sintió la dureza del hueso contra la palma, el conocido ángulo de los pómulos de Conor, la frialdad de su piel húmeda de lluvia—. Todos somos idiotas. Solo que unos lo disimulan mejor que otros.

Conor no sonrió, pero volvió el rostro hacia él. Ya era algo.

—Dime qué pasa. No voy a culparte de nada, ya lo sabes. Solo cuéntamelo.

Conor abrió los ojos.

«Dímelo —pensó Kel—. Dímelo. Y lo arreglaré. Como lo arreglé con Prosper Beck. Como trato de arreglarlo ahora. Dímelo, dímelo, para que pueda comprenderte de nuevo».

—No puedo, porque no es mi secreto —contestó Conor. Su voz sonaba muerta—. Necesito beber algo. Lo necesito de verdad.

—Eso no servirá de nada —repuso Kel.

Conor sonrió mostrando los dientes.

—Tampoco me matará.

Kel se incorporó, agarró la botella de vino de la bandeja abandonada, que estaba aún a medias, y volvió a arrodillarse. Se la pasó a Conor, que echó la cabeza hacia atrás y dio varios tragos largos.

Cuando bajó la botella, tenía la mano más firme. Se había derramado un poco de vino en la mano y sobre el terciopelo negro de la túnica.

—¿Esto es por tu padre? —susurró Kel. Podía notar el miedo en su propia voz.

«Conor, ¿qué ha pasado que es tan malo que no puedes ni contármelo?»

¿O era peor que eso? Pensó en las advertencias de Antonetta y en todas sus propias mentiras. En el castillo de naipes que había levantado sobre la arena, tan precario que una sola palabra podía hacer que se desmoronara.

—No. —Conor bajó la mirada al dorso de su mano izquierda, y observó cómo las gotitas del vino escarlata derramado le corrían entre los dedos. Bajo la luz dorada de la cascada, parecían brillar—. No es por mi padre. Quiero... —Alzó la mirada, directamente hacia Kel—. Quiero una vida diferente de la que tengo.

—¡Oh! —exclamó alguien a media voz. Una voz baja y conocida.

Kel alzó la mirada, al igual que Conor. Anjelica se hallaba en la entrada del pasillo. No estaba muy lejos; Kel se preguntó cuándo habría llegado ahí. A esa distancia, sin duda había sido capaz de oírlo todo.

Conor parpadeó, como deslumbrado, cuando ella fue hacia él. Porque ella era hermosa, pensó Kel. Y porque su vestido de diamantes parecía resplandecer como una antorcha. Reflejaba la luz de la cascada, lo que la trasformaba de plata a oro. Los anillos le destellaron en los dedos cuando alcanzó el lugar donde Conor se encontraba arrodillado y le tendió la mano.

—Levántate —ordenó—. Conor Darash Aurelian, Príncipe Coronado de Castelana, levántate del suelo.

Había algo en su voz que Kel no había oído antes. Le hablaba a Conor como si, entre la realeza, hubiera un lenguaje secreto. Conor se la quedó mirando. Y, entonces, como si las palabras fueran ganchos metidos entre sus costillas, se puso en pie. Cuadró los hombros. Miró a Anjelica, sin máscara, directamente.

—Me has oído —afirmó—. ¿Cuánto has oído?

Kel se levantó en silencio. Pensó que el equilibrio había cambiado, modificado entre un momento y el siguiente. Él se había quedado de fondo, mientras el príncipe y la princesa se miraban el uno al otro. No importaba que Conor estuviera agarrando una botella de vino, ni que estuviera sucio de barro y mojado de lluvia. Era quien era. Y Anjelica también.

—He oído que quieres una vida diferente —le contestó. Dio un paso hacia él—. Comprendo que no me elegiste a mí, ni este matrimonio...

—No eres tú... —comenzó Conor.

Ella negó con la cabeza.

—Y yo no te elegí a ti —continuó con una sonrisita—. Pero nos corresponde a cada uno de nosotros, creo, hacer de nuestras vidas algo que sí elegiríamos.

—Creo que eres mucho más valiente que yo —repuso Conor.

—Tú eres lo bastante valiente —replicó ella con suavidad—. ¿Qué asusta más que el cambio? Y has cambiado mucho en estos últimos meses. No te conocía antes, pero todo el mundo lo dice. Comentan lo mucho que has cambiado desde lo ocurrido en la Galería Brillante. Puede que sea un cambio que nació entre la sangre y el horror, pero, de cualquier manera, es un cambio.

—Quizá —dijo Conor. La miró—. ¿Y qué hacemos ahora, *ayakemi*?

—Cumplir con nuestro deber —contestó Anjelica—. Regresamos al salón de baile. Le mostramos a la Colina que estamos unidos. Kutani y Castelana. —Le tendió la mano, y él se la cogió—. Ellos ponen la música. Y nosotros bailamos.

Anjelica

—No me mires así —dice Anjelica, en poco más que un susurro.

—¿Y cómo te estoy mirando? —La voz de Laurent es suave.

La rodea con los brazos, como requiere la danza. Es la primera vez que ella nota su contacto en meses, y se siente mareada. Puede oír el resonante latido de su propio corazón, captar el familiar olor de él: océanos y especias. Un toque de pólvora negra. El aroma que amenaza con devolverle los recuerdos como una ola; una ola peligrosa que puede romper sobre ella y dejarla vulnerable delante de toda esa gente. Dejarla incapaz de esconder lo que necesita esconder.

Piensa en su madre. «Controla tus emociones, hija, u otros las usarán para controlarte». Ella siempre ha sido la menos obediente de sus hermanas, la que quería saber por qué no podía ir a la Ciudad de las Especias sola, por qué no podía sentarse con el rey cuando este impartía justicia o se reunía con embajadores. A su padre le había resultado divertido, cuando ella era pequeña, y se había sentido inclinado a complacerla. Más tarde, se lo había reprochado a sí mismo.

«¿Cómo me estás mirando? —piensa Anjelica—. Como si fueras fuego. Como si tu mirada pudiera hacer arder mi ropa y me dejara desnuda en tus brazos. Como si fuera una persona y no solo un objeto hermoso. Nadie me ha mirado así desde que llegué aquí, nadie excepto Kel y Conor».

—No como me miraría el embajador de Hanse —le contesta ella.

—No puedes estar segura —replica él—. Me enamoré de ti la primera vez que te vi. Lo mismo le podría pasar a él, si estuviera aquí. —La voz de Laurent amenaza con deshacerla, a ella y a todas las promesas que se ha hecho.

Es áspera e intensa, grave como el océano cuando la marea baja y rasca contra los percebes y la arena.

—Antes de que el mensaje de Andreyen me llegara, pensé que tal vez no volvería a verte —continúa Laurent—. Aunque había decidido esperar hasta perder toda esperanza.

—Lo sé. —Comienza la segunda parte de ese baile.

Ella le pone las manos sobre los hombros, y nota la flexión de los músculos bajo las palmas. Los recuerdos acuden con la sensación de tocarlo. Recuerdos de cómo había subido sigilosamente a su bote cuando estaba anclado en el puerto de la Ciudad de las Especias. De cómo le había declarado su amor en el despacho a bordo del *Rosa Negra*, y él solo se la había quedado mirando, con los ojos azules muy abiertos, hasta que ella pensó que iba a morir de humillación, y solo entonces, él se había puesto en pie y la había abrazado..., y después, en su cama.

Entonces, no había pensado en el futuro. Únicamente en que lo deseaba y en que tendría lo que deseaba. No se había esperado enamorarse de él. No había sabido cómo era el amor hasta que lo sintió.

—Yo también temía haberte perdido —le dice ahora—, cuando llegué a Castelana y el *Rosa Negra* no estaba aquí para devolverme a ti. Cre... creí que habías muerto.

(Recuerda el momento en el que Kel le había dicho que estaba seguro de que Laurent Aden seguía vivo, y el alivio que la había recorrido como una cuchilla).

—Alguien les dijo que iba a venir. —La boca de Laurent muestra una dura mueca de furia—. No había manera de entrar en el puerto sin sufrir la muerte de la mitad de mi tripulación, e incluso así, solo habría conseguido que me arrestaran. —Alza la barbilla; la luz de los candelabros destella sobre su cruel máscara de águila. Pero ella sabe cuál es su aspecto sin ella, lo rudo, marcado y encantador que es. Su cuerpo se siente torturado por un deseo que no puede demostrar.

—Mi amor, no me enviaste ningún aviso —dice Anjelica—. Todo este tiempo...

Las manos de él se tensan sobre su cintura.

—No vi manera de sacarte de Palacio, ahora que estás aquí —explica él—. No podía entrar sin más y raptarte bajo las narices de cien guardias...

—¿De verdad? —murmura ella—. ¿Laurent Aden, con miedo a unos cuantos guardias?

—Ahora mismo estoy arriesgando la vida —replica él, recorriéndola con la mirada. Sus ojos azules son de hielo; incluso así, la hacen sentir cálida y rara. Él siempre ha sido capaz de hacerle eso —. Pero vale la pena, por verte.

—Ni siquiera sabía si aún me deseabas.

—¿Si te deseaba? —Dan vueltas, como requiere el baile—. Creí que quizá te hubieras enamorado de tu prometido. Me imaginé que habías decidido quedarte en Castelana, donde se te ofrecía la

oportunidad de ser reina algún día, lo que yo no puedo darte, Anjelica...

—Ssh —murmura ella—. No digas mi nombre. No así. Cualquiera que lo oiga sabrá lo que sentimos. Nada de eso ha pasado.

—Bien. Hay algunos que están dispuestos a ayudarnos. Si aún lo quieres, te puedo llevar lejos, llevarnos lejos a los dos, y a tus hermanos...

Ella nota que se le abren los ojos de excitación, y se alegra de que la máscara le oculte la expresión.

—¿Quién se va a ofrecer a ayudarnos con algo así cuando eso los pondría en contra de toda Castelana...? Ah. —Menea la cabeza—. Los malgasi.

—A mí tampoco me gustan mucho, pero están desesperados por casar a su princesa con Conor Aurelian. Me ayudarán...

—No puedes confiar en ellos, Laurent. Me he enterado de muchas más cosas sobre ellos desde que estoy en Castelana. Han cometido verdaderas atrocidades con su gente...

—No me fío de ellos —responde Laurent—. No confío en ningún gobierno ni en ninguna monarquía. Todos son egoístas. Todos tienen secretos, cosas horribles que han hecho. No ha habido nunca ningún gran poder que no se haya usado injustamente.

—¡Vaya cosa de decirle a una princesa! —Anjelica sonríe. Espera que no se considere extraño; sin duda, puede sonreír a un embajador sin que todos se fijen, ¿no?

Ella nota el grave resonar de la risa de Laurent.

—Es evidente que tú eres diferente. Es por lo que deseo alejarte de todo esto. Estoy dispuesto a aceptar algo de ayuda de los malgasi para liberarte, pero tengo mi propio plan. Tiene que ver con Sedai...

—Laurent. No puedo hacerlo. —Las palabras duelen, aunque sabe que tiene que decirlas—. No puedo abandonar a Conor.

—Así que te has encariñado con él. —Se detiene un instante—. Me sorprende. No he oído que tenga una personalidad especialmente encantadora.

—Lo mismo había oído yo. Pero no es como dicen. —Ve el rostro de Conor, sus ojos serios, la curva pensativa de la boca. Ha sido muy franco con ella. Había pensado que él estaría siempre con falsas expresiones de amor, lo que solo la habría molestado, pero había sido sorprendentemente sincero. No le había pedido nada que ella no quisiera darle, ni le había ocultado que él también sufría—. Es difícil de explicar. No lo amo, pero me ha tratado con sinceridad y respeto. Y comprendo a lo que se enfrenta. Lo entiendo de un modo que tú no puedes.

Laurent maldice en voz baja. La coge con menos fuerza por la cadera mientras la hace dar una vuelta, de forma mecánica, en el siguiente paso del baile.

—Si huyo contigo ahora, se verá como otra mancha en su reputación. Debilitará su poder... —le dice ella cuando vuelve a estar frente a él.

Laurent hace un ruido de exasperación.

—Es un príncipe. No le pasará nada. Los malgasi están desesperados por lograr un matrimonio; intervendrán para proporcionarle una princesa y una alianza que mantendrá lejos a Sarthe, de ser necesario. A la nobleza no le importa si el príncipe se casa con Kutani o Malgasi mientras su precioso comercio esté protegido.

—Pero no se casará con Elsabet. La odia, odia Malgasi y a toda la familia Belmany. Lo que harían a Castelana...

—¿De repente te importa Castelana? —suelta él. Ella ve el dolor en sus ojos. ¿Cómo podría explicárselo, cómo puede decirle que irse con él es todo lo que desea?—. ¿De verdad crees que es un lugar tan maravilloso? Imagínate crecer en un orfanato aquí, mirando el Palacio en lo alto, sabiendo que nunca tendrás nada de la riqueza y el lujo del que disfrutan allí, que tu única ocupación es pasar hambre y morir.

—Por favor —ruega ella—. Te amo, los dioses saben hasta qué punto, pero dame un poco de tiempo. Un año. Puedo alargar el compromiso hasta que la situación sea menos grave...

—¿Un año? —Laurent niega con la cabeza mientras la música se va apagando—. Aurelian no esperará un año para casarse contigo. Ni yo puedo pasarme un año escondido en una cueva en el mar.

—Laurent, por favor...

Pero el baile se ha acabado. El dolor destella en el rosto de Laurent, seguido de la rabia. Sin decir más, se vuelve y camina hacia la multitud.

«Solo un año —piensa ella—. Solo un año para cumplir mis promesas antes de volver contigo. Laurent, por favor. Escúchame».

No puede salir corriendo detrás de él, no puede llamarlo a gritos y rogarle que regrese para escucharla. A fin de cuentas, se supone que solo es el embajador de Hanse.

Capítulo diecinueve

A la mañana siguiente, cuando Lin salió del Etse Kebeth ataviada con un vestido limpio de algodón azul, tomado prestado de los almacenes de Mariam, encontró que el día era incongruentemente agradable. Se había esperado, y tal vez también deseado, que lloviera y tronara, para hacer juego con su estado de ánimo. En vez de eso, el sol se había alzado brillante y caliente, y había secado los charcos por los que había chapoteado la noche anterior. El Jardín de los Médicos relucía verde y blanco bajo el brillo sin sombras. Unas cuantas pinceladas de nubes decoraban el cielo; la tormenta debía de haberse ido hacia el mar. Probablemente, ya estaría a medio camino de Kutani.

Lin deseaba poder decir lo mismo sobre sí misma. Notaba como si tuviera una piedra en el estómago. Se había pasado la mayor parte de la noche despierta, recordando la lluvia y el templo. Y el modo en que se había dejado ir, en que había perdido todo el control que había construido con tanto cuidado y delicadeza durante tantos años. Había deseado a Conor demasiado para poder detenerse, y ahora que él lo sabía, que conocía su debilidad, se burlaría de ella por eso.

Podía notar en la lengua el sabor amargo de la decepción, como el regusto del té de hierbas de Chana. No estaba decepcionada con Conor; no se había esperado nada mejor de él. Estaba decepcionada consigo misma.

Oyó que la llamaba una voz.

—Lin Caster. Un momento.

Estaba justo en la verja de la Casa de las Mujeres. Se giró y vio a Aron en medio de la calle, con los brazos cruzados. Iba vestido como la primera vez que lo había visto, con las ropas de un mercader rhadanita. Tenía el pelo del color del desierto y los ojos le brillaban bajo el sol.

Ella lo miró con desgana. Para lo que seguro que no tenía energía era para discutir con Aron Benjudah, o para cualquier otra petición por su parte que ella debía tratar de resolver.

—No tengo un momento —respondió—. Voy a comenzar la ronda de mis pacientes en la ciudad...

—Lo sé —repuso él. A su espalda, Lin pudo ver a un grupo de niños, de la misma edad que había tenido Josit cuando perdieron a sus padres, jugando en los jardines del Dāsu Kebeth. Levantaban nubes de polvo persiguiéndose unos a otros, alegres y despreocupados bajo el sol—. Teníamos un acuerdo, me parece. Yo te traduzco tu texto, y a cambio tú me llevas contigo a la ronda y me dejas ver cómo atiendes a los pacientes.

Lin se había olvidado.

—¿Hoy?

Él sonrió con cierta frialdad.

—Puede que no haya muchos días más antes de la prueba.

¡Qué hombre más exasperante!, pensó Lin, mientras corría de vuelta a casa para coger su zurrón de médica. Pero quizá estar

exasperada sería bueno para ella, quizá le hiciera pensar en algo que no fuera el príncipe.

Se reunió con Aron fuera de los muros del Sault. Él caminó a su paso mientras se dirigían a la Ruta Magna, en dirección a su primera visita, cerca de la calle del Castillo.

—Bueno —dijo ella—. ¿Qué se supone que debo decir a mis pacientes cuando me pregunten quién eres?

—Diles que estoy aprendiendo para ser médico y que me estás formando. O quizá que estoy escribiendo un libro de medicina y quiero estudiar tus casos.

—¡Maravilloso! —exclamó Lin—. A mis pacientes les va a encantar tener un hombre enorme y ceñudo mirándolos mientras los trato.

—Podrías decirles que voy a ser tu marido e insisto en seguirte allá a donde vayas.

—Me conocen demasiado bien para creer que toleraría algo así —replicó Lin dulcemente, y Aron hizo un ruido que casi sonó como una reticente risita.

Lin vio que algunos los miraba al pasar. Seguramente, se estaban preguntando quién, o qué, era él, con las correas de cuero en los brazos y sus tatuajes rhadanitas. O quizá solo lo veían apuesto. Era apuesto, lo cual solo era una de sus muchas cualidades irritantes.

También resultó no ser tan ignorante en medicina como ella había supuesto. En primer lugar, fueron a visitar a una joven madre en la calle Alondra, para asegurarse de que el recién nacido y ella estuvieran bien. Aron observó en silencio, y no pareció incomodarse por el largo rato que se tardó en conseguir que el bebé se agarrara al pecho. Después de eso, fueron cerca del Camino Yulan, a visitar a un marinero que se estaba recuperando del mordisco de un cocodrilo. Mientras Lin le revisaba la herida, Aron le iba pasando los instrumentos en silencio y escuchaba al marinero, que le explicaba

alegremente que estaba borracho cuando se cayó a las aguas del puerto, y que lo habían rescatado, medio desnudo y sangrando, los peregrinos que se dirigían en un atestado bote a Tyndaris.

Una costurera de las Calles Plateadas con miedo a las agujas fue tranquilizada por Aron mientras Lin le suturaba un corte en la mano. En la calle de la Torre, distrajo a un bebé protestón mientras la madre observaba con ansiedad a Lin, que se ocupaba de la infección de oído del hermano mayor. Por último, Lin visitó a Zofia, en el barrio de la Fuente, y trató de ocultar una sonrisa mientras la anciana flirteaba descaradamente con Aron.

—Vaya, pues sí que eres grandote y bien plantado —afirmó ella, con un brillo travieso en los ojos—. Si Lin no tiene pensado casarse contigo, lo haré yo.

Aron se sonrojó, y Lin lo observó, asombrada, mientras dejaba la tintura de dedalera para Zofia en la mesilla de madera. Nunca se había imaginado que el Exilarca pudiera sonrojarse. Pensó que le sentaba bien; lo hacía más humano, menos como una estatua tallada, con la mirada perdida en la distancia, empeñado en algún noble destino que nadie más podía ver.

—Déjame que te toque esos músculos —ordenó Zofia, y Aron volvió a sonrojarse, pero la obedeció de buen humor, y permitió a Zofia que le apretara el brazo y exclamara que no había tocado un bíceps así desde que había sido la amante de Nestor el Despiadado, el pirata más temido en los mares hasta Laurent Aden.

Resultó que Aron había oído hablar de Nestor y quería saber si era cierto que había dejado atrás un mapa del tesoro después de su misteriosa desaparición en la costa de Taprobana.

—Podría ser, podría ser —contestó Zofia guiñándole el ojo—. Ahora date la vuelta. Quiero tocarte...

—Zofia, no —intervino Lin con firmeza. Besó a la anciana en lo alto de su revuelto moño de pelo gris y dijo—: Sé buena, tómate la medicina, y te veré la próxima semana.

—¿Lo traerás contigo? —inquirió Zofia, señalando a Aron con un largo dedo.

—Si te portas bien —le aseguró Lin, mientras escapaba con un Aron sonriente.

Caminaron en silencio de vuelta al Sault. Él parecía perdido en sus pensamientos, con las manos cogidas a la espalda, mientras pasaban las fuentes secas que daban nombre al barrio, y atravesaban la vía Elemi, donde las parras en flor caían desde los balcones de hierro forjado sobre las paredes blancas de las limpias casas alineadas. El aire era cálido y seco, y olía a naranja y jazmín. Era la clase de día que hacía que la gente se enamorara de esa ciudad, aunque si Aron sentía algo así, lo ocultaba muy bien.

Recorrieron juntos la Ruta Magna, donde las tiendas estaban cerradas por la hora de descanso. Lin no podía culparlos. Lo único que quería era regresar a su casa, meterse en la cama y dormir, aunque la noche anterior hubiera pensado que nunca más volvería a dormir. Con una leve sensación de sorpresa, se dio cuenta de que, al menos durante las últimas horas, visitando a los enfermos con Aron, no había pensado en Conor.

Mez estaba en las puertas y guiñó el ojo a Lin cuando las cruzó junto al Exilarca. Ella le hizo una mueca, aunque realmente no le importaba. Al menos, Mez seguía comportándose igual con ella desde el Tevath.

Habían llegado hasta el Kathot cuando Lin, que se preguntaba si Aron tenía intención de acompañarla hasta su puerta, se detuvo y se

dirigió a él.

—Espero —le dijo, mientras él también se detenía, con una ligera expresión inquisitiva en el rostro— que hayas aprendido todo lo que deseabas saber.

Aron tardó un momento en responder. La recorrió con la mirada, seco como las arenas del desierto cuyo color había absorbido. Los árboles del Kathot mostraban una casi irrazonable floración; racimos como blondas de color azafrán relucían en el amarillo de las jacarandas, y pesados frutos, aún verdes, colgaban de las higueras. (Mariam y ella habían sido unas grandes ladronas de higos de niñas, y a menudo alguno de los ancianos del Kathot las había echado, persiguiéndolas con un bastón en alto). Un lugar muy bonito, pensó, que la mayoría de la gente de Castelana nunca vería, igual que nunca vería el interior de Marivent. Aunque por razones muy diferentes.

—Eres una médica excelente —respondió Aron, sobresaltándola, tanto por las palabras como por el rato que le había costado decirlas —. Realmente buena con tus pacientes. Admito que pensaba... No importa lo que pensaba. —Su expresión era seria y grave, como si estuviera dando malas noticas en vez de buenas—. No me gustaría nada ver que tu buen hacer se echa a perder.

—¿A perder? ¿Qué quieres decir?

Aron miró alrededor como para asegurarse de que estuvieran solos. Las puertas del Shulamat estaban cerradas por las horas de la tarde, y en la plaza reinaba el silencio. El calor parecía caer sobre ella, como el peso de una mano.

—Siempre ha sido parte de mi labor observarte y evaluarte, antes de poder hacerte la prueba, y creo que te conozco un poco, Lin Caster. Comprendo por qué afirmaste ser la Diosa. Eres una sanadora empedernida, y deseas salvar a tu amiga Mariam,

seguramente con conocimientos a los que solo puedes acceder en el Shulamat.

Lin se lo quedó mirando y sintió que se mareaba. ¿A cuánta gente desesperada debía de haber conocido Aron? ¿Cuántas razones diferentes para hacer la misma proclamación que ella?

—Es una pena que seas quien eres —dijo a media voz.

Lin se obligó a mantener la voz firme.

—¿Qué quiere decir eso?

—Tu abuelo es Mayesh Bensimon. Si fracasas en la prueba, y no creo que confíes mucho en pasarla, tu falsa afirmación será vista por el Sanhedrin como una jugada política, no como un simple error.

—Pero eso es ridículo. Mi abuelo ni siquiera sabe...

—¿Me estás escuchando, Lin? Te exiliarán.

Fue como un golpe. El exilio.

—Pero... Yo no tengo nada que ver con el trabajo de mi abuelo...

—Vas a menudo a la Colina —repuso él con gravedad—. Asistes a las fiestas de la nobleza. Puedes entender cómo verá eso el Sanhedrin.

—¿Y tú? —El viento había arreciado; Lin se apartó el pelo de la cara con impaciencia—. ¿Y tú cómo lo ves?

—Yo veo que la decisión es fácil —contestó—. Retira lo dicho, acepta un pequeño castigo, y ahí acabará todo. He conocido a gente que ha sido exiliada. El dolor que les causa es difícil de imaginar. Todos a los que has conocido, todo lo que has conocido, se te arrebatan en un instante. Y no ser ya una ashkar. Que la Diosa te gire la cara... Es la muerte en vida.

—Ya veo —repuso ella incómoda. El sol que relucía sobre el oro del tejado del Shulamat parecía clavársele en los ojos como agujas —. ¿Cuál es el pequeño castigo?

—Se te prohibirá salir del Sault, o practicar la medicina, durante seis meses —contestó Aron, y a Lin le quedó claro, por la manera en que lo dijo, que lo había hablado con el Maharam, que habían pensado eso juntos. Un vapuleo a su independencia, a su orgullo en su oficio. Y más que eso...

—Seis meses son muchos —dijo—. Debo tratar a Mariam. Podría morir antes de eso.

—El nombre de Mariam está escrito en el Libro de la Vida. Tanto la fecha de su nacimiento como la de su muerte. Eres la mejor médica que he visto nunca, sin embargo, sabes con seguridad que no puedes salvar todas las vidas.

Lin tragó aire.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes siquiera pensarlo?

—Entonces, no vas a escucharme. —Meneó la cabeza. No parecía enfadado, era más como si él le hubiera fallado a ella, y de algún modo, eso era mucho peor—. En cualquier caso, debes tomar una decisión. Ya sé todo lo que necesito saber; la prueba será pronto, Lin. No dejes que sea demasiado tarde.

A Kel le estallaba la cabeza. El sol brillante y el fuerte repicar de los carruajes al pasar tampoco le estaba ayudando; definitivamente, tenía una gran resaca. Tenía ganas de vomitar en el agua verdosa del canal del distrito del Templo, pero, de algún modo, no quería darle la satisfacción a la fuerza maligna que fuera (¿el destino?, ¿los dioses?) que parecía decidida a arruinarle la vida...

Para cuando al final hubo acabado la fiesta, y el último de los invitados hubo salido tambaleándose por la puerta bajo un cielo nuboso y cargado de humo, Kel había estado desastrosamente borracho de vino de ortiga mezclado con licor de genciana con miel.

Como beber azúcar envenenado, dulce y letal. No dejó de captar la ironía.

Esa noche, no había vuelto a hablar con Antonetta, ni como Conor ni como él mismo. Tampoco ella se había acercado a él. Parecía estar pasándoselo muy bien, sonriendo mientras charlaba con Sancia Vasey, con Montfaucon y Falconet, con Beatris Cabrol, incluso con lady Gremont. Kel no había querido mirarla, pero no había sido capaz de no verla. Estaba espléndida en su reluciente vestido, como una estrella moviéndose por un cielo negro.

Por la mañana, Conor se había sentado al pie de la cama de Kel, abotonándose los largos puños de la chaqueta. Se estaba preparando para reunirse con Anjelica en el Muelle Real para la botadura del nuevo barco de guerra de Castelana.

—El nombre se lo ponen en honor a Anjelica —comentó—. Nunca le han puesto mi nombre a un barco.

—Bueno, ella es más guapa.

—Eso es debatible —replicó Conor. Había acabado de abotonarse y estaba mirando hacia la ventana sin verla—. La gente es feliz, los nobles son felices; incluso mi madre es feliz, cuando no está pensando en cortinas. ¿Por qué yo no soy feliz?

—Conor...

—Esto es lo mejor que me podía haber esperado —continuó Conor, casi hablando para sí—. Nunca me iba a casar por amor. Y Anjelica... Es muy hermosa, sabía que lo sería, pero también es muy lista, muy capaz. Ve la verdad de las cosas. Y es sincera con eso.

Kel pensó en la reunión secreta de Anjelica con Aden la noche anterior. La sinceridad, quizá, era relativa. Sobre todo la suya propia.

—Y parece ser muy paciente conmigo —añadió Conor—, lo que, y creo que puedes estar de acuerdo, no es muy habitual.

—Solía ser más habitual —repuso Kel, y cuando Conor lo miró de medio lado, añadió—: Te estás forzando demasiado para sentir lo que crees que debes sentir. Anjelica te cae muy bien. Parece que estáis empezando una buena amistad. Hay peores cimientos para un matrimonio.

No recordaba lo que Conor le había contestado..., y en ese momento, alguien lo llamó, sacándolo de sus pensamientos. Era Merren, que esperaba con Ji-An en el exterior del Caravel.

Ambos estaban sentados en la barandilla del puente de piedra que cruzaba el canal. Merren alzó la mano y lo saludó; Ji-An, como de costumbre, parecía estar ocupada pensando en toda la gente y las cosas que le desagradaban.

—Tienes una pinta horrible —le dijo esta a Kel, a modo de saludo. Iba vestida con la chaqueta de seda violeta de siempre, y se había recogido la larga melena en la nuca con horquillas de coral.

—Tengo resaca —le informó Kel.

Ella arrugó la nariz.

—Tienes la cara verde. No pega con... lo que sea ese color. —Agitó la mano indicando la ropa de Kel; una levita de color vino y pantalones a juego.

—Ven, tómate esto —lo llamó Merren, mientras se dejaba caer de la barandilla. Rebuscó en su chaqueta y sacó una petaca de alpaca.

Cuando Kel desenroscó el tapón, el penetrante olor a savia de árbol le provocó una mueca de dolor.

—¿Estás seguro de que no es veneno?

—Si fuera a envenenarte, te lo diría —contestó Merren, con aire de dignidad ofendida.

—Humm —soltó Kel; inclinó la petaca y dio un buen trago.

Lo que parecía un fuego ardiente le fue bajando por la garganta hasta el estómago. Se le saltaron las lágrimas. Se enteró a medias

de que Merren le contaba que acababan de recibir el mensaje que había enviado a la Mansión Negra la noche anterior, y ¿cómo había conseguido Kel que Ciprian Cabrol accediera a reunirse con él en el Caravel?

—Creo que Kel puede estar muriendo —comentó Ji-An, que observaba a Kel con interés mientras este tosía—. ¿Estás seguro de que no lo has envenenado, Merren?

—Es como si ninguno confiarais en mí —protestó Merren.

Kel se sorprendió al notar que la sensación de ardor iba desapareciendo, junto con el dolor de cabeza. Bien. Le devolvió la petaca a Merren, parpadeando. Una claridad nada desagradable se le estaba extendiendo por las venas. El mundo alrededor parecía haberse enfocado de repente; sintió como si, de quererlo, hubiera podido contar todas las piedras del puente en cuestión de minutos. Eso era muchísimo mejor que las curas para la resaca de dom Valon.

—¿Qué era esa cosa? —preguntó—. Podría convencer a Conor para que comprara cubos enteros, literalmente, si quisieras venderlos.

Merren volvió a guardar la petaca en la chaqueta.

—Lo uso a veces cuando necesito concentrarme en mis estudios. Y ya sabes que no se lo voy a vender a Palacio —añadió—. Va en contra de mis principios.

—Claro —respondió Kel—. Tan pocas veces me encuentro con gente con principios, que me olvido de qué pinta tienen.

—Hablando de gente sin principios... —Ji-An le dio un pequeño codazo.

—Cierto. Ciprian. —Kel miró detrás de ellos, al Caravel. No quería pensar en la última vez que había estado allí; pensar en Antonetta era más de lo que podía soportar—. Cree que se va a reunir con

Conor. Merren, ¿tienes algo de ese suero de la verdad que empleaste con Raimon?

Merren pareció dudar.

—¿Crees que aceptará una bebida de ti cuando vea que no eres Conor?

—No estoy seguro ni de que aceptara voluntariamente una de Conor. —Kel se frotó los ojos—. Muy bien. Pensemos. Solo tenemos una oportunidad de conseguir de él esa información. ¿Qué plan tenemos?

La respuesta fue un torrente de sugerencias tanto de Merren como de Ji-An. Aún diferían en los detalles cuando Kel dejó a sus compañeros en el puente y se dirigió hacia el Caravel, tratando de olvidar que tenía un sabor en la boca como si hubiera estado lamiendo el suelo de un bosque de pinos.

Cuando tocó la campanilla de cobre, Hadja le abrió, con los pendientes de oro balanceándose. Lo hizo entrar y solo le dijo que domna Alys Asper lo estaba esperando. Kel la siguió hasta el salón principal, que nunca había visto tan vacío; supuso que el Caravel trabajaba sobre todo de noche. Un grupo de cortesanas, sin nadie a quien entretener, pasaban agradablemente el rato en los sofás del salón principal. Una de ellas era Sila, que inclinaba su melena roja sobre las cartas.

Kel apartó la mirada de ella justo cuando Alys entró en el salón. No había cambiado: bien arreglada, como siempre, con la melena oscura suelta sobre los hombros. Kel pensó que su parecido con Merren era sorprendente, aunque no se captaba a primera vista. Tenían la misma complexión, las mismas manos esbeltas, los mismos gestos precisos. Antes no había conocido a Merren lo suficiente para notarlo.

—¿Está aquí? —preguntó Kel.

Alys asintió con la cabeza y comenzó a precederle por la escalera. Mientras subía, Kel vio que Sila le lanzaba una mirada con una sonrisita pesarosa.

—Gracias por ayudarnos una vez más, domna Asper —dijo Kel.

—No sabía que os había ayudado antes —repuso ella, con calma.

—Privaste a Gremont de su amuleto protector. Créeme, nos hiciste un gran servicio a todos.

Una expresión de auténtico placer le pasó por el rostro. No había ningún remordimiento en ella, solo la satisfacción de ver algo vuelto a su equilibrio.

—¿Quién sabe que ha muerto?

—Solo unas pocas personas —contestó Kel—. De momento, todos los de la Colina simplemente creen que se ha largado a alguna parte. Por cierto, ¿qué hiciste con el amuleto?

—Está en buenas manos —respondió ella mientras alcanzaban el último piso.

Kel caminó a su lado mientras recorrían el pasillo que ya conocía. Meses atrás, se había encontrado allí con Merren por primera vez; la misma noche que Andreyen le había raptado y le había ofrecido que trabajara para la Mansión Negra. La segunda noche de su vida en que todo había cambiado en un momento.

La tensión hizo que comenzara a dolerle la espalda, como si tuviera un cable enrollado en la columna, muy apretado.

—Es un objeto muy peligroso —continuó Kel—. Algo con tanto poder mágico debe guardarse de forma segura.

Alys esbozó una sonrisa cómplice.

—Justamente. Comprende que no puedo decirte dónde está el amuleto. Pero todos tenemos nuestros secretos, ¿no es cierto, Kel Anjuman?

Se detuvo ante la puerta de la biblioteca. Estaba ligeramente entreabierta. Kel olió el aroma del humo de *patoun* procedente del interior.

—Unos más que otros —contestó Kel, y entró.

El olor dulzón de humo era más intenso ahí, y la luz más tenue. La estancia era como la recordaba: estanterías llenas de libros, mesas desperdigadas, la entrada en arco que daba a la sala de lectura. Frente a la ventana donde Merren había estado sentado la primera vez que Kel lo había visto, se hallaba Ciprian Cabrol.

Este se volvió justo cuando Kel cerraba la puerta a su espalda. Tensó los hombros, y la expresión de su rostro mudó de una expectante a otra de sorpresa.

—¿Anjuman? ¿Qué estás haciendo tú aquí?

Y, de repente, Kel dejó de estar nervioso. Durante muchos años le habían entrenado para analizar cada estancia en la que entraba, para examinar el comportamiento de los que rodeaban a Conor, como un joyero podría examinar el excelente mecanismo de un reloj. En ese momento, miró a Ciprian Cabrol, siempre tan elegante, y vio que el cabello castaño estaba revuelto donde debía de haberse pasado las manos por él más de una vez.

Tenía ojeras tensas y brillantes, una clara señal de que no había dormido.

«Está asustado —supo Kel—. No. Está aterrorizado».

Kel cerró la puerta con llave y se apoyó en ella, con la mirada fija en Ciprian.

—Me ha enviado Conor —dijo tranquilo—. Me temo que no puede escaparse. Ya sabéis cómo es. Las apretadas agendas reales. —Sonrió de oreja a oreja, mostrando los dientes—. Hay tanto que hacer. Juergas, bebida, mirar despectivamente a los campesinos,

contar la plata para asegurarse de que nadie de la pequeña nobleza se largara anoche con las cucharas...

Ciprian se lo quedó mirando.

—Veo que no hablas en serio.

—Mantengo el buen humor —repuso Kel—. Conor dijo que parecía que deseabais aliviar vuestra carga hablando con alguien. No lo dudéis, me alegraré de transmitir vuestra carga aliviada a Conor.

Ciprian enrojeció de ira.

—Lo que tengo que decir solo lo puede oír el propio príncipe. No su lacayo. —Fue hacia la puerta, claramente molesto porque tendría que apartar a Kel para poder pasar.

—Deteneos —dijo Kel con una silenciosa amenaza, que hizo que Ciprian se parara de golpe—. Para empezar, estáis en deuda con la Casa Aurelian por otorgaros el fuero, ¿no creéis? Pero tenéis una deuda aún mayor con Malgasi.

Ciprian ni lo negó ni fanfarroneó, lo cual le honraba. Simplemente, entrecerró los ojos mirando a Kel.

—Parece que Conor te lo cuenta todo, ¿no es así? —preguntó.

—Lo que deberíais preguntaros —respondió Kel— es qué le contaré yo a Conor de nuestro encuentro de hoy. Parecíais creer que teníais algo que compartir con él, quizá algo que os exonere de vuestra participación en la masacre de la Galería Brillante. ¿Qué era?

—No tuve nada que ver con eso —comenzó Ciprian, enfadado—. Lo único que siempre he querido es librarme de los Roverge, y fue eso lo que me ofreció la princesa Belmany.

—Ah, claro —repuso Kel—. Y os dio el dinero para comprar pólvora suficiente para volar por los aires la flota entera de los Roverge.

El rostro de Ciprian había adquirido un color blanquecino.

—¿Qué es exactamente lo que sabes? —preguntó muy tenso.

Kel enganchó una silla con el pie y se la acercó. Se sentó y cruzó una pierna sobre la otra. Se recostó con un suspiro y se fijó en que Ciprian tenía un tic en un párpado.

Sonrió para sí. Había aprendido del Rey Trapero lo beneficioso que era mostrarse tranquilo y cómodo mientras que los otros se removían incómodos.

—Sospecho que más de lo que imagináis —respondió—. Descubramos si mis sospechas son ciertas.

Ciprian asintió impaciente.

—Sé que la Corte de Malgasi sueña con derrocar a la Casa Aurelian, y está usando a las familias de los fueros para lograrlo —comenzó Kel—. Sé que varias de las familias le son leales, y que vuestra familia es una de ellas. —Iba cogiendo los hilos al hablar, tejiéndolos en un tapiz, el cual aún no había visto al completo.

Las pupilas de Ciprian parecían haberse dilatado.

—Maldito —gruñó—. ¿Cómo sabes todo eso?

—Espiando a la gente, Ciprian. Os recomiendo que os concentréis más en lo que sé, y menos en cómo lo sé. —Desde la segunda sala de la biblioteca, Kel creyó oír el chirrido de unas bisagras. Habló muy alto para cubrirlo—. Sé que estáis a punto de decirme que, al principio, Malgasi habló únicamente con los nobles, con los Alleyne, los Gremont, proponiéndoles un plan para solo asustar a la princesa sarthiana. Y quizá eso fuera cierto. Pero cuando el plan derivó en una sangrienta masacre, la familia Belmany empleó la culpa de los conspiradores para chantajearlos. Parafraseando vuestras propias palabras a un amigo mío: una vez los malgasi te atrapan con sus garras, te tienen cogido para siempre. Nunca dejan de exigirte más. Así que decidme, ¿cuál es el resto de su plan?

Ciprian jadeaba ligeramente.

—Conor no puede saber nada de esto. No puede. Si lo supiera, acabaríamos todos en el Truco.

Ahí Kel tenía que pisar con cuidado.

—Conor me ha encargado que descubra todo lo que está pasando —explicó—. Y, evidentemente, tiene sus propios planes para los malgasi. —Se inclinó hacia delante y mantuvo una expresión abierta, de amigo—. Mira, Ciprian, no me desagradas. Sé que simplemente te querías librar de los Roverge, y que tienes razones que lo justifican.

Ciprian asintió.

—Ni siquiera conocías el plan de la Galería Brillante hasta que todo hubo acabado.

—No... no, no lo conocía —repitió Ciprian con una urgencia casi patética.

—Caíste en una trampa malgasi —continuó Kel—. Y yo estoy dispuesto a interceder en tu favor ante Conor si me das los nombres de los otros conspiradores. Puedo hacerle entender que tú te mereces el perdón.

—Pero no sé los nombres de los otros conspiradores —declaró Ciprian—. Solo los que has mencionado, Alleyne y Gremont. Primero, los malgasi tenían un acuerdo con el padre, el viejo Gremont, el que murió en la Galería Brillante. Pero le entró miedo. Así que lo mataron y pusieron al más joven.

—Artal.

Ciprian asintió.

—A Artal Gremont lo pusieron a cargo de todo. Nos comunicábamos con la princesa a través de él. Sé que hay dos familias más, pero no sé cuáles son.

Durante un momento, Kel guardó silencio. Había sabido que existía la posibilidad de que Ciprian no quisiera hablar o de que

simplemente no lo supiera todo, pero le enfurecía. Más retrasos. Más mentiras a Conor.

—De verdad —insistió Ciprian. Se había estirado las mangas sobre las manos, como un niño, y se las toqueteaba con los dedos—. No lo sé.

—Muy bien. —Kel se puso en pie—. Usa todos los contactos que tengas. Ve a ver a la propia Elsabet Belmany si hace falta. Encandílala. Descubre quiénes son los otros conspiradores, luego tráeme los nombres.

Cabrol vaciló.

—Es la única manera de que no acabes en el Truco, Ciprian. Será una prueba de tu lealtad a Castelana y a los Aurelian.

Algo destelló y desapareció en los ojos de Ciprian. Negó con la cabeza.

—Es una bonita oferta —reconoció—. Y, créeme, tengo miedo del Truco. No soy tonto. Pero los malgasi... —Se cortó—. El Truco, el patíbulo, me asustan de un modo que puedo imaginarme. Lo que los malgasi pueden hacerme es inimaginable.

Kel pensó en la llama que salía de la mano de Elsabet, el fuego que ardía sobre el océano. Así que Ciprian sabía algo sobre la magia que podía hacer la princesa Belmany. Artal seguro que también lo sabía, aunque lady Alleyne había parecido sorprendida. Aun así, debería tener cuidado con eso. Esa era una información peligrosa para negociar.

—Sé que los malgasi son muy poderosos —respondió—. Con un poder que nadie más tiene...

Pero Ciprian, todavía negando con la cabeza, se dirigió a la puerta. Era evidente que Kel le había perdido, así que se levantó y se apartó de su camino. Ciprian vaciló un instante en el umbral antes de darle la vuelta a la llave y abrir la puerta de par en par.

Y se encontró de cara con Ji-An y Merren, de pie al otro lado. Merren parecía poco interesado en lo que ocurría; Ji-An, con una daga en la mano, sonreía.

—Esta conversación aún no ha acabado —dijo ella.

Ciprian entrecerró los ojos.

—Te conozco. Trabajas para el Rey Trapero. —Movió la mirada hasta dejarla sobre Kel—. Y tú...

—Pasa dentro —soltó Kel; Merren y Ji-An se apresuraron a entrar en la biblioteca, esta última forzando a Ciprian con la punta de su daga.

Kel no estaba seguro de que eso fuera necesario; Ciprian parecía demasiado confuso para intentar escapar, pero le añadía un toque de teatralidad.

Merren cerró la puerta de la biblioteca de una suave patada.

—Sí, todos trabajamos para Andreyen.

—Así fue como supisteis lo de la pólvora. —Ciprian se volvió hacia Kel—. Pero eres el primo del príncipe. Tú... Bueno, de acuerdo, no sé exactamente lo que haces, pero es evidente que eres leal a los Aurelian. ¿Qué haces mezclándote con la purria de Castelana?

Ji-An silbó entre dientes.

—Cuida la lengua.

—Hay un Rey en la Colina y un Rey en la Ciudad —dijo Kel—. Y no solo es un dicho, sino la verdad. No creas que esos monarcas no se reconocen mutuamente. Si te alías con los malgasi, te conviertes en enemigo de ambos reyes.

—Pero si cuidas del Rey de la Colina, entonces el Rey de la Ciudad cuidará de ti —añadió Merren.

—¿Qué significa eso?

—Andreyen te protegerá —explicó Ji-An—. Consigue esos nombres para Kel, y el Caballero Muerte os acogerá a tu familia y a ti en la

Mansión Negra. Ya sabes lo segura que es. Y los malgasi le temen. Ellos tampoco son tontos. Saben que si se enemistan con el Rey de la Ciudad, las calles de Castelana nunca les resultarán seguras, por mucho que controlen la Colina.

Se hizo un largo silencio que pareció alargarse como el mar hacia el horizonte. Kel no podía descifrar la expresión de Ciprian; solo notaba que las manos, antes nerviosas e inquietas, se habían quedado paradas.

—De acuerdo —dijo Ciprian finalmente—. De acuerdo. Lo haré. Conseguiré esos nombres. —Volvió a mirar a Kel—. Pero hay algo que debes entender de los malgasi. No son como Sarthe. No es la codicia lo que los mueve, o el deseo de conseguir más territorio. Es el odio. El odio a los Aurelian. No sé por qué, pero es tan puro como el fuego blanco. No descansarán hasta que la estirpe de los Aurelian sea reducida a cenizas.

Lin

—¿Cómo os llamáis? —pregunta Lin amablemente. Está sentada junto al lecho de domna Delores. Es media tarde y las sombras comienzan a espesarse en los rincones del dormitorio como fantasmas hambrientos—. Vuestro nombre ashkar. Si deseáis decírmelo.

La mujercita que yace en la cama intenta sonreír. En los pocos días desde que Lin la vio por última vez, ha pasado de ser una mujer muy enferma a hallarse a las puertas de la muerte. Se niega a comer, como los moribundos hacen con frecuencia, y según la vecina que ha llamado a Lin, solo ha tomado unos cuantos sorbos de agua. Lin nota su mano en la suya como un manojo de ramas secas.

—Talia —susurra la mujer—. Me llamo Talia.

Lin asiente con la cabeza.

—Talia —repite—. ¿Queréis que rece por vos?

«Porque el Maharam no puede rezar sobre ti mientras mueres, ni tampoco tienes familia que lo haga, ni siquiera un amigo ashkar. Así es la crueldad del exilio».

No está prohibido explícitamente que un ashkar rece por gente no ashkar, pero Lin no suele hacerlo. Otras religiones tienen sus propias

plegarias, y a menudo hay cerca algún sacerdote o algún miembro de la familia junto a la cama para decir esas palabras. Sin embargo, esto es diferente. Talia está absolutamente sola.

La mujer se remueve inquieta en la cama.

—Me temo que no puedes rezar por mí. Me temo que no hay ningún lugar para mí en el mundo venidero. Porque no soy realmente ashkar.

Lin se siente invadida por una gran sensación de injusticia ante esa situación. Los ashkar aprenden desde la cuna a participar en la cura de las grandes heridas del mundo, que está cargado de injusticia, crueldad y prejuicios. Arrancarle a alguien su fe y su gente, la esencia misma de quién es, simplemente por quién entrega su amor, le parece a Lin una gran injusticia en sí misma. ¿Cómo puede un pueblo que ha sido forzado al exilio condenar también al exilio?

«Pero ¿qué hay de los otros crímenes? ¿Qué pasa con los que son como tú o como Asher, el hijo del Maharam? ¿Aquellos que tratan con la magia prohibida?», le susurra una vocecita en la cabeza. Lin la hace desaparecer; ahora está con una paciente, y no debe ocuparse de sus propios problemas.

—Ssssh —dice Lin—. Amasteis a alguien. Creasteis un hogar para él; desde entonces, habéis vivido en paz y soledad. No habéis hecho ningún daño en este mundo. No dudo que cuando paséis al mundo venidero, la Diosa os abrirá los brazos.

Es cierto. No lo duda, y puede decir eso ahora de un modo que no habría podido hacerlo incluso solo medio año atrás.

Esta vez, Talia consigue sonreír. Observa a Lin con los ojos hundidos mientras esta saca una bufanda de su zurrón. Había sido de su madre y está bordada con las palabras de la Gran Plegaria.

Le pone la bufanda en la mano, y le coloca los dedos rodeándola. La plegaria ha sido bordada en hilo de oro. «La Diosa es Una; regresará».

Esas son las palabas que deben seguir a los ashkar allá donde vayan, que deben inscribirse sobre las puertas de todos los Sault, que son para que sujeten y lleven con ellos desde este mundo al siguiente.

Talia tiene cerrados los ojos. Bajo el peso de su mano, los bordes de la bufanda ondean ligeramente con su débil respiración. No falta mucho. Lin deja de lado cualquier reparo y comienza a recitar la *Plegaria para los Moribundos*, en la voz más baja que puede.

—Ve, porque la Diosa te envía. Ve, y ella estará a tu lado...

Capítulo veinte

Después de regresar de su ronda con Aron, Lin se preparó para ir a la Mansión Negra y recoger, de Merren, el medicamento para el rey. Cuando salió por la puerta, encontró un pergamino doblado que habían dejado en el escalón. Convencida de que era algo relacionado con su inminente prueba, lo abrió y leyó las tres palabras escritas en una elegante caligrafía:

Tenemos que hablar

Y debajo, las iniciales:

C. A.

Conor Aurelian.

El corazón le latía como si hubiera estado corriendo, y tenía el sabor del metal en la boca. Arrugó el pergamino con la mano y lo lanzó a la chimenea antes de cerrar dando un portazo y marcharse.

Kel y Conor se hallaban sentados en el suelo de su habitación jugando al triunfo por monedas de cobre. La suerte de Kel esa tarde había sido terriblemente mala. Guiñó los ojos para mirar las cartas de su mano, deseando que mejoraran. Tenía la bruja, la parra y el barco, pero las cartas más potentes, el hechicero, el cáliz y la torre de cristal de la Fractura, le habían esquivado hasta ese instante. Casi seguro que ganaba Conor.

En otro momento, eso le habría parecido bien a Kel. El príncipe odiaba perder, pero le molestaba que le permitieran ganar. Sin embargo, en ese instante, Conor estaba prestando muy poca atención al juego, y se había desprendido de la espada de Lotan y la torre sin darse cuenta.

El príncipe se había mostrado distraído desde el Baile del Solsticio, la noche anterior, lo que continuaba dejando perplejo a Kel. Lo que fuera que hubiera pasado mientras Conor había estado fuera de la Armería le había preocupado mucho, y aunque Anjelica y él habían aparentado divertirse juntos durante el resto de la velada, Kel sabía que solo estaban actuando, o al menos Conor.

Había probado a preguntarle amablemente qué había pasado, pero Conor solo lo había esquivado, y se había dedicado a cambiar de tema; Kel supuso que Conor se lo contaría a su tiempo. O se olvidaría por completo de lo ocurrido; ambas contingencias resultaban igualmente posibles.

Kel puso sobre el tapete la carta del Caballero Muerte, la cual siempre le hacía pensar en el Rey Trapero. Claro que el Caballero Muerte sonreía, y la última vez que Kel había visto a Andreyen, este se había mostrado exasperado.

Kel, Merren y Ji-An se habían visto obligados a regresar a la Mansión Negra después de interrogar a Ciprian Cabrol y admitir que

le habían ofrecido la protección del Rey Trapero. Andreyen no se había mostrado muy contento.

—Protección es un término muy vago. ¿Le especificasteis qué le estaba ofreciendo? ¿Debo ahora compartir mi hogar con Ciprian Cabrol y toda su familia?

—Si se llega a eso, aquí hay habitaciones de sobra —había respondido Merren.

Andreyen lo había mirado con resignación.

—Merren, no espero que tú entiendas por qué eso me molestaría —le había tranquilizado—. Pero, Ji-An..., normalmente no empleas mi nombre con tanta facilidad.

—Me dejé llevar por el momento —había admitido Ji-An—. Hemos estado pasando demasiado tiempo con Kel. Solo tiene ideas temerarias.

Kel había hecho un ruido de protesta.

—Bueno, pues no ofrezcáis cosas en mi nombre sin antes consultarme. —Andreyen se había recostado de nuevo en la silla—. Aun así, ha sido una jugada interesante por tu parte. Tengo curiosidad por saber qué sale de ella.

Conor tiró las cartas al suelo. Estaba sentado con la espalda apoyada en el diván, con unas oscuras ojeras. Kel le había oído dar vueltas en la cama toda la noche.

—Me rindo —dijo Conor—. Concedo la victoria. Coge hasta el último penique.

A Kel no le interesaban los peniques.

—Pero estás ganando, Con. —Abrió en abanico sus triste cartas—. ¿Lo ves?

Conor esbozó una sonrisa reticente.

—Son muy malas.

—Ya te lo decía.

La puerta de los aposentos se abrió de golpe. Kel oyó la voz alarmada de uno de los guardias del castillo en el pasillo, pero Anjelica pasó ante él y entró en el cuarto.

Estaba magnífica, vestida de seda del color del azafrán, con finas cadenitas de oro en las muñecas y los tobillos. Había algo en ella que Kel no creía haberle visto antes. La había visto nerviosa, incluso preocupada, pero nunca sin una capa de frío control. Incluso cuando se preparaba para tratar con Laurent Aden, había mantenido la calma, pero en ese momento...

Conor la saludó con la mano, como desde la ventanilla de un carruaje.

—¿Te apetece una partida de seises? —ofreció—. Yo juego fatal, lo que debería proporcionarte una victoria fácil y satisfactoria...

—Me dijiste —soltó Anjelica, con hielo en la voz— que no me humillarías.

Conor ni se movió ni reaccionó. Solo se le tensaron los músculos alrededor de la boca, y alguien que no fuera Kel ni lo habría notado.

—Tendrás que explicarme mejor a qué te refieres —dijo con lentitud, y Kel vio que estaba ganando todo el tiempo que podía para ordenar sus ideas—. ¿Es por mi atavío? Mi sastre me advirtió que no mezclara el color borgoña con el cerceta...

—Te vieron —dijo Anjelica sin alterarse—. Anoche durante el Baile del Solsticio.

—Era un acto público —repuso Conor—. Imagino que me vieron muchas veces, sí.

—Cuando te fuiste de la Armería —explicó Anjelica—. Supuse que te habían llamado por algún asunto de Estado, algo urgente. En vez de eso, me entero hoy por Kurame que estabas fornicando con una

plebeya. En público. Donde cualquiera podía verte. —Escupió cada palabra con saña, como si le mordieran.

—¡¿Qué?! —exclamó Kel.

Miró a Conor, preparado para una negación furiosa. Pero no fue así. La expresión de Conor estaba entre la resignación y el alivio.

«Esto es lo que lo tenía tan angustiado. Quizá hasta se alegre de que lo hayan pillado».

Kel también se preguntó con quién habría sido, pero, en ese momento, no era cuestión de inquirirlo.

—Fue un error de juicio —contestó Conor—, y nada planeado. Aunque comprendo que esto no te importe, *ayakemi*.

—No uses esa palabra cuando me estés hablando. —El color ardía en las mejillas de Anjelica—. Juegas con títulos honoríficos que no significan nada para ti, sin embargo, no me tratas con honor.

Los ojos de Conor se encendieron de furia.

—¿Tienes a tu hermano espiándome?

—Conor —lo interrumpió Kel—. Discúlpate.

Anjelica miró a Kel por primera vez, y con cierta sorpresa. Este pensó que ella debía de estar preguntándose si él lo había sabido. Si habría estado protegiendo a Conor durante el baile, incluso mientras estaba bailando con ella.

Kel se puso en pie.

—Debo irme —dijo—. Esto es un asunto personal...

Los brazaletes de oro tintinearon cuando Anjelica alzó la mano.

—No. Quédate. Porque también formas parte de esto.

—Kel no forma parte de esto —aseguró Conor. Se puso en pie, directamente ante Anjelica—. Solo le dije que salía del baile, nada más, y sobre todo no le dije por qué. Estoy seguro de que todos estaremos de acuerdo que es mejor que mi ausencia no se comente.

—Acordamos que serías discreto —replicó Anjelica—. Y supuse que sabías lo que quiere decir discreto. No significa dejar a tu Guardián de Espadas en tu lugar durante un baile para que puedas ir a encontrarte con una cortesana cualquiera en uno de los ridículos adornos de tu madre, donde cualquiera podía verte. Esta vez ha sido Kurame, y no se lo dirá a nadie. Pero podría haber sido cualquier miembro de las familias de los fueros. Entonces ¿cuánto crees que tardarían en saberlo todos? Y la vergüenza no sería tuya. Sería mía.

Conor se pasó una mano por el rostro.

—No tienes nada de lo que avergonzarte, Anjelica —respondió, con una especie de cansado desprecio de sí mismo que sorprendió a Kel—. Y mi Guardián de Espadas tiene razón. Como ves, no es solo mi guardián, sino también mi conciencia. Te debo una disculpa.

Ella entrecerró los ojos.

—Entonces, discúlpate —dijo—. Y ya te diré si me resulta suficiente.

—Sé que te dijeron, antes de venir aquí, que soy débil, que soy alguien a quien no le importa esta ciudad, que antepone el placer a la responsabilidad. Y esos no eran solo rumores maliciosos. Eran verdad. Pero también es cierto que he cambiado. Lo que hice fue un gran error, y puedo decírtelo con absoluta certeza. Hice lo que hice, porque era lo que quería hacer en ese momento, y no pensé en aquellos a los que estaba hiriendo.

Se hizo el silencio. Kel miró a Anjelica por el rabillo del ojo. ¿Entendería ella, como hacía él, lo raro que era que Conor hablara así? ¿Que revelara sus auténticos pensamientos y sus dudas ante alguien?

—Bueno —repuso Anjelica—. Eso no ha sido exactamente una disculpa.

Conor la miró a los ojos.

—Lo lamento —afirmó—, más de lo que puedo decir.

«Sin duda —pensó Kel—, porque hay mucho que no estás diciendo».

Anjelica asintió con lentitud.

—Te perdono —dijo—. No ahora, tengo que hacer algo antes, pero te perdonaré. Esta vez. —Se volvió para marcharse; en la puerta, con la mano en el picaporte, vaciló—. En el baile, le dije a alguien que me habías tratado únicamente con honor y respeto —explicó, y una profunda rabia, que Kel no comprendió, remarcaba sus palabras —. No vuelvas a convertirme en una mentirosa.

Cerró de un portazo.

Conor se quedó mirando la puerta.

—Me pregunto —comentó— qué cree que debe hacer.

—Conor —le llamó Kel, serio—. Mírame. ¿Quién era? ¿Quién era la chica del adorno?

El gris de los ojos de Conor se oscureció.

—Déjalo, Kel. No importa.

—No lo hubieras hecho si no importara. Dejaste una fiesta de gran importancia política, y me pediste que nos intercambiáramos. Es alguien que te importa mucho, Con.

«Y creo que me parece saber quién es».

Conor maldijo para sí, se volvió y comenzó a subir la escalera de caracol que llevaba a la torre. Normalmente, Kel le habría dejado ir, pero nada en esa situación era normal. Comenzó a subir tras él.

—Conor...

Conor lo miró furioso desde el escalón superior.

—Si estás en lo cierto —le dijo—, y no estoy diciendo que lo estés, entonces por eso mismo sabrás que no puedo responder a tu pregunta.

Habían llegado a lo alto de la torre. Era otro día caluroso y brillante. Ni una nube manchaba el cielo de color azul porcelana. Los jardines de Marivent se extendían ante ellos, verdes y llanos; el claro borde de los acantilados resultaba visible; el océano era una plancha de hierro azul.

—Ya sé lo que me quieres decir —afirmó Conor, y a Kel le sorprendió la agresividad de su voz. Pero no iba dirigida a él, sino a sí mismo—. «Dile a Anjelica que no puedes casarte con ella. Piensa en otra manera en la que Castelana pueda pagar su deuda con Sarthe y al mismo tiempo protegerse. No te tortures». Pero sabes que no hay otra manera.

—Yo no hubiera usado la palabra tortura —contestó Kel en voz baja—. Pero para mí significa algo que lo hayas hecho.

Conor volvió la cara hacia Kel.

—Los veo —explicó—. Por la noche, cuando cierro los ojos.

—¿A quiénes ves?

—A la gente de Castelana —contestó Conor. Parecía reticente, como si no quisiera decir lo que estaba diciendo. Lo que hacía mucho más probable que fuera cierto, y Kel lo sabía—. A los maestros de los gremios, los posaderos, las esposas de los mercaderes, los tenderos, los niños. Los veo atravesados por las espadas de los sarthianos cuando estos irrumpan por el Paso Estrecho. Veo arder el Palacio, las cenizas de la Colina del Poeta, nuestra ciudad en ruinas porque yo fracasé. Porque no pude mantener esta alianza con Kutani. —Fijó sus ojos grises en Kel—. Siempre has sido un idealista, Kellian, pero este no es un mundo ideal. Si supieras...

Un fuerte estruendo lo interrumpió. El barritar de un elefante.

Sedai. Kel corrió hasta el borde de la torre, con Conor a su lado, y miró por encima del parapeto. La claridad del día hizo que fuera más

fácil verlas: Sedai, con Anjelica sobre su lomo, marchando por el sendero del acantilado. A pesar de su tamaño, Sedai caminaba con delicadeza, y Anjelica la montaba sin el beneficio de su asiento de enea habitual. Incluso a esa distancia, Kel podía verla a horcajadas sobre el cuello de Sedai, con las piernas colgando mientras se inclinaba para acariciarle la ancha oreja a su montura.

—Bueno —dijo Conor en su voz normal—. Al menos se lo está pasando bien, ¿no?

Kel pensó que había algo más que eso. No dijo nada, mientras observaba cómo, alertados por el barritar del elefante, bastantes sirvientes y guardias del castillo de Marivent salían a los patios. Unos cuantos lanzaron tenues vítores, porque a todos les gustaba Sedai. Kel se preguntó dónde estaría Kurame, si estaría observando a Anjelica y a Sedai acercarse a un adorno blanco que se alzaba justo en el borde del acantilado.

—¿Va a...? —comenzó a decir Conor justo cuando Sedai se alzó sobre los cuartos traseros y dejó caer sus dos enormes patas circulares directamente en lo alto del adorno. Kel oyó el ruido cuando se desmoronó. El polvo de yeso se alzó como el humo mientras Sedai volvía a alzarse y golpeaba con sus poderosas patas. Más madera y yeso se vinieron abajo cuando el techo del adorno se desplomó como una bandeja inestable sobre una pila de palitos.

—Bueno —comentó Kel—, siempre habías dicho que los adornos estropeaban la vista.

Conor se echó a reír. Era una risa real, en parte de incredulidad y en parte de auténtico disfrute.

—¿Así que era eso lo que tenía que hacer antes de perdonarme?

Sedai ya se había dado la vuelta, y con Anjelica, fueron pasando ante las ruinas del adorno, alejándose por el camino del acantilado. Las llevaría al sendero boscoso que seguía la cresta de las colinas

que separaban Castelana de Detmarch. En un momento, Anjelica se volvió y saludó con la mano en dirección al Castel Mitat.

—Supongo que sí —repuso Kel—. Alégrate de que solo haya chafado el adorno y no a ti.

Conor estaba mirando hacia Detmarch y las montañas.

—Tú siempre has sido lo único real en mi vida —dijo—. Pero cuando me convierta en rey, te perderé.

—Seguiré estando aquí —repuso Kel, aunque sabía a qué se refería Conor. No volvería a ser Conor, nunca más tendría que suplantarlo, nunca más tendría que recordar en todo momento cómo hablaba, caminaba, pronunciaba y pensaba él, y como jefe del Escuadrón de la Flecha, ya no sería solo el escudo de Conor, sino uno de los escudos de toda Castelana—. Pero puedes requerir a alguien más, no solo a mí.

«¿A Anjelica? Quizá, si eres sincero con ella, y discreto como te ha pedido», pensó, pero no lo dijo.

—¿Requerir? —repitió Conor—. Hay algo que requiero ahora. Antes de poder hablar de nuevo con Anjelica. —Se miró las manos, los anillos que le relucían en ellas, como si nunca antes los hubiera visto—. Tengo que asegurarme.

Y se marchó, en un remolino de seda color burdeos y terciopelo verdiazul.

Su sastre había estado en lo cierto, pensó Kel, apoyado en el parapeto. Esos colores no conjuntaban en absoluto.

Lin no podía concentrarse. Después de regresar de la Mansión Negra con el medicamento, había decidido hacer lo que pudiera para prepararse para la prueba, pero la cabeza se le iba. Estaba sentada, ansiosa, a la mesa de la cocina, donde normalmente realizaba sus

mejores investigaciones, con los libros esparcidos ante ella. Se le habían nublado los ojos de tanto mirar diagramas de Piedras-Fuente y de leer varios informes de cómo contenían su poder.

Si pudiera concentrarse... Pero a cada momento se le iba la cabeza, de vuelta a la noche anterior, al adorno y a lo que sucedió allí. A Conor: su boca, sus manos, el sonido de la lluvia, la sensación de él contra ella. El corazón se le aceleraba y se le paraba; se sentía enferma y con calor al mismo tiempo, como si le ardiera la piel.

Tratar de alejar la mente de esos recuerdos era como intentar sacar la mano entre estrechos listones que parecían querer arrancarle la piel. Pero lo consiguió, repitiéndose que olvidara a Conor, que se concentrara en cómo el poder se introducía en una Piedra-Fuente. Aun así, la imagen de la carta que él le había escrito seguía apareciéndole en la mente, al igual que lo hacía el saber que sí tendría que hablar con él sobre la medicina para su padre, por mucho que no quisiera hablarle de nada más.

—Céntrate —se susurró a sí misma—. Lin, estás enfrentándote a una prueba de la que ni puedes imaginar su contenido. Debes prepararte.

Era cierto que desde la última vez que había visto al rey Markus, había notado una chispa de poder en su piedra, pero solo era una chispa.

Pensó de nuevo en aquellos momentos en la torre, medio borrados de sus recuerdos. El rey gritando en malgasi. La piedra que se encendió con una luz brillante cuando la sangre de él la tocó, y se puso tan caliente que el metal le hizo daño. Aún tenía la cicatriz rosa pálido de la quemadura.

Las viejas leyendas decían que un rey o una reina eran inherentemente mágicos. Que podían hacer milagros, que podían curar con solo posar las manos sobre el enfermo. Pero Lin tenía la

mente práctica de un médico. No creía en milagros, o al menos no creía que hubieran existido desde la Fractura. Tampoco creía que hubiera algo físicamente distinto en la sangre real que la hiciera diferente de la que corría por las venas de la gente normal.

Oía a Aron en el fondo de su cabeza: «Yo veo que la decisión es fácil. Retira lo dicho, acepta un pequeño castigo, y ahí acabará todo».

Alguien llamando a la puerta la sacó de sus pensamientos. Mariam, quizá, o Chana, que le había estado preparando unos tés horribles que se suponía que la ayudaban a estudiar.

Llamaron por segunda vez.

—Vale, vale, ya voy —masculló Lin, mientras se apresuraba hacia la puerta.

La abrió y todo pensamiento sobre medicina se le fue de la mente. No era Chana la que estaba a su puerta, té en mano.

Era Conor.

El corazón se le contrajo dolorosamente dentro del pecho. Conor tenía una pinta horrible. Iba vestido muy sencillo, envuelto en una capa negra de lino con capucha, sin duda para ocultar el rostro. Pero ella pudo verlo lo suficiente para notar que su piel, normalmente de un marrón claro, estaba cenicienta; los ojos con grandes ojeras negras. No llevaba corona y tenía el pelo enredado. Los músculos del mentón estaban tensos; la boca, apretada.

—Si te estás preguntado cómo he pasado por la puerta —dijo con una voz neutra—, te diré que los guardias son sorprendentemente sentimentales. Les dije que era un mercader de los Caminos Dorados con una enamorada a la que quería sorprender. Eso, y que les pasé tres coronas a cada uno. A donde no llegan los sentimientos, un buen soborno de toda la vida no dejará de llegar.

Lin notaba un tenue zumbido en los oídos.

—Los guardias no deben aceptar sobornos —contestó de forma mecánica.

—Entonces tendrás que hablar de eso con ellos. —La miró tenso —. ¿Hay alguien más en la casa contigo? ¿O simplemente no quieres que entre?

«No quiero que entres».

La aterrorizaba pensar lo que podría significar que lo dejara entrar, estar sola con él. No confiaba en su autocontrol. Después de la noche anterior, sabía que, en su presencia, se le desmoronaba como arena mojada.

Pero sería mucho más seguro que no la vieran hablando con él. Incluso disfrazado, las lenguas no paraban en el Sault, y cualquiera podía verlos juntos en el umbral.

Se hizo a un lado.

—Pasad.

Él entró rozándola, oliendo a la ciudad; piedra caliente, río y agua de mar. Cerró la puerta tras él, y se pasó rápidamente los dedos por el pelo. De repente, pensó en qué aspecto tendría. Su vestido blanco estaba arrugado, con una mancha de tinta en una de las mangas. Iba descalza, el pelo se le salía de las trenzas y le caía en tirabuzones despeinados por la espalda.

—Sé que te he enviado un mensaje antes. —Conor se estaba sacando los guantes, de piel de cabritilla negra. Parecía alzarse extrañamente grande en su casita, como si fuera a rozar las vigas con la cabeza—. Pero he decidido que esto no puede esperar.

Ella casi cerró los ojos. El recuerdo de la lluvia, del adorno, de esas manos en sus caderas, era demasiado intenso. Amenazaba con arrastrarla y hundirla en corrientes de sensaciones tan sin fondo, que temía su profundidad y su fuerza.

—En el adorno... fue un error —susurró ella—. Lo supisteis inmediatamente. Y yo también. ¿Qué queda por decir?

Él se había sacado los guantes y los retorcía entre las manos. Tenía la cabeza gacha; ella no podía verle el rostro.

—¿Y eso es todo? —preguntó él—. ¿Un error?

—¿Os preocupa que le diga a alguien lo que pasó? —Lo miró fijamente—. A Mayesh o... —Tragó saliva—. No se lo diré a nadie. Tengo más razones que vos para querer que no se sepa.

Él retorció los guantes.

—No creía que quisieras contarlo.

—Entonces, si no hay nada más...

—Claro que hay más —soltó él—. Lin, no soy tonto. Lo que hicimos... Era tu primera vez, ¿no? Si lo hubiera sabido, nunca habría...

—Parad —siseó ella con fuerza, y alzó la mirada hacia él, sorprendida por la fuerza de su propia voz—. Lo decidí yo. Lo quería. Así lo dije.

—Pero —Conor parecía desconcertado— has dicho que fue un error.

—¡Claro que lo fue! —gritó ella, y ¿cómo podía no entenderlo él? —. Las historias de los cuentacuentos de príncipes y campesinas son solo eso, Conor. Cuentos. Y yo soy ashkar. Si alguien descubriera lo que hicimos...

—Eso ya lo sé, Lin. Es un crimen que nos toquemos. Conozco las leyes, mi familia hizo las leyes...

—Entonces ¿por qué estáis aquí? —quiso saber ella—. ¿Para pedirme disculpas, para decirme que fue una equivocación? Podríais haber enviado una carta. Algo en el papel real, con un sello. —Le temblaba la voz y los ojos le dolían como si algo se los estuviera apretando—. ¿Por qué arriesgaros a venir al Sault?

—Porque... —Sus ojos eran finas líneas de plata—. Tenía que verte. Tenía que hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó ella, y para su horror, la voz se le rompió con un sollozo.

El calor que le presionaba los ojos se convirtió en lágrimas, que le caían calientes por la cara. No podía detenerlas. Sorprendida, se cubrió la boca con la mano para ocultar el temblor de sus labios.

Todo en él cambió. Abrió los ojos. Dejó caer los guantes que había estado sujetando, al tiempo que su postura, dura, tensa, defensiva, parecía deshacerse; de repente, estaba ansioso por atravesar la sala e ir con ella. La acercó hacia él, con una mano en su pelo, y la voz suave.

—Lin, Lin. No llores, cariño. Por favor.

Ella nunca lo había oído así. Nunca se hubiera imaginado que él podía sonar así. Él le besó las mejillas, los ojos húmedos; la rodeó con los brazos y hundió el rostro en su melena. El corazón le latía bajo la mejilla de ella, rápido como las alas de un colibrí.

—No puedo casarme contigo —susurró él.

—Lo sé. —La voz se le quebró al responder.

—Pero puedo ofrecerte..., Lin, mírame. Mírame.

No muy convencida, ella echó la cabeza hacia atrás. A él, los ojos grises le ardían con una clara luz. Casi parecía un fanático, como si estuviera rogando por la salvación, o quizá la condenación.

—Soy un príncipe —comenzó él—. Te puedo dar oro. Joyas. Una flota de barcos. Pero tú no quieres nada de eso. Lo que no puedo hacer es casarme contigo, no sin destrozar las alianzas que mantienen a Castelana entera. No sin perder el trono, y ¿quién lo tomaría? Si hubiera alguien en quien confiara, renunciaría con ganas, pero no hay nadie...

—Conor. —Lin estaba consternada—. Nunca debes renunciar a eso. Nunca te lo pediría.

—Quiero renunciar. —Su voz era rasposa—. Pero no puedo. No puedo ofrecerte lo que el campesino más pobre de la calle podría ofrecerte. A mí mismo. Porque yo mismo no me pertenezco. Pertenezco a Castelana.

—Lo sé. No esperaba otra cosa. —Comenzó a apartar la cara, y lo notó rígido contra ella.

—No puedo ofrecerte lo que me gustaría, Lin. Pero puedo ofrecerte..., podría entregarte dinero. Una casa, una elegante en las Calles Plateadas. Un carruaje, sirvientes. Todo lo que necesitaras.

—¿Y sería tu amante?

—Sería discreto —repuso él—. Pero nos podríamos ver. Pasaría noches contigo. No todas las noches, no al principio, pero algunas. Te vería todo lo que pudiera.

Lin se había quedado sin habla. Pensó en Sila: «El sueño de toda cortesana es convertirse en amante. Se consigue una casa en las Calles Plateadas, un carruaje y un poco de dinero para ahorrar. Independencia. Es una buena vida, si el hombre es bueno».

Lin dio un paso atrás.

—Conor. No.

Vio que el rostro se le cubría de una expresión herida y se preguntó si alguna vez volvería a estar tan cerca de él. Lo suficientemente cerca para ver el cambio en sus expresiones: dolor seguido de obstinación, y el rápido destello de rabia que reflejaba el dolor. Lo suficientemente cerca para ver los rizos oscuros sobre las sienes, que pedían una mano que los echara hacia atrás. Lo suficientemente cerca para examinar la curva exacta de su boca.

—¿Por qué no? —preguntó él.

—Sabes lo que soy —contestó ella—. Soy ashkar. Mi gente está aquí. Lo que me ofreces, una vida fuera de estos muros, pero metida en una casa esperando tus visitas, para mí sería el exilio.

A Conor se le sonrojaron las mejillas; era evidente que no había pensado en ese aspecto de su oferta.

—Y a ti no te compensa.

—¡Conor! —El corazón le dolió al mirarlo. Una parte de ella solo vio el daño que le había causado, vio el dolor en los ojos de él, el modo en que las manos se le volvían puños para que las uñas se le pudieran clavar en la palma. Qué extraño le resultaba conocerlo tan bien—. Si fuera tu amante —continuó ella—, ¿cuánto tardarías en cansarte de mí? Una vez te hubieras hartado de mi cuerpo, cuando ya no fuera algo que querías pero no podías tener, ¿qué harías? ¿Y qué sería de mí?

Conor palideció.

—Ya te he tenido —dijo con dureza—. Dudo que lo hayas olvidado. Y sigo queriéndote. Eso nunca me ha ocurrido antes. —Se hundió las manos en el pelo como si fuera a arrancárselo a puñados—. Eres una sanadora —añadió con una carcajada amarga—. Si pudieras extirparme esta fascinación, como un cáncer, oh, te dejaría que lo hicieras. Porque me ha estado torturando, Lin. He descuidado todas mis obligaciones, todo lo que me requería, solo para robar otro momento junto a ti. Me temía que si alguien me veía alguna vez contigo, se darían cuenta, por mi cara, que era un adicto, que cambiaría mi derecho de nacimiento solo por tocarte...

—Para. —La palabra le salió más áspera de lo que pretendía—. Por favor. No puedo.

Él tragó aire.

—Estás segura de tu respuesta —afirmó él—. Estás decidida a decir que no.

Lo tenía tan cerca..., tan cerca que tuvo que luchar contra el recuerdo; el sabor de la boca de él en la de ella, vino y lluvia. Sus manos eran una llave que había liberado a una Lin en su interior que ella nunca había imaginado; una joven que ardía como ardía el fuego; cuyo corazón era de trueno, viento y tormenta; cuyo cuerpo era capaz de sensaciones tan afiladas y penetrantes como la hoja de una espada. Ella sabía que estaba perdiendo a esa Lin para siempre mientras hablaba, como también sabía que no había ninguna otra opción.

—¿Anularías tu matrimonio? —le susurró Lin—. ¿Cancelarías la alianza con Kutani? ¿Me convertirías en reina?

Él había estado inclinado sobre ella; al oír eso se incorporó de golpe.

—Sabes que no puedo, Lin. Lo sabes.

—Es tu vida, a la que no renunciarás, como yo no puedo renunciar a la mía. No seré tu amante —afirmó ella—. No quiero una parte de ti, de tu tiempo y de tu ser. —Alzó el rostro hacia él, preguntándose si las ardientes chispas de deseo y recuerdo que veía en los ojos de él serían solo un reflejo de los suyos—. No quiero un amante. Quiero algo más que eso, y tú no puedes dármelo.

Lin vio que lo recorría un temblor, como un espasmo de dolor.

—Hay una cosa más —dijo él, casi como si se odiara por decirlo—. Podría haber un niño.

—No. —Lin pensó en las primeras horas de esa mañana, sola en la cocina de la Casa de las Mujeres, removiendo un tazón de una infusión oleosa. La había hecho a menudo para otras mujeres; ni una sola vez había pensado que tendría que hacérsela para ella. El olor había sido fuerte; el sabor, a menta y poleo amargo—. Me he asegurado de que un embarazo no pudiera prosperar.

Entonces fue como si algo vital saliera de él, como la sangre derramándose de un corte.

—¿Tan fácilmente?

Ella recordaba haber sujetado la taza con ambas manos, vacilante; recordó cómo, por un breve instante, la idea de un niño con los ojos más hermosos del mundo, plateados como las nubes de tormenta, se le había pasado por la cabeza.

Pero no era un hijo que ella pudiera tener. Algún día sería el de Anjelica. Así era como funcionaban las cosas.

—Tan fácilmente.

Se hizo un silencio desagradable.

—Bien —dijo él, al fin. Algo en su rostro era diferente, como si le hubiera cambiado la forma de los huesos, se le hubieran afilado y endurecido bajo la piel—. Gracias por tu sinceridad.

Fue hacia la puerta, un poco inestable, como si buscara el camino en una habitación oscura. Al llegar se detuvo, sin volverse para mirarla.

—Mi padre —dijo—. Tenemos asuntos pendientes con eso, tú y yo.

—Oh..., sí. Espera un momento. —Lin corrió a la cocina y regresó con la botella tapada que Merren le había dado. Cruzó la sala hasta Conor, que se hallaba con la puerta medio abierta. No soportaba mirarlo, pero le tendió la botella para que la cogiera.

—El remedio —explicó—. Está listo para administrarlo. Naturalmente, continuaré tratando al rey —añadió—. Es mi paciente.

Sus dedos se rozaron cuando él le cogió la botella. Los apartó con rapidez.

—Gracias —dijo él—. Sin duda eres una médica excelente, Lin.

Y se fue.

Lin se dejó caer sobre una silla, con los ojos fijos en la puerta aún abierta y el trocito de calle que podía ver más allá. Polvo y

adoquines. Se sentía extrañamente ligera, como si una ráfaga de viento pudiera soplar a través de ella sin encontrar resistencia.

No sabía cuánto tiempo llevaba sentada ahí cuando una sombra cruzó el umbral. Cubrió hasta el arco de la puerta, con unos ojos brillantes y estrechos tras un pelo enmarañado.

Oren Kandel. La miraba sin expresión, como si no fuera muy extraño encontrarla sentada descalza en la cocina, mirando una puerta abierta.

—Shekinah —dijo él—. Tu prueba será mañana a la puesta de sol. Preséntate en el Shulamat a esa hora. Tales son las instrucciones del Exilarca.

Ella tragó aire. Era demasiado, todo eso sucediéndole a la vez. No podía retenerlo en la mente, no podía sentir nada excepto un gran vacío.

—Oren —repuso con cansancio—. No hace falta que me llames Shekinah.

—Por ahora, debo —contestó él, y ella vio destellar en sus ojillos brillantes todo el odio que sentía—. Pero después de mañana, nunca más tendré que hacerlo.

Zunc. La espada se hundió en la bala de paja con un ruido reconfortante. Kel la sacó con un giro de la muñeca, derramando paja suelta sobre el suelo.

Se hallaba en el Hayloft, y la luz dorada de las últimas horas de la tarde se derramaba por las ventanas como una lenta gota de miel. No se le había ocurrido un lugar mejor al que ir, la verdad, después de que Conor se marchara a ocuparse de su misterioso asunto. Sobre todo porque Kel quería evitar a Lilibet, que seguramente estaría furiosa por la destrucción de su adorno.

Para cuando salió del Castel Mitat, vestido con su ropa de entrenamiento, cuadrillas de sirvientes ya habían comenzado a retirar en carros los trozos rotos del adorno. Por la tarde no quedaría nada, ningún rastro de él, como si nada de eso hubiera pasado. Igual que cuando Lilibet había echado la llave a las puertas de la Galería Brillante para dejar atrás la masacre.

—¿Por qué no frotamos la sangre, limpiamos la sala, la recuperamos? —había preguntado Conor.

—Porque lo que no se ve, se olvida —había contestado Lilibet.

Zunc. Kel hundió la espada en otra bala de paja, y la sacó. Al día siguiente le dolerían los brazos, pero no le importaba. La rabia alimentaba sus movimientos. Rabia hacia Conor, por la peligrosa estupidez que había cometido y que casi había destruido la alianza con Kutani. Rabia porque la única manera de librar a Castelana del problema con Sarthe era con la vida de Conor. Claramente, se sentía desgraciado, y Kel odiaba eso. Y rabia contra sí mismo también. Su deber era observar a Conor, prestar atención a su humor y sus movimientos, y, sin embargo, las acciones de Conor durante el baile lo habían sorprendido, y sospechaba que incluso más de lo que habían sorprendido a Anjelica. ¿Cómo se había distanciado tanto de Conor que no había podido ni imaginar la profundidad de su anhelo, de su desesperación?

Pero quizá fuera injusto culpar a Conor por ocultar sus sentimientos. ¿Acaso Kel no ocultaba los suyos? Llevaba dos noches casi sin dormir. Una y otra vez oía la voz de Antonetta: «Debéis tener cuidado con lo que compartís con Kel».

Había pensado que ella lo consideraba la única persona en la que podía confiar. Y había descubierto que nunca había confiado en él. No con la verdad sobre sí misma. Se había felicitado a sí mismo por ser el único en la Colina que veía más allá de sus falacias, que

divisaba la aguda inteligencia detrás de las cintas de seda y las risitas. Esa felicitación había quedado en nada una vez se había dado cuenta de que ella le había engañado con otro tipo de actuación.

Y él no lo había visto. No hasta que ella había hablado con él en el baile, cuando estaba fingiendo ser Conor. Aún no sabía por qué Antonetta había dicho eso, cuál podría ser su motivación. Pero sí sabía que debía de llevar tiempo riéndose de él. Pensó en aquella noche, cuando ella lo había rescatado de Tyndaris. ¿Hubiera sido diferente, se preguntó, si le hubiera contestado con la verdad cuando ella le preguntó qué estaba haciendo allí?

¿Lo hubiera sido? Blandió de nuevo la espada, una vieja, mellada por muchas sesiones de entrenamiento; la clavó una y otra vez, con el brazo dolorido y el pelo húmedo de sudor.

«Quema la rabia —se dijo—. Lánzate contra el muro de rabia como agua rompiendo contra las rocas. Destrózate como un barco encallado en el coral. Arroja lo que está dentro; la carga de sentimientos inútiles y esperanzas sin sentido».

—Te sangran las manos.

Anjelica.

Kel giró en redondo. Había creado un pequeño tornado de paja suelta, que colgaba en el aire junto con una nube de motas de polvo. Con cierta sorpresa, se dio cuenta de que Anjelica tenía razón; tenía los nudillos ensangrentados. No sabía cómo se lo había hecho.

—He pensado que podías estar aquí —explicó ella—. Te estaba buscando.

Se había recogido el pelo en trenzas y parecía más joven de lo normal. Se había mudado el vestido de seda color azafrán a una ropa de lino más informal.

—¿Por qué? —preguntó él, aún sin aliento.

—Quería disculparme.

Kel clavó la espada en una bala de paja, donde la dejó, con la empuñadura vibrando levemente. Se volvió hacia ella mientras se enjugaba la frente con la manga.

—¿Disculparte de qué?

Ella alzó la barbilla.

—Las princesas no piden disculpas a menudo.

—Ni los príncipes —repuso Kel—, por lo que yo sé.

—Y, sin embargo... No lamento haber gritado a Conor, pero no debía haberlo hecho delante de ti. Debería haber insistido en que Conor te permitiera excusarte. Eres un Guardián de Espadas. Tu obligación es proteger a Conor de las armas, no de las palabras airadas.

—He hecho las dos cosas.

Ella sonrió un poco al oír eso.

—De todas formas, no debía haberte puesto en esa posición. No eres cualquiera. Has sido un buen amigo para mí en un lugar donde no esperaba encontrar amigos.

—Aún es pronto, princesa. Encontrarás amigos aquí que serán más cercanos a tu rango.

—No me preocupa demasiado mi rango. —Lo miró pensativa—. No te pediré que mientas al príncipe por mí.

—¿Le vas a contar lo de Laurent?

—Lo haré. Creo que podría escribirlo en una carta. Será mejor así. —Lo dijo con solemnidad—. No olvidaré que has sido amable conmigo.

—He hecho lo que he creído que era mejor —repuso Kel—. Anjelica, creo que podrás ser feliz aquí. Estoy convencido de que Conor hará todo lo que pueda para asegurarse de que así sea.

—Quieres mucho al príncipe —dijo ella—. Es afortunado, aunque cumplirías con tu deber tanto si lo amaras como si lo odiaras.

—Creo que tal vez es en tu propio deber en el que estás pensando —contestó Kel lentamente.

—Quizá. —Le sonrió y se marchó.

Kel se preguntó si volvería a hablarle alguna vez, ahora que ya no lo necesitaba para nada. Lo había usado en su plan para librarse de Laurent; eso había acabado. Se preguntó si pasaría lo mismo con sus amigos en la Mansión Negra, cuando hubieran resuelto su misterio. Jerrod ya se había ido; Andreyen, Ji-An, y Merren ¿también desaparecerían de su vida en un abrir y cerrar de ojos? Sabía que dejarían un vacío, uno que sería difícil de llenar, y sería aún peor, porque nunca podría contárselo a nadie.

Lin

Lin sueña. Y, en su sueño, ve de nuevo la tierra requemada donde todo ha ardido. La tierra es negra; la atraviesan pequeños riachuelos, hilos de fuego rojo y bronce, que relucen como el hilo dorado del bordado de uno de los vestidos de Mariam.

A través de la neblina de humo, Lin ve a alguien, vestido de negro y rojo, con una fina corona de oro. Cuando se le acerca, reconoce al rey Markus. Está más joven de lo que nunca lo ha visto, como si acabara de subir al trono, acabara de comenzar su reinado. En sus ojos hay inteligencia y un claro conocimiento.

Se detiene ante ella. Los separa un río de fuego que divide el suelo entre ambos. Rocas vidriosas flotan en la lava roja y naranja.

—Has abierto el camino —dice él.

Lin niega con la cabeza. Sabe que es un sueño, y, sin embargo, lo siente muy real. Puede notar el sabor amargo del aire, notar el ardor que se le mete en los pulmones.

—¿Qué camino? ¿Qué queréis decir?

—Crees que he visto poco —dice el rey—, pero he visto mucho. Sé que pronto te enfrentarás a una prueba. Sé que tu piedra está sedienta de poder. Te esfuerzas por llenar tu piedra con poder, pero

sin la Palabra, no se puede lograr por ninguno de los métodos que puedas encontrar en un libro.

—Así que es imposible. —Esas palabras son como un golpe para Lin—. Nunca podré hacer auténtica magia.

—Eso no es así. El poder de mi sangre contiene la Palabra. El poder que adquirí en la Corte de Malgasi, el fuego en mis venas que ellos tanto desean recuperar. —Sus ojos grises parecen relucir. Los ojos de Conor, heredados de su padre—. Has hecho mucho por mí. A cambio, deseo darte un regalo.

Un regalo. Lin no confía en los regalos.

—Solo os he tratado como lo haría con cualquier paciente. No requiero nada a cambio.

Le toca al rey negar con la cabeza. Vuelan chispas desde su corona, como si esta, al igual que la tierra, estuviera ardiendo.

—Ven a mí en la torre —dice con voz rasposa—. Coge mi sangre para llenar tu piedra.

Él extiende el brazo sobre el río ardiente, como si fuera a cogerle la mano, y aunque ella había creído que eso era imposible, le rodea la muñeca con los dedos. El dolor le comienza en la mano y le sube por el brazo, como si un rayo estuviera recorriendo el camino de sus huesos.

Lin se incorpora en la cama con un grito, que rápidamente acalla cubriéndose la boca con la mano. Un momento después está bajando al suelo. El brazo le duele y le quema; corre a la ventana mientras se levanta la manga del camisón para examinarse la piel bajo la brillante luz azul de la luna.

No hay ninguna marca. Lin gira el brazo y se mira el antebrazo, la muñeca y la palma de la mano, que aún le quema. Nada; solo carne

de gallina por el aire frío de la noche.

El broche de plata esta sobre la mesilla de noche. Se pasa la pesada trenza sobre el hombro y va a recuperarlo, y descubre que, cuando lo coge cerrando la mano, el dolor comienza a desaparecer.

Gira el broche sobre la palma. Ahí está, en lo más profundo de la piedra; una chispa ardiente.

El corazón le comienza a latir a doble ritmo. Como si siguiera en el sueño, entra descalza en la cocina. Ahí también hace frío; el fuego de la chimenea hace rato que se ha apagado. Lo mira, mira los leños ennegrecidos rodeados de ceniza gris, y apretando con fuerza el broche en la mano, dice:

—Arde.

Se oye un sonido suave, como de tela rasgándose. Una docena de chispas doradas saltan del leño a medio quemar, como cuentas de oro que caen de un collar roto. Por un momento, Lin se teme que eso será todo; lo único que la diminuta llamita de su broche tiene poder para hacer, pero, en nada, una cortina de rojo y naranja se une al dorado, y las llamas saltan en el hogar como los dientes de un dragón. Lin nota que el calor le cubre la piel, haciendo que el corazón se le dispare.

Mira la piedra que tiene en la mano. La chispa ha desaparecido; la piedra vuelve a estar fría y sin vida. Cierra el puño alrededor de ella.

Capítulo veintiuno

Kel se despertó por el ruido de las voces. Se incorporó despacio, con el cuerpo dolorido por la paliza a la que se había sometido en el Hayloft el día anterior. Había dormido mal, y supuso que Conor también, pero este ya estaba despierto, completamente vestido y sentado ante su escritorio con los pies sobre una pila de papeles. Sentado en el borde del escritorio se hallaba Joss Falconet, que lucía un levita de color rosa intenso y una animada sonrisa.

—Divisaron el cadáver anoche —estaba diciendo—. Pero para cuando los Vigilantes llegaron al canal, ya se había hundido y no se veía. Están dragando en su busca, aunque solo los dioses saben lo que encontrarán.

El cadáver. De repente, Kel sintió frío por todo el cuerpo, a pesar del sol que entraba a raudales por las ventanas. Se miró; iba sin camisa, pero solo se trataba de Falconet. Carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿Del cadáver de quién estáis hablando?

Conor miró hacia él. Kel no podía recordar lo último que le había dicho a Conor la noche anterior; este había vuelto silencioso y

huraño después de su recado en la ciudad, y Kel lo había dejado tranquilo.

Había una seriedad poco corriente en los oscuros ojos de Conor.

—Por ahora solo es especulación —contestó—, pero parece que a Ciprian Cabrol lo han encontrado muerto en el distrito del Templo.

Falconet tenía un carruaje nuevo. Lo había detenido cerca del Puente de las Mujeres Cantoras, no lejos del Caravel. Por lo general, ese barrio no estaba muy concurrido, porque el distrito del Templo tendía a ser menos frecuentado en pleno día. Pero la noticia de que se había visto un cuerpo en el canal verde, y que se sospechaba que era el de un noble, había despertado un adormilado interés en varios paseantes. Se repartían en grupos irregulares a lo largo de las orillas del río, charlando entre ellos.

Los Vigilantes, fáciles de identificar por sus uniformes carmesíes, estaban dragando el canal con redes de cuerda. Era una tarde muy cálida, el sol rebotaba sobre el agua como en un espejo de jade. Kel sentía ligeras náuseas, y la luz parecía clavársele en los ojos como si tuviera resaca.

Ciprian. Muerto. No podía ser una coincidencia. Solo un día antes, Kel lo había dejado marchar con órdenes de averiguar qué otras familias estaban involucradas en la conspiración y, un día después, Ciprian había sido asesinado.

«Lo envié a la muerte», pensó Kel. No había sido alguien inocente, pero eso no importaba. Kel debía de haber previsto ese peligro.

—¿Estáis todos bien seguros de que era Ciprian? —preguntó Conor—. ¿Quién vio el cuerpo anoche? —Estaba recostado contra el respaldo de un banco de satén, estampado con bordados en plata y oro con la forma de viñas entrelazadas.

El nuevo carruaje de Falconet estaba tan adornado que resultaba ridículo. Varios quinqués de bronce colgaban de ganchos, aunque no estaban encendidos en ese momento; las paredes del carruaje gozaban de espejos con marcos de oro y borlas de seda plisada en forma de diamantes, mientras que debajo de los asientos había cajas acolchadas que contenían botellas de vino y copas.

Merren se hubiera sentido ultrajado, pensó Kel. A veces, se olvidaba de lo ricas que eran realmente las familias de los fueros; cada una de ellas, una familia real por derecho propio, gobernando sobre reinos de porcelana y seda, de especias y vino. No resultaba sorprendente que Malgasi ansiara controlarlas.

—Esta mañana me he despertado en el Caravel —explicó Falconet, mientras cubría un bostezo con la mano—. El exterior era un caos, había Vigilantes por todas partes. Alys me sacó por detrás, y me dijo que Sila había visto un cadáver en el agua. Que era Cabrol. Alys no estaba muy contenta. Que los nobles se mueran en su distrito no es bueno para el negocio.

—Bueno, no hacía tanto que era un noble —repuso Conor. Estaba mirando por la ventanilla, igual que Kel, y parecía distraído—. Tres meses, ¿no?

Falconet soltó una risita.

—No mucho tiempo para hacer enfurecer a alguien lo suficiente para matarte, te lo aseguro. ¿No hablaste con él en el Baile del Solsticio, Con? ¿Te pidió algún favor real, pagarle deudas de juego, acabar con un enemigo o dos?

Conor se encogió de hombros, ausente.

—No creo haber hablado con él. Parecía muy ocupado manteniendo a Esteve lejos de Beatris.

Kel se tensó. Conor no solía cometer errores como ese. Debería haber contestado: «Oh, Ciprian, no tenía nada importante que

decir». Para cubrirse por el tiempo en que no había estado, por el rato en el que Kel había sido él.

Falconet se encogió de hombros.

—Bueno, estaba muy borracho. Seguro que lo recuerdo mal.

—No parecía especialmente preocupado —aportó Kel, dando gracias a Aigon de que a Falconet le gustara mucho el vino—. Aunque no es que eso importe demasiado ahora.

—Sospecho —aventuró Conor— que puede haber sido obra de la exiliada familia Roverge. Después de todo, les usurpó su fuero. Debían de estar deseando la venganza.

—Quizá Beatris se haga cargo del fuero —sugirió Falconet, apoyando un brazo en la rodilla doblada—. Está soltera, pero con su hermano muerto, no hay ningún otro varón heredero. Se podría hacer una excepción.

—Podrías casarte con ella, Falconet —propuso Conor—. Entonces tendrías un fuero para otorgar a algún amigo afortunado.

—Podría. —Falconet parecía divertido—. Hablando de matrimonio, ¿es cierto que la encantadora Anjelica pasó por encima de uno de tus cobertizos con su elefante? Lo redujo a polvo, por lo que he oído.

—No era un cobertizo —contestó Conor—. Era un adorno.

Fuera lo que fuera lo que los Vigilantes habían atrapado con su red, no era el cadáver de Ciprian Cabrol. Kel notó una oleada de alivio, aunque solo tuvo el efecto de hacerlo sentir más nauseoso. Abrió un par de dedos la ventanilla del carruaje y aspiró el olor del agua salobre del canal del distrito del Templo, mientras los Vigilantes continuaban la búsqueda.

—La versión oficial dice que fue un accidente —explicó Falconet—. Pero me pregunto si habrás hecho algo para enfadar a la princesa. ¿Acaso te pilló en medio de algún devaneo? —preguntó, con esa

sonrisa suya con la que pretendía suavizar la agudeza de sus palabras.

—No hubo ningún devaneo —aseguró Conor en una voz extrañamente plana.

Falconet lo miró con cierta sorpresa.

—Me he equivocado, Con —dijo Falconet—. Pero... ¿puedo hacer una observación?

Conor hizo un gesto para animarle. Al otro lado de la ventanilla, los Vigilantes volvían a recoger la red desde la otra orilla. Kel no pudo ver lo que había en ella.

—Por si alguna vez te pillan en medio de un devaneo, y no digo que haya pasado, pero quién sabe lo que puede pasar en el futuro, te recordaré las sabias palabras que una vez mi padre compartió conmigo. Me dijo: «Nunca caigas en el error de ir jodiendo delante del escenario, Joss. Se supone que debes ir jodiendo al fondo». Y eso es incluso más cierto para ti, Con. Eres un príncipe, pero ella es una princesa. Se esperará discreción...

Se oyó un grito en el exterior. Falconet abrió de golpe la portezuela del carruaje y los tres miraron fuera. Los Vigilantes habían extendido su red. En el centro, comenzando ya a hincharse, se hallaba el cadáver de Ciprian Cabrol. Incluso a esa distancia, Kel reconoció su pelo color caoba, del que caía agua. La ropa estaba empapada y se le pegaba al cuerpo.

A Kel se le revolvió el estómago. No servía de nada decirse que Ciprian había estado planeando traicionar a los Aurelian; su culpa sería otra cosa que tendría que ir a la caja fuerte, en lo más profundo, donde pudiera olvidarse de ella por el momento.

—Ojalá pase por la puerta gris sin trabas —dijo Falconet con voz grave—. Alys tenía razón...

Se oyó otro grito. Uno de los Vigilantes había agarrado algo más que había estado bajo el agua, algo pesado y oscuro. Otros fueron a ayudarle, y Kel oyó gritos ahogados de asco. Al ligero toque de sal que portaba el aire se le había unido algo más. El olor a podrido.

—Otro cuerpo —avisó Falconet, mientras saltaba fuera del carruaje.

Se quedó en el borde del canal con su levita rosa, que resultaba incongruente con la escena que se desarrollaba ante él: los Vigilantes reorganizándose para que se pudiera tender un nuevo cadáver sobre las piedras. Un cuerpo mayor que el de Ciprian, con una tela gris podrida tensada sobre la carne hinchada, y un corte en el cuello que se abría como la boca de una anguila.

—¡Por los dioses! —exclamó Conor, inclinándose hacia fuera del carruaje—. Es Gremont.

—No puedo evitar pensar que la culpa es nuestra —dijo Merren inquieto—. Le encargamos a Cabrol que nos trajera información, y al día siguiente aparece muerto.

—Realmente, no veo cómo se nos puede culpar de eso —replicó Ji-An—. No de forma directa, como mínimo.

Merren la miró mal. Se encontraban todos en la Gran Sala, donde el fuego ardía con fuerza en el hogar, a pesar del calor del día. Andreyen, que parecía un espantapájaros muy alto y muy delgado, estaba tumbado en su silla, con el bastón equilibrado sobre ambas rodillas. Sus agudos ojos verdes parecían fijados en algún punto a media distancia. No había hablado desde que Kel había llegado para explicarles que habían asesinado a Ciprian y que habían encontrado el cadáver de Gremont.

—Sin mencionar —añadió Ji-An, mientras se examinaba las uñas, que en ese momento llevaba pintadas de un violeta pálido que le hacía juego con el abrigo— que si no hubiera decidido caer en una vida de crímenes y volar barcos por los aires, nada de todo eso habría pasado.

—Tú has caído en una vida de crímenes —señaló Kel.

—Sí, pero sé lo que me hago. No es para aficionados, ¿no crees?

—Estoy convencido de que la muerte de dos nobles titulares de los fueros creará el caos en la Colina —dijo Andreyen, rompiendo su silencio—. No solo hará falta elegir a los herederos, sino que los miembros restantes de las familias de los fueros querrán guardarse las espaldas, para no acabar ellos también flotando en los canales, eliminados por algún enemigo desconocido.

—Querrán saber quién lo ha hecho —aseguró Merren—. Sobre todo porque Jolivet no había oído nada de la muerte de Gremont.

—Me quedé junto al canal después de que encontraran los cuerpos —informó Kel—. Me preguntaba por qué Belmany querría que se encontraran los cuerpos en el mismo lugar, ya que es evidente que así era. Podría haber enterrado el cadáver de Gremont en Tyndaris, o quemarlo hasta reducirlo a cenizas, pero se lo había guardado para preparar esta escena.

—¿Qué escena? —inquirió Ji-An.

—Cuando dragaron el canal, encontraron espadas de duelo. Ambos cuerpos tenían heridas de arma blanca, aunque sabemos que Gremont murió porque le cortaron el cuello —continuó Kel—. Belmany está intentando que parezca que se mataron mutuamente en un duelo.

—Los duelos requieren padrinos y testigos —replicó Ji-An—. ¿No los estarán buscando?

—El rey Markus los prohibió hace años —informó Kel—. Nadie aparecerá para admitir que ha tenido algo que ver en un duelo, incluso si hubiera ocurrido realmente, lo que sabemos que no es cierto.

—Pero ¿engañará a alguien? ¿Se sabía siquiera que se tuvieran manía? —preguntó Merren.

—A nadie le caía bien Gremont —contestó Kel—. Falconet comentó que Gremont siempre quería ningunear a Ciprian, lo consideraba un simple hijo de mercader, ya tuviera un fuero o no.

—Para ser un plan improvisado, es muy astuto —comentó Andreyen, con cierta condescendencia—. Engañará a los que tiene que engañar. Y en cuanto al resto, bueno, esos son a los que quiere asustar.

—Nuestro auténtico problema es que con Ciprian muerto, hemos perdido nuestra única pista —indicó Kel.

—Podríamos intentar capturar a lady Alleyne y torturarla —sugirió Ji-An.

—No —respondió Andreyen—. Ahora le tiene terror a Belmany; no irá a ninguna parte si no es rodeada de guardias. —Se quedó pensativo—. ¿Cuánto crees que sabrá Beatris Cabrol sobre las alianzas de su hermano? Seguro que no pudo dejar a la familia totalmente en la inopia.

—Quizá sí —contestó Kel, pensando en Beatris; aunque nunca se había fijado mucho en ella, y nunca se había preguntado cuánto sabría—. Si pudiéramos encontrar el escondite de Belmany... Podríamos apostarnos fuera y observar quién entra y sale.

—Jerrod hubiera sido capaz de encontrarlo —afirmó Merren—. Era muy bueno encontrando cosas.

—Merren —dijo Ji-An, en tono duro—. Fue él quien nos dejó.

—Solo porque le grité —repuso Merren con tristeza.

—No —aseguró Andreyen, y se pasó la mano por el entristecido rostro—. Nos dejó para volver con Prosper Beck, lo que hubiera hecho tanto si le gritaste como si no. Al menos, ha prometido que Beck no usará su almacén lleno de armas contra nosotros, lo que es una cosa menos de la que preocuparse.

—Entonces ¿de qué debemos preocuparnos? —preguntó Ji-An.

—De Elsabet Belmany —contestó Andreyen—. No la conozco, pero conozco a la gente como ella. Ha perdido a dos de sus conspiradores, y comenzará a sentirse acorralada. En esa posición, se decidirá por una solución más rápida y violenta a sus problemas, en vez de depender de la lenta traición de los nobles. —Andreyen miró el anillo de urraca que llevaba en el dedo—. Ha dicho que necesita a Conor, presuntamente vivo. Y que el rey debe morir. Me temo, aunque no puedo decir exactamente por qué, que si consigue cualquiera de esos dos objetivos, a nosotros nos va a ir muy mal.

—Creo que tienes razón —intervino Lin. Acababa de entrar en la sala. Iba cubierta por una capa de suave lana azul, sujeta en el hombro con un broche. La piedra engarzada en el broche pareció destellar, brillante, bajo la luz del fuego.

—¿De verdad? —le preguntó Andreyen, con sus perezosos ojos grises cargados de curiosidad.

—Sí —respondió ella con lentitud—. El príncipe me llevó a Palacio para curar a su padre, que ha estado enfermo. Me impuso la orden real de no hablar de ello, u os lo habría dicho antes. Pero he aprendido mucho sobre la sangre real. Pienso..., estoy casi segura de que si los malgasi se apoderan del rey y del príncipe Conor, será letal para el resto de nosotros.

Los ojos de Andreyen fueron al broche sobre el hombro de Lin, y luego a su rostro.

—Pero —aventuró— tú no vas a decirnos lo que has averiguado, ¿verdad?

—Aún no. Necesito ir a Marivent. Debo ver al rey. Solo entonces podré estar segura. —Se volvió hacia Kel—. Necesito que vuelvas a llevarme a Palacio.

Kel la miró, confuso. ¿Cuántas veces había estado ya Lin en el Palacio?

—¿No te ha invitado Conor?

—Hoy no voy porque me lo haya pedido —respondió ella—. Voy porque me lo pide el rey. Pero los guardias de la puerta no lo sabrán.

—¿El rey? —repitió Kel despacio—. ¿Te ha hablado? Lin, hace meses que no habla con nadie.

—Me ha enviado un mensaje —indicó, aunque había como una sombra en sus ojos que hizo pensar a Kel que esa no era toda la verdad—. Todo esto tiene algo que ver con el tiempo que pasó de joven en la Corte de Malgasi. Algo terrible sucedió allí. Algo que tenía que ver con quemar, con fuego. Algo que le convencieron para que hiciera.

«No fue culpa suya. Solo hizo lo que le pidieron». Las palabras que Fausten le había dicho en el Truco, tantos meses atrás, le resonaron a Kel en la cabeza.

—*Atma az dóta* —murmuró para sí—. Fuego y sombras. —Se incorporó en su asiento—. Lin está diciendo la verdad.

—¡Vaya! —exclamó Lin, ofendida—. ¡Cómo si fuera yo a mentir!

—Kellian, ¿es seguro llevarla a Marivent ahora? —preguntó Andreyen—. Si el príncipe no ha requerido su presencia, puede sorprenderse de encontrarla allí. Tanto como para hacer preguntas.

—Deberemos tener cuidado —admitió Kel—. Pero todos los nobles estarán encerrados en la Cámara de la Esfera, hablando de las

muertes de Gremont y Cabrol. No es el peor momento para colarse en Marivent.

—Y si encuentras las respuestas que buscas, Lin, ¿vendrás a explicárnoslas? —inquirió Andreyen.

—Sí. En cuanto acabe mi prueba.

Kel se puso en pie.

—Hemos perdido a Cabrol. No tenemos ningún plan. Y si lo que tú piensas del carácter de Belmany es correcto, Conor corre peligro en este mismo momento. No en algún momento en el futuro, sino ahora. —Respiró hondo—. Se lo voy a contar. A Jolivet, a Bensimon y a Conor. Tienen que saber todo lo que hemos averiguado.

—Jolivet, quizá —dijo Andreyen—. Pero Conor puede no perdonarte por haber estado mintiéndole todo este tiempo.

—Puede que sea así, pero para salvarle la vida, valdrá la pena. —Oyó a Lin soltar aire, un corto y seco suspiro de alivio.

—Gracias —dijo en voz baja. Había estado retorciendo un poco su capa negra entre los dedos. Por fin lo soltó—. Debemos darnos prisa —avisó—. Tengo que estar de vuelta en el Sault a la puesta de sol.

Nadie dijo nada. Kel miró a los tres habitantes de la Mansión Negra. Andreyen, igual que un libro cerrado, como siempre. Ji-An, mirando el suelo. Y Merren con cara de pena.

—Entonces ¿hemos acabado? —preguntó Merren—. ¿No más investigaciones? ¿No hay más razones para que vengas a la mansión?

—Volveré, Merren —dijo Kel, amable—. Claro que sí.

Miró a Ji-An, pero esta no dijo nada. Se unió a Lin y, mientras la acompañaba fuera de la sala, se dio cuenta de que caminaba despacio, esperando que alguno de sus amigos lo llamara. Que le pidiera un momento, que le preguntaran cuándo volvería, que le deseara buena suerte.

Pero no oyó ni un ruido.

—¿Dónde cree él que estás? —preguntó Lin.

Se hallaba frente a Kel en el carruaje. Las cortinas estaban abiertas y el sol caliente entraba por la ventanilla, con lo que el pequeño espacio resultaba un poco agobiante. Lin tenía su zurrón de médica sobre el regazo, y Kel captó el tenue aroma a corteza de sauce y jabón astringente que parecía manar de su ropa.

«¿Dónde cree él que estás?» Sabía que se refería a Conor, aunque no había usado el nombre. Al igual que él mismo, cuando Lin decía «él», solo se refería a una persona en concreto.

—No me ha preguntado adónde iba —contestó Kel—. En estos momentos está muy preocupado.

—Oh. —Los ojos de Lin se apartaron de los de Kel.

Él se echó hacia delante mientras el carruaje traqueteaba subiendo por la Colina.

—¿Estás enamorada de él? —le preguntó—. Porque él seguro que está enamorado de ti.

Lin se sobresaltó de una forma tan violenta que el zurrón se le cayó al suelo y se le derramaron varias ampollas de hierbas.

—Yo no... —Se inclinó hacia abajo, ocultando el rostro, mientras recogía las sustancias caídas. Rechazó con un gesto la oferta de ayuda de Kel—. No —dijo—. ¿Por qué preguntas una cosa así?

—Porque es evidente —respondió él, recordando el modo en que Lin y Conor habían bailado en la fiesta de compromiso de Antonetta. El aspecto de Conor la noche después de haber encontrado a Lin durante el banquete. El modo en que su voz cambiaba al decir su nombre—. Al menos, es evidente para cualquiera que lo conozca, y yo debería haberme dado cuenta antes. He sido un idiota.

—Eso es ridículo —protestó ella—. Él no está enamorado de mí. Me necesitaba para ayudar a su padre. Ni siquiera quería pedírmelo, pero estaba desesperado. Y me lo impuso con una orden real. ¿Suena eso como algo que harías a quien amas?

—Viniendo de Conor, sí. Porque le haces sentir que no tiene el control. ¿Sabes lo raro que es eso para él? Casi todos los que están en su vida quieren algo de él. Quieren poder, dinero, proximidad al trono. Quieren estar cerca de él porque hacerlo es estar más cerca de los dioses.

—Conor ni siquiera cree en los dioses.

—Eso no importa —aseguró Kel—. Y menos a ti. A ti no te interesan nuestros dioses. Estás completa en ti misma. No necesitas nada de él; nunca lo has necesitado. Y él no puede entenderlo. Es como si lo metieras en un bote salvavidas y lo dejaras a la deriva. Se agarró a la orden real porque, para él, eres como el agua que se le escapa entre los dedos. No sabía otra manera de retenerte. Además —añadió—, no estoy diciendo que eso sea algo bueno de él, pero sí que es algo cierto. Supongo que, desde entonces, ya te ha rescindido la orden, ¿no?

Lin, que tenía que meter en el zurrón todo lo caído, le echó una mirada enfadada.

—Sí —contestó—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque a Conor le gusta ganar, pero no que le dejen ganar. Si pensara que solo estabas dispuesta a verlo porque te estaba obligando, no lo soportaría.

A Lin le temblaban los labios.

—Me liberó, pero aún me siento ligada a él. Incluso ahora me siento ligada a él. Como si hubiera un cordón que nos conectara, y lo siento incluso cuando él no está. —Se apartó el pelo rojo de la cara—. Me ha ofrecido una casa en las Calles Plateadas, un lugar

como su amante, con su palabra de que siempre cuidará de mí. Pero ¿eso no sería solo otra forma de encierro? Una jaula dorada sigue siendo una jaula.

—¿Te ha ofrecido todo eso? Entonces, está desesperado por no perderte. No me había dado cuenta de cuán desesperado está.

Lin abrió mucho las manos.

—Estoy segura de que ha hecho esa oferta a otras.

—Nunca —aseguró Kel—. Dudo que la idea de una oferta así se le haya pasado antes por la cabeza. Es el príncipe. Siempre ha sabido que no podía disponer de su corazón a su antojo.

—No me ofreció su corazón. Me ofreció una casa.

—Eso es todo lo que puede ofrecer —insistió Kel con una vehemencia que incluso lo sorprendió. Pensó en Antonetta, en lo poco que siempre había tenido para ofrecerle—. Es todo lo que tiene.

—Siempre he sabido que era imposible —admitió Lin—. Él es el príncipe y yo soy ashkar.

—No creo que eso le importe —repuso Kel—. Estos últimos meses, desde lo de la Galería Brillante, no ha pensado en nada más que en compensar sus pecados pasados. Y por primera vez se ha tomado en serio lo que representa ser un príncipe y un gobernante. Lo que debe al trono y a la gente que le ha puesto en él. Ya has visto el estado en que se halla su padre. Él tiene que ser príncipe y rey al mismo tiempo. Solo te puede ofrecer eso no porque ame a Anjelica, sino porque ama Castelana, y solo por medio de esa alianza con Kutani la puede mantener a salvo.

Kel sabía que todo eso era cierto, incluso si Conor aún no llegaba a entender el alcance total de las amenazas a las que se enfrentaba Castelana. Pero lo haría esa noche, y quizá pudieran hacer que

Anjelica se uniera a la discusión. Kutani los ayudaría a rechazar lo que fuera que Malgasi pensara hacer.

Lin estaba pálida.

—No sé qué decir, Kel.

—No has respondido a mi pregunta. —Kel se inclinó hacia ella. Estaban atravesando la Puerta Norte del Palacio—. ¿Lo amas?

Ella esbozó el rastro de una sonrisa.

—Guardián de Espadas —respondió—. ¿Lo estás protegiendo ahora? Sabes que no puedo hacerle daño.

—Creo que puedes hacerle más daño del que nadie le ha hecho —la contradijo Kel—. Y aunque no pueda ponerme ante él para parar este golpe, puedo estar a su lado mientras lo soporta.

Lin cerró los ojos. Se estaban acercando a la Torre Norte, donde Benaset hacía guardia junto a la puerta. La sombra de la torre cayó sobre ellos, y oscureció el interior del carruaje. Cuando Lin volvió a abrir los ojos, Kel los vio brillar en las tinieblas.

—No quiero amarlo —dijo ella—. Me asusta más de lo que nunca me ha asustado nada. ¿Puedes entenderlo?

Kel guardó silencio. Con un gesto impaciente, Lin abrió la puerta y saltó del carruaje. Él la observó correr ante Benaset y meterse en la torre, con el zurrón rebotándole desde el hombro y la melena roja ondeando como un brillante estandarte al sol.

Elsabet

El fuego del brasero casi se ha consumido. Elsabet está sentada en la oscuridad del templo con una mano en la garganta.

Nota la Piedra-Fuente latiéndole bajo la piel, como siempre hace. Un doctor de Palacio le había implantado la primera piedra cuando ella tenía trece años, y casi se había desmayado del dolor, pero ya se había acostumbrado. A medida que cada piedra iba perdiendo su poder, se tenía que sacar y poner una nueva. Tres veces la habían operado ya, y ha llegado a disfrutar del dolor, incluso a deleitarse en él. Porque las piedras son la fuente de su poder, un poder que nadie más en Dannemore, fuera de su familia, podría esperar ni tocar, y el dolor y el poder van de la mano.

Sabe que el poder de la que tiene ahora está apagándose lentamente, por mucho que haya intentado conservarlo. La noche anterior, se despertó y encontró que parpadeaba, como si la estuviera alertando de algo, pero no sintió nada por la ciudad, excepto el sordo zumbido de la poca de magia que siempre le llega desde el Sault. Pronto tendrá que ir a buscar una de recambio, porque una piedra funcionando mal es peor que no tener piedra.

—Mi señora. —Bagomer se desliza dentro de la habitación como una de las sombras en las que tanto le gusta esconderse—. Todo está hecho.

Ella alza un momento la vista hacia él.

—¿Han encontrado los cadáveres?

—Sí. Los dejamos en el canal delante del Caravel, como ordenasteis. Una de las putas los encontró. —Bagomer sonríe malvado—. Y más buenas nuevas. Acabo de estar con el corsario, Laurent Aden. Le he informado del guardia con el que debe hablar para que le deje entrar en Marivent. Él recogerá a la princesa kutani y la llevará a su barco. Ya no seguirá estando en medio.

—Pensaba que se estaba mostrando recalcitrante —dice Elsabet—. Que ya no desea dejar a su prometido. ¿Es así?

—Aden dice que cree que la podrá convencer. Y si no puede...

—Entonces la mataremos en Marivent en vez de en las cuevas marinas. Será sucio en vez de limpio, pero, de cualquier manera, debe morir. Igual que Laurent Aden. Qué ridículo por su parte involucrarse con la realeza, para empezar. Los hombres enamorados son terriblemente tontos. —Menea la cabeza—. ¿Y Siete?

—La reunión está fijada para esta noche. Me asegura que tendrá toda la ventaja.

La piedra en el cuello de Elsabet late, como si también estuviera satisfecha.

—Ahora todo está en manos de Siete —dice ella—. Si tiene éxito, podría hasta dejarle vivir.

Se recuesta en la silla, sintiéndose satisfecha consigo misma por primera vez en días. Su madre estaría orgullosa. Está lo bastante satisfecha para distraerse, y lo bastante distraída para no notar el leve sonido de unos pasos cuando un Laurent Aden encapuchado sale de su escondite y se marcha del templo.

Capítulo veintidós

La luz dorada de la tarde se derramaba por el interior de la Torre Norte a través de docenas de estrechas ventanas de listones. Un guardia del castillo estaba apostado en el replano fuera de la habitación del rey, pero no prestó atención a Lin, como si así se lo hubieran ordenado, cuando esta cruzó el umbral.

Una vez dentro, Lin sintió que se le hundía el corazón. No estaba segura de qué se esperaba que hubiera pasado desde que le dio a Conor el medicamento reformulado el día anterior, pero nada parecía haber cambiado.

La habitación seguía siendo cerrada, opresiva y polvorienta. Los papeles esparcidos sobre el escritorio tenían un aspecto amarillento, como si se estuvieran convirtiendo en antigüedades. El rey era una silueta ensombrecida e inmóvil sobre la silla.

Cuando ella fue hacia él, con las faldas crujiendo como si también fueran de papel viejo, Lin notó de nuevo que la luz del atardecer que caía sobre el suelo parecía fragmentada de algún modo, como vista a través de una vidriera.

Entonces, lo recordó. Los arañazos en el cristal de la ventana. Apresuró la marcha, y pasó ante el rey, que no pareció verla ni

reaccionar a su presencia, y llegó a la ventana, un único y pesado cuadrado de cristal emplomado. Dejó caer el zurrón, pasó los dedos sobre la fría superficie del vidrio, y los profundos arañazos le rozaron las yemas de los dedos.

Estaban en el interior de la ventana, no fuera.

Sin bajar la mano, Lin se volvió a mirar al rey. Él tenía los ojos fijos en ella. No había expresión en ellos, y tampoco ninguna en su rostro, pero la estaba mirando. De eso estaba segura.

—Esto lo habéis hecho vos —dijo ella—. ¿O no?

Él se movió muy, muy lentamente, y volvió el cuerpo hacia ella. Estaba envuelto en una tela oscura, como siempre, y Lin se quedó parada por la torpeza con la que se movía. Como si su propia piel fuera un traje que no le cupiera.

Entonces, habló, pero no en alto. Su voz resonó en el interior de la cabeza de Lin, igual que en el sueño. Ella ni siquiera se sorprendió por eso.

«Cógeme los guantes».

Lin parpadeó.

«Sácamelos, sanadora. Mírame las manos».

Como si siguiera en el sueño, Lin se acercó al rey Markus y se arrodilló ante su silla. Él tenía las manos inmóviles sobre el regazo. Ella le levantó una, con cuidado; era un peso muerto. Se preguntó vagamente si hubiera sido capaz de hacer eso sin sus conocimientos médicos; la sensación de algo inquietante, de algo horrible, le oprimía como un peso. Si no hubiera visto horrores antes, como huesos quebrados y heridas reventadas, ¿habría salido corriendo, gritando?

Agarró los guantes. Los notó con un extraño calor, como si el cuero estuviera a la temperatura de la piel.

Sacó uno con rapidez, y luego el otro, y los dejó caer junto a sus rodillas. Había visto quemaduras antes, la piel convertida en surcos profundos y masas retorcidas por el fuego abrasador. Miembros que parecían derretidos.

Eso no era nada así.

La piel de las manos del rey era negra y resquebrajada, como un leño ardiente justo antes de desplomarse sobre las ascuas. Sin embargo, no era cenicienta, sino reluciente, con venas de color escarlata reventadas, que se entrecruzaban en la superficie negra y brillante. Heridas sangrantes, pensó ella anonadada, pero no; al fijarse más, vio que no era sangre lo que parecía burbujear bajo la piel del rey.

Era fuego.

Al mover las manos, girándolas para que ella pudiera verlas por completo, la piel se flexionó, las grietas se ensancharon y mostraron el fulgor de las rojas ascuas que había debajo. Y los dedos... Supuso que en un tiempo habrían sido largos y elegantes como los de su hijo. En ese momento estaban fundidos juntos, remodelados de forma que cada mano mostraba tres garras curvadas y agresivas, cada una acabada en una uña curva y cruel.

«Zarpas».

—Oh —susurró Lin. Su voz pareció resonar en el silencio. No podía apartar los ojos de las manos del rey, si se podían llamar así—. ¿Qué os ocurrió?

Las manos se flexionaron, giraron, y las garras se curvaron hacia dentro cuando el rey cerró los puños. En la mente de Lin, su voz crepitó como una hoguera.

«Hace mucho tiempo, cuando estaba en la Corte de Malgasi, oí susurros en la noche».

Una imagen comenzó a formársele a Lin en la cabeza. Una habitación costosamente amueblada, un joven que daba vueltas en una cama alta de madera. A su alrededor, una voz resonaba, un ruego salmodiado en un lenguaje desconocido.

«Eran los susurros de algo torturado. Atormentado. Suplicándome ayuda. Comencé a verlo cuando cerraba los ojos. Una criatura de sombras, atrapada en la oscuridad».

Lin también lo vio. Un espesor de sombras, y en su interior, el resplandor de dos ojos rojos, demasiado planos y monocromos para ser humanos.

«Al final, no pude soportarlo más. En plena noche, fui a liberarlo, sin saber quién o qué era».

El joven, robusto y alto, con el rostro medio escondido por una melena de color pajizo, descendía en silencio por una curvada escalera de piedra, portando un farol marinero. Estaba oscuro y en las paredes relucía la humedad. Lin sabía que el joven se hallaba bajo tierra. Vio el miedo en su rostro cuando la luz del farol cayó sobre una jaula. Una enorme jaula dorada que podía haber contenido a un hombre o a una gran bestia, aunque no retenía nada de eso. En cambio, sí a una criatura ardiente y dorada del tamaño de un león; el batir de unas alas, la curva de un largo cuello mientras se volvía para mirarlo...

—Un fénix —susurró Lin.

«Los malgasi habían capturado y conservado un antiguo poder. Durante generaciones, lo habían mantenido prisionero en una enorme jaula, bajo la sala de su trono. Era de esa fuente que conseguían su horrible poder. ¿Lo ves?»

Lin lo veía. Veía las cicatrices sobre la piel dorada del pájaro enorme, veía que uno de sus ojos estaba cegado, veía las manchas oscuras que salpicaban el suelo de la jaula donde se había

derramado sangre una y otra vez. ¿Cuántas veces los Belmany habrían sangrado a esa magnífica criatura para dar poder a sus Piedras-Fuente? ¿Cómo lo habían azotado y lacerado hasta que les prometiera bendiciones y éxito? Lin sintió el dolor de la criatura en el corazón, una piedad estremecedora, y furia al ver a una rareza y una belleza tan deformada y mancillada.

«Malgasi nunca ha sido invadida con éxito. La familia Belmany ha dominado el país desde antes de la Fractura. Es el poder del fénix lo que les ha permitido mantener el completo control de la tierra. Y entonces me di cuenta de que, durante miles de años, todo su poder residía en el tormento de esa criatura. Y, en ese momento, esta me pedía que acabara con su sufrimiento.

»Descubrí que, de algún modo, tenía un cuchillo en la mano y casi en contra de mi voluntad, se lo hundí al fénix en el pecho profundamente. La sangre me cubrió, y noté que su fuego se me metía en las venas».

Lin vio el cuchillo y la sangre. El fénix gritando, aliviado al morir, finalizado su tormento. Una cascada de sangre como ardientes rubíes.

«Presa del pánico, fui corriendo a la única persona que había sido amable conmigo en la Corte de Malgasi, mi tutor Fausten».

Lin vio a un Fausten mucho más joven que se alzaba de su escritorio, y su expresión que cambiaba de curiosidad a terror.

«Se temió que lo culparan a él de haberme hablado del fénix, aunque no había sido así. Pero él era uno de los pocos en la corte que sabía de su existencia, y nunca creerían que el fénix me había llamado directamente. Así que Fausten y yo hicimos un trato esa noche, y huyó conmigo, antes del alba, de vuelta a mi país. A Castelana».

Lin vio al joven, sucio y desarreglado, acercándose a la Puerta Sur de Marivent. Cayó de rodillas y besó el suelo. Su melena color pajizo se había vuelto de un blanco pálido y amarillento.

«Me había esperado que, en cuanto regresara a mi lugar de nacimiento, los malgasi actuarían. Contra mí. Contra mi ciudad. Pero no lo hicieron. Comencé a entender por qué cuando noté los cambios en mí. Era mucho más fuerte físicamente y me curaba con rapidez de las heridas, pero mi cabeza se perdía en sueños de las estrellas y el cielo, de fuego y quemaduras. Fue Fausten quien me contó la verdad: todo fénix nace y renace, una y otra vez. Los Belmany habían evitado que su fénix muriera y volviera, y lo habían mantenido siempre vivo sin renacer, lo que se añadía a su tormento. Me había visto como su única vía de escape del infierno de su jaula; no moriría y renacería como sería lo normal, sino que moriría y pasaría su esencia a mi sangre. A lo largo de los años, a través de mí, efectuaría un renacimiento por medio de la transformación. La familia Belmany no podía matarme sin matar la oportunidad de que el fénix regresara para poder reclamarlo.

»Era el momento de que Fausten cumpliera su parte del trato. Yo le había dado la seguridad de Castelana, lejos de la familia Belmany. Me hizo una medicina que lograría que mi transformación fuera más lenta. Me prometió que conservaría mi forma humana durante muchos años, el tiempo suficiente para casarme, ser padre y criar a un hijo que me sucediera.

»Pero Fausten no me era leal. No sé cuándo se volvió de nuevo hacia Malgasi o qué le prometieron por traicionarme. Ahora sé que comenzó a alterar la fórmula de mi medicina. Mi mente se perdía en sueños, en la música de las estrellas, en el susurro de las alas. Lo oía despierto y dormido. Comencé a sentir que el fénix se despertaba en mi interior, y ansié dejarlo libre.

»Una vez casi perdí el control de él, durante el Matrimonio con el Mar. Estaba sobre el agua, y el fénix me llamó para Ser, para liberarse de mi carne mortal. De no haber sido por Jolivet, hubiera renacido en llamas en ese mismo instante. Así y todo, las manos me cambiaron; desde entonces, las oculté a los ojos de los otros hombres.

»Y entonces llegaron los malgasi. Después de años perdido entre las nieblas y los sueños, me di cuenta de que Fausten me había mentido. Era leal a la Corte de Malgasi, no a mí. Les había prometido devolverles el fénix. Sería... Yo sería... encerrado de nuevo. De nuevo torturado. Y por tanto lo mandé ejecutar».

—Sí —repuso Lin—. Pero, entonces, no hubo nadie para preparar vuestra medicina.

«Y sin ella, comencé a cambiar. Vi la masacre de la Galería Brillante. Supe que la habían causado los malgasi, pero no podía decirlo. Casi no puedo hablar. Ya he entrado en la fase de transformación, en la que el fénix se prepara, en cuerpo y alma, para volver a ser él».

—¿Y es eso lo que queréis? —susurró Lin. Recordó al rey, gritándole en malgasi: «Están intentado evitar que me convierta en lo que soy».

«¿Lo que soy?»

La voz interior del rey era suave.

«Ahora ya no existe Markus. No creo que vuelva a existir nunca Markus. Pero sí, una parte de mí ansía un fuego grande y purificador. Sueño con el cielo abierto en el cual podría tener el poder de volar. Ya no se me necesita para gobernar Castelana. Mi hijo puede subir al trono. Yo podría ser libre».

El dolor del anhelo en su voz hería. Pero otra cosa hería aún más.

—Pero Conor me dijo que habíais aceptado, cuando él era muy joven, casarlo con la princesa malgasi. ¿Por qué? ¿Por qué permitirles que toquen a vuestro hijo?

«Porque si no, no le hubieran permitido vivir. No pueden matarme; soy el propio fénix. Pero, gracias a mí, Conor también lleva su sangre en las venas. Es un poder del que no sabe nada; y un poder que los malgasi siempre creerán que les pertenece a ellos. Siempre supe que corría peligro. Por ello le proporcioné el *Királar*, el Guardián de Espadas».

Lin soltó aire de golpe.

—Pero Kel no puede protegerle de una fuerza así.

«Hay más en el lazo entre el príncipe y su Guardián de Espadas de lo que sabes. Los malgasi le temen. Y mientras pensaran que algún día tendrían a Conor, que el linaje de los Belmany no perdería todo el poder que les había dado la sangre del pájaro de fuego...»

—Pero ahora saben que no tendrán a Conor. No por medio del matrimonio.

«Mi hijo es muy listo. Demasiado listo para su propia seguridad».

La voz en la cabeza de Lin era más fría. La forma en que hablaba de Conor... Había posesividad, pero no el calor del cariño. ¿Y era la posesividad del rey o la del fénix hacia su propia sangre?

Lin pensó en Conor sanado de los latigazos, en que no le habían dejado cicatrices. Ella había pensado que era por su poder. Pero quizá había sido por el suyo propio.

«Y entonces, te trajo a mí —continuó el rey..., o quizá fuera el fénix el que hablaba en ese momento—. Una médica ashkar. El mayor temor de los malgasi: una mujer ashkar de gran poder. Una que podría convertirse en la Diosa».

Lin pensó en el Exilarca: «Debes entender el poder de las leyendas, Lin. La Diosa es una diosa si la gente cree que lo es».

—Pero siguen teniendo magia —protestó Lin—. Elsabet Belmany puede lanzar fuego con las manos...

«Sabes lo que son las Piedras-Fuente. Tienes una. Los Belmany tienen unas cuantas, que guardan en su tesorería, aún cargadas con el poder del fénix, pero no pueden durar para siempre. No tardarán en agotarse».

El rey giró las manos abiertas. Sus palmas eran el mapa de una tierra volcánica, vítreas, de ónice negro, cruzadas por venas de fuego sangriento.

En la cabeza de Lin, su voz fue un susurro.

«Hija de Sorah —comenzó—. Tú, al igual que yo, vamos a ser. Necesito que seas lo que estás destinada a ser, porque si los malgasi se apoderan de Castelana, poseerán de nuevo el fénix. Solo otro poder que existía antes de la Fractura puede destruir sus ejércitos. Conocen la profecía de la Diosa. Por eso borrarán a todos los ashkar de la faz de la tierra, si se salen con la suya. Si la Diosa renaciera, podría aniquilarlos para siempre».

Lin recordó el cuento de Aron sobre el hijo de la Casa Belmany que se enamoró de una mujer ashkar y aprendió la leyenda de la Diosa.

—¿Es por eso por lo que me habéis llamado aquí con ese sueño? —preguntó Lin—. ¿Porque mi prueba es hoy? No puedo prometer...

«Sssh. Puedo hacer algo por ti y tú puedes hacer algo por mí. — Lin notaba el calor que se alzaba de las manos del rey, como si fueran teas ardiendo en el desierto—. Cuando mi sangre tocó la tuya, vi tus pensamientos, como tú ves los míos. He visto la prueba que debes afrontar, y he visto tus miedos. Puedo darte poder, niña. Poder a través de mi sangre, que hará que tu piedra reluzca más brillante que cualquiera de las del tesoro de los Belmany».

Lin alzó el rostro hacia él.

—Pero ¿qué podría hacer a cambio? ¿Por vos?

Él alzó las manos; Lin notó sus garras a ambos lados del rostro, bandas de fuego y espinas. Las zarpas le arañaron un poco la piel. El estómago se le revolvió, en parte por la repulsión, en parte por deseo, no por el rey, sino por el poder que su contacto prometía.

«Los malgasi vendrán. No se les puede contener sin un gran poder. Tú serás ese poder. Tú protegerás Castelana. Tú protegerás a tu gente. Porque sin la Diosa, todo está perdido».

Bajó las manos, y fijó sus inexpresivos ojos en el rostro de Lin. Por primera vez, habló, no en su cabeza, sino en alto, con una voz quebrada y rasposa, pero que seguía siendo la del rey.

—Los malgasi temen a una leyenda —dijo—. Reclama tu poder. Dales algo real que temer.

Kel salió del sol brillante y subió corriendo la escalera del Castel Mitat, con la cabeza hecha un lío. A pesar de toda la firmeza con la que había dicho a Andreyen que no temía el enfado de Conor o que creyese haber sido traicionado, mientras subía, esas palabras le parecían vacías. Conor y él se habían discutido muy pocas veces, tampoco podía recordar alguna vez en la que Conor hubiera estado realmente decepcionado con él. Solo pensarlo...

Esos pensamientos se le borraron rápidamente de la mente al ver a Conor trotando escaleras abajo. Era evidente que tenía prisa; parecía preocupado y cargaba con un fajo de pergaminos de vitela bajo el brazo.

Se encontraron en mitad de la escalera. Conor se sobresaltó al ver a Kel, antes de lanzarle una sonrisa distraída. Tenía un aspecto muy similar al de esa mañana, aunque se había echado encima una capa rojo oscuro, confeccionada para ocasiones ceremoniales, con la rosa

dorada de los Aurelian bordada en los hombros. Sobre la frente se veía una fina corona de oro pesado.

—¿De camino a la Cámara de la Esfera? —preguntó Kel.

Conor asintió y movió los papeles que llevaba.

—Documentos sucesorios para el fuero de los tintes —explicó—. Beatris sucederá a Ciprian. No es que esté en las mejores condiciones para firmar todo el papeleo, pero la ley no hace excepciones por el duelo.

Kel pensó en Beatris Cabrol, en el modo que siempre solía buscar a su hermano en cualquier fiesta o baile, en el modo en que se quedaba a su lado como si disfrutara bajo su protección. Al menos, pensó, Ciprian no se iría a la tumba sin que se le echara de menos.

—Ya, supongo que no. ¿Y qué hay del fuero del té...?

—Irá al hermano pequeño de Artal, Donan. Está adoptado temporalmente en Valderan, pero ya se ha enviado a un jinete a buscarlo. ¿Y dónde has estado tú? —añadió Conor, mirándolo con curiosidad—. Pensaba que estarías en las habitaciones.

—He ido a hablar con Lin —contestó Kel, cuidando sus palabras—. Su prueba es muy pronto. Quería desearle lo mejor.

La mano de Conor apretó los papeles con fuerza.

—¿Cómo está?

Kel vaciló. «No puedo decirte que ahora está en Marivent. Con tu padre, el rey. Que cuando te nombro, se le llenan los ojos de una luz rara, igual que hacen los tuyos cuando la nombro a ella».

—Está nerviosa —dijo Kel, en alto—. Pero ya sabes cómo es. No lo demuestra.

—No. —Una sombra pasó por el rostro de Conor—. No demuestra mucho. —Miró hacia la puerta del Castel—. Debo irme. Me estarán esperando en la cámara. Pero, Kel...

—¿Sí?

—Parece que hace mucho que no hablamos. —Había algo extrañamente formal en el tono de Conor, algo que Kel no acababa de definir—. ¿Voy a buscarte cuando acabe la reunión?

—Claro. Yo también tengo cosas que quiero hablar contigo. Te esperaré en la habitación.

Kel no pudo evitar pensar que la mirada que Conor le echó era extraña. Quizá no podía imaginar qué tipo de noticias podía tener Kel.

—Estoy deseando escucharlas. —Fue todo lo que Conor dijo.

Y se fue, pisando fuerte sobre los escalones, su capa de terciopelo rojo volaba tras él como había volado la melena de Lin sobre sus hombros cuando corría hacia la torre.

El reloj de la Torre del Viento estaba dando las seis cuando el carruaje corría por las calles cercanas al Sault. Lin se agarraba a los bordes del asiento, preparada para saltar afuera en cuanto llegaran.

Al salir de la Torre Norte se había dado cuenta que había pasado mucho más tiempo con el rey del que había creído. El cielo comenzaba a ensombrecerse anunciando el ocaso, y su prueba iba a tener lugar a la puesta de sol. Le quedaba muy poco tiempo para regresar al Sault.

Notaba la Piedra-Fuente en el broche, latiendo como un corazón. El resplandor había sido tan brillante cuando se había marchado de la torre que había tenido que cubrirlo con el borde del chal. El color había cambiado por completo, de un modo que nunca había visto antes, desde un perla luminoso a un rojo ardiente, el color de la sangre del rey.

Había pensado que tendría que utilizar el escalpelo, pero el rey había empleado la garra de la mano derecha para cortarse en la

muñeca. Su sangre había sido como metal fundido, casi resplandeciendo desde dentro. Mientras caía sobre el broche y encendía la Piedra-Fuente, Lin había sentido el calor y se había preguntado cómo era que al rey no lo mataba tener esa sangre en las venas. Se oía un siseo con cada gota que daba en la piedra, el humo en su interior se volvió del color de la sangre y comenzó a girar bajo la superficie.

Había creído que tendría que vendarle la herida, pero se había cerrado casi tan rápido como se había abierto.

—Gracias —había susurrado, pero él se había retirado en sí mismo de nuevo.

Solo la observó mientras cogía el zurrón y salía de la habitación. Lin había comenzado a correr en cuanto llegó a la escalera.

No sabía si volvería a ver al rey. ¿Cómo sabría este si ella pasaba o no la prueba? ¿Si conseguía, o podía, convertirse en lo que él esperaba que ella fuera? «Dales algo real que temer», le había dicho el rey, pero Lin no podía ver más allá de su propio miedo para imaginarse que eso podría llegar a ser cierto.

Por fin, ya veía la puerta del Sault desde el carruaje. Antes incluso de que este acabara de detenerse, Lin salió catapultada por la portezuela, casi tropezando con las faldas, y atravesó la puerta a la carrera.

Mientras corría a toda velocidad por el Sault, partes del conocido paisaje parecían ponerse por un instante en un foco más cercano, como si las colocara bajo una lupa. La Casa de las Mujeres, con sus ventanas con vidrieras, esparciendo arcoíris por el pavimento. Los almendros junto al muro oeste, a los que Mariam y ella habían trepado de pequeñas. El Jardín de los Médicos, exuberante bajo el sol poniente. Y, finalmente, el Kathot, donde había proclamado ser la Diosa. Las piedras del suelo estaban salpicadas de pétalos de

jacaranda color azafrán, la cúpula del Shulamat relucía bajo el sol poniente, que se reflejaba en sus teselas de bronce y oro.

En parte, se había esperado que la plaza estuviera llena de gente, pero estaba vacía. Aún más, el Shulamat parecía cerrado por la hora, con todo el mundo durmiendo, aunque era demasiado temprano.

Al acercarse al Shulamat, vio a una persona solitaria sobre los escalones. Era Mayesh. A Lin le costó un instante reconocerlo en su hesilon. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que lo había visto vistiendo algo que no fuera su atavío de consejero. Se le veía más viejo, pensó, y también más serio.

Se reunió con él en mitad de la escalera, casi esperando que la riñera por llegar tarde. Pero él solo la miró al rostro antes de hablarle.

—Por un momento he pensado que no vendrías. Incluso lo he esperado. Pero, claro, aquí estás.

—Aquí estoy —afirmó Lin. El corazón le latía con fuerza, despertándole un ansia en su interior. Notaba el calor de la Piedra-Fuente, que le ardía junto al pecho. Se preguntó si tendría un aspecto extraño, incluso salvaje, pero Mayesh no parecía sorprendido. Solo preocupado—. Esto es algo que debo hacer, *Zai*.

—La prueba —repuso él, y vaciló—. Puede que no sea lo que te esperas.

Lin lo miró con dureza. ¿De qué iba eso? Sabía mejor que nadie lo despiadadamente práctico que Mayesh podía ser.

—Así que sabes lo que es —replicó ella—, y crees que no puedo hacerlo.

Por un instante, él pareció el anciano que era.

—No se me permite decir cuál puede ser la prueba, Lin. Ya lo sabes. Solo que... prepárate.

Lin enderezó la espalda. Por encima de ellos, la puerta doble estaba abierta, y solo se veía oscuridad en el interior. Ella le tendió la mano a su abuelo, y él se la cogió.

—Ven conmigo —pidió ella—. Entraremos juntos.

Nunca se había imaginado entrando en el Shulamat con su abuelo al lado, incluso en el improbable caso de su futura boda. Pero, en ese momento, entraron juntos, con las manos unidas, como si ella fuera mucho más joven de lo que era. La expresión de Mayesh era severa, inflexible, bajo la luz de los cientos de velas que iluminaban el interior del Shulamat. Resplandecían de un lado al otro de las vigas del techo, se alineaban en los alféizares de las ventanas de celosía, ardían en los candelabros situados al fondo de la sala, junto a la plataforma elevada del Almenor.

Colocados a ambos lados del pasillo se hallaban los testigos. Quince mujeres, entre ellas Chana Dorin, a la izquierda. Y catorce hombres a la derecha. Todos vestían el hesilon; todos mostraban una misma expresión de seriedad. En lo alto del Almenor había tres personas. El Maharam, con su báculo plantado firmemente ante él. A su lado, Aron Benjudah, sus amplios hombros cubiertos de azul oscuro y una fina corona de plata sobre la frente.

Y, justo entre ellos, sentada en una silla de madera, se hallaba Mariam.

«Prepárate», le había dicho Mayesh, pero la impresión fue como si la despertaran bruscamente de un sueño extraño. Lin se había imaginado todo tipo de pruebas, pero en ninguna de ellas había participado nadie más. ¿Qué estaba haciendo ahí Mariam? Miró a Mayesh, pero él miraba fijamente al frente, con los ojos clavados en el Exilarca.

—Lin Caster —comenzó Aron, y su voz resonó por todo el Shulamat—. Acércate al Almenor. Mayesh Bensimon, por favor, ve a

colocarte entre los testigos.

«Por favor». Era una orden, por muy educadamente que lo pidiera. Mayesh le dio una única palmadita en la mano antes de ir a reunirse con los otros hombres. Frente al Almenor, Lin avanzó por el pasillo con una lentitud deliberada. Era consciente del peso de las miradas sobre ella al caminar, ojos curiosos en rostros conocidos. El Sault era pequeño; reconoció a cada uno de ellos. ¿Qué querrían?, se preguntó. ¿Verla vencer o verla fracasar?

Justo antes de la plataforma elevada del Almenor, había un espacio circular vacío, rodeado de velas. En el centro, curiosamente, había un diván bajo, cubierto con una manta blanca.

—Lin. —La voz de Mariam, fina pero fuerte, cortó el silencio—. Lin, no lo sabía. No sabía cuál sería la prueba.

Lin miró a su amiga, acurrucada en la dura silla de madera, entre el Exilarca y el Maharam. Los ojos de Mariam se veían grandes y oscuros en su rostro delgado. Se aferraba al chal rosa que tenía sobre los hombros.

—Mari —respondió Lin—. Lo siento. Nunca pensé que te involucrarían...

—Fue la elección del Consejo —la cortó Aron—. Y a esa elección debemos sujetarnos.

Lin quiso estar furiosa con él, pero podía ver un auténtico remordimiento en sus ojos. Podría no demostrarlo ante el Maharam o ante el Consejo, pero esa no habría sido la prueba que él hubiera elegido.

Lin no pudo evitar pensar en Conor, en lo que Kel le había dicho en el carruaje: «Solo te puede ofrecer eso no porque ame a Anjelica, sino porque ama Castelana».

Conor había antepuesto su gente a sus propias elecciones, e igual hacía Aron. No eran tan diferentes, el príncipe y el Exilarca.

Mientras ella lo miraba, Aron alzó la voz.

—Hijos de Aram. Somos los que esperan, pero no siempre hemos esperado. Hubo un tiempo en que teníamos a nuestra Diosa entre nosotros; un tiempo en el que prosperábamos en nuestra tierra. Un tiempo en el que no vivíamos tras muros para protegernos, sino que caminábamos con orgullo por nuestras calles, por nuestras ciudades, entre nuestros ejércitos y nuestras torres, nuestros barcos y nuestras flotas, nuestros lugares de culto y de celebración.

Todos los testigos tenían los ojos fijos en Aron. A pesar de toda su preocupación, Lin no podía negar que este tenía la habilidad, al parecer innata, de arrastrar a la multitud. Esas palabras también tocaron algo en su interior. Algo profundo y que nunca había perdido: el sueño de un auténtico hogar.

—Ahora vivimos en el exilio. Pero no siempre será así. Un día, nuestra Diosa regresará. Un día, Aram tornará a florecer. La Diosa elige el receptor por el que regresará con nosotros. Por eso, todos los años, celebramos el Tevath; por eso, invitamos a la Diosa a hablar por la boca de aquella que tenga a nuestra Señora en su interior. —Su mirada recayó sobre Lin—. Lin Caster ha afirmado eso. Afirma que la Diosa reside en su interior. Y debemos darle la oportunidad de probar esa afirmación.

Lin le mantuvo la mirada a Aron. No quería apartarla, por mucho miedo que sintiera por Mariam. No podía mostrar ese miedo, esa preocupación, delante de los que se hallaban reunidos allí.

—Debemos ofrecer a la Diosa la oportunidad de mostrarnos la verdad de quién es —continuó Aron, con una voz que parecía miel sobre espinas. Lin no pudo evitar preguntarse a quién irían dirigidas esas espinas, ¿a ella o a aquellos del Consejo que habían elegido esa prueba en concreto?—. La Diosa curaba, según dicen, con solo tocar.

Tu prueba, Lin Caster, es curar a tu amiga Mariam. Pon las manos sobre ella y cúrala.

Lin tuvo que esforzarse en ocultar su impresión. ¿Curar a Mariam? Como si en el Sault no supieran ya todos que era lo que llevaba años intentando hacer. Fue como una bofetada, como si le estuvieran diciendo directamente: «Nunca has sido capaz de hacer esto. ¿Cómo vas a poder hacerlo ahora?».

Y, sin embargo... También le estaban dando una oportunidad. Una oportunidad que, de otro modo, nunca hubiera tenido.

Aron ayudó a Mariam a levantarse de la silla. Era solícito, cuidadoso, mientras la acompañaba desde la plataforma al anillo de fuego y la sentaba en el diván con la manta blanca. Murmuró algo que Lin no pudo oír, y Mariam se tumbó, con las manos cruzadas sobre el pecho y la mirada hacia arriba.

Con un gesto, Aron indicó a Lin que se acercara. Mientras lo hacía, pensó de repente en el Rey Trapero, en el firme sonido de su voz.

«Puedes echar mano de la magia, Lin. Concéntrate no en qué puedes fingir para ir pasando esas pruebas, ni en el poco tiempo que crees que te queda. Concéntrate en pasar la prueba. Yo creo que puedes».

Ya se hallaba sobre Mariam. Esta miraba píamente al techo, pero cuando Lin la miró, movió la cabeza, solo un poco, y le guiñó el ojo. Lin sintió como si le quitaran un peso del pecho. Le cogió las manos a Mariam y se las apartó; le colocó los brazos a los lados y le puso las manos en el pecho, planas, justo sobre el corazón.

Buscó en su interior. En lo más profundo, en los antiguos recuerdos de la risa de su madre, de la voz de su padre. De Mayesh cogiéndola en brazos y lanzándola al aire. De la enormidad de una mariposa de color naranja oscuro que se le posó en la mano. Del

chorro de agua que caía en el puerto después de un día de tormenta.

La Piedra-Fuente se fue calentando sobre su pecho, y Lin notó su energía, fluyendo hacia su interior. El ardiente poder de la sangre del rey; un poder más antiguo que la Fractura, un poder nacido del amanecer del mundo, cuando las maravillas eran tan comunes como los ratones de campo. Fluyó hacia ella, hacia su interior y a través de ella; la rodeó. Lin buscó y con facilidad arrancó una palabra del vacío: *plenitud*. Se apoyó en ella. Se alzó *contagio*, y la rechazó. Otras palabras aparecieron que no conocía, pero que expresaban reparación y curación, salud y fuerza. Buscó aún más lejos, mientras la forma de una poderosa palabra se iba dibujando, una de las palabras más poderosas. Una que el conocimiento colocaba en la esfera superior de las palabas, por encima de *cielo*.

Vida.

Cogió esa palabra y se aferró a ella. En su interior se despertó un sentimiento intenso y brillante. La idea de que podía verse sus propios huesos a través de la piel de las manos, como si brillaran igual que antorchas.

Mariam ahogó un grito, y su espalda se arqueó bajo las manos de Lin. Un fluido negro supuraba en el pecho de Mariam; no, no supuraba, sino que palpitaba con rapidez, como la sangre en una arteria.

Lin mantuvo las manos pegadas a Mariam mientras el fluido negro salpicaba el suelo, como una lluvia oscura. Las velas gotearon como si estuvieran bajo el viento cuando Aron corrió hasta el borde del Almenor.

Mariam se incorporó hasta sentarse. Se llevó una mano al pecho, con una expresión de total asombro. Miró a Lin como enloquecida. Tenía el rostro sonrojado con el color de la salud, como Lin no se lo

había visto en años. Lin la observó, con el corazón en un puño, mientras Mariam respiraba hondo una vez; expandió el pecho, y abrió la boca sorprendida mientras se le llenaban los pulmones.

—No me duele —dijo asombrada—. No me duele...

El Maharam estaba pálido y miraba fijamente. Desde todos los puntos alrededor de Lin se fueron alzando voces, maravilladas y horrorizadas. Parecían extrañamente lejanas, como acalladas.

—Lin —llamó el Maharam en una voz oscura y terrible. Era la primera vez que hablaba desde que ella había entrado en el Shulamat—. ¿Qué has hecho?

Le estaba mirando las manos. Ella siguió su mirada, y lo que vio fue aterrador. Podía ver claramente a través de la piel y el músculo, hasta los huesos de debajo, que ardían con un fuego rojo brillante.

Alargó las manos ante ella. Aún podía notar la magia, palpitando por todo su cuerpo, arrolladora, presionando contra los límites de su ser consciente, como si lo que más quisiera fuera liberarse.

Ya no podía ver el Shulamat u oír las voces que la rodeaban. En su lugar, veía un enorme salón oscuro, medio perdido entre las sombras. La rodeaban estatuas sonrientes con rostros de calavera. Y ante ella se hallaba una mujer, totalmente vestida de negro y delgada como una fusta, que se volvió para mirarla con un frío rostro despiadado. Lin nunca la había visto, pero supo inmediatamente de quién se trataba.

Elsabet Belmany.

Vio que Elsabet abría los ojos como si la reconociera. Sus labios formaron la palabra *tú*. Y entonces Elsabet ya estaba yendo hacia ella a grandes pasos, y Lin vio la Piedra-Fuente en su cuello, insertada bajo la piel, latiendo como un segundo corazón. Una sonrisa de desprecio cruzó el pálido rostro de Elsabet.

«Claro. Tenías que ser una sucia ashkar».

Lin pensó en el rey, en lo último que le había dicho. En la Guardia del Lobo, en cadalsos ensangrentados y en el terror que había sembrado la realeza Belmany, y alzó las manos, con las palmas hacia fuera.

«Témeme», pensó, y el fuego que había parecido atrapado bajo su piel se liberó. Salió de ella como agua de una presa rota hasta que todo alrededor era calor y brillo. Oyó el crepitar de las llamas y las piedras quebrándose, y el poder estaba menguando, estaba marchándose, y la oscuridad le llegó como la ceguera, cubriéndole la visión.

Elsabet

Elsabet Belmany, princesa de Malgasi, heredera del Trono del Fénix, está sentada y mira hacia los oscuros rincones de la cella del templo. Todo está en silencio; lo único que se oye es el sonido que procede del Laberinto, afuera, y el ruido de las botas de Janos y Bagomer, que van de arriba abajo por el piso superior.

Si hay algo que realmente desprecia, y la verdad es que desprecia más cosas de las que puede contar, es esperar. Y el dolor de la espera solo se intensifica a medida que el objetivo se acerca.

Pronto atraparán al Guardián de Espadas. Ni siquiera su príncipe podrá ayudarlo después de esta noche. El placer de esos pensamientos la anima, al igual que la llama en el brasero. Se estremece ligeramente, mientras lo mira desde su asiento al otro lado de la sala. Cuán caliente debe de estar el corazón de ese fuego. Cuán glorioso...

Entonces se incorpora en la silla cuando una horrible sensación de que algo va mal la invade. Se lleva las manos al estómago, presa de unas náuseas repentinas. ¿Qué es lo que va mal?

Toda su vida ha estado sola en su poder, su Piedra-Fuente como una única estrella ardiente en la oscuridad. Pero esa oscuridad está

comenzando a llenarse con una luz terrible, y Elsabet está... asustada. Así que esto es el miedo. Esa inquietud insistente y fría, como una serpiente moribunda sacudiéndose sobre la panza.

Se pone en pie tambaleante, luego casi se cae por los escalones del altar. Mientras va haciendo eses por la cella, como si estuviera borracha, golpea con el hombro el borde del brasero, que cae al suelo. Los carbones calientes ruedan por tierra, y chisporrotean con fuego, que se extiende rápidamente en las filas de asientos de madera que hay frente el altar. Vagamente, Elsabet oye el crepitar de las llamas, pero el sonido se pierde contra el latido de su propia sangre en los oídos.

No se le ocurriría nunca avisar a sus guardias, incluso si fuera capaz de pensar con claridad. Está tambaleándose hacia la puerta del templo como un buceador podría sacudirse por llegar a la luz y el aire. Mientras sale corriendo hacia la noche, el ruido y los olores del Laberinto la golpean como un puño. Gritos y alaridos, los estridentes chillidos de las putas y los prestamistas, el hedor a licor y sudor. Y, por encima, el cielo de color naranja por las llamas.

Elsabet da una vuelta en redondo, tratando de localizar el origen de las llamas. El templo de Anibal está ardiendo, lo sabe, pero aún no hay llamas visibles desde el exterior. Y ese fuego... no arde de una forma ordinaria. Es mágico. Y llega desde el otro lado del gran muro que se alza detrás del templo. Desde el interior del Sault.

Elsabet ya no está mirando hacia el Laberinto. Se halla en una habitación oscura, y frente a ella hay una joven de pelo rojo brillante y expresión decidida. Elsabet la reconoce de inmediato: la joven que había estado con el príncipe Aurelian en la biblioteca de Palacio. Alrededor de su cuello reluce un colgante, el círculo vacío del *magal*.

«Claro —piensa Elsabet—. Tenías que ser una sucia ashkar».

El rostro de la joven cambia, se le endurece la mirada. La Piedra-Fuente que lleva en un broche de plata prendido a su vestido parece derramar una luz intensa, que impide ver a Elsabet. Vuelve a estar en el Laberinto, y el muro del Sault se está disolviendo; grandes piedras se desmoronan cuando un fuego sobrenatural las reduce a rocas y polvo.

Y, por el espacio que dejan, mana un furioso fuego que rodea el templo de Anibal.

Elsabet está segura de oír los gritos de Janos y Bagomer, pero se van perdiendo entre el ruido del fuego y de la avalancha de piedras. Se vuelve para salir corriendo, pero el fuego está pegado a ella en segundos, como un animal hambriento que salta a matar.

Capítulo veintitrés

Kel recorría de un lado al otro la longitud de la habitación que compartía con Conor, desgastando (estaba seguro) el centro de la cara alfombra hindí del suelo.

Estaba oscuro; el sol ya se había puesto. Un rato antes, Kel había visto humo en el cielo y había oído el resonar de las alarmas de la ciudad, que indicaban la existencia de un fuego que había que apagar (no era un suceso excepcional, pero no ayudó a los nervios a flor de piel de Kel).

Aunque Marivent estaba profusamente iluminada con antorchas, Kel vio que la Torre Norte se hallaba a oscuras. Lin habría regresado al Sault para su prueba. La Cámara de la Esfera resultaba invisible desde las ventanas, pero, de vez en cuando, los sirvientes corrían por los senderos exteriores, cargados con vino y comida en dirección a la reunión. Era perfectamente posible que se pasaran toda la noche.

Kel rezó en silencio, a ningún dios en particular, para que acabara pronto; sobre todo porque sus nervios ya no daban más de sí. Una y otra vez se imaginó su confesión ante Conor. Debería comenzar: «Bueno, hay un Rey en la Ciudad y un Rey en la Colina, y se

comunican. Tienen Castelana en común, como ves». O mejor: «La noche de la masacre en la Galería Brillante, Jolivet se me acercó...».

Pensar en Jolivet lo detuvo. Jolivet había insistido en que Kel mantuviera en secreto sus actividades; si le revelaba la verdad a Conor, ¿admitiría Jolivet su parte en el asunto? ¿Lo negaría todo y dejaría que Kel cargara con la culpa? ¿O revelarle la verdad a Conor provocaría que el legado tomara drásticas medidas que podrían ponerlos a todos en peligro?

Llegó al extremo norte de la habitación, giró en redondo y comenzó a andar en el otro sentido. Pensó en Antonetta y sintió que lo recorría un dolor agudo. La quería con él de un modo desesperado, a pesar de su rabia; quería oír su voz y tener su consejo. Cambió de rumbo, se dirigió al armario y abrió la pesada puerta. Rebuscó entre la ropa, buscando la sencilla capa marrón que se ponía cuando quería salir sin ser visto, fuera de Marivent. No es que no supiera dónde encontrar a Antonetta...

Vaciló, con la mano extendida. Quizá supiera dónde se hallaba Antonetta, se recordó, pero no podía confiar en ella. Esa idea tenía un gusto amargo; amar a alguien en quien no podías confiar era como estar desprotegido en el frío más gélido. Pensó en Lin, diciendo: «No quiero amarlo. Me asusta más de lo que nunca me ha asustado nada».

Bajó la mano, con el ceño fruncido. En cualquier caso, era ridículo pensar en salir de Palacio; había prometido a Conor que lo esperaría ahí. De todas formas, pasaba algo raro con el armario. Faltaba su capa marrón, y los estantes también estaban revueltos, como si Conor los hubiera removido buscando algo...

Sssh. Un susurro. Kel se volvió y vio que habían pasado algo blanco bajo la puerta de la habitación. Corrió rápidamente a abrirla y miró en el pasillo, pero no vio a nadie allí.

El papel se agitó a sus pies como las alas de un pájaro. Se agachó para recogerlo y vio un mensaje que provocó que se le helara la sangre.

> Anjelica Iruvai va a huir de Palacio esta noche. Ve rápidamente y convéncela de que se quede. Si se marcha, no necesito decirte lo graves que pueden ser las consecuencias para Castelana.
> Andreyen

La puerta del Castel Pichon estaba cerrada con llave.

Kel fue de un lado al otro ante la neutra fachada del Pequeño Palacio, con la sensación de tener hielo en las venas. Nunca había visto el castillo desierto, no desde que Anjelica se había alojado allí. Normalmente, dos de sus hermanos estaban fuera, a menudo jugando a las cartas o incluso tumbados sobre la hierba. Pero, en ese momento, el Pichon estaba a oscuras, las puertas selladas, el lugar en absoluto silencio.

Pensó en gritar el nombre de Anjelica, pero eso solo atraería a la Guardia del Castillo, la cual llamaría a Lilibet, Jolivet, Mayesh..., despertarían a todo Marivent. La nota de Andreyen había rogado a Kel que convenciera a Anjelica de no marcharse, no que le lanzara encima el peso de los Aurelian y las familias de los fueros.

Fue entonces cuando Kel se percató de la ventana, a unos tres metros del suelo, enfocada hacia la aguja del Truco. Si su memoria no le engañaba, seguramente pertenecía a uno de los aposentos de Anjelica. Maldiciendo para sí, Kel invocó las lecciones que le había dado Jerrod, flexionó los dedos y saltó para agarrarse a la pared.

Por suerte, el Castel Pichon no estaba hecho de piedras lisas. Los ladrillos eran irregulares y ofrecían puntos de apoyo para las manos

y los pies. Kel trepó hasta la ventana en cuestión de segundos y se metió dentro.

Aterrizó con torpeza sobre el suelo de madera, rodó y se puso en pie. Se hallaba en el dormitorio de Anjelica, al que solo iluminaba la luz de la luna. La cama se encontraba a su izquierda. Los coloridos tapices que colgaban de las paredes habían perdido el color bajo la tenue luz blanca.

—¿Anjelica? —llamó en voz baja.

La habitación tenía aspecto de falta de uso, una sensación de vacío y abandono. Sin duda no se habría ido ya, ¿no? ¿Qué podría haberla hecho marchar tan de repente de Marivent? Nada de eso tenía sentido.

Entonces, notó movimiento entre las sombras, al fondo del dormitorio, donde la puerta doble conducía a un pequeño estudio. Pensó que habrían sido las cortinas, volando al viento que entraba por las ventanas abiertas. Ventanas que daban a un jardín en desuso en la parte trasera de Palacio...

En silencio, Kel deslizó su daga desde la muñeca, un destello de plata en la penumbra. Dio un paso adelante, y se detuvo de golpe cuando una sombra emergió desde las sombras aún más negras del estudio. Por un momento, solo vio la silueta de una mujer en la oscuridad, y pensó en Elsabet Belmany. Luego la lámpara que ella tenía en la mano se iluminó y la vio.

Anjelica.

—¡Oh, Kel! —exclamó con tristeza.

Iba vestida para viajar. Una capa de lino abrochada al frente, botas de cuero suave, una túnica oscura. Se había recogido los rizos en un moño en la nuca. No llevaba nada más que la lámpara en la mano, y en la otra, un cuchillo corto de hoja recta, no muy diferente de la daga de Kel.

—Ojalá no hubieras venido —dijo ella—. No puedes hacer nada.

Una mirada a su rostro le dijo a Kel que hablaba en serio. No se iba porque estuviera furiosa, no se marchaba por un enfado o ni siquiera por sentirse herida o inquieta. Estaba calmada y decidida.

Antes de que pudiera preguntarle por qué, se oyó un ruido procedente del exterior de la ventana. La voz de un hombre arrastrada por el viento de la noche, cautelosa, un poco preocupada.

—¿Anjelica?

Ella volvió la cabeza.

—Un momento, Laurent. Es Kel.

Kel oyó maldecir al corsario. Algo en su voz le resultó extrañamente familiar... ¿Era posible que lo hubiera oído hablar en el Baile del Solsticio?

—¿Kel está ahí arriba? —preguntó Laurent—. Bueno, pues dile que se largue de Marivent también. Hay sitio suficiente en Sedai.

—Laurent Aden. —Kel mantuvo el cuchillo firme—. Te estás escapando con Laurent Aden.

La mirada oscura de Anjelica no vaciló.

—No tiene nada que ver contigo, Kel. Cuanto menos sepas, mejor.

—Sí que tiene que ver conmigo. Porque tiene que ver con Conor. Nos has mentido desde el principio, Anjelica.

Ella apartó la mirada. Así que no intentaría negarlo. Los recuerdos se le acumulaban en la cabeza, ya con un tinte diferente, como si antes hubiera visto desarrollarse los acontecimientos solo a través de un cristal distorsionado, y en ese momento se hubiera enfocado.

—Era mentira que Laurent estaba enamorado de ti y tú lo habías rechazado —dijo Kel—. Lo amabas. Siempre lo has amado. Te vi en el baile; vi la manera en que te miraba. Me dije que no era nada, pero estaba siendo un tonto, ¿no? La idea era venir a buscarte en el momento en que desembarcaste en Castelana, por eso estabas tan

alterada cuando te recogí en el puerto. No parabas de buscar a Aden. ¿No es cierto? —Kel recordó la tensión de Anjelica cuando él la había ido a recoger al barco de Kutani, el modo en que había recorrido el puerto con la mirada una y otra vez. No había estado asustada por verlo, sino que había esperado verlo.

Kel dio un paso hacia ella. Anjelica se movió muy levemente y el cuchillo en la mano destelló, fue suficiente para detenerlo. Por la forma en que sujetaba el arma, Kel vio que sabía usarla.

—Eres muy listo —contestó ella—. Laurent debía recogerme directamente del barco cuando atracara en el puerto. Pero cuando no vino, creí que tal vez lo hubieran matado.

—Debo aplaudirte —admitió él, y se preguntó cuánto rato podría mantenerla ahí, hacer que siguiera hablando—. No mostraste ninguna preocupación.

Ella alzó la cabeza.

—Soy una princesa. Tengo la misma práctica que Conor en no mostrar lo que siento. Y, en cierto modo, fui sincera con él ese día. Cuando le dije que no requería que actuara fingiendo amor, y que yo tampoco lo haría. Lo dije en serio.

—Porque estabas enamorada de Aden.

—Y Conor también está enamorado de otra —replicó Anjelica—. Tú debes saberlo. —Le lanzó una mirada especulativa—. No tenemos mucho tiempo, *Királar*. Pero he pensado que debes saber esto. Me habían dicho muchas cosas sobre Conor; que era un monstruo, egoísta y cruel. Pero no lo es. Tiene un buen corazón que incluso años en la política no han conseguido destruir. Y si me lo preguntaras, te diría que es gracias a ti. Le has mantenido humano durante todo este tiempo. Quizá ese no sea el deber de un Guardián de Espadas según la ley, pero debería serlo.

Kel no hizo caso de eso. No podía prestar atención, no en ese momento.

—Esa historia sobre el chantaje. Era todo mentira. Me usaste para ponerte en contacto con Laurent por medio del Rey Trapero.

Anjelica solo lo miró, con el cuchillo en la mano, sin ninguna disculpa.

—¿Por qué no escapaste con Aden la noche del baile? —preguntó Kel—. ¿Por qué has esperado hasta ahora?

Ella apretó el mentón.

—Eso era lo que quería Laurent. Y yo también, pero le dije que no podía abandonar a Conor. Sabía cuál sería el coste para Castelana.

—Y entonces..., ¿lo ocurrido en el adorno te ha hecho cambiar de opinión? —Kel recordó lo que ella había dicho aquel día.

—Acababa de decirle a Laurent que no podía irme con él —respondió ella, en voz baja—, que no abandonaría a Conor porque me había tratado con honor y respeto. Estaba furiosa..., lo suficiente para dejar que Sedai destruyera ese estúpido adorno.

—¿Y es por eso por lo que te vas?

—Claro que no —respondió indignada—. Iba a quedarme igualmente; estaba enfada, pero lo entendía. Sabía que Conor estaba enamorado de alguien a quien no podía tener, ¿cómo no iba a reconocer una situación igual a la mía? Los representantes de Malgasi fueron a decirle a Laurent que lo ayudarían a sacarme de aquí. Que casarían a Elsabet Belmany con Conor en mi lugar, evitándole el escándalo. Pero cuando rechacé la oferta, no se echaron atrás. Aden averiguó que habían planeado matarme para dejarle el camino libre a Elsabet.

«Putos malgasis. Otra vez». Sus pezuñas estaban en todo lo malo que ocurría en Castelana.

—Deberías haber acudido a nosotros. Podríamos protegerte.

—No estoy segura ni de que podáis protegeros a vosotros mismos —repuso ella a media voz—. Si me marcho, seré la princesa que huyó con su amante. La culpa será mía. Es mucho mejor para todos si los nobles de la Cámara de la Esfera me ven huyendo sobre un elefante. Entonces, no habrá ninguna duda de lo que hice.

—¿Escapándote a Malgasi para buscar protección? No puedes fiarte de ellos, Anjelica...

—Aden no está trabajando realmente con ellos. Creen que vamos a usar un carruaje, para huir hasta el barco de Laurent. Pero planeamos estar fuera de su alcance antes de que se den cuenta de que los ha traicionado.

—Conor nunca se casará con Elsabet Belmany.

—Ya lo sé. Pero si me asesinan aquí, aunque él sea inocente de mi muerte, ¿no crees que Kutani querrá vengarse? ¿No crees que una segunda princesa muerta hará que todo sea peor para él, para ti?

—Déjame hablar con Aden —pidió Kel—. Tengo que saber qué le han dicho los malgasis...

Algo se estrelló contra la puerta principal del castillo. Lo que había sido silencio, estalló en un estruendo de voces furiosas; la luz iluminó el exterior de las ventanas delanteras.

—¡Abrid! ¡Abrid en nombre del rey! —gritó una voz áspera.

Kel se volvió para mirar a Anjelica. Esta ya se hallaba en la ventana que daba al jardín trasero. Su cuchillo destelló al metérselo bajo el cinturón. Ella miró hacia atrás, a Kel, justo cuando la puerta principal cedió bajo la fuerza de la multitud en el exterior. La puerta se abrió de golpe y la Guardia del Castillo inundó el vestíbulo.

Por encima del ruido, Kel oyó a Laurent llamando a Anjelica; sin embargo, ella seguía indecisa, salida a medias, mirando a Kel. Este inclinó la cabeza hacia ella, como diciéndole: «De acuerdo. Vete».

Anjelica saltó por la ventana. Un momento después, Kel oyó el barritar de un elefante y el sonido de unas pisadas muy pesadas sobre la tierra.

Una voz conocida le resonó en los oídos. Kel se volvió, como en un sueño. Los guardias del castillo eran como una marea roja que penetraba en la habitación. Como una mancha. Pero entre ellos se distinguían dos personas claramente. Conor, con su capa roja con las brillantes rosas amarillas. Y, a su lado, Falconet, vestido de blanco y negro como un dominó. Este miró a Kel con una sonrisita desdeñosa, la misma expresión que había tenido aquel día en el Caravel, cuando Kel había cogido la manzana que él había tirado.

—¿Dónde está? —preguntó Conor, inexpresivo—. La princesa. ¿Adónde ha ido?

Kel meneó la cabeza.

—Se ha ido con Aden. No he podido detenerla.

—Oh, has tratado de detenerla, ¿verdad? —replicó Falconet con ironía, pero Conor ya se había vuelto y lanzaba secas instrucciones a los guardias.

—¡Id tras ella, vosotros cinco! —Señaló a un grupo de guardias—. Se han llevado a la princesa. Van sobre ese maldito elefante. ¡Detenedlos en las puertas! ¡Marchad! ¡Marchad ya!

Mientras los guardias salían corriendo de la habitación, Kel vio una algarabía en la puerta. Varios conocidos se abrieron paso hasta la habitación: Cazalet, con el rostro redondo más serio de lo habitual; lady Alleyne, vestida de seda roja. Y Sardou, con una expresión agria mientras se agachaba para pasar su largo cuerpo por el dintel bajo.

—Sí, he intentado detenerla, Falconet —replicó Kel—. ¿Qué te pasa?

Falconet no se molestó en contestarle. En vez de eso, se volvió al pequeño grupo de guardias que quedaba y que lo miraban expectante. Kel sintió que se le retorcía el estómago. Algo iba muy mal.

—Detén a Anjuman, Benaset —ordenó Joss, y su sonrisita desdeñosa se reflejó en su voz, como una especie de feo triunfo—. Sujétalo.

Kel esperó a que Conor dijera algo. Que replicara a Joss, que le dijera a Benaset que se apartara. Pero Conor no dijo nada. Miraba a Kel con una expresión que nunca le había visto antes en el rostro. Trató de pensar en alguna ocasión parecida. Quizá cuando el rey lo había mandado azotar, cuando la sangre le había corrido por la espalda como si nunca fuera a restañarse. Quizá entonces.

Kel notó a Benaset detrás de él, cogiéndole los brazos y retorciéndole la muñeca hasta que se le cayó el cuchillo, repicando contra el suelo. Debería haberse inquietado más, pero solo podía pensar en Conor.

—¿Así que creías que podrías escapar? —preguntó Falconet—. ¿Huir con la princesa antes de que Conor averiguara que has estado trabajando para el Rey Trapero a sus espaldas?

—Sigo sin poder creérmelo —intervino Sardou, mientras se acercaba al centro de la habitación, donde se hallaba Kel, junto con otros de las familias de los fueros—. Anjuman siempre ha sido leal hasta la médula. Como un perro.

Kel oyó la voz de Roverge en la cabeza, de tiempo atrás: «El perro ladra de parte de su dueño. Ladrad en otro sitio, perrito».

—El Rey Trapero... —comenzó Kel con voz ronca antes de volverse hacia Conor—. Jolivet —dijo—. Jolivet puede explicarlo.

Conor tenía los labios apretados y blancos.

—Así que no lo niegas —dijo.

—Joss ya nos lo ha dicho. Hay testigos de tu traición por toda Castelana —afirmó lady Alleyne, y sus labios pintados parecían un corte rojo en su rostro—. Han visto a Kel entrar y salir de la Mansión Negra. Ir con el Rey Trapero en su carruaje.

—Ya os digo —insistió Kel—. Jolivet...

Conor se cubrió el rostro con las manos.

—Para —ordenó, casi sin aliento—. Solo dime que nada de esto es cierto...

—No puede decirlo. —El tono de Falconet era casi siniestro—. Debes de creer que tu primo es tonto, Anjuman. ¿Cuántas veces te has colado en la Mansión Negra?, ¿docenas?, ¿cientos? ¿Creías que no se había notado? La Colina tiene ojos por toda Castelana. Tú deberías saberlo igual que todos.

Y claro que lo sabía, pensó Kel. Pero eso no le había preocupado. Siempre había tenido muy poca importancia para las familias de los fueros; ¿por qué iban a mirarlo? Y además, los espías de la Colina informaban a Jolivet, que Kel había dado por descontado que lo protegería. ¿Dónde estaba el legado?

Pero Falconet seguía hablando.

—¿Qué te ha prometido el Rey Trapero a cambio de información sobre los Aurelian?

—Creo que resulta evidente —dijo lady Alleyne con frialdad—. La muerte de Gremont. Todos sabemos lo que siente Kellian por mi hija. Justo la semana pasada intentó colarse en mi casa para verla. Ella estaba aterrada.

«Esto es una locura», pensó Kel, febril. Intentó captar la mirada de Conor, pero no lo miraba. No quería mirarlo. Sintió que le faltaba el aire, como si le estuvieran apretando el pecho con un tornillo. Los había menospreciado, pensó mientras recorría la mirada de lady Alleyne a Joss, al considerarlos como nobles en estado de pánico por

estar en una situación que los superaba. A los que chantajeaban los malgasis. No había visto la telaraña que estaban tejiendo a su alrededor.

Pensó en lo que Elsabet Belmany le había dicho en el tejado: «Tener una utilidad para mí».

—No tuve nada que ver con la muerte de Gremont —afirmó Kel con tanta firmeza como pudo—. Y no tenía ninguna razón para desearle ningún mal a Ciprian...

—No, le hiciste ese recado al Rey Trapero, ¿no es así? —lo culpó Joss—. Te vieron reuniéndote con Ciprian en el Caravel, junto con varios de los matones del Rey Trapero. Y, después de eso, no se volvió a ver a Ciprian. Al menos, no con vida.

—Conor —llamó Kel—. Tú sabes que eso no es cierto. Sabes que no soy un asesino.

«Soy un Guardián de Espadas. Te protejo. No soy un asesino».

—¿Hay algún testigo que sugiera que Kel es el culpable de esas muertes? —preguntó Conor.

—Kristof, del Caravel —respondió Joss, y Kel recordó al hombre rubio que le había entregado una manzana a Joss—. Y dudo que Alys Asper mintiera a los Vigilantes, si se le hiciera ver lo grave que es la situación...

—Eres un hijo de puta, Joss... —Kel fue a por Falconet, pero Benaset lo tenía bien agarrado por los brazos. Falconet dio un paso ágil hacia atrás, sonriendo. Kel miró alrededor de la sala, furioso—. No lo ves —dijo—. Es un truco. Te está mintiendo. Trata de cubrir su propia parte en todo esto...

—¿Su propia parte en qué? —preguntó Cazalet.

—La conspiración —respondió Kel, sabiendo que sonaba desesperado—. Gremont, Cabrol... conspiraban contra Castelana. De la mano con Malgasi.

—¡Qué absurdo! —exclamó lady Alleyne en voz muy alta.

—Sabíamos que había alguien más —continuó Kel—. Alguien cercano al trono, alguien que era un peligro para Conor. Así que eras tú —le dijo a Joss—. Tú eres el traidor. Y vos... —Miró a *Lior*ada. Por alguna razón, no se veía capaz de llamarla traidora; era odiosa, pero era la madre de Antonetta—. Vos no sois mejor.

—¿Así que no niegas tu relación con el Rey Trapero? —inquirió Cazalet, que parecía estar tratando de resolver algún complejo problema de impuestos—. ¿Solo dices que no has asesinado a nadie? —Se volvió hacia Joss—. Pero nada de esto es traición, ¿sabes? Dijiste que había cometido traición.

—Es traición ayudar a la princesa de Kutani a planear su fuga de Marivent —replicó Joss con frialdad—. Es traición llevarla a ver a su amante a espaldas del príncipe, y tenemos una docena de testigos que dirán que eso es exactamente lo que hizo Anjuman.

Conor se volvió hacia Kel. Tenía los ojos muy abiertos, oscuros por la impresión, de un color como de plata sucia.

—¿Llevaste a Anjelica a encontrarse con el Rey Trapero? ¿Lo arreglaste para que viera a Aden?

Kel no podía negarlo; no podía mirar a Conor directamente a la cara y mentirle.

—Tienes que entender que...

—Claro que lo hizo —interrumpió Falconet, con desprecio—. Y estaba a punto de huir con ellos esta noche.

—No estaba tratando de huir —negó Kel, apretando los dientes—. Vine a detener a Anjelica...

—¿De verdad? —replicó Falconet. Fue hasta el gran lecho, con su cabezal arqueado, y se arrodilló. Kel apenas tuvo tiempo de preguntarse qué demonios estaba haciendo cuando Joss se levantó llevando una bolsa de cuero con dos correas. Era del tipo que los

mercaderes de los Caminos Dorados solían llevar a la espalda. Mientras Kel lo miraba paralizado, Falconet abrió la bolsa y volcó todo su contenido sobre el suelo.

—Entonces ¿qué es esto?

Conor tragó aire. Kel miró fijamente. Desparramadas por el suelo, se hallaban sus prendas de ropa, las que había echado en falta en su guardarropa: su capa sencilla, prendas del verde marakandí, sus botas. Conor las conocía como si fueran suyas.

Falconet se inclinó y cogió algo de entre el lío de ropa. Cuando se incorporó, Kel vio lo que le colgaba de los dedos.

—Esto parece valioso —dijo Falconet muy satisfecho—. Propiedad de los Aurelian, sin duda. ¿Planeabas venderlo en los Caminos Dorados?

Era el amuleto de Kel. ¿Cómo lo habría conseguido Joss? Kel no había sido demasiado cuidadoso con él..., ¿por qué iba a robárselo nadie? Si supieran lo que hacía, sabrían que solo funcionaba con Kel. Y si no, era seguramente la joya menos valiosa de los aposentos de Conor y Kel.

Kel nunca se había imaginado algo como eso. Mientras el amuleto colgaba de los dedos de Falconet, reluciendo levemente, Kel sintió que el corazón casi se le rompía por él, por todo lo que representaba, por el lazo que lo ataba a Conor, alma con alma.

Falconet miró a Kel, y su expresión, porque en ese momento Conor podía verlo, era una de amable tristeza.

—Es una pena —dijo—. Me caías muy bien, Kel. Pero supongo que me has engañado, igual que has engañado a todos.

Kel se retorció para quedar frente a Conor, que se había puesto del color de la ceniza vieja.

—Con, hoy en la escalera te he dicho que necesitaba contarte algo; te lo iba a decir. —Habló con tanta calma como pudo—. Es

cierto, he estado trabajando con el Rey Trapero. Jolivet me lo pidió. Estaba tratando de descubrir quién era el responsable de los asesinatos de la Galería Brillante...

—Joss me ha avisado de que dirías eso. Todo eso.

—Porque él sabe que es verdad. —Kel ahogó un grito cuando Benaset le agarró con más fuerza—. Ordena que venga Jolivet, pregúntale...

—Aquí estoy.

Kel notó que Benaset aflojaba su agarre al sorprenderse; en algún momento, Jolivet había entrado en la habitación, tan sigilosamente que nadie lo había notado. Por primera vez, vio que una expresión de ansiedad cruzaba el rostro de Joss, que se reflejó en el de lady Alleyne. ¿No habían estado al corriente de la implicación de Jolivet? ¿Sería posible?

—Jolivet —suspiró Kel cuando el legado avanzó, moviéndose con lentitud.

Por primera vez, Kel pensó que se le veía viejo; tenía el rostro tenso, con profundas arrugas junto a las comisuras de la boca. Caminaba tieso, como si le doliera alguna vieja herida.

—Jolivet, decídselo. Lo que sabemos, que me pedisteis que investigara...

Conor se volvió hacia el jefe de la Guardia del Castillo. Kel no podía ver su expresión, pero había un rastro de esperanza en su voz cuando habló, aunque tan leve, que dudó que nadie más hubiera sido capaz de notarlo.

—Aristide —dijo Conor—. ¿Es cierto lo que dice Kel? ¿Le pediste que trabajara con Morettus?

Jolivet posó la mirada en Kel. Toda la sala parecía estar conteniendo la respiración. Incluso Joss, que no había parado de hablar hasta ese momento, permanecía en silencio. Había algo de

arrepentimiento en la expresión de Jolivet, y Kel pensó: «Esto también debe de ser duro para él». Pero Conor lo entendería. Kel lo conocía mejor que nadie. Solo había que explicárselo de la forma correcta...

—Me temo que debo decir que Kel miente —dijo Jolivet—. Nunca le di tal orden. Al parecer, nos ha traicionado a todos.

Kel sintió como si algo le estallara en la cabeza. Empleando toda su fuerza, se soltó de Benaset, y por un momento vio el miedo en el rostro de Joss. Mientras Falconet retrocedía asustado, Kel oyó a Jolivet dar una orden brusca. Se oyó el crepitar de algo como un rayo, que se le clavó a Kel en el cráneo, seguido de un dolor intenso.

Y después, la oscuridad.

Aron

Para Aron Benjudah, jefe del pueblo ashkar, de Conor Aurelian, Príncipe de Castelana.

Sirva la presente para informaros de que la familia real de Castelana es conocedora del daño producido en los muros del Sault por el reciente incendio. Sabed que tenemos la intención de apostar Vigilantes en el espacio vacío del muro para protegeros de cualquier incursión, hasta que la reconstrucción del muro se haya completado. También deseo disculparme ante vos por no haber tomado antes estas medidas, pero mis asesores solo me informaron de que se había producido un incendio en el Laberinto y no del daño sufrido en el Sault.

Entiendo que no hubo víctimas mortales, lo cual me produce un gran alivio. Dejadme reafirmaros que el pueblo ashkar se halla entre los ciudadanos más valorados de nuestra ciudad, y que si algún tipo de problema surge en el futuro, podéis dirigiros a mí personalmente como de un príncipe a otro.

C. A.

Aron deja la carta en la mesa y frunce el ceño. Por todo lo que ha oído de Conor Aurelian, ese no es el tipo de mensaje, generoso y atento, que hubiera esperado que el príncipe de Castelana enviara a nadie, y mucho menos a un ashkar.

Aron está informado de que tanto Lin como Mayesh pasan bastante tiempo en la Colina. ¿Es posible que conocer a algún ashkar en persona haya acabado con los prejuicios que el príncipe hubiera tenido de otra manera? Sin duda, eso es parte de la intención de tener un consejero ashkar junto al trono, claro, pero...

—Exilarca, ¿puedo hablar con vos?

Aron alza la vista. Está sentado en un banco de piedra cerca del Kathot; puede ver, en la distancia, a Mez Gorin y algunos otros hombres trabajando en el muro roto. Más allá de ellos, los uniformes rojos de los Vigilantes forman un muro temporal entre el Sault y el Laberinto. Por muy extraño que sea todo este asunto, Aron agradece su presencia. Los muros que rodean el Sault quizá fueran construidos para proteger a la ciudad de los ashkar, pero también los protegen del caos y el peligro de la ciudad.

Se obliga a regresar al presente. Ante él se halla alguien que conoce mucho de vista, pero con quien nunca ha hablado directamente: Mariam Duhary. No puede evitar quedarse mirándola por un instante. Ya ni siquiera la ve como la joven frágil y cetrina de cuando la conoció, cuando pensó: «Esta joven tiene la mano de la muerte sobre ella». Aunque sigue delgada, el color le brilla en el rostro, los ojos son claros y la melena le cae espesa sobre los hombros, como si cada mechón estuviera cargado de salud y vigor.

Asiente con la cabeza.

—Claro que puedes hablar conmigo.

—Bien. —Mariam da un decidido paso al frente. Un *magal* dorado le brilla en el cuello—. Os quiero hablar de Lin Caster. Creo que ya

sabéis lo que voy a deciros.

Aron maldice en silencio. Lin. De lo último que quiere hablar. La razón por la que casi no ha dormido esa noche, ni la noche anterior. Su mayor desafío y su mayor revelación, que parece dispuesta a convertirse en su mayor error del que arrepentirse.

—Entiendo, Mariam —dice con tanta amabilidad como puede—, por qué quieres hablar conmigo, e incluso estoy de acuerdo contigo que el exilio de Lin es injusto, pero es la decisión de vuestro Maharam. No puedo interferir.

Mariam niega con la cabeza. El *magal* que lleva al cuello reluce, y Aron se da cuenta tardíamente de lo que representa: era el de Lin. Pero Lin ya no es ashkar, y no puede llevarlo, así que Mariam lo llevará por ella. Recuerda el tiempo de aturdimiento después del exilio de Asher, cómo se había querido aferrar a todas las cosas que habían sido de este: sus libros, sus papeles, una camisa verde que había hecho juego con sus ojos.

—Sé que eso no es cierto —afirma Mariam—. Vi el modo en que mirabais a Lin cuando me curó. Sé que, en ese momento, visteis a la Diosa.

Él la mira fijamente. No es lo que se esperaba que le dijera; quizá porque ver a la Diosa le parece algo muy privado y personal. Quizá porque es cierto.

—Yo también la vi. —Mariam alza la barbilla—. Podría ser que como somos gente que hemos esperado durante tanto tiempo, hayamos olvidado que vuestra función no es ser un político. No es hacer feliz al Maharam y mantener a nuestra gente satisfecha de sí misma. Vuestra función es ayudar a arreglar el mundo protegiendo a la Diosa cuando regrese. Y si fracasáis en eso, lograréis no solo que vuestra vida no tenga sentido, sino también la de cada Exilarca que

os suceda. —Mariam cruza los brazos sobre el pecho—. Entonces ¿qué vais a hacer?

Capítulo veinticuatro

Kel despertó en el Truco.

No se dio cuenta de dónde estaba inmediatamente. Se hallaba tumbado sobre una superficie dura, eso lo sabía. Le dolía la cabeza y las sombras parecían entrecruzarse en ángulos extraños. Por un momento de alucinación, se imaginó que era un sueño en el que estaba atrapado en una jaula, rodeado de barras de hierro.

Lentamente, se incorporó hasta quedar sentado. Se le retorció el estómago y notó sabor a bilis en el fondo de la garganta. Tragó una bocanada de aire rancio, mirando alrededor; suelo de piedra desnuda. Un colchón de paja y una manta vieja. Una jarra barata de arcilla. Tres paredes de piedra a su alrededor, un hueco de luz en lo más alto; una ventana con barrotes, por la que entraba la luz de la luna. Un orinal de cerámica en el suelo, con un fin evidente. Y en lugar de una cuarta pared de piedra, barrotes que iban del suelo al techo. Parecían relucir con una luz apagada.

Kel se puso de rodillas. No creía ser capaz de ponerse en pie sin vomitar, así que fue a cuatro patas por el suelo hasta llegar a los barrotes. Rodeó uno de ellos con la mano derecha y sintió una leve vibración, como de electricidad estática.

Cristal de la Fractura.

Se encontraba en *La Trecherie*. El Truco. La Torre de la Traición. Sus diferentes nombres le fueron pasando por la cabeza como las ruedas de un carruaje marcando huellas de sangre, y apenas consiguió arrastrarse hasta el orinal antes de vomitar. Tosió y escupió, mientras se sentaba sobre los talones y la amargura le llenaba la boca.

Conor. Lo iba recordando todo, en partes desencajadas. La habitación de Anjelica en el Castel Pichon. La Guardia del Castillo irrumpiendo. Falconet. La expresión en el rostro de Conor cuando Falconet mostró sus pruebas, pintando a Kel como un asesino, un mentiroso y un traidor.

Se arrastró hasta el colchón de paja, se tumbó sobre él y agarró la jarra. Gracias a los dioses, estaba casi llena de agua polvorienta. Se bebió la mitad antes de darse cuenta de que no tenía ni idea de cuándo se la llenarían de nuevo. Con pocas ganas, la dejó en el suelo.

«Primero, comprueba la gravedad de tus heridas», había dicho siempre Jolivet. Por tanto, bajo la tenue luz de la ventana, Kel se examinó. Tenía un chichón en la parte trasera de la cabeza donde le habían golpeado, aún pegajoso de sangre. Seguía llevando la misma ropa con la que había ido al Pequeño Palacio, aunque tenía desgarros y algunas manchas de sangre. Supuso que lo habían arrastrado por el suelo mientras se encontraba inconsciente, y ese era el resultado.

A parte de eso, estaba ileso. Se preguntó cuánto tiempo llevaría tirado ahí. ¿Seguiría siendo la misma noche o habría estado inconsciente durante todo un día? Esa idea lo hizo sentirse totalmente desorientado, como si se hubiera desamarrado del tiempo. Claro que, ya que se hallaba prisionero, qué hora o qué día

era no importaba. No iba a tener ninguna cita a la que acudir, excepto por la última de todas, a la que todos los hombres y mujeres se presentaban al final.

Era como si pudiera ver a la Guía Oscura y la puerta gris ante él. Kel cerró los ojos, pero no fue mucho mejor. Lo que veía era la expresión del rostro de Conor en el Castel Pichon. La expresión de alguien a quien acababan de infligir una herida mortal. Un niño abandonado en la oscuridad.

«Para», se dijo a sí mismo. No tenía ninguna lógica estar sentado ahí sintiendo cosas por lo que había pasado, por lo que Falconet había hecho. El dolor en la cabeza comenzaba a ceder un poco, y ya podía pensar.

«Haz preguntas —se dijo—. Imagínate que estás ante el Rey Trapero, uniendo las piezas de un misterio, y busca la pieza del puzle que encaje en el agujero del dibujo».

La primera pieza. La nota. El Rey Trapero no la había escrito. Le habían engañado para que fuera al Pequeño Palacio y había sido alguien que sabía que Anjelica se iba a marchar. Alguien que había planeado lo que ocurriría si él estaba allí cuando ella lo hiciera.

La respuesta evidente era Falconet. También alguien le había cogido la ropa y el amuleto y lo había escondido todo en el Pequeño Palacio, para que pareciera que Kel estaba huyendo de Castelana. Pensó en el amuleto brillando en manos de Joss, algo tan íntimo, tan personal de Kel y Conor, usado de esa manera.

Falconet había fingido bien. Había fingido no saber que Kel no era Kel Anjuman, sino Kel Saren, Guardián de Espadas. Kel se preguntó cuánto haría que lo sabía. ¿Cuándo se lo habría dicho Elsabet? ¿Cuánto tiempo llevaría aliado con los malgasis, y cuándo había decidido que necesitaba deshacerse de Kel, la persona que estaba

descubriendo la verdad sobre la conspiración y se acercaba cada vez más al nombre de Falconet?

Pensó en Joss en el carruaje junto al canal. «¿No hablaste con él en el Baile del Solsticio, Con? ¿Te pidió algún favor real, pagarle deudas de juego, acabar con un enemigo o dos?»

Y en Conor contestándole: «No creo haber hablado con él. Parecía muy ocupado manteniendo a Esteve lejos de Beatris».

Falconet le había quitado importancia: «Bueno, estaba muy borracho. Seguro que lo recuerdo mal».

Pero no había recordado mal nada. Había estado confirmando por sí mismo que el Conor en el Baile del Solsticio era Kel. Quizá confirmando lo que Elsabet Belmany le había dicho: «Kel Saren puede convertirse en Conor siempre que quiera. Seguramente, te ha engañado una docena de veces». Joss era muy vanidoso; sin duda, eso le habría fastidiado mucho. Y habría querido comprobar cualquier cosa que Belmany le hubiera dicho. Conor había cometido un error muy pequeño, pero con grandes consecuencias.

Kel se pasó una temblorosa mano por la cara. Había más. Falconet había sido el que los había informado de la muerte de Cabrol.

A Kel le daba vueltas la cabeza. Ciprian se había acercado a Kel en el baile, con la intención de aliviar su conciencia por la conspiración. Falconet había descubierto que era con Kel con quien Cabrol había hablado, no con Conor. Y que Cabrol, desesperado por pasarle las culpas a otro, era un peligro. Quizá incluso hubiera descubierto el encuentro de Kel con Cabrol en el Caravel. En cualquier caso, tanto Kel como Ciprian habían demostrado ser una amenaza para la conspiración. Y un día después, Ciprian estaba muerto y Kel estaba en el Truco.

Kel casi tuvo que admirar ese trabajo, realmente muy bien hecho. Al mismo tiempo, lo que más quería era cortar a Falconet en

pedacitos y repartirlos por todo el Laberinto. Se dejó caer sobre el incómodo colchón, mirando a la oscuridad. Todos esos descubrimientos, pensó tristemente, habían llegado demasiado tarde. No podía avisar a Conor. No podía contactar con el Rey Trapero.

«Mis amigos no tienen ni idea de dónde estoy, o de que me haya sucedido algo. Dioses, ¿qué voy a hacer?»

Lin se despertó con la luz diurna cayendo sobre el pie de su cama. No, no de su cama. Era una cama, de una forma y con una sensación desconocidas. ¿Se hallaba en el Etse Kebeth o en casa de algún paciente?

Parpadeó y se incorporó hasta sentarse. Se sintió mareada y trató de respirar pausadamente mientras el mundo daba vueltas a su alrededor. Había polvo en el aire, brillantes motas que bailaban bajo la luz que entraba por unas ventanas en lo alto. Cuando todo dejó de rodar, se dio cuenta de que estaba en una habitación desconocida y vacía, excepto por un escritorio, un baúl a los pies de la cama y la propia cama.

Las paredes eran lisas y oscuras.

«La Mansión Negra —pensó—. Estoy en la Mansión Negra».

Sacó las piernas por el borde de la cama, con la cabeza que le estallaba y un dolor como de una herida tras los ojos. Apoyó la cara en las manos durante un momento, tratando de recordar la última cosa que había ocurrido. Se acordó del Shulamat. Las imágenes comenzaron a llenar de nuevo su mente ya consciente. Mariam, tumbada con las manos cruzadas sobre el pecho. Los ancianos rodeándola, sin hablar, con los ojos fijos en ella. La expresión en el rostro de Aron. Mayesh, mirándola sombrío. Su cabeza dando

vueltas con visiones de palabras, con ecuaciones brillantes. Recordó la sensación de poder inundándola como un río, su último intento desesperado por controlarlo, por darle la forma de un arma que pudiera reducir a cenizas las sombras amenazadoras que la habían perseguido en sueños.

Un borde de fuego rugiente, dorado y resplandeciente. Y luego el silencio. Y la oscuridad, salpicada de luz o sonido. Pensó que recordaba la sensación de ser llevada. Había soñado imágenes a ráfagas: llamas y cristal, las columnas de un templo que caían, paredes que se deshacían en fragmentos de polvo.

«Mi piedra», pensó, y luego se sobresaltó. La Piedra-Fuente. Una rápida comprobación le hizo saber que no la tenía enganchada a la ropa; llevaba una túnica limpia y pantalones, y no pudo evitar preguntarse qué habría pasado con la ropa que había llevado a la prueba. La piedra tampoco estaba en ninguna parte entre la ropa de la cama.

Se deslizó de la cama al suelo. Por un momento, las piernas se negaron a soportarla, y cayó de rodillas. Fue a cuatro patas por el suelo hasta el baúl al pie de la cama.

Las bisagras chirriaron cuando lo abrió. Dentro había objetos conocidos. Su ropa; parte de ella, doblada pulcramente. Una bufanda que Josit le había regalado. La brújula que su padre había usado en los Caminos Dorados. La fina cadena de oro de la que había colgado el *magal* de su madre. Un libro de anatomía, un par de guantes que Mariam había cosido para ella. Varios paquetes de semillas, etiquetadas con claridad. Fue buscando entre ellas, mientras una sensación fría le crecía en el estómago. Las etiquetas estaban escritas por Chana; cada paquete, un tipo de planta medicinal que solo crecía en el Sault.

El baúl lo había preparado alguien que la conocía muy bien. Varias personas, al parecer. Se había llenado sabiendo lo que la propia Lin cogería del Sault, si supiera que no iba a volver nunca más.

Se puso las manos planas sobre el estómago, como para contener el creciente pánico. Sabía que tenía que ponerse en pie, salir a la mansión, buscar a Andreyen y los otros. Pero no conseguía convencerse para moverse.

«Respira —se dijo a sí misma, como había dicho a tantos pacientes—. Respira hasta que pase».

Llamaron a la puerta. Lin alzó la cabeza.

«Entra», trató de decir, pero su boca se negaba a formar las palabras. Frunció el ceño y probó de nuevo, pero la puerta ya se estaba abriendo.

El Rey Trapero se encontraba en el umbral. Parecía demasiado alto y delgado, una figura de palo con un bastón en la mano, totalmente negro excepto por el óvalo blanco de su cara. Verla tirada en el suelo junto al baúl abierto no pareció sorprenderle. Cruzó la habitación y se sentó a los pies de la cama.

En un gesto característico, colocó las manos sobre el pomo de su bastón antes de hablar.

—Lin —comenzó—. Me preguntaba cuándo te despertarías. Han pasado tres días. —La miró, sentada en el suelo, con el baúl abierto frente a ella—. Debes de tener preguntas.

Intentó decir: «¿Qué ha pasado?», pero, de nuevo, no parecía capaz de formar las palabras.

—¿Mariam? —Fue lo que finalmente dijo.

Los ojos verdes de Andreyen eran muy penetrantes.

—Puedes tener problemas para hablar durante un rato —explicó —. La gematría que realizaste fue tan poderosa que parte de ella se abrió paso fuera de ti, fuera de la Piedra-Fuente. Sospecho que

estuvo a punto de matarte... —Se interrumpió al ver su expresión, y asintió reconociendo su pregunta—. Mariam Duhary está bien —añadió—. Como si nunca hubiera estado enferma. Tendrá una larga vida, gracias a ti.

—Oh. —Lin notó que desaparecía una gran tensión de su interior, una con la que llevaba cargando tanto tiempo que casi había olvidado su peso—. Quiero verla...

—Lin —comenzó Andreyen. Hizo rodar el bastón entre las manos, otro gesto característico—. Te desmayaste después de que el poder saliera de ti. Fue como un tigre atado al que dejan libre de pronto. Manó de ti, hacia el mundo. Un muro del Sault ardió, y un viejo templo de Anibal, en el Laberinto, fue destruido.

Lin recordó su visión. «Sangre y fuego».

—¿Alguien resultó herido?

—Unas cuantas lesiones menores. Rascadas y quemaduras. Tuviste suerte; el templo hace años que no se usa, y los Shomrim no estaban sobre los muros. Los ashkar, con su acostumbrada diligencia, ya lo están reconstruyendo. Mientras tanto, han apostado a guardias del castillo donde el muro está roto. Por orden del príncipe.

Escrutó el rostro de Lin con la mirada. Pero ella estaba pensando en otra persona. Conor. Conor, que se aseguraba de que los ashkar estuvieran a salvo. Pero quizá no tuviera nada que ver con ella. Tal vez Mayesh se lo hubiera pedido.

—Necesito ver a mi abuelo —dijo Lin. Al menos, estaba recuperando el habla; las palabras le salieron claras y firmes. ¡Como si pudiera ir dándole órdenes al Rey Trapero!—. Y a Mariam; necesito ver a Mariam.

Clic. Andreyen tamborileó con los dedos sobre el pomo de su bastón.

—Lin, ¿sabes por qué estás aquí? ¿En la Mansión Negra?

Ella negó con la cabeza. No porque no pudiera suponerlo, sino porque no se sentía capaz de decirlo. El dolor era como un hueso en la garganta, algo que se le clavaba y la asfixiaba desde dentro.

—Te han exiliado, Lin. Eres *galut*. Ya no eres ashkar.

Lin notó calor en los ojos. Lágrimas, rabia, que se negaban a mostrarse.

—No tiene sentido —replicó—. Me pidieron ver mi poder. Les mostré mi poder. Querían una Diosa. «La Diosa porta fuego» Está en nuestro folclore, en nuestras historias...

—Querían la idea de una Diosa —remarcó Andreyen—. Una cosa es desear que una Diosa regrese, y otra muy diferente ver el fuego divino. La gente tiene terror a los dioses, Lin, y los ashkar no son diferentes. La Diosa es un cuento de una gloria y una fuerza pasadas. Pero no está en este mundo; vaga por la oscuridad exterior, y eso en sí ya colma el deseo humano de aferrarse al propio dios a una distancia segura. Porque ¿qué les pasa a los que se acercan demasiado a los dioses? Solo la perdición.

Lin no dijo nada.

—Si te sirve de consuelo, tengo entendido que fue una decisión controvertida. En el Sault tienes gente que te apoya, pero la decisión final es del Maharam, y este dijo que la Diosa hubiera sido capaz de soportar el uso de tanto poder y no se hubiera desmayado como tú. Que fuera cual fuera la fuente del poder que habías usado, debía de ser corrupta y malvada.

Lin miró los objetos que estaban en el baúl. De nuevo se preguntó quién lo habría preparado. Se imaginó las cariñosas manos de Mariam doblándole la ropa, a Chana escribiendo meticulosamente el nombre de las plantas medicinales del jardín.

«No puedo decir que no me lo advirtieran —pensó—. Una y otra vez, Aron intentó alertarme. Mayesh también».

—No sé qué otra cosa me esperaba —dijo en voz alta—. A fin de cuentas, no soy la Diosa; solo una chica con una piedra mágica.

—Hablando de ella... —Andreyen sacó el broche del bolsillo del chaleco y se lo lanzó. Lin lo atrapó con la mano, le dio la vuelta y sintió una oleada de alivio. Alivio y sorpresa. Porque aún había luz en la piedra; un calor abrasador, que la inundaba de un resplandor oscuro.

—Se me ocurrió pensar que la habrían destruido —dijo ella.

—Dudo que la mitad de ellos sepan lo que es —repuso Andreyen, y había una extraña amargura en su voz—. Aquí te trajo Mayesh Bensimon.

—¿Mi abuelo? Pero él no sabía que yo trabajaba contigo..., ¿o sí? ¿Por qué iba a traerme aquí?

El Rey Trapero evitó su mirada.

—No subestimes a Mayesh. Siempre sabe más de lo que crees. Y Lin, mira. —Se inclinó hacia ella—. La piedra aún arde con su poder. Después de todo lo que hiciste, no está muerta. Vive.

Ella cerró la mano alrededor del broche.

—No importa. No volveré a usarla.

Una expresión de auténtica perplejidad cruzó el rostro del Rey Trapero.

—¿Por qué no?

—Lo único que quería era curar a Mariam. Eso ya está hecho. He fingido ser algo que no soy, y me han exiliado por eso. He perdido... tanto... —Cerró los ojos.

—Pero también has ganado. Quizá no puedas ser la Diosa del pueblo ashkar, pero puedes ser una hechicera. Una Hechicera-Reina.

—Nunca he querido ser una Hechicera-Reina. Ya no quiero saber nada más de este poder.

—Eso sería un desperdicio. De todo lo que has aprendido y hecho. Comprendo...

—Es imposible que lo comprendas.

—Lo comprendo porque yo también fui un exiliado en mi juventud. Yo también deseaba aprender el funcionamiento de la magia y fui castigado por ello. Se me arrebató toda la magia y la posibilidad de controlarla. Pero tú, Lin, tú aún tienes poder.

Lin abrió los ojos. Ardían como los de un halcón.

—Lo único que te ha importado era la magia. Yo no. Solo el poder.

—Soy el Rey Trapero —respondió él—. ¿Con qué crees que trafico? ¿Con el crimen? ¿Con el asesinato? Trafico con el poder, Lin. El poder importa. El poder como el que Elsabet Belmany empleó en Tyndaris. Pero Elsabet es una fuerza del mal. Tú puedes ser una fuerza del bien.

Elsabet Belmany. De repente, le volvió la visión que había tenido en el Shulamat; vio a una mujer morena de pie en los escalones del templo de Anibal, mientras las llamas corrían hacia ella como el agua.

«He destruido su escondrijo —pensó—. Pero no está muerta; aún puedo notar el poder de su piedra, en algún lugar cercano a Castelana. Pero ¿cómo voy a poder vencerla? Solo puedo usar el poder del rey, y Belmany tiene su propio poder».

—Para —pidió Lin.

Las palabras del Rey Trapero eran solo eso, palabras. Resonaron en el vacío que sentía en lo más hondo. Era una exiliada. No podría volver a ver a Mayesh, ni a Mariam, ni a Mez, ni a Chana, ni a nadie.

Y había perdido a Conor. Había antepuesto su hogar en el Sault a un hogar con él, pero el Sault ya no la quería. Y ahí estaba

Andreyen, que la presionaba, que quería aún más de ella, más de lo que ella podía hacer o podía dar.

Cerró la mano con tanta fuerza sobre el broche que le dolió. Los bordes se le clavaban en la mano.

—Por favor —dijo ella, casi incapaz de encontrar la energía para hablar—. Déjame. Déjame sola.

En el pasado, Kel había mirado hacia el Truco y había pensado en el terrible destino de los que se hallaban encerrados en sus celdas. Atrapados tras cristal de la Fractura, sabiendo que no habría juicio, solo esperando a la voluntad de Su Alteza hasta que se pudiera organizar la ejecución. (Y luego la fría agua verde; el pellizco y el mordisco de unos dientes; los gritos indignos, que cesaban solo cuando cesaba la vida).

Nunca se había imaginado lo aburrido que sería. Observar la única mancha de sol moverse por el suelo. Esperar la visita ocasional del guardia que le llevaba comida y agua, y no porque tuviera hambre, sino porque escuchar su conversación rompía la monotonía. También le permitió saber que Anjelica y su corsario habían conseguido huir a través del Paso Estrecho, donde se les había unido una guarnición de guardias montados comandados por Kurame, Kito e Isam; en ese momento, la Guardia del Castillo se había dado la vuelta, porque ya no estaba en su territorio. Fue un consuelo saber que ella estaba, por fin, a salvo de los sanguinarios malgasis.

Casi se sintió aliviado cuando oyó pasos fuera de su celda. Se incorporó rápidamente, y se sacudió la paja de la ropa. No era un guardia, lo sabía, porque las botas de estos hacían un ruido particular sobre la piedra del suelo.

—¿Conor? —preguntó, con el corazón rugiéndole en el pecho.

Una sombra pasó frente a la celda. Se detuvo junto a los barrotes. Una sombra ancha, y demasiado alta para ser la de Conor. La decepción lo sacudió cuando la luz entró en su celda. Frente a él estaba el legado Aristide Jolivet, igual que Kel lo había visto todos esos años atrás en el orfanato, vestido con su uniforme escarlata, el anillo reluciéndole en la mano.

—Me creáis o no —dijo con voz áspera—, nunca quise que esto acabara así.

Kel se puso de lado y alzó la vista hacia Jolivet. Jolivet, que lo había sacado de la nada y lo había llevado a Palacio, que le había enseñado a luchar por Conor, y que le había ordenado buscar a los responsables de los asesinatos de la Galería Brillante.

—Os escupiría —advirtió—, pero no me han dado agua suficiente.

—No podéis estar tan sorprendido —repuso Jolivet—. Siempre supisteis que un día moriríais por Conor.

—No muero por Conor —replicó él—. Muero por tus mentiras y las de Falconet.

—Mentí por los Aurelian —afirmó Jolivet, sin emoción—. Lo haré siempre. Es mi deber y el tuyo. Si en ese momento en el Pequeño Palacio hubiera hablado a tu favor, si hubiera dicho que al investigar a las familias de los fueros lo hacías bajo mis órdenes, hubiéramos perdido la única pequeña ventaja que tenemos sobre los conspiradores. No saben qué es lo que sabemos.

—Por favor, no empleéis el plural —gruñó Kel—. Entonces ¿por qué no se lo decís a Conor? Decídselo.

—¿De qué serviría? —replicó Jolivet—. Sois un Guardián de Espadas, Kellian, pero no podéis volver a lo que erais. Os habéis visto demasiado comprometido. No podemos poneros otra vez junto a Conor, para que viváis como su primo, entre sus amigos y sus enemigos. Ahora no. —Parecía ligeramente incrédulo de que Kel no

hubiera visto ya eso—. Si un escudo se rompe, uno no debe aferrarse a él, sino tirarlo durante la batalla. Si fuerais un tipo diferente de soldado, Kel, y esta fuera un tipo de guerra diferente, podrían colgaros una medalla. En vez de eso, puedo ofreceros una muerte honorable.

—¡Tonterías! —exclamó Kel—. Podríais liberarme. Enviarme al exilio. Pero no lo haréis. Sé demasiado sobre los Aurelian, sobre lo que pasa en la Colina. Si no estoy atado a Palacio, resulto peligroso para vos. Incluso si os jurara mi silencio, nunca os fiaríais.

Hubo un largo silencio.

—A veces me pregunto —dijo Jolivet—, si no os hice un flaco favor al enseñaros tan bien.

—Eso —replicó Kel— no es el flaco favor que me estáis haciendo.

—Recuerdo cuando solo erais un niño del orfanato —comentó Jolivet—. Aquella primera noche en el Palacio, todos se maravillaron de lo listo que erais. Pensé: «Mejor si no fuera tan listo. Sabrá demasiado para creer en la gloria y el honor. Siempre verá demasiado para estar conforme con lo que está destinado a ser».

—Os diré lo que veo ahora —le espetó Kel—. Veo que os imagináis que os podéis ocupar vos solito del asunto de la conspiración, de la traición de Falconet y Alleyne, y de quién sabe quiénes más. Sin decírselo a Conor. Pero ya hace tiempo que habría que habérselo dicho a Conor.

—¿Como me dijisteis vos lo que habíais averiguado en Tyndaris? —ironizó Jolivet—. ¿Os imaginabais que no lo iba a descubrir? ¿Que no tengo espías entre los guardias de lady Alleyne? Todos decidimos lo que queremos contar, Kellian.

—Entonces ¿conocéis la gravedad de la amenaza? —preguntó Kel, sentándose—. ¿Sabéis el peligro que representa? ¿Y no se lo queréis decir a Conor?

—A vos no os importa lo que Conor sepa, ya no —respondió Jolivet—. Ya sois hombre muerto, Kellian. Y el Palacio de Marivent solo escucha a los vivos.

Lin no sabía cuánto tiempo llevaba tumbada en la cama en la Mansión Negra, con la piedra en la mano. Sabía que la mancha de sol sobre su colcha había adquirido el color del ocaso, y las sombras se habían introducido en el dibujo desde nuevos ángulos y formaban siluetas como las que a veces se podían ver en las nubes.

En algún momento, oyó voces junto a la puerta, y aunque estuvo segura de que eran Merren y Ji-An, no los llamó ni hizo ningún ruido, y finalmente las voces se fueron perdiendo, acompañadas de sus pasos.

Lin no podría haber descrito sus emociones. La enormidad de lo que había perdido le impedía sentirlo al completo. La impresión le amortiguaba el golpe, como le había pasado con la muerte de sus padres, y su dolor se perdía en una insensibilidad entre nubes. De vez en cuando, un aspecto concreto de la pérdida le venía a la cabeza, y entonces lo sentía, del mismo modo que algunos de sus pacientes le describían sensaciones de dolor corto y pasajero que atravesaban la niebla del morfílico. (Josit; ¡oh, Diosa! ¿Qué pasaría cuando regresara al Sault? ¿Quién le diría que Lin ya no estaba, que no podía volver a verla nunca? No podía escribirle a los Caminos Dorados; un exiliado no podía escribir a un ashkar decente sin manchar su reputación).

«Oh, hermanito —pensó—, cuánto voy a echarte de menos».

Después de mucho rato, se levantó. Se sacó la ropa y observó con vago interés los moretones que le marcaban la piel pálida. Eran peores en el costado derecho. Quizá se hubiera caído de ese lado;

no recordaba desmayarse en el Shulamat. Solo recordaba sus manos ardiendo; pero no tenía ninguna marca de eso.

Las pocas prendas de ropa que habían metido en el baúl eran los coloridos vestidos que Mariam le había hecho a lo largo de los años. Verde, escarlata, bronce. Nada azul o gris. Nada ashkar.

Se puso un vestido floreado de muselina, se peinó la melena y se la trenzó pulcramente. Acababa de colocarse un par de zapatos cuando el sonido de una voz conocida atravesó la gruesa madera de la puerta.

Lin se quedó paralizada. No había captado las palabras, pero la cadencia y el timbre, los conocía. Siempre la había reconocido, incluso cuando había intentado olvidarla. Se colocó el broche por dentro de la manga, salió al pasillo y siguió el ruido de voces hasta la Sala Grande.

Las ventanas estaban abiertas, y permitían que entrara una cantidad desacostumbrada de luz y ruido callejero. El repicar de las ruedas de un carruaje, el viento entre las ramas de los árboles en la plaza Escarlata, el canto de los pájaros. Un recordatorio de que, pasara lo que pasara, Castelana seguía adelante.

Merren, Ji-An y el Rey Trapero estaban muy juntos en el centro de la sala. Ninguno parecía muy contento. A Merren se lo veía realmente molesto y gesticulaba con las manos, preocupado.

Nada de eso sorprendió a Lin. Lo que resultaba sorprendente era que Mayesh se encontrara en la sala con ellos, vestido con su túnica gris, con el rostro arrugado por la tensión. Notó algo diferente en él, aunque, al principio, no supo decir qué.

—*¿Zai?* —Lin entró con lentitud en la sala—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Mayesh la miró asintiendo.

—Lin. Estás despierta.

—Es Kel. —Merren parecía contento de ver a Lin levantada, pero seguía muy tenso—. Lo han metido en el Truco.

—¿Qué? Pero ¿por qué? —preguntó Lin.

El corazón le había comenzado a latir muy deprisa. No podía ser... Sin duda, no sería por lo que había hecho por ella, por colarla en Marivent, en la habitación del rey, sin que lo viera el Escuadrón de la Flecha, ¿no? Pero ¿cómo podía alguien saber eso?

—La versión oficial —comenzó Mayesh, muy serio— es que se le acusa de asesinar a Artal Gremont y a Ciprian Cabrol. Nosotros podemos saber que esa idea es ridícula, pero hay muchos que hablan en su contra. Alleyne. Falconet. Sardou. —Mayesh miró a Lin —. Tus amigos me han explicado lo de la conspiración —añadió—. Hace tiempo que sospecho que alguien de la Colina estuvo involucrado en la masacre de la Galería Brillante, pero no pensaba que fueran tantos, o que tuvieran el respaldo de Malgasi.

—Pero ¿qué hay del legado Jolivet? —inquirió Ji-An—. Todo este tiempo, Kel ha estado trabajando bajo sus órdenes. ¿No puede hablar a su favor?

—No lo ha hecho —respondió Mayesh—. Ha negado tener nada que ver. Lo que significa que no podemos confiar en su lealtad en este asunto.

—¿Y tú? —preguntó Lin—. ¿No puedes hablar a favor de Kel?

Mayesh vaciló durante un largo momento.

—Ya no soy el consejero del trono de Castelana —contestó—. No puedo regresar a Marivent ni hablar con el príncipe.

Fue entonces cuando Lin cayó en la cuenta de cuál era la diferencia que había notado en su abuelo. Su medallón de plata, el que indicaba su cargo, no estaba.

—¡Pero eso no es posible! —exclamó Lin—. ¿Por qué...? ¿Quién te ha destituido? Has aconsejado al trono durante más de tres décadas.

—Es peor de lo que me imaginaba —murmuró el Rey Trapero—. Sin Kel y sin ti, el Príncipe Coronado se hallará solo.

—¿Te ha destituido Conor porque hablaste a favor de Kel? —quiso saber Lin—. ¿Es por eso?

—Fueron la reina y el príncipe los que me destituyeron —explicó Mayesh con sequedad—. Como consejero, siempre he recomendado al príncipe que confiara en su Guardián de Espadas. Al parecer, creen que ese consejo fue dado de mala fe.

—¿Mala fe? —repitió Andreyen a media voz.

—Sospecho que la gangrena de la conspiración se ha extendido más de lo que se puede ver a simple vista —repuso Mayesh—. ¿Quién sabe cuánto veneno le han estado susurrando al oído a la reina? Me dijo que regresara al Sault y sirviera a mi propio príncipe, el Exilarca.

—¡Qué vil! —exclamó Ji-An.

—Ya sabía yo que no se podía confiar en la monarquía —masculló Merren.

—Conor nunca haría daño a Kel. Nunca. Kel es quizá la única persona en el mundo a la que quiere.

—Y por eso la idea de su traición resulta tan destructiva —puntualizó Mayesh—. Y estoy de acuerdo en que Conor no haría daño a Kel, pero el príncipe de Castelana puede que deba hacérselo. Dos nobles yacen muertos. La alianza con Kutani está irremediablemente rota. Conor no puede permitir que lo vean como si hubiera perdido el control de la situación. Y Kel es quien va a tener que pagar por todo esto.

—Entonces, lo rescataremos —dijo Ji-An—. Podemos sacar a cualquiera de cualquier sitio. Lo sacaremos del Truco. Necesitaremos alguna fuerza que nos respalde...

—No —dijo Andreyen.

Todo ellos, excepto Mayesh, lo miraron sorprendidos.

—No —repitió Andreyen—. No podemos entrar en Marivent. Yo no puedo entrar en Marivent, ni puede hacerlo nadie bajo mis órdenes.

—Kel lo hacía —señaló Merren—. Pero... supongo que no estaba bajo tus órdenes, ¿verdad?

—No lo estaba —admitió Andreyen—. Y ha pagado un gran precio por trabajar con nosotros tanto como lo hacía.

—El Rey de la Colina también tiene prohibido venir aquí —explicó Mayesh—, para que la Mansión Negra esté protegida. Ha sido así desde hace mucho tiempo. El Rey Trapero debe mantenerse alejado de Marivent, y Marivent del Rey Trapero. Yo estoy aquí solo porque ya no represento a Palacio.

—Eso es ridículo, Andreyen —protestó Merren—. ¿Esperas que nos quedemos sentados aquí mientras tiran a Kel a los cocodrilos?

—A mí tampoco me gusta —replicó Andreyen—. Pero me estáis pidiendo que haga lo que solo puede hacer el Rey de la Colina, y yo soy el Rey de la Ciudad.

—Pero sabemos cosas —insistió Ji-An—. Sin duda, lo que sabemos debe de tener algún peso con el que podamos comprar la vida de Kel...

—Para. —La voz de Lin sonó áspera—. Yo iré a Palacio. —Ya era de noche, claro, y se suponía que los ashkar no podía ir por la ciudad después de oscurecer. Pero ella ya no era ashkar—. Le explicaré a Conor que Kel nunca ha actuado contra él. Le haré comprender quiénes son sus verdaderos amigos. —Miró a todos en la sala; posó los ojos en Andreyen, que la miraba con una sonrisita de medio lado—. No actúo por orden del Rey Trapero. Soy yo quien decide hacer esto.

Mayesh no parecía sorprendido.

—Supongo que tienes alguna manera de entrar en el Palacio, ¿no?

—Los guardias de la Puerta Norte me conocen —contestó Lin—. Me dejarán entrar. —Miró a su abuelo—. ¿Me acompañarás hasta la puerta? Ya sé que te está prohibido hasta que camines conmigo, pero...

—Algunas leyes son estúpidas —repuso Mayesh con aspereza, y se fue con ella.

Mientras recorrían los pasillos de la Mansión Negra, Lin no pudo evitar lanzar una mirada de reojo a Mayesh; su rostro de halcón se veía macilento, arrugas de pena le marcaban surcos desde las comisuras de la boca, y le rodeaban los ojos.

—Abuelo. —Impulsivamente, Lin le cogió la mano—. Lo siento. Lo siento mucho.

—¿El qué? —preguntó él con aspereza, pero no apartó la mano—. ¿Por conseguir que te exiliaran? Supongo que yo ayudé un poco. Al Maharam no le gustó nada el modo en que le hablé.

—¿Y qué hay de Aron? —inquirió Lin—. Me dijo muchísimas veces que estaba cometiendo un error. Debe de estar satisfecho con cómo ha acabado todo esto.

—Creo que no —respondió Mayesh—. En absoluto.

—¿Y qué vas a hacer tú ahora? —quiso saber Lin—. ¿Ahora que ya no eres consejero? ¿Estarás bien?

Por primera vez en mucho tiempo, Mayesh sonrió.

—Estaré perfectamente —respondió—. Me sentaré en el porche, fumaré en pipa y tiraré fruta *sabra* a los niños que intenten robarme las flores. De hecho, quizá sea mejor que me hayan destituido. —Le lanzó una mirada penetrante—. Significa que no tengo que preguntarte por qué llamas a Conor por su nombre de pila y no empleas su título.

Lin se tensó.

—Es que...

—Sabía que Conor no estaba haciéndome todas esas preguntas sobre los ashkar de repente porque tuviera curiosidad por mi vida —explicó Mayesh—. Debería haber supuesto que tenía curiosidad por la tuya. —Vaciló un instante—. ¿De verdad crees que te escuchará?

—Lo hace —contestó ella—. Algunas veces.

Mayesh asintió lentamente.

—Entonces, se debe intentar.

Kel yacía despierto, y seguía el progreso de la luna naciente a través de su única ventana. Acababa de adormilarse cuando oyó pasos en el corredor.

E, inmediatamente, se preguntó cómo podía haber confundido antes a Jolivet con Conor. El paso de Conor le era familiar; lo hubiera reconocido en cualquier parte.

«Si estuviera muerto y enterrado, y esos pies caminaran sobre mi tumba, reconocería los pasos».

Apoyó la espalda en la pared y se dejó caer despacio. Estaba sentado en el suelo cuando Conor apareció ante los barrotes. La luna no iluminaba lo suficiente para que Kel lo viera con claridad, pero no importaba. Era Conor.

Este lo miró en silencio. Kel no estaba seguro de cuánto tiempo llevaba en el Truco; ¿tres días? Era lo más que había estado sin ver a Conor Aurelian en quince años. Aunque, sin duda, no era tiempo suficiente para que Conor hubiera cambiado realmente en nada. Aun así, parecía haber algo diferente en él; en el gesto de la boca, en los ojos. Kel pensó que, de algún modo que antes no, ahora se parecía a Lilibet.

Al igual que ella, su apariencia era perfectamente pulida. Botas altas negras, una túnica de seda y una capa de terciopelo con un

cierre por delante en forma de rosa. Su fina corona alada de plata le recogía hacia atrás la melena negra. Un par de guantes doblados de color gris claro sujetos descuidadamente en una mano. Pero había en él una cautela, una tensión, que era nueva. Nunca había mostrado cautela con Kel antes.

—Sabía que vendrías —dijo Kel.

—¿Por qué estabas tan seguro? —El tono de Conor era ligero, carente de emoción.

Pero eso no significaba nada, se dijo Kel. A Conor lo habían entrenado durante años para emplear su rostro y su voz como herramientas diplomáticas. A no mostrar nada que no quisiera mostrar.

—Porque no creo que puedas confiar tanto en Falconet. Porque creo que debes ver los huecos en la red de mentiras que está tejiendo para ti. Porque sabes la verdad, Con.

—Oh, pero no la sé. —Conor se apoyó contra los barrotes de la celda frente a la de Kel—. He aprendido a no confiar en mi instinto. Al parecer, suele equivocarse.

Kel tuvo ganas de patear la pared.

—No puedes creer de verdad que te he traicionado por dinero...

—Claro que no. —Las palabras le salieron como un siseo doloroso —. La traición en sí importa más que la razón, ¿no lo ves? ¿Y no entiendes que no quiero creérmelo? Pero no puedo permitirme ser alguien que no ve lo que tiene justo delante de sus narices.

—Lo que tienes delante de las narices es que Jolivet está mintiendo. Y también Falconet...

—¿Es que en Castelana todo el mundo está mintiendo? —Conor comenzó a ir de arriba para abajo frente a la celda—. En la reunión en la Cámara de la Esfera, cuando íbamos a discutir los fueros de Gremont y Cabrol, Falconet nos sorprendió a todos anunciándonos

que tenía pruebas de traición. De tu traición. Nos informó de tu alianza secreta con el Rey Trapero. De tus planes de traicionar Castelana ayudando a la princesa de Kutani a reunirse con su amante...

—Conor...

—Aportó docenas de testigos. —Conor alzó la voz—. Benaset se levantó y dijo que habías estado saliendo y entrando con disimulo del Palacio a todas horas e ibas a la Mansión Negra. Falconet hizo que te siguieran guardias del castillo, ¿lo sabías? Luego estaba ese tabernero de Pequeña Kutani que dice que te encontraste allí con el Rey Trapero y llevaste contigo a Anjelica. Y había más. ¿De verdad me estás diciendo que Falconet convenció a una docena de ciudadanos castelaníes para que mintieran y dijeran que te habían visto en la plaza Escarlata?

Kel trató de imaginarse la escena, intentó ver a Conor defendiéndolo mientras Falconet iba haciendo desfilar ante él una prueba tras otra. Falconet era muy listo, lo suficiente para convertir verdades y medias verdades en mentiras condenatorias, y ¿quién sabía cuánto tiempo llevaba planeando esto?

Y no solo él. No estaba actuando solo, eso era seguro.

—¿Así que creíste a esas cuarenta personas o así antes que a mí? —preguntó Kel.

—Mi viejo amigo Falconet, cincuenta testigos y el capitán de mi guardia, ¿te refieres a esa gente? —El fantasma de una sonrisa tensó la boca de Conor—. No, Kel. No bromees con ello.

—De verdad que están mintiendo, Con —dijo Kel, a media voz.

Los ojos grises de Conor destellaron.

—Es casi irónico —dijo—. Querías que fuera mejor, un dirigente mejor, y decidí que lo sería, en parte porque tú lo querías de verdad. Y la persona que yo solía ser te perdonaría, porque nunca había

estado muy interesado en ser un líder. Pero yo ya no puedo perdonarte la traición, Kel.

—Nunca ha sido traición —susurró Kel—. Nunca rompería mi juramento de Guardián de Espadas. Tú también lo sabes. —Kel miró a Conor a los ojos en la penumbra—. Me estaba reuniendo con el Rey Trapero. Estaba trabajando con él, no para él...

Conor hizo un ruido de disgusto.

—Incluso si eso fuera cierto, estás admitiendo que me ocultaste muchas cosas, Kel. ¿Cada palabra que ha salido de tu boca en estos últimos meses ha sido una mentira? ¿Cuándo comenzó?

—Estaba tratando de protegerte —contestó Kel—. Fui con el Rey Trapero porque Jolivet me lo pidió...

—Él lo niega.

—Porque cree que me han descubierto, que ahora ya no te soy útil. Está salvando lo que puede, pero quería que se investigaran los asesinatos de la Galería Brillante. Sabes que sí. Y el Rey Trapero sabe todo lo que pasa en Castelana. Jolivet pensó que si trabajaba con él...

—Así que fuiste a la Mansión Negra y le ofreciste tus servicios, ¿no? —espetó Conor, con sarcasmo—. Y el Rey Trapero, el Caballero Muerte, en un acceso de deber cívico, quiso ayudar a Palacio. Y no te pidió nada a cambio, ¿verdad?

—Algo así —masculló Kel—. Esa historia del Rey de la Colina y el Rey de la Ciudad tiene más de cierto de lo que sabes.

—Pero tú sí lo sabes, supongo. Y me lo has ocultado. —Conor miró a Kel como si fuera un desconocido—. ¿No lo entiendes? Me has mentido, y mentido, y mentido, y ni siquiera lo niegas. Dices que lo hiciste por mi bien, pero lo hiciste. Y Falconet se lo ha demostrado a la Colina, a todas las familias; ha hecho que me sea imposible perdonarte. Incluso si te creyera, no podría perdonarte.

—¿Por lo que les parecerá? —preguntó Kel con amargura—. ¿A esa gente que están conspirando contra ti? ¿Que trabajan con Malgasi para derrocar a la Casa Aurelian?

—Porque no puedo permitirme creerte, Kel. Sé que mi confianza en ti es una debilidad, que siempre ha sido una debilidad que podía ser explotada. —Kel se quedó parado; Conor nunca le había dicho nada así antes. ¿Cuánto tiempo llevaba pensándolo?—. Durante estos últimos meses, he sabido que algo iba mal entre nosotros. Tus secretos, tus silencios, tus mentiras..., y yo sabía que eran mentiras. Me dije que habías encontrado a una chica o un chico en la ciudad, alguien que mantenías en secreto. No quería enfrentarme a la verdad. Tampoco quiero hacerlo ahora. Pero es mi deber. No puedo permitirme el confort de las mentiras.

Kel no soportaba la expresión en el rostro de Conor. Como si estuviera rompiéndose por dentro.

—Cúlpame todo lo que quieras —dijo a media voz—. Sabía lo que estaba arriesgando. Pero no te fíes de Falconet.

—No importa si me fío o no de Falconet —replicó Conor—. No puedo fiarme de ti. Y si te perdonara, las familias de los fueros, tanto si están conspirando como si no, se volverían contra mí. Verían la debilidad en mí como la sangre en un animal herido. —Conor dio una fuerte palmada contra los barrotes de cristal de la Fractura. El ruido resonó por todo el Truco, como el estallido de un trueno—. Si hubieras venido a mí —dijo con una angustia muy real—, podríamos haber decidido algo, llegar a algún acuerdo, pero lo que has hecho... La traición no se puede borrar u olvidar. Todo el mundo sabe que eres culpable; todo el mundo lo ha visto. No puedo detener lo que va a ocurrir. No puedo... —Respiró hondo.

—No puedes salvarme —concluyó Kel, inexpresivo—. Eso es lo que quieres decir.

—No —susurró Conor—. Todas tus decisiones nos han traído aquí. Te has apartado de mí. Nunca podré perdonarte eso.

—No quiero dejarte —dijo Kel. Tendió las manos. Sabía que Conor no podía tocarlo a través de los barrotes, pero nunca, cuando había querido coger a Conor, había encontrado que ese gesto no tuviera respuesta. No pudo evitarlo—. Soy tu Guardián de Espadas —dijo con suavidad, y vio los ojos de Conor brillar en la penumbra—. Sangro para que tú no sangres. Muero para que puedas vivir para siempre.

—Nadie vive para siempre, Kel —replicó Conor, inexpresivo, y se marchó.

Mientras el carruaje se acercaba a Marivent, Lin recordó a Kel diciéndole que, cuando era niño, lo primero que había pensado al ver el Palacio había sido: «Puedo escalar esos muros».

Sonrió un poco al pensar en ese duro niño del orfanato. Entonces, ella también era niña, antes de que sus padres murieran. Se había plantado sobre los muros del Sault, mirando hacia Marivent. En su cabeza, era el palacio de todas las historias de los cuentacuentos. Había sentido lástima por las otras ciudades, que no tenían un castillo blanco y hermoso como ese, con una familia real tan hermosa. Entonces, solo había visto a Conor en alguna que otra ocasión, en actos públicos; un niño hermoso y ceñudo con pelo negro rizado como el de su madre. Había sabido que existía en el mundo, y que ella nunca lo conocería. Como si hubiera sido imaginario.

Ahora era más que real. Ahora no podía pensar en él sin que la ansiedad creciera en su interior; tenía miedo por él, por su

seguridad. Porque estaba rodeado de serpientes, y no podía verlas. No quería verlas.

Ella tenía que cambiar eso.

Mayesh le había dejado usar el carruaje de Palacio, el último en el que él iría, como había comentado, desde la Mansión Negra a Marivent. El cochero no pareció tener ningún problema en llevarla. Quizá ni supiera que Mayesh había perdido su puesto de consejero, pensó Lin. De camino Colina arriba, había pensado en su abuelo regresando al Sault, explicando la noticia de su destitución al Maharam y a los ancianos. ¿A quién elegirían para reemplazarlo? Las historias de los cuentacuentos eran sobre vidas ordinarias que, de repente, se volvían extraordinarias, pero poco se había dicho de lo que ocurría cuando la historia iba al revés.

Entraron por la Puerta Norte a un Palacio que parecía curiosamente silencioso. Por lo normal, Lin veía a sirvientes y guardias yendo de aquí para allá, corriendo por Marivent en un flujo continuo, como la sangre por las arterias de un cuerpo. En ese momento, mientras bajaba del carruaje en el exterior del Castel Mitat, no oyó sonido de voces ni ruido de pies corriendo, solo el zumbido de los insectos y el piar de los pájaros enjaulados. Sobre ella, una contraventana daba golpes, movida por la brisa, en el exterior de una ventana abierta.

La luna era brillante, y el Truco se alzaba en la distancia como una lanza negra atravesando el cielo. La recorrió un escalofrío. Necesitaba mantener su concentración en ayudarlo, en ayudar a Conor. En ese momento, eso era lo que importaba.

Entró en el castillo y subió la escalera; se fijó que incluso ese lugar parecía desierto. No había nadie en las coloridas salas de abajo, nadie en el largo pasillo de arriba. Ningún guardia fuera de la habitación del príncipe.

Llamó a la puerta.

Durante un largo momento, no oyó nada. Luego un roce, el tintineo del cristal, como copas de vino chocando entre ellas.

Volvió a llamar.

La voz de Conor, alzada lo justo para traspasar la gruesa madera de la puerta.

—Jolivet —dijo—. Si eres tú, ya te he dicho antes, y creo que bien claro, que te vayas a la mierda.

Lin contó hasta cinco, en silencio, y empujó la puerta para abrirla. Casi se había esperado que estuviera cerrada con llave, pero se abrió de par en par sin hacer ruido. Sorprendida, miró alrededor en silencio, tratando de recordar esos aposentos donde lo había visto por primera vez. Qué hermosos, había pensado, y extravagantes, desde las elegantes cortinas de la cama hasta las mesas de mármol pasando por el armario de licores raros, donde las botellas relucían como joyas.

Esas cortinas habían sido arrancadas. Las botellas, sacadas del mueble bar y destrozadas contra las paredes y los bordes de las mesas. La habitación apestaba a alcohol, y los cristales rotos se apilaban en montones brillantes sobre el suelo de piedra. Era evidente que alguien había andado sobre los cristales con los pies descalzos; los afilados bordes tenían restos de sangre seca. Las mesas estaban patas arriba, todo su contenido tirado por el suelo: plumas, candelabros de plata, manzanas magulladas.

Las lámparas estaban apagadas, pero la luz de la luna entraba a raudales por las grandes ventanas arqueadas, y recortaba la silueta que estaba ante ellas. Conor, de espaldas a ella. Lo hubiera reconocido en cualquier parte; hubiera sabido que era él a cualquier distancia por la manera en que el pelo negro se le rizaba en la nuca,

por la forma en que la capa oscura le colgaba de los hombros. Por el modo en que sujetaba en la mano la botella de vino abierta.

Lin se lamió los labios resecos.

—Conor —lo llamó.

Él se volvió. No pareció sorprendido de verla, no exactamente. Por alguna razón, Lin no podía interpretar su expresión. En contraste con la habitación, él parecía elegante, como si se hubiera vestido para la ocasión: túnica y pantalones de terciopelo negro, un cierre de plata en el cuello, el brillo de más plata escondido entre los rizos.

—Tu abuelo me dijo que habías sobrevivido a tu prueba —dijo él —. No estaba seguro de si creerle o no.

Las sombras bajo sus ojos eran casi negras, y Lin pudo verle los nudillos blancos de la mano que apretaba la botella. Y, aunque había hablado sin inflexión ni expresión, lo que ella había oído bajo su voz quebró las cuerdas que la mantenían en su sitio. No pudo evitarlo. Corrió por la habitación y le echó los brazos al cuello.

Lo notó tambalearse un poco por la sorpresa. Luego la rodeó con el brazo libre y la estrechó con fuerza contra él, hundiendo los dedos en la tela del vestido, arrugándolo en la mano. Ella apretó la mejilla contra su pecho, y sintió el terciopelo suave en la piel; oyó sus latidos, rápidos y firmes.

—Supe que el muro del Sault se había desplomado —dijo él con voz ronca, contra el pelo de ella—. Te imaginé tendida sobre los escombros.

—No. Nada de eso. —Inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara. Pensó que era demasiado joven para ser todo lo que era. Un adulto, pero aún tenía una suavidad infantil en la curva de la boca—. He estado tan preocupada por ti...

Él frunció el ceño.

—¿Tú, preocupada por mí? ¿Por qué?

—Porque has alejado a todos con los que podías contar —contestó —. Mi abuelo. Kel...

—Kel ha cometido traición. Es mi deber...

—Tu deber. —Lin meneó la cabeza—. Él estaba cumpliendo con su deber. Te estaba protegiendo. Nunca ha tenido ninguna otra intención...

—Estás realmente preocupada por Kel. —Había algo inquietante en su voz... No era peligro ni celos. No hubiera podido decir realmente lo que era, pero Lin lo sintió como un dedo frío sobre la columna.

—Claro que sí. Es mi amigo.

—Y quieres un favor de tu príncipe, ¿no es así? —Le subió la mano por la espalda hasta cubrirle la nuca. Ella notó que se estremecía; aunque no con algo tan frío. Era ridículo que solo notando la punta de sus dedos sobre la piel, ella se quedara sin aliento y sintiera las piernas como si los huesos se le hubieran vuelto plumas. Ridículo que no pudiera controlarlo—. Quieres que libere a tu amigo del Truco, tanto si es un traidor como si no.

—No lo es —afirmó Lin—. Y si le haces daño, si haces que lo maten, ¿no ves lo que eso te hará a ti? Si lo dejas colgando de la horca del Cadalso, o haces que lo tiren desde los acantilados como a Fausten, ¿cómo te quedarás tú? Te destrozará, Conor. Nunca recuperarás lo que has perdido.

Ella vio que lo recorría un escalofrío; por un momento pensó que la había oído. Que la había oído de verdad. Él la besó levemente en la sien, con labios calientes.

—¿Qué te hace pensar que me conoces tan bien? —susurró él.

—Porque —comenzó ella— te amo.

Sintió que él se ponía rígido como el hierro.

—Lin —dijo—. Me hiciste marchar...

—Lo sé. No soportaba pensar que solo podría tener una pequeña parte de ti. Que el matrimonio y los hijos serían con otra persona, alguien que ni siquiera sentía por ti lo que yo siento.

«Y Kel me abrió los ojos —pensó—. Logró que lo entendiera».

—Dijiste que deseabas poder arrancarte lo que sentías por mí —continuó Lin—, ¿y crees que yo no sentía lo mismo? ¿Sabes cuántas veces he pensado en ti? En mis sueños, en mis horas de lucidez, nunca me dejas, Conor. —Le apretó las manos sobre los hombros—. Nada puede ser perfecto. Te quiero, todo tú. No sabes cuánto. —Cogió aliento, temblando—. Pero me conformaré con lo que pueda tener. No es nada. No creo que pudiera soportar no tener nada.

Él le observó el rostro con sus ojos grises, y por fin hubo algo en su expresión que Lin pudo identificar: asombro, perplejidad. Y una amargura que ella no entendía.

—¿Conor? —susurró ella.

—¿Estás aceptando mi oferta? ¿Me estás diciendo que serás mi amante? Porque no puedo ofrecerte nada más, Lin, ni siquiera ahora que Anjelica se ha ido.

—Ya te lo he dicho —contestó ella—. Aceptaré lo que pueda tener de ti...

Pensó que le oía decir su nombre. Y, de repente, la estaba apretando contra él, cubriéndole la boca con la suya en un beso. Su boca era cálida y dura contra la de ella, y nunca la había besado así, ni siquiera en el adorno, no con tanta fuerza que notó el sabor del vino y de la sangre en sus labios. Él le sujetó la nuca con la mano mientras la devoraba, y movió la lengua entre sus labios de un modo que ansió sentir sus manos sobre el cuerpo, y la sensación de su piel contra la de ella.

Y, entonces, bruscamente, él se apartó y dejó de besarla. Lin notó que Conor temblaba, pequeños espasmos le sacudían el cuerpo,

pero la voz seguía siendo firme.

—Resulta irónico —dijo él—, siempre he sabido que eras una excelente mentirosa. Contaba con ello cuando decidí confiar en ti para tratar a mi padre.

—¿Qué quieres decir? —Lin oyó la perplejidad en su propia voz. No era como Conor; no podía mantener una voz calmada cuando todo su cuerpo le gritaba que estaba siendo privado de algo que anhelaba con desesperación, que necesitaba.

—Vienes aquí y me ruegas por la vida de Kel —contestó él—. Dices que sabías que solo estaba protegiéndome. Que sabías que estaba trabajando para el Rey Trapero. Y no te molestes en negarlo; ya estoy al corriente de su relación con Morettus. Kel y tú compartíais un mundo de secretos, al parecer. Uno que ambos me habéis ocultado. Aunque, al menos en tu caso, no es traición. Solo la habitual tanda de mentiras aburridas.

Fue como si la hubiera zarandeado o abofeteado.

—Yo también estaba tratando de protegerte —repuso Lin con voz estrangulada—. Lo único que queríamos era encontrar al responsable de los asesinatos de la galería, averiguar quién tenía la Casa Aurelian en su punto de mira. Lo único en que pensaba Kel era en ti y en Castelana...

Los labios de Conor se torcieron en una mueca despectiva.

—¿Todo lo que queríamos? —repitió—. Parece como si propusieras una conspiración de bondad. Un grupo de gente que me ha mentido con la mejor de las intenciones. Mientras no paráis de advertirme de una conspiración de maldad, un grupo opuesto que me ha mentido con malas intenciones. Perdóname si no encuentro mucha diferencia entre los dos.

—¿Qué estás diciendo? —susurró Lin—. No puedes hablar en serio. No puedes tener la intención de asesinar a Kel...

Conor la apartó de él. Lin se tambaleó hacia atrás, anonadada, mientras Conor lanzaba la botella que aún había estado sujetando contra la pared del fondo; se destrozó, formando una lluvia de cristal de color plata.

—Nunca creí que confiaría en alguien como confiaba en Kel —dijo Conor, y la amargura que Lin había creído oír en su voz estaba ya en primer plano, y transformaba cada palabra en una maldición—. Y entonces voy y confío en ti. Nunca has parecido necesitar nada de mí. Pensé que eso quería decir que estaba seguro contigo, pero no hay seguridad, ¿verdad? Eres mi debilidad, Lin, como lo es Kel. Sois las grietas en mi armadura por las que me pueden atravesar.

—La confianza no es una debilidad —replicó Lin—. Y si no puedes confiar en mí, al menos confía en Kel. Él únicamente ha querido ayudarte, siempre.

Algo pasó por el rostro de Conor, y por un momento, Lin pensó que quizá hubiera oído la verdad que había en sus palabras.

Conor se llevó una mano temblorosa al rostro.

—Castelana no puede permitirse que yo sea débil —afirmó—. Ahora debo ser mi propio escudo. Y un escudo debe ser de hierro.

—No. Volverte de piedra no te hará más fuerte. Acabar con Kel no cauterizará la herida...

—¡Mírate! —exclamó Conor—, tan segura de que pienso asesinarlo. Y al mismo tiempo, dices que me amas. ¿Qué se supone que debo creer? Porque imaginar que amas a un asesino, Lin, parece fuera de cuestión.

Conor estaba blanco como una sábana, pero la burla en su voz hirió a Lin.

—Al menos, déjate aconsejar por mi abuelo —probó ella—. Incluso si ya no soportas verme, al menos deja que haya en Palacio alguien en quien puedas confiar...

—¡Para! —gritó él. Lin dio un paso atrás; no creía que nunca antes le hubiera gritado—. ¿No lo entiendes? Para mí, tú eres letal, como el veneno o una espada. No puedo estar cerca de ti.

—Pero yo...

—Déjame —rugió él—. Considéralo una orden real. Aléjate de mí. Aléjate de Palacio. ¡Vete!

Fue como si la hubiera empujado. Lin trastabilló hacia atrás hasta que encontró la puerta. Notaba en los ojos el ardor de las lágrimas contenidas; cuando se volvió y fue a coger el picaporte, este pareció ondear ante ella.

La puerta se abrió. Lin se detuvo y giró en el umbral.

—Tu padre... —dijo firme—. Ordéname que me aleje si quieres, pero él es mi paciente, y hay cosas que deberías saber...

Conor la miró desde el otro lado de la habitación. Estaba inmóvil, y la luz helada de la luna destellaba sobre el cierre de plata que llevaba al cuello. Y también de la corona medio oculta entre el pelo revuelto; al principio, por un segundo, Lin había creído que no la llevaba. Pero supuso que el hecho de que se viera la corona o no, no cambiaba nada de él ni de quién era.

—El rey ya no te concierne —replicó él—. Te destituyo de tu posición como su médica. Considéralo una orden real vinculante, Lin. No te acerques a Palacio. No te acerques a mi padre. Y no te acerques a mí.

Lin respiró hondo.

—Entonces, puedes meterme en el Truco por esto, si es lo que debes hacer —replicó ella—. Pero antes de irme, hay algo que debo decirte. Sobre tu padre, y no solo sobre él, sino sobre ti.

Delfina

Delfina deja el paquete, raro y de forma irregular, ante la puerta de los aposentos del príncipe y se aleja rápidamente sin llamar.

Lo último que quiere es que le hagan preguntas sobre de dónde viene ese paquete. Y, además, todo el personal de Palacio sabe que es mejor no acercarse al príncipe cuando está de mal humor, y en este momento está de muy mal humor. Delfina tampoco puede suponer si el contenido del paquete (¿para qué querrá un collar tan grande y feo?) o la nota, harán que su humor mejore o empeore.

Delfina ha trabajado en Palacio desde que era una jovencita, recién salida del barco procedente de Detmarch. Y durante casi todo este tiempo, ha portado mensajes clandestinos de la ciudad a la Colina y viceversa, por unas cuantas coronas en cada ocasión. Un día se jubilará con unos buenos ahorros.

Muy pocas veces echa una ojeada al contenido del mensaje que le dan, pero esta vez lo ha hecho. El paquete, junto con cinco coronas, se lo ha dado Jerrod Belmerci, pero cuando ella le ha preguntado si procedía del Rey Trapero, como de costumbre, él solo le ha guiñado el ojo.

Eso había bastado para despertar sus sospechas. No le importaba llevar mensajes, pero el paquete era sorprendentemente pesado; ¿y si contenía algo peligroso? Lo que encontró la sorprendió. Era una especie de collar, muy grande y feo. Sin duda no era algo que el príncipe fuera a ponerse o a admirar.

Con él iba una pequeña nota garabateada. Delfina la había abierto y leído sin el menor reparo, porque ya había decidido que si el contenido podía alterar más al príncipe, quizá se la diera mañana o tal vez incluso la semana que viene.

Sin embargo, la nota solo era una tontería, o eso le había parecido. Mientras baja la escalera del Castel Mitat, no puede evitar pensar sobre lo que ha leído. ¿Por qué, últimamente, la gente no puede ser más directa? La verdad, imagínate todos los conflictos en el mundo que se podrían evitar si la gente dijera realmente lo que piensa.

Para el príncipe Conor Aurelian:
Antes de que hubiera Guardianes de Espadas en este mundo, existían objetos encantados que ofrecían un tipo diferente de protección. Con un amuleto así, se podía sobrevivir a una dosis letal de veneno o a una daga clavada en el corazón. ¿Qué haríais vos con una magia así si la poseyerais, monseigneur?
Aunque antes no hubiera pensado así, ahora creo que haríais —que haréis— lo correcto.
Prosper Beck

Capítulo veinticinco

Lin apenas recordaba haber salido de los aposentos de Conor, ni de Marivent. Caminó anonadada hasta la puerta del Castel Mitat y luego por los patios de Palacio. Como ya no iba vestida de ashkar, nadie pareció fijarse mucho en ella, incluso cuando cruzó la Puerta Norte y comenzó a bajar hacia la ciudad.

Su cabeza era un batiburrillo de pensamientos. Era consciente del polvo en el aire y del olor de la *garrigue*: lavanda, salvia y sal marina. Finalmente, se acabó el camino de tierra y las casas comenzaron a alzarse a su alrededor con paredes reconfortantes. Como los muros del Sault, que nunca volverían a rodearla.

Al cabo de un rato, se dio cuenta de que podía ver la plaza Escarlata a solo unas calles. Se preguntó cuándo había aprendido a dirigirse a la Mansión Negra sin siquiera pensar adónde iba. Se preguntó cuándo había comenzado a sentir agradecimiento al verla en vez de inquietud, cuándo se había convertido en un posible refugio.

Intentó imaginarse qué les diría al Rey Trapero y a los otros. Había estado tan convencida de que sería capaz de hacerle ver la verdad a Conor...

El guardia ante la mansión se apartó para dejarla pasar.

—Domna Caster —le dijo a Lin, sorprendiéndola; normalmente permanecía en silencio—. Morettus te está esperando dentro. En la Gran Sala.

—Gracias. —Lin se apresuró a entrar y recorrer los corredores serpentinos de la mansión hasta que la Gran Sala se abrió ante ella.

Era casi como si no se hubiera marchado. Vio a Andreyen en su sillón, con el bastón en la mano; Ji-An y Merren estaban de pie cerca de él, aunque ninguno hablaba. Pensó que la estarían esperando; esperando las noticias de Palacio.

Dio un paso dentro de la sala.

—No ha querido escucharme —explicó—. Ni sobre Kel, ni sobre la conspiración.

Andreyen alzó una mano, como para que dejara de hablar.

—Lin...

—Tendremos que buscar otra manera —continuó ella— de detener a Malgasi. De ayudar a Kel.

—¡Lin! —Andreyen movió los ojos hacia el lado, y Lin se dio cuenta de que había alguien más en la sala. Este se hallaba sentado en un sillón frente a Andreyen, y por eso no lo había visto. Se levantó y se volvió hacia ella.

Lin soltó un grito ahogado de sorpresa.

—¡Exilarca!

Aron Benjudah la miró desde el otro lado de la Gran Sala. Iba vestido con sus ropas de viaje rhadanitas y estaba casi igual que la primera vez que Lin lo había visto. Solo que, entonces, había sido en el Shulamat, en un mundo en el que las correas negras que le rodeaban los brazos, la Espada del Anochecer al cinto y las marcas negras sobre la piel, eran de esperar. En la Gran Sala, parecían totalmente fuera de lugar, y verlo la impresionó, como si se hubiera

encontrado un basilisco en medio de la plaza del Mercado de la Carne.

Él la saludó con una tensa inclinación de cabeza.

—Lin.

—¿Cómo has sabido que me encontraba aquí? —preguntó ella, y su mirada fue directa a Andreyen, y luego a Ji-An y Merren. Este se encogió de hombros, con las palmas arriba, como diciéndole que no tenía ni idea y que dudaba de que la tuvieran los otros.

—Tu abuelo —contestó Aron—. Comprendió que era importante que yo hablara contigo.

Lin sintió un brillo de esperanza casi doloroso.

—¿El Maharam ha cambiado de opinión respecto a mi exilio?

Vio un destello de algo parecido a la pena en los ojos de Aron, y lo odió por ello.

—El Maharam no es de los que cambian de opinión —respondió él, y miró a Andreyen, que lo miraba furioso—. Sigues desterrada.

—Entonces, no deberías estar aquí —repuso ella. La decepción tiñó su voz de amargura—. Hablar con un exiliado está prohibido incluso para el Exilarca, supongo.

—Hay cosas más importantes que el Maharam e incluso que la ley —dijo Aron.

Había algo en su voz que Lin nunca le había oído antes. Inseguridad, vacilación, incluso algo como desesperación. No era un tono que ella se hubiera esperado nunca en el Exilarca. Se le pasó por la cabeza que quizá le iba a comunicar algo terrible; que le había pasado algo a Mariam; que la cura no había sido permanente. Que Mayesh le había mentido y que cuando el muro del Sault se desplomó, alguien había resultado herido, o incluso muerto.

Pero en vez de eso, Aron cruzó la sala hasta ella. Lin casi se apartó de la intensidad de su mirada, de las emociones que parecían

manarle como agua. Para su sorpresa, Aron se puso de rodillas ante ella, con la cabeza gacha y las manos extendidas hacia ella, palmas arriba.

—Os reconozco como la Diosa que nos ha sido prometida —dijo Aron—. Y me presento como vuestro guardián, como mi ancestro Judah Makabi guardó a Shekinah Adassa durante la caída de Aram.

Lin se quedó anonadada. Eso era lo último que se hubiera esperado que él dijera, y una vez lo había dicho, no tenía ni idea de cómo sentirse.

—¡¿Qué?! —exclamó, y se sintió tonta por no tener una reacción más controlada, más de Diosa—. ¿Ahora?

—He estado ciego —contestó él—. He estado ciego porque me convenía. Durante años, he hecho pruebas a las que afirmaban ser la Diosa, y cada vez que conocía a una nueva pretendienta, esperaba notarlo, notar esa sensación de reconocimiento que se me había prometido. De que cuando la viera, la reconocería. He esperado ese reconocimiento y no he sentido nada. Me acostumbré a esa falta de sensación y, cuando os conocí, os vi con los ojos de la mente, no del corazón. Estaba decidido a dudar y, por tanto, dudé.

Lin seguía paralizada por la impresión, casi incapaz de respirar. Estaba esperando a que él acabara, a que se pusiera en pie, riendo, y le dijera que solo se estaba burlando de ella, que había ido allí para asegurarse de que ella supiera lo alejada de la luz de la Diosa que se hallaba en realidad.

Pero no lo hizo.

—Cuando sanasteis a Mariam —continuó Aron—, vi un fuego en vuestro interior. Vi la torre ardiendo. Era yo mismo y también mi propio antepasado, mirando hacia esa torre, viendo actuar a la Diosa. Sentí lo que él sintió. Noté esa sensación de saber. Tuve una fe perfecta, una seguridad perfecta. No podría haber descrito esa

sensación antes de ese momento, pero ahora que la conozco, es innegable. Sois los Días de Antaño. Cambiaréis el curso de la historia. El Maharam no lo ve, pero es un hombre pequeño y mezquino. Yo sí lo veo. Yo lo sé.

—No estoy muy segura de merecerme una fe perfecta —susurró Lin—. Ni siquiera yo tengo una fe perfecta en mí.

—Eso es porque aún no estáis lista —contestó Aron—. La destrucción que causasteis en el Sault se debió a que aún no habéis conectado con todo vuestro auténtico poder. Fue una falta de control, y eso es lo siguiente que debéis dominar. La ordalía os concederá ese control.

—¿Qué ordalía? —preguntó Merren—. No me gusta cómo suena eso.

Lin casi había olvidado que Ji-An y él se hallaban allí. Ambos miraban a Aron con recelo. La expresión de Andreyen mientras observaba al Exilarca era impenetrable.

—La Ordalía de Agua Amarga —respondió Aron—. Conectará a la Diosa Renacida con su Piedra-Fuente. Pasada la ordalía, ella se alzará entre fuego y poder. Será invencible.

Y, de repente, Lin recordó lo que había leído: «El mago y la piedra deben viajar juntos a las cavernas de Sulemon, donde, después de pasar por los Palacios de Piedra Tallada, la gema debe purificarse en el Lugar de Agua Amarga antes de ser unida al Hechicero cuyo poder contendrá».

Pero eso lo había leído hacía mil años, cuando estaba decidida, sin atender a razones, a dominar la magia para curar a Mariam. Y lo había hecho. Mariam estaba bien. Ella no era una hechicera, dijera lo que dijera Aron. Había intentado dominar la magia y casi lo había perdido todo. Su casa, su mejor amiga, su comunidad.

—¿Qué me estáis pidiendo? —preguntó ella, casi en un susurro—. Nadie cree que yo sea la Diosa. ¿Esa ordalía me obligará a tener esa fe? Quizá todo lo que visteis en el Shulamat fue el poder de mi Piedra-Fuente. Tal vez el Maharam tenga razón. La Diosa no regresaría en un recipiente tan débil.

Lentamente, el Exilarca se fue poniendo en pie.

—Asher, díselo —pidió, sin apartar su mirada de los ojos de ella.

Lin volvió la cabeza. ¿Se refería a Asher Benezar, el hijo del Maharam? ¿Por qué estaba nombrando a alguien exiliado hacía tanto tiempo?

El Rey Trapero suspiró.

—No estoy seguro de que se la pueda convencer, Aron. Lin es muy obstinada.

Lin se lo quedó mirando.

—¿Asher? —susurró.

Andreyen reposó la mano sobre el pomo de su bastón de endrino.

—Tahe Asher Benezar —dijo en ashkarí—. *Sape zenevt altah qakhahe*. *Pekanwa kol qemzo zawahena*.

«Soy Asher Benezar, fui exiliado por mi padre. Creo que conoces mi historia».

A Lin le comenzó a rodar la cabeza. Como si estuviera recordando la historia de algún cuentacuentos, destellos de imágenes se le fueron apareciendo: el cuenco de plata para encantamientos en la estantería de esa misma sala, con su inscripción ashkar: «Designado está este cuenco para sellar la casa de Benjudah». Había pensado que simplemente los coleccionaba, como coleccionaba tantas otras cosas bonitas; en ese momento se dio cuenta de que no era así. Su obsesión con la magia; el mismo tema por el que exiliaron a Asher. Que hubiera sabido que había libros en el Shulamat, libros que él quería. Se había preguntado por qué su abuelo la había llevado allí

después de su prueba; no era porque hubiera sabido que ella estaba trabajando con Andreyen, sino porque sabía que Andreyen era realmente Asher, y cuidaría de otro exiliado.

Asher Benezar. Nunca había visto ni un indicio, nunca lo hubiera sospechado. En su mundo, había habido ashkar o *malbushim*, y uno no podía ser lo otro. Y, sin embargo...

—¿Lo sabe tu padre? ¿Sabe que eres el Rey Trapero? —preguntó, mientras se volvía de Andreyen a Aron—. ¿Cómo lo has sabido?

—Eso mismo, Aron —añadió Andreyen, con una sonrisita ligeramente zorruna—. ¿Cómo lo has sabido?

Aron abrió las manos.

—Asher —dijo hacia Lin, y no hacia Andreyen—, intenté detenerlo cuando pasó. Hablé con mi padre cuando te exiliaron; le rogué que interviniera. Dijo que no podía, que eso estaba en poder del Maharam, y que ni la ley ni la piedad justificarían una interferencia. Pero yo no pude dejarlo así. Te busqué, busqué rumores sobre ti en los Caminos Dorados, y cuando allí oí que había un nuevo Rey Trapero y oí de sus hazañas, reconocí tu inteligencia, los senderos laberínticos de tu mente. Lo supe; siempre has sido muy duro de roer, Asher. Sabía que no desaparecerías simplemente. Sabía que encontrarías tu camino.

Durante un largo momento, Andreyen permaneció callado. Sus claros ojos verdes estaban opacos, como de un jade lechoso; Lin no pudo ni suponer lo que estaría pensando.

Luego, para su gran sorpresa, se subió su querido bastón a la rodilla y lo partió en dos sin ninguna ceremonia.

Ji-An pegó un salto como si se hubiera disparado un cañón. Todos miraron a Andreyen mientras dejaba caer medio bastón y alzaba el otro medio. Era hueco como una caña. Metió los dedos y sacó un

largo trozo de pergamino de vellum, cuidadosamente enrollado como un círculo hueco, como el símbolo del *magal*.

Se lo pasó a Lin.

—Léelo —pidió.

Ella comenzó a desenrollar el pergamino, con cuidado por el viejo vellum, que amenazaba con quebrarse bajo sus cuidadosos dedos. Finalmente lo tuvo abierto, un estrecho bando sobre el que estaba escrito, con una caligrafía muy cuidada, la Gran Plegaria: «Escucha, oh, Aram. Ella es Una, Ella regresará».

—Tú me lo diste —dijo Andreyen a Aron, quien estaba mirando el papel con expresión perpleja—. Y yo lo he guardado durante todos estos años. Nunca te culpé a ti, Aron; eras solo un niño. Pero nunca lo he aceptado porque estoy exiliado, no soy ashkar. —Se volvió hacia Lin—. Si Aron cree que eres la Diosa, entonces eres la Diosa. Si tú lo crees, entonces eres la Diosa. Puede que yo sea un herético y un exiliado, pero siempre he pensado que la Diosa es aquella que tenga el coraje de alzarse y reclamar ese nombre y todo lo que lo acompaña.

—Pero estoy exiliada —insistió Lin—. ¿Qué podría hacer con tal poder si no me acepta mi gente?

—Entonces haz que te acepten —contestó Ji-An. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho—. Oblígalos a que vean la verdad.

—Ven conmigo —propuso Aron—, ven a los Palacios de Piedra Tallada. El lugar de la ordalía. Y cuando regreses de la ordalía, regresarás con el poder del rayo en las manos. No tendrán más remedio que verlo, Lin.

Los Palacios de Piedra Tallada. Lin se sintió aturdida. Nunca había salido de Castelana, y Aron le estaba pidiendo que fuera con ella a lo que antes fue Aram. El desierto pedregoso de Jiqal, a lo lejos, por el noreste de Dannemore.

—Los malgasis tienen magia —añadió Aron—. Solo otra persona que pueda usar la magia puede derrotarlos. Pero, Lin, debes elegir pronto. La *Rosa Negra*, la nave que nos llevará a Jiqal, zarpará al alba. Y no esperará.

En ese momento, Lin oyó la voz del rey, ardiendo con el fuego del fénix en su interior: «Los malgasis vendrán. No se les puede contener sin un gran poder. Tú serás ese poder. Tú protegerás Castelana. Tú protegerás a tu gente. Porque sin la Diosa, todos estamos perdidos».

—Pero me necesitan aquí —protestó ella—. Kel y Conor, ambos necesitan nuestra ayuda. Muy pronto, la conspiración cerrará su red alrededor de la Casa Aurelian. Los malgasis...

—Déjanos que nosotros nos preocupemos de Castelana —la interrumpió Andreyen, y miró hacia Merren y Ji-An, que asintieron—. De Kel y del príncipe. Si hay que hacerle ver la verdad al príncipe Conor, nosotros encontraremos cómo.

Lin cerró lentamente las manos en los costados. Notaba el corazón latiéndole en las palmas. No dijo que no serviría de nada que aseguraran que no debía preocuparse por Conor; nunca había sido capaz de impedirse pensar en Conor. Y no olvidaría la última vez que lo había visto, solo en sus aposentos, con una pila de cristales rotos a los pies. No dijo que dudaba de su propia capacidad para resistir la ordalía, o de regresar con el poder de derrotar a un ejército.

No dijo nada de eso, porque no importaba. Lo que importaba no era que sus posibilidades de éxito fueran escasas, sino que no parecía que Castelana tuviera otra oportunidad tan buena. E importaba que los que más peligro corrían con los malgasis eran aquellos a los que quería, incluso si la habían repudiado. Incluso si ellos no la querían.

Había elegido reclamar el título de Diosa, y con eso, había reclamado un destino. No sabía si podría ver el fuego en su interior, como Aron, pero lo veía reflejado en los ojos de este, y podía ver el camino a Jiqal abriéndose ante ella como un faro. En el Tevath, había hecho una promesa a su gente y la cumpliría. Incluso si eso la apartaba de sus amigos y de su familia. De Conor. De todo lo que amaba.

Miró a Aron, que la observaba con sus ojos de desierto.

—Vos decidís —dijo él—. Lo que elija la Diosa, yo lo haré.

Lin miró a sus amigos. Ji-An y Merren le devolvieron la mirada sin vacilar, como para decirle que todo lo que estaba dejando estaría a salvo entre sus manos. Y Andreyen, Asher, se hallaba sentado sujetando las piezas rotas de su bastón, el bastón que había llevado a todas partes durante años porque contenía la plegaria; una invocación y una promesa, una declaración de fe y de creencia. En la Diosa. En la propia Lin.

Se volvió hacia Aron.

—He tomado una decisión —afirmó—. Iré contigo. Elijo la ordalía.

Pasaron horas después de que los pasos de Conor se perdieran en la distancia, y Kel no se movió. Se quedó donde estaba, con la espalda contra la pared, observando la pequeña mancha de luz de luna moverse por el suelo antes de atenuarse y desaparecer.

No estaba enfadado con Conor. No podía estarlo. Falconet y los otros habían alineado una prueba tras otra contra Kel como piezas del juego de los castillos que hubiera colocado sobre un tablero un maestro del juego para dejar a su oponente sin salida. Y Kel sabía mejor que nadie quién tenía que ser Conor, y cuáles eran sus responsabilidades. Los malgasis y sus aliados se habían asegurado

de que no importara si Conor creía en su culpabilidad o no; tenía las manos atadas.

Y sabía que había otras razones aún más profundas por las que Conor no podía permitirse convencerse de su inocencia. Recordó a Conor sentado frente a él en el alféizar de su habitación, diciéndole: «La esperanza es un peligro, lo sabes. La esperanza te puede animar durante un rato, pero cuando se convierte en decepción, la caída es mucho peor».

Era consciente de que Conor temía esa caída, el descenso descontrolado hacia el enorme abismo vacío de la desesperación. La rabia era mejor que la desesperación; incluso la rabia hacia alguien a quien querías. La rabia era fuego, y la desesperación era oscuridad. Y Conor hacía años que tenía miedo a la oscuridad.

Kel se despertó de un sueño inquieto plagado de imágenes en las que de nuevo se estaba desangrando en aquel callejón cerca del Laberinto, y cuando pedía ayuda, aparecía Falconet y, con una sonrisita sarcástica, le hundía el cuchillo aún más.

Se incorporó hasta quedar sentado, y se frotó los ojos irritados. Le dolía todo el cuerpo, seguramente de temblar. Hacía frío en el Truco. Se volvió para fijarse en dónde caía la luz de la luna, preguntándose qué hora sería.

Se quedó mirando. La luna caía sobre los barrotes de la celda, y sobre la bandeja de madera colocada frente a la puerta. Normalmente, contenía una desagradable comida de gachas y pan soso. Sin embargo, esta vez algo en la bandeja destellaba bajo la luz.

Una llave.

Casi no tuvo tiempo de pensar; en segundos, estuvo de pie y luego arrodillándose junto a los barrotes. Pasó la mano entre ellos; fue palpando por la bandeja hasta que tocó la pesada llave de plata

y cerró la mano sobre ella. Cuando la metió en la cerradura, giró en silencio, sin ningún crujido, como si hubiera sido engrasada recientemente.

La puerta se abrió. Un segundo después, Kel la cruzaba.

«Una trampa —pensó—. Tiene que ser una trampa».

Pero, de todas formas, fue caminando por el corredor, pasando una celda vacía tras otra. Al final, antes de la empinada escalera de caracol que conducía hacia abajo, una silueta oscura y acurrucada se encogía tras los barrotes de cristal de la Fractura. La luz iluminaba el camino hacia delante; Kel casi ni veía dentro de la celda ocupada, pero vislumbró dos ojos oscuros y brillantes que lo observaban desde detrás de una mata de pelo enredado.

Se detuvo, solo un segundo, y lanzó dentro de la celda la llave que tenía en la mano. Si era una trampa, pensó que ya le iría bien crear todo el caos posible antes de que lo atraparan.

Justo llegaba a lo alto de la escalera cuando oyó voces abajo; guardias que subían. Miró alrededor. No había nada. Ningún arma a la que ponerle las manos encima, ninguna escalera que fuera hacia arriba. Solo una ventana por la que la luz de la luna se derramaba como sangre.

Tiró de la ventana para abrirla. Se dio la vuelta y pasó por ella, con los pies descalzos por delante. Se giró mientras salía y se agarró al alféizar; su cabeza desapareció por debajo justo cuando los guardias llegaban a lo alto de la escalera.

Los oyó gritar mientras bajaba despacio el cuerpo, buscando con los pies algún punto de apoyo en el muro liso. También oyó palabrotas, y el sonido de golpes. Al parecer, el prisionero que acababa de liberar estaba creando una excelente distracción.

Aunque no quería pensar en lo que pasaba dentro de la torre. Ni tampoco en lo que estaba haciendo ahí, o en que nadie había

escapado del Truco, que nunca se había logrado.

«Pero seguro que nunca lo ha probado alguien que sepa gatear», se dijo a sí mismo.

Se hallaba muy arriba, tan alto que el viento lo golpeaba, y le sacudía el pelo y la ropa. Parecía estar flotando entre las estrellas, y debería estar aterrorizado, pero, de algún modo, no lo estaba. Lo que era aterrador era quedarse en la celda. Eso era la libertad, y su salvación se hallaba en sus propias manos.

Comenzó a descender, inclinado hacia el costado de la torre, recordando lo que Jerrod le había explicado, recordándose que debía imaginar que estaba gateando sobre una superficie plana, que la gravedad no existía, que no estaba tratando de tirarlo abajo.

Ahí. Una leve irregularidad, una melladura en la pared de mármol de la torre. Y allá, una grieta, pequeña pero con textura. Se aferró a ellas, poniendo el peso en los dedos de las manos y los pies. Los gritos y los golpes de los guardias fueron perdiendo intensidad mientras él iba bajando.

Miró arriba, hacia la luna siempre cambiante, su luz, de color rojo vino, trazaba dibujos sobre la superficie del océano. Vio el mar, un escudo negro que se extendía hasta el horizonte. Él era parte de ese tapiz, parte de la noche, descendiendo más y más.

La torre ya se alzaba sobre él, un enorme pilar negro. Le dolían las manos y los pies. Movió el pie hacia abajo, buscando otro punto de apoyo para el dedo, y dio con una superficie sólida.

Había llegado al suelo.

Saltó alejándose de la torre, mientras la sangre le rugía triunfante en los oídos. Lo había hecho, había hecho lo que nadie nunca había logrado. Había escapado del Truco. Estaba sobre el suelo rocoso de la *garrigue*, y los muros de Palacio se alzaban en la distancia; la

torre y los acantilados se curvaban a su derecha. Oía el ruido de las olas al romper allá abajo, notaba el sabor de la sal marina en el aire.

Estaba vivo.

En la distancia, Marivent se alzaba como un galeón cortando el mar, y brillaba por todas las ventanas. Kel se mantuvo entre las sombras mientras rodeaba sigilosamente la torre, con la grava irregular que se le clavaba en la planta de los pies. El corazón le golpeaba dentro del pecho como una puerta batida por el viento.

Estaba oculto, pero lo estarían buscando, y no había hacia donde correr. Estaba atrapado entre los guardias por un lado y el borde del acantilado, con su caída al mar, por el otro. Podía tener la esperanza de que el prisionero al que había liberado al menos enviaría a los guardias en otra dirección, pero habría muchos más para perseguirle.

«¿Podría descender por el acantilado?», se preguntó. Había conseguido bajar del Truco; sin duda, las rocas naturales ofrecerían mejores puntos de agarre para las manos y los pies. Pero no había nada al final, solo el agua, oscura y llena de fauces mortales de color verde.

Oyó más gritos. Echó una ojeada cautelosa al otro lado de la torre; había guardias del castillo aproximándose desde Marivent, un muro de uniformes rojos, con la luz de las antorchas destellando sobre las espadas. Kel se echó hacia atrás para no ser visto, pero se encontró con que lo agarraban con fuerza.

Se resistió, pero lo sujetaban como una tenaza de hierro. Fue arrastrado a varios metros de la torre antes de que lo obligaran a girarse.

El rostro que lo miraba le resultaba tan familiar como su propia cara en el espejo. Casi era su propia cara en el espejo. Ojos grises,

pelo negro, fuerte mentón. El destello de la luz de la luna reflejada en una cadena de oro que le rodeaba el cuello.

—¡Conor! —exclamó Kel—. ¿Qué diablos...?

—Calla —lo interrumpió Conor—. Todavía no quiero a los guardias aquí. —Y después de esa extraña afirmación, agarró a Kel por la espalda de la camisa y tiró de él tras de sí mientras se alejaba de la torre.

Kel fue con él. En toda su vida, nunca había luchado contra Conor; no iba a empezar ahora. Tenía la cabeza hecha un lío. ¿Había sido Conor quien había dejado la llave para él? ¿Había estado planeando sacarlo del Truco?

Habían llegado al borde del acantilado. El Truco se alzaba directamente sobre ellos; abajo, el mar agitado cubría de espuma blanca las rocas de la base del precipicio.

Conor hizo girar a Kel para quedar cara a cara. Detrás de él se divisaban las luces de Marivent y de la Colina, el resplandor de las ventanas, el brillo que despedían los muros blancos de piedra; todos los lugares donde Kel había crecido, y donde nunca volvería a tener un lugar.

Vio a un grupo de guardias del castillo que se dirigían al Truco desde el Palacio; se hallaban demasiado lejos para que pudiera distinguir sus rostros, pero no tardarían en llegar.

Kel estaba de espaldas al mar, al precipicio. Oía los golpes del agua. Con una extraña sensación de calma, miró a Conor. Deseó poder memorizar su rostro, pero ¿cuánto importaba eso en ese momento?

—No había pensado que acabaríamos así —dijo—. Que me matarías como tu padre mató a Fausten.

Conor soltó una especie de carcajada entrecortada.

—Me conoces muy bien, demasiado bien —repuso—. Yo también estaba pensando en él esta noche.

—No sé cómo se sintió Fausten —añadió Kel—, pero prefiero que seas tú quien acabe con mi vida a que dejes que lo haga cualquier otro. De todos modos, mi vida siempre ha sido tuya.

Conor cerró los ojos, solo un segundo. Luego los abrió mucho, y le lanzó una mirada penetrante, tormentosa. Agarró a Kel por las solapas de su maltrecha chaqueta, con tal fuerza que los dedos se le pusieron blancos.

—Eres mi armadura irrompible —dijo—. Y no morirás.

Tiró de Kel para acercárselo un momento; Kel notó los labios de Conor rozándole la frente y algo frío le colgó del cuello. Conor le soltó la camisa; Kel vio a los guardias del castillo, ya no muy lejos de él, que miraban con ojos asombrados. Entonces, Conor le colocó las manos sobre el pecho y le dio un fuerte empujón. Kel se tambaleó hacia atrás, notó que el suelo bajo sus pies cedía y se desmenuzaba, y cayó de cabeza hacia el mar que se abría abajo.

Durante una larga y angustiosa eternidad que duró menos de tres segundos, Kel cayó. Las estrellas estaban bajo sus pies, el mar era una lámina arrugada de cristal sobre su cabeza.

Kel golpeó la superficie cristalina como si se estrellara contra la luna de un espejo. El mar se quebró en silencio a su alrededor, y lanzó esquirlas de jade mezcladas con espuma blanca. Vio desaparecer las estrellas en lo alto, y luego empezó a hundirse en un frío entumecedor.

El líquido negro y helado pareció tragárselo. Durante un momento, fue lo único que quiso. Se hundía como en un sueño, mientras unas burbujas plateadas trazaban un sendero sobre su cabeza. Algo pasó junto a él. Una forma en el agua, oscura contra una oscuridad mayor, que se deslizaba con un movimiento sinuoso.

¡Cocodrilo!

Kel se quedó sin aliento y se impulsó hacia arriba. Cortó la superficie tragando aire y escupiendo agua amarga. Al mirar hacia arriba, vio que la corriente lo había llevado más allá del Truco. Las luces de Marivent brillaban en lo alto del acantilado como una sarta de perlas ardientes.

Su caída había sido una implosión, y había dejado una estela de espuma plateada en el agua. A unos cuantos palmos, le pareció ver que algo salía a la superficie. El reflejo de la luna sobre unas escamas.

Gracias a los dioses, Jolivet había insistido en que aprendiera a nadar. Así que comenzó a hacerlo con todas sus fuerzas, hacia el puerto. Nadó por su vida, con los brazos subiendo y bajando, y las piernas alternándose en golpear el agua, cortando la superficie como una flecha. Le picaban los ojos, y el puerto era una mancha imprecisa en la distancia. Solo podía pensar en el espacio bajo él, en la profundidad del océano, y en las criaturas de afilados dientes que nadaban en él y lo infestaban. Pensó en Fausten. En su sangre extendiéndose sobre el agua como tinte escarlata. Los cocodrilos lo habían devorado en un instante. Era una locura que Kel continuara vivo. Sin duda no podía nadar más rápido que ellos, pero eso no importaba. No se iba a quedar flotando sin más, esperando a que lo devorasen.

«Conor», pensó, y esperó a que la sensación de traición le retorciera las entrañas, pero no había espacio para eso. Algo duro y resbaladizo le dio por un lado. Se volvió aterrorizado, pero solo vio un leño medio podrido. Lo apartó de una patada y siguió nadando con más ímpetu. Estaba encontrando un ritmo; solo interrumpía las brazadas cuando volvía la cabeza para respirar. El agua salada le quemaba en la garganta.

Ya podía ver el Arrecife. Y música; oía la música que salía de las tabernas. El agua había comenzado a volverse gris a medida que las luces de la ciudad caían sobre ella. Le ardían los brazos y las piernas; cada brazada era una agonía. El agua bajo él se fue y volvió, y lo hizo de nuevo. Había llegado donde rompían las olas.

Se permitió relajarse; que la siguiente ola lo atrapara y lo empujara. La ola lo dejó caer en la orilla, y lo empujó por la pendiente de piedras y guijarros. Rodó para quedar bocabajo, escupiendo sal.

Y entonces los vio. Se deslizaron fuera del agua, dos, no, tres cocodrilos verdes, serpenteando casi contra el suelo. Kel trató de ponerse en pie, pero fue incapaz. Las piernas no le funcionaban. Las tenía tan inútiles como cuerdas mojadas. Consiguió incorporarse hasta apoyarse en los codos, jadeante, con el pelo mojado sobre los ojos.

Bajo la luz roja de la luna, se veían enormes. Avanzaban con torpeza, cubiertos de escamas, con unas enormes mandíbulas abiertas, fila tras fila de dientes serrados y prehistóricos. Había oído esas cosas; cocodrilos que se deslizaban sobre la tierra, con rapidez, para agarrar a un niño y arrastrarlo al mar sin que la madre tuviera tiempo ni de gritar.

Trató de ponerse de rodillas. De todas formas, era demasiado tarde; estaban sobre él, abriendo las fauces. Apestaban a sal, podredumbre y los lugares profundos del océano, y los ojos les brillaban de color rojo bajo la luna, bolas de color escarlata sin sentimiento ni profundidad. Kel se llevó las manos a la cara, como si pudiera hacerlos desaparecer...

Y algo frío le rozó la muñeca. Se miró el pecho y se sorprendió al darse cuenta de que tenía una cadena de oro rodeándole el cuello, y que de ella colgaba un resplandeciente medallón. Recordó a Conor

colgándole algo frío del cuello, y luego diciéndole: «Eres mi armadura irrompible. Y no morirás».

En ese momento, supo qué le había querido decir. El medallón era grande, brillante y excesivo, y lo conocía bien. La última vez que lo había visto, lo llevaba Artal Gremont. El amuleto que tanto había frustrado a Merren; el que mantenía a Gremont a salvo ante cualquier clase de mal. Conor le había dado el amuleto y luego lo había tirado por el acantilado, porque sabía que la caída no lo mataría y que los cocodrilos no podían hacerle daño.

Que viviría.

Kel fue bajando la mano despacio. Los cocodrilos se habían quedado quietos. Estaban sobre él, inmóviles, con las bocas abiertas. Lo miraban fijamente; no, no lo miraban a él. Miraban el amuleto. Kel se sintió atrapado bajo la mirada de estatuas malignas, aunque las estatuas no goteaban, ni tenían un aliento caliente y apestoso, ni tampoco retrocedían y se volvían azotando el suelo con la cola. No se deslizaban de vuelta al océano como fantasmas, una detrás de otra, ni eran oscuras formas arqueadas desapareciendo bajo las olas.

La playa de guijarros quedó absolutamente en silencio y vacía. En algún punto en la distancia, Kel oía correr el agua. Sintió un pitido en los oídos, la oscuridad le cubrió el margen de la visión. Se desplomó sobre el suelo y quedó inmóvil.

Elsabet

—Mi señora, ¿necesitáis algo más?

—No. —Elsabet despide al soldado que ronda fuera de su tienda con una seca palabra. Este vacila un momento antes de alejarse presuroso, medio asustado y medio aliviado.

Ella se estira sobre el suelo duro. Le han proporcionado un colchón de plumas y un camastro, claro, pero no quiere dormir. Tiene demasiadas cosas en la cabeza para que acuda el descanso.

Más allá del frágil recinto de su tienda, puede oír a los soldados malgasis moviéndose por el campamento, levantado en lo profundo de las cuevas marinas a las afueras de Castelana. Sabe que aterrorizó a los hombres al aparecer en medio de la noche, ensangrentada y cubierta de polvo de yeso, para acabar desplomándose en medio de ellos.

¡Qué vergüenza! ¡Ella, una Belmany, desmayándose en medio de soldados campesinos! Pero sus piernas habían sido incapaces de seguir soportando su peso. Kalman, el capitán de la guardia, había lanzado órdenes de buscar a un médico para que le atendiera las quemaduras, pero Elsabet lo había rechazado. Quería el dolor, quería sentirlo. Era el dolor de su fracaso.

El alcance de ese fracaso se había ido haciendo patente a lo largo de los días siguientes. Siete, Joss Falconet, había hecho todo lo que ella le había pedido, pero el Guardián de Espadas había escapado del Truco y había sido ejecutado por el príncipe. El Templo de Anibal había sido destruido, y Bagomer y Janos habían muerto en él. La piedra de Elsabet le había salvado la vida, pero ese esfuerzo le había costado casi todo su poder. Ahora está fría bajo su piel, fría como la piel de un muerto. Hasta que sea reemplazada por una de la pocas Piedras-Fuente que les quedan a los Belmany, Elsabet no podrá volver a usar su poder.

Y lo peor es que Elsabet ahora sabe que en Castelana hay otra persona que usa la magia, la chica pelirroja que causó todo esto. De algún modo, una de los sucios ashkar, esa clase de alimañas purulentas, ha conseguido poner la mano en una Piedra-Fuente y la ha usado para desatar un poder que rivaliza con el de la propia Elsabet.

Pero Elsabet aún no está vencida. Mientras escucha el ruido del mar rompiendo contra las paredes interiores de la cueva, siente su pulso furioso en su interior, más fuerte que cualquier magia. Ha perdido a sus guardias, pero sigue teniendo a su ejército. Ha agotado su piedra, pero aún hay poder al que acceder, tras los muros de Marivent. La sangre del fénix de los Belmany corre por las venas del rey y del príncipe de esta ciudad.

Elsabet reclamará lo que es suyo por derecho de nacimiento. Tomará Castelana para ella. Y cuando lo haga, destruirá a la mujer que tiene la Piedra-Fuente. Ya sabe su nombre, el nombre de la mujer ashkar a la que vio por primera vez en la biblioteca de Marivent. Se lo ha traído el agonizante poder de su piedra, que ha reconocido a una compañera hechicera y ha susurrado su moribunda advertencia en el oído de Elsabet.

«Su nombre es Lin. Lin Caster».

Capítulo veintiséis

Cuando Kel recobró la consciencia, la luna había cambiado su posición en el cielo. Estaba más baja; como un medallón de coral colgando de una cadena invisible, descendía hacia el horizonte.

Con cuidado, se incorporó hasta quedar sentado. Parecía que los miembros volvían a funcionarle, aunque le dolía todo el cuerpo. Se preguntó cuánto rato habría estado tirado allí, inconsciente. Lo suficiente para que la luna se moviera y casi se le hubiera secado la ropa, tiesa de sal, contra la parte delantera del cuerpo.

Se puso en pie y el pesado collar que Conor le había colgado al cuello le golpeó en el pecho. Miró hacia el océano, al horizonte rojo sangre. Se le había pasado por la cabeza que el Escuadrón de la Flecha podría estar buscándolo, pero sabía que no era probable. La Guardia del Castillo habría visto a Conor arrojarlo desde los acantilados de Marivent al océano, y eso equivalía a una sentencia de muerte. Que él hubiera sobrevivido gracias a la magia del amuleto no era algo que se pudieran imaginar.

Kel volvió hacia la ciudad. Estaba sucio y desastrado. Acababa de escapar del Truco. Supuso que podría ir a la Mansión Negra y pedir asilo a Andreyen, pero si Jolivet o los Vigilantes lo buscaban, aunque

fuera solo por probar, ese sería el primer lugar a donde irían; ya tenían a gente vigilando la plaza Escarlata.

Según sus cálculos, aún había otro sitio al que podría ir. Aunque no supiera dónde se hallaba exactamente.

Kel comenzó a caminar hacia el Arrecife. Notaba cada uno de los guijarros de la playa contra sus pies descalzos, pero más intenso que cualquier dolor era el sonido de la voz de Jolivet en su cabeza: «Eres un Guardián de Espadas. Tu vida pertenece a Palacio. Nunca podrás volver a ser lo que eras».

Kel se sentía extrañamente tranquilo. Quizá fuera porque si dejaba que le cubriera la marea de los últimos acontecimientos, podría ahogarse. Ahogarse al pensar en sus errores, en el peligro que corría Castelana, en el modo que había defraudado a sus amigos de la Mansión Negra. Al pensar en Conor y en el hecho de que, donde fuera que Kel se despertara al día siguiente, sería la primera vez en más de una década que se despertaría fuera de Marivent, y lejos de Conor.

Pero se despertaría. Y, por primera vez, cuando lo hiciera, no estaría representando ningún papel. Ahora era Kel Saren, y sabía quiénes eran sus amigos. Sus enemigos se habían quitado las máscaras, así que también los conocía. Sabía qué esperar de todos excepto de una persona, y la necesidad de ver a esa persona le hacía vibrar la sangre, lo propulsaba a avanzar abriéndose paso entre las multitudes del Arrecife, sin importarle si se lo quedaban mirando o no. ¿Y por qué iban a hacerlo? Quizá tuviera un aspecto desharrapado y húmedo, pero eso no era raro, y si tenía las manos ensangrentadas de haberse arrastrado hasta la playa, las disimulaba dejándolas caídas a los costados.

Entró en el Laberinto en dirección al Camino del Arsenal. Había mucha gente, como siempre por la noche; la mezcla habitual de

marineros, mendigos y prostitutas pintarrajeadas, que llamaban y chistaban desde los balcones de las casas destartaladas. La llamarada ocasional de una luz de nafta lo deslumbraba. Finalmente lo encontró: el almacén cuyas ventanas habían sido oscurecidas con pintura negra.

La puerta no estaba cerrada con llave, pero parecía atascada en el marco; tan cerca del mar y con el aire húmedo, la madera se hinchaba a menudo. Kel la abrió de un empellón con el hombro y entró al largo pasillo. Estaba oscuro, solo iluminado por la luz de la calle.

Fue hasta la enorme sala principal. Estaba vacía, y las linternas de cristal se balanceaban apagadas sobre un suelo polvoriento, donde se apilaban cajones de madera sin marcas.

Si cerraba los ojos, podía recordar cómo había sido ese lugar la primera vez que lo había visitado; lleno de hijos de la nobleza, que jugaban, bebían y se divertían entre adictos al jugo de amapola y cortesanos enmascarados. Donde había habido música y relucientes antorchas de nafta, solo quedaba un silencio profundo, y la única iluminación consistía en la rojiza luz de la luna que se filtraba por las grietas en las ventanas.

—Kel.

Se volvió. De pie en la entrada se encontraba una silueta familiar envuelta en una capa negra. Su plateado cuarto de máscara relucía, al igual que sus botas. Llevaba puesta la capucha, ajustada al rostro. Kel no podía ver su expresión.

—Jerrod —saludó Kel.

—Tengo que admitir que no creía que fuera a funcionar —explicó Jerrod—. Nunca nadie había salido del Truco.

—Supongo que me enseñaste muy bien —repuso Kel—. Gateé por la pared de la torre. Aunque no puedo alardear de ello sin que me

arresten. Por desgracia.

Jerrod no dijo nada. Los ojos le relucían, más brillantes que la máscara.

—Solo tengo una pregunta —añadió Kel—. ¿Cómo diablos acabó Conor teniendo el amuleto de Gremont? Debe de habérselo dado Beck, pero me cuesta imaginarme eso.

—Beck tiene sus razones para hacer lo que hace...

—No me interesa oírte hablar de Beck, Jerrod —lo cortó Kel—. Cuando pienso en todo el tiempo que me has estado mintiendo, me... —Sacudió la cabeza—. Necesito ver a Prosper Beck. Al auténtico Prosper Beck —añadió, antes de que Jerrod pudiera interrumpirle—. No a algún imbécil al que disfrazas y sientas detrás de un escritorio para engañarme.

Jerrod no trató de negar el engaño, lo cual hablaba bien de él.

—Beck ya ha hecho suficiente por ti —respondió—. Quédate el amuleto. Vete de Castelana. No pidas nada más. Te digo esto como amigo.

—¿De verdad? —repuso Kel, sarcástico—. ¿Amigo de quién? Porque sé quién es Beck ahora. Quién es ella, en realidad.

Jerrod no se movió ni hizo ningún ruido; solo cambió de expresión. Incluso bajo la sombra de la capucha, Kel vio cómo se le endurecía el rostro. Por un momento, se preguntó si se habría equivocado de estrategia. Quizá la verdad solo enfadara a Jerrod, lo pusiera a la defensiva, más inclinado a mantener a Kel lejos de su jefa.

Y entonces, Jerrod sonrió. Había poco de divertido en esa sonrisa, y mucho de ironía.

—Me preguntaba si algún día lo averiguarías. Ella siempre ha sido un poco descuidada contigo. —Le hizo un gesto a Kel para indicarle que lo siguiera—. Pues ven conmigo.

Fueron recorriendo las estrechas y tortuosas calles del Laberinto; Jerrod en silencio junto a Kel, lo que a este no le importaba, porque no paraba de darle vueltas a la cabeza.

—¿Merren me odia? —preguntó Jerrod de repente, mientras torcían hacia un estrecho callejón que giraba saliendo del Camino del Arsenal.

—No —contestó Kel—. Está enfadado contigo, que no es lo mismo. Podrías volver, ¿sabes? Y verlo. No es que Andreyen fuera a impedírtelo.

—Él no ha tratado de verme a mí —replicó Jerrod, molesto.

—Me gustaría puntualizar que no sabe dónde estás —remarcó Kel —, pero veo que estás comprometido con tu propia obstinación.

Jerrod masculló algo que Kel supuso que no sería ningún cumplido, y luego se detuvo junto a una mansión alta y destartalada, que se inclinaba ligeramente hacia el este, como si estuviera abandonando lentamente sus cimientos. Una placa arañada junto a la puerta pintada de rojo indicaba que había sido alguna vez la casa del supervisor del puerto, antes de que la construcción de naves se hubiera trasladado al Arsenal y el Laberinto se hubiera convertido en lo que era en ese momento.

—Espera aquí —indicó Jerrod con frialdad, y desapareció al otro lado de la puerta roja.

La noche era cálida, pero aun así Kel comenzó a temblar, esperando solo en el callejón. Era tarde, como las dos de la madrugada, supuso, y no podía evitar preguntarse qué estaría pasando en Palacio. La Guardia del Castillo habría visto a Conor tirarlo por el acantilado; Conor les habría dicho que Kel había muerto. No tendrían ninguna razón para desconfiar de él.

Se preguntó qué pensaría Jolivet. Y si alguien lloraría por él.

La puerta se abrió. Jerrod apareció en el umbral.

—Ella te verá —dijo en un tono que indicaba que le recomendaba no hacer justamente eso.

Kel subió los escalones, pasó ante Jerrod y se encontró en una casa limpia y rebozada de yeso, con techos bajos y suelos de madera. Una escalera desaparecía entre las sombras. Un único farol colgaba de la pared, y dejaba caer muy poca luz.

—Por aquí —indicó Jerrod, y le señaló un escueto pasillo que daba a una puerta cerrada; por debajo de la puerta se escapaba una fina línea de luz—. Y, Kel...

Kel, ya a medio camino, se volvió.

—¿Sí?

—Si le haces daño...

Kel abrió los brazos.

—Voy desarmado.

—No me refería... —Jerrod se interrumpió, negando con la cabeza, medio molesto—. Ve.

Kel fue. Hasta el fondo del estrecho pasillo, pasando la puerta y hasta una habitación iluminada por un alegre fuego sobre una parrilla negra de hollín. Las baldosas verdosas de la chimenea que la rodeaban tenían grietas; las paredes estaban recién pintadas de blanco; los muebles extrañamente refinados, como si hubieran sido robados de la casa de una mujer de la nobleza. Kel sospechó que, de hecho, así había sido.

Estaba cerca del fuego, sentada en un sillón dorado de largas patas, suponiendo que sentada fuera la palabra correcta. Estaba despatarrada en el sillón, con las piernas sobre uno de los brazos, y los pies, calzados en botas de cuero hasta la rodilla, le colgaban por el lado, peligrosamente cerca de tirar una botella de cristal tallado que se hallaba en el borde de la mesa. Pantalones ajustados, de un brillo como de hule, estaban metidos en las botas, y sobre eso

llevaba una chaqueta de almirante a medio abotonar, azul oscuro con cordoncillos amarillos y botones de latón en el frente. Los rizos rubios se le derramaban por la espalda, sobre los hombros, en un acusado contraste con la tiesa masculinidad del cuello almidonado.

—Antonetta —saludó Kel—. Me alegro de verte.

Ella lo miró sin expresión.

—Estás hecho un asco.

—Me caí al océano —respondió Kel con sequedad—. Después de escaparme del Truco.

Sus labios rojos se curvaron en una sonrisa.

—Y no parece que los cocodrilos te hayan mordido ni un poquito. Al parecer, ese amuleto sí que funciona.

A Kel, el corazón le golpeaba dentro del pecho, pero durante años había practicado para enmascarar sus sentimientos y esconder sus reacciones físicas ante la tensión o la impresión.

—Tú le diste el amuleto a Conor —afirmó él—. ¿Cuán segura estabas de que lo usaría del modo en que lo ha hecho?

—Te olvidas de que yo también lo conozco. No tan bien como tú, pero lo suficiente. Nunca nada le ha importado tanto como le importas tú. —Se puso en pie, con la chaqueta de almirante agitándose alrededor de las piernas. Debían de haberla arreglado para que le sirviera. Se le ajustaba a las curvas de un modo que le hacía perder la concentración. Kel se recordó que estaba furioso con ella y que lo había estado desde el Baile del Solsticio—. Lo has supuesto —dijo ella, y había una extraña nota en su voz, algo que él no acababa de definir—. Me preguntaba si lo harías.

«Porque crees que soy idiota. Porque crees que puedes mentirme y que nunca me daré cuenta».

Fue hacia él. Kel se quedó quieto, muy consciente de que iba descalzo, aún húmedo del mar, el pelo tieso por la sal. Nada de eso

parecía importarle a Antonetta. Se acercó más a él, lo suficiente para ponerle las manos sobre el pecho. Lo suficiente para que él pudiera captar su perfume, suave y floral, intrigantemente discordante con su atuendo masculino.

—Ahora lo sabes —continuó ella. Alzó los ojos, amplios y claros, con las pupilas sin alterar por las gotas de amapola—. Ahora lo sabes. ¿Me odias?

—Nunca podría odiarte, Antonetta —contestó Kel.

Ella lo agarró por la solapa de su chaqueta harapienta. Se puso de puntillas y lo besó; no fue un beso suave, y él no pudo evitarlo, le devolvió el beso. Inclinó la boca sobre la de ella y la besó hasta que el corazón comenzó a latirle como un tambor por todo el cuerpo. En el último momento antes de perder el control, notó que subía las manos para agarrarla por los hombros. Como en un sueño, dejó de besarla y la empujó para apartarla; ella se tambaleó hacia atrás, y la melena se le agitó ante el rostro enrojecido.

—Antonetta —dijo él—. No.

Ella se lo quedó mirando con una mezcla de sorpresa y decepción. Un oscuro color rojo le fue tiñendo lentamente las mejillas.

—Pero has dicho... Creía que no estabas enfadado.

Él pensó en la advertencia de Jerrod sobre no herir a Antonetta. Como si Jerrod no entendiera que era ella la que tenía todo el poder para hacerlo. Que podía herirlo a él mucho más de lo que él podía herirla a ella.

—He dicho que no te odiaba. Y no te odio. No podría. Pero me mentiste, Ana. Me mentiste sobre quién eres, me mentiste sobre lo que sabes...

—Ahora lo sabes —le interrumpió ella—. Lo has supuesto. ¿No es eso mejor que si te lo hubiera dicho?

Una ráfaga de furia lo recorrió, junto con el deseo de hacer algo, decir algo, para que ella pudiera entenderlo.

—No —contestó, tenso—. No es mejor. No tengo ninguna razón para pensar, Ana, que alguna vez me lo habrías dicho, sin importar lo que pasara entre nosotros. No solo me mentiste por omisión; me manipulaste. Te era útil, y ¿por qué voy a suponer que ibas a parar de hacer algo que te resultaba útil?

—Te lo habría dicho...

—No, no es cierto. Estabas disfrutando demasiado, Ana. Te gusta ser Prosper Beck. Y han sido años, ¿no? Para crearte una reputación como la que tiene Beck..., para hacer crecer tu poder en el Laberinto...

—No conseguirás que me avergüence de lo que he hecho...

—Nunca supondría que alguien puede hacerte sentir vergüenza, Antonetta —soltó Kel, y vio cómo el rostro de ella cambiaba de color al darse cuenta del doble significado de esas palabras—. Ni siquiera te conozco. Es de eso de lo que me he dado cuenta. No puedo ni suponer por qué te convertiste en Beck... Quizá estabas aburrida y mimada, y querías que tu vida tuviera algún tipo de significado, de sentido...

Ella se apartó un paso de él, e incluso en medio del dolor cegador que había hecho que Kel estallara, le dolió verla apartarse de él.

—Me convertí en Prosper Beck por pura supervivencia —respondió ella, casi escupiendo cada palabra—. Me convertí en Prosper Beck porque mi vida era muy pequeña, y las opciones que se me presentaban en la Colina no eran nada de lo que yo quería. Me convertí en Beck porque una vez hubo un auténtico Beck, un hombre al que contraté para que me enseñara a usar la espada. Porque estaba mimada y aburrida y quería aprender a luchar, y él

era una especie de delincuente, chapucero y sin suerte, y cuando hizo que lo mataran, vi la oportunidad y ocupé su lugar.

—¿Hubo un auténtico Beck? —De algún modo, Kel no se lo había esperado.

—Yo soy el auténtico Beck —le espetó ella—. Él no era nada. Bebió hasta la muerte en el Laberinto. Cogí su nombre y lo convertí en una leyenda.

—Tienes una gran opinión de ti misma —replicó Kel—, para ser alguien que fue tan descuidada como para revelarme por error su secreto.

Los ojos de Antonetta lanzaron rayos. Cogió un atizador ennegrecido y pinchó salvajemente los leños del fuego, sin mirar a Kel.

—Muy bien. Cuéntame. Cuéntame cómo lo has supuesto. Cuéntame mis errores.

Kel apretó los dientes. No se había esperado enfadarse tanto. Se había imaginado hablando con calma con ella, irle enumerando los caminos que lo habían llevado a suponer quién era, explicarle cómo finalmente había visto más allá de sus mentiras. En vez de eso, sintió como si la estuviera viendo a través de una niebla de fuego.

—No fue una cosa —explicó—. Fueron varias. Y si hace que te sientas mejor, al principio pensé que me había vuelto loco.

—Continúa —insistió ella.

—Cuando fui a ver a quien fuera ese..., el hombre que tenías haciendo de Prosper Beck...

—Bron —dijo ella, y una sombra le oscureció el rostro—. Era uno de mis mensajeros.

—Actuó muy bien —admitió Kel—. Fueron las cajas de vino en su despacho. Mono Cantor. No es un nombre que se olvide con

facilidad. Luego, en la fiesta de Roverge, nos perdiste deliberadamente cuando volvíamos al salón principal.

Ella se volvió hacia él con el atizador en la mano.

—¿Seguro? ¿O solo estaba siendo tonta? Quizá no tenga sentido de la orientación. O quizá solo sea distraída.

—No eres nada de eso —replicó Kel, furioso—. Ese es un papel que has estado representando todos estos años, y no es más real...

—¿Que el que representas tú? —Ella lo miró, con el resplandor del fuego bailándole en la mejilla—. ¿Como Guardián de Espadas?

Kel no reaccionó, a pesar de que se le disparó el pulso. Había querido que lo supiera en la Galería Brillante, cuando ella lo miró como si viera a través de su disfraz de Conor, como si viera quién era él realmente. No había nada más embriagador que ser visto. Lo había deseado tanto... y había dejado pasar ese sueño; hacía tiempo que había aprendido que los sueños como ese, finalmente, solo causaban dolor.

Había vuelto a dudar durante el Baile del Solsticio. Sus palabras le habían parecido tan afiladas, pensadas para hacerle daño. Aunque cada vez iba estando más seguro de que Prosper Beck era ella, no había sido capaz de decidirse. ¿Sabía ella que estaba hablando con él y pretendía herirlo? ¿O había creído que hablaba con Conor, y pretendía traicionar a Kel?

—No más real que eso —dijo él, y continuó—: Por ejemplo, te conoces la casa de los Roverge como si fuera la tuya. Me llevaste a la bodega, para que pudiera ver que había cajas de la misma marca de vino. Más tarde le pregunté a Charlon por esas botellas. Me dijo que habían sido un regalo. Me incliné a creerle. Sabías que estaba buscando quién financiaba a Prosper Beck desde la Colina, y querías que las sospechas cayeran sobre los Roverge.

—Muy bien —murmuró ella—. Pero no es suficiente. Entonces no lo supusiste, aún no.

—Conor me habló de los túneles que hay bajo la Casa Alleyne —continuó Kel—. Así era cómo salías y entrabas sin que te vieran, ¿cierto? Y luego está el amuleto. —Tiró de la cadena de oro que le colgaba del cuello—. Jerrod le cortó el cuello a Gremont en Tyndaris. ¿Por qué? Sabía que el amuleto que Gremont llevaba era falso; había estado trabajando con Alys Asper. Pero no para ella. Jerrod siempre ha sido tu mano derecha. Leal a Beck, lo que significa leal a ti, Antonetta. Y tú estabas decidida a casarte con Gremont. Jerrod no hubiera alzado una mano contra él a no ser que pensara que tú lo querías muerto; no sabiendo lo mucho que afectaría a Merren. ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

Ella vaciló antes de contestar, casi con reticencia.

—Yo no supe de la asociación que tenía Gremont con los malgasis hasta que se hizo evidente que, aunque no sabía que yo era Beck, si se había enterado de algún modo que yo conocía a Beck. Me pidió que organizara una reunión.

—¿Le engañaste con el mismo suplente que enviaste para reunirse conmigo, cuando pensé que me estaba reuniendo con Prosper Beck?

—Sí —contestó ella. Esa única palabra, que le dejó un gusto amargo a Kel en la boca. La amargura de saber que le había tratado, en lo referente a Beck, del mismo modo que había tratado a Artal Gremont—. Pero Gremont acudió a la reunión con la princesa malgasi. Jerrod estaba allí. Enseguida se vio que ella lo tenía completamente dominado, que Gremont haría cualquier cosa que ella quisiera. Si ella le ordenaba que me cortara el cuello en el salón de baile de la Casa Alleyne, él lo habría hecho sin preocuparse por el exilio. Resultaba demasiado peligroso casarme con él. Tuve que abandonar ese plan.

—Ya veo. Y luego..., luego vino el Baile del Solsticio. Cuando le dijiste a Conor que yo no era de fiar.

Antonetta se mordisqueó el labio.

—Kel...

—No —la cortó él—. Al principio, pensé que sí que creías estar hablando con Conor. Hasta que comenzaste a enumerar todas las maneras en las que pensabas que yo me había puesto en peligro por el bien de Conor. Dijiste: «Trató de pagar tus deudas con Prosper Beck». Pero no había manera de que tú supieras eso. Nadie lo sabía, excepto el propio Beck.

Ella entrecerró los ojos.

—Fue estúpido —murmuró ella—. Tan estúpido...

Kel dio un paso hacia ella, que no se movió.

—¿Te acuerdas en la bodega durante la fiesta de Roverge? ¿Cuando te ayudé a vendarte el corte? —Le puso la mano sobre la curva de la cadera, donde había estado el corte. Notó su calor a través del tejido de los pantalones, en la mano—. Me dijiste que te habías herido aprendiendo a usar la espada.

—Nadie se convierte en Prosper Beck sin recibir unas cuantas heridas por el camino —replicó ella, pero le temblaba un poco la voz. Lo miró directamente, con ojos oscurecidos por la luz del fuego—. ¿Qué hay del camafeo?

—Sí. Me enviaste a robar tu propio camafeo —contestó él—. Sabías que lo abriría y encontraría el anillo de hierba. Sabías que me torturaría pensado qué podría significar.

Ella lo miró, con los ojos brillantes y un poco entrecerrados.

—Nunca pensé que te torturarías. Nunca he querido hacerte ningún daño...

—Eso no me lo creo —espetó él con rabia—. Le he estado dando vueltas y vueltas. ¿Qué habré hecho para que estés tan decidida a

atacarme, con el camafeo, con lo que le hiciste a Conor, con lo que me dijiste en el Baile del Solsticio? Aunque te lo hubieras estado pensando durante mil años, no se te podrían haber ocurrido otras palabras que me hubieran dolido más...

Antonetta había palidecido.

—Estaba tratando de que pararas de arriesgarte. —Su voz se alzó por encima del crepitar del fuego—. Estúpido, eres estúpido. Sabía que le estabas mintiendo a Conor, que trabajabas con el Rey Trapero, que le hacías favores a la princesa de Kutani, siempre actuando como si creyeras que nunca te iban a pillar. Pensé que si te dejaba claro cuánto peligro corrías en realidad, pararías antes de que te matasen. Y sabía que me odiarías por decir lo que dije, pero creí que valdría la pena si eso significaba que seguirías vivo...

Calló de repente. Kel se la quedó mirando. Antonetta estaba roja de rabia. Kel deseaba creer que decía la verdad, que solo había estado pensando en su seguridad. Pero ella le había mentido y mentido, y en ese momento sintió el peligro que representaba querer creerla; creerla a ella, nada menos.

—Tan estúpido... —murmuró.

Antonetta tiró el atizador, que repicó dentro de la chimenea.

—Te dije en casa de Roverge que quería el fuero de la seda —continuó ella—. También quería el de Gremont. No para mí; ya sé que no podría controlarlo. Pero podría habérselo dado a alguien.

—¿Lo habrías... vendido? —preguntó Kel—. No me parece...

—No, no te parece —le replicó furiosa—. No puedo creer que hayas venido aquí pensando que ya lo tenías todo claro, Kel Saren. No entiendes nada. Lo quería para ti.

Kel la cogió por la muñeca. Ella comenzó a retorcerla para soltarse, pero se volvió para mirarlo furiosa.

—¿Por qué? —quiso saber él.

Antonetta respiró hondo. Desesperado, Kel buscó en los ojos de ella. Por un momento, pensó que podía ver la verdad, ver a través de las capas de fingimiento, mentiras e historias, a través del muro defensivo que él mismo había ayudado a construir ya hacía tanto tiempo.

«Dime, Ana —pensó—. Dime la verdad. Dime lo que sientes».

Pero ella apartó la mirada.

—Para que pudieras dejar de ser el Guardián de Espadas —respondió con una voz plana que le hizo saber a Kel que, cualquiera que fuera la auténtica razón, ella no tenía intención de revelársela.

El corazón se le cayó a los pies. Antonetta nunca sería sincera con él. No era solo que le hubiera ocultado su identidad como Prosper Beck. Podría haberlo pasado por alto. Pero saber que ella nunca le diría lo que realmente sentía sobre nada...

—Todos esos años —dijo él, áspero—. Me apartaste de ti. No fue solo tu madre, aunque Aigon sabe que la culpo de muchas cosas. Tú fuiste la que me dijo que no éramos de la misma clase. Que no tenía sentido cerrar los ojos a la realidad.

Sin pensarlo, Antonetta se llevó la mano al cuello, donde su camafeo solía reposar.

—¿Recuerdas lo que te dije?

—Cada palabra —contestó Kel—. Me pusiste en mi lugar. Pensé que me odiabas. Y, luego, estos últimos meses, cuando me di cuenta del papel que jugabas, pensé: «Quizá me está mostrando su auténtico yo, solo a mí». Creí que quizá podría ser diferente para ti. Pero me has mentido igual que has mentido a todos los demás.

—Y tú me has mentido a mí, Guardián de Espadas —replicó ella—. Estás aquí tan enfadado porque nunca te dije que tenía una segunda vida como Prosper Beck. Sin embargo, para mí, tú solo has sido siempre Kel Anjuman, y mientras que yo puedo haber ocultado mi

identidad falsa, tú ocultaste la tuya real. Tú eres Kel Saren, Guardián de Espadas, y tuve que enterarme de ese nombre por otros.

Kel tragó aire.

—No era un secreto mío que pudiera contar —respondió—. Hice un juramento, el voto de proteger a Conor. Un voto que no permitía decir a nadie que existía una cosa como el Guardián de Espadas.

Ella sonrió casi tristemente.

—Jerrod lo sabe —afirmó ella—. Ji-An. Merren Asper. El Rey Trapero. Lin Caster...

«Yo nunca se lo dije a ninguno de ellos. O lo sabían antes o lo descubrieron», pensó. Pero ¿acaso importaba? ¿Sobre todo en ese momento, cuando él le estaba exigiendo a ella que fuera sincera, exigiendo que se desnudara de toda falsedad y le mostrara quién era realmente?

—Creo que siempre he sabido, Ana —repuso él—, siempre he sabido que me ocultabas parte de la verdad de ti misma, así que yo tampoco te confié quién era yo realmente.

Por un segundo, ambos permanecieron en silencio; el único ruido fue el crepitar del fuego en el hogar.

—Entonces, quizá ha llegado el momento de presentarnos —dijo Kel al fin—. Como los que somos realmente. —Ella lo observó sorprendida mientras él se llevaba la mano al corazón, donde latía bajo su camisa rota, y le hacía una reverencia. Una vez incorporado, añadió—: Mi señora. Mi nombre es Kellian Saren, nacido en un orfanato de Castelana. No tengo familia, pero soy el Guardián de Espadas, el protector del príncipe de Castelana, y aunque esté exilado de Marivent, seguiré siéndolo siempre.

Con ojos brillantes, Antonetta cruzó la sala, cogió la botella que se hallaba en la mesa junto al sillón, y con una serie de gestos nacida

de la práctica, sirvió dos copas hasta arriba. Se volvió hacia Kel y le ofreció una.

—Kel Saren —comenzó—. Soy Antonetta Alleyne, heredera del fuero de la seda, y también soy Prosper Beck, un criminal del Laberinto. Encantada de conocerte.

Kel aceptó la copa y bebió, dejando que el fuerte sabor del brandevino le ardiera al bajarle por la garganta.

—Muy bien —continuó Antonetta, mientras volvía a sentarse en el sillón dorado. Lo miró por encima de la copa—: Ahora nos conocemos. Por primera vez, al parecer. Lo que significa que debo preguntarte: ¿qué haces aquí? Después de escaparte del Truco podrías haberte ido a cualquier parte. Había supuesto que huirías de la ciudad. ¿Por qué vienes a mí? ¿Solo porque estás enfadado?

A Kel le pareció que a Antonetta le había temblado la voz ligeramente con la última pregunta. Pero no podía estar seguro, no podía preguntárselo. No en ese momento.

«No es culpa suya si ves lo que quieres ver y oyes lo que quieres oír. De algún modo, te has enamorado de una persona que no conoces, una persona que puede que aún siga siendo solo un sueño o un producto de tu imaginación. Debes llegar a conocerla, a esta nueva Antonetta; pero debes conocer tu propio corazón antes de conocer el de ella».

—He venido aquí porque tú tienes un almacén lleno de armas que podemos emplear contra Malgasi —contestó él—, y yo tengo un plan.

Una sombra de decepción cruzó el rostro de Antonetta, pero fue demasiado rápido para que Kel estuviera seguro.

—¿Qué te hace pensar que yo querría ser parte de tu plan?

—Que los malgasis desangrarán Castelana y matarán a todos los de la Colina, y sean cuales sean tus sentimientos hacia la mayoría de

ellos, sé que tampoco quieres eso. Porque tenemos un objetivo común, Antonetta, y necesito que estés de mi lado.

Ella se puso un mechón de pelo detrás de la oreja; un viejo gesto que significaba que estaba pensando en lo que le había dicho. Algo en la familiaridad de ese gesto le mordió como si tuviera dientes. Y sabía que así iba a ser, si ella aceptaba. Había sabido que le dolería estar lejos de ella, pero no lo mucho que le dolería estar cerca; que todo le recordara que la conocía y al mismo tiempo no.

Pero esta era la única posibilidad que tenía Conor; la única oportunidad para Castelana. Necesitaba su genialidad, su inteligente falta de escrúpulos, aunque esa misma falta de escrúpulos fuera parte de lo que los mantenía separados con la fuerza de una puerta de acero.

—¿Tu lado significa la Mansión Negra? —preguntó ella—. ¿Andreyen y los demás? ¿Estás sugiriendo que trabajemos todos juntos?

—Sí —contestó él—. Eso es exactamente lo que estoy sugiriendo.

—Pero ¿me quieres como Beck o como Antonetta? —inquirió ella.

«No estoy seguro ni de saberlo yo», pensó Kel.

—Como los dos. —Fue lo que dijo en voz alta—. La tarea que tenemos por delante es terriblemente difícil. Pero si queremos tener alguna posibilidad de éxito, te necesitamos. Yo te necesito. Exactamente como eres.

Ella esbozó una sonrisa débil, pero era una real. Miró su vaso, donde la luz del fuego transformaba el líquido oscuro en un ámbar ardiente.

—Muy bien —dijo ella—. Te escucho.

Epílogo

Mientras subía los escalones de la Torre Norte, Conor no pudo evitar recordar que, hacía mucho tiempo, cuando Kel y él eran niños, Fausten les había dado clase de astronomía allí.

En lo alto de la torre, habían estudiado los mapas de las estrellas, los movimientos de las esferas y las leyendas de los planetas, cada uno gobernado por los caprichos de un dios diferente. Se habían prometido que, algún día, visitarían el lejano sur, donde las estrellas eran otras.

Muchas cosas habían cambiado desde entonces; la clase de cambios profundos y radicales que hacían que una vieja promesa entre dos niños pareciera algo pequeño e insignificante. No podía pensar en Kel sin que le doliera, a pesar de todo lo que había intentado hacer para salvarle. No hubo manera de mantenerlo a su lado, y no saber cuándo volvería a verlo, suponiendo que así fuera, le hacía sentirse como si estuviera caminando por un estrecho y sombrío puente sobre un abismo insondable.

Y luego estaba Lin. Al igual que Kel, se hallaría a salvo justamente porque estaba lejos de él. Tenía que creer eso, o morir.

Se obligó a recordar lo que ella le había dicho justo antes de marcharse de Marivent. Lo que al principio le había parecido la historia de un cuentacuentos. El joven príncipe en una corte extranjera, el descubrimiento de una criatura mágica que se creía perdida hacía mucho tiempo, un intercambio de cuchillos, sangre y fuego, y un secreto guardado durante décadas por un rey que

parecía estar volviéndose loco, pero que se estaba transformando en algo completamente diferente.

Y, sin embargo, Conor sentía que era cierto. Siempre había habitado en un mundo en el que podía confiar en muy pocas cosas: su conexión con Kel y, últimamente, sus sentimientos hacia Lin. Del mismo modo, más por instinto que por lógica, confiaba en ello, con una confianza que le llegaba desde lo más profundo de su propia sangre.

Llegó al rellano, donde un guardia del castillo se encontraba firme frente a la puerta del aposento de su padre. Conor pasó junto a él saludándolo con una leve inclinación de cabeza, y en cuanto hubo entrado en la habitación de la torre, cerró la puerta con llave.

El rey Markus se hallaba sentado en su silla de siempre, aunque su posición era diferente. En vez de mirar al vacío sin expresión, el rey estaba de cara a la estrecha ventana, como si estuviera contemplando el mundo más allá. Y cuando Conor se le acercó, aunque no hizo ningún otro movimiento, inclinó la cabeza para saludarlo.

—Padre —lo llamó Conor.

Bajo la luz del sol, el cambio en el rey resultaba evidente. Tenía los ojos claros y enfocados, y el color le había regresado a la piel. La furia que parecía dominarlo antes había desaparecido, aunque aún daba la sensación de estar esperando, no con impaciencia, pero sí con expectación, a algún gran acontecimiento futuro.

Conor se arrodilló ante su padre. Sabía lo que tenía que decir; las palabras acudieron, claras y simples, como si no hubiese ningunas otras que pudiera emplear.

—Padre —repitió—, Lin me lo ha contado todo. Todo lo que le explicaste sobre Malgasi, el fénix y sobre lo que te está pasando. —Mientras hablaba, vio el rostro de Lin, vio las lágrimas en sus ojos

cuando salía de la habitación. La recordó diciéndole que lo amaba, y aunque él sabía que eso quizá nunca importaría, que quizá no la volvería a ver, ese recuerdo le dio fuerzas—. La he hecho marchar lejos de aquí. Le he dicho que no volviera nunca. Y no es la única. Kel también se ha ido. Mi *Királar*. Todos en Palacio creen que está muerto. Y he enviado a casa a Mayesh. Sé que me dijiste que en él podría confiar siempre, que todo rey Aurelian siempre se había fiado de su consejero. Pero no tenía elección. Tienen que pensar que estoy solo. ¿Puedes entenderlo? Deben creer que estoy en mi peor momento, totalmente indefenso. Que no hay nadie en Marivent que vaya a levantar ni una mano para protegerme. Hará que se confíen demasiado, y cuando ataquen, lo harán porque creen que estoy solo. Pero no estoy solo, ¿no es cierto? No del todo.

No pudo seguir manteniéndole la mirada a su padre, y bajó la vista al suelo.

—Piensan que eres débil, padre —continuó—. Pero yo creo que se equivocan. Creo que podemos derrotarlos, juntos.

Oyó un crujido cuando su padre se movió, y un momento después notó en la cabeza como unos pinchazos de pequeñas agujas cuando el rey le pasó una mano llena de garras por el pelo.

—Sí —dijo Markus con una voz rasposa—. Juntos.

Agradecimientos

Hace falta mucha gente para crear un libro.

Querría dar las gracias a mi esposo, Josh; a mi madre y mi padre; a Elka Cloke; a mis suegros y nueras, Jon, Melanie, Helen y Meg.

A mis socias de crítica, Kelly Link y Holly Black, y al equipo que me anima: Robin Wasserman, Marie Rutkoski, Leigh Bardugo y Maureen Johnson.

A mis ayudantes: Emily, Jed y Daisy. Mis superagentes: Suzie Townsend y Jo Volpe, y a todo el mundo en New Leaf.

A mi editora, Anne Groell, una leyenda en su propio tiempo. A los equipos de Del Rey y Pan Macmillan. A Heather Baror-Shapiro y Danny Baror.

Muchas gracias también a Matthew AbdulHaqq Niemi (creador del lenguaje ashkar), a Nicolás Matias Campi (creador del lenguaje malgasi), a Margaret Ransdell-Green (creadora del lenguaje kutani), a Melissa Yoon (lectora de sensibilidad) y a Clary Goodman (sensibilidad e investigación).

El caballero muerte
Cassandra Clare

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Ragpicker King*
© del texto: Cassandra Clare, 2025
Publicado de acuerdo con la autora c/o Baror International, INC.,Armonk, New York, U.S.A.

© de la traducción: Patricia Nunes y Cristina Carro, 2025
© de los mapas: Sarah J. Coleman/Inkymole
© Diseño e ilustración de la cubierta: Jim Tierney
© Director de arte: David G. Stevenson
© Fotografía de la autora: Sharona Jacobs

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2025

ISBN: 978-84-08-30735-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta